

Algunas manifestaciones del poder



Alfredo A. Repetto Saieg.

Las relaciones de poder y el fetichismo de la mercancía, el espacio, la cultura dominante y la popular, la razón, la ideología, la vanguardia política, la dirigencia, el partido y la organización social, la praxis filosófica, el miedo, la dialéctica, los métodos del poder, las conquistas y derechos de los trabajadores, el saber, el conocimiento, la gestión popular, la reacción, la democracia, el autoritarismo, el humanismo de los militantes, los derechos del hombre y todas y cada una de las manifestaciones del poder, del arte de lo posible de los trabajadores en su real búsqueda por una alternativa superadora del dominio de las minorías.

Contacto con el autor:

<http://teorianacionalypopular.blogspot.com/>

<http://masalladelacrisisyautopianeoliberal.mex.tl/>

Algunas manifestaciones del poder.

Alfredo A. Repetto Saieg



Reconocimiento-No comercial-Compartir Igual 3.0 Unported

Autor de la obra: Alfredo Armando Repetto Saieg.

De acuerdo a esta licencia usted es libre de:

- *copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra*
 - *hacer obras derivadas*

Bajo las condiciones siguientes:

Reconocimiento - No comercial - Compartir igual: El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial y las obras derivadas tienen que estar bajo los mismos términos de licencia que el trabajo original.

El texto legal completo de esta Licencia puede encontrarse al final de esta obra.

Índice:

Capítulo 1: Derechos formales, reales y la legitimidad del régimen.....	10
La libertad, la soberanía y el régimen.....	10
Soberanía alimentaria, gobernabilidad y desarrollo.....	22
El uso político de la inseguridad.....	30
El liberalismo, la libertad negativa, la positiva y la democracia.....	35
El Estado y el régimen político.....	46
La institucionalidad y la crisis de representatividad.....	52
Capítulo 2: Los desafíos del crecimiento y la gestión democrática.....	63
Bases económicas de la vida del hombre.....	63
Desigualdad y desarrollo.....	71
Los responsables de la pobreza y la intervención del régimen.....	79
La historia de los vencidos.....	87
La conciencia nacional.....	100
La verdad y la lucha por el bienestar y la independencia.....	110
Capítulo 3: Apuntes para una teoría social.....	116
Las relaciones de fuerza y el ejercicio del poder global.....	116
Enemigos y adversarios políticos.....	125
Las ideologías.....	133
Teoría y praxis política, el empirismo en la teoría social.....	140
Lo particular y lo universal en el método analítico.....	149
Teoría crítica de la investigación social empírica.....	156
El proceso de socialización como antagonismo de clases.....	160
Capítulo 4: Diversas facetas del poder.....	166
Relaciones de poder, el sujeto, el saber y las formas políticas.....	166
El régimen disciplinario como expresión de poder.....	176
Reclusión y secuestro, las instituciones y el control social.....	183
El cuerpo como manifestación de la historia.....	195
Capítulo 5: El poder, el control y las expresiones de dominio.....	199
Las relaciones de poder detrás del fetichismo de la mercancía.....	199
Los movimientos sociales, el partido y el poder.....	210
La superación del reformismo y del derecho a propiedad en Marx.....	217
La definición marxista del derecho.....	227

La teoría de la alienación de Marx, el lenguaje y el poder.....	231
Capítulo 6: La cultura y el poder.....	237
El miedo como expresión de dominio, la dialéctica y el poder.....	237
El poder, el partido revolucionario, vanguardista y anticapitalista...	248
Bases doctrinarias de la cultura dominante.....	254
Cultura, poder y felicidad.....	259
La libertad interna en el proceso de alienación.....	268
Capítulo 7: La historia, lo jurídico- político como desafío al poder.....	272
El final de la historia como factor de dominio, la historia lineal.....	272
El método histórico.....	280
Expresiones del Estado autoritario.....	289
Lo económico y la reforma en la continuidad o ruptura de lo político..	297
La formalidad del poder: el desafío de lo general y lo particular....	308
Epílogo.....	318
Referencias bibliográficas.....	327
Texto legal completo de la Licencia de esta obra.....	335

Capítulo 1: Derechos formales, reales y la legitimidad del régimen.

La libertad, la soberanía y el régimen.

La historia es una serie de dramáticos cambios y transformaciones que nacen precisamente de nuevas maneras que, en ese mismo devenir histórico, se expresan las formas del pensamiento, de la acción común y el sentimiento de los hombres en relación a sus vidas y necesidades. El revisionismo de las ideas, el auténtico en el sentido de la renovación que nos lleva al humanismo militante, tiene que ver con superar las bases racionalistas y positivistas de la lógica de los dominantes reivindicando, de ahora en más, las pragmáticas ideas que vigorizan el marxismo, restituyendo su carácter de *(r)evolución permanente*. En las actuales circunstancias, la tarea política fundamental en relación a la necesidad histórica de cambios a favor del trabajador, es militar contra la dependencia estructural de nuestros pueblos porque sin soberanía concreta cualquier cambio es una quimera. Por eso, los sectores dominantes, históricamente conservadores, es decir, enemigos más o menos declarados de los cambios, son élites que, directa o indirectamente, son actores principales en el despojo a que son sometidos los grupos subalternos. No en vano nunca representan los intereses nacionales ni la cultura popular. El caso extremo de esa estrategia es la instauración de las dictaduras de seguridad nacional que permitió, en la generalidad de los casos de los países latinoamericanos, la implantación del nuevo modelo neoliberal que, en fin, prosiguió y logró en cierta medida un tipo particular de crecimiento, desarrollo e integración que presentó rasgos bastante especiales. En la medida en que este crecimiento y desarrollo fue para unos cuantos implicó la desintegración social de nuestros pueblos, antes que la integración, por militar a favor de la marginación de los trabajadores del mercado. El neoliberalismo es una expresión reaccionaria y categórica de la contrarrevolución, del conservadurismo y, en ese sentido, se convirtió en el gendarme global, es la moderna santa alianza que conspira contra nuestra soberanía, independencia y contra la libertad. A partir de ahí la hegemonía de los países centrales, por ejemplo a través del control absoluto de los medios de comunicación y de los ejes centrales de la política y de la economía, se expresa también a partir de la hegemonía de los intereses de consorcios y transnacionales en relación a temas como el financiamiento, el crédito y, en general, del control político de los centros de decisión y gestión de la agenda. Las formas de manipulación mediática sobre los trabajadores tiene que ver con unas cuantas estrategias auspiciadas desde los centros del poder. En primer lugar, está la estrategia de la distracción donde el elemento primordial de control social consiste en desviar la atención del público de los

problemas que se perciben como socialmente importantes para que, a partir de esta distracción, los dominantes apliquen los cambios que son prioritarios para sus intereses. La estrategia de la distracción es igualmente indispensable para impedir al público interesarse por conocimientos esenciales que hacen a un ciudadano crítico. Por ejemplo, a través de los conocimientos generados en el área de la ciencia o de la economía, de la psicología, la neurobiología o la ciencia política, se mantiene al trabajador como espectador, sin posibilidad de cuestionar. En segundo lugar, se crean ciertos problemas y después se ofrecen determinadas soluciones en el contexto de defensa de los intereses de los dominantes que de esa forma logran controlar la agenda pública. Es decir, se crea una situación prevista para causar reacción en el público, a fin de que éste sea el mandante de la política que se desea aplicar. Por ejemplo, dejar que se intensifique la delincuencia y la violencia urbana para que el público se convierta en demandante de leyes de seguridad y de políticas represivas que van en perjuicio de la libertad del trabajador. También es posible crear una crisis económica para que sea aceptable, como un mal necesario, el retroceso en relación a los derechos y conquistas sociales de los trabajadores lo que, además, implica dismantelar los servicios públicos. Así, se plantea la estrategia de la gradualidad, es decir, para hacer que se acepte una medida que en principio es inaceptable, basta con aplicarla de forma gradual a través de los años. De esa forma nuevas condiciones socioeconómicas reaccionarias (como la instauración de un régimen mínimo en su role, la privatización de empresas públicas, la precariedad y flexibilidad laboral, conjuntamente con el mismo desempleo masivo) son impuestas en las décadas de 1980- 90. En estas circunstancias, tantos cambios hubieran provocado una real revolución si hubiesen sido aplicadas de una sola vez.

Otra forma de aceptar una decisión impopular es presentarla como necesaria y dolorosa. Es la conocida postura de tener que apretar el cinturón como tantas veces nos plantearon nuestros gobernantes. Lo central: es mucho más fácil aceptar un sacrificio futuro que un sacrificio inmediato porque el esfuerzo no es empleado enseguida: el trabajador siempre tiene la tendencia de esperar ingenuamente que todo mejorará mañana y que el sacrificio podrá evitarse. Por otro lado, es necesario dirigirse al público como personas de poca edad: la mayoría de la publicidad dirigida a éste abusa del discurso, de personajes y entonación particularmente infantil, muchas veces próximos a la debilidad, como si el trabajador, como receptor del mensaje, fuera deficiente mental. Así, cuanto más se intente engañar al espectador, más se tiende a adoptar ese tono infantil por que si uno se dirige a una persona como si ella tuviese 10 años de edad o menos, entonces, en razón de la sugestión lograda a través de ese método, la persona tenderá a una respuesta desprovista de sentido crítico. Se usa el aspecto emocional más que la reflexión racional porque, en definitiva, hacer uso del aspecto emocional es una técnica clásica

para causar un corto circuito en el análisis racional, es decir, en el sentido crítico del sujeto. En la medida en que este proceso se intensifica, es más fácil mantener al público en la ignorancia y en la mediocridad porque es más fácil promover la creencia de que la moda pasa por el hecho de ser más o menos banal, estúpido, vulgar y hasta inculto. Además, es necesario reforzar la idea que el sujeto es responsable determinante de sus desgracias a través de su insuficiencia en relación a su inteligencia, capacidades o esfuerzos en el proceso de la satisfacción o no de sus necesidades. En lugar de luchar contra el neoliberalismo y sus consecuencias, el trabajador definido como sujeto principalmente individual, refugiado en su mundo de previsibilidad, se conforma ante a la imposibilidad de batallar contra las injusticias y los mitos del régimen político dominante y él, como parte constitutiva de los grupos subalternos, cae en la inhibición de su acción transformadora. La cuestión es que cuando no hay un arte de poder alternativo no existe ninguna posibilidad concreta de la *(r)evolución permanente* y así el estado actual de las cosas se consolida a expensas de las necesidades elementales del pueblo. Por eso, el neoliberalismo en vez de postular una educación pensada como rol inherente a la vida del hombre en comunidad en la búsqueda del bien común, nos habla de una educación en la que corresponde a la acción del educador, en cuanto actor central de esa idea de educación, convertirse en agente de una currícula educativa- cultural definida y también supervisada por el régimen político y éste, mientras más autoritario se muestra, mayor es la supervisión sobre la educación. Esta educación busca fundamentar la idea del trabajador como hombre útil y benéfico a los intereses de los dominantes y su acumulación privada de capital. El neoliberalismo así es un régimen político claramente docente. El problema es que, en sus aspectos racionalistas, apuntan a formar a priori las subjetividades de los hombres para usarlos en propio beneficio como en realidad lo hace cualquier otro régimen, el marxismo inclusive. Sin embargo, lo desdeñable del neoliberalismo es su alto impacto de irracional al consolidar intereses minoritarios. En ese contexto, la currícula que define una cultura y educación fija de antemano la facultad intelectual del trabajador, la moral, ética y hasta las facultades físicas de los hombres.

De acuerdo a estos presupuestos ideales del neoliberalismo, la acción de la educación y la cultura buscan la gobernabilidad democrática a través del régimen pero ya sabemos lo que quiere decir la gobernabilidad desde el punto de vista dominante: una gobernabilidad basada en los intereses de la minoría y la exclusión de la mayoría lo que, en fin, contradice cualquier tipo de gobernabilidad e integración social. Por eso, el neoliberalismo necesita de nuevas formas de dominio, de construcción de otras verdades, de operaciones de ingeniería política y social como la legitimidad ideológica del dominio orientado a la formación del consenso. Pero, otra vez el consenso es una quimera porque desde la perspectiva neoliberal quiere decir sumisión de la

mayoría a la minoría. La democracia, en sus aspectos más progresistas, antes que consensos implica lucha, movilización y participación, implica batallas y dominio. Desde esa perspectiva, el régimen como representante material y concreto del Estado es expresión y compendio de todas las luchas libradas entre los sectores y clases sociales que intentan convivir en un país. Es un organismo político e institucional que busca gobernar las representaciones y manifestaciones que lo integran a favor de ciertos sectores y sus intereses y en perjuicio de otros con sus también respectivos intereses de clases. Así, el Estado, a través del régimen político, dicta, aprueba o rechaza leyes, afianza las decisiones de carácter jurídico, mantiene el orden en la búsqueda de cierta previsibilidad mínima que busque reforzar la convivencia dentro de algunos parámetros institucionales, y provee y defiende la propiedad privada de los medios de producción en el caso del capitalismo. Pero, bajo ningún aspecto, en el caso de la primacía del derecho a la propiedad, logra expresar el ideal político del humanismo porque, en el largo plazo, ese mismo marxismo no es patrimonio de la política militante ni puede serlo por lo menos hasta el día en que ésta adquiera una auténtica función social, es decir, hasta el día en que dejando de ser un recurso de facciones minoritarias, cale en las acciones de la mayoría para defender la nueva lógica política de la primacía del derecho a la vida de los trabajadores. Esta democracia, basada en la lucha y movilización antes que en el consenso, no es novedad. Marx fue quien la definió y planteó al reivindicar la lucha de clases como el motor de la historia del hombre: ella es la responsable de los cambios en el modo de vida del pueblo.¹

Además, Marx fue quien invalidó, a través de su postura de la lucha de clases como motor de la historia, las instituciones liberales que a partir de autores como Locke, Montesquieu o los contractualistas, entre tantos otros, habían planteado las bases teóricas y políticas en que se asentaría el nuevo régimen de producción capitalista. En ese contexto, el supuesto carácter ético del Estado capitalista no era más que una ética histórica, es decir, transitoria, de una clase social que ahora accedía al poder y todos los privilegios que esto conlleva. En otras palabras, en su esencia histórica, aunque busque simularse de múltiples maneras, aunque se conviertan en verdades cientos de mitos o metáforas, la libertad espiritual y política del capitalismo no es más que el libre mercado, es decir, la libertad de comerciar, de acumular y de explotar la fuerza de trabajo en beneficio propio. Entonces, el Estado capitalista con su

¹ La naturaleza de la acción política en relación a la lucha y reivindicación por el cambio de régimen y del Estado, es una prolongación de las acciones de las diversas fuerzas sociales en beneficio de cierto interés que las aglutina, que les da su razón de ser y combate contra el interés de otras fuerzas, también sociales, representadas por sectores y grupos que se definen por otra serie de intereses claramente antagónicos aunque la razón dominante pretenda hablarnos de un consenso que, en esas concretas circunstancias, solo es capaz de reivindicar una democracia formal porque se trata de la defensa de los intereses de sectores minoritarios pero dominantes.

respectivo régimen, detrás de la abstracción jurídica sustentada a partir de la fetichización de la mercancía *fuerza de trabajo* que es única porque crea y agrega valor, es decir, a partir de la *fuerza de trabajo* como base del Estado capitalista, encontramos la concreta voluntad dominante que no es otra que la acumulación privada de capital. La *libertad* en estas circunstancias no puede funcionar en ningún lugar porque el régimen político no es una unidad sino, antes bien, es una división central, una lucha, es decir, el régimen es una multiplicidad de ideas- incluso antagónicas- de la libertad que se enfrentan y desafían todo el tiempo, que están impulsadas por el control autoritario y el mutuo aniquilamiento, proceso que se radicaliza en época de efervescencia, cuando el cambio que logra colocar en marcha la *(r)evolución permanente* está frente a nosotros. En esa etapa, la libertad que desnuda sus propósitos, simplemente se convierte no en una expresión de todos, sino en la dictadura de la clase social que triunfa en la contienda. *Dictadura* en el sentido que, desde ahora, los diversos intereses que perduran son los de ese sector en particular a expensas de los intereses del grupo derrotado. En ese contexto de la democracia como opción de lucha antes que de falso consenso entre los sectores, grupos y clases, la idea de la libertad tiene, en primer lugar, un contenido particular de clase y bajo ningún aspecto como pretenderán los liberales un contenido universal porque aquel contenido universal busca liquidar la libertad particular. De acuerdo a este proceso, el imperio de las libertades particulares desemboca en el imperio de la libertad general, pero, esto significa el fin del liberalismo porque la libertad como categoría de los grupos y sectores dominantes, desenvuelta hasta sus últimas consecuencias, necesariamente desemboca en una especie de libertad comunitaria, de una sociedad de iguales que está en contradicción con el neoliberalismo desde el momento preciso en que éste se propone la conservación del control sobre los trabajadores y del privilegio de unos sobre los otros. De todas formas, el liberalismo primero y después el neoliberalismo, a pesar de todos estos mitos y contradicciones, al margen de las falacias que lo corroen, que la realidad de los trabajadores milita en su contra, logró sobrevivir y hasta funcionar; puede hacerlo mientras todas esas falacias, esos mitos y oposiciones trascendentes, sean compensadas por las enormes fuerzas que el propio sistema desató, es decir, fuerzas materiales y técnicas. En cambio, la realidad de hoy es menos auspiciosa para el régimen neoliberal ya que a partir de cierto momento histórico, por las propias consecuencias de sus acciones y políticas, no puede contener todas y cada una de esas contradicciones que derivaron en nuevas formas de pensar a beneficio de la realidad e interés de la mayoría. Ahí se entiende el surgir de los diversos regímenes políticos populares, es decir, como respuesta válida a la incapacidad propia del neoliberalismo de sostener políticamente sus ideales, incluso el concepto de *libertad*. En otras palabras,

la discordia sobre la idea de la *libertad* muestra la potencia de los sectores partidarios de la *(r)evolución permanente*.

Por otro lado, la iglesia como actor político de fuerte vinculación con el poder, no escapa a este proceso histórico de lucha por la primacía de unos intereses sobre otros a pesar que continuamente pretende hablar de consenso, de diálogo e inclusive de amor a nuestros semejantes. En verdad, la evidencia histórica nos muestra a la iglesia como enemiga del liberalismo en tanto ésta estuvo ligada al orden feudal de la nobleza. Sin embargo, cuando ésta decae, en determinado momento histórico, apelará a los burgueses en ascenso para sobrevivir política y espiritualmente. Así, sus tesis religiosas relativas a la persona y sujeto humano o a los creyentes, no fue otra cosa que una variante integrante del ajuste teológico que, desde el triunfo del capitalismo, responde al liberalismo victorioso. En otras palabras, la libertad metafísica del hombre, de los creyentes, fue el disfraz religioso de la libertad del liberalismo con el que la casta sacerdotal buscó salir del paso para conservar privilegios. Los burgueses ahora devenidos en grandes racionalistas, nunca vieron con malos ojos esta alianza con los sectores del catolicismo, de hecho, la racionalidad capitalista siempre se entendió bastante bien con las creencias religiosas que paulatinamente incorpora a su acervo ideológico. Y así tenía que ser porque la iglesia como institución altamente conservadora dependía cada vez más del régimen liberal que se imponía barriendo con el feudalismo anterior. Si el liberalismo teóricamente era contrario al conservadurismo de la iglesia como institución y como doctrina, apeló a ella cuantas veces le fue necesario para defender su orden, su libertad y su lógica, cuando se sintió amenazado por otras fuerzas sociales y políticas. Desde entonces, una muy hábil estrategia política a nivel global le permite gozar de gran poder de presión y tensión a pesar de muchas cosas. Al mismo tiempo, su estrategia política, asentada en la exigencia de contemporizar con las diversas clases y sectores sociales, hace de ésta también parte de su debilidad porque debe buscar y desarrollar mínimamente una política que sea más o menos pluralista, es decir, múltiple, para guardar las apariencias. Así, usa y abusa de la libertad en los términos de los liberales devenidos en neoliberales a partir de la globalización del dominio del capital. El pensamiento católico más conservador, coincidente con la crisis de la razón neoliberal, entra desde entonces en una acogida más favorable al dominio de los conservadores que, dadas las contradicciones inherentes de su idea de la libertad, transmutan en clase fuertemente reaccionaria a partir de su involución en términos neoliberales. El mérito del neoliberalismo así es desnudar, en toda su crudeza, el fundamentalismo y los objetivos últimos de estos factores de poder. Es evidente la raíz política de esas coincidencias entre esos grupos y la religión más fundamentalista en una realidad de profunda desintegración, que reclama frenar el cuestionamiento de las verdades dominantes. Sin embargo, en la medida que las respuestas de

estos grupos a su propia decadencia es más irracional, y así se nos revela al conjunto de los otros actores sociales, nos muestra que la crisis se relaciona con los fundamentos de la modernidad definida por los preceptos del Estado capitalista. En resumen, es una crisis de una etapa concreta del capitalismo donde se cumple, en la práctica, las predicciones de Marx en cuanto a la incapacidad del capitalismo y sus regímenes para controlar las fuerzas que el mismo desató en cierto momento histórico, al renegar, una vez más, de una idea de la libertad que, al transfigurarse en lucha de clases, niega hasta los fundamentos de esa idea. De esta manera, esa libertad nos revela como sector social subalterno pero mayoritario, las contradicciones internas del término. Por lo mismo, la disyuntiva acá tiene que ver con la oposición entre el punto de vista neoliberal y los que estamos a favor de un régimen popular.

De acuerdo al neoliberalismo, como alternativa política dominante, la acción se dirige a consolidar modelos institucionales- organizacionales a los que todos, como trabajadores, debemos adaptarnos. De manera inversa, la opción nacional y popular nos dice que la acción política que partiendo de la movilización del trabajador en el sentido del ejercicio de gestión democrática de la agenda pública, busca otras maneras de encauzar institucionalmente, a través de la conformación de otro régimen, su proyecto político. Por su parte, el neoliberalismo europeo siempre disfrazado de socialdemocracia, carece de la eficacia para hacer efectiva la paz y bienestar del pueblo. Ese es el mérito de la crisis global de fines del año 2007 quien, con sus ajustes y sus políticas económicas ortodoxas, nos mostró, una vez más, la inviabilidad del régimen neoliberal. El neoliberalismo peca de ingenuidad porque busca desvincularse por completo de las entidades en lucha cuando ya tomó partido por una. Por lo mismo, llegado determinado momento histórico, el neoliberalismo queda aislado al insistir en preparar leyes que no son aceptables racionalmente porque no es capaz de conciliar ni de dirimir contiendas políticas específicas dada las consecuencias de sus medidas; tampoco le es posible permanecer neutral frente a los intereses contradictorios de los sectores en lucha. Por eso, a partir de este momento, es decir, desde la consolidación del neoliberalismo como régimen de dominio, solamente se conservan algunos rasgos, aunque bastante abstractos en sus contenidos, de una siempre aparente independencia de nuestros pueblos porque, en fin, es un régimen que funciona en beneficio de unos pocos a expensa del interés y beneficio de la mayoría lo que, a su vez, implica que el poder dominante no nos permite disponer de nuestros intereses y de la resolución de nuestras necesidades. De hecho, la cuestión de la libertad es central desde el momento que no es suficiente declararse libre para serlo. Un examen severo de la historia prueba que aún está inconclusa nuestra independencia política traduciéndose en múltiples desafíos que tienen que ver con soberanía en lo económico, independencia nacional en lo político y la primacía de lo popular en el ámbito cultural. Por eso, la necesidad de la

liberación nacional en los únicos términos posibles, o sea, que implica tanto la soberanía política como la económica. La liberación nacional compromete el libre desarrollo de nuestras fuerzas, aprovechar nuestros recursos para de ese modo buscar la plenitud comercial y económica relativa a las mejores formas de expandir las fuerzas productivas en beneficio de una mejor calidad de vida de todos y todas. La liberación nacional implica que la propiedad privada de los medios de producción dejen de definirse como la facultad de usar, de gozar y abusar de las cosas y recursos productivos, para definirse a través de su función social que se relaciona con la satisfacción del interés de la mayoría.

En el *Club de París* lo único concreto que se hace es negociar la deuda externa multilateral de los países económicamente más comprometidos lo cual, dada la estructura del sistema comercial global y su lógica del poder, es poco saludable para las finanzas, para el crecimiento y el desarrollo genuino de los países deudores porque además para sentarse a negociar con el Club de París primero hay que acordar con el FMI. Por lo mismo, una buena manera de recuperar soberanía en el contexto del régimen popular que como primera medida de transición busca generar empleo lo más rápido posible para dejar atrás la exclusión a partir del consumo y del mercado interno, es precisamente intentar saldar las cuentas con el Club de París pero obviando las múltiples condicionalidades del Fondo que, a su vez, solo será posible cuando el régimen logra una mejor gobernabilidad a través del crecimiento, la solidez económica y la inclusión social. Cancelar esa deuda sirve para que los organismos de crédito global, que también otorgan seguros a la inversión en el extranjero, garanticen las inversiones en nuestros países. En estas circunstancias, el problema es más político que comercial o económico, es decir, es un asunto relativo a la defensa de la soberanía que reivindicaba su modelo de desarrollo. En otras palabras, ¿por qué si un país quiere pagar la deuda contraída con el Club de París, esos acreedores no reciben ni aceptan el pago? Porque hay que ubicar la problemática en su verdadero lugar, como cuestión política, que va más allá de lo técnico y económico porque en la lógica de las estructuras del sistema comercial global hay un entretejido especulativo- financiero global que tiene como eje a los organismos como el FMI que buscan, en muchos países con bastante éxito, manejar la política económica externa e interna de los menos desarrollados para definir, bajo la primacía de los intereses de esa estructura especulativa- financiera global, la gestión de la agenda. Por eso, el Fondo actúa defendiendo otros intereses que nada tienen que ver con el desarrollo armonioso del régimen político. El FMI aplica la teoría económica equivocada en sus fundamentos, que además es irracional e históricamente fracasada, porque su meta consiste en favorecer al sistema financiero globalizado. Lo novedoso es que hasta la crisis global que se manifestó en Estados Unidos a mediados del 2007, el Fondo solo actuó

sobre países estructuralmente dependientes, es decir, que de una o de otra manera carecían de soberanía tanto política como económica. En cambio, a partir de esta crisis, ingresaron en esa categoría de países dependientes de los designios de los centros globales de poder varios que como España, Grecia e Irlanda se suponían desarrollados. Esos casos que en su momento fueron típicos nos mostraron como perdieron gran parte de su soberanía al verse obligado a aplicar drásticos planes de ajustes. Por lo demás, ya vimos en otro lugar los diversos momentos del Fondo.

El programa impulsado por el Fondo significa que ante la llegada de una crisis, la propuesta siempre es fomentar medidas altamente recesivas que tienen que ver con políticas que tan bien conocemos los latinoamericanos: la reducción del gasto público, las jubilaciones y los salarios para mantener la estabilidad de los precios, la flexibilización laboral para bajar los diversos costos de producción, y así elevar la tasa media de ganancia del capital, entre otras tantas. En este sentido, una vez más, el organismo de crédito global no sólo falla en su rol preventivo ante eventos de crisis y de desestabilización del sistema comercial global, sino también propone medidas que profundizan la dirección recesiva y reaccionaria de ese mismo sistema comercial global. Ahora, como vimos anteriormente, el Fondo actúa de esa manera porque es representante de los diversos intereses financieros globales y en ese contexto, es decir, a partir de esta nueva globalidad donde la moneda estadounidense deja de ser lo que fue, donde el comercio y el producto que más crecen lo hacen por fuera de la órbita de los países centrales y sus intereses; en ese mundo, a los países menos desarrollados se les pide sumisión y buena letra para posibilitar el ingreso de los capitales financieros, que teóricamente se reconvertirían en inversiones físicas. Sin embargo, como esto no es real ya que los países crecen a través del ahorro interno, del superávit gemelo y del despliegue de recursos nacionales antes que del capital financiero venido de afuera. Entonces se producen batallas en el contexto nacional y global para intentar imponer los puntos de vistas de cada uno. Es una lucha política, de sentido y soberanía antes que una cuestión meramente comercial, económica y técnica. De hecho, la visión heterodoxa de la economía nos muestra como los países con regímenes populares no dependen de esos capitales foráneos porque cuentan con ahorro interno superior a la inversión que se realiza en la medida en que las cuentas de la balanza fiscal y de pagos internacionales son superavitarias y, por lo mismo, no tienen por qué ceder al chantaje de la integración financiera global. La recuperación de nuestra soberanía equivale a restarle poder de decisión al Fondo Monetario Internacional como actor-interlocutor válido para gestionar nuestra agenda de gobierno. Lo ideal, en cuanto a la soberanía, es que éste sea marginado de las decisiones y de las políticas públicas que hacen al accionar del régimen. Para lograrlo, el primer requisito es independizarse del Fondo, que siempre buscó dictar la política

económica. Para evaluar en toda su dimensión este acontecimiento, que hace a la recuperación de la soberanía política nacional al permitirnos plantear nuestras propias políticas y proyecto de desarrollo, es necesario distinguir el objetivo perseguido y los instrumentos usados en el proceso. El objetivo que se logra tiene que ver con independizarse de la tutela del Fondo que sólo puede intervenir en nuestros países cuando éstos solicitan préstamos y a cambio reciben desembolsos. En ese contexto, para desligarse del Fondo se pueden usar varios instrumentos. Algunos privilegiaban el aspecto financiero y otros el político. Veamos. La primera alternativa, la más extrema y por lo mismo la más complicada en términos políticos por sus consecuencias, es el no reconocer la deuda, es decir, el no pago de la misma. Por otro lado, la aplicación de una importante quita de esa deuda. Por último, la otra opción consiste en pagar toda la deuda al contado para desligarse de esa forma de las condicionalidades del organismo. Entonces, para evaluar esta opción en cada una de sus dimensiones no puede confundirse la meta buscada- la soberanía- con los instrumentos con que cuenta el régimen popular, es decir, las diversas políticas de desarrollo de la producción y del mercado nacional como, por ejemplo, la aplicación de un cambio de equilibrio desarrollista, desarrollo de la producción nacional, del mercado y del consumo interno, los equilibrios fiscales, el gasto público en infraestructura, la estabilidad y gobernabilidad política, etc., que son comunes y hacen a la lógica del régimen popular. La soberanía política para implementar y gestionar la agenda pública de acuerdo a nuestra especificidad histórica, cultural, de acuerdo a nuestros paradigmas, es la facultad política de poder decidir sobre la vida de los trabajadores a través del control y manejo de variables económicas centrales que hacen a un programa de desarrollo. A partir de la recuperación de esta soberanía se obtienen muchas conquistas que son vetadas por el FMI y los intereses que representa: el sistema cambiario administrado, la negociación de la deuda, la expansión del gasto e inversión pública, la recuperación de los recursos naturales, el aumento del poder adquisitivo del salario y las jubilaciones. La soberanía es la capacidad real para autodeterminarse que tiene el régimen. De lo anterior deduzco que la recuperación y afianzamiento de la soberanía es el requisito indispensable para poder aplicar un plan nacional y popular que así también es soberano.

Con la soberanía recuperada a partir de las políticas auspiciadas por el régimen popular nuestros países simplemente obtenemos la posibilidad de decir “no” aunque no siempre fue de esa manera. De hecho, históricamente los países de Latinoamérica nunca contamos con fuertes dosis de soberanía desde que somos países estructuralmente dependientes. Además, en el mismo parto del país a través la guerra de independencia Latinoamérica tuvo que enfrentar tres desafíos principales: el primero tuvo que ver con ocupar e integrar el territorio, después tuvo que organizar su economía y finalmente

establecer vínculos con el resto de los países del mundo a través de redes comerciales internacionales. Así, hasta hoy, dentro de las circunstancias de cada época, la resolución de esos desafíos y la formación de una economía desarrollada, dependió de la fortaleza de la propia soberanía nacional, de las políticas que estemos dispuestos a aplicar y las consecuencias de reforzar esa soberanía. Es decir, la soberanía política no es una emancipación política formal al modo en que nos la quieren mostrar los neoliberales sino que, muy por el contrario, la soberanía implica un proyecto político propio que milita a favor de la cohesión social de los trabajadores, depende de la calidad de los liderazgos, de la solidez de las instituciones, de las organizaciones populares para gestionar la agenda pública y un saber crítico capaz de observar la realidad desde nuestras especificidades y perspectiva cultural- histórica. Esos elementos que son constitutivos de la soberanía nacional, es decir, de la calidad de los liderazgos, de la solidez de las instituciones, de la gestión de la agenda pública por parte de los sectores populares y un pensamiento crítico, son centrales para la instauración de un régimen popular. Conforme lo revela el análisis, todos estos factores están siempre presentes en los países que a través de la historia forman economías más o menos desarrolladas. Como en el resto de los países latinoamericanos, en el territorio que hoy es parte de Chile, la conquista española implicó el sometimiento, exterminio, genocidio y exclusión de los pueblos originarios. Así, un régimen estructuralmente dependiente del sistema comercial global, un régimen político que ahonda en la división de clases, en las escaramuzas entre dominadores y dominados, es la herencia recibida. En el caso chileno a diferencia de otros países de la zona, la ausencia de una economía esclavista fundada en la explotación de las tierras tropicales o de la minería, desalentó la introducción de mano de obra esclava africana. Por tanto, este fenómeno no fue un factor de fractura de la cohesión social como sucedió, por ejemplo, en Brasil. En cambio, sobre la desigualdad social heredada de la época de la colonia y profundizada por la élite de criollos en el poder posterior a la independencia de España, en el transcurso del siglo XIX, se produce la definitiva expulsión de los pueblos originarios y la ocupación de sus tierras. En los otros espacios abiertos de la época como Estados Unidos, Canadá y Australia, los colonos expanden la frontera agrícola apropiándose de las tierras mientras que, al mismo tiempo, en Chile la apropiación de ésta fue previa a su poblamiento y puesta en producción. La propiedad de las áreas ganadas a los indígenas, incluyendo los suelos más fértiles, quedó concentrada en pocas manos. De ahí y en esas condiciones surgió una estructura agraria caracterizada por el latifundio y el empleo de la mayor parte de la mano de obra en calidad de arrendatarios y peones. En consecuencia, esa estructura que favorece a unos cuantos grupos de poder, redujo las oportunidades que podrían haber tenido los nativos y los inmigrantes en caso de haber podido acceder a la propiedad de la tierra para

desde ahí recrear un tejido, social y productivo más justo, con presencia de pequeños y medianos productores independientes. Por las mismas razones, se debilitó la expansión del mercado interno y la diversificación de la estructura económica.

Bajo esa estructura productiva de concentración de la propiedad, surge la oligarquía cuyo origen viene de lejos porque el latifundio está configurado desde la época en que el país era colonia de España. El dominio histórico de la oligarquía sobre otros sectores sociales fue así una constante y por lo mismo no hay que despreciar su fuerza. En realidad, su estrategia fue al fin y al cabo la negación misma de la improvisación porque siempre tuvieron una aptitud defensiva- ofensiva ante los intereses y derechos de los trabajadores mientras sus miembros están ligados por un colectivo sentimiento de clase y de pertenencia fundado en la conciencia de la usurpación del poder. Además, esta primacía y monopolio cultural, de la razón dominante, al igual que en todos los otros países de la modernidad globalizada en términos neoliberales, la ejerce la oligarquía ligada al modelo primario- exportador y los grandes industriales junto a la iglesia que desde la misma época colonial formó a la población. El catolicismo así es la religión de la patronal que defendió y defiende el modelo de economía primaria, ese modelo primario- exportador, que solo produce exclusión, marginación y pobreza desde el momento en que bajo las directrices de este régimen de producción, los frutos del campo, su economía y toda su estructura se convierte en apéndice del mercado global antes que en sector productivo ligado a la formación de un modelo de desarrollo nacional postulado precisamente por la cultura popular. Sobre esta específica matriz productiva originaria hubo, sin embargo, otros hechos que en parte compensaron las consecuencias de esa fuerte concentración de la propiedad de la tierra y de los recursos y distribución del ingreso por parte de los sectores minoritarios pero dirigentes. En otras palabras, la elevada tasa de crecimiento de la economía primario exportadora, en su fase de auge hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial, provocó cierta movilidad social, sobre todo en los centros urbanizados. También influyó la ampliación de la educación común, gratuita y laica, que constituye uno de los pocos logros importantes del régimen conservador. De todas maneras y aún después que se consolidara el sistema presidencial con Alessandri y su Constitución de 1925 que logró poner orden después de la anarquía de los años '30, siguió prevaleciendo la concentración de la riqueza y del ingreso. El comienzo de la industrialización sustitutiva de importaciones a partir de la crisis de esos años, aceleró el proceso de urbanización de la población y en consecuencia fueron apareciendo nuevas actividades, con una distribución distinta de la propiedad y del ingreso porque el surgir de nuevos emprendedores en el ámbito de la industria y servicios, es decir, de los nuevos trabajadores que así se vinculan a esas transformaciones que evidencia un progresivo cambio de

régimen, desde el liberalismo al desarrollismo, y que finalmente fortaleció, en alguna medida, la cohesión social. Pero, nuevamente fue el advenimiento de Allende en los años '70 al poder el hecho político central que aceleró la industrialización y el nuevo rol del régimen que, de ahora en más, adquirió otro protagonismo mucho más decisivo en la transformación de la economía, la producción, las condiciones de trabajo, de salud y la sociedad en general. Se fortaleció la organización de los trabajadores en sindicatos y se impulsó una serie de políticas sociales que mejoró la calidad de vida del trabajador provocando una decidida redistribución de las riquezas difundiendo los múltiples beneficios del régimen popular. Pero, por las falencias en el arte de poder de los trabajadores, el boicot dominante, una estrategia y concepción estalinista del ejercicio del poder que condujo a una polarización política-ideológica que extravió el rumbo de los grupos subalternos sumado a la tensión política y los múltiples desequilibrios macroeconómicos, la Unidad Popular no logró asentar la hegemonía del nuevo modelo de desarrollo en el marco de una democracia del pueblo.

Soberanía alimentaria, gobernabilidad y desarrollo.

Las malas condiciones climáticas es uno de los peores fantasmas para los hombres y las mujeres que tienen al campo como sustento de vida. Pero, si a esta cuestión le agregamos el problema del cultivo de la tierra, la cosa puede mutar inexorablemente en la peor pesadilla posible para esos hombres. En ese contexto, hay que entender las alternativas que, desde hace algo más de un tiempo, surgen en relación a las maneras tradicionales del cultivo de la tierra, de los pools de siembras que controlan de manera monopólica la forma de los agronegocios como sustento político- económico de un régimen que es primario exportador y que perdura durante toda la historia de nuestros pueblos. Un régimen *primario- exportador* que además contradice desde su fundamento las políticas que intentan reivindicar la *soberanía alimentaria* a través de la inclusión de los trabajadores. Es central el tema de la *soberanía alimentaria* de nuestros pueblos, es decir, la necesidad de tener cubiertas las necesidades básicas de alimentación de todos los trabajadores, no solo por una cuestión política y estratégica sino también por un asunto claramente ideológico porque la soberanía alimentaria, con todas y cada una de sus implicancias, significa la defensa del derecho a la vida y la propia soberanía política de nuestros pueblos para plantear el proyecto de país que buscamos. Así, la agroecología es central en la búsqueda de la soberanía alimentaria por las propias implicancias que le son constitutivas, o sea, porque es una de las tantas formas de producción característica de las zonas periurbanas que minimiza el uso de los contaminantes, generalmente usados en los cultivos y en la producción tradicional, preservando así los recursos naturales, haciendo

hincapié en la diversificación de los productos y canales de comercialización. En esas circunstancias, la agroecología es una disciplina científica que busca encarar los sistemas productivos desde un enfoque que se basa en principios ecológicos y formas de producción amigables con el ambiente en el sentido que protege el propio ecosistema del hombre. Lo innovador es que las pautas ecológicas defendidas por la agroecología tienen que ver con la defensa de principios que conllevan, por ejemplo, reforzar el proyecto propio, nacional y soberano, de un proyecto de tecnología conveniente que tiene que ver con mejorar la calidad de vida del trabajador que, a partir de ahí, comanda su destino. Es decir, la *agroecología* implica la conjunción con otras disciplinas del área tecnológica, área política, social y económica en el sentido que es central en ese proyecto de *tecnología conveniente*. A esa integralidad hay que sumarle el saber de los productores familiares. En otras palabras, ese proceso busca incorporar el saber autóctono, la cultura popular al saber técnico-científico para resolver problemas que se presentan en el proceso productivo. Ahora bien, es evidente que en el concierto de los sectores productivos que dominan, que claramente militan en beneficio del enfoque hegemónico del sistema de la producción agropecuaria que, a su vez, sustenta la visión política de los agro negocios monopólicos, la agroecología es minoritaria. Lo que es cierto, es que soluciona dos problemas claves y que por tanto vuelven a ésta claramente viable y sustentable política y económicamente. Por un lado, soluciona la cuestión trágica y desafiante de la pobreza, del hambre de los desocupados, de los marginados o excluidos por generar alimentos sanos y de más bajo precio a través de otra multiplicidad de canales directos de comercialización entre productores y posibles consumidores y, por otro lado, el cuidado del ambiente, porque la agroecología es un régimen que produce amigablemente en relación al cuidado de los recursos naturales.

En esas circunstancias, la agroecología implica una serie de beneficios para los productores que eligen esta modalidad productiva. En primer lugar, ayuda a mejorar la calidad de vida del trabajador a través de mejorar el poder adquisitivo de los salarios porque usa los recursos disponibles y pone en valor todos los conocimientos que ya tiene ese trabajador y la mano de obra de su familia. Para el productor de este modelo de agricultura familiar, la mano de obra es parte sustantiva del sistema de producción por lo que no es un costo adicional. Es, en realidad, la generación de empleo genuino en el lugar. Entonces, no significa un costo directo, sino al contrario, es la forma de amparar a toda la familia en función de la producción. Además, implica la unidad de la familia y su valor al reforzar la identidad de la gente del campo a sus tierras que ahora no necesitan emigrar a las ciudades en la búsqueda de la sobrevivencia: la familia campesina está unida y no quiere desmembrarse en viajes inciertos a ciudades ajenas que poco tienen que ver con su forma de vida. Están decididos a quedarse en las tierras que fueron y que son de ellos

porque el lugar de pertenencia es la identidad para quienes labran la tierra donde la calidad de vida no se concibe según el acceso al consumo de bienes materiales, sino que está representada también por *valores inmateriales*. Por eso, en general, los que emigran siempre quieren volver, porque recuerdan que comían mejor cuando el zapallo o el maíz era cultivado por sus manos y que eran más felices cuando la lógica de sus vidas se relacionaba con el compartir y no con el tener. Por otro lado, hay otros beneficios en este tipo de producción porque está la posibilidad de producir para un mercado próximo, o sea, de cercanía al cliente, y tiene el valor agregado que quien compra puede reconocer el producto. Además, la agroecología minimiza los riesgos ante cualquier eventualidad climática, etc., porque la agroecología diversifica la producción y así conservar la materia orgánica. En el contexto de conservación de la materia orgánica, la agroecología construye barreras contra el ataque de plagas, etc; si hay algún evento climático, ellos pueden amortizar este problema porque de alguna manera, estos productores tienen puesto huevos en distintas canastas. En otras palabras, en cuanto a la misma comercialización de la producción, la agroecología también está asociada con la diversificación de esos canales de comercialización, por eso son sistemas estables en el tiempo y esto para la agricultura familiar, que se caracteriza por el poco capital, es importante. La calidad no se logra fácilmente y en este caso vemos que hay mayor resistencia del sistema, porque puede responder a problemas de mercado o factores climáticos con mayor resistencia y esto para los productores es fundamental. Incluso para muchos productores la agroecología se relaciona con la supervivencia de la producción familiar que entra en crisis por las dificultades económicas que enfrentan los pequeños productores en un contexto de fuerte concentración de la propiedad de la tierra y de los capitales necesarios para la agricultura. La modernización del rubro en términos neoliberales, relegó a esos pequeños productores de economía familiar a las zonas menos productivas al tiempo que los insumos se volvieron más costosos hasta llegar a ser inaccesibles para la producción de pequeña escala. La agroecología se presenta como una real solución para esa problemática desde el momento en que sienta las bases para la creación de tecnologías que están íntimamente relacionadas con el entorno natural y económico del productor. Desde su práctica, los mismos quinteros confirman la teoría en el sentido que producir bajo los términos agroecológicos implica, entre otras tantas cosas, la rotación del cultivo. Con la agroecología se cuida y protege el medio ambiente, se revalorizan los diversos recursos naturales, se resguarda la soberanía alimentaria de los pueblos y se reivindica el uso de procesos productivos basados en tecnología conveniente porque a través de estas formas de producción podemos aprender una multiplicidad de nuevas maneras de trabajo. Por ejemplo, a través de la agroecología, los productores aprendieron a plantar el tomate cerca de la cebolla de verdeo y la albahaca,

que ahuyentan las plagas porque son aromáticas y además mejoran el sabor del tomate. A su vez, gracias a los aportes técnicos, se pudo confirmar que el brócoli libera una sustancia que mata otra plaga provocada por un gusano llamado nemátodo, que quita nutrientes del suelo y que se transforma en uno de los principales perjuicios para las producciones de pequeña escala.

La agroecología también tiene otras características. Puede estar en las zonas periurbanas o cercanas a las grandes urbes globales, justamente por su característica de ser complementaria y amigable con el medio ambiente. Esta cercanía es otra potencialidad para el quintero ecológico: puede establecer un vínculo directo con el cliente. Se trata de trabajar de productor a consumidor, de manera directa, lo que implica un contexto de comercio justo e igualitario en el sentido que en el proceso se obvia a los intermediarios que compran la producción de los quinteros por unas monedas y la venden a sobrepuestos a los consumidores de las ciudades. En este contexto de mayor igualdad y de justicia en relación a los nuevos canales de distribución que la agroecología implica, es decir, de diversificación de los canales de venta, es una condición de posibilidad y de viabilidad en la búsqueda de la soberanía alimentaria. Es en esta perspectiva que las ferias comunitarias, las quintas y mercados, en este orden, son las bocas de venta de la mayoría de estos productos frescos, que en muchos casos pasan de manos del productor a la bolsa del consumidor. Las ferias son el punto de encuentro de la *agroecología* y la *economía social* al tiempo que son parte de un ámbito que permite generar redes sociales que estaban perdidas. Tanto en la *economía social* como en la propia *agricultura familiar*, la unidad doméstica está ligada con la unidad productiva lo que significa que la producción es parte de la vida del productor. El trabajador de la *economía social* no es que va al trabajo y vuelve a su vida particular sino que compromete toda su vida social en esto. Son esas dos institucionalidades, es decir, la *economía social* y la *agricultura familiar* en un contexto de agroecología, las que potencian la posibilidad de generar una economía que que implica cercanía entre el consumidor y los que producen de manera de resguardar la calidad de vida de los trabajadores a través de por ejemplo, la defensa y militancia a favor de la *soberanía alimentaria*. Esta última implica ir contracorriente de los principios centrales del capitalismo en el sentido de que la agroecología busca otra relación, más estrecha, entre el productor y la forma en que produce. Se promueve la construcción colectiva del trabajador rural: donde antes había un patrón, un estanciero, ahora hay organización popular para poder elegir y no vivir sometidos. A través de la agroecología, el pequeño productor rural define el campo como medio de producción para alimentar a los pueblos, como un bien social y un derecho que hace libre a la comunidad. No cree en el campo como agronegocio ni como inversión en el sentido neoliberal. Así, también es responsabilidad social de los trabajadores rurales preservar la organización y los principios que mantienen vivo esta

lógica de defensa de la soberanía alimentaria que no tiene porque ir contra los negocios. Sin embargo, esa soberanía es el piso desde el cual tiene que plantearse la organización de la producción de alimentos. En las diversas clases de papas que se cultivan y los escabeches que se realizan a partir de la agroecología, están los valores que sustentan una producción responsable con la naturaleza y la comunidad a la que se pertenece. En cambio, la concepción mercantil de bienes, al modo oligopólico y excluyente del neoliberalismo, no puede incluir los alimentos a partir de la idea de que solo puede alimentarse el que tenga el poder adquisitivo para hacerlo.

Vimos algunas implicancias de la soberanía de los pueblos para definir su modelo de desarrollo que favorezca a la mayoría, los trabajadores. Ahora, me toca analizar las políticas centrales de ese modelo de desarrollo integrado, nacional, popular y también soberano. Por lo tanto, es necesario explicar porque a principios del siglo XXI, la evolución de las economías de países como Bolivia pasó de ser una de las más inestables, con crisis terminales de por medio, exclusión y rebelión, a ser de las más dinámicas del mundo en relación al crecimiento. Influyó la considerable mejora en los intercambios globales de materias primas impulsados por el mayor consumo por parte de países emergentes del tamaño como Brasil, China o India, que fortalecieron los pagos internacionales y estimularon el crecimiento de los exportadores de productos primarios. Pero, esto es solo parte de la explicación, entre otras razones porque el comportamiento de la economía boliviana figuró entre las de mejor desempeño. Además, en ningún otro caso de la época, se verificó un cambio político tan radical de tendencia como en este caso que en solo unos años pasó a construir un régimen popular. En otras palabras, los factores externos influyeron pero el cambio en el comportamiento político del régimen, que además tuvo que ver con un cambio radical en la lógica de la economía y de la forma de hacer política, fue consecuencia de los hechos, de los acontecimientos y de las nuevas políticas aplicadas por la gestión del Estado plurinacional de Bolivia, es decir, por las respuestas que el país pudo plantear a los cambios de circunstancias y los problemas planteados de cara a las crisis terminal ese país sufrió. Por ejemplo, todo esto incluye la radical disminución del endeudamiento del país con los países centrales y con los organismos de crédito globales que fue esencial para recuperar el equilibrio macroeconómico, la gobernabilidad y resistir las consecuencias de la crisis del sistema comercial global bajo las directrices de los intereses neoliberales. Sin dudas, el claro deterioro de la economía boliviana durante el período que arranca desde la instauración del régimen neoliberal hasta la imposición del régimen popular por la vía democrática reflejó las consecuencias de la etapa de la hegemonía neoliberal con todas las consecuencias que éste produce en la estructura económica pero también política- social. No olvidemos que en plena crisis, la propuesta política de los dominantes para salir de ella, que son

además los responsables de éstas, mientras caía Mesa en Bolivia, mientras se produce la guerra del agua, del gas, en fin, mientras eso pasaba, la propuesta de la patronal todavía se fundaba en los mismos principios y razones que culminaron en la debacle económica, que incluían la licuación de los activos monetarios en pesos o la dolarización de la economía, también establecer un sistema bancario off shore, o sea, la renuncia definitiva a conducir la política económica y descansar en el salvamento de los organismos globales bajo la atenta conducción del Fondo. No hay que olvidarlo porque sobre esas bases hubiera sido imposible la recuperación que vino después, porque, al contrario de lo que nos plantean los grupos y factores de poder, la gobernabilidad antes que una cuestión formal se relaciona con una mejoría sustancial de la calidad de vida del trabajador, de la previsibilidad y estabilidad laboral y hasta con el ascenso social. Entonces, la explicación del cambio entre uno y otro periodo descansa en dos causas. Por una parte, al cambio de circunstancias impuesto por una crisis terminal, es decir, que pudo conducir a la misma disolución nacional o guerra civil. Esto incluyó, entre otros tantos hitos, la recuperación de la autoridad monetaria del Banco Central, el superávit en la balanza de pagos internacionales debido a la caída de la importación, los buenos precios internacionales de commodities, el ajuste cambiario que abre otros espacios de rentabilidad y la aparición del superávit primario en las finanzas públicas, por el dinamismo de la actividad económica, la producción nacional que ahora ocupa los nuevos espacios de rentabilidad, la generación de empleos y el aumento de la relación tributos y producto bruto interno. Además, se debió al propio cambio de rumbo de la economía puertas adentro mientras que en el ámbito internacional, a través de la soberanía política conquistada se logró un margen de maniobra que hizo posible aplicar sus propias políticas de desarrollo. La recuperación económica a través de la implementación de un régimen nacional y popular, no habría sido posible sin la recuperación de esa soberanía como fundamento de la posterior gobernabilidad lograda. En la época en cuestión, la economía logró abandonar la búsqueda de soluciones a partir de la “asistencia” financiera global, con sus condicionalidades, y se dedicó a consolidar el control del régimen sobre los diversos instrumentos de la macroeconomía que hacen a la gobernabilidad general del país, es decir, el presupuesto, la cotización de la moneda nacional, los pagos internacionales y el tipo de cambio que se consolida a través de un equilibrio desarrollista. La fortaleza de la situación macroeconómica permitió formular una propuesta política nacional- soberana para resolver una multiplicidad de problemas que venían de la época neoliberal, incluso el tema de la exclusión social. La convergencia de estas nuevas circunstancias políticas y con el rumbo de la economía, provocó en poco tiempo un cambio radical que militó a favor de la seguridad jurídica demolida por la razón estratégica neoliberal que mejoró sustancialmente la gobernabilidad a través de una mejor gestión de la agenda

del gobierno. La respuesta de la oferta al repunte de las inversiones tanto la privada como la pública, y del consumo interno como el fortalecimiento de la competitividad de los bienes transables en el sistema comercial globalizado pero producido fronteras adentro, fue inmediata. Esto permitió un fuerte aumento del PBI. Mientras tanto, la suba de precios se mantuvo en niveles manejables.

Mientras tanto, todo indica que la economía en Bolivia, país que deja atrás los fundamentos del neoliberalismo, conserva un importante margen de maniobra basado en un sendero de crecimiento, desarrollo posible, equilibrio macroeconómico y gobernabilidad, que además se asienta en una mejoría de las perspectivas de vida para los trabajadores. De todas maneras, temas aún pendientes de resolución es la cuestión de las materias primas en general (los recursos energéticos y minerales) es decir, es necesaria la inclusión definitiva de los commodities en el proceso de transformación de modo que dejen de ser un apéndice del mercado global, que milita a favor del neoliberalismo y la primacía de lo financiero, y se conviertan en un sector integrado al sistema económico nacional. Se trata de convertirse en gran productor de materias primas que, al mismo tiempo, se integra como economía industrial avanzada como Estados Unidos, Canadá o Australia. Con la finalidad de consolidar la gobernabilidad es preciso insertar los intereses de esos sectores en la nueva estructura productiva- tecnológica, asumiendo un rol de creadores de riqueza no hegemónico, pero protagonista dentro de un sistema productivo integrado. Además, es necesaria una profunda reforma de la propiedad de la tierra para asegurar la soberanía alimentaria del pueblo. Sin soberanía alimentaria no solo es una quimera la *soberanía política- económica*. Al no haber soberanía política, el régimen pierde la histórica oportunidad de militar a favor de una gobernabilidad mejor, más consecuente y con mayor fortaleza. En relación a ese tema ¿quién puede ser garantía de gobernabilidad si la clase patronal históricamente fracasó? Eso plantea la cuestión del neoliberalismo porque es un hecho que éste, como expresión del Estado capitalista, está en crisis. Ahora bien, el neoliberalismo puede ser enjuiciado políticamente tanto por derecha como por izquierda. En ese sentido, no hay crítica tan central como la de Marx que adquiere toda su magnificencia una vez que es despojado de la lógica de la primacía de la propiedad. Sin embargo, incluso los sectores más conservadores, los política e históricamente dominantes, también se hacen con algunas críticas de Marx pero alterándolas para incorporarlas a su razón. De todas formas, el régimen neoliberal, como todo producto histórico, no es inmutable, siempre igual a sí mismo, si no que se modifica de acuerdo a las necesidades de los grupos de poder para mantener su dominio y control. El neoliberalismo y su democracia formal no es garantía de gobernabilidad. Entonces, una democracia asentada sobre los principios generales abstractos del liberalismo, que decididamente niega los valores y conquistas sociales,

no es garantía de gobernabilidad ya que conduce a la exclusión del trabajador en grado importante. La democracia formal no es viable porque el trabajador y sus interés no aparece por ningún lugar. La fuerza de los sectores que son históricamente dominantes, de los grupos y factores de poder que responden la oligarquía especulativa- financiera, es minoría a pesar que tiene un espíritu colegiado. Así, su conciencia es conservadora al tiempo que su liberalismo es una máscara fría que refleja su soledad histórica e intolerancia frente a todo lo que amenaza su estilo de vida. En términos de gobernabilidad no son una opción y solo los sectores populares pueden ejercer ese rol.²

En general, para entender quienes son garantía de gobernabilidad en un país en desarrollo tendríamos que analizar cuáles son las prioridades de una política económica, que en la medida en que plantea el desarrollo, busca resistir la adversidad y los desafíos que se le presentan. Además, es necesario considerar cuáles son los temas, metas y objetivos que siguen pendientes en la transición desde el fenómeno del subdesarrollo a la conformación de una estructura integrada capaz de erradicar los niveles intolerables de pobreza, de la exclusión e injusticia distributiva. En ese contexto, en la búsqueda de un tipo de gobernabilidad más consecuente con los propios recursos del país y con las perspectivas de un régimen popular, la política económica responde a una serie de metas que son fundamentales para que la gobernabilidad política no sea un mito. En primer lugar, tenemos que considerar la gobernabilidad de la macroeconomía porque el superávit de la balanza de pagos es prioridad para hacerse con las divisas que financien el desarrollo y que consoliden el crecimiento en el contexto de un régimen popular en el que los frutos de éste son distribuidos de forma justa. Así, hay que crear un escenario propicio al desarrollo de todos los recursos, de los medios tecnológicos y del talento de todos los actores políticos y económicos bajo la primacía de la lógica de un plan de desarrollo de *tecnología conveniente*. En tercer lugar, es necesario orientar la asignación de recursos y la distribución del ingreso a los objetivos de la equidad distributiva. En cuarto lugar, la gobernabilidad debe consolidar estratégicamente la solvencia, fortalecer el sector público como actor central en la formación de la agenda pública en todas sus jurisdicciones, ya sean locales, regionales o nacionales. Además, es necesario militar a favor de la solvencia fiscal para mantener un nivel suficiente de reservas que ayuda a

² El dominio de esos grupos de poder vienen de la mano de poder controlar los medios de producción de bienes, servicios y capitales que son necesarios para arrancar con la producción de esos bienes transables. Esto no significa que baste con el control absoluto de éstos para lograr la libertad de la mayoría. De hecho, el marxismo en la forma que milita a favor de la primacía del derecho a la vida nos invita a pensar que el proceso de emancipación es más complejo. De todas maneras, la estancia o hacienda es la imagen material del prestigio de los sectores dominantes desde antes de la “independencia”. En otras palabras, a través de una racionalidad conservadora y minoritaria, la hacienda se identifica con el control a través de una idea idealizada de la vida y el trabajo del campo.

preservar el régimen cuando se producen los shocks externos. También hay que buscar la mejor manera de administrar la paridad cambiaria de la moneda a través de un cambio de equilibrio desarrollista. La administración de la paridad es una tarea muy compleja que debe adecuarse a la evolución de las diversas variables internas y externas de la realidad económica, incluyendo la regulación de los movimientos especulativos del capital. La instrumentación de este tipo de cambio recae en la autoridad monetaria pero su existencia es un requisito del éxito de la política económica y, por tanto, responsabilidad primaria de la política económica del régimen. Por último, lo que engloba los puntos anteriores es el fortalecimiento de la posición internacional a través de una economía, humanista y pujante, que nos inserte de otra manera, de una forma más soberana, en la política global. Se deduce de lo anterior que la gobernabilidad política de las variables macroeconómicas es esencial para crear el escenario propicio a la inversión privada, de consolidación del sector público y una estrategia que ponga el acento en la primacía del derecho a la vida del trabajador en la formación de la economía y del sistema productivo nacional. Si logra consolidarse la gobernabilidad del régimen disponemos del poder necesario para vincularnos al sistema comercial global en una posición simétrica y menos subordinada los intereses de los países centrales.

El uso político de la inseguridad.

La delincuencia en general y el temor a ésta es, en Latinoamérica y en el mundo en general, la suma de todos los miedos. La delincuencia es usada políticamente por los sectores de poder reaccionarios para lograr aprobar leyes que en otro contexto no sería posible o simplemente para alcanzar algún rédito. Se culpa a la delincuencia, y muchas veces a la inmigración a la que se le asocia, de los grandes dramas sociales como la falta de trabajo o la violencia y así, estas sociedades, logran ser no- responsables de las acciones que en realidad les compete a ellos. En otras palabras, es más fácil culpar a los inmigrantes del desempleo antes que responsabilizarse uno mismo, los ciudadanos, que en fin son los que tienen el poder de decisión (por ejemplo, a través del voto, de las movilizaciones y otro tipo de manifestaciones) sobre la aplicación o no de las diversas políticas y medidas neoliberales que son las grandes responsables de la inseguridad en la medida en que militan en favor de la exclusión. En los países latinoamericanos, la acción del régimen ante el incremento de la violencia y del delito se limita mayormente a respuestas autoritarias que muestran lo peor de cada uno pero que además consolida un marco referencial de ineficacia policial, judicial y penitenciaria. Las políticas que buscan instaurar la mano dura no reducen el delito y por el contrario aumentan la violencia en la comisión de éstos. Es decir, la delegación de la seguridad en manos de la policía, el incremento de las penas, la idea del

régimen como panóptico que todo lo ve y controla a su antojo, la pérdida de las garantías constitucionales de los afectados y las políticas centradas en el encarcelamiento masivo, no solo son los ejes ideológicos recurrentes de estas políticas de mano dura sino que son muy ineficaces. Sí hay que reconocer la mayor violencia con la que son efectuados los delitos y esto tiene que ver con el cambio en las formas del ejercicio de la violencia y su regulación que en realidad nos compromete y responsabiliza a todos como miembros de un colectivo. Esa mayor violencia en la comisión del delito tiene que ver con la falta de previsibilidad social de los trabajadores, que en su mayor parte son marginados bajo las políticas neoliberales, drama que se hace más acuciante y grave cuanto más bajos son los sectores sociales a los que nos referimos. Es decir, sin largo plazo, sin la esperanza en el futuro, en una vida con mejor sentido, con proyecto de largo plazo, desaparece la auto coacción y la idea de pertenencia. Una dimensión de la violencia urbana de hoy está vinculada a la altísima irracionalidad que introdujo en nuestros regímenes el neoliberal. Además, si bien la pobreza y la exclusión tienen que ver con la violencia cada vez mayor con la que se cometen los delitos, me parece que ésta, la pobreza, no implica necesariamente que tengamos que vincularla o asociarla con la delincuencia. De hecho, éste es un argumento que solo favorece a los sectores de poder más reaccionarios que interactúan en nuestros regímenes. Desde esta perspectiva tenemos que preguntarnos porqué la batalla simbólica por ofrecer soluciones eficaces al problema de la inseguridad y delincuencia es históricamente ganada por la derecha, porqué hay una fuerte incapacidad de parte de los sectores populares en ese sentido. En relación al tema existen dos cosas que son centrales. En primer lugar, a los sectores de derecha les es fácil apelar a las soluciones mágicas de la política de la mano dura porque detrás de estos mitos están los diversos dispositivos represivos tradicionales que buscan que la policía, militarizada o no, trabaje de modo autónomo y sin el control respecto de la autoridad civil; ello conlleva graves peligros para nuestro régimen democrático. Por más que se demuestre que la policía ya no está en condiciones de responder a los asuntos complejos que se relacionan con la inseguridad, las soluciones mágicas de los grupos políticos de derecha solo agravan el problema. Por otra parte, también hay incapacidad política notoria de los sectores populares para diseñar políticas públicas que tengan relación con la seguridad del trabajador. Pareciera que una política coherente de seguridad tendría que tener como eje principal la inclusión social que solo es posible en el mediano plazo, para ser optimista. Pero no es así porque si bien la inclusión social es un tema por el que peleamos constantemente por razones de justicia social, de dignidad humana y del mayor humanismo, no libramos esa misma lucha por razones de seguridad porque, a partir de esa lógica políticamente perversa, incubamos el riesgo de no identificar en toda su amplitud el problema; es que a partir de ahí naturalizamos el prejuicio de

que los problemas de criminalidad se relacionan con la pobreza, marginación y con la exclusión. La verdad es que en gran medida la criminalidad y la delincuencia en general, es una tremenda red de mercados ilegales que están controlados por personas que no tiene nada que ver con la pobreza, sino que recluta como mano de obra barata. En otras palabras, la policía y la justicia constantemente se ensañan con ese segmento más vulnerable de la población, con los pobres, pero hacen muy poco por desbaratar los mercados y la gente que los maneja porque, en fin, buena parte de la criminalidad urbana está organizada por estructuras de mercado apañadas por funcionarios policiales y políticos. No podemos entonces aceptar una división tajante entre el crimen común y el organizado ni mucho menos asociar la pobreza, la marginación y la exclusión con la delincuencia. De todas maneras, éstas tienen que ver con la mayor violencia en la comisión de delitos.

Por ejemplo, en relación al tema del robo de teléfonos celulares, éste se piensa como criminalidad común, pero es una criminalidad de mercado que está fuertemente organizado porque detrás de todo eso existe una red de compra, distribución y clonación, que es lo que hay que dismantelar. Pasa lo mismo en caso del robo de vehículos que se lo toma por criminalidad común, pero es uno de los crímenes mejor organizados por la corporación política, policial y judicial que ayuda a las arcas de todas ellas. Entonces, el problema en relación a la delincuencia es también un problema de enfoque, desde dónde lo pensamos y en función de ese parámetro, qué medidas aplicamos o no. Los delitos como robos, los hurtos y asaltos a mano armada, que tienen un alto grado de violencia, aumentan más que los homicidios dolosos y eso tiene que ver con razones como la connivencia de las fuerzas de seguridad como la policía y la corporación política y judicial, con las organizaciones criminales que controlan los grandes mercados. La raíz de esta problemática está en los regímenes autoritarios que arraigaron costumbres institucionales altamente violentas en la época de los regímenes dictatoriales pero también de los regímenes de democracia formal que así no fueron capaces de terminar con las estructuras mafiosas y represivas venidas de la terrible época de las dictaduras de seguridad nacional donde también encontramos la complicidad de políticos, dirigentes y jueces que logran reciclarse a favor de ellos mismos y a expensas del interés del pueblo. No es un secreto que en las comisarías y cárceles de nuestros países, la situación cotidiana de los detenidos sea la de recibir maltratos y golpizas de parte de la fuerza de seguridad que en realidad tendrían que velar por su seguridad. Tampoco es novedad el gatillo fácil y otros excesos de la policía. El problema es que hay un hilo conductor en esa metodología, es decir, acoso policial en las barriadas pobres, encierro de un niño de los sectores más vulnerables, participación de muchos policías en las golpizas y hasta en la práctica de torturas. Lo grave es que quienes tienen que prevenir el delito en realidad lo están cometiendo. Y, en general, los medios

de información no se hacen eco de estos problemas porque ellos juegan otro rol como sujeto político. Estos medios influyen o condicionan la selectividad de la respuesta social ante el problema de la inseguridad. Les preocupa un tipo de caso al tiempo que otros no son considerados y eso tiene mucho que ver con la cobertura de los medios. Sin embargo, no se debe sólo a un factor ideológico que, desde luego, siempre es un factor que aumenta la neurosis social y en consecuencia la preocupación sobre el tema, sino que también se relaciona con ese formato de noticias de 24 horas y una muy baja inversión en la producción de noticias. Con sólo mandar un periodista a ciertos lugares de riesgo uno puede tener noticias sobre crímenes durante todo el día. Los medios no crean el fenómeno de la delincuencia, eso sería un real absurdo, sino que editorializan el tema para intentar, en coyunturas de gran conflicto social, direccionar el reclamo genuino por mayor seguridad que se dirige en especial contra el gobierno de los trabajadores. Editorializan recortando un asunto complejo, despojándolo de toda conexión institucional, económica y social y haciendo responsable a la pobreza, a la marginación y a la exclusión cuando el problema va más allá de esos pronósticos reaccionarios. Generar miedo en los trabajadores por parte de los factores de poder reaccionarios de nuestros países, apunta a describir y definir la situación actual de nuestros regímenes políticos como un estado de guerra de todos contra todos, al modo de Hobbes, que debe ser controlada por una autoridad eficaz en los términos dominantes, para derivar en políticas públicas represivas, de gran estigma en relación a los sectores que son más vulnerables política y estructuralmente. Lo que estoy diciendo es que no es posible hablar de inseguridad y de un plan de seguridad pública dejando de lado la cuestión de las estructuras de la policía, de la corporación política, de una parte de ella por lo menos, de la justicia y su lógica. En este contexto, importantes actores políticos que son parte del régimen muchas veces suelen ser los grandes gerenciadore del delito. Por eso, los miembros de las instituciones policiales, en particular sus mandos superiores, resisten con mayor o menor temple corporativo, todo tipo de inspección o examen por parte de los actores políticos que integran la sociedad civil. En gran medida, esta renuencia se orienta a intentar ocultar un conjunto de prácticas institucionales signadas por la corrupción, la ilegalidad, la protección y la regulación de actividades delictivas que son cometidas por la policía contra el trabajador. También se busca disimular las deficiencias de la policía o de las fuerzas armadas inclusive en el desempeño de su función, en gran medida derivada de los anacronismos doctrinarios de otras épocas. Así, las instituciones que administran la fuerza pública y represiva tienen grados altísimos de deslegitimación social frente a amplios grupos políticos con los que en definitiva tendrían que interactuar para proteger sus derechos porque, además, el sector popular es el que más sufre la delincuencia porque está más sobreexposto a ésta por la falta de recursos y de garantías legales

defendidas por el régimen. Es necesario comprometerse con una profunda reforma de la fuerza de seguridad para terminar con prácticas anacrónicas, de características mafiosas y autoritarias, que son totalmente incompatibles con un régimen que aspira a la democracia y la igualdad de oportunidades para la mayoría. Esto es muy importante porque es poco o prácticamente nada lo que se invierte en investigación criminológica de campo que esté dirigida a la prevención del delito, es decir, no se puede prevenir ni tener una política democrática más o menos coherente respecto a la delincuencia y la violencia o cualquier otro tema, si no conocemos en profundidad la temática a resolver. El tema de la delincuencia es estructural, por las implicancias que conlleva su resolución, entonces no se trata de opinar sino de saber qué pasa e ir a lo concreto. Como es un tema estructural no tiene sentido insistir en ideas y argumentos pseudo progresistas que insisten en relacionar la delincuencia con la pobreza. Este argumento de ciertos dirigentes que relaciona la pobreza con la delincuencia no es solo reaccionario sino también discriminatorio por la forma en como trata el tema de los pobres a partir de la criminalización de esa pobreza. ¿Conocemos realmente los circuitos del encubrimiento habitual de los delitos relativos al robo de autos y otros reducidos? ¿Se sabe cuáles son los factores específicos de riesgo? ¿La zona que actúa el narcotraficante y los grupos de poder que los encubre? Como no se sabe nada técnicamente, cada cual puede decir lo que quiera mientras la integridad y la vida de los hombres quedan sobreexposados a opiniones y argumentos políticos bastante poco sólidos porque tienen más que ver con el poder, la defensa de ciertos intereses y hasta de la búsqueda de rating.

En relación al tema de los derechos humanos, que está íntimamente relacionado con la delincuencia y la violencia más reaccionaria, tengo que considerar cómo funcionó la estructura legal, represiva y secreta que en su momento benefició a los represores y genocidas de nuestros pueblos con la imposición de la impunidad. La complicidad de los poderes del régimen, en concreto del Poder Judicial en el ámbito de la impunidad a los represores, en muchos aspectos nos demuestra que las acciones de este poder en nuestros países manifiestan pronunciamientos político- judiciales que afectan a las instituciones del régimen y a su organización como cuerpo colegiado. El delito que está ligado a la corrupción, lo protagonice un empleado público o empresario, es un factor de desestabilización democrática, y como tal no puede permanecer impune. Los crímenes de lesa humanidad también lo son y por eso tampoco pueden quedar impunes. Los jueces, a través del importante rol que les corresponde son responsables de asegurar que estas prácticas antidemocráticas, es decir, la violación de los derechos humanos en todas sus manifestaciones como la tortura, la detención ilegal, la corrupción, la trata de personas, el tráfico de éstas con los fines que sea, puedan ser combatidas con la fuerza de la constitución y la ley. Estos delitos agravan a la constitución

del régimen popular ya que colocan en riesgo y entredicho el funcionamiento del mismo régimen.

El liberalismo, la libertad negativa, la positiva y la democracia.

En teoría y apariencia, dadas las formalidades del neoliberalismo y las pretensiones de sus ideas, el neoliberal es un sujeto, tanto a nivel individual como colectivo, que cree en la libertad y que además cree que esa libertad es claramente indivisible, es decir, que no se la puede dividir por ejemplo en *libertad política* y *libertad económica* porque ambas, sin ninguna duda, son una simbiosis. Ese es un principio básico del liberalismo que luego origina al neoliberalismo al no poder cargar con sus culpas. No es una idea condenable, de hecho, en las postrimerías del Estado capitalista, que anunciaba con todas sus pompas el fin de los feudos y de los artesanos, esa idea de libertad fue la base de las transformaciones en curso. Incluso, a despecho de la imposición legal que condenaba como delito el pensamiento que concibiera una teoría distinta, que fuera más allá de la teología, a despecho de la persecución de la casta sacerdotal y monarcal de la época, el ideal platónico, la idea de la libertad como base de igualdad y fraternidad, trabajaban desde las sombras adquiriendo relieve de verdad absoluta en los burgueses en la medida en que la injusticia en que se amparó el antiguo régimen apretaban el torniquete de la represión y la reacción. Fue el renacimiento del pensamiento y las artes del hombre el que rompe el muro de los antiguos valores, de los reaccionarios, sus casas reales y sacerdotales. Fue la reacción de la libertad contra la tiranía clérico- monárquica y así fue rehabilitado Aristóteles y los suyos. Al mismo tiempo, Voltaire, que sin lugar a duda carecía de ideas fundamentales, intuyó que la crítica política conduce a consolidar la propiedad y la libertad. Por otro lado, Rousseau exhumó el ideal platónico. Para él, la vida comunitaria entre los hombres no podía ser otra que la *seguridad social* que se deriva de la *igualdad* pero primero de la *libertad* como meta final. Su concepción política contractualista derivaba en ello porque en su ideal de ciudad ya no hay división entre ricos y pobres porque las desigualdades económicas serían parte de un mal recuerdo. El Estado de su contrato social, al igual que la idea platónica de éste, es una comunidad donde el hombre se sumerge para ser rectificado en base a la libertad que implica la *voluntad general*. El problema se presenta cuando confrontamos la teoría con la realidad porque ésta ha sido siempre el problema, irresoluble por lo demás, del neoliberalismo porque la realidad remite a la verdad más racional. Por eso, cada vez recurre de manera más escandalosa y reaccionaria al mito y al fetichismo que lo tergiversa todo, hasta la idea de libertad. Esa también está, como es de esperarse, en el propio Adam Smith, padre del liberalismo en sus expresiones más importantes. Este continuamente nos hablará de la *libertad económica* y *libertad política*. Sin

embargo, el Estado y su régimen en la práctica se convierten en un leviatán, en una fuerza al servicio de los dominantes y contrario el bien común de los ciudadanos. Incluso con Hegel y con Platón el hombre será absorbido por el Estado de acuerdo a su definición clásica. De todas maneras, lo que nos dice tanto la teoría como la práctica, es que si alguien pretende dividir la libertad política de la libertad en términos económicos, se equivoca, no tiene ningún derecho a ser llamado un liberal porque simplemente nos presenta una visión completamente corrompida y criticable del liberalismo. Esta identidad de la libertad política, que estaría en conjunción con la económica, no es nueva, es decir, está en el origen del liberalismo y su revolución burguesa. En otras palabras, esta idea de libertad es la carta de presentación liberal desde hace más de dos siglos, a pesar de que esta equivalencia carece de sustento teórico y de realidad dada la acción política y práctica histórica de los capitalistas y sus intereses: cuando se estructuró el liberalismo político significó un gran progreso a la situación anterior del hombre, o sea, bajo el yugo dominante del feudalismo y su casta. Así, el liberalismo se propone afirmar la libertad del individuo para lo cual milita en beneficio de las instituciones políticas- un Estado y un régimen- que fijaran ciertas reglas del juego y sólo actuara para garantizar su cumplimiento. En los hechos abandona la explicación de los fenómenos del hombre en términos teológicos para fijarse en la interacción de los individuos, que en su dimensión ciudadana creaban un Estado nuevo, capitalista, y su correspondiente régimen a través de las diferentes teorías del contrato social, así como establecían una estructura de gobierno basada en diversos pesos y contrapesos de poderes. Al respecto, la división de poder es más que elocuente. Además, planteaban instituciones políticas que buscaron la representación de las minorías para impedir el despotismo, fuera ilustrado o no, fuera del tirano o del pueblo que también podía deformar en formas autocráticas del poder. Finalmente, estas ideas se traducían en la elección periódica de los gobernantes por el voto, matizado muchas veces por niveles de ingreso, así como la vigencia de las libertades de conciencia, asociación civil y prensa, de tal modo que siempre en teoría la minoría eventualmente podía llegar a convertirse en mayoría y hacerse con el gobierno.

Esa visión del hombre y sus instituciones, francamente revolucionaria para la época, a pesar que esconde la verdad de que la mayor potencia de un Estado y del régimen se mide a partir de la fuerza de su derecho y leyes que no se detienen en la más rigurosa absorción del individuo por parte de las estructuras estatales sino que va más lejos y comprende a la familia, y aún va más allá y comprende la reacción frente a los intereses de las mayorías que sin embargo dice defender, se contraponen incluso con la propia teoría liberal de la economía que, como sabemos, deriva en el automatismo del mercado, que simplemente contradice la idea romántica de la competencia perfecta que se planteó en el origen del Estado capitalista. En efecto, en base a la razón,

que se relaciona con la idea que los sujetos, definidos individualmente desde siempre, buscan lo mejor para sí en base a estrategias no coordinadas del interés individual que conduciría (no nos dicen como de manera convincente) al mayor bienestar de todos. El problema es que en este contexto solo nos queda la libertad y las reglas del mercado, en una situación en donde ya no pueden existir iguales oportunidades de acceso, en el que no hay información perfecta ni menos libertades como las de participación y de elección genuina. Es que la realidad del capitalismo nos demuestra lo contrario. Pero, a pesar de esto no se detienen ante la evidencia y siguen diciéndonos que los agentes económicos, mientras buscan su interés personal, se guían por aquella *mano invisible* para hacer el *bien general*, con mayor eficacia que si buscaran el interés de todos. Esta postura además de ser de imposible demostración, es falsa porque antes que primar la conocida mano invisible de Smith lo que tenemos es una serie de clanes familiares dominantes a nivel global, que vía determinados centros del poder, controlan el interés, el valor, los precios, las expectativas y la vida de los trabajadores. A pesar de ello, con la teoría de la mano invisible del padre del liberalismo concluyen con total arbitrariedad que la suma de egoísmos individuales lleva inexorablemente al bien común. La característica más sobresaliente del liberalismo de los dominantes siempre tuvo la pretensión, injustificada de acuerdo a cómo actúan históricamente los sectores dominantes respecto a la democracia y al bien común, de defender la libertad del hombre. Entonces, pretenden mostrarse como militantes de la iniciativa privada, en una muy clara oposición con el presunto absolutismo del sector público y la defensa no solo de la propiedad privada sino que, en primer lugar, de la primacía de ésta como derecho humano central en lo relativo a la construcción de mejores formas de vida y de regulación de las necesidades de las mayorías. Se sigue que la iniciativa privada y los intereses individuales del sujeto, en el marco de una competencia nunca perfecta sino desleal, tienen que ser preservados de la intervención del Estado y del propio régimen en las múltiples formas en que esa intervención se expresa, ya sea intervención en el proceso de producción, a través de la fijación de precios o de regulaciones de todo tipo. Es la novedad del neoliberalismo en relación al liberalismo que le antecede. Es decir, el régimen trabaja contra las conquistas políticas- sociales logradas por el trabajador tras lustros de luchas, de sudor y hasta de lágrimas. Por eso, el régimen democrático en manos de los sectores dominantes, el liberalismo político y económico que los precede y justifica ante las víctimas del régimen por ellos instituidos, así definidos son el objeto de una enorme confusión porque a pesar de que es cierto que la libertad es indivisible, que no puede desligarse la libertad económica de la política, los neoliberales en la práctica nos plantean una división tajante entre ambos términos. En primer lugar, para eso se valen de los valores que ellos dicen reivindicar en nombre de la democracia y de la convivencia civilizada entre

los hombres. Hayek, a quien vimos en otra parte, distingue entre la *libertad negativa* y la *libertad positiva* creando así una dicotomía decisiva para los principios de la democracia. Para Hayek, que es el principal pensador liberal del siglo XX, lo importante es el respeto por la libertad pensada en términos negativos, esto es, que solo importa que el individuo no se vea obligado a hacer lo que no quiere. Con esta definición de libertad, totalmente negativa, estamos defendiendo la idea de que los hombres en sociedad pueden vivir sin derechos políticos fundamentales y hasta morir de hambre o de inanición sin que por eso dejemos de ser libres. Estamos ante una versión delirante de la libertad de los hombres. Frente a esa libertad negativa (que en la práctica se traduciría en la libertad del sujeto para no verse obligado a hacer lo que no quiere) está la libertad positiva que se refiere a la que nos permite hacer y actuar. Por ejemplo, nos permite alimentarnos y trabajar, opinar y participar en las decisiones sociales.

A modo de síntesis, hay que decir que el liberalismo político defiende la libertad negativa mientras el liberalismo económico aplica tanto la libertad negativa para impedir la acción del Estado (por ejemplo, a través del régimen actúa sobre la vida del sujeto y sus intereses, sobre su posible resolución y competencia) como también aplica la libertad positiva pero solo cuando se trata de las empresas privadas. Es de esta forma como el hombre bajo la idea neoliberal dejan de ser sujeto de la vida para entregarse en manos del interés privado de las corporaciones. El problema al que se enfrentan los liberales como los neoliberales es que las estructuras sociales que aspiran a perdurar, están obligadas a tener por lo menos cierto contacto racional con la realidad. La democracia y la libertad de esos grupos de poder simplemente contradice, en todos sus términos, la idea de bienestar, democracia, libertad e incluso de mitos originarios como el de la mano invisible del mercado de Adam Smith. La libertad neoliberal, influenciada por el pensamiento de Aristóteles, Platón, de Smith y tantos otros, solo puede negar, desde todos los puntos de vista, la unidad indisoluble de lo político con lo económico, lo social con lo cultural y al hombre con su ser genérico. Además, bajo estos parámetros neoliberales, son de distinta naturaleza la libertad política del sujeto y la del capital para desenvolverse a partir de su lógica. La libertad económica tiene como eje al capital y es totalmente ajena a la libertad política, ya que actúan en circuitos distintos. El capital está guiado por el lucro y los intereses de la acumulación privada no teniendo relación alguna con la realización de la libertad de los hombres. Desde esta perspectiva del capital, los neoliberales esconden, vía fetichización de las mercancías, el circuito para entender al Estado capitalista y su expresión a través de diversas formas de régimen. Esconden ese circuito fundado por el *Dinero-Mercancía-Dinero* (D-M-D) del cual precisamente deriva la acumulación privada de capital. El *liberalismo económico* no tiene relación alguna con la ley electoral y con la democracia en general porque las

niega decididamente, porque las contradice a partir de la ley del automatismo del mercado. Se trata, ni más ni menos, que prime la lógica de la rentabilidad y de la eficiencia en los términos más reaccionarios posibles. En relación a la libertad liberal, devenido luego en neoliberal, la democracia más sustantiva en términos de valores y práctica política es la que se refiere a un alto grado de igualdad alcanzado en un régimen para satisfacer las necesidades de las mayorías. Esta no es posible a partir de los preceptos e ideas en que basa su liberalismo político que aunque afirma la igualdad de ciudadano ante la ley, en la práctica vemos la formalidad de esos derechos porque en el liberalismo económico desaparece la veleidad igualitaria. Las múltiples contradicciones y divergencias entre el liberalismo político y el económico se evidencia en la teoría pero también se refleja en la práctica, en la exclusión del trabajador, en la marginación de los pueblos aborígenes, en la imposición de las dictaduras y en un régimen democrático abstracto, de poco sentido, cuando se trata de reivindicar la emancipación del trabajador.

Por su parte, en Latinoamérica, el concepto de *progresismo* es tan laxo en términos políticos, tan indefinido en su forma, en sus consideraciones y convicciones, que perfectamente nos permite que bajo sus ideas, dogmas y directrices, valores e interés, se agrupen experiencias políticas muy diversas que pueden ser, y de hecho lo son, tanto similares como diferentes, múltiples e incluso antagónicas. Muchos gobiernos se definen como *progresistas* al tiempo que como nos lo muestran las acciones de esos gobiernos durante las crisis, esto no significa ni menos es garantía de primacía de los intereses del trabajador bajo el formato del bienestar común. Al final son neoliberales. De hecho, en el caso del socialismo europeo éste no tiene el ningún escrúpulo para ajustar contra los intereses del trabajador si lo considera necesario por el motivo que fuera, por ejemplo por una crisis derivada de la caída de la tasa media de ganancias del capital. Entonces, una pregunta para resolver aquel dilema relacionado con los intereses que representa el progresismo y sus manifestaciones en todos los ámbitos sociales, sería precisamente definir que entendemos por progresismo. Se adivina que ese progresismo, sea de derecha o de izquierda, liberal o neo, para el caso de la acción y de la praxis política es lo mismo porque es una manifestación del reformismo político que bajo la formalidad extrema del neoliberalismo, solo refuerza los conceptos de éste. Sin embargo, el asunto es un poco más complicado para el análisis y por eso me gustaría profundizar en el tema arribando a una definición más clara del progresismo liberal, una definición que sea mucho más concreta para ver si los términos y directrices que lo componen se adecuan más o menos a una u otra experiencia política para desde ahí con mayor grado de certeza señalar qué es y qué no es el progresismo.

En Chile, la aparición que me pareció más importante del concepto de *progresismo político* se vinculó a la fracasada experiencia del PPD y del PS

que vía renovación de sus postulados logró abdicar de los valores históricos que defendió en su momento. Me parecieron experiencias fracasadas porque nunca pudieron ser una alternativa al neoliberalismo (opción que desde sus bases ideológicas negaban como bien lo demostró la experiencia posterior de los gobiernos de la Concertación) de hecho sostuvieron, en la práctica y en la teoría, las bases de la propuesta neoliberal a través de la irrestricta defensa de la herencia de la dictadura. Este *progresismo* de la mal llamada izquierda no fue más que una estrategia política y electoral para conquistar a un electorado cautivo que buscó los cambios y transformaciones que la historia reclamaba por ese entonces. No podía identificarse con propuestas claramente definidas contra la herencia del genocida y solo le quedó apelar al *progresismo* y al *liberalismo* como lo políticamente correcto. En el camino fueron contra la historia e incluso contra el llamado de los estudiantes y trabajadores que no escucharon ni supieron interpretar. Estuvieron lejos de la historia y una vez más la realidad nos mostró que el *progresismo*, con su manifiesto populismo en cuanto a la acción política, no fue capaz de plantear soluciones que tal vez los hubieran llevado por el camino del radicalismo. De hecho, como todo *progresismo* que asocio definitivamente al populismo, su ideología no estuvo a la altura de las circunstancias políticas porque al ser el populismo altamente conservador en relación al estatus imperante, es decir, al definirse como falsa humanización del neoliberalismo antes que como un cambio de la vida de los trabajadores, el populismo muestra su carácter de derecha, comprometido con intereses concentrados antes que a favor de la inclusión del trabajador. El populismo- *progresismo*, de derecha por su carácter conservador y formal, es muy distinto del régimen popular. ¿Cuál vendría a ser el sentido político que adquiere el concepto de regímenes populares en el caso de nuestros países? Este se asocia a la acción del movimiento social, representativo del pueblo o de una parte de éste y que actúa a partir de una pluralidad de demandas en defensa de las mayorías pero también de las minorías, de la cuestión de los derechos civiles y la no discriminación por los motivos que sean, del acceso a la vivienda digna, a la educación, al trabajo y salud. El rol del régimen político al respecto, como actor y sujeto político, es fundamental para llevar a cabo estas mejoras en la calidad de vida de los trabajadores. Ahora bien, hay que analizar y reflexionar por qué la opinión pública, a pesar del fracaso del *progresismo*, del *liberalismo* y del *populismo*, sigue asociando el reformismo de la acción política de estos grupos con la noción de la *centro- izquierda* cuando son expresiones políticas de derecha, conservadoras del estatus e incluso fuertemente reaccionarias. Dentro del abanico de las múltiples ideas políticas que se ofrecen en este campo, desde los fanáticos, mesiánicos e iluminados de la extrema izquierda hasta las ideas más reaccionarias de la derecha, el *progresismo* tiene como característica distintiva el horizonte de mejoras sociales para los trabajadores, en el corto plazo, que implican obviar

las transformaciones estructurales del Estado y del régimen político. Es decir, su esencia política lo aleja de la derecha pero al mismo tiempo sus límites respecto a la acción y objetivos de cambios estructurales, lo dejan a medio camino, en el limbo, en la peor formalidad que solo termina reivindicando a los dominantes y sus expresiones políticas de derecha como opción válida de poder bajo la primacía de un régimen que se pretende democrático. Por eso, en la medida que un gobierno se radicaliza políticamente, en la medida que busca la resolución de los grandes problemas que son nacionales removiendo las estructuras del subdesarrollo, sus políticas son populares, mucho más nacionalistas y soberanas y bajo ningún punto de vista pueden ser medidas progresistas. En última instancia, lo que distingue a la izquierda de la derecha es la preocupación por la igualdad y distribución de la riqueza que esa misma igualdad plantea desde su raíz. Una incluye, crea derechos para la mayoría y la otra excluye: crea derechos para la minoría. Es decir, que una experiencia progresista que avance en la redistribución de la riqueza, la inclusión social y otras formas de combate contra la desigualdad social, puede ser considerada de izquierda de acuerdo a esta noción pero solamente porque supera aquel formalismo político de acción del progresismo y así deriva en un régimen popular. Es un régimen popular porque busca el cambio de las estructuras políticas del Estado y del régimen en beneficio directo de las mayorías.

No podemos considerar de *izquierda* al *progresismo* porque aunque éste tiene claras diferencias con la política de la izquierda fundamentalista, la de mesiánicos y ortodoxos, en última instancia, favorece la conservación del estatus vigente. Conceptualmente la diferencia es más o menos evidente y se percibe cuando les toca gobernar. En Latinoamérica, el caso más extremo y lúcido del progresismo político, desde siempre estéril, falso y abstracto, fue la eterna transición en Chile que arrancó con el gobierno de Aylwin. En esta perspectiva es fundamental la experiencia política del país anterior al golpe comandado por Pinochet para entender como incluso con la recuperación de la democracia formal el populismo deriva en una tecnocracia conservadora e incluso en la imposición de la derecha como alternativa válida de poder. Para entender este proceso es central analizar la lucha que se da en el gobierno de la Unidad Popular en la medida que la radicalización y profundización de la democracia jugaba a favor de los trabajadores y por eso contra los intereses del progresismo. Ahí nace precisamente la necesidad de organización y de gestión democrática de los trabajadores que se expresa, por ejemplo, en la creación de los Cordones Industriales. En 1972 se organizaría en Santiago, en Cerrillos, una movilización masiva del pueblo que culmina con una reunión abierta de los mismos donde se plantean los problemas más urgentes de los trabajadores: demandas respecto al transporte público, relacionados con la falta de consultorios médicos o con el acceso a la vivienda, etc. No por casualidad la primera forma de coordinación de la gestión de los trabajadores

surge en Maipú que en ese momento era una comuna fuertemente industrial, con una importante concentración obrera altamente técnica y especializada al tiempo que sus industrias eran muy dinámicas. Además, ahí trabajaban por lo menos unos 46.000 personas y existía un promedio de 100 trabajadores por empresa. Esas empresas fundamentalmente se dedicaban a la producción de neumáticos, de vidrios, de electrodomésticos, a las manufacturas de cobre, de aluminio, fibras textiles y hasta distribución de combustible. En relación a la representación de los trabajadores, existían en esta comuna por lo menos 148 sindicatos urbanos donde 84 de estos eran industriales y los otros 64 eran profesionales. En ese contexto de lucha, donde el progresismo no tuvo cabida bajo ningún aspecto por lo menos de parte de los sectores populares de la época, es decir, no traicionaron el mandato de defensa de sus intereses, el precursor de estos cordones industriales fue el *Cordón Industrial Cerrillos-Maipú* que surge como *Comando Coordinador* en Maipú y como una necesidad imprescindible de coordinación de las luchas que se daban en el sector y que por ejemplo exigían al gobierno popular ingresar una serie de empresas al área social, bajo control y gestión de los trabajadores a expensas de los intereses de la patronal. De lo que se trataba era que los trabajadores pudieran administrar esas empresas aunque por parte del gobierno popular muchos pliegos de peticiones eran sometidos a largas tramitaciones legales dada la estrategia estalinista que primaba en los partidos que integraron la UP y que por ejemplo le impidió confrontar directamente con los patrones, con su Estado burgués y con los partidos políticos que representaban los intereses de éstos. Ante esa situación, los trabajadores buscan solucionar sus asuntos a partir de su propia acción. Aparece la necesidad de valerse políticamente de un arte de poder alternativo, que trascendiera la legalidad formal del régimen y de la democracia en términos capitalistas para enfrentar a la patronal, ante los límites de la coyuntura política. La reacción de los dominantes ante este nuevo protagonismo del trabajador es la de quebrar el movimiento mediante el Poder Judicial a través del cual, por ejemplo, se tramitan largamente todas las intervenciones, para que ninguna se lleve a cabo y las empresas continúen en manos de los intereses concentrados.

Tanto ayer como hoy, el traspaso al área social de ciertas empresas era y es un problema político relacionado con la vialidad de la transformación en curso. Lo que se planteó entre el pueblo fue la necesidad de avanzar sobre el control de la producción: exigir que las empresas fueran traspasadas al *área social* para contar con una estructura básica de control estructural de los cambios que va más allá del populismo, significa sembrar la necesidad entre los trabajadores de avanzar aún más sobre la gestión y el protagonismo de los cambios porque esas empresas quedan en manos de ellos mismos. Entonces se plantea la urgencia política de que los trabajadores participen activamente en la administración de las empresas y fueron los cordones industriales de la

época un ejemplo de cómo éstos tienden a la planificación democrática de la economía en un proceso de recuperación de las formas de propiedad de los medios de producción. Por eso y a expensa de los intereses más concentrados y su progresismo, los trabajadores de los cordones industriales significaron un enorme ejemplo para la historia de Chile en el sentido que ellos de hecho están en condiciones de organizar no solo la producción de las fábricas sino de gestionar los lineamientos centrales de un régimen. Esto nos muestra que los trabajadores están totalmente capacitados para organizar la producción y la distribución de bienes y servicios, para repartir ganancias de manera más equitativa y para militar en beneficio de una vida más digna. Esta tendencia a conformar organismos de auto-organización y de gestión democrática de los trabajadores como los cordones industriales, puede desarrollarse o no lo que también depende de la intervención de los diversos movimientos, partidos y organizaciones sociales y políticos, de base y representativos de los intereses del pueblo, que así, sobre la marcha, van construyendo un arte de poder que interviene en la lucha por la definición de la agenda pública. La experiencia del Chile de la Unidad Popular en el sentido del protagonismo del sector público relativo con el cambio en términos de inclusión social, es central en la lucha por articular e institucionalizar los intereses de los trabajadores. En este proceso también es fundamental la creación de los cordones industriales como una variante más en la creación y consolidación del poder popular.

Muy distinta fue la experiencia sobre la propia transición democrática inaugurada con la salida de Pinochet del control del poder político formal porque en realidad el progresismo inaugurado en esa etapa de transición, en la medida en que en última instancia respondía a los intereses de control y de dominio del neoliberalismo para que este pudiera seguir imponiendo sus intereses, lo que buscaba era precisamente que no se repitiera la experiencia de los cordones industriales y de la toma de fábricas como expresión de la gestión democrática de los trabajadores. Entonces, finalizada la dictadura de Pinochet en el ámbito meramente simbólico, el primer gobierno democrático solo pudo reivindicar la formalidad de la nueva democracia chilena. En otras palabras, el grado de abstracción del reformismo inaugurado por la dictadura y sostenido luego por la Concertación Democrática tuvo que ver con el grado de conquistas y avance de los trabajadores en la etapa anterior, durante la Unidad Popular. En ese contexto, el nuevo presidente a pesar de que destacó la necesidad de construir un Chile más justo y equitativo en beneficio de los trabajadores donde la nueva luz de la igualdad, la unidad y tolerancia, serían parte integrante de la institucionalidad política, no pudo cumplir con esas expectativas. A pesar de contar con gran respaldo de parte del trabajador, es decir, con algo más de un 55% del electorado luego de 17 años de terror, de represión e intolerancia, los objetivos del nuevo gobierno, que eran de gran dimensión política, no podían cumplirse en la medida en que la transición se

fundara en los preceptos del progresismo. Así, los objetivos centrales, que se plasmaron en el programa de gobierno oportunamente dado a conocer a los trabajadores, tenían que ver con grandes cambios en el plano político como también en la democratización de las instituciones políticas, con lo social en el sentido de buscar reparación a la endémica y estructural exclusión que conlleva el neoliberalismo vigente, y desde ahí también los cambios en lo económico que involucró la justicia social como dimensión primordial del crecimiento de Chile. Nada de esto era políticamente viable de acuerdo al reformismo. Mientras se reconocía la importancia y el rol protagónico del sector privado en el ámbito del desarrollo, por otro lado, se plantea la acción regulatoria y la intervención del sector público en materia social, en lo económico y de apoyo a la orientación general del proceso de desarrollo del país. Esta vez tampoco pudo cumplirse y antes bien, lo que primó fue el discurso del *realismo* que es la base del *reformismo*. Durante la presidencia de Aylwin, desde un primer momento, se desmovilizó al pueblo haciéndose política desde el ámbito palaciego donde los trabajadores no tienen ningún ámbito de decisión real. Los costos no fueron menores porque finalmente por muchos años se hipotecaron los sueños, esperanzas e interés del trabajador que así quedan supeditados a este reformismo y populismo que solo es otra forma de control político de la minoría sobre la mayoría. Definitivamente, la transición chilena, que le dijo *no* a la barbarie de Pinochet de perpetuarse en el poder, abrió paso a una estrategia de ingeniería política que es típica del reformismo como final, al dominio incuestionable de la lógica neoliberal que vino predominando a partir del golpe de Estado del 11 de septiembre del 73. En otras palabras, se trató de una alianza táctica cuyo objetivo final buscó reconfigurar el bloque de actores y grupos de poder más reaccionarios para seguir colocando a resguardo los intereses propios a pesar de aquella derrota propinada por los sectores democráticos cuya base histórica del poder se fundamenta en el modelo neoliberal impuesto bajo condiciones de represión dictatorial. En estas circunstancias, la estrategia política de este progresismo, que fundó la *Concertación*, incluyó la decisión de desarticulizar a los actores sociales- políticos más radicales que se oponían a la herencia dejada por la estructura política, social y económica heredada del pinochetismo. Se logró buscando su desgaste en relación a la coyuntura política y desplazándola de la negociación respecto a los fundamentos de la transición que se iniciaba. Simplemente fue un pacto político de gobernabilidad formal impuesta desde las cúpulas del poder real donde el trabajador, es decir, el que está en la base de la pirámide del poder, son desplazados de las negociaciones. Es decir, nunca fueron considerados como actores válidos de estas negociaciones y fueron más bien usados como argumentos de fuerza, como una amenaza a los intereses políticos de las franjas que si bien estaban en contra de la dictadura pactaban desde arriba su reacomodo a las nuevas condiciones del régimen.

Si bien en el corto plazo esos grupos de poder, auspiciados por el falso realismo de la política, por el progresismo y nucleados en la Concertación Democrática, pudieron establecer un mínimo de gobernabilidad, esta fue una gobernabilidad neoliberal donde se buscó que el conflicto no se desbordara frente al dominio de los intereses más espurios de los capitales privados. Por otro lado, esa estrategia progresista trajo algunas consecuencias importantes a los partidos que representaron ese progresismo. Consecuencias ligadas a que la derecha fuera reivindicada como opción válida y hasta democrática de ejercicio del poder. En primer lugar, me refiero a la derrota y cooptación de corrientes ideológicas que en su momento fueron parte integral del Partido Socialista porque éste dejó de ser una opción de cambios estructurales. Ese giro ideológico y político, que devino en un PS reformista y populista, hasta conservador y reaccionario, llega a su momento culmine con la presidencia de Lagos y Bachelet donde el partido adquirió claramente su nuevo rol de simple administrador del modelo vigente que implicó, entre otros factores, gobernar ajustando sus acciones e intereses a las reglas del automatismo del mercado. Por otra parte, en relación a la *Democracia Cristiana*, otro de los grandes partidos que se comprometió con esta fallida y eterna transición, ésta fue desplazada como principal partido. Los factores políticos- sociales que abrieron un espacio para la fundación en el pasado de un espacio confesional ubicado en el centro político e ideológico en relación a los sectores de la derecha y de la izquierda, desaparecieron porque el reformismo político, el progresismo y el populismo que se pretende centrista, fracasaron porque ya no era posible sostener ese antiguo proyecto corporativo y centrista que no tiene asidero alguno sobre el régimen neoliberal que imperaba. Por ejemplo, desapareció el enfrentamiento entre el Este- Oeste en el ámbito internacional, desapareció esa clase media de sesgo corporativo compuesta por propietarios y finalmente también desaparecieron las condiciones políticas, económicas y sociales que justificaran una ideología cristiana ubicada en el centro. Ese vacío político, un vacío estratégico, programático y de representación, es el que la DC como partido no supo superar y, antes bien, fue ocupado por el PS que derivó en una postura carente de cualquier sentido. El neoliberalismo en Chile, asociado con la tecnopolítica, tuvo tal eficiencia en términos del control y dominio que paradójicamente la nueva configuración de poder al interior del régimen pasa al mismo tiempo en que finalmente se desmorona el movimiento de los trabajadores, es decir, el movimiento popular clásico, sin que al menos como compensación se produzca el fenómeno de la siempre anunciada emergencia de los nuevos movimientos sociales y políticos. Por cierto, todo esto significa que bajo ninguna circunstancia el reformismo, el progresismo o el populismo que para el caso son diversas formas de expresar lo mismo tal vez haciendo hincapié en unos hechos y fenómenos políticos obviando otros, es altamente ineficiente en términos de cambios en beneficio

de la mayoría. Este no se enteró de las múltiples transformaciones que sufre el Estado capitalista, junto con las miles de nuevas variables que atraviesan la acción política y el arte de poder de los actores sociales que conforman la agenda pública, y que mutan constantemente produciendo resultados bastante confusos por lo menos en los sectores históricamente hegemónicos que no quieren entregar el poder de mando aferrándose a las viejas definiciones de la acción política. El progresismo, su liberalismo y su populismo, no puede reconocer estos cambios en la lógica y formas de producción del capitalismo porque precisamente atenta contra su manera de hacer política, contra su falta de definición, de compromiso y de una acción superadora.

El Estado y el régimen político.

Continuamente desde los factores de poder dominantes y de su razón fuertemente irracional, fabulesca y metafórica se nos plantea que el régimen, el Estado de acuerdo a ellos, no tiene que intervenir en la economía o, en otras palabras, en los diversos mercados que, a partir del autonomismo de los mismos, se autoregulan como política virtuosa para el desarrollo armónico de nuestros países. Sin embargo, la realidad nos demostró otra cosa, en especial durante los años '90, con la imposición del neoliberalismo y después, mucho después, con la grave crisis financiera y económica que afectó a los países centrales a fines de la primera década del siglo XXI. De todas formas, a pesar de las constataciones empíricas e históricas de la realidad, el neoliberalismo persiste en la posición ideológica de que el Estado (el régimen) no tiene que intervenir en la economía como si esto en realidad fuera posible. De hecho, aún en el neoliberalismo, sí intervienen activamente en la economía, por ejemplo, a través de la regulación de los mercados, en las formas de la producción, etc., solo que esta intervención adquiere otras modalidades. Modalidades que además, yendo al fondo de la cuestión, son características del Estado capitalista en tanto garante de última instancia de la acumulación privada del capital. A pesar de las tomas de posiciones de los dominantes, que defienden cierta concepción ideológica de los órganos del Estado, existe una fuerte capacidad del régimen en la redistribución de los capitales que, es necesario insistir en esto, son generados socialmente, o sea, por el esfuerzo de todos los trabajadores. La experiencia histórica nos demuestra como el régimen político, a partir de los '90 devenido en neoliberal, empieza a deshacerse de múltiples roles que anteriormente eran competencia típica del régimen de bienestar. En ese contexto, se fueron enajenando del patrimonio del sector público de nuestros países, los periféricos en general, áreas tan centrales para el desarrollo nacional como los de la electricidad, la telefonía, la aviación comercial, el agua potable, diversas ramas de la industria pesada, la explotación gasífera y petrolera, incluso la misma administración de los

recursos energéticos que eran preexistentes, el transporte público, ya fuese ferroviario, marítimo o fluvial e incluso el acceso a la educación y la salud, todas áreas que precisamente por la importancia y responsabilidad que les compete en el desarrollo y en el crecimiento de nuestros países son definidas, de acuerdo a la postura del marxismo, como servicio público que no pueden estar en manos de los grupos privados. Esta coyuntura particular se sumó a la innata capacidad del régimen político para establecer y definir las políticas que buscan privilegiar alguna actividad económica, comercial y productiva más que otras (porque se perciben como central en relación al desarrollo y la estabilidad de nuestra economía y del régimen republicano) beneficiando de esta manera a particulares o ciertos específicos sectores socio económicos. Esta capacidad del régimen político precisamente deviene de la posibilidad de definir, bajo ciertos parámetros concretos, las orientaciones y definiciones del comercio con otros países o regiones, es decir, cuáles son los productos que se importan, cuáles las tasas aduaneras, los bienes y servicios a exportar y hasta la definición del tipo de cambio. En este contexto, entonces no es posible hablar de desregulación del mercado porque el régimen político sí interviene en estos, por ejemplo, a través de la defensa de determinado tipo de cambio que es central incluso para definir el tipo de desarrollo de un país. En otras palabras, no es lo mismo un régimen que defiende la paridad de la moneda nacional con el dólar que uno que busca establecer un tipo de cambio de equilibrio desarrollista. Por sus implicancias y sus consecuencias derivan en modelos de desarrollo opuestos. Además, el régimen interviene en la política monetaria planteando políticas de acceso al crédito bancario para desde ahí definir cuáles son los sectores productivos que tendrán derecho a estos créditos, que también está estrecha e íntimamente relacionado con el tipo de crecimiento que buscamos y estamos dispuestos a defender para nuestros países, puede instrumentar desgravaciones impositivas y definir la obra pública. De hecho, gobiernos populares como los de Allende en Chile o Evo Morales en Bolivia, usaron estos recursos con metas que consideraron central para el crecimiento, buscando reforzar la incipiente industrialización del país para superar, en general, las graves consecuencias del capitalismo sobre esas sociedades particulares. Ese rol estratégico- político fundamental del régimen también fue usado por otros regímenes reaccionarios como los fundados en la *doctrina de seguridad nacional*. De hecho, las dictaduras en Latinoamérica le agregaron una gran discrecionalidad a las capacidades del régimen para intervenir en la economía, favoreciendo o eliminando empresas y hasta empresarios más que determinadas actividades. En conjunto y a pesar de sus debilidades y de la retracción de algunas áreas de la economía, el régimen político conservó para sí una alta dosis de capacidad para intervenir políticamente en la realidad de la mayoría. Concretamente, en esta etapa de regímenes altamente autoritarios y formales en cuanto a los derechos de los

trabajadores, los gobiernos, que estaban en las antípodas de los populares, a pesar de la prédica en contra de la intervención en la economía, actuaron para que la distribución de la riqueza favoreciera a los sectores políticos, grupos económicos y múltiples sujetos dominantes que representaban los intereses más concentrados de la economía a expensas de los trabajadores. Es decir, el neoliberalismo en cuanto tal nos mostró una importante capacidad para intervenir y regular en favor de los dominantes lo que implicó que, a su vez, nos mostrara que no estaba dispuesto a gestionar en beneficio de los intereses del pueblo. Entonces, el régimen político, bajo el yugo neoliberal, no pierde capacidad de regulación económica sino que únicamente regula y gestiona para los intereses de las minorías.

Esta capacidad de regular y distribuir el ingreso y los beneficios de la producción nacional en favor de las élites y a contrariando los intereses de los trabajadores es lo que se esconde detrás de la idea de desregulación y del *dejar hacer* del régimen. Por eso, es importante analizar las nuevas formas, mucho más extremas, de distribución del ingreso nacional y de los beneficios de la producción entre las clases sociales y los actores y sujetos políticos que los representan y a través de los cuales se organizan y actúan en la definición de la agenda pública. Por ejemplo, es central señalar las diversas relaciones que en el proceso de distribución de ingresos y recursos de poder se establece entre la dirigencia política y el grupo de empresario nacional concentrado que en general responde a intereses foráneos. En esa perspectiva, se conjugan las metas de los sectores políticos más conservadores y reaccionarios que buscan resguardar un régimen político neoliberal que sobreviva en el tiempo, que logre resguardar los intereses de los capitales más concentrados, en base a una gobernabilidad que incluso implica la cooptación de ciertos sectores de empresarios menores como, por ejemplo, los pequeños y algunos medianos empresarios para los que el mercado interno es central. De esta relación profunda entre los sectores políticos, la dirigencia y parte del empresariado más concentrado y oligopólico, se deriva la pretensión política de construir y sostener un empresariado tributario del régimen político, es decir, que va más allá de las políticas particulares de cada gobierno. Por lo tanto, esa nueva pretensión y las capacidades del régimen, que se presentan como disminuidas bajo la concepción neoliberal, son las que dan un amplio margen para una acción gubernamental tendiente a favorecer a los grandes empresarios, ya consolidados, y para crear otros sujetos y actores que pasan a ser parte de los sectores históricamente dominantes. Desde esa perspectiva, antes que hablar de la disminución del rol del régimen o de la pérdida de facultades en cuanto a regulación política- económica a favor del trabajador, que en ese último caso sí es real, tendríamos que hablar de un cambio en el rol y en la lógica de sus acciones, políticas y omisiones, que ahora responden a otros recursos de poder. Es decir, tendríamos que aclarar que en el nuevo contexto neoliberal,

el régimen le agrega discrecionalidad política a su capacidad para favorecer los intereses de los grupos y factores de poder más concentrados a expensa del trabajador. Ejemplos de redistribución de la riqueza contra los intereses del pueblo los encontramos a lo largo de toda la historia de nuestros pueblos porque antes que la excepción a la regla es la lógica que predominó cuando los sectores más conservadores controlan la razón del régimen.

Un mecanismo de redistribución de los ingresos y de los beneficios en favor del capital y a expensas de los trabajadores, de la fuerza de trabajo de éstos, es la *inflación* de los precios que es persistente en el populismo y que trae aparejada consecuencias tanto macroeconómicas como fiscales e incluso a nivel de cada trabajador porque, en este último caso, son los trabajadores, tanto en su realidad individual- colectiva, los que sufren el alza de precios en su planificación cotidiana de la vida que se hace insostenible ante la caída del salario. Otro mecanismo es la sanción y la puesta en ejecución de leyes de sobrevaluación de la moneda nacional que implica un cambio duradero en las relaciones sociales y económicas a nivel social a través de un mecanismo que, por una parte, al quitar el componente inflacionario de los precios de los bienes y los servicios y de las relaciones económicas, la puja redistributiva empezó a dirimirse en el terreno del automatismo de los mercados con una perspectiva favorable a los grupos empresariales. Por otra parte, tenemos el lento incremento de la capacidad de consumo del trabajador y la aparición de la pobreza y exclusión estructural por la caída de la industria y la capacidad productiva nacional que de ahora en adelante competirá, en clara inferioridad de condiciones, con los bienes importados. Otro mecanismo es el proceso de privatizaciones que es el momento de mayor capacidad de redistribución regresiva de las riquezas, es decir, en contra los trabajadores, con que contó gobierno alguno durante el periodo de los últimos treinta años del siglo XX. Cada una de estas medidas económicas, donde muchas de ellas terminaron convirtiéndose en proyecto político de país, cada plan económico, tanto en dictadura como en democracia, tendieron a distribuir la riqueza y a defender la acumulación privada del capital en favor de él, contra la fuerza de trabajo. La economía de nuestro país sería castigada por las consecuencias de las políticas neoliberales originadas principalmente en dictadura y seguida por los regímenes de democracia formal: estuvo imposibilitada de encauzar los intentos, reales o no, de construir un modelo de desarrollo viable y coherente. Después vino la recuperación de la democracia donde se buscó favorecer a la gran burguesía nacional y a los trabajadores. Pero, ese proyecto en la teoría bastante justo, una vez llevado a la práctica fracasó estrepitosamente por no lograr entender en toda su dimensión la real situación económica heredada de los procesos diactatoriales. De todo lo anterior se concluye que el régimen efectivamente interviene en la economía por lo que plantear la prescindencia del rol del régimen político en la economía es otro mito neoliberal porque, en

fin, el *dejar hacer*, no es más que una postura política- ideológica para que el régimen neoliberal se imponga de todas maneras.

Este proceso no ha sido fácil: la consolidación de un nuevo modo de producción con su Estado, régimen, con su saber, cultura, racionalidad, etc., puede demorar algunos siglos. De hecho, en la alta Edad Media se produce una revalorización de la razón de los hombres frente a la fe lo que da inicio al fin del oscurantismo típico de la época más fundamentalista de los católicos. Se revaloriza la razón frente a la fe lo que también significa que se revaloriza la verdad natural, de las ciencias naturales y de las sociales, frente a la verdad revelada por la divinidad definida por ellos mismos. Se revaloriza la verdad de la ciencia y de la filosofía frente a la teología que controlaba los designios de la mayoría sin el menor respeto por las necesidades materiales de ésta. También sin siquiera respetar las múltiples necesidades espirituales de esas mayorías. Pero, ahora, por influjo directo de Aristóteles, que es descubierto por la cultura occidental que pronto lo incorpora a su acervo racionalista, el saber de la razón del hombre es valorizado de tal manera que, de ahora en adelante, reivindica su autonomía, su ámbito, su independencia relativa y su derecho ante los dogmas de la teología y de la fe del hombre. Se despierta una enorme sed por el saber, por la investigación, por la avidez descontrolada del saber científico. La jerarquía eclesiástica, el orden temporal, terrenal y espiritual, la disciplina, la autoridad de Dios y sus eunucos, la fe, los dogmas de ésta y hasta la biblia y sus evangelios, todas cosas admiradas y respetadas en el siglo XVII, cien años después son aborrecidas, denostadas y humilladas frente a las nuevas bases morales, éticas y políticas que intentan cimentar las bases de otra vida en comunidad donde, frente a las diversas disputas de los nuevos actores de poder, se busca implantar la lógica del Estado capitalista, su filosofía y su ciencia autónoma y burguesa. Los nuevos intelectuales se preguntarán porqué los hombres, ahora más lógicos, querrían ser cristianos cuando éste, de acuerdo a esta concepción tanto política como ideológica, que insistirá rápidamente en la primacía de la razón sobre la fe, sería una doctrina superflua, un accidente exterior y estructura irracional, baja y digna de la superstición e ignorancia de los hombres. Sin embargo, ¿no pueden los hombres racionales ser religiosos de acuerdo a sus modos? ¿Acaso no puede el hombre de esta modernidad, incluso el marxista bien seguro de sí mismo y de sus verdades racionales, descubrir el camino que lo lleva a la fe, descubrir su propia verdad religiosa a través de las rutas de la razón? ¿No puede el hombre encontrar la bondad de Dios, su veracidad y su amor al prójimo, a través del raciocinio, del análisis de la razón? ¿No son la fe y la teología conocimientos tan racionales y válidos como la ciencia desde el momento en que esta última se nos muestra lógicamente imposibilitada en su afán por encontrar la verdad absoluta? El ideal de la verdad y de la evidencia empírica de las ciencias y de su lógica solo puede alcanzarse, a lo más, en el campo de

las matemáticas; el resto, o sea, cada una de las restantes ciencias humanas- para el caso las naturales y las sociales- que son más abstractas, no por eso son menos válidas. Lo importante es que en el contexto de la verdad de los hombres, de su racionalidad que pronto incorpora a su acervo lógico la fe y la teología convirtiéndose de ese modo en una síntesis mucho más acabado del saber, es que reivindique al hombre histórico concreto, es decir, tal y como vive la cotidianidad en su mundo, en su propia realidad. Entonces, la racionalidad de las razones del conocimiento de los hombres, de la defensa de la ciencia o de la teología y hasta la creencia en la síntesis más acabada de ésta (en la propia razón moderna que busca la convivencia entre saberes) lo importante es reivindicar al hombre en su materialidad concreta, como ser genérico y no desvariar con teorías como la de los dos mundos, del idealismo absoluto y del espiritualismo desmotivador que busca aislarnos de la realidad para después interpretarlo desde la idea abstracta. Por principios, el hombre, al igual que Dios, no está frente al mundo sino que está en el mundo lo que significa que participa de éste, significa que es un protagonista que moldea la realidad de acuerdo a su convicción, acción u omisión. La importancia de reivindicar este hombre concreto y real está en que lo sacamos, de ahora y por siempre, de sus falsas dimensiones cósmicas, de una realidad ideal pero incomprensible que lo tensiona continuamente. Esto conlleva una radical desproporción y un desequilibrio en relación a la posibilidad de levantar sobre nuestra miseria un régimen que ayude a mejorar la situación de todos.

Si la racionalidad moderna, sea la de los sectores dominantes o esa que busca fundar el humanismo a partir de la gramática y verbo mejor conjugado, no es capaz de reivindicar al ser genérico contra el idealismo absoluto, ahí se produce una desproporción, un fuerte desequilibrio y un tremendo problema teórico- práctico que socava las bases mismas de esa racionalidad, de su arte de poder y de hegemonía en el sentido de que tiene que echar mano a mitos cada vez más irracionales para seguir sosteniendo sus pretensiones de control lo que, más temprano o más tarde, implica profundizar en la lucha contra los dominados. Por el contrario, cuanto más abstracto es el hombre más abstracta son sus situaciones y su mundo de manera que el acto del conocimiento, de reivindicación de una conciencia nacional y popular, bases del humanismo, se vuelven formal y se pierde la capacidad de ganar en claridad, acciones, reacciones revolucionarias y en simplicidad lo que implica perder en razón porque el hombre indefinido, vago e impreciso, pierde su contenido y luchas. Mientras tanto, el hombre real pone sus ojos en la ambivalencia de la lógica del progreso tecnológico en manos dominantes y los límites del crecimiento de sus mitos porque, lo quieran o no reconocer, las ciencias naturales y más aún las sociales no han constatado los hechos, lo dado, de manera neutral y objetiva, es decir, exenta de valoración política e ideológica sino que, por el contrario, reivindican en manos de la patronal los valores de esos grupos y de

sus representantes que siempre nos hablaron de economía, de eficiencia, de rentabilidad, de verdad, de objetividad e imparcialidad cuando esos términos les son totalmente ajenos. Esos conceptos de la ciencia de la economía les son ajenos porque sus preceptos liberales no resisten la confrontación con la realidad; es que su razón va contra la historia del hombre y eso es notorio para cada vez más trabajadores. Una razón que estructuralmente se encuentre menos expuesta a los mitos neoliberales necesariamente tiene que reivindicar las necesidades de los trabajadores. De hecho, el punto de vista del régimen popular alcanza relieve empírico y un predicamento teórico más consecuente, como alternativa al gran fracaso de las políticas neoliberales, como arte de poder que batalla contra el pensar económico de los sectores ortodoxos, del automatismo de los mercados, cuando analizamos la historia de los primeros años del siglo XXI donde surge otra experiencia que busca cambiar y alterar la realidad de Latinoamérica. Esta historia donde el régimen popular es el protagonista, nos muestra excelentes indicadores comerciales, económicos e incluso políticos porque la inclusión del trabajador, antes excluido, favorece la gobernabilidad, la institucionalidad democrática, el desarrollo nacional, todos fenómenos que reivindican y solidifican la relevancia de las políticas de inclusión social adoptadas por el régimen.

La institucionalidad y la crisis de representatividad.

Continuamente desde los sectores y los grupos de la dirigencia política chilena que responden a los partidos tradicionales, que desde la recuperación de la democracia formal fueron conservadores y políticamente dominantes y donde inclusive podemos incluir a muchos de los partidos progresistas que batallaron contra la dictadura de Pinochet, se nos plantea cierto orgullo sobre la estabilidad institucional y política de Chile con respecto a otros países de la región, que bajo esa óptica serían menos estables. Sin embargo, ya vimos que esa estabilidad fue el talón de Aquiles de la transición democrática que así manifestó sus incapacidades de reformas en todos los ámbitos. De hecho, los medios masivos de comunicación y de desinformación se hicieron eco de ese mito de la estabilidad y de la continuidad del régimen contraponiéndolo a poco menos de un siglo de continuos golpes de Estado en otros países de la región. Sin embargo, muchas de esa serie de afirmaciones, de la que gran parte del progresismo se hizo eco, no corresponden con una interpretación democrática de la historia del régimen chileno, sino más bien están ligadas con la versión oligárquica, por ende profundamente antidemocrática, de los grupos que se ven favorecidos con este tipo de razones fundacionales de la institucionalidad. La historiografía democrática de Chile nos muestra, con una serie de hechos históricos contundentes, que en realidad la democracia es la excepción a la regla respecto del funcionamiento de las instituciones y las

formas en que los actores gestionaron las necesidades de los trabajadores a través de más de doscientos años de independencia. Por ejemplo, ninguna de las constituciones chilenas, entendidas éstas como leyes fundamentales de la república, son producto de la actividad de una asamblea constituyente que necesariamente tiene que ser democráticamente elegida. En otras palabras, cada una de las constituciones en Chile son impuestas a las mayorías por el poder de una minoría constituida con el apoyo del poder armado. Por tanto, ninguna de esas constituciones fundaron una comunidad política democrática como pretenden hacernos creer desde el poder. Antes bien, todo lo contrario porque esas constituciones antes que el bienestar y la estabilidad política, que mejorase la calidad de vida de los trabajadores en general, produjeron fuertes conmociones tanto políticas como institucionales profundamente autoritarias, dirigidas por personalidades autoritarias como la de Diego Portales en 1833, la de Alessandri Palma en 1925 y posteriormente la de Pinochet a inicios de la década de los '80. Esas constituciones, es decir, la de 1833 como la de 1925 y la de 1980, no sólo fueron redactadas por integrantes de los poderes fácticos que siempre manejaron la lógica de la agenda pública del régimen de manera autoritaria sino que, también, fueron aprobadas en contextos políticos que de ninguna manera garantizaban la plena y la libre participación de los trabajadores en esos actos fundacionales. En ese contexto, la Constitución de 1833, luego de un período de convulsiones típico de la formación de los Estados nacionales independientes de la metrópoli española, fue redactada por una comisión que trabajó a puertas cerradas. Para su promulgación no existió ningún mecanismo de aprobación ciudadana, salvo la decisión de sus propios redactores y de los que detentaban el poder constituido, es decir, de Portales y del Presidente Prieto, que logran consolidarse políticamente luego de la derrota militar de los liberales el año 1829. En esa perspectiva, lo único real de la constitución de la época, la del 33, es que institucionalizó el poder político de los dominantes, que habían salido triunfadores, y que además de esa forma empezaban la construcción de un régimen autoritario en sus bases. Entonces, a partir de ahí, el poder político real, el que define la agenda de gobierno, es decir, los problemas socialmente importantes, fue controlado por una pequeña elite que excluía al 95% de la población de cualquier forma de representación- participación política ciudadana que no fuera la de estar sometido a esa forma de autoridad del régimen.

En este caso hablo de un Estado capitalista, que es estructuralmente dependiente y periférico, que está institucionalmente organizado pero que no es democrático. En cierto sentido es un régimen político moderno pero no es democrático porque se basa en la desigualdad inherente de los habitantes del país. Incluso es un régimen respetado por su capacidad de traer orden en medio de la anarquía y de las luchas posteriores al proceso de independencia de España. Es respetado porque logra disciplinar a la población a través del

azote y la ley pero no lo es por sus virtudes democráticas, por su apego a los valores del hombre, sino por su condición fuertemente autoritaria. Lo que nunca pudo demostrar ese régimen, inaugurado con la Constitución de 1833, es su eficiencia para traer desarrollo y paz para todos porque, lo reconozcan o no los sectores dominantes y su historia de las más falsas representaciones, es que a pesar de esa condición autoritaria, la sociedad chilena en ningún momento estuvo realmente libre de convulsiones políticas. Nos lo demuestra el hecho de que durante gran parte de la vigencia de la Constitución de 1833, en Chile hubo nada menos que tres guerras civiles: la de 1851, la 1859 y la de 1891. Posteriormente, desde 1880 hasta el año 1925, fecha del dictado de la segunda Constitución que logró trascender históricamente, se produjeron matanzas y represión de los trabajadores por parte de la fuerza del orden. Por su parte, la posterior Constitución de '25 nunca fue una respuesta a la madurez política de los grupos subalternos o de las ansias de justicia y de democracia, mucho menos respondió a la idea de una mejor distribución de la riqueza o del nuevo progreso que animaba a la mayoría de los trabajadores porque ésta simplemente fue la manifestación fáctica de los intereses del poder real, tanto civil como militar, que redactó también la Constitución de 1833. Por la forma que fue redactada y aprobada la Constitución de ese año no podemos considerarla como producto de la acción política democrática e inclusiva de la gestión y participación de los trabajadores. Ella, lo mismo que la Constitución anterior, fue redactada a puertas cerradas por una comisión formada por apenas quince personas designadas por el poder constituido y aprobada en un plebiscito en donde se abstuvo el 56,2% de la ciudadanía con derecho a sufragio. Sin embargo, los trabajadores con derecho a sufragio en ese momento, es decir, los auténticos ciudadanos, no alcanzaba siquiera al 10% de la población nacional. O sea, la Constitución de 1925 fue aprobada por menos del 5% de chilenos. Estos porcentajes, que bordean los límites del surrealismo, nos muestra la profunda expresión de la tradición autoritaria de las clases y sectores sociales dominantes a través de la historia de Chile. Por eso, se equivocan los que nos hablan del ejemplo de la institucionalidad chilena, de la estabilidad y gobernabilidad general del país, se equivocan los que sostienen que esa Constitución, como la anterior, respondió a la sed de justicia e igualdad social de la mayor parte de los chilenos cuando las matemáticas nos demuestran de manera cruel que apenas sí votó el 5% de los chilenos lo que tampoco significa que lo hayan hecho de manera afirmativa porque siempre existe, en cualquier elección, la opción de la negativa, de la oposición. La gran mayoría de los chilenos, algo así como el 90% de los trabajadores, al momento de la “aprobación” de la Carta Magna estaban excluidos de cualquier participación, también de representación política.

Se equivocan los que sostienen que la Constitución del año 1925 hizo posible el desarrollo de la democracia y la consiguiente instauración de un

régimen político justo que habría permitido, por ejemplo, la llegada de la Unidad Popular al gobierno. Es al revés porque como lo muestran los hechos históricos en relación al régimen político chileno, entre 1925 y 1973, periodo de vigencia de esa Carta Magna en particular, la democracia como régimen tuvo una corta y agitada existencia de tan sólo seis años, entre 1967 y 1973. En otras palabras, de los 48 años de su vigencia formal por lo menos durante 42 años esa Constitución reguló formas no democráticas o insuficientemente democráticas que finalmente jaquearon al régimen de la Unidad Popular en su convicción de construir un país solidario y justo, democrático e inclusivo. Al respecto, entre 1927 y 1931 el país estuvo bajo la dictadura de Ibáñez del Campo; después, entre junio de 1931 y diciembre de 1932, la vigencia de la Constitución fue suspendida por distintas acciones políticas y militares que siguieron a la caída del dictador. A partir de esta fecha y hasta 1948, el régimen político impuesto por la paz de Alessandri fue excluyente, elitista, bastante limitado en sus pretensiones y electoralmente corrupto porque la elección simplemente estaba dominada por el cohecho y la poco simulada manipulación electoral de la voluntad ciudadana. Entre 1948 y los siguientes diez años, la Constitución de 1925 reguló institucionalmente un régimen basado en el autoritarismo electoral en el que las libertades cívicas quedaron fuerte y decididamente limitadas por la llamada *Ley de Defensa Permanente de la Democracia*, que buscó excluir a parte de los partidos de la izquierda, concretamente el Partido Comunista, de la vida republicana y de las ventajas que significan los partidos legalmente constituidos. La ley de defensa de la democracia excluyó e incluso persiguió al trabajador que se consideraba disidente en relación tanto al Estado como al régimen. Para demostrar cómo efectivamente esta ley se puso en práctica contra los disidentes, es necesario denunciar que durante esa época en esta supuesta democracia que según algunos se basa en la permanencia de las instituciones políticas, funcionó un campo de concentración para recluir a los ciudadanos acusados de transgredir la ley antes señalada. Sólo luego de los luctuosos hechos del 2 y 3 de abril de 1957, la lucha política democrática de los trabajadores da inicio al más importante, radical y profundo proceso de democratización del régimen que culmina con la instalación de la democracia política entre 1967 y 1973.³

³ Aunque la historia oficial nos oculte acontecimientos de la envergadura de los del 2 y 3 de abril de 1957, por su misma centralidad en el contexto de la lucha y batalla por la reivindicación de los intereses populares y la profundización democrática, éstos no pueden ser finalmente silenciados. Es importante el año 1957 ya que se inició con una avalancha de alzas de los precios que se tradujo en un gran descontento popular que dejó tras de sí las diversas ilusiones surgidas en amplios sectores de la población durante la campaña presidencial de 1952. Una heterogénea coalición política, en que participaban tanto sectores de índole marxistas como fascistas, habían levantado la candidatura de Ibáñez del Campo proclamándolo sin más como el *General de la Esperanza* que barrería con la corrupción, la politiquería y la pobreza generalizada de los trabajadores. En los comicios de septiembre de 1952, Ibáñez venció por una enorme diferencia a los otros tres

Como consecuencia directa de las manifestaciones de abril del '57, durante los años posteriores, es decir, a partir del período que va desde 1967 hasta el 10 de septiembre de 1973, la Constitución de 1925 fue reformada en varias ocasiones, transformándola no sólo en sus diversos aspectos formales, jurídicos y políticos sino también en su ámbito institucional e ideológico ya que esas reformas afectan la fuente del poder político y social- económico dominante. Entre las más significativas se encuentra, por ejemplo, la reforma constitucional que afectó a la concepción liberal del derecho de propiedad privada y que permitió la realización de la reforma agraria y partir de ella el reconocimiento político de ese sector que fue excluido de la participación durante décadas, el campesinado. En los años siguientes, gracias al empuje de la UP, la democracia política fue abriendo paso a la democracia social y económica cumpliendo con el programa comprometido en las elecciones de

candidatos, entre ellos Salvador Allende, abanderado del Frente del Pueblo, que postulaba por primera vez a la presidencia de la República. Pero, llegado este año en particular se habían venido abajo las ilusiones y promesas típicas del populismo. Ahora, siguiendo las recetas del liberalismo económico, se aplican políticas que golpean duramente el modo de vida de los trabajadores quienes finalmente reaccionarán a partir del alza de las tarifas del transporte público.

Valparaíso fue vanguardia de esas luchas. De hecho, en el puerto se constituye un amplio *Comando Contra las Alzas*. Lo formaban la CUT, las federaciones de estudiantes de la universidad Católica y la de Chile, la *Confederación Marítima*, el *Frente de Acción Popular*, el *Partido Radical*, la *Falange*, la *Federación de Estudiantes Secundarios* y la municipalidad. Este comando confeccionó un plan de acciones de lucha y de resistencia, de un arte de lo posible gestionado por los trabajadores, el cual el 27 de marzo se inició con mítines de obreros y estudiantes. Esos mítines se repiten los días siguientes mientras el sábado 30 de esa semana se producen marchas, masivas en su concurrencia, que recorrieron las principales calles de Valparaíso. La represión no impidió que las protestas prosiguieran. El *Comando Contra las Alzas* organizó una serie de paros y así llegamos al 1° de abril donde hubo paralizaciones de una, dos y tres horas. El martes 2, hubo un paro por 24 horas que fue masivo y total en Valparaíso y en Viña. Mientras tanto, en Santiago las acciones de resistencia contra las alzas tuvieron mucho de improvisación porque, a diferencia de lo ocurrido en el puerto, acá no existió un comando organizado mientras la CUT, el FRAP y otros partidos de oposición al gobierno fueron sobrepasados por los acontecimientos generados como reacción a las políticas económicas del gobierno.

La lucha contra el alza de los precios en la capital la iniciaron los estudiantes universitarios y medios. Salieron a la calle el 1° de abril formando rondas, cantando y lanzando consignas contra la carestía, en abierto desafío a la policía y su idea del orden. Como siempre, al caer la noche se agudizó la represión donde cae asesinada Alicia Ramírez. Este hecho aumentaría la indignación popular que se manifestó en poderosas marchas que coparon las calles mientras la policía, por la contundencia de los hechos, es desbordada. La respuesta del gobierno, como era de esperarse, fue sacar las tropas del ejército a la calle. Al mismo tiempo, las autoridades ordenaron abrir las puertas de las cárceles y decenas de delincuentes salieron a quebrar vitrinas y saquear tiendas y negocios del centro de Santiago. Desataron el caos, creando las condiciones para una sangrienta represión de las manifestaciones populares. Soldados y carabineros disparaban sus armas contra la gente desarmada, que se defendía con piedras (...)

1970. La gran mayoría antes excluida y marginada de los procesos políticos se convertía en el principal arquitecto de la democracia. Por esta razón fue destruida. En otras palabras, fue esa vital democracia vivida y gestionada por los trabajadores chilenos entre 1967- 1973 la que deja atrás la conservadora y tormentosa tradición antidemocrática nacional y por eso tuvo que atentarse contra ella, contra la vida de los miles de compatriotas que no aceptaban un régimen político mediocre, elitista, excluyente y decididamente reaccionario. En ese contexto, el autoritarismo que se instala en Chile a partir del 11 no es una excepción a la regla, que supuestamente interrumpe una larga tradición democrática, porque el período democrático ni siquiera pudo cumplir una década de vida. A través de nuestra historia las violaciones a los derechos humanos por parte del régimen son una constante y bajo ningún aspecto son la excepción. Además, los victimarios, genocidas y sus cómplices, gozaron de impunidad lo que los alienta, en un futuro cercano o lejano, a continuar repitiendo sus acciones políticas y subversivas inmorales que van más allá de cualquier consideración en favor del derecho a la vida. Lo único susceptible de comprobación histórica es que desde la Constitución de 1833 en adelante, de diversas maneras, el régimen político chileno violó sistemáticamente los derechos humanos y salió impune de ese accionar. Las fuerzas armadas y los poderes fácticos, tal vez con la sola excepción de algunos sectores de la iglesia católica de ese entonces, a través del golpe de Estado contra Allende, restauraron su principal tradición política que no es otra que el autoritarismo para seguir defendiendo y reivindicando intereses y formas de vida que son contrarias al bienestar común. Al igual que ayer, otra vez los trabajadores son disciplinados a punta de bayonetas, represión, tortura, exilio y ley. La clave de este asunto fue el año 1980 porque es cuando se redacta bajo un cónclave autoritario elitista y de minorías, de espaldas al trabajador, a sus vivencias, intereses y necesidades, la Constitución de 1980 que está viciada de origen por ser parte de la férrea voluntad política autoritaria del genocida Pinochet que impuso sus locuras y desvaríos políticos- ideológicos incluso a sus opositores. Este carácter antidemocrático, conservador, formal, represivo y reaccionario de la Carta Magna fue denunciado por el ciudadano demócrata lo que muchas veces le costó la vida. A otros les valió la tortura mientras muchos partían al exilio. Sin embargo, al tiempo que esos luchadores por la libertad ofrendaban su bienestar, su posición social, su trabajo y hasta su familia y vidas, no faltaron los oportunistas y progresistas que sostienen que a pesar de su ilegitimidad de origen la Constitución de 1980 debería ser aceptada para derrotar a Pinochet lo que es bastante irracional porque ahí se elude deliberadamente el tema de la legitimidad de ésta. Se eludió porque la raíz del problema es el poder, porque es precisamente esta opción la que consolida la herencia de la dictadura. Es decir, la raíz del problema fue el poder en el sentido de que éste se reconciliaba con la voluntad y la soberanía

popular reivindicando el interés y la cultura de los trabajadores o continuaba sometido a poderes fácticos reales, minoritarios y bastante antidemocráticos. Así, durante muchos años de gobernar y gobernar, lo que no significa en todo caso controlar el poder, la Concertación eludió en forma sistemática el tema de la ilegitimidad de la Constitución de 1980 porque el régimen los favorecía con las migajas de la administración pero no del poder. El poder está en otro lado, está en las corporaciones, en las transnacionales, en todos los sectores y grupos de élite que están más allá de la voluntad y de la soberanía popular.

Lo real es que en esas circunstancias en Chile los trabajadores solo son actores sociales- políticos fuertemente debilitados, los más débil de la cadena relativa a la formación y la definición de la agenda pública. Por eso, este tipo de régimen actúa contra los intereses de éstos. Sostener que la forma de régimen político fundado a partir del golpe de Estado es democrático es una falacia porque se mantuvo las restricciones a la participación política y a la soberanía popular. En el caso chileno el régimen democrático formal no se conformó sólo con limpiar las impurezas que afectan al poder civil, a la representación política u otras sino que, muy por el contrario, fue un régimen formalmente democrático que solo es superado si las fuentes del poder son afectados directamente por la acción de la mayoría que legitima así su interés porque son mayoría. Aunque el poder dominante intente hacernos creer, con diversos argumentos históricos, políticos, sociológicos (...) que Chile es una isla en relación a la estabilidad de las instituciones democráticas, aunque pretendan hacernos creer que la propia Constitución de 1980 no dividió a los chilenos y chilenas, aunque pretendan hacernos creer que hubo una sociedad madura con un régimen prestigioso, que así se opuso a los populismos de los otros países de la región, está claro y manifiesto que toda la estructura del régimen chileno siempre estuvo viciado de origen y por eso fue ilegítimo, profundamente irracional, elitista, excluyente y conservador. Especialmente por su origen y, sobre todo, por la forma como la Concertación procedió a legitimar la institucionalidad política a partir de 1984 lo que los convirtió en responsables de una antigua tradición política autoritaria y antidemocrática que estuvo implícita en los fundadores del régimen y que la historia oficial reivindica como estadistas, es decir, hombres como Portales y Alessandri.

La forma política que usaron tanto el binomio Aylwin y Lagos para en su momento aceptar la lógica autoritaria del régimen en su permanencia histórica es la misma que antes usaron hombres como Portales y Alessandri para configurar el régimen en el inicio de nuestra vida independiente que siempre estuvo organizada en términos autoritarios. En definitiva, el rol del régimen aunque varía de acuerdo al contexto histórico deviene en el gran legitimador del Estado capitalista. Es decir, más allá de las características específicas del régimen político en un estado histórico, lo que permanece tras él es la función legitimadora. Sin embargo, cuando el régimen insiste en la

democracia, en la movilización y en la participación de los trabajadores, que en términos prácticos se traduce en una gestión popular de la agenda pública, éste realmente muta y se radicaliza porque la gestión democrática y popular socava la lógica capitalista desde el momento en que se interesa y actúa en beneficio de los intereses de los trabajadores. Intereses que son tan ajenos al Estado capitalista como la democracia, la igualdad de oportunidades y la primacía del derecho a la vida. Los dirigentes en esas circunstancias fueron expresión de los intereses más concentrados y así impidieron bajo diversas razones y acciones políticas que los trabajadores pudieran ejercer en forma más libre y democrática el poder constituyente porque saben que, de cara a los trabajadores, no pueden seguir sosteniendo racionalmente la defensa de sus granjerías y privilegios. En algo sí tienen razón los sectores dominantes. La tienen cuando dicen que Chile empezó a recorrer el siglo XXI con el mismo espíritu de 1833 y de 1925 porque ese espíritu no es otro que la lógica de un régimen autoritario y antidemocrático. Por eso, Chile se reencuentra con lo mejor de la historia y con los valores democráticos, con el ejercicio de un régimen de intereses populares, de reivindicación del bien común, solo a partir de la acción del poder constituyente de las mayorías que se expresa en la gestión profundamente democrática del pueblo respecto a los parámetros y definiciones de la agenda pública que de por sí, por nuestra propia historia, es una tremenda ruptura en relación al pasado.

A pesar de la crisis de representatividad y de los vicios del sistema de representación, los partidos son organizaciones que tratarían de encarnar la defensa de intereses de clase que se enfrentan entre sí. En las condiciones de crisis de representatividad de los partidos, no sólo estamos ante problemas internos y estructurales, de ideología y del sentido de éstos, sino además ante una crisis del cambio de la sociedad a la cual tratan de expresar a través de un régimen político que también transmuta en este proceso. La crisis de representación de los partidos nos dice que, a pesar que ellos representaron los valores de ciertos grupos, actores, sectores y clases sociales enteras, hoy, después de tantos años de historia, dejaron de hacerlo. Los partidos políticos tienen una multiplicidad de problemas que se expresan incluso en la falta de candidatos creíbles para cualquier contienda electoral. Es el caso de los grupos que son claros opositores a los regímenes populares porque insisten en políticas y medidas neoliberales, en un régimen históricamente fracasado donde la tecnocracia controla el gobierno y en los que la crisis del sistema político es una realidad concreta. En el caso de los regímenes populares, que son los que en realidad me ocupan, con partidos tradicionales desbaratados y poco representativos en el sentido que la historia logró superarlos frente a las necesidades y urgencias del nuevo régimen democrático e inclusivo, con el neoliberalismo ya desprestigiado y a la defensiva por las consecuencias de sus políticas, los sectores opositores, que ven como el asunto del poder se les

va de las manos, no saben qué hacer, no tienen posibilidad real de reaccionar ante la imposibilidad de usar nuevamente a las fuerzas armadas en defensa de un estatus que los favoreció. Con la aparición de los regímenes populares, que intentan expresar de la mejor manera los intereses de los trabajadores, sus necesidades y cultura, surgen otras estructuras, conglomerados políticos y alianzas que se movilizan en favor de la nueva realidad. Frente al avance de la conciencia y expectativas de los trabajadores que ahora se organizan en base a un partido revolucionario a la patronal ya no le basta con el control de los medios masivos a través de los cuales crean una realidad virtual que está muy lejos, cada vez más, de la realidad de todos. Cada vez se les complica más ocultar esa realidad, tergiversarla y pensarla en los términos de los neoliberales.

A pesar de lo anterior, de una realidad virtual que de manera frontal se estrella contra las vivencias cotidianas del trabajador, los sectores y factores de poder dominantes aplican la misma receta de siempre para recuperar en parte la iniciativa perdida ante la contundencia del régimen popular: ellos buscan desprestigiar al líder, aislarlo de los trabajadores, al mismo tiempo que intentan dividir las fuerzas populares, poner una fracción contra el proceso para finalmente debilitar la *(r)evolución permanente* y después dar el zarpazo. Intentan derrotarnos en el alma popular y arrancarnos del corazón de los trabajadores. El objetivo a destruir es el régimen popular, la nueva racionalidad que se construye sobre las cenizas del anciano régimen. Por eso mismo, la sola posibilidad de que los cambios en el sentido del humanismo se profundicen, los llevan a movilizar todos los recursos de que disponen para imponernos nuevamente el país de la exclusión. De hecho, ni las crisis los detienen. Por eso, las autoridades de estos países leen las crisis como un desequilibrio fiscal, y en lugar de actuar defendiendo los puestos de trabajo y la capacidad productiva instalada, defienden los intereses bancarios. Por eso, el paquete de medidas destinadas a recortar el gasto público son prioridad. Es que bajo ningún aspecto podía quedar al descubierto no solo las causas de las crisis sino también la falsedad absoluta del paradigma ligado al éxito en términos del individualismo que es pregonado por el Estado capitalista, por su idea de la competitividad y la acumulación de bienes, que se contraponen a la solidaridad, a la fraternidad, a la igualdad y el bienestar común, todos preceptos y valores fundantes de la ética más radical de la gesta de cambios que parieron los propios trabajadores en las ya lejanas jornadas de 1789, que acabaron de una buena vez por todas con la monarquía y el absolutismo. No puede quedar al descubierto que en la era de la desigualdad, la exclusión y la pobreza, que es propia del capitalismo de consumo total, desenfrenado e irresponsable, todo se convierte en producto a vender o consumir. En una mercancía. Ni siquiera la representación política ni los electores son ajenos a esta lógica y de allí la crisis estructural, la crisis de representación de los

partidos que, en el caso de las minorías, insisten en el marketing político, en la ideología de un falso consenso que solo a ellos y sus intereses satisface, del fin de la historia como lucha entre clases, para así construir productos y líderes que sólo la conciencia de los trabajadores y la profundización de las prácticas democráticas a través de la gestión popular de los asuntos públicos pueden contrarrestar. La batalla cultural, que es una lucha por el sentido de las cosas, de los valores y de la política, que tiene relación directa con las formas de solución de los asuntos que a todos conciernen, es una batalla muy importante, es una batalla profunda porque implica transformaciones en los valores, en las necesidades e incluso en las urgencias de la mayoría que, en la medida que se consoliden, hacen viable sociedades justas y equilibradas. Por lo tanto, el ataque contra los sectores de la cultura popular, en la medida en que logren profundizar en los cambios, en la forma que reivindicuen la creación y defensa de sus derechos, es cada vez más extremo, reaccionario y despiadado. Es que se trata de desintegrar la credibilidad de los conductores políticos para desintegrar la lógica y razones que buscan fundar una realidad justa. En esa realidad el gobierno popular se consolida con la participación de quienes representan la cultura del pueblo que, como nuevos protagonistas, muestran una amplia capacidad para construir un horizonte justo, peculiar y humano. Los avances sociales, políticos y económicos del régimen popular se consiguen en el fragor de una lucha. Lo importante es que en esa disputa no cambian los principios ni las convicciones de los sectores populares en el sentido que son una ética, principios y convicciones políticas irrenunciables porque obedecen a un proyecto de país que en su contenido reivindica el bien de las mayorías. Lo que sí implica importantes cambios, en el sentido de una mejor evolución de la acción política, es la participación y movilización de los trabajadores por la conquista y defensa de sus intereses más inmediatos, y de los de más largo plazo, que tiene relación con la renovación que producen esos cambios. Es que un pueblo que simplemente vota y luego se recluye en la intimidad del análisis, que no se moviliza ni participa, quiéralo o no, está reivindicando un tipo de democracia altamente abstracta que solo favorece los intereses de las corporaciones. Es solo en la discusión, en la participación y gestión de los trabajadores donde nuestros pueblos se nutren de esas ideas capaces de transformar la realidad. Por eso, hay millones de trabajadores que una vez que se accionan las políticas de inclusión se van incorporando a la discusión política en el entendimiento de que son partícipes y protagonistas del cambio. Así, las grandes obras del hombre, de los trabajadores y sus dirigentes, las grandes figuras y los líderes políticos son consecuencia directa de una época. Somos hechura de los tiempos, de las formas en que se expresa el combate. Existen causas profundas, estructurales, centrales e históricas, que hacen a los trabajadores ocupar determinado espacio. Mientras tanto, el neoliberalismo consiguió convertir a la humanidad en un gigantesco mercado

donde lo material y lo espiritual devino en mercancía, es decir, en susceptible de ser vendido o comprado. Incluso nuestras vidas.

Ese proceso de deshumanización extrema o sea, de mercantilización de las relaciones humanas, que es protagonizada y conducida políticamente a esa máxima potencia por el Estado capitalista y su régimen neoliberal, nos conduce a la extinción de la cultura, de los intereses de los trabajadores y por eso nos condena a una vida miserable, de pobreza estructural. El problema que se presenta a los que batallamos contra el Estado capitalista en sus diversas manifestaciones estructurales es que éste, siempre tenaz, violento y audaz en la defensa del capital, conquistó las expresiones de vida del pueblo. Todo sucumbió frente al irrefrenable avance del control de la mercancía sobre nosotros. Por ejemplo, sucumbió la religión, el arte y la imaginación, todo se rindió al altar de la acumulación privada del capital y así hoy no solo se libran grandes guerras imperiales o se lucha por el sentido de las cosas sino que por si no fuera suficiente se intoxica a la población con fármacos y alimentos artificiales para aumentar las ganancias colocando en riesgo la seguridad alimentaria de los pueblos. Entonces, la crisis de representatividad de los partidos políticos tiene que entenderse en su real dimensión, en cada una de sus manifestaciones. Esta etapa de la historia es una época de muerte pero también de un tremendo parto, es una crisis histórica, orgánica y real porque se desarrolla mientras algo muere pero que en definitiva no termina de morir, y al mismo tiempo, se desarrolla mientras algo nace y no termina de nacer. Existe una crisis del régimen que insinúa la del Estado capitalista.

Capítulo 2: Los desafíos del crecimiento y la gestión democrática.

Bases económicas de la vida del hombre.

El derecho a la vida es inalienable: se sustenta en bases económicas. Que la vida del hombre tenga bases materiales- económicas significa que para sobrevivir el ser humano es capaz de prescindir de muchos bienes y de ciertos servicios, sin embargo, de lo que no puede prescindir es de la comida y de la bebida. El problema es que bajo los preceptos del neoliberalismo en particular y del Estado capitalista en general, del Estado capitalista en tanto reproductor y garante de las relaciones de explotación del capital sobre la *fuerza de trabajo* de los obreros, los bienes que arrancamos a la tierra para la propia supervivencia, los alimentos, el agua, la energía y los frutos colectivos del trabajo humano, no son compartidos entre todos. Esto quiere decir que no todos tienen derecho a ellos: algunos tienen acceso garantizado mientras los demás son excluidos. En estas circunstancias, es importante decir que apenas el 20% de la población mundial tiene el 80% de la riqueza generada por el esfuerzo de todo el planeta. En muchos países periféricos, categoría donde entran los países latinoamericanos, basta con salir a la calle para toparse con la miseria que además de ser un problema económico es necesariamente un problema y un desafío que tiene que ver con la ética desde el momento en que es el humanismo el que impide permanecer indiferente. Nadie escoge la familia, el país, ni el régimen o el momento histórico en que le toca nacer, si padecemos por no ver satisfechas nuestras necesidades básicas, la urgencia de alimentarse, de una vivienda o un trabajo digno; es por mero azar de lo que podríamos llamar la lotería biológica. De hecho, en esta globalidad, aún neoliberal, de cada tres personas nacidas vivas, dos ven la luz en la pobreza o en la miseria asociada fuertemente a los países menos desarrollados. Por eso, nuestra condición de vida y de trabajo digno no puede enfocarse como un privilegio sino antes bien como una gran deuda social, del régimen político y del Estado, porque es injusto que exista la lotería biológica en un planeta que produce alimentos para 12 mil millones de bocas y que sólo está habitado por un poco más de la mitad de esos. Es increíble lo mal organizado que está la agricultura a nivel global, o mejor dicho, es increíble como la organización del cultivo y de la estructura de la agricultura en general, sigue favoreciendo desvergonzadamente los intereses de los grandes pools de siembras y de las transnacionales dedicadas a la alimentación a expensas del hambre en vastas zonas del mundo a las que tampoco escapan los países más desarrollados. De hecho, a partir de esa estructura organizativa de la agricultura, cada día se pierden más cultivos tradicionales mientras, al mismo tiempo, la agricultura

global favorece a las grandes empresas y deja fuera de jugada a los pequeños campesinos. Entonces es central revalorizar la cocina tradicional propiciando el cultivo local, de manera que seamos capaces de evitar la producción de alimentos y semillas transgénicas dando una gran batalla contra la razón que busca soslayar el problema de la dependencia política, cultural y económica de nuestros pueblos respecto a los países centrales. Esta cuestión no es un tema menor porque sólo siendo soberanos, y en este momento no lo somos, podemos luchar contra el hambre y la mala alimentación de los trabajadores. Rastrear en la memoria alimentaria es indispensable para iniciar y continuar un proceso de recuperación de la soberanía perdida en este aspecto. Son muchos los productos que olvidamos o usamos de manera bastante precaria por lo que es urgente la necesidad de imaginación culinaria de modo que amplíemos las posibilidades de mejorar la alimentación. Cuando nuestras necesidades son básicas y urgentes nunca es suficiente.

No logramos todavía la *soberanía alimentaria*; en ese sentido, todos los días debiéramos dar grandes pasos en ese aspecto que por lo demás va en directo beneficio de los sectores más vulnerables. El concepto de *soberanía alimentaria* adquiere otro sentido a partir de políticas inclusiva típicas de los regímenes populares. Si soberanía es defender, rescatar, pelear por lo propio, sentirse orgulloso de esa posesión, desde la tierra hasta las políticas públicas que un gobierno esté dispuesto a llevar adelante, la alimentación no puede quedar exenta de este término. Se nos habla de *soberanía alimentaria* para revalorizar la cocina nacional, el saber y sabores propios y tradicionales, pero el concepto mismo necesariamente va mucho más allá, es decir, se trata de rescatar al pequeño agricultor y darle acceso a tierras y semillas para que produzca su alimento. La propuesta de soberanía alimentaria nació en Italia de la mano de la organización *Vía Campesina* que en su momento reclamó el derecho de los diversos regímenes nacionales a definir sus propias políticas agrarias en un marco de desarrollo que sea sostenible en el tiempo y que logre resguardar la seguridad alimentaria de nuestros pueblos. Después, y en diversos foros, fue consolidándose un movimiento global detrás de esta consigna que incluye, además de producir los alimentos, el derecho a una alimentación más sana, nutritiva y culturalmente apropiada. Además, hay que distinguir el concepto de *soberanía* respecto al de *seguridad alimentaria* aunque en realidad ambos remiten al mismo objetivo, es decir, que la población total del país o de una región acceda a una alimentación adecuada para su crecimiento. La diferencia es que la *seguridad alimentaria* no implica el apoyo a la producción local, algo que sí contempla la *soberanía*. Todo programa de *soberanía alimentaria* es posible únicamente desde el punto de vista de un proyecto político que se base en la recuperación efectiva de la soberanía nacional y en la vigencia plena de la soberanía popular en términos de participación política activa. Un programa de esas características impulsa

el desarrollo de huertas familiares, abastece de semillas hortícolas en especie de variedad no híbrida de modo de facilitar la auto producción de semillas, siempre considerando la adaptación a diversas regiones y consumo local. No es un desafío menor porque la agricultura familiar a nivel global abarca el 66% de las explotaciones agropecuarias pero solo son parte del 13,5% de la superficie sembrada. A su vez, ésta provee por lo menos el 50% del empleo rural siendo un rubro importante respecto a los porcentajes que conforman el PBI de los países del sur, los nuestros, que son ricos en recursos naturales en general. Así, debemos delinear estrategias para que nuestra población acceda a esos alimentos, hay que proveer a la población de nuestros países desde la educación y la salud hasta los ingresos que le permitan adquirirlos y llevarlos a la mesa familiar. En un momento como el actual, en que el interés por los biocombustibles determina que grandes superficies de tierra se destinen a cultivos orientados a esa industria de la energía antes que a la producción de alimentos, se produce un serio conflicto de intereses entre el capital privado y los pequeños agricultores para los que los objetivos son otros. Se trata de sentar a los trabajadores a la mesa, una pretensión difícil de imaginar cuando se habla de rescatar la cocina tradicional. Nuestros países presentan grandes diferencias por región, ¿cómo entonces sentar al pueblo a la mesa colectiva? La cultura culinaria como patrimonio de los pueblos es un elemento bien decisivo de la identidad. Lo central es que el conocimiento relacionado con nuestras múltiples identidades alimentarias es, indudablemente, una forma de resistencia contra el modelo agropecuario biotecnológico dominante.

La consigna de sentar a todos los trabajadores a la mesa es prioritaria cuando hablamos de soberanía alimentaria. Por eso, no podemos pretender que la economía de los regímenes populares se enfoque desde una óptica que se ocupa meramente de la maximización del lucro privado a expensas del bien de la mayoría, es decir, la economía necesariamente es un bien que tiene que ver con el bienestar de la colectividad. Si todos los aspectos de la vida se relacionan con la economía, ¿cómo vamos a aceptar que prescinda de los valores éticos que hacen al humanismo como expresión amplia del derecho a la vida de todos? ¿No es acaso este marxismo el gran reaseguro del cuidado más fiel de la vida del trabajador? Por eso es necesario no solo sensibilizarse respecto al valor sagrado de cada persona sino que antes bien, y bajo esos objetivos, es preciso criticar de la forma más extensa posible el consumismo, superar el individualismo que se enfrenta al ser genérico. Hay que enfatizar la relación de hermanos que constituimos entre todos y la práctica de la justicia reivindicada por el amor y el cuidado del prójimo. Debemos ampliar la democracia sobre metas de sustentabilidad, sobre metas de gobernabilidad, de fuerte desarrollo y de crecimiento para así fortalecer la globalización en otros términos, desde una visión que vaya más, mucho más allá de la utopía de los neoliberales y su desprecio por los valores de solidaridad, de modo

que se vaya creando una nueva alternativa al régimen y al Estado capitalista, en la que lo que hay de más sagrado, es decir, la vida de los hombres, esté por encima de la idolatría de la acumulación privada de los capitales.

Es importante este manifiesto en favor de la vida del trabajador porque todavía hoy a pesar de muchas crisis, a pesar de que el capitalismo se llevó la vida, los sueños y esperanzas de muchos, a pesar de una serie de pesares, de contradicciones que no logran salir airosas del examen racional, a pesar de eso, la lógica económica predomina en la política de gobiernos que insisten en ajustar contra los que menos tienen. Insisten para seguir favoreciendo al mercado especulativo contra los intereses del consumidor que somos el motor y engranaje de cualquier régimen que se precie de valorar la calidad de vida de los hombres a través de la inclusión de los trabajadores a partir de la generación de empleos que es, en tanto política, la más importante medida para que todos gocemos del mercado que forma un régimen democrático y justo. Es importante este pequeño manifiesto en favor de la vida porque hoy en la mayoría de los países de esta globalidad definida por los sectores de poder de siempre, el ciclo de la economía política no se cierra a partir de la realidad de un mundo más solidario y autosuficiente, porque en realidad los grupos de poder pretenden imponernos una ideología que busca mostrarnos que la estructura de la economía necesariamente es indiferente a cualquier consideración ética sobre la vida humana y la preservación y cuidado de la naturaleza. Nada más ajeno a la verdad del trabajador. Los datos históricos y la miseria en que viven gran parte de los hombres a nivel global nos obliga a cuestionar el rigor, la seriedad y la racionalidad de la supuesta lógica de las políticas económicas orientadas a la acumulación de la riqueza en favor de los dominantes.

Sería bueno saber qué modelo, régimen o proyecto político superador proponen los sectores hegemónicos y dominantes respecto a las alternativas auspiciadas por el régimen político nacional y popular. El pecado capital de esos grupos reaccionarios es la toma de decisiones políticas y gestión de la agenda pública tremendamente irresponsable. Así, los sectores de la cultura popular, como siempre, solo les queda el arte de poder que tiene la suficiente inteligencia y movilización para incorporar a los grupos que defienden el mismo proyecto de país de nosotros. La columna vertebral del proyecto nacional son los sectores populares. A partir de ahí tenemos que tener la inteligencia suficiente para incorporar todos los espacios políticos y sociales que comparten la misma visión de país democrático, inclusivo y humanista porque ya no es posible la vuelta al modelo anterior, al pasado, al régimen conservador, que estuvo militando en beneficio de la pobreza, que siempre estuvo militando a favor de la exclusión, de la marginación y la desigualdad del hombre. Es central la movilización de las organizaciones de todo tipo, de los representantes de los intereses del trabajador, del pueblo organizado bajo

las premisas del bien común. Estas fuerzas constituyen espacios políticos y culturales que es el único espacio donde el régimen puede expandirse. Y la oportunidad es un desafío constante porque siempre hay muchas fuerzas que acompañan los lineamientos de los gobiernos inclusivos, de avanzada social, económica y política. Esas organizaciones son convocadas para acompañar la ratificación del camino que significa la gestión democrática del trabajador. En este contexto, no es tan importante hablar de candidatos porque lo central en esta etapa histórica es que las fuerzas políticas discutan y planteen, de cara a los trabajadores, cuál debe ser el rol del régimen político en el sentido más amplio posible, es decir, tanto en lo político, lo económico, lo comercial, en lo cultural y social, qué pensamos sobre la *soberanía alimentaria*, la reforma agraria y la intervención del sector público como herramienta de acción política y económica. Es necesario reivindicar el modelo nacional y popular, humanista y de inclusión del trabajador, que milita a favor de los intereses de éstos a partir de la primacía de la vida como derecho del hombre porque este modelo es quien resguarda la soberanía en todas sus acepciones (política, alimentaria, etc.), la gobernabilidad, la estabilidad política, la seguridad jurídica, el dinamismo económico, la democracia, el consenso y la eficacia y eficiencia de la economía para resolver, en un contexto más inclusivo, los problemas de la mayoría. En estas circunstancias, si la intención real es crear empleos, elevar el ingreso y mejorar el nivel de vida, deberían dedicar más esfuerzo a encontrar la forma de generar dinamismo económico en el largo plazo. El dinamismo de la economía también es producto de la innovación tecnológica continua, de la experimentación, de la adaptación y del cambio, lo que eleva la productividad a futuro lo que nos desafía a pensar en un plan estratégico de desarrollo en base a tecnología que sea conveniente de acuerdo a nuestros recursos, nuestra cultura y especificidades políticas. A su vez, esa mayor productividad apuntala el ingreso de los trabajadores que impulsa el consumo interno y crea un círculo virtuoso que origina innovación, consumo, ahorro e inversión. En fin, ese círculo virtuoso se completa con la expansión del sistema económico que se dinamiza de una manera saludable, equilibrada y sostenible que no tiene que ver con el dogma neoliberal. ¿Cómo fomentar el dinamismo económico del régimen? Éste no depende solamente de que una economía cuente con un amplio sector financiero, grandes fabricantes o una industria cualquiera, sino que los sectores productivos sean racionales y competitivos. Cuando estos parámetros centrales son implementados de la mejor manera, en defensa de un régimen que hace hincapié en la gestión democrática del trabajador, es indispensable garantizar la competencia entre sectores productivos que hacen a la economía nacional. Con ese objetivo, los gobiernos pueden minimizar las barreras al ingreso y egreso en una industria, abrir sus mercados al comercio, rechazar subsidios o las regulaciones que favorezcan a los beneficiados, dividir los monopolios pero además tiene que

aplicar un tipo de cambio de equilibrio desarrollista para integrar los diversos sectores productivos en una estructura económica que cumpla con las metas del humanismo.

La fortaleza de la misma cohesión social de los trabajadores, por la que milita el régimen nacional y popular a través de un programa soberano de desarrollo equilibrado, es un factor cierto para el dinamismo económico porque tiene que ver con la calidad de los liderazgos necesarios para una gestión más eficiente de la agenda de gobierno. En otros términos, en los regímenes políticos en que prevalece la concentración del ingreso y de la propiedad privada o estatal de los medios de producción bajo la lógica de la primacía del derecho a esa misma propiedad, necesariamente se incuban procesos de exclusión de los trabajadores mientras que, como efecto de esa lógica, se generan dirigentes políticos que también tienden a la reproducción de las estructuras del atraso estructural de nuestros pueblos en relación a los centros del poder globales que están parapetados en un sistema comercial global y neoliberal. Precisamente, esos liderazgos del retraso económico, de la reacción y del conservadurismo son el sustento político de los privilegios de las minorías. En estas condiciones de retraso y de conservadurismo, los liderazgos políticos tienden a asociarse a los intereses de las transnacionales que prevalecen en las economías de los países estructuralmente dependientes de los centros globales de poder y donde el régimen político no introduce ningún incentivo para actividades que sean distintas de las tradicionales, por ejemplo, que sean distintas del modelo primario- exportador. De esa forma, el crecimiento se reduce a una estructura históricamente fracasada por los desequilibrios en los términos de intercambios. Esas son algunas condiciones que predominaron en otra época histórica en los países latinoamericanos. De hecho, este modelo de desarrollo es posible rastrearlo desde mediados del siglo XIX hasta la crisis global de 1930 inclusive y tal vez un poco más. Así, dado el dinamismo que adquiere la producción y exportación de materias primas como el salitre primero y el cobre después, surgen liderazgos más o menos pujantes pero acotados dentro de un régimen fuertemente reaccionario y conservador caracterizado por la concentración de la propiedad de la tierra y recursos naturales en general que postuló una asociación privilegiada con la potencia hegemónica de entonces, Gran Bretaña. De este modo, el cambio y la acumulación de capitales quedaron limitados a la actividad del sector de las materias primas y a un poco probable derrame en otras actividades que no alcanza para crear los focos alternativos que fundamenten la expansión del mercado interno ni las exportaciones que van más allá de bienes primarios. Por supuesto, esta experiencia fue muy distinta a la registrada por la misma época histórica en los otros espacios abiertos como Estados Unidos, Canadá o Australia. De ahí también las diferencias entre los países estructuralmente dependientes como Chile y los más desarrollados e integrados socialmente.

A su vez, en la cadena de valor primaria- exportadora comprendida entre la producción y su colocación en los mercados finales de destino, la actividad estaba dominada por los capitales extranjeros. Así ocurría en el sector de la minería, en el transporte, la comercialización y las finanzas. Los liderazgos privados quedan asociados al viejo modelo primario exportador que implica el subdesarrollo estructural de todas nuestras variables como país. A su vez, las dirigencias políticas se limitaron a promover la legitimidad del régimen e introducir tímidas mejorías en la legislación social. Es decir, ninguna fuerza política mayoritaria como los conservadores o liberales y aún los socialistas, tuvieron como meta el cambio de la estructura económica y productiva que sustentó ese régimen primario exportador. En otras palabras, la expansión del mercado interno y la agregación de valor de los bienes nacionales, junto con la diversificación de las exportaciones, que son todas políticas que hacen al régimen nacional y popular, solo se harán realidad con la asunción plena de ese régimen popular.

A partir de la crisis de los años treinta, la industrialización sustitutiva de las diversas importaciones que el país realizaba, promovió la aparición y el desarrollo constante de nuevos emprendedores, de trabajadores calificados y de cuadros técnicos, asociados a las nuevas actividades que el modelo de desarrollo requería. Surgen nuevos liderazgos tanto políticos, como militares, empresarios y sindicales, comprometidos con el proceso de industrialización: la progresiva transformación de la estructura económica- productiva fue acompañada por un cambio en el comportamiento de los liderazgos y la orientación política de las medidas públicas. Sin embargo, la transformación no llegó a constituir un nuevo bloque hegemónico distinto del asociado a la vieja estructura y, por tanto, capaz de imprimir un rumbo distinto y definitivo a la economía. Así, son varios los factores que conspiraron políticamente en este sentido. Por un lado, la inestabilidad institucional y la consecuente incapacidad política de resolver los conflictos desatados en la formación y definición de la agenda pública; la misma vulnerabilidad macroeconómica del régimen que, sin embargo, logra plantear un importante escenario de disputa distributiva pero en un marco de inestabilidad e incertidumbre que solo perjudicó al trabajador. Al mismo tiempo, estuvo ausente la estrategia de desarrollo de largo plazo, liderada desde el poder político como legítimo representante de la necesidad y aspiraciones de las mayorías. Estos factores contribuyen a explicarnos porque no se logró formar un bloque dominante de intereses públicos y privados fuertemente asociados al pleno desarrollo de la economía. Y ni hablar del dinamismo y crecimiento de ésta. En realidad, para que el dinamismo de la economía sea tal tiene que existir un fuerte crecimiento y desarrollo de las variables económicas que precisamente tienen que ver con el crecimiento del país. Vale decir, no se pudo desarrollar un régimen basado en la gestión de los trabajadores donde éstos, las grandes

mayorías nacionales a través de diversos canales de organización política e institucional, se convirtieran en el sector protagonista de la transformación y los cambios, reteniendo el control nacional de la economía, de las formas de acumulación del capital y el cambio técnico. Entonces, la incertidumbre ante la inestabilidad política- económica y el conflicto por la distribución del ingreso con los trabajadores, promovió estrategias defensivas en buena parte del empresariado nacional. Un reflejo de esa actitud, siempre destituyente y mezquina, es la fuga de capitales y la renuncia a asumir cierto protagonismo histórico que a estos grupos empresariales les correspondería en el desarrollo de las industrias más dinámicas. Al final ese rol será asumido por las filiales de las transnacionales que como sabemos contradicen todos y cada uno de los intereses nacionales. En sus expresiones más retrógradas, las dirigencias del sector privado buscan, en la subordinación a los criterios del mercado global y del FMI, la garantía de la impotencia de las políticas públicas y de cualquier amenaza de cambio en beneficio de un régimen político que fuera democrático. Ellos asumieron una postura contraria al interés nacional.

La gravedad de este comportamiento de los más influyentes liderazgos privados, es que tuvo su contraparte en la dirigencia política: no se lograría instalar, sobre bases más o menos sólidas y permanentes, un régimen político nacional, popular y claramente soberano en sus determinaciones. En varios períodos, la dirigencia política asumió posturas políticas claramente opuestas al desarrollo e interés nacional, como pasó bajo el neoliberalismo. En otras instancias, increíblemente algunos dirigentes y líderes sindicales apoyaron el desguace del sector público y la importante extranjerización de los sectores claves de la economía, como pasó en los '90. La falencia dirigencial abarcó así, en varios períodos históricos, a la totalidad del espectro social del país. En esas circunstancias, en el transcurso de la década de 1970 se agravó la crisis política y económica, es decir, cuando más falta hacía fortalecer las capacidades de respuesta del régimen para defender los intereses nacionales, de los trabajadores, el país se debatió en conflictos internos mientras sus dirigentes lo embarcaron en la subordinación incondicional a las fuerzas transnacionales que vienen con el automatismo del mercado. Los posteriores gobiernos de la Concertación no lograron revertir el descalabro económico-social provocado por la dictadura por lo que las políticas públicas de aquel conglomerado no estuvieron en condiciones de rescatar la gobernabilidad política de la economía y a poner al país de pie sobre sus propios recursos. La recuperación de la soberanía en la conducción de la política refleja la emergencia de nuevas dirigencias con una visión del país afianzada en la confianza de las potenciales de los recursos nacionales.

Desarrollo y desigualdad.

El descubrimiento de nuestra América, el nuevo mundo que vendría a incorporarse a la globalidad, es el acontecimiento histórico más importante y central respecto de esa globalidad porque recién en ese particular momento, con el descubrimiento, conquista y colonización, será realmente tal. Con el desembarco casi simultáneo de Colón y de Vasco de Gama se constituirá bajo la hegemonía de Europa el primer sistema comercial internacional en sus formas más embrionarias aunque no por eso menos trascendente. Esa es precisamente la contundencia histórica de nuestra América que luego, no tanto tiempo después, será la que financia el moderno capitalismo a través del despojo de sus tierras, de sus riquezas y recursos por parte de los países que hasta hoy se pretenden más civilizados. La verdad, es que tanto en Asia como en África e incluso en el Oriente Medio, los europeos establecieron su dominio y su ocupación en todos los sentidos, sin embargo, en honor al rigor histórico, las civilizaciones originarias de esas zonas, con su propia cultura aunque no sin influencias importantes de los ocupantes, lograron preservar sus identidades. Incluso en la modernidad donde, por ejemplo, el Japón que es posterior a la Segunda Guerra Mundial, logró mantener sus valores y su identidad mientras se convertía en un país desarrollado y mejor integrado a los centros del poder globales. En cambio, en nuestro mundo, es decir, en Latinoamérica, los pueblos originarios se desplomaron frente a la civilización de los europeos que con sus espadas y cruces logran la conquista de nuestras tierras y expoliación de sus recursos. Los que lograron sobrevivir a semejante genocidio en nombre de la fórmula de la *civilización o la barbarie* fueron incorporados al sistema económico colonial primero y después como países estructuralmente dependientes del sistema económico internacional una vez conquistada la independencia política formal. La economía de la colonia, es necesario decirlo, se basó así en el servilismo y en la esclavitud de grandes contingentes de poblaciones aborígenes y luego, ante la caída demográfica de los pueblos originarios, de negros traídos del África. Millones de personas, serviles y esclavas, eran ocupadas en plantaciones tropicales, en el servicio doméstico o en las minas donde dejaban sus sueños. De manera paulatina pero decidida se gestó la desigualdad que después, con el capitalismo y con la imposición del nuevo Estado nacional que le es funcional, simplemente se racionaliza. Esto tampoco es algo menor porque alivió la vida de millones de trabajadores pero la desigualdad se impuso irremediabilmente. Se gestó una desigualdad que bajo la razón del Estado capitalista terminó derivando en un problema que es estructural y que hasta hoy no somos capaces de resolver. Una desigualdad que además es encubierta porque se funda, entre otra serie de factores, en la diversidad étnica de las élites y de la mayoría formada en

principio por descendientes de esclavos venidos del África y los herederos de los pueblos originarios que a veces, en los campos y en las tierras cultivables, sufren discriminación, marginación, prepotencia, humillación, segregación y muerte. Sobre esta base Europa, a diferencia de la experiencia en el resto de las regiones del mundo, formó civilizaciones en el ahora nuevo mundo que se caracterizan por la multiplicidad étnica mientras la mayoría es sometida a los designios de unas cuantas familias que controlan el régimen. Esto es grave, significa no solo el control de la agenda en sus puntos fundamentales sino también controlar de continuo la lógica del Estado capitalista. Además, conquistada la primera independencia política la desigualdad estructural venida de los tiempos de la conquista española y de la posterior colonización, se asentó, por lo menos durante doscientos años, por la concentración de los recursos de acumulación de capital en especial de la tierra y de otros recursos naturales incorporados al nuevo sistema y régimen de producción que nos convierte en exportadores de materias primas e importadores de bienes de capital con todo lo que eso significó en nuestra historia. De esta manera, nuevos inmigrantes venidos de Europa y otras zonas geográficas del mundo como consecuencia de las dos guerras mundiales o por el motivo que fuera que emigraron, se convierten también en parte de la mayoría excluida del acceso a la propiedad, recursos y posibilidad de progreso. Las desigualdades entre los sectores sociales, sin obviar el carácter estructural que significa vivir en un Estado capitalista de producción y distribución de los recursos, se relaciona también con esos acontecimientos históricos que son fundacionales de nuestra república. Pero, la desigualdad social y fragmentación política de los pueblos no impidió que fuéramos capaces de crear una nueva identidad sobre las cenizas de la otra, es decir, como una síntesis de cultura popular formada por componentes de los pueblos originarios y europeos. Entonces, nuestra carencia si bien es de identidad, en el sentido que aún estamos en proceso de reivindicación y construcción de una cultura popular propia, con sus múltiples componentes, tiene que ver además con la forma estructural en que nos insertamos en el sistema comercial global: también es un asunto de identidad y de lucha política por otro proyecto nacional y popular. Estos dos términos, *nacional* y *popular*, son grandes desafíos para progresar.

El mayor pecado es la desigualdad porque ésta refuerza los múltiples obstáculos que nos impiden conquistar el desarrollo en todas sus facetas. De hecho, desde hace más de 200 años los latinoamericanos intentamos remover estos obstáculos; ello explica, en fin, que ninguno de nuestros países logre alcanzar altos estándares de crecimiento a pesar de la diversidad de recursos y riquezas naturales, de capital, con las que contamos. En esas circunstancias estructurales, caemos en un círculo vicioso donde la desigualdad, la pobreza y la exclusión se renuevan y profundizan con el correr de los años sin que seamos capaces de encontrar la equidad y la cohesión social porque, además,

la asimetría social que nos controla es el reflejo de una estructura productiva profundamente irracional, injusta y arbitraria. Entonces, la desigualdad es un componente central para explicar nuestro subdesarrollo porque simplemente nos impide, a través de diversos mecanismos, potenciar nuestros recursos en favor de los intereses de los trabajadores. La desigualdad social nos impidió potenciar nuestros recursos humanos con la técnica y con la educación y derramó en otros planos de la realidad produciendo el surgir de liderazgos desarraigados de sus bases sociales, funcionales a los intereses de las élites foráneas, que de esa manera aprendieron a renegar de los intereses nacionales y populares militando en favor de grupos y de clanes familiares globales que concentran su poder a expensas de la exclusión de la mayoría. La alienación de las élites promovió visiones de una globalidad desarraigada de nuestra realidad nacional y así pasamos a ser pueblos política, económica, ideológica y culturalmente dependientes del pensar, de las ideas y de las directrices dominantes, en una palabra, de la razón de los sectores y actores sociales que históricamente han dominado a nivel del sistema comercial globalizado. Es precisamente esa serie de factores quienes conforman la debilidad de las opciones políticas que no planteen de raíz un cambio en las formas y en las maneras para, de ahí en más, ser capaces de reivindicar y militar a favor del saber popular. Esas raíces históricas que configuraron nuestras decepciones, bastante numerosas como lo demuestra la experiencia, contribuyen a explicar los avances y también los retrocesos, los vaivenes y la falta de definición de estrategias y proyectos de largo plazo, de características estructurales, que nos conduzcan por más racionales rumbos. La falta de desarrollo todavía es una realidad que prevalece en nuestro pueblo. Por lo mismo, es importante tener en claro el rol central que juega la desigualdad, y la consecuente falta de recursos y de oportunidades para todos, en la imposibilidad de conquistar un país desarrollado en el más largo plazo. El problema social, a pesar de lo que nos diga la racionalidad de los otros, es crítica en el desarrollo, en el crecimiento constante y en la reubicación de nuestra Latinoamérica en las estructuras globales del poder. Ahora se replantean asuntos que son centrales como la relación, al interior del régimen, entre los actores y grupos que lo constituyen para desde ahí plantear otras relaciones entre ese régimen y el mercado que permitan, de una vez y por siempre, superar la lógica capitalista del Estado. Que permitan sugerir, proyectar y esbozar otra relación entre el ahorro interno, el capital extranjero, la apertura y la regulación entre el sector público y el mercado privado, etc. El desafío es el desarrollo, éste a pesar de la desigualdad, a pesar de todo. El crecimiento es más fácil de lograr porque se limita a unas cuantas variables pero el crecimiento sostenido, es decir, a lo largo del tiempo, de continuo, que considera el interés de la mayoría, es más complicado porque en eso consiste el desarrollo. Cuando uno crece, cuando uno tiene un mercado interno fuerte que logra incorporar a miles y millones

de trabajadores al circuito del consumo a través de políticas de generación de empleos, cuando el país cuenta con un nivel de actividad de la producción y de la economía que crece y se expande continuamente, ahí estamos creciendo con vistas al desarrollo de largo plazo, sostenido en el tiempo. Y este es un círculo virtuoso porque el país se desarrolla a partir de la generación del empleo, la conquista del trabajo pleno, que así es una medida central para terminar con la desigualdad social que como vimos más atrás arrastramos desde antes incluso de nuestra primera independencia. Solo en este contexto de disputa contra la desigualdad es viable, posible y racional el desarrollo de nuestros pueblos y el intento real de formar un pacto social que sea capaz de fortalecer un proyecto popular, marxista desde la médula, que refuerce la previsibilidad de nuestras variables de producción y desarrollo. No es menor la importancia de un pacto social entre los actores y grupos representantes de los trabajadores e incluso con los actores representantes del empresariado en tiempos de transición siempre que redunde en el refuerzo de los intereses de la mayoría. No es tan ilógico porque los pequeños y medianos empresarios se favorecen con la dinámica del crecimiento de la demanda cuando de verdad apuestan a la producción y no a la ganancia fácil, la especulación.

Un acuerdo de estas características puede ayudarnos a neutralizar las operaciones de los grupos definitivamente reaccionarios y los actores que le siguen el juego, que buscan terminar con la democracia y con cualquier tipo de régimen que se defina como popular. Un acuerdo de estas características, en fin, puede ayudar a evitar que un proceso de cambios estructurales derive o se reconvierta en una formalidad que solo habla de consenso para seguir defendiendo intereses de los unos a costa de los de la mayoría. Un acuerdo de este tipo puede ayudarnos porque perdura en el tiempo una democracia que no es tal a pesar del avance continuo o no de los sectores, la cultura e intereses populares. La historia muestra ejemplos patentes de ello. Cuando los actores y los grupos populares, de la cultura del genuino trabajo, logran avanzar a pesar de todos, los sectores y factores de poder dominante, en su desesperación, siguen adelante con operaciones políticas fuera de todo lugar porque no encuentran sustento lógico en la realidad social. Por ejemplo, a través de los medios de comunicación pueden inventar titulares pero no pueden inventar un país que no existe más que en su fiebre por el poder. El acuerdo por el desarrollo nos desafía así a no cometer el error estratégico de subestimar a los sectores reaccionarios, esos que buscan inventarse un país virtual ante la impotencia de no poder controlar las políticas que hacen al real, como también nos interpela a subestimar la capacidad política de esos actores del poder porque definitivamente tienen poder de daño pero no de construcción política. Y es ése el terreno donde las fuerzas democráticas, los grupos representantes de los intereses populares, deberán dirimir sus asuntos y proyectos, sin caer en el juego de la provocación violenta donde el único

que gana, son precisamente los violentos. La disputa es por el territorio y por la agenda política porque es central en la conformación de la agenda pública. Entre esas coordenadas se libra la batalla por la hegemonía en el siglo XXI en el mundo entero. En eso estamos. No hay que perder de vista el campo de batalla: es imprescindible a la hora de alistar las fuerzas que nos conducen a la (*r*)*evolución permanente*. Ese momento político central es antecedido por una multiplicidad e infinidad de momentos que en lo cotidiano marcan el rumbo y acumulan fuerzas. De eso se trata gobernar un país, es decir, de gestionar pero en favor de las mayorías porque son esas políticas las que nos conducen al desarrollo de nuestros pueblos. Sacar renta a los que más ganan para distribuirla entre los que menos tienen a través de la generación de empleo y el desarrollo del mercado de consumo nacional, son políticas que consolidan la (*r*)*evolución*. El crecimiento en cantidad y en cualidad de los espacios de representación de los sectores populares en la medida en que los procesos de cambios se radicalizan implican, dialécticamente, la disminución y la fuga de las fuerzas de la oposición pero con un drama aún mayor: no tienen un tapón a la vista. Ese proceso aumenta progresiva y constantemente en razón que la radicalización política; además conlleva el crecimiento de los sectores socioeconómicos más allá de las banderas partidarias. Con el triunfo del régimen popular el proyecto nacional crece porque logra desarrollar el país. Y en esas circunstancias las diversas variables y factores de producción, desde esta plataforma de efectividades conducentes, se afinan las ideas, los sueños y utopías de los trabajadores. Siempre fue así.

Ya en artículos anteriores y bajo distintos paradigmas que sin embargo obedecen todos ellos a la lógica del humanismo militante, busqué demostrar de la manera más racional posible que nuestros países necesitan y pueden crecer con recursos que les sean propios porque cuentan con la capacidad auténtica de gestión democrática de los trabajadores. De todas maneras, el desafío no es menor si consideramos que para tomar conciencia de éstos hay que pasar revista al impacto de la crisis general de la caída de la tasa media de ganancia del capitalismo, de las crisis a las que nos expone continuamente desde la dominación del Estado capitalista, sobre la conducción de nuestras economías centrales y, en un sentido mucho más amplio, sobre la estrategia de desarrollo de nuestros países en la globalización actual. En ese sentido, la conclusión necesaria a partir de los hechos políticos desatados durante la primera década del siglo XXI en el mundo, es decir, la crisis financiera y productiva originada en los países centrales, es que las diversas tendencias del sistema comercial global desafían y subvierten la lógica de las políticas neoliberales expresadas, por ejemplo, a partir del Consenso de Washington que además nunca fue tal. Es decir, lo que inexorablemente se quiebra es el paradigma neoliberal que fundamenta el automatismo y desregulación de los mercados. Se quiebra esa realidad donde el hombre, los propios trabajadores,

están imposibilitados de alcanzar la máxima perfección posible y, muy por el contrario, pretenden seguir viviendo sin justicia y leyes que favorezcan a las mayorías. Se quiebra la idea que el hombre pueda seguir viviendo sin las armas del amor al prójimo, de la virtud y la sabiduría. En ese contexto, no es posible defender al hombre egoísta, el de las malas pasiones y pulsiones, el perverso y feroz que solo reacciona con los arrebatos más brutales cuando de reivindicar sus intereses minoritarios se trata. Por eso, la justicia social es una necesidad inherente al régimen, a la vida colectiva de todos los hombres y a las expresiones políticas de sus asociaciones donde necesariamente tiene que primar el derecho a la vida como rector. El camino de la cultura popular es el humanismo expresado en la defensa de una política macroeconómica que nos incita a vivir y producir con recursos propios porque lo central de esa política macroeconómica abarca la conducción de las finanzas públicas, la moneda y el tipo de cambio que necesariamente tiene que ser de equilibrio desarrollista. En esas materias, la salida de la crisis del neoliberalismo se logra únicamente a partir del dominio del régimen nacional, popular, soberano e inclusivo. Es cuando se produce un desplazamiento del paradigma neoliberal hacia otro que precisamente está en las antípodas del automatismo del mercado porque nos sugiere que el crecimiento y el desarrollo solo es posible a partir de la movilización de nuestros recursos naturales, humanos, económicos y de capitales, lo que significa un desarrollo desde adentro hacia afuera, de la más noble consolidación de nuestro mercado, bienes y consumo interno para ahí recién salir al mundo, al sistema comercial global del que en realidad nunca podremos irnos. Pero, también es cierto que cada país tiene la globalización que se merece de acuerdo a lo que haya hecho o deje de hacer. Lo queramos o no estamos ligados al comercio global en el sentido que las exportaciones generan divisas propias que, a su vez, son el resultante de la producción interna. Es ahí donde entra en juego el cambio de equilibrio desarrollista. Ahí, en la solidez del desarrollo y del crecimiento con igualdad, entra en juego también algunas variables importantes como el sistema institucional y legal, la cohesión y la lucha social, la estructura económica y productiva y el tipo de inserción en el sistema comercial global que estamos dispuestos a sostener.

Ahora entramos de lleno en el tema que me ocupa, cuando se tratan los problemas de la acumulación de capitales en la economía nacional, con las correspondientes políticas de producción, de inversión, de oferta y demanda de acuerdo al régimen productivo dominante en cierto estado de la historia. En ese contexto se busca atraer inversiones para el crecimiento donde, en muchos casos, este crecimiento necesariamente no implica el desarrollo. Es cuando esas inversiones fundamentalmente vienen desde el exterior en forma de préstamos, siempre bajo las condicionalidades del FMI, de los organismos de créditos globales en general, en la forma de compra de activos locales, de

creación de cierta capacidad productiva o ampliación de la existente a la que, en un régimen neoliberal, solo tienen acceso real las grandes empresas a veces aliadas con los dominantes locales. Entonces, este tipo de inversión, excluyente y condicionada, no implica ni genera desarrollo de la economía local porque, como la historia reciente nos sugiere, los préstamos desde el exterior socavan la capacidad de ahorro interno de nuestros países donde además las diversas empresas locales, generalmente pequeñas y medianas junto al sector público, no cuentan con recursos ni con la capacidad real para realizar las inversiones necesarias para el desarrollo del país en ese contexto. A partir de este enfoque clásico y neoliberal, se busca seguir sosteniendo que hay una política, una ciencia y que hay ciertos valores e intereses propios del señor, el cual busca asociarse con el interés del pueblo solo cuando responde a las necesidades de los magistrados, de los reyes y monarcas, de los dueños de los medios de producción.

Como nos sugiere los años '90 con su recalcitrante automatismo de los mercados, la mejor política económica es la que maximiza a cualquier precio la entrada de capital extranjero y transmite señales amistosas a los mercados, es decir, a todos los que toman las decisiones a nivel del sistema comercial global que son los que resuelven, por sí o por no, si prestan o invierten en nuestros países y por tanto, siempre siguiendo este enfoque, si se convierten en agentes de desarrollo. Pero la historia de Latinoamérica nos sugiere con todos sus bríos que esta postura, que es fuertemente irracional y metafórica, no corresponde con la realidad por tres razones principales. En primer lugar, por las características de los recursos internos y el proceso virtuoso que generan porque la inversión externa en realidad no es central en relación a los recursos para el crecimiento ni tampoco para el desarrollo del pueblo por lo menos en la etapa de transición y en la medida en que esas inversiones, en lo central, son de carácter especulativas y financieras. Por ejemplo, según Naciones Unidas, las inversiones de las transnacionales representan apenas el 15% de las inversiones globales totales. En cuanto a las corrientes financieras que conforman el sistema comercial globalizado, más del 95% corresponde a movimientos especulativos y apenas el 5% se refiere a intercambios reales del comercio y de las inversiones productivas. Es decir, más del 80% de la acumulación de capital en el mundo se hace a partir del ahorro interno de los países, de sus economías y sus actores nacionales. Por su parte, en los países periféricos, como reciben menos inversión y atención, las proporciones son mayores. En segundo lugar, como consecuencia de lo anterior, la experiencia de países emergentes como China basan su desarrollo en el ahorro interno donde la inversión extranjera cumple un rol central en la apertura de nuevos mercados subordinados al predominio de la producción nacional. En cambio, son los países con mayor endeudamiento los más atrasados e inestables. Por último, en la negación de la lógica de la política de inversión prevista por el

neoliberal, es necesario considerar los recursos propios de nuestros países. Sobre esa base, con recursos propios, es perfectamente posible solucionar el tema de la deuda externa, elevar la tasa de inversión o acumular reservas que buscan sostener la vitalidad política y económica del régimen popular al estar en condiciones de resistir el impacto de las crisis venidas desde afuera. Los tres puntos anteriores, que nos muestran irremediamente las múltiples irrationalidades de la lógica de los dominantes en el caso de las políticas de inversión, implica que el desarrollo nacional se basa en la constitución de una sólida estructura productiva industrial, integrada, compleja y abierta, que en caso de los países latinoamericanos también implica una importante base de recursos naturales con agregación de valor capaz de asimilar tecnología conveniente, es decir, de acuerdo a nuestra especificidad política, económica, social y cultural, que implica generación de empleo, del pleno empleo de la fuerza laboral como primer política de inclusión de los trabajadores. De otra manera nunca podrá pertenecernos la virtud, nunca seremos una sociedad completa en la que queda atrás la relación de amos con esclavos, donde el uso y abuso de la explotación del hombre y donde la utilidad de los esclavos, aplicada a las necesidades de la existencia de privilegios de clase, ya no sea posible. Para solventar un régimen nacional, soberano y popular a través del tiempo, es necesario aumentar la tasa de inversión de una manera constante y cuyo financiamiento descansa en la movilización de los recursos internos. En consecuencia, el problema no es cómo atraer inversiones sino contar con una eficaz política de inversiones en defensa de los intereses de los trabajadores. No se trata de una cuestión semántica porque las dos expresiones anteriores representan proyectos y realidades distintos de régimen lo que nos involucra a todos. En el transcurso de la historia se refleja claramente la lucha entre una economía industrial, integrada, inclusiva y abierta, que busca el pleno empleo de los trabajadores como medida primera de gestión democrática, de la profundidad del valor marxista, con una extraordinaria disponibilidad de recursos económicos, naturales y humanos capaz de gestionar y definir un tipo de tecnología conveniente y, por otro lado, una economía reducida a su capacidad de abastecer productos, bienes y servicios primarios, subordinada a los criterios del mercado global, la especulación financiera e intereses de los clanes familiares dominantes que controlan la vida de todos. Por razones derivadas de la debilidad estructural de los regímenes nacionales, la época en que predomina el primer enfoque, el de los neoliberales con su economía clásica, no pudimos consolidarnos por la irrationalidad de su política y es esa la responsabilidad que les cabe a ellos en relación a los dramas que después tendremos que solucionar.

La necesaria conclusión de este artículo es que el principal problema para aumentar las inversiones productivas, y así consolidar el desarrollo del pueblo a partir de una óptica inclusiva, humanista y popular, no es atrayendo

inversiones foráneas ni mucho menos volviendo a los mercados de acuerdo a las directrices de los neoliberales, sino consolidar un escenario virtuoso de rentabilidad para todos fortaleciendo la competitividad de la producción de bienes y de servicios locales que, en fin, son parte del proceso que genera los instrumentos financieros para canalizar el ahorro interno a la ampliación de la capacidad productiva, la creación de empleo como medida prioritaria de inclusión social, con productividad creciente e incorporación de tecnología conveniente al tejido social. La política de inversiones necesita resolver dos problemas básicos. En primer lugar, hay que erradicar la fuga del ahorro generado en el mercado interno y controlar los movimientos de los capitales especulativos que siempre son nocivos, en el contexto del automatismo de los mercados, para radicalizar las medidas públicas que nos conduzcan a un régimen de inclusión. Lograr retener el ahorro generado por los recursos y mercado interno y su aplicación en la ampliación de la capacidad productiva y el cambio tecnológico bajo los términos de la tecnología conveniente para el desarrollo, es parte del proceso que consolida la transformación radical y democrática. La ampliación del mercado interno, con sus correspondientes espacios de rentabilidad, que también son necesarios para retener el ahorro y aumentar las inversiones en la producción de bienes y servicios nacionales, requiere de un contexto político sólido que incluye la estabilidad razonable de precios, la redistribución de la riqueza en beneficio de los que finalmente la producen (los trabajadores), la competitividad de la producción interna de las pequeñas y medianas empresas nacionales y el crecimiento ordenado de la oferta monetaria y el crédito, incluyendo tasas de interés consistentes con la rentabilidad de las inversiones y formación del ahorro.

Los responsables de la pobreza y la intervención del régimen.

La cuestión central respecto de los neoliberales, como sector social que prima sobre la mayoría, al igual que cualquier otro grupo dominante, es cómo ejercer ese poder y control, de la forma más racional y lógica posible, de forma que el trabajador, que es mayoría, no cuestione las estructuras de poder del régimen ni del Estado. Es central porque las razones neoliberales cada vez más se muestran como irracionales cuando son confrontadas con la realidad y necesidades de los trabajadores. En otras palabras, quiéranlo o no, si el hombre es el gran sujeto de la vida, las estructuras sociales y políticas que aspiren a perdurar a través del tiempo, están obligadas a contemplarlo a riesgo de perecer y ser superado por la historia como lo son las estructuras que se alejaron del hombre y sus necesidades. Entonces, en primer lugar, los trabajadores son el fin de la democracia si es que realmente quiere perdurar. Por consiguiente, dada esta situación fuertemente comprometedor para el paradigma autoritario neoliberal, reaccionan intentando establecer otra fábula

y mitos que cada vez, en la medida en que la conciencia de los trabajadores se despliega, se vuelven más irracionales, por tanto más fáciles de descifrar. El mito neoliberal busca que el hombre, colocado en un medio social que en definitiva se elabora en base a la lucha constante entre los dueños del capital y los trabajadores, conviva con sofismas que apenas sean una insinuación de su dignidad. Ese nuevo mundo, definido a partir del mito neoliberal, busca que el pueblo se haga responsable de las contracciones y contradicciones de la razón dominante, de sus fatalidades y consecuencias para que esa misma razón dominante, en base a esa estrategia de desligar responsabilidades, siga ejerciendo el control del régimen en favor de la élite, a expensas de la amplia mayoría. Al respecto, me parece increíblemente escandalosa la visión y la postura de los dominantes en relación a un tema tan sensible y urgente como la pobreza que, bajo los parámetros neoliberales, se vuelve estructural de manera que el régimen ya no tiene nada que ver con los valores de la paz, de la justicia y del lazo supremo que solidariza los valores del hombre en favor del hombre.⁴

El mito de la pobreza se refiere a que sería una fatalidad inexorable, que va más allá de la posibilidad de acción de los hombres, y así sintetiza la idea de la pobreza como inevitable porque el hombre es imperfecto. Incluso la llevan al campo teológico y religioso donde a las víctimas de la pobreza se les promete un más allá pleno y abundante. El problema es que la necesidad está ahora, en el acá. Sin embargo, los neoliberales pretenden que la pobreza sea ajena a la responsabilidad de las políticas aplicadas, en lo esencial, bajo la órbita del automatismo del mercado. Nos dicen que en algún momento ubicado más allá en el tiempo se reducirá la pobreza como efecto deseado del derrame económico que el régimen preconiza. Pero la realidad nos demuestra que ese efecto derrame no es tal y la pobreza en vez de reducirse va en aumento junto a la gravedad de esta situación particular que afecta a muchos hermanos. El razonamiento de que la pobreza es inevitable y que por lo tanto ninguna responsabilidad le compete al neoliberal, sigue presente en la visión usual. Sin embargo, otra vez se cae en cuanto se lo confronta con la realidad porque se muestra tal cual es: un mito. En primer lugar, la realidad nos dice que no existe pobreza en todos lados. En países nórdicos en general, casi no hay y esto nos lleva a pensar que puede erradicarse de una sociedad con las políticas adecuadas. Y erradicar la pobreza totalmente quiere decir trabajar en favor de un régimen que esté en las antípodas del despotismo e incluso de la injusticia: trabajar contra la pobreza significa mejorar la distribución de la riqueza y los beneficios sociales, significa mayor igualdad de oportunidades, capacitación del trabajador y el acceso a la salud y la educación entre tantos

⁴ En este punto es necesario entender que venga de donde venga el orden, desde el momento que se funda sobre la fuerza en términos de recursos de poder distribuidos de manera desigual, y no sobre el diálogo y la persuasión, es un acto de violencia y no una ley democráticamente instituida.

otros derechos que tendríamos que haber adquirido. La *(r)evolución* en tanto milita a favor del bienestar común, de la inclusión de los trabajadores, que a su vez implica una baja sustantiva de la pobreza y exclusión, es un régimen democrático que resguarda al hombre en su desarrollo total. Como sucede normalmente con los mitos, son útiles para eludir las gradaciones. Es decir, nunca es lo mismo tener un 60% de pobreza a tener índices de menos de un dígito. La diferencia significa, ni más ni menos, unos millones de personas con sus vidas comprometidas severamente, y grados mínimos de libertad y de derechos reales. La otra parte del mito sobre lo inevitable de la pobreza, es decir, la permanencia de ésta en el tiempo, tampoco resiste la experiencia. Si analizamos la historia reciente del hombre, resulta totalmente falsa la postura que pobreza siempre hubo. Lo importante a resaltar es que cuando se cae el mito de la pobreza inevitable, o cualquier otra ficción típica del neoliberal, empiezan a aparecer las responsabilidades de cada cual, que se relacionan con nuestras posturas ideológicas, o sea, con que políticas estamos dispuestos a apoyar, con quien solidarizamos o bajo que parámetros estamos dispuestos a actuar o no frente a los problemas. Tendríamos que preguntarnos hasta qué punto consideramos oportuno seguir defendiendo un Estado y un régimen, pasajero y transitorio en términos históricos, que somete al hombre, que permite que unos gocen de libertad, relativa al fin, y les niega a los demás sus derechos. En países con las potencialidades de los latinoamericanos, siempre abundantes en recursos naturales, energéticos y humanos, la pobreza perdura como consecuencia de la afirmación ideológica de cierto tipo de crecimiento y desarrollo que no consideran la opción por los intereses de los trabajadores. En ese sentido, la pobreza, estructural en nuestros pueblos, es una construcción institucional e histórico-social. Esto significa que su nivel está ligada a la calidad de la política gubernamental y las actitudes y acciones de los trabajadores. Así, el que algunos países tengan niveles de pobreza poco significativos se debe al establecimiento de políticas sociales de largo plazo, en áreas como la producción, el comercio, la economía, la educación y la salud. En Chile, la dictadura militar, a pesar de progresos económicos que se le endilgan, llevó a que la pobreza se duplicara. Esta trepó desde el 20 al 40% de la población. El neoliberalismo actúa de la siguiente manera: las políticas que lo caracterizan se orientan a favor de un estrecho sector de la sociedad, a favor de los dominantes, en perjuicio de la mayoría, apoyándose en un modelo de acumulación que prevé la centralización creciente del capital junto con la conversión de la industria, la desregulación del mercado, la segmentación y la fragmentación de los trabajadores y sus sindicatos. En ese contexto, en el neoliberalismo es la precariedad del empleo lo que define al sector informal de la economía pero la novedad ahora es que ésta se extiende, progresiva pero constantemente, al sector formal como resultado de la lógica del régimen político de acumulación neoliberal que fortalece y a su

vez debilita la razón del Estado capitalista. Bajo esa ideología, el salario del trabajador es un costo en el proceso de producción, entonces, una reducción de éste es positiva de acuerdo a los intereses de acumulación del capital, al reducirse los costos de producción de la mercancía *fuerza de trabajo*. Se reduce ligeramente la demanda de los productos y bienes elaborados como los televisores o las computadoras (...) dada la baja capacidad de compra del salario medio de los trabajadores, sin embargo, reduce fuertemente los costos de producción. Es así un poderoso estímulo para desarrollar la producción de esos bienes si, a pesar de todo, estos productos, que son más complejos y durables, encuentran una salida suficiente en el mercado de consumo interno: el alza de la tasa de explotación produce que una masa suplementaria de plusvalía, de ganancias, sirva para pagar a los trabajadores improductivos cuyo nivel de ingresos, más elevados que el de los trabajadores manuales, les permite acceder al mercado de bienes de consumo duraderos y ser así una salida suplementaria para estos bienes. Esto implica que los mercados de consumo se hacen cada vez más excluyente porque empiezan a desplazarse a favor de los sectores medios y altos modificando la estructura del empleo. Eso permite que un grupo social tenga acceso al mercado mientras la gran mayoría es excluida. Así es como el régimen neoliberal profundiza las desigualdades y consolida la pobreza porque, en realidad, la reducción de los costos salariales y una nueva política económica son las precondiciones para el desarrollo acelerado de las ramas que producen bienes duraderos y para la instauración de este régimen neoliberal. La solución de este problema se encuentra así fuera de las fronteras que limitan la lógica del neoliberalismo y del Estado capitalista como régimen de producción- distribución de bienes. La solución depende entonces de la ejecución de una política económica y social que haga posible la distribución equitativa del ingreso.

En la medida en que el neoliberalismo se encuentra estructuralmente incapacitado para resolver el tema de la pobreza, cuestión tan fundamental en términos democráticos e incluso de presión y de control sobre las mayorías, la argumentación sobre lo inevitable de la pobreza se vuelve muy irracional. Desde esa perspectiva, toma múltiples formas, pero el argumento primario es que existen características en el comportamiento de los pobres que generan y mantienen la pobreza. Puede llenarse con prejuicios variados, por ejemplo, que beben demasiado, tienen poca inclinación a esforzarse o no les interesa educarse. Detrás del mito subyace el implícito que la pobreza es un problema de conducta individual y si se superan estos rasgos, desaparecería. El mundo simplificado que ofrece esta fábula es muy diferente del real. Tanto en los países del tercer mundo en particular, incluso en los países centrales, existen millones de pobres, marginados e indigentes y, en el caso particular de la región, uno de cada tres latinoamericanos está bajo los recursos mínimos para vivir, para alimentarse, educarse y trabajar. Me pregunto ahora si puede

alguien atribuirlo a comportamientos personales. A mi me parece más que evidente que, en los países con mayores índices de pobreza, hay una ausencia de oportunidades de cambio para amplios sectores de la población. De hecho, a fines del 2009, se agregaron por lo menos a nivel global, por lo menos unos ocho millones de personas a la pobreza como consecuencia de los efectos de la crisis global que terminaría afectando la producción de bienes y las fuentes de empleo. Es decir, la pobreza no se debe a condiciones personales sino que el aumento de ésta es producto de las crisis y en primer lugar de las políticas neoliberales que producen crisis. ¿Quién es el responsable del crecimiento de la pobreza, de la exclusión? El culpable es el neoliberalismo que arrasa con todo. Es la concepción ideológica del trabajo entendido como mercancía, son las múltiples políticas que se adoptan para elevar, a como de lugar, la tasa media de ganancia del capital. El culpable es la razón del capitalismo como régimen de producción que conlleva una caída dramática de los niveles y calidad de vida. Por ahí están las responsabilidades y bajo ningún punto de vista éstas se les puede atribuir a los pobres. Para tomar conciencia de la gravedad del tema, tengo que decir que ésta tiene una característica que la hace muy especial respecto a los otros temas sociales de relevancia. Muchos de los efectos que produce no son reversibles. Es decir, si no se ayuda ya a un niño con hambre, su cerebro es afectado de manera que tendrá retrasos para toda la vida quedando en inferioridad de condiciones respecto a los no afectados por el flagelo del hambre. No solo son necesarias las políticas y programas de capacitación del trabajador o políticas que creen oportunidades económicas y laborales que favorezcan la dignidad y la inclusión sino que también son necesarias, por las urgencias que implica la pobreza, políticas asistencialistas porque bajo la opción popular complementan un proyecto que mejora la vida de todos.

La gravedad de la pobreza, una vez que tenemos más claro quienes son los responsables de ésta, nos desafía a plantear la obviedad inherente que significa para los regímenes populares el combate frontal contra esa pobreza como manera primera de inclusión y justicia social. Por las consecuencias del neoliberalismo en el ámbito social, donde produjo una catástrofe casi épica y de gran dimensión, donde grandes porcentajes de trabajadores son excluidos y marginados de los beneficios auspiciados por el dios de los liberales, la primera tarea de los regímenes populares es la inclusión de los marginados para desde ahí militar en favor de la justicia social y la equidad en el acceso de todos al goce y el disfrute de mejores condiciones de vida. Una implica la otra: desde la inclusión generamos justicia social, en la medida en que nos hacemos responsables de las necesidades de los grupos vulnerables, que indefectiblemente nos lleva al final del proceso de inclusión que se encuentra en el logro real de la equidad que significa y se traduce en el acceso de todos a las mejores formas de vida posibles. La inclusión implica la justicia social

y de ésta se sigue la equidad por lo que son términos que se complementan, que se requieren y se necesitan. Políticamente lo obvio es que un movimiento típicamente popular se plantee la reducción y erradicación de la pobreza. También es evidente que se trata de una tarea compleja porque por más que tengamos las mejores intenciones o por más que gobierne un régimen humanista, el capitalismo global con su presunto automatismo del mercado es quien ordena las estructuras del sistema comercial globalizado lo que, en definitiva, se traduce en la generación de la riqueza de nuestras sociedades de forma cada vez más concentrada y al mismo tiempo en una distribución de esa riqueza de un modo asimétrico, en beneficio de los países desarrollados que así agrava los términos de intercambios entre centro y periferia. El rol de los centros globales del poder en este escenario es ocuparse y preocuparse porque el producto global crezca lo más aceleradamente posible, aunque se acentúe la concentración de la propiedad o el despilfarro de recursos, para desde ahí aferrarse a la distribución de parte de los frutos que solo buscan mejorar las condiciones del capital. Hace más de cincuenta años, la discusión política e ideológica entre unos y otros gira sobre la forma de combatir la pobreza, sobre el modelo y la dimensión de la ayuda social, de las políticas asistencialistas y del origen de los fondos que sustentan económicamente este combate. Pero el concepto sobre la pobreza y sus responsables raramente se cuestiona. De hecho, el neoliberal no lo hace. Las necesidades de continuar gozando de sus privilegios y formas de vida, de mantener incólume sus granjerías y la defensa de sus modos de control social sobre el pueblo, son siempre la prioridad incluso sobre flajelos tan indignos como la pobreza. Nada puede interponerse a la reproducción privada de los capitales y a la dominación o generalización de la mercancía. Existe por supuesto todo un inmenso campo de debate y de combates para entender qué es lo que define la posibilidad de crecimiento sostenido en el tiempo. Al respecto, en relación al humanismo existe una gran variedad de medidas prioritarias para defender el bien común que tienen como eje central la defensa de la primacía de la vida del hombre en base al combate de la pobreza que implica inclusión, justicia y finalmente equidad social. Una de esas políticas tiene que ver con las distintas formas de vincularnos con otros países y zonas tanto en términos comerciales como de inversiones. Se relaciona también con la disponibilidad o no de los recursos naturales y energéticos y el tratamiento respetuoso del ciclo de la naturaleza, con la controversia entre la equidad y la paz social.

Más allá de esas controversias, me parece que la manera popular para incursionar en la solución de la pobreza es pensar en las múltiples maneras de intervención del régimen sobre la distribución de la riqueza, es decir, en la intervención relativa a la democratización de la etapa previa a la distribución de los ingresos, a su generación. Así, el régimen tiene como desafío pensar en como trabajar e intervenir de la mejor manera, con su gestión democrática

y plural, en las comunidades más pobres y lograr que su participación en la generación de la riqueza, o sea en la producción de los bienes nacionales, sea directa y efectiva. Implica dejar de lado la expectativa de que sea la inversión foránea la que arrastre positivamente la inclusión de los pobres a través de un proceso de derrame que conceptualmente es un mito. Implica cambiar esta prioridad por la definición, en cada lugar, de los proyectos que producen bienes nacionales que satisfacen necesidades populares básicas, lograr sumar a los pobres en esa estructura productiva, que el crecimiento nacional, como vimos anteriormente, se base en el ahorro e inversión interna. Pero, además si se trata de acabar con la pobreza el desafío tiene que ver con resolver caso por caso y lugar por lugar. Esto se hace perfilando otro modo de intervención económica y productiva del régimen sobre la realidad de todos. No se trata de capacitar o reforzar la formación de empleos la mayor parte de las veces hipotéticos, tampoco de brindar crédito barato para proyectos que no existen sino que se trata de conseguir que el régimen formule el proyecto que debe atender demandas locales; que cuente con la tecnología conveniente y sea capaz de transferirla; que disponga de los recursos para las inversiones en esos términos; que capacite a los actores locales en ese proyecto y acompañe su marcha hasta que todos- tanto los beneficiarios como los funcionarios- tomen conciencia que el sector público puede tomar una distancia prudente sin poner en peligro la continuidad del combate. Éste es un régimen político distinto en sus fundamentos al neoliberal porque supone, entre otras tantas prioridades, insistir en un plan de desarrollo basado en tecnología conveniente que además nos conduce a un tipo de cambio de equilibrio desarrollista para defender la producción y el mercado interno. Por último, la lucha contra la pobreza también implica integración regional de nuestros países y el final de esa hipocresía que forma parte de la búsqueda del beneficio exclusivamente privado sin considerar las urgencias de las mayorías. Las nuevas formas de intervención del régimen en su lucha contra la pobreza, contra la indigencia, la marginación, todos fenómenos que estructuran el proceso de exclusión del pueblo típico del neoliberal, implica hacer uso de un importante porcentaje del gasto público para promover la industria y programas de infraestructura que generen empleo como medida prioritaria de inclusión sin descuidar las políticas asistenciales que en este caso concreto, en el caso de los regímenes populares, son un complemento profundamente transitorio para solucionar los problemas urgentes de los grupos socialmente más vulnerables. Por eso, bajo las premisas del marxismo, el principal aspecto del régimen basado en el modelo de desarrollo con inclusión social es la generación de empleo.

El gran desafío sigue siendo desde siempre elaborar una construcción política, cultural e ideológica propia. Este es un tema cultural, muy profundo e importante para que quede librado al azar de la razón dominante porque es un asunto que implica incluso romper con el pasado. La alternativa al Estado

del capital privado, la propuesta en el ámbito de un proyecto de libertad y de autoafirmación de la cultura, es la reconstrucción de la Nación en términos populares. Ese solo desafío es por sí solo una alternativa al modo capitalista y sus graves consecuencias como de hecho lo son la pobreza, la indigencia, etc. La lucha anticapitalista es compleja porque en esas circunstancias la patronal reacciona de la peor manera en defensa de una institucionalidad represiva heredada de la dictadura: llegan hasta considerarnos terroristas. Lo hacen porque tienen el poder para hacerlo, porque la definición de la lucha en términos de reconstrucción de la Nación implica romper con el andamiaje de la institucionalidad que nos rige, que se origina con el golpe y se consolida a partir de la aprobación fraudulenta de la Constitución de 1980. La historia de la resistencia a la herencia de la dictadura está llena de vicisitudes, de luchas, de importantes conflictos, de acciones, de persecuciones y muertos porque sustentar la resistencia en estos términos implica la caída del andamiaje legal e institucional heredado de la dictadura. En realidad, cualquier reivindicación de los problemas del sector popular supone y compromete eventualmente la caída de la legalidad que nos gobierna y somete: esta gobernabilidad no está en condiciones de satisfacer las urgencias del pueblo; solo le queda recurrir a la opción de la represión. La reconstrucción nacional es estructuralmente central en términos de creación de conciencia ya que liberarse en primer lugar conlleva descolonizarse del sistema y de los valores de dominación que imperan. Un proceso de descolonización social, política y cultural porque quiere decir desprenderse de toda construcción que esté fuera del ámbito del saber popular. El proceso de autonomía es muy revolucionario, es radical, se basa en el principio de territorialidad. Es decir, el pueblo no puede ejercer o desarrollar su autonomía si no tiene un territorio propio. Cuando se lucha por el territorio se tiene que hacer una práctica y una acción política de lucha por el territorio. Y definitivamente no se puede hacer usando de las herramientas que nos entrega el Estado capitalista.

En la lucha por el territorio, por la soberanía alimentaria y todo lo que ella involucra, hay dos grandes objetivos: en primer lugar está la resistencia a la amenaza que representan los proyectos de inversión y el latifundio típico del modo de agricultura del Estado capitalista, es decir, la resistencia al modo capitalista de producción. En segundo lugar, está la reconstrucción de la Nación que es lo central. A partir de ahí debemos considerar que el propio Estado capitalista, el Estado nacional, con su cultura, su historia, sus ideas y formas de desarrollo tuvo una refundación respecto al Estado nacional que es fundado por nuestros libertadores en el sentido que tanto el mapuche como cualquier otro trabajador chileno, el campesino y la gente de por sí ligada a la tierra y a la agricultura, todavía usan aquel lenguaje de la época de la reforma agraria y nos hablan del latifundio como si nada hubiera pasado. El problema es que hoy la territorialidad mapuche, campesina y agrícola en general no se

estructura sobre la base latifundaria sino que en primer lugar lo que existe hoy es un proceso de transnacionalización basada en una economía extractiva y, en principio, basada en la explotación forestal. Las forestales trastocaron el sistema de propiedad de la tierra desde la octava hasta la décima región del país y es así como hoy cuentan con millones de hectáreas en la que se basa la economía de esta área. En términos económicos, políticos y sociales, este modelo de desarrollo, basado en la explotación de las forestales, genera la mayor riqueza para esos grupos económicos y a la vez la mayor pobreza para la población. Por eso, en la zona en cuestión todos los campos son forestales y ya casi no existe el latifundista clásico sino que en primer lugar estamos en presencia de empresas forestales que tienen las grandes extensiones de tierra. Existen pocos latifundistas porque no tienen la capacidad territorial que en otra época tuvieron. Por lo mismo, entre el 80 y el 90% de las acciones de la disputa son contra la actividad forestal lo que a su vez implica una lucha frontal, sin concesiones, contra el proceso de inversión del Estado capitalista, contra proyectos como Endesa, las mineras o las centrales hidroeléctricas. En la lucha contra el capitalismo se impondrá así la batalla contra la propiedad usurpada que tienen las forestales y en ese sentido el capitalismo en Chile tuvo una refundación, por lo menos en lo relativo a la forma de producción y propiedad en esa zona del país.

Cuando finalmente entendemos la relación directa que tenemos con la Madre Tierra, con la vida del hombre, el vínculo de éste con los recursos y con el equilibrio que plantea en términos de desarrollo, es más fácil darse cuenta que esta visión del mundo está íntimamente relacionada con la vida, con el humanismo militante. La alternativa al Estado capitalista va por esos caminos porque el revolucionario plantea un mundo de justicia y equilibrio, de armonía, donde el hombre se identifica con su territorio, con su espacio, con su cultura y formas de vida. Ese hombre no es conquistador, tampoco un expoliador, menos un explotador. Es un régimen político bueno, mejor, sano. Sobre todo, es un régimen que respeta la vida: somos anticapitalista porque recuperamos el ser de la naturaleza, de la biodiversidad, del saber del pueblo que comulga con el espacio y las personas desde una mirada colectiva, del bienestar común. Ello involucra una tremenda ligazón con la tierra, con los recursos y con la vida, con todo eso. Valora cerros, ríos, lugares y todos los espacios que tienen un sentido de identidad, cultura y memoria histórica.

La historia de los vencidos.

Uno de los grandes mitos de la historia política de lo que conocemos como el Occidente cristiano es que el liberalismo, con su siglo de las luces, con su racionalismo y su empirismo, con sus valores de libertad, de igualdad y de fraternidad, derivó necesariamente en un régimen democrático de largo

plazo. Sin embargo, en apenas doscientos años, la cronología de los países centrales nos muestra que están bastante lejos del ideal de la democracia a los que aspiraron los revolucionarios franceses o los colonos de Estados Unidos y hasta nuestros líderes latinoamericanos que dieron sus vidas, parte de su tiempo y su bienestar en favor de la emancipación del lo que fue el imperio español. Precisamente, las diversas crisis del capitalismo, cuando afectan las formas de vida de las regiones y países desarrollados, muestran que las medidas adoptadas por los gobiernos que ahí imperan, cuando están controlados políticamente por las élites dominantes que responden al gran capital y sus necesidades, están muy lejos de satisfacer las demandas de los trabajadores a pesar que se requirió de un largo proceso de revoluciones y reacciones durante todo el siglo XIX para intentar llegar a un equilibrio entre los conceptos que tienen que ver con la democracia y con el liberalismo que satisficiera las necesidades de las mayorías nacionales. No fue suficiente porque en realidad ambos términos se oponen. Es cierto que en determinada etapa histórica de esa región se mejoró sustancialmente la vida de millones de trabajadores con la imposición de lo que se llamó *Estado de Bienestar* pero, en fin, frente a las crisis continuas a las que nos tiene acostumbrado el capitalismo, éste solo pudo presentar como resolución a esas crisis la opción neoliberal que milita en favor del capital y contra los derechos del trabajador. El ideal *liberal-democrático*, del que tanto nos hablan y que tanto reivindican algunos sectores de la falsa progresía, es un concepto etimológicamente falso porque solo puede defender la idea de una democracia formal, sin sustento real en la búsqueda de la satisfacción de las necesidades de las mayorías. El ideal liberal de democracia se tradujo en derechos abstractos que defienden una institucionalidad formal en cada uno de sus ámbitos. El problema de la democracia formal y neoliberal, es que un régimen político democrático tiene que estar en condiciones estructurales de solucionar las demandas que le son requeridas por los sectores que son parte de la mayoría en consideración de un bienestar que es común para esas mayorías y que por lo mismo, es decir, por ser mayoría, es racional. El asunto para el neoliberalismo es que siempre existen tensiones entre la idea de un gobierno democrático y las demandas del trabajador que se expresan a través de diversas organizaciones y actores populares. Por más que desde los factores del poder dominante se nos insista continuamente en el fin de las ideologías, base de sustentación de los valores de la antipolítica que a su vez milita en favor del conformismo, también de la desmovilización, el régimen, su organización y lógica, son manifiestos de la lucha por el poder, por el sentido de la política, la cultura, la economía y las relaciones entre los hombres. Por más que nos insistan en ideas, en nociones y representaciones que ya tendrían que haberse superado, el régimen es una clara manifestación de la lucha entre diversos sectores y clases sociales que así intentan incidir en la formación de las políticas públicas que afectan, para

bien o para mal, la vida de todos. Por otro lado, si analizamos el devenir de la historia de los pueblos de Latinoamérica al respecto, el binomio *democracia-liberalismo* tampoco implicó bienestar del pueblo. Nuestros procesos de emancipación de la metrópolis española de entonces, derivó en la formación de un Estado capitalista altamente dependiente de los centros globales del poder. Y como doscientos años no es nada en la historia, aún hoy seguimos pagando las consecuencias de aquel modelo que buscó legitimarse bajo las directrices de la democracia liberal. Tanto en los países centrales, en Estados Unidos como en Europa y en los países del sur, donde nos incluimos todos, la democracia y el liberalismo de los factores de poder dominantes avanzaron por caminos opuestos. Así, el liberalismo, en la medida en que profundiza en sus convicciones, se vuelve más inestable, autoritario y conservador para en su etapa neoliberal negar los valores de una democracia demasiado formal, prudente, en la medida de lo posible. Pensemos en las distintas reformas a las libertades civiles auspiciadas desde el gobierno de los Estados Unidos como reacción a los atentados terroristas del 2001. En otras palabras, la historia nos muestra cómo los Estados capitalistas bajo el régimen liberal, precisamente por ser capitalista, son expresiones de las élites oligárquicas y de los factores de poder más reaccionarios en general; por eso solo sirven para legitimar intereses y formas de vida que están lejos de reivindicar la cultura popular. La historia nos muestra cómo el régimen liberal, que luego de la crisis de los años '80 deriva en neoliberalismo, es incapaz de responder a las demandas democráticas que están presentes en los sectores populares. Por consiguiente, a inicios del siglo XX, cuando en nuestros países la *legitimidad restringida* de nuestros regímenes (restringida a los intereses y las formas de habitación de los sectores oligárquicos) se hace manifiesta, cuando el trabajador como sector y grupo social empiezan a expandirse frente a la evolución histórica del capitalismo estructuralmente dependiente de nuestra región, las urgencias y demandas insatisfechas que estos sectores populares ahora protagónicos de la vida y la acción política platearon respecto de la institucionalidad y de la gobernabilidad, tendieron a manifestarse a través de formas que por lo menos colocaban en entredicho los valores de los sectores liberales. Así, esta nueva forma de manifestación de las urgencias de los trabajadores, se expresan a través de gobiernos militares nacionalistas que hasta entonces eran la única vía de expresión de estas demandas. Surgió, combinado con las instituciones liberales, el peronismo en Argentina, el Estado Novo en Brasil, el MNR en Bolivia o el primer Ibañismo en Chile. Es decir, esos gobiernos que intentan fundar un régimen nacional- popular que persistiera en el tiempo en favor de la mayoría, expresan las incapacidades estructurales del liberalismo y de su democracia para hacerse responsable de las demandas del pueblo.

La tradición democrático y liberal así está incapacitada por su propia lógica para atender las necesidades de los sectores populares en ascenso y

esto termina por manifestándose a partir de estos nuevos regímenes políticos populares, inclusivos y democráticos. Todas características de las cuales el liberalismo carece. Pero, la historia quiso que en los países latinoamericanos recién luego de vivir la trágica experiencia de las dictaduras que hacían hincapié en la seguridad nacional y el enemigo interno, se lograra avanzar en la democratización de las estructuras de nuestros países pero a expensas del neoliberalismo. Después vimos como los movimientos representantes de los sectores populares en Latinoamérica por fin, de la mano de gobiernos afines a los intereses del trabajador, lograron reafirmar sus demandas a través de nuevos mecanismos de representación y de democracia, que en muchos casos significó la formación de asambleas constituyentes y reformas estructurales, es decir, significó la caída de los paradigmas de la falsa democracia liberal. Desde esa nueva perspectiva de construcción de otros canales institucionales de participación que reniegan de los valores liberales, es importante entender la relación que existe entre la representación y participación de los sectores populares y la construcción de esa misma voluntad y cultura. Es decir, de cómo a partir de regímenes populares se expresan institucionalmente las demandas que el neoliberalismo no fue capaz de hacer suyas. Todo empieza en cierto punto en que los trabajadores intentan manifestar sus demandas a partir de los canales de representación política de la democracia liberal y ven como ésta se encuentra totalmente incapacitada para resolver los problemas urgentes: se reacciona porque de una o de otra manera esas demandas tienen que verse cristalizadas alrededor de cierto núcleo que sea representativo. Ahí es cuando los trabajadores tratan de organizarse políticamente al tiempo que desde la cúpula del poder se busca establecer una relación con las demandas que al final no cambien nada, es decir, que refuerce la dominación, el control y la exclusión de las mayorías en beneficio de la gobernabilidad dominante. Es un ir y venir, es la lucha de clases en acción donde para generar el cambio en favor de los sectores populares se necesita la movilización del trabajador, pero, a la vez, se necesita un punto de apoyo a nivel del régimen político que represente y manifieste los intereses de los sujetos políticos populares. Por ejemplo, en la explosión social que deriva en la imposición democrática del régimen popular en Bolivia, del Estado plurinacional, hubo una tremenda expansión transversal de la protesta que en su origen quedó condicionada por las estructuras neoliberales de representación del régimen. Así, un gran logro político del movimiento popular y sus dirigentes fue darse cuenta que había que complementar el desarrollo de esa protesta en términos transversales, la que se apoyó por distintos canales verticales, a partir de la construcción de instituciones por las cuales esas protestas pudieran traducirse y expresarse al ámbito político. De ahí que en la medida que se cumple con ese cometido, la organización popular así estructurada devuelve protagonismo a la política

como acción transformadora, como arte posible de los trabajadores que busca gestionar las instituciones en que se expresa el bien común.

Por el contrario, la experiencia del Mayo Francés fue un caso histórico de disolución de la protesta y demandas populares por faltar un proyecto de construcción política democrática que al mismo tiempo negara el liberalismo y sus abstracciones. Ahí se dio una movilización enorme de los estudiantes y trabajadores pero nadie fue capaz de traducir esas urgencias en un cambio de régimen. Por eso no hubo forma de continuidad política para ese tipo de movilización. El resultado fue que, a los pocos meses, De Gaulle ganó las elecciones pero no porque la gente fuera gaullista (de hecho al año siguiente perdió un referéndum) sino porque son muchos los sectores sociales que cuando advierten una situación de desorden y cambios radicales, que tal vez pueda derivar en el humanismo, necesitan de algún tipo de orden: si falta la alternativa popular se insiste en lo mismo o, peor aún, el país puede caer en la reacción y el autoritarismo: a mediados del 2011 en consonancia con las consecuencias de la crisis global de ese entonces, que en realidad iba más allá de lo económico- comercial, la protesta de los indignados españoles y de los europeos en general, la caída de regímenes fuertemente autoritarios en Oriente Medio y otras formas de expresión de los sectores populares en todo el mundo, se mostraron como desafíos para los sectores reaccionarios que intentaban poner orden en medio del caos. Sin embargo, el gran desafío era para los sectores populares que necesitaban traducir todo ese descontento en canales institucionales de participación para refundar el régimen en beneficio de los trabajadores. Esa es la lucha de las mayorías en general. Habrá que ver de qué modo cada movimiento popular, de acuerdo a sus especificidades, construye un proyecto alternativo. Lo principal es entender la *democracia* como un sistema institucional de relaciones y de propiedades en constante ebullición en la que todo se determina por ciertas identidades, una cultura y valores que fundan un sentido y lógica de las cosas que a su vez remiten a la movilización de los sujetos políticos que actúan intentando hacer primar los intereses del grupo.

La unidad, el espíritu y la conciencia de clase, en este caso me refiero a los sectores históricamente minoritarios pero dominantes, a la burguesía y a los suyos, se apoyan y los une un espíritu y un sistema ideológico, político e histórico, racional y mitológico. Los unifica, como grupo de dominación sobre la mayoría, un mismo culto por los héroes y próceres de la historia del pueblo a nivel nacional pero también una historia que va más allá, hasta la globalidad que significa la cultura, la historia y la razón occidental que incluso hoy, más allá de las diversidades culturales entre países, por ejemplo entre Occidente y el Oriente, logra imponer una lógica propia del sistema productivo, del consumo de los trabajadores, de los intercambios globales entre bienes y de consolidación de los intereses en términos neoliberales.

Este proceso, además, implica una serie de valores y una nueva historia de los grupos dominantes a nivel global, del capital globalizado que así saca ventajas en relación a la fuerza de trabajo. Entonces, esos grupos dominantes rinden un mismo culto ritual por los héroes de la historia nacional como global que deslumbra una cultura europea- occidental que se siente superior porque está convencida de la racionalidad de las verdades occidentales que, entre otros factores, implica militar a favor de la supuesta razón y la mayor eficacia de las instituciones políticas neoliberales que sin embargo no pueden cumplir con sus grandes promesas de libertad, igualdad o de fraternidad. Más bien, esta búsqueda de igualdad y fraternidad que implica también la libertad del hombre, deriva en el terror de Robespierre y en la instauración del impero napoleónico primero para, desde ahí en adelante, consolidar el poder de esos nuevos grupos dominantes. A esa clase social también la unifica su añoranza y nostalgia por el pasado, donde todo tiempo anterior fue mejor, porque se siente violentada por el presente y el futuro. Es que en lo más hondo de su ideología se saben transitorios y por eso luchan por el conservadurismo. Por eso, ven al trabajador, al peón, al minero o profesor, como el enemigo que los amenaza, como mayoría que son, con despojarla por siempre del control del mundo y su verdad. Por eso son personas muy despectivas y renuevan incesantemente, en el presente, las calumnias y las mentiras con la que esa población es presentada por una cultura y una historia oficial escrita por los suyos. Diego Portales, O' Higgins es de ellos. Este odio a la cultura popular venida de estos hombres es parte de la historia que reivindica los valores más conservadores. Sin embargo, también están esos chilenos que nunca negaron lo autóctono, el ser americano, esos que nunca desmienten la cultura criolla, la de los aborígenes y del roto que son la base de nuestra nacionalidad. Estos otros chilenos como Manuel Rodríguez que reivindican el valor inmanente de la población y la cultura autóctona y que después la historia en manos dominantes (la historia nacional- oficial, la de los manuales) convierte en bronce desvirtuando sus valores, escaramuzas y la vida de estos héroes que como San Martín o Bolívar, Artigas, Carrera o Rodríguez, conquistaron su inmortalidad junto a los humildes. Nos silenciaron que los más humildes luchan por la causa nacional. De otro modo no es posible entender la bravura y constancia con la que se desarrolló la guerra de independencia. La historia, esa de verdad, que es más racional, fue falsificada porque en general es una historia hecha a medida de los intereses de la patronal. Esta oligarquía sigue siendo enérgica, dueña del poder económico pero todavía es minoría, sigue defendiendo intereses que no pueden ir más allá del bien de las mayorías. Esa clase ociosa, como de verdad tendríamos que llamarla, la dueña del capital, de las estancias, haciendas, las industrias, los factores y medios de poder, por otro lado tienen la debilidad de sus irracionalidades, de su cultura e ideología prestada que es ajena a la realidad del trabajador. Se saben extranjeros en sus

propios países de origen porque militan a favor de un sistema de vida propio de los clanes familiares anglo- estadounidenses globales que están más allá de ellos y de nosotros. Por lo mismo, a partir de esa cultura venida de otro lugar, de esa historia oficial que busca abolir la originalidad de lo nacional y popular, niega la cultura e historia más racional del pueblo, precisamente esa en donde los protagonistas son los trabajadores. Por eso, la historia es de los pueblos. Es nuestra la historia aunque busquen acabar con la espiritualidad y materialidad del trabajador a través del sistema educativo o mediante el sistema de producción de nuestros regímenes políticos. De hecho, el Estado capitalista estableció por todas partes, por la globalidad, la técnica moderna de producción pero también de fuerte alienación de los trabajadores.

Entonces tiene que echar mano de todos sus recursos, de la cultura y la propia historiografía, de la acción política- ideología porque su dominio no se detiene siquiera en los valles más alejados, ni ante el desierto o el mar. El trabajador y su historia, sufren cambios profundos porque ningún espacio permanece virgen ante al avance del capital. Ahí donde la máquina, la usina, el cemento y la producción en masa, determina la vida de los trabajadores, empieza una realidad nueva controlada por el capital. La técnica capitalista moderna no solo revolucionó a los trabajadores, el paisaje y modos de vida, sino la estructura de nuestros pueblos, el Estado y el régimen, es decir, no solo la forma exterior de la vida de las mayorías sino toda la existencia del hombre. No es solo el mundo europeo quien se transforma sino el planeta. El capitalismo se internaliza; a través del neoliberalismo se globaliza. En este contexto, culturas por siglos adormecidas, son descuajadas, soliviantadas en su sopor y lanzadas al torbellino de una vida que nada tiene que ver con lo universal sino con lo individual. El neoliberalismo produjo además violentos desequilibrios políticos que signan el señorío de la técnica del hombre que también se apoya en una idea de la vida, cultura e historia. Las consecuencias inmediatas de esta idea de la técnica, basada en la primacía del derecho a propiedad y la producción por la producción sin más, es el surgir de otro arte de lo posible en la medida en que los trabajadores luchan y se movilizan por éste. Un proceso de tecnología conveniente así tiene una significación que va más allá del presente para anunciar en su potencia histórica, la emancipación de los trabajadores. En la medida en que esta libertad de los trabajadores se hace presente, en la medida en que despliega su potencia histórica, ese nuevo mundo les parece desordenado y final a los dominantes. Se desesperan por la imposibilidad de concebir el presente del pueblo y falsean la historia de los hombres. Lo importante es que la desesperación de los dominantes es propia de ellos porque son los que militan contra del futuro. Esa desesperación se muda en pesimismo histórico donde el gran hecho del pasado es desvirtuado para mistificar un presente cada vez más falto de sentido. Sin embargo, en la medida que los trabajadores sean capaces de movilizarse y luchar, crean un

mundo, presente y futuro que reivindica las premisas de transformación del hombre mismo, que no solo es un sujeto individual como pretenden hacernos creer la ideología dominante, sino que es género humano, ser genérico que está más allá de los intereses de la teoría de los dos mundos. Esta realidad del hombre ha creado trabajadores que están más allá de la vida individual y personal sin coraje, con metas gallardas y fines más distantes que la imagen de una globalidad clausurada en la pura interioridad de la vida. La execración del progreso de la técnica y de la vida del trabajador en las clases y grupos o sectores más reaccionarios, al que algunos actores políticos como la iglesia apuntalan con el dogma de la caída, es simple horror y desesperación al destino que la historia les reserva por ser minorías. Frente a estos grupos, otras clases, para las que el pasado no cuenta tanto, en tanto hijas del siglo XIX que las lanzó a las factorías, se sienten depositarias y protagonistas de esa historia en la medida que son su fruto y nada le deben. Lo que los dominantes buscan esconder con su postura histórica, política e ideológica es el miedo, ya de niveles irracionales, a la (*r*)evolución ética que significa la tecnología conveniente que implica, en su transfondo plural y democrático, la primacía del humanismo del hombre, la misma (*r*)evolución permanente. Lo terrible del progreso técnico para el neoliberal consiste en que la voluntad de los trabajadores puede acelerar y darle un significado popular en base a la lógica de esa propia tecnología conveniente. La razón histórica del presente, a la que los sectores dominantes apostaron y dan su rotunda fórmula política a ese nuevo régimen que lograba colocar a esos sectores sociales en el poder, se vuelve contra ella porque la historia de los hombres demostró que no es independiente de la voluntad y de la lucha de los trabajadores, del pueblo. En esas condiciones históricas, los dominantes- los burgueses en su acepción primitiva- aplicaron y definieron la idea del progreso evolutivo del hombre a la naturaleza e historia. Sin embargo, fueron los trabajadores los que yendo más allá postularon que la historia, sin más, es un proceso en movimiento donde ellos mismos por ser mayorías y una vez que se comprometen en la lucha se convierten en protagonistas. La ciencia, desde ese peculiar punto de vista, se convierte en instrumento para mejorar la calidad de vida de todos. La ciencia, en manos de los trabajadores, es una nueva verdad porque postula otra, una mejor y consecuente historia. Esta historia nos dice que la cultura actual, la cultura popular en su origen más inmediato y más profunda, está impregnada por ese sentimiento de que existen potencias activas y reactivas más poderosas que la voluntad dominante, fuertemente conservadora, y que están íntimamente relacionada con el interés del trabajador. Ahora todo parece menos enigmático. El estudio sistemático racional y crítico de la historia no es sino un síntoma más del esclarecimiento y la unificación de la vida y la cultura popular a través de la historia nacional que a partir de este

momento se vuelve consistente de modo que moviliza, interpela y recalca en el origen profundo del pueblo.

En estas épocas de ascenso de una cultura popular que reivindica lo mejor del pueblo, su idiosincrasia y valores más elementales pero también los más profundos, esa vaga historia universal, de pretensión global incluso a través de la interpelación del saber occidental en oposición con otros saberes, cuyo caso paradigmático se refleja en la teoría de la guerra de civilizaciones, vemos como esta vaga cultura de pretensiones universales es sustituida por nuestra historia popular porque, en fin, es la cultura y la historia nacional de modo que lo concreto se antepone a lo abstracto, la Patria y lo nacional a lo internacional y global. O en todo caso, el mundo es dividido desde ángulos y valores propios, es decir, desde la propia razón y la nacionalidad concebida no como circuito cerrado pero sí independiente porque finalmente reivindica la *conciencia nacional-popular*. A expensas de las razones neoliberales, los hechos históricos no son fortuitos ni irracionales. Los líderes, el caudillo del pueblo quien representa a los trabajadores, lo hacen por esa representación porque, en fin, el caudillo popular es representativo del carácter nacional dominante en una época histórica. Es hijo de una época. Y su obra política es la aspiración, los sueños, los valores y esperanza de los trabajadores como colectividad en cierto momento de la historia nacional. Líderes políticos del tamaño de Balmaceda o Allende, con sus sellos, acciones y convicciones, marcan una época que a la vez los crea. Y ni las grandes difamaciones de los dominantes, ni los odios o las múltiples tergiversaciones pueden separar al líder popular del marco histórico general de una época porque representa ese tiempo y esta época, o sea, la constituye y caracteriza. Por lo mismo, líderes como aquellos, como Balmaceda o Allende son símbolos colectivos, antítesis sociales y hasta programas de acción que definen una época. Esos líderes que rápidamente son convertidos en símbolos, representan la lucha popular por la libertad, por la inclusión y el pleno empleo. El personaje es la representación de las tendencias dominantes o no y los intereses de una época y así es un símbolo de clase. De ahí es posible explicar la ferocidad y reacción contra los líderes populares que es proporcional a la veneración por parte del trabajador como mayoría. Este dato no es menor porque la derecha no es democrática. De hecho, cuando el asunto se le complica y no encuentra una salida a través del voto recurre a diversas formas y modalidades de golpes de Estado o de mercado. Lo central es que en estos símbolos hay una base real que apela a la historia, la conciencia y cultura del hombre. Por ejemplo, en Diego Portales tenemos la representación de una clase dirigente que en cierto momento del siglo XIX aún conciliaba las necesidades de la población nativa con el antiguo régimen mientras que, por el contrario, en Yrigoyen tenemos a esa población ya fuertemente empobrecida, marginada y excluida que junto con la inmigración más reciente lucha contra el régimen político. En Perón, ese

mismo pueblo nativo, convertido en proletariado nacional, en la clase de los trabajadores, hace su gran experiencia política e histórica. Por lo mismo, la conciencia nacional es la lucha de los pueblos por su emancipación. En esas circunstancias, el interés por la historia del pueblo es la conciencia de la libertad de los trabajadores como necesidad. Ahí se definen las luchas porque la conciencia nacional y popular la resisten las fuerzas reaccionarias. Por su parte, la falta de unidad del trabajador, auspiciada por esta falsa conciencia histórica estimulada durante siglos por el grupo dominante, por su modelo primario- exportador, con su correspondiente clase terrateniente, es el gran obstáculo para que los trabajadores nos hagamos con la cúspide del poder.

A través de los regímenes nacionales y populares es posible aplicar políticas que acaben con las múltiples restricciones derivadas de la cuestión externa y fiscal, etc. Esto configura una realidad económica, política, cultural y social que ahora será radicalmente distinta al pasado, es decir, una variante económica que poco tiene que ver con el liberalismo de antaño y con el neoliberalismo de los '90. A través de este nuevo régimen es posible sostener los equilibrios macroeconómicos en el pago internacional y en las finanzas públicas con recursos, ahorro y capital propio. La importancia de esto es que proporciona, como país y región estructuralmente dependiente de los centros globales de poder, mayor autonomía, mayor soberanía política y económica y hasta cierta fortaleza para resistir las tensiones estructurales y sistémicas a nivel global. Al recuperar la conducción de la economía, el régimen sostiene el equilibrio y las políticas macroeconómicas para impulsar el desarrollo y la estabilidad en el orden político- social en un contexto de inclusión y defensa y consolidación de la conciencia nacional- popular. Precisamente, el régimen popular es soberano por la independencia y por la lógica de sus políticas de inclusión. Una característica implica la otra, es decir, un régimen es nacional y popular porque es soberano y entonces ejerce esa relativa independencia con relación a los centros globales de poder para implementar las políticas que lo caracterizan. Tradicionalmente, en la etapa previa al proyecto nacional y popular, los grupos económicos más importantes en términos de presión sobre la realidad, fuertemente ligados a la especulación financiera, al modelo rentista, promovieron la vulnerabilidad y dependencia económica de nuestros pueblos para, desde ahí, paralizar la capacidad de gestión y decisión de los sectores populares para batallar contra cualquier agenda que se definiera en términos de democracia. Lo que buscan los sectores conservadores es evitar el riesgo de adoptar políticas transformadoras que favorezcan al pueblo. Desde esta perspectiva, la dependencia al Fondo y sus condicionalidades políticas es una clara garantía de la impotencia de las políticas auspiciadas desde el neoliberalismo, a nivel nacional, para militar por el desarrollo de los pueblos. Buena parte de la conflictividad política al interior de los regímenes se deriva del rechazo de influyentes sectores económicos o de opinión a la

recuperación de la soberanía de nuestros países. Es decir, a la reaparición del rol del sector público como un protagonista central y decisivo en el proceso de crecimiento. Es imposible pensar en políticas a favor del trabajador sin reconocerlos como sujetos de discusión, de gestión política, es decir, sin participación y movilización constante de los sectores populares en torno al proceso de formación de la agenda y de la conciencia nacional. Durante años se aplicaron sin cesar políticas que nada tenían que ver con la realidad y con los derechos de los trabajadores. En principio, una política en beneficio del trabajador es una política del pueblo porque tiene que tenerlos a ellos como protagonistas del cambio: la solución al tema de los derechos, de los asuntos que a nosotros nos preocupan, surgen necesariamente del trabajo colectivo articulado a través de medidas diseñadas integralmente y que promuevan el desarrollo social y político de todos los trabajadores.

En contra de la visión del modelo neoliberal tenemos que considerar la catástrofe de las crisis por él auspiciadas. Las crisis del neoliberalismo en particular son un elemento percutor para que se produzcan ciertos replanteos interesantes a nivel de las elucubraciones relativas a los distintos enfoques de la política económica porque, en definitiva, la evidencia empírica durante la crisis nos deja ver que los países con posiciones económicas más sólidas en términos de superávit de la cuenta corriente externa y de saneamiento del presupuesto y cuentas fiscales, se defienden mejor frente a las inclemencias derivadas de aquélla. La evidencia de las circunstancias del momento vienen a reforzar otros estudios que también reflejan las ventajas comparativas en relación a la performance del crecimiento bajo el proyecto político inclusivo, soberano y popular. No hay que ir tan lejos para aquilatar esta evidencia porque en el momento de lo peor de las crisis, los rasgos característicos del régimen popular otorgan a los países bajo su auspicio una base fenomenal de resistencia. Es que el régimen popular asume en un grado potenciado todos los criterios político- estratégicos que marcan lo opuesto al modelo neoliberal liderado por el ahorro externo, esquema que caracteriza al régimen político que desemboca en las crisis continuas de nuestros pueblos. Entonces, el tema sobre el modelo de desarrollo nacional, sobre la confrontación entre teorías y proyectos políticos, sobre la democracia y la gestión de los trabajadores no es menor si no, antes bien, es prioritario en el sentido que el régimen nacional y popular, la democracia marxista, es una confrontación de intereses que en el largo plazo nada tiene que ver con el consenso con los grupos de poder más concentrados. Esos mismos grupos y factores de poder desde siempre hablan de consenso, de diálogo e incluso de conflicto, o con más precisión, alaban el consenso y buscan denostar el conflicto pero solo en apariencia porque lo que hacen a través de ese diálogo y consenso es dejar las cosas como están para seguir disfrutando de sus privilegios. Con ese enfoque estratégico, la solución o radicalización de los problemas dependen del buen humor y de los

modales finos, del diálogo y falso consenso. Es decir, me refiero al típico abordaje que privilegia las formas y por otro lado ignora el fondo de manera que solo se discute lo accesorio, nadie se ocupa de lo fundamental, es decir, de los problemas estructurales que afectan el desempeño del régimen. Este enfoque, donde la urbanidad y las buenas costumbres determinan la realidad más que los intereses políticos, económicos y sociales, una opinión válida puede ser descalificada porque se la expresa con vehemencia, con violencia o con crispación. Pero la lucha de intereses, el juego de clases, termina por imponerse, por revelarse en toda su crueldad y magnificencia porque los problemas sociales, la exclusión y la marginación del trabajador, son reales y las diferencias de opinión, de intereses y valores son inevitables. Por eso, la patronal procura que no se expresen los disensos de manera que parezca que los conflictos de intereses no existen para que nada se modifique. De acuerdo a esa postura dominante, el consenso es una especie de tótem entendido como origen de una serie de prohibiciones sociales. Pero, la verdad es que las discrepancias de proyectos políticos, interés y valores no se pueden difundir, ya sea porque se las omite o porque sus autores no tienen acceso pleno a los medios masivos de comunicación. Solo tienen que actuar políticamente los dominantes porque el carácter monopólico de sus intereses se relaciona con el proceso de concentración de la propiedad, de los capitales y las finanzas que a su vez se asocia de manera directa con la desorganización general de la producción nacional y que ejerce, a través de esta desorganización, su control regulador sobre la forma de vida del trabajador como subalterno. El resultado es la imposición dictatorial y por la fuerza de su interés a través del control de precios, de la liquidación de la competencia y en general de los capitales menos productivos, el control del automatismo del mercado a través de la oferta (que además nos revela que el automatismo de los mercados no es real porque finalmente es controlado por ciertos factores de poder que responden a ellos mismos) y hasta la creación de redes comerciales subsidiarias, bancos, sistemas de seguro e infraestructura necesaria para la producción de bienes y servicios. Nos esconden que las relaciones comerciales globales y también nuestra economía nacional está condicionada por la organización e intereses de las corporaciones globales. Lo acepten o no, los oligopolios no suprimen la lucha por un régimen justo, por una economía que supere los fundamentos centrales del capitalismo siempre basado en la ganancia y explotación de la fuerza de trabajo a favor de los dueños del capital. Pretenden escondernos que el poder de la economía acopia su propio poder político, ideológico y cultural donde el Estado abstracto se expresa a través del régimen que en esas circunstancias se muestra impotente para modificar el estado de cosas. Nos esconden el continuo saqueo, la guerra y la conquista porque es muy peligroso para esos grupos minoritarios que los sectores subalternos, es decir, los trabajadores, planteen un régimen, una democracia y un país basado en la

confrontación de intereses a favor del bien común porque, en general, lo que dice la teoría de la democracia entendida como confrontación de intereses es que la batalla es posible.

Lo que nos dice la democracia definida en estos términos es que la lucha de intereses y la confrontación entre los sectores y las clases sociales es característico del capitalismo como régimen de producción y distribución. Ya tempranamente en el siglo XIX Marx definía a esa lucha como el motor de la historia, de los cambios. En estas circunstancias, no existe el consenso ni el diálogo sobre el tema central, el más importante, el estructural, esos que afectan intereses de clase. Lo que nos dice la democracia así definida es que también ese consenso y diálogo sólo surgen en el plano de la abstracción y de generalidades que desaparecen después que se evalúan las medidas políticas del régimen necesarias para cumplirlos. Por eso, la historia del hombre nos muestra como continuamente aparecen las artimañas y las políticas de fuerza para ejecutar sin discutir ni debatir. Ahí es cuando florecen las teorías sobre el poder por derecho divino o el derecho de matar a quienes no están de acuerdo con la ideología que impera. En ese contexto, se sustenta la teoría y la lógica de los *amigos- enemigos* que fundamenta la primacía del derecho a la propiedad, pública o privada, sobre los medios de producción por sobre la lógica de la vida de las mayorías. De esta manera también se planteó la antinomia central en la formación de los Estados que en general nos hablan de la *civilización o barbarie*, del *orden y progreso* o *por la razón o la fuerza*, que son posiciones originarias de los sectores históricamente dominantes que incluso hoy, actualizadas de acuerdo a las nuevas circunstancias, se expresan en los medios de comunicación dominantes. Desinformar y manipular a los sectores populares es prioritario. Divide y gobernarás y lo hacen influyendo sobre la opinión pública para recuperar la lógica del régimen en general.⁵

El consenso no es posible cuando los actores sociales que negocian, que dialogan, están impulsados por una opinión pública fuertemente dirigida, manipulada. Entonces, la democracia en términos de conflicto de intereses nos dice que el consenso apenas es un modo de negociación, que en general fracasa cuando se tocan intereses de los sectores dominantes o de los grupos subalternos. Ahora no hay tótems porque el miedo reverencial no protege más a la élite porque tampoco hay tabúes, es decir, ningún tema de discusión queda vedado a la opinión pública ni nadie es intocable. De todas maneras,

⁵ Todo régimen, ya sea humanista o de tendencia neoliberal, cuenta con su sistema ideológico- cultural. Este sistema cultural cumple funciones de moldear la contextura síquica y afectiva del trabajador. Además, estos sistemas subministran al trabajador de determinada época histórica las nociones teológicas y religiosas, artísticas, científicas y políticas que buscan ser comunes a la mayoría. Por su parte, los dominantes, conocedores de las fuerzas de la cultura, mitos, razones y nociones de todo tipo, continuamente rectifican los valores y las verdades sociales. En otras palabras, las rectifican, reforman, dirigen y encauzan políticamente para consolidar los intereses de esos grupos dominantes.

en democracia, cuando el objetivo es profundizar en un régimen popular, el conflicto y la lucha de intereses lejos de ser un drama es una ventaja porque los problemas se discuten a fondo y se los resuelve a partir de la voluntad de poder de la mayoría. Desde ahora, vemos como el consenso es otra forma de control político que se ejerce sobre los trabajadores para que no primen sus derechos, para que finalmente caigan sus consignas. Para ejercer ese dominio es necesario tener una sociedad asustada y son los medios de comunicación, que además son hegemónicos, los que difunden peligros potenciales. Este clima mediático de inseguridad general no es para nada una cuestión neutral porque la información se convirtió en una herramienta y en una mercancía más al servicio de los intereses de los dueños de los capitales. Los medios hegemónicos lo que buscan es apropiarse del sentido común, de la lógica del trabajador para que una clase social, las élites y sus representantes, ejerzan el control sobre el conjunto de los trabajadores pero en clave de persuasión, o sea, imponiendo sus creencias e ideología sobre el otro. Los grupos sociales que representan a la clase social sojuzgada, por otro lado y en esos términos, solo puede adoptar la idea de los dominantes aún en contra de sus intereses, lo que llega a convertirse en su sentido común. Este sentido común también puede ser combatido por el trabajo militante. En otras palabras, la diferencia entre la *dominación* y la *hegemonía* es que la primera se impone por el uso de la fuerza mientras que la segunda- la hegemonía- se ejerce a través de los métodos de la persuasión, del supuesto diálogo y consenso. Darse cuenta del engaño significa desnudar los hilos del poder que ejercen los medios masivos de desinformación hegemónicos sobre el pueblo y los intereses que encarnan. Finalmente, lo que hay que buscar, siempre a partir de la gestión democrática de los trabajadores, es aumentar las voces, la mirada y perspectiva para así enriquecer la experiencia y memoria colectiva. Es necesario poner en acción muchas voluntades, muchas subjetividades que puedan construir una contra-hegemonía representativas de las mayorías para reforzar el desempeño de la *(r)evolución permanente*.

La conciencia nacional.

La idea tecnocrática de la gestión pública aplicada al régimen político, entendido éste como definición y práctica de políticas públicas, atenta contra una definición democrática de Chile. Llegamos a un nivel de centralización de los poderes de dominación del capital tal que la forma de existencia y de organización propia de la burguesía tal como la conocimos hasta ahora están abolidas. Es decir, anteriormente, en otra época histórica, la burguesía se constituía por familias estables, por clanes. Pero, en determinado momento, de una generación a otra, los herederos de esos clanes empiezan a perpetuar cierta especialización en las actividades de sus empresas y factorías. Así, la

burguesía se construía logrando una estabilidad que favorece la unidad en los valores, en las ideas constitutivas de esa clase social y su proyección hacia el resto de los sectores y clases sociales constitutivas del régimen político. La burguesía era aceptada como tal porque, en realidad, por los servicios que prestaba parecía merecer su acceso a los nuevos privilegios de la holgura y del disfrute de la riqueza frente a los otros sectores y grupos que por supuesta holgazanería o incapacidades eran perdedores. Sin embargo, mucho después en el tiempo, cuando la burguesía se afianza como clase dirigente y así pasa a controlar el nuevo régimen, la correspondiente lógica de la clase y sectores políticos dirigentes que la representan, la del neoliberalismo contemporáneo, tal como parece emerger de la evolución de las últimas décadas, abandona brutalmente esta tradición relacionada con el esfuerzo, con la producción y el riesgo para dar paso a la primacía del ámbito financiero. Es ese precisamente el caldo de cultivo desde el cual la tecnocracia se va haciendo con la lógica de la gestión y toma de decisiones en el ámbito de la agenda pública. Sin duda tiene que ver con ese desarrollo de la tecnopolítica y su correspondiente tecnocracia la gran concentración del capital a través del régimen neoliberal. Sin duda esta concentración, a la que llamo *globalización neoliberal*, se consolida precisamente a partir de los postulados políticos, económicos, sociales y comerciales auspiciados por el conservadurismo del señor Reagan-Tatcher en los años '80 que logran superar la crisis de la tasa media de la ganancia del capital a expensas del interés del trabajador vía desregulación de la economía y la pérdida del poder adquisitivo de los salarios. Entonces, la tecnopolítica hay que entenderla como instrumento y herramienta producida por el capitalismo desarrollado, es decir, del capitalismo llevado a su máxima potencia y expresión política, económica y cultural, que precisamente es el neoliberalismo. El problema es que cuando la gestión pública es entendida como tecnopolítica implica no solo importantes irracionalidades que afectan a todos sino que también supone una fuerte subordinación del ser genérico que solo es considerado como objeto individual al servicio y bajo el mandato del interés de la oligarquía financiera que además es especulativa y rentística. Nos encontramos, pues, al final de una curiosa parábola histórica. En efecto, los dominantes emergentes durante el siglo de las luces, la naciente burguesía de la igualdad, fraternidad y libertad, hicieron de ese humanismo liberal su plataforma inicial para oponerse a los dogmas sustentados por las estructuras centrales del feudalismo: mientras esos sectores burgueses y su nueva razón colocaban al sol y al hombre en tanto individuo como centro del Universo, ese sujeto, ahora despojado de los privilegios de la casta feudal, se convierte en portador de un saber que se orienta en beneficio de la toma del poder. En el ínterin, el descubrimiento y conquista de Latinoamérica por parte de los imperios europeos, trastocan el precario equilibrio que se había alcanzado al tiempo que la voz y las denuncias de Fray Bartolomé de las Casas respondía

a esa tradición humanista que insiste en hablarnos de fraternidad, de igualdad y democracia al mismo tiempo que el África negra se convertía en proveedor de esclavos y Latinoamérica en proveedor de materias primas, oro y metales. Por eso, no puede olvidarse que la razón instrumental de control de estos sectores dominantes en ascenso hicieron que la esclavitud, con su brutal explotación humana, con su depredación de los recursos de África y fortunas nacidas de esa esclavitud, conformaron el núcleo central de la acumulación originaria de los capitales necesarios para que el viejo mundo se transformara en el nuevo mundo que ahora es capitalista, colonialista y depredador.

A pesar de lo anterior, todavía no entendemos que el levantamiento de los pueblos estructuralmente dependientes de los centros globales del poder carece en realidad de fronteras definidas porque la continua globalización de las relaciones comerciales, todavía más en los términos planteados por los grupos neoliberales, también globaliza las luchas y la resistencia nacional, es decir, las batallas de resistencia de nuestros pueblos que así, a través de la solidaridad e integración, a través de la solidaridad y lucha de clases, logra ir más allá de los límites y fronteras de nuestra realidad individual. Esa lucha de resistencia, aunque formalmente es nacional en sus contenidos es global por sus objetivos últimos. Esta resistencia se cumple en dos frentes: contra los clanes familiares globales dominantes y contra las oligarquías nacionales que por sus intereses, formas de vida, posturas y razones son manifestaciones y representaciones de los dominantes a nivel global. Es decir, son sectores, élites gobernantes nacionales y nativas opresoras ligadas y al servicio de los intereses de las transnacionales. Son sectores históricamente dominantes que controlan la lógica de nuestros regímenes, o sea, se constituyen por grupos nativos que son económicamente dependientes en relación a la élite global y que culturalmente está corrompida por el colosal aparato ideológico, político, comercial y económico de las corporaciones. Simplemente se someten a los designios globales para reforzar la hegemonía sobre los grupos subalternos locales. Bajo estas circunstancias particulares, las ideas que estructuran el núcleo de la razón dominante, en la medida en que siguen siendo funcionales al control ejercido por los grupos de élite sobre el trabajador, a lo más solo se sumergen en determinado momento histórico para luego resurgir, es decir, bajo ningún aspecto esas ideas mueren. Por ejemplo, perceptible desde los pensadores anteriores al mismo Sócrates, el humanismo como concepto logró sobrevivir incluso soterrado durante el oscurantismo de la Edad Media, luego resurge con el Renacimiento y finalmente vuelve a aparecer con los primeros brotes del socialismo en los tanteos de los utopistas a quienes sería oportuno someter a una nueva lectura creativa. Entonces, cuando la parábola abierta por la burguesía naciente y floreciente empieza a clausurarse, cuando parece imponerse el utilitarismo miope, una disputa contemporánea se diseña alrededor de la oposición entre la tecnocracia, la democracia y el humanismo

que fue parcialmente abandonado en nombre de la acumulación originaria de capital y su dominio global. No es un tema menor porque a partir de entonces nuestros pueblos, las colonias, son continuamente sometidos por los métodos de la esclavitud a esas necesidades del capital, de la acumulación privada. La respuesta a la lucha, donde se opone el concepto de la democracia liberal y su tecnocracia con el humanismo, nos desafía a no proceder políticamente a través de las bases del materialismo vulgar que en definitiva es una falsa moneda de cambio que en última instancia desconoce el rol determinante del hombre en esta batalla como ser colectivo, genérico, frente a las fuerzas ciegas de la acumulación privada del capital y sus formas económicas. Ese falso materialismo no puede plantearse como solución, como refundación del marxismo porque no puede ser pura especulación de ilusos. No se trata acá de onanismo intelectual ni menos de ignorancia sino que se trata de combate, de lucha de intereses porque la misma historia del hombre nos muestra que las ideas, ya sea para bien o para mal, se convierten en fuerza actuante que refuerza la razón dominante cuando es planteada por los grupos hegemónicos o, por el contrario, se convierte en fuerza de resistencia cuando es planteada por un arte posible de los subalternos.

Hay mucho en juego porque cuando los grupos dominantes son los que se imponen por sobre el arte de resistencia de los trabajadores, podemos caer en regímenes altamente irracionales e incluso fundamentalistas. Por ejemplo, la crisis política- institucional chilena que deriva en la dictadura de seguridad nacional, que tuvo que hacer frente a una represión militar sobrecogedora de miles de compatriotas, favoreció además las ideas que preconizan y justifican el quiebre del orden institucional porque, entre otros motivos, la retórica de los sectores más reaccionarios del régimen de la época electrizó a muchos grupos que dejaron abierta la posibilidad de la solución reaccionaria. Detrás de eso por supuesto que hay todo un trabajo previo pero, al fin y al cabo, lo importante es entender que cuando ese proceso se da en sentido inverso, es decir, cuando se despliega el arte de resistencia de los sectores sometidos de una u otra forma las ideas del cambio se hacen camino al andar porque son los grupos más vulnerables los que tiene poco que perder y mucho que ganar frente a la eventualidad del cambio. Por lo mismo, los sectores dominantes- tanto los nacionales como globales- no desprecian la fuerza de las ideas. La forma en que trabaja la razón dominante lo demuestra. Trabaja a partir de la simplificación de los valores del hombre, es decir, las reduce a expresión simplista, vaga y superflua, para bombardear con sus mensajes la influyente red mediática actual. Sobre el trasfondo del derrumbe del socialismo real nos muestra que su intención última es inducir al trabajador a aceptar la alegre derrota de la justicia social y la transformación. Ahí se entiende la aparición, en los 90, de las teorías del fin de la historia o la guerra de civilizaciones pero también ahí es posible entender la consolidación del vértigo consumista

que propicia el culto a lo efímero y perecedero incluso en el ámbito de las razones que de tal modo refuerzan, una vez más, la racionalidad, los intereses y las formas de vida de los clanes familiares anglo- estadounidenses globales. También se cultiva la desmemoria hasta borrar el recuerdo del pasado, hasta el punto de reiterar los mismos artificios de la razón, sus fábulas, mentiras y mitos en la manipulación de la opinión pública, del sentido común que busca cancelar el saber del hombre a favor de los intereses de un monopolio elitista que además busca pervertir las bases de una verdad humana. El espectáculo, la inmediatez y superficialidad anula el espacio reflexivo que conduce al asombro para iniciar todo el proceso que nos lleva hasta el verbo y su mejor conjugación. La racionalidad de los sectores dominantes nos dice que todo vale para obtener, con bienes perecederos, una felicidad ilusoria en una globalidad que bajo las directrices y ética neoliberal se reduce a minúsculos fragmentos. Sin que tengamos conciencia de ello, estas ideas impregnan el universo cotidiano y cada momento de la realidad. Por lo mismo es urgente la tarea del tiempo que corre relativo con diagnosticar cada problema, cada fenómeno que nos preocupan como hombres y rescatar, atemperado a las premisas de la contemporaneidad y extrayendo las lecciones del aprendizaje, una plataforma y proyecto político válido para el porvenir y que nos da respuesta a nuestros desafíos actuales: nuestra razón y arte es creador en tanto busca los cambios pero transformaciones específicas, de acuerdo a nuestra cultura, a nuestras vivencias e historia, que insisten en los rasgos étnicos de nuestras comunidades, en su geografía, color y contenido también histórico que por lo mismo es intransferible a otras zonas geográficas en tanto que ese arte es voluntad de poder. En ese arte está la comunidad de la cultura y voluntad de poder propia. En esas circunstancias, la cultura, como arte y voluntad de poder, de resistencia, es parte integral de la identificación emocional- material con valores populares, tanto con los tradicionales y fijos, como con los presentes. Porque la cultura no es estática sino, muy por el contrario, es creación, es asimilación, lucha y resistencia. Solo hay cambio, solo existe reivindicación de la cultura y de los valores populares cuando ese saber, con sus múltiples valores y simbología, se sienten, se piensan y se vive en comunión con ciertas valoraciones que no eliminan sino que reivindican, inclusive insisten, en las oposiciones de clase para enfrentarse y disputar por una mejor calidad de vida para los trabajadores.

La cultura popular debe oponerse a los símbolos dominantes porque esa cultura y voluntad de poder se inspira en el pueblo y en su realidad, en su ámbito geográfico, material y espiritual. Intentar acabar con este proceso de reivindicación de la cultura popular es la tarea constante de la patronal que buscan adulterar el régimen y el país en favor de sus intereses. El problema es que intentar adulterar el país, la cultura y los valores de los trabajadores deriva en una expresión cultural harapienta que nada tiene que ver con la

unidad vital del hombre con su hábitat que es lo característico de cualquier cultura cuando toma conciencia de sí y se vuelve universal en la medida que lo social desborda lo universal. Parte de la búsqueda de nuestra expresión cultural y su arte de poder, es también consecuencia de la constante repulsa a los valores dominantes, de una oligarquía apátrida. En esa época histórica los temas, todos los valores y símbolos de nuestra cultura están asociados y enhebrados a esta voluntad de cambios donde de una u otra forma siempre aparece el pensamiento nacional- popular como búsqueda, como retorno y expresión hacia las formas y manifestaciones del pueblo. La crítica histórica, cultural y literaria de los valores dominantes, que estructuran sus razones en perjuicio de los intereses de los sectores subalternos, de los trabajadores, es una herramienta central de poder, de educación nacional y popular que nos conduce desde las formas más gregarias de la toma de conciencia, es decir, desde el *asombro* hasta la manera más compleja relacionada con el *verbo* que busca manifestar las mejores conjugaciones de la acción transformadora del trabajador. Por eso, más que ninguna otra, las circunstancias históricas de nuestros pueblos exige la primacía de una perspectiva claramente humanista, término que no hay que confundir ni con humanitarismo ni con ningún otro concepto que desvirtúe las batallas por la emancipación. Se vuelve necesario conferir a los trabajadores un real protagonismo en la gestión de la agenda pública y en el protagonismo de su cultura porque el saber, así en general, es socialmente producido y entonces tiene que mutar en una reivindicación del destino del hombre. Es necesario hacer de cada quien objeto y sujeto de la historia del hombre, del cambio y de la (*r*)*evolución permanente* que también involucra una fuerte dimensión cultural. Para evitar malos entendidos es indispensable definir los alcances de la dimensión cultural, de la racionalidad de los dominantes y de las alternativas políticas que el trabajador construya en la ardua batalla por la conquista del bien común. Aferrados a una herencia decimonónica, muchos trabajadores restringen la cultura y la razón al simple ejercicio y disfrute de las llamadas bellas artes y las bellas letras, confinadas a una función meramente ornamental que nada tiene que ver con la conquista de otros valores y conjugaciones verbales. El arte y sus derivados, la cultura y la educación representan más que simples ornamentos porque responden a una profunda necesidad humana de cambios de las formas de vida. Desde esa perspectiva, el saber desborda este terreno y manifiesta otra capacidad de establecer relaciones entre fenómenos de distinta naturaleza. El arte de poder alternativo ejerce por lo tanto un rol integrador de esencia y de saber, ideas y valores muchas veces totalmente contrapuestos a la fragmentación por la que militan los dominantes. Las decisiones políticas no pueden prescindir de esta realidad sin el tremendo riesgo de cometer errores que sean irreparables. El arte de poder alternativo, su cultura y sus valores ampliamente populares, es también conciencia nacional, es decir, es una disputa particular de nuestros

pueblos por su libertad, emancipación y liberación. De otra manera no es posible ni arte, ni cultura, ni voluntad o conciencia. El interés por la historia y especificidad de nuestros países es la conciencia y son las razones de la emancipación como necesidad. Esta conciencia de la libertad también es colectiva aunque sus formulaciones surjan de los sujetos individuales. A esa conciencia histórica resistieron y resisten otras fuerzas. Por su parte, la falta de esta conciencia colectiva, de un arte de lo posible de los trabajadores, de tesis y de paradigmas populares, de reivindicación de una razón y verdad plenamente nacional, estimuladas durante nuestra historia por los centros globales del poder, cuenta con infinidad de aliados como la explotación de los trabajadores por parte de los dueños del capital, la división de clases de nuestra población y hasta el carácter plurirracial que al final son factores que ejercen una influencia efectiva sobre el sistema educativo de los oligarcas en la visión cultural apócrifa de sectores sociales sobre nuestros regímenes. La conciencia nacional, base espiritual- material del saber nacional y popular, es decir, con sus particulares especificidades, además, base de unificación de nuestro país, es participación común en el lenguaje y gramática de poder, en los usos y costumbres; es el territorio, es la organización social, económica, política y cultural que hace al régimen, composición étnica y tradiciones que transmitidas, ligadas, heredadas y repetidas por generaciones completas de trabajadores, se convierten en creaciones colectivas que se movilizan por el cambio que se basa en el bien común de las mayorías. En esa perspectiva, los trabajadores, ahora dotados de *conciencia nacional*, o sea, de un espíritu crítico, tienen el derecho y el deber irrenunciable de usar esta conciencia en la construcción de un arte alternativo de poder que supere las fábulas de la razón de los sectores y grupos dominantes. Los trabajadores tienen el deber de usar esa conciencia nacional hasta el fin de sus días porque aunque en un principio no les sea tan fácil reconocer que estas acciones y ejercicio se acomodan a la búsqueda de una mejor calidad de vida, en el largo plazo, todas las luchas rinden sus frutos. El rasgo predominante de la lucha en los términos de un arte alternativo de poder, es decir, que se mueve en la frontera de lo nacional- popular, es la construcción de imágenes y símbolos que es opuesta a la razón de los dominantes que, a través de sus múltiples verdades, buscan que las cosas permanezcan quietas, estáticas, negando la *(r)evolución permanente*.

Desde el punto de vista histórico, está claro que la crisis del país liberal de las primeras décadas del siglo XX, del país del primer centenario, no puede desconectarse, ni ayer ni hoy, de la labor de esa generación de luchadores nacionales que fueron precursores en el combate y que habría de desembocar en el glorioso surgir de los trabajadores en los combates por la mejoría de sus condiciones de vida y laborales. El fracaso de la democracia, y en general del régimen liberal de la época, el continuado fraude de los

sectores de la oligarquía de la época y la entrega de los intereses nacionales al poder británico, crearon sentimientos profundos en el trabajador sobre la necesidad imperiosa de la emancipación política, social y económica que, unido a los nuevos planes de industrialización, forjarían un nuevo amanecer a través de la acción política que, desde ahora, plantea un proyecto nacional y popular que solo podía cumplirse con el decidido apoyo de la mayoría. Los trabajadores en general son los únicos que resisten el vasallaje impuesto por los centros globales del poder expresado a través de normativas aplicadas desde las estructuras y bases del sistema comercial global. La opción política es de hierro: Nación política y económicamente soberana, conciencia y cultura nacional- popular o factoría de los centros globales del poder.

En ese sentido tenemos que convertirnos en artífices de la *(r)evolución permanente*. El marxismo es nuestra guía para abrir las grandes alamedas de una buena vez. La crítica de la razón de los sujetos dominantes sobre el marxismo nunca superó al criticado. La crítica de los sectores y factores de poder dominantes hacia el marxismo, negada por el pasado, acorralada por el presente y comprometida ante el futuro de la humanidad, tergiversa el lugar histórico y político que le corresponde al marxismo como una herramienta de cambio. En su forma simple el humanismo marxista resalta el espíritu y la materialidad, la vida real del hombre y sus necesidades: si por humanismo entendemos la realización del hombre en la historia y en todos sus aspectos, no hay que descuidar el ámbito espiritual en tanto y en cuanto el marxismo, al igual que el cristianismo, en sus versiones originales, es decir, sin las tergiversaciones a que nos tienen acostumbrados, son la afirmación radical del valor de la vida de los hombres, de sus luchas, vivencias, dicha y destino. De acuerdo al humanismo marxista los hombres alcanzan su máxima libertad y autonomía como ser genérico por la *(r)evolución*, por la comprensión gradual y consciente de su realidad que de por sí es suficiente mérito para ratificar la humanidad que encontramos tras el socialismo de Marx. Pero, el marxismo no permanece ahí, estático ni inmutable, sino que continúa su avance y plantea la conciencia de la autonomía de los hombres y su fuerza de trabajo que posibilita hacer frente a la naturaleza para satisfacer necesidades materiales. Así es como el marxismo reivindica el ser social, la colectividad y el bien de todos amparado en el amor al prójimo en un proceso militante que deviene en la igualdad de oportunidades y en el fin de la lucha de clases ante la caída del Estado capitalista y su mercantilismo, de acumulación y del goce privado del capital en todas sus versiones. Desde esta perspectiva, todo el pensamiento, paradigmas y teorías de Marx están atravesadas por la idea de la justicia absoluta a la que solo se llega tras la abolición de la justicia relativa, la formal, esa que fundamenta el Estado capitalista y sus regímenes, esa falsa justicia que se impone por el control y dominio de los intereses de una clase dominante, esa histórica burguesía, esa libertad que finalmente se

convierte en una falsa relación de igualdad entre los trabajadores y patrones y que de esa forma se transforma en un fetiche típico del patrón. Por eso, desde el momento en que la libertad absoluta implica la negación y abolición de la otra libertad, la relativa a los grupos dominantes, el marxismo se convierte en revolucionario y humanista. En otras palabras, el humanismo de Marx se ve desde el momento en que plantea abolir la libertad formal que no es más que reivindicación de la opresión de una clase sobre la otra. La crítica que con justicia plantea Marx frente a la teología y sus modos de expresión no es una simple negación de la trascendencia y espiritualidad del hombre, sino que es una crítica a las formas de expresión histórica del dogma religioso cuya irracionalidad se hace patente en la institución *iglesia*, pero no como misterio de la fe, sino como estructura histórica que degrada la idea de justicia al proyectarla ilícitamente al mundo de la trascendencia consagrando así el sufrimiento de los hombres en la tierra como algo necesario, como expiación ante los pecados y la maldad. En seguida, Marx nos dice que el humanismo no puede ser la autorealización del hombre en un sentido solo espiritual sino que, en primer lugar, es reafirmación de la vida concreta del hombre, de los derechos que esta vida, bastante real y material implica lo que, al mismo tiempo, nos desafía a militar a favor de una mejor calidad de vida. La tarea del humanismo marxista en particular y del humanismo en general consiste, una vez que nos deshacemos de las verdades e ideas absolutas que tan bien se llevan con el idealismo de los dominantes, en buscar la verdad *más acá* para abandonar definitivamente la verdad del *más allá* por lo menos en términos de la teología dominante. La tarea inmediata del humanismo consiste, una vez que logramos desterrar al infierno la razón capitalista, en acabar con la fetichización y mercantilización de las relaciones sociales para reivindicar la fuerza de trabajo como generadora de una riqueza compartida entre todos. El reino de la libertad de los trabajadores solo logra avanzar cuando se termina el trabajo determinado por la necesidad, por el principio de la realidad de manera que, paulatina pero finalmente, liberemos del mundo de la necesidad de los hombres, del principio de la realidad, energías que reivindiquen el principio del placer para subvertir la represión excedente del régimen. La libertad del hombre tiene que ver con comprender esa necesidad y dirigirla. Al respecto, Engels nos dice:

“La libertad es ciega mientras no se tiene conciencia de la libertad. La libertad es la conciencia de la necesidad”

Acá, tanto Engels como Marx, nos están diciendo que el humanismo voluntarista no tiene nada de místico porque la idea de libertad del hombre, surge de la historia, no ésta de las ideas sobre la libertad del hombre, aunque en la interacción entre la realidad ideológica- histórica, ambas esferas se

compenetren y condicionen mutuamente a través de una incesante trama de esa actividad del hombre, que es la exteriorización fáctica del espíritu, su adecuación a la inmediata realidad en todo su contorno. Entonces, el hombre alienado y explotado por los dueños del capital, de la acumulación privada de éste, también está determinado y alienado por la clase social a que pertenece, en la que se encuentra inserto, porque este hombre, gozoso de la más falsa y formal libertad a que lo condena el Estado capitalista, además es una simple mercancía, de ahí su atroz condición, que lo confina a cierta posición en el mercado de trabajo, de consumo, a ciertas formas (y no otras) de vida, sueños y expectativas, que al asignarle un lugar específico en la producción material, condiciona lo demás: su ser, su pensamiento, sus ideas, su espíritu, su vida y necesidades. Desde esa perspectiva, la toma de conciencia de los trabajadores significa batallar contra la propia fetichización de la mercancía aniquilando sus ilusiones, donde el hombre desde ahora en adelante rescata para sí su realidad. Sin embargo, como la vida de los hombres en tanto comunidad es la colectividad y la sociedad, ya la conciencia de la autonomía crítica que en esta fase le es inherente, transmuta en conciencia necesaria de liberar a todos los hombres, de subvertir el Estado capitalista haciéndose con la agenda pública para redefinir los objetivos del régimen. Lo central de los regímenes políticos y Estados que conocemos a través de la historia de la humanidad, tiene que ver que en tanto éstos son producto de la actividad de los hombres, que a su vez son creadores de sus medios de subsistencia, en la base del régimen político devienen relaciones con los demás hombres, relaciones sociales de producción, condicionadas por el nivel de producción material que corresponda a cada fase histórica del desarrollo y consolidación del régimen con su división del trabajo. La división del trabajo, en las múltiples etapas que le corresponden de acuerdo a la lógica del régimen, no es otra cosa que la propiedad en sus diversas representaciones históricas. Ese es el humanismo que tenemos que reivindicar, aquel que insiste en la libertad, que busca desnudar los dogmas que estructuran la fetichización del Estado y del régimen batallando contra la fetichización de la mercancía como fenómeno originario de la explotación del trabajador por parte del patrón. Sin embargo, son muchos los que pretenden conducirnos desde el contubernio mental al político y la tarea no es tan difícil como quisiera para los dominantes aunque ya no gozan de la impunidad de los primeros tiempos. Este trayecto lo fijan los grupos dominantes, nacionales y globales, según las oscilaciones de la acción y reacción de los trabajadores, del movimiento colectivo de éstos que busca ser paralizado a través del reformismo. Para eso se hacen con la lógica y razón política de diversas colaciones partidarias que finalmente convierten al socialismo, o cualquier otra ideología y acción política de cambio, en los hechos concretos y por encima de sus grandilocuentes frases y tomas de posición, en una especie de propaganda donde los políticamente correctos y

racionales, siguen luchando contra la irracionalidad que, por ejemplo, en otra época definieron como barbarie. La izquierda tradicional que simplemente es reformista, socialista, mesiánica y políticamente correcta para el sostén del estatus dominante, predica la prudencia, el consenso basado en la traición a los intereses de la mayoría, el eclecticismo político y otras teorías como el absurdo de *cambiar el mundo sin tomar el poder*. El “realismo” político de éstos siempre fue el de la acción contra los trabajadores que los colocó, de éste y del otro lado de la cordillera, junto a la reacción. Por lo mismo, antes que reivindicar el nuevo humanismo del cambio cayeron en el oportunismo que solo logra marginarlos como protagonistas de la emancipación. Es que cuando escuchan la sinfonía del amor, la libertad y humanismo políticamente más excelso, cuando escuchan los sonidos superiores, solidarios, la música menos profana que busca subvertir la melodía reaccionaria del régimen que defiende los preceptos del Estado capitalista, entonces, ya no les queda otra que taparse los oídos para acallar sus conciencias.

La verdad y la lucha por el bienestar y la independencia.

La Doctrina Monroe, comunicada al Congreso de Estados Unidos en el año 1823, dice, entre otros asuntos, que todo el continente americano, o sea, el norte, el centro y el sur de nuestra región, gracias a la condición libre que habría conquistado con la independencia, nunca más debe considerarse como objetivo colonial. Sin embargo, esta doctrina, ampliamente utópica en cuanto vemos cual fue y es el accionar de Estados Unidos en sus relaciones globales, donde estamos incluidos los latinoamericanos, tendría que ser reivindicada por nosotros desde el momento en que partiendo de ella podemos pensarnos como hombre libre para desde ahí establecer nuevas relaciones con Estados Unidos como eje central de los centros del poder. No es un tema menor si consideramos las implicancias de la eficacia de las políticas demostrada por el proceso de cambio bajo los términos populares al tiempo que otros países, esos que insisten en la doctrina neoliberal, incluso se convirtieron en Estados (régimenes políticos) fallidos porque no son capaces siquiera de resguardar la seguridad de su población. En realidad, esa concepción ideológica altamente formal- teórica de la Doctrina Monroe, que no tiene mucho sentido práctico en la lucha por la libertad, hay que entenderla en su real dimensión porque de esta disputa por la libertad de nuestros pueblos entre la primera y segunda década del siglo XIX, que fue contra el colonialismo de los españoles y sus intereses, apenas se obtuvo una independencia formal desde el momento en que no se reformaron las bases y las estructuras económicas y comerciales sobre las que se sostenía el régimen ahora semicolonial. A pesar de este antecedente, la lucha económica empezó pronto, rápido, con el choque entre el imperio inglés y el interés de Estados Unidos. Siempre hubo un choque, a

veces frontal, entre el capital extranjero y nuestro incipiente crecimiento y desarrollo. De hecho, ese incipiente desarrollo tiene que ver directamente con nuestra dependencia estructural en relación a los centros globales de poder que a través de leyes mediatizadas, a través de las que gobierna la globalidad de las relaciones comerciales, nos imponen la lógica de su interés a expensas de la necesidad de nuestros pueblos que eventualmente pueden conducirnos a la instauración de un régimen nacional- popular que redunde en beneficio de las mayorías desde el momento que reivindica y defiende el bienestar común. Algunos de nuestros libertadores, esos líderes y conductores populares, del pueblo que busca y conquista su libertad, se refirieron, en general de manera bastante poco amable, a la inherente prepotencia de la política exterior de Estados Unidos ya para esa época. Por ejemplo, Simón Bolívar nos dijo que Estados Unidos quería condenarnos a la miseria en nombre de la libertad mientras José Martí fue más duro. No estaban muy equivocados porque la *Doctrina Monroe* consagró un principio basado en una América para los americanos pero, bajo ningún aspecto, eso fue respetado por Estados Unidos ni menos fue una constante en relación a su política exterior porque ninguna de las soluciones a nuestros problemas como continente fue planteado, ni menos resuelto, sobre la base de la igualdad y comunidad de intereses entre Estados Unidos y los países al sur del río Bravo. En la práctica, más allá de cualquier declaración política de buena intención, de hermandad entre todos los pueblos del continente americano, la *Doctrina Monroe* en vez de plantear el principio de América para los americanos significa ni más ni menos que defender el principio de América para los estadounidenses. Por eso, en parte seguimos siendo su patio trasero. Solo en parte porque los gobiernos que apostaron por el régimen popular, solo aceptan un trato de dignidad recíproca que tendría que traducirse en un tratamiento de igualdad política con Estados Unidos. Ese tratamiento de igualdad es central porque si bien no tengo nada contra ese pueblo, sí tenemos que considerar que el drama de Latinoamérica es que, a pesar de ser un continente potencialmente rico, con una variedad de recursos, es un continente pobre, estructuralmente dependiente; lo es por la explotación de que es objeto por parte del capital en su mayor parte de origen imperial. Eso significa que hay que continuar la lucha por una auténtica, real y tangible integración de Latinoamérica para comerciar y negociar en una mayor igualdad de condiciones en relación a los centros globales del poder. Es el camino que soñaron Simón Bolívar o San Martín quienes creyeron en la unidad latinoamericana para tener una voz continental ante el mundo.

A modo de sintaxis, los trabajadores latinoamericanos necesariamente deben combatir con sus fuerzas para hacer de Latinoamérica un continente plenamente realizado, popular y defensor del derecho y primacía de la vida del hombre planteando una mayor ligazón con países del Tercer Mundo. Para ello es fundamental el diálogo porque los pueblos como los nuestros luchan

por la paz y el bienestar, la reciprocidad e igualdad de derechos y no por la guerra. Luchamos por la cooperación económica y comercial y bajo ningún aspecto por la explotación o injusticia social. En esas circunstancias políticas, la *Doctrina Monroe* u otro paradigma tiene que ser resignificado en beneficio del bien común. Lo importante es entender que nuestro ideal, paradigmas, teorías y valores, comparados con los otros, los de los clanes dominantes, son más robustos aunque ninguno de ellos tenga derecho a la inmortalidad. Está bien que así sea porque la historia es un constante devenir donde la verdad es socialmente construida. Por eso, no es lícito hablar del fin de la historia y por eso es lícito aferrarse a una utopía en el sentido de una ética que señala el camino posible. Así, parafraseando a Eduardo Galeano, la utopía nos ayuda a caminar a sabiendas que no existe una cosa perpetua e inmutable, a sabiendas que los fines varían mientras muchos valores son sepultados en el mundo de tinieblas y confusión. Reinos e imperios enteros con sus reyes, emperadores y monarcas, pueblos con sus ciudadanos, han caído, fueron sepultados por la vorágine del devenir de la historia. Valores y cosas, las teorías, expresan su último día, aunque el fin y la racionalidad de todos no es lo mismo. Unos van más adelantados, en un tiempo y otros van en otro tiempo, con otro ritmo. A unos la vida los desampara mientras otros se convierten en la vida misma. No es posible comulgar de soberbia y desenfrenada arrogancia creyéndonos los dueños de la verdad porque podemos caer en la lógica *amigo- enemigo* que tanto mal le hizo al hombre y al derecho a la vida. No podemos pretender estar exentos de la realidad del hombre y pretender libertar al padeciente desde el púlpito dominante. Es lícito combatir por la democracia teniendo el tiempo suficiente para oír los lamentos de las víctimas de los neoliberales. Así nos aseguraremos ser parte de la realidad. Esta es una tarea titánica, en el sentido de los problemas a resolver pero precisamente la fuerza del pueblo, siempre pensado como clase social con intereses y perspectivas, es relativa e infinitamente más grande, locuaz y heroica que la fuerza y el arte de dominio de los aristocráticos. Son los trabajadores el núcleo del sistema económico, productivo, comercial, cultural, social y político del Estado capitalista. Esa fuerza deriva en que simplemente somos la enorme mayoría. Quienes así no siguen al trabajador están optando por la aristocracia, por la idea y el mundo dominante. Cuando los procesos de cambios se radicalizan llega un punto en que los términos medios no son posibles. Se está de un lado o del otro, se está con nuestros compañeros de clase o nos convertimos en los sicarios de quienes nos oprimen. En la época de la decadencia del régimen neoliberal, que en muchas ocasiones deriva en la decadencia del Estado capitalista, es de esperar que el trabajador se provea de valores que reivindican otra idea de la vida del trabajo y de las relaciones sociales en general luego de años, décadas e incluso siglos de alternativas que buscaron que soportáramos la particular situación de explotación sin poner en duda el hecho de ser meras mercancías.

Siempre, después de años de soportar semejante denigración de la vida del hombre, acaudillado por el trabajador, el ser genérico dará un golpe brutal, palaciego y tal vez definitivo de modo de imponer la victoriosa insurrección de quienes viven de su trabajo. La historia muestra que siempre el trabajador termina reaccionando contra las situaciones políticamente insostenibles. Es el tiempo que convoca a la disputa incesante, radical y heroica, preñada de proezas colectivas, siguiendo y reivindicando sus derechos que encuentra en las banderas del líder popular, todos los que ofrecen una conducción política de libertad, emancipación y liberación nacional. Si analizamos la historia del hombre desde su origen, desde lo más primitivo, desde el derecho romano y su ley del talión, del ojo por ojo, desde la legislación soloniana que aparece en Atenas pasando por el oscurantismo de la Edad Media, por la revolución francesa, la industrial después, la colonización y genocidio en América por el imperio español, el portugués y el británico, franceses y europeos en general, el auge y caída del bolchevique hasta la actualidad, vemos que esta historia es el recuento de la lucha de clases que, a partir de diversas manifestaciones, tanto políticas, económicas y comerciales, constituye un régimen defensor de las prebendas de los dominantes o que busca superarlas. Vemos que parte de la historia de los hombres nada tiene que ver con la virtud, con la ética en el sentido del griego clásico, lo que tampoco significa que no podamos aspirar a ésta a partir de la movilización de la mayoría. La vida entera de los hombres, en cuanto integrantes de un colectivo mayor, de una clase social expresada y manifiesta a partir de grupos de intereses, actores, sujetos y organizaciones políticas, se reparte entre la lucha por la conquista y por la resistencia.

De un lado, tenemos la aristocracia, rica y siempre fuerte, con todos los recursos y del otro lado tenemos al trabajador, esa plebe que es numerosa y mayoritaria pero que incluso la mayor parte de las veces es también pobre e inorgánica políticamente. Es entonces necesario entender que en el proceso de construcción de un arte de poder, que derive en un arte de dominio de los trabajadores, de nada nos sirven los valores de la ilustración y una escolástica que traicionó la preocupación, interés y esperanza del trabajador. La nobleza y la evolución está en la lucha perpetua, sin descanso ni concesiones, contra las razones dominantes y el control que pretenden ejercer incluso más allá de la lógica y del tiempo histórico que se les agota. Por su parte, el movimiento popular tiene objetivos extraordinarios: romper con la obsoleta máquina del Estado capitalista y construir otro aparato dando soluciones concretas a los asuntos centrales para la edificación política, económica y cultural, etc., que reivindica nuestra democracia obrera, aquel régimen de los trabajadores que en tanto lo es niega la manera capitalista para así, de esta forma digo y sobre las ruinas de ese modo de hacer las cosas, crear una sociedad inclusiva.

Los que adoptaban una actitud escéptica ante el poder constituyente del pueblo como clase social y de esta manera con frecuencia lo traicionan

entregándolo a la conciliación con la patronal, en términos prácticos trabajan para la élite: cada vez que se dialoga, que se acuerda con los dominantes es porque ellos ganan: los dueños del capital no ceden en sus pretensiones ni en lo que consideran sus propios derechos. El neoliberalismo es la expresión política más clara al respecto. Entonces, como asalariados no nos queda más que batallar por el poder popular que para consolidarse recurre a la unidad en base a un proyecto alternativo que incluye a los que vivimos de un salario. Es imposible imaginarse que el capital y su Estado nos dejará llevar adelante y hasta las últimas consecuencias cambios estructurales a través de su régimen abstracto. Esto no pasará. Ni una sola cuestión referida a la lucha de clases se ha resuelto en la historia de otro modo que no sea por la violencia. De hecho, esta represión, la violencia en sus múltiples expresiones, siempre procede de la élite que tiene sus ventajas para ejercerla; es la que controla los medios necesarios para oprimirnos. Por lo tanto, aquel poder de decidir sobre la vida lo ejercerá desde las sombras pero también a plena luz del día, sin ningún escrúpulo. La casta política- empresarial se juega todo en defensa de su forma de vida e intereses.

Cuando los trabajadores nos movilizamos la élite ve esta participación como un gran peligro. Y como cada batalla es decisiva usa cualquier recurso con tal de acabar con las alternativas que el pueblo eventualmente pueda presentar. En este contexto se entiende la radicalización de la represión, el silencio cómplice ante los casos de corrupción que salpican a las fuerzas armadas o la indiferencia del gobierno ante las demandas del pueblo. Pero, la lucha de clases no llega por casualidad a su última fase- en la que tomamos en nuestras propias manos la construcción de la democracia popular- sino que este desenlace es consecuencia del combate librado contra el capitalista. Basta entender que la posibilidad existe, que es real, que está esperándonos. La democracia nos reafirma que la base para una política de cambio radical solo surge de la participación de la mayoría. Es decir, el único reaseguro para el éxito es la construcción del poder popular y la mejor escuela para ello es la movilización porque ésta es una forma de lucha que nos ayuda a tomar conciencia de lo que nos pasa. Quien no soporta esto- el que busque otras garantías para la transformación de Chile- no en el movimiento social sino en una cúpula burocrática altamente corrupta e ineficiente, quien defienda el modo de vida excluyente de la élite, etc., no cree en la democracia real. El problema no es que un grupo o sector menor en términos de representación se exprese; sí lo es cuando sus demandas contradicen los intereses de la mayor parte de la población. Por ejemplo, la batalla de las minorías sexuales o de los mapuches son válidas porque éstas crean derechos donde antes no existían y así profundizan en la convivencia democrática. En el caso de las marchas y expresiones de los representantes de la élite, de los latitudistas de la Araucanía por ejemplo, solo desata una jornada de polarización. Entonces,

para no caer presos de las "reformas" en la medida de lo posible deberemos entender que el régimen no es una estructura pasiva, formal y abstracta como la presenta el duopolio. Las instituciones públicas y las privadas, el gobierno, etc., desempeñan un rol central en la construcción de nuestra realidad. Esta función puede ser reaccionaria o popular según la clase que representen esas organizaciones. El programa efectivo del régimen popular es la *(r)evolución permanente*. Lo es en el sentido que Trotsky le da a este último concepto, el que toma del padre del socialismo científico; significa que la *(r)evolución* no se detiene, que es un combate de cada día, que debemos darla en todos los espacios donde se manifiesta el poder y que también acaba con la sociedad de clases. Entonces, la lucha por la democracia solo es tal cuando su fin último es el socialismo. De ahí se desprende otra lección: que es inadmisibles atenuar nuestra línea política para obtener una conciliación vulgar con la casta política, militar y empresarial que nos somete.

La posición protagónica que ocupa y desempeña el trabajador cuando toma plena conciencia de ser mayoría, de que además generamos la riqueza y que por lo mismo estamos en condiciones reales de poner en marcha el país pero también de paralizarlo, el atractivo que ejercen nuestros valores, la batalla por el fin de la educación de mercado, de la salud para unos pocos, la reivindicación de los derechos humanos y la exigencia por terminar con la corrupción, son acciones que nos empujan al poder: nuestra victoria implica la llegada de una democracia concreta, más profunda, la que involucra el carácter ininterrumpido de la *(r)evolución*, la negación del absolutismo del duopolio y la caída de la lógica del libertinaje del mercado.

Capítulo 3: Apuntes para una teoría social.

Las relaciones de fuerza y el ejercicio del poder global.

Tanto el Banco Mundial, el de Desarrollo como el FMI, y en realidad todos los organismos de crédito de carácter global como las instituciones que conforman ese sistema comercial globalizado en los términos del capitalismo y su lógica, son el resultado de la hegemonía de Estados Unidos que se queda con la parte occidental del mundo al ser uno de los triunfadores de lo que esa historia occidental conoce como Segunda Guerra Mundial. La creación de Naciones Unidas, que en sus orígenes buscó presentarse como garante de la paz y armonía entre los países del mundo, que buscó la seguridad a nivel global, tuvo en el ámbito de las relaciones internacionales, el establecimiento del dólar como moneda de intercambio. La *Conferencia de Bretton Woods*, que estableció la convertibilidad del dólar respecto al oro, y en ese aspecto buscó racionalidad en las estructuras del sistema comercial internacional que surgía, buscó convertirse en un reaseguro para que la divisa estadounidense tuviera un respaldo en ese metal. Pero, en la década de los '70, por la crisis del petróleo que se vive en los Estados Unidos y en los centros globales del poder en general, el dólar queda liberado de la atadura del oro. Una vez más, las reglas del juego y de las relaciones comerciales entre países es respetada solo en la medida en que favorecen los intereses de los países centrales. Caso contrario, éstas simplemente son adulteradas sin ningún problema. Por eso, es inexacto hablar en términos de *economía globalizada* porque ésta al final no existe. En otras palabras, un sistema económico implica reglas de juego institucionalizadas, que derivan en formas y de maneras del accionar de los grupos de intereses involucrados, implica estatutos, leyes y normas que sean por todos respetadas y eso, en el nivel de las relaciones internacionales que me ocupa, nunca ha existido. Lo que sí ha existido es dominio, países más desarrollados y estructuralmente dependientes que son sometidos a partir de leyes mediatizadas en función del interés de los centros globales de poder. Antes que poder hablar de *economía globalizada* hay que hablar de *sistema comercial global*, toda vez que las supuestas relaciones económicas globales, plenamente institucionalizadas, no existe, apenas hay relaciones comerciales entre países que se basan en relaciones de fuerzas que varían a partir de esa relación de fuerza. Es verdad que desligar al dólar de su convertibilidad logró zanjar esta crisis petrolera pero a partir de ese momento particular la fuerza y la hegemonía de los Estados Unidos por lo menos en términos comerciales declina. Por ejemplo, bajo el yugo neoliberal, la hegemonía y la supremacía de Estados Unidos, siempre en el campo comercial que a la larga también

afecta el campo de la política y cultura dominante, se viene desplomando a partir de Nixon debido a las consecuencias de esa medida, que produce un debilitamiento importante de su economía. La hegemonía de Estados Unidos declina porque deja de ser el gigante de la manufactura toda vez que la producción de bienes industriales se muda primero a Europa y después al sudeste asiático. Además, su régimen, altamente reaccionario, neoliberal a partir de Reagan e imperialista desde siempre, al igual que su propio Estado capitalista, dejaron de tener la fortaleza económica, comercial y financiera de otros tiempos, épocas tal vez más felices para el pueblo, pasando a ostentar un impresionante déficit fiscal que, de una u otra manera y más temprano que tarde, tendrá que ser saldado a pesar de los intereses de todos. Por eso, hoy se entiende que la supremacía de los Estados Unidos en relación al sistema comercial global se debe antes que nada a su poderío tecnológico-militar que sí está más allá de cualquier desafío. Por eso, ante la pérdida de la primacía comercial, económica e incluso financiera respecto a otros países centrales, los Estados Unidos se aferra al único poder que es capaz de resguardar su hegemonía histórica, es decir, al complejo industrial y militar que lo capacita para una intervención militar rápida y efectiva en cualquier zona del mundo. Estados Unidos, de manera cada vez más frecuente y reaccionaria responde con una presión permanente sobre los gobiernos más débiles, le sean o no afectos políticamente, incluyendo la posibilidad de cambiar los regímenes nacionales que no comulgan con sus intereses, incluso a través de la amenaza de invasión. En muchos casos, esta amenaza, en especial en la zona del Oriente Medio, se concreta para hacerse con el control del petróleo. Dada su política imperial, Estados Unidos siempre debe tener un enemigo externo que represente una amenaza mortal para el régimen imperial porque así justifica su acción y reacción en el ámbito global. Por eso, finalmente, Estados Unidos recurre a otras formas de presión, que son más sutiles y mediatizadas, y que no por ello dejan de ser menos efectivas o brutales. En ese contexto, hay que entender las acciones, la ideología y las concepciones ideológicas de los organismos de créditos globales que juegan a favor de los intereses de los centros globales del poder, de los que Estados Unidos es un fiel exponente, defensor y un tipo de garante de última instancia.

Esta forma de accionar respecto a las relaciones comerciales globales, a partir de normas mediatizadas y estratégicamente simuladas, no deja de ser menos brutal precisamente porque las políticas de ajustes del Fondo, solo por poner un ejemplo paradigmático, obliga a los regímenes políticos nacionales, altamente dependientes de los dogmas de los grupos dominantes, a aceptar el catecismo neoliberal y las consecuencias que conlleva como posibilidad única e instrumento válido para salir de una crisis. De hecho, este catecismo conservador, que está siempre al acecho cuando se trata de defender sus privilegios y granjerías que derivan de las ventajas de la sociedad capitalista

de producción- distribución, se impuso además sobre los países desarrollados con motivo de la crisis financiera global que derivó, como era de esperarse, en una crisis que también fue comercial, económica y social. De esa manera lo atestiguan los millones de desempleados. Este artículo en realidad trata de mostrar que bajo las directrices de la hegemonía y primacía política, militar y cultural de Estados Unidos, al igual que en cualquier otro sistema comercial global unipolar en términos del ejercicio del poder real, el mundo entra en una espiral donde la perversión de la economía y su dogma, de las relaciones comerciales, la política y sus fuentes de hegemonía y poder, los sujetos y los actores sociales y políticos de relevancia e incluso las relaciones humanas constituyen la regla, no la excepción. Aunque el sicariato es una antigua profesión humana y matar por encargo no es nada nuevo, se impone ante las formas de manifestación de las políticas imperialistas que buscan el control global de los intercambios comerciales, de la propiedad de los recursos y de los diversos servicios financieros que son parte de toda una red compleja que constituye el sistema comercial global bajo las condiciones neoliberales. Hoy la tradición del sicariato en realidad no languidece sino que por el contrario se convierte en una respetable profesión que atiende clientes de todo tipo y de todas las clases. Por ejemplo, el sicariato hoy tiene relación directa con las mafias de la trata de personas para someterlas a trabajos forzados, de tipo sexual, tiene que ver con el negocio del narcotráfico, con los ejecutivos de algunas corporaciones que ven sus carreras obstaculizadas por un rival y con líderes políticos que aspiran al poder. Pero también existen los sicarios que sin matar directamente son igual de letales porque tienen la misión de marcar a sus víctimas. Después, a otros corresponderá el trabajo sucio. En fin, estas acciones son muy comunes en la forma de la política de países como Estados Unidos que, aunque muchas veces directamente es quien asesina otras veces les basta con satanizar a los elegidos para que se conviertan en el blanco de otros sicarios. Ahí es cuando el trabajo final, la muerte del que obstaculiza los intereses de la potencia hegemónica puede venir de mano de mercenarios con fusiles de mira telescópica, o de la 82 División Aerotransportada del Ejército de los Estados Unidos. Al fin y al cabo se trata más o menos de lo mismo. Si hacemos un poco de historia reciente, vemos que fueron por lo menos unos cincuenta mil niños los que murieron en Hiroshima apenas en los primeros minutos de un ataque espantoso que liberó por vez primera toda su energía nuclear sobre la población. Y por más que los Estados Unidos intente justificar esa atrocidad, no había razón para cometer ese crimen. Pero, los Estados Unidos, ahora origen de miles de catástrofes, guerras, invasiones y muertes por doquier, necesitaba sentar precedente frente al mundo como el más cruel de todos los imperios que padeció la humanidad. Es decir, en esa nueva etapa de emergencia de lo que luego conocemos como hegemonía de los Estados Unidos, la nueva potencia precisa la obediencia de los súbditos y

aliados. Consecuentemente, a través de este crimen y de otros tantos, exigía con el terror de otros al saberse la primera potencia nuclear, al saberse dueño del infierno nuclear. A partir de ahí, todo el mundo se convirtió en víctima de la infamia de las políticas auspiciadas desde los centros globales del poder, representados sin dudas por la nueva hegemonía de Estados Unidos. A partir de ahí fueron los creadores de una infinidad de monstruos. Para el caso, Bin Laden fue hijo de la política imperial. También dictadores y genocidas como Videla, Pinochet, los paramilitares colombianos, mercenarios de todas las regiones y los dictadores del Caribe. Ellos también son hijos de la forma en que los Estados Unidos se desenvuelve a nivel global. Sin duda, son quienes destituyeron a Perón, los que asesinaron a Allende y Torrijos, que invadieron Granada, Panamá, sembraron de drogas algunos países latinoamericanos y bloquearon, sin ningún miramiento, al pueblo de Cuba.

En Latinoamérica infringieron muchas heridas y catástrofes tremendas por sus consecuencias. Muchas veces se apropiaron de nuestras tierras y de los recursos naturales y energéticos, de nuestros alimentos, se hicieron con la esperanza del trabajador y dejaron un saldo sanguinario de víctimas que se expresa en el sacrificio de miles de mártires. Sus invasiones se convirtieron en latigazos que nos recuerdan que todavía vivimos condicionados a pesar de las tremendas demostraciones de soberanía que somos capaces de manifestar. Bolívar, libertador de los libertadores, en algún momento nos dijo que ellos parecen destinados por la providencia para llenar a la América de oprobio. No se equivocó y el combate, de una o de otra forma, continúa mientras el imperio hipócrita tiene entre su arma más eficaz el uso del terrorismo. En esas circunstancias, es cuando se nos revela que no es posible la convivencia de largo plazo entre el Estado capitalista y los regímenes que lo sustentan en relación al humanismo porque este último es una etapa que reivindica el bien común. Entre ambos, siempre en el más largo plazo, así nos lo demuestra el reformismo, no puede haber equilibrio ni en lo económico ni en lo social ni en lo político porque la razón de ser del Estado capitalista y su naturaleza es la acumulación privada de capitales sin miramientos, a como de lugar, es el crecimiento, gradual y constante, que no acepta ningún límite real porque, en ese contexto de acumulación, de la suba de la tasa media de la ganancia, la productividad y el lucro a cualquier costo, cualquier límite lo considera una fuerte agresión y arremete en consecuencia contra esos límites. Sin embargo, es necesario que los sectores populares, de convicción revolucionaria, acaben con la lógica del capitalismo encarando los cambios a partir de la gestión y el control del régimen político. Son los sectores y actores representativos de los intereses de las corporaciones, de los dueños de la tierra y recursos, de los factores de producción, los que dirigen a los actores de la oposición a los regímenes populares que intentan, con las armas de la democracia instaurada por los grupos dominantes, profundizar en los derechos y en las conquistas

del trabajador para dejar atrás, en beneficio de esas mayorías, el formalismo de la democracia que busca desmoralizar y desmovilizar. Cuando el proceso de cambios está en marcha es precisamente en las elecciones donde se decide gran parte el destino de nuestros países en el sentido de si profundizamos o no en los cambios que nos lleven a un humanismo radical cuyo centro de gravedad es el derecho al disfrute de todos a una mejor calidad de vida. Me impresiona la capacidad del Estado capitalista y de su falaz economía del librecambio para sobrevivir, para reciclarse y para continuar su control sobre la mayoría. En un acto desesperado y autoritario los “progresistas” y cínicos “izquierdistas” viendo esta realidad despotrican contra los trabajadores, tratándonos de sometidos, de borregos y no sé de cuántas cosas más; hasta nos hacen responsables a nosotros de sus propios fracasos. Me refiero a los que no votamos ni por ellos, ni por el duopolio ni por nadie: no creemos en sus propuestas, en su “democracia” o en su sistema político. Entonces, en vez de plantear su propia autocrítica nos dicen que con nuestra actitud le hacemos el juego a la derecha, como si ellos no lo fueran. No creo en ese diagnóstico porque el asunto de la transformación radical, de la (*r*)*evolución* digo, es muy complejo: el neoliberalismo es tan eficiente en términos de dominio, como régimen que resguarda la acumulación privada de los capitales, que vuelve inviable incluso la democracia representativa. De hecho, el actual sistema de democracia “en la medida de lo posible” que caracteriza a Chile, que además trae aparejada la idea del fin de la historia y de la lucha de clases, reduce los espacios participativos, promueve la concentración del poder, la formación del duopolio y la contradicción entre la movilización e institucionalización. En este marco, el pluralismo se concibe como una disputa entre élites, que implica la restricción de los modelos de participación en favor de un falso consenso controlado por los poderes fácticos para imponer sus gobiernos neoliberales, ilegalizando la posibilidad de organizarnos sobre otros valores.

Como hoy el sufragio no sirve de nada para los trabajadores- no por lo menos para los que buscamos alterar de manera estructural el sistema- nos permiten votar. En estas condiciones el voto le sirve a los sectores y a la clase dominante para legitimar su “democracia” participativa. Por el contrario, cuando el voto sirve lo prohíben y surgen las dictaduras. No tengo dudas que de una u otra manera la mayoría de los que no votamos lo entendemos de esa manera. En todo caso, esto no significa que el 60% de los chilenos que no sufragamos, que no les creemos a los políticos ni a sus partidos, estemos por la revolución social. En eso consiste crear poder popular: en que la mayoría de los que no participamos de esta farsa de la “transición” entendamos que el cambio radical implica no solo la negación de la “democracia” representativa sino también la construcción de una directa, participativa, del trabajador, donde no hay cabida para los mal llamados “dirigentes” y “representantes”, personajes funcionales al capitalista, sino donde son integrados plenamente

los delegados y voceros del pueblo. Es decir, no necesitamos ni quien nos dirija ni quien pretenda representarnos; nos urge luchar por la *(r)evolución permanente*, donde el vocero es quien caracteriza al nuevo orden, el de una democracia participativa. Siendo así, antes que elecciones que son apenas una forma de combate (no en el caso de Chile por el carácter increíblemente autoritario de nuestro régimen heredero de la dictadura) debemos batallar por un proyecto social, nacional y popular que encare lo más universal y también lo local, es decir, las necesidades de los trabajadores. Solo en ese contexto de creación de poder popular, de profundización de la democracia a partir de la consolidación de los derechos de los trabajadores, de la inclusión de éstos y la defensa de sus intereses es posible combatir contra la reacción, la presión, la hegemonía y represión de los intereses de los trabajadores en el ámbito de las relaciones comerciales globales. Entonces, no parece tan razonable ajustar contra las mayorías al tiempo que los centros globales del poder, siempre auspiciados por los clanes familiares más reaccionarios, no dicen nada sobre la existencia de paraísos fiscales que permiten que los que más tienen no paguen impuestos mientras el grueso del financiamiento del sector público queda en manos del trabajador a partir de impuestos regresivos como el IVA.

A estas alturas tendría que estar claro que un régimen político es más democrático cuando incluye, a través de la defensa y construcción de nuevos valores y derechos, a sectores sociales que anteriormente, vía exclusión del mercado del trabajo en particular, se les niega el derecho a la ciudadanía a partir de una democracia meramente formal y carente de los más elementales derechos, conquistas y su tangibilidad. En última instancia, es lo que define la grandeza o pobreza de nuestros regímenes porque en el régimen popular, máxima aspiración del humanismo en esta etapa histórica de definiciones, hay que contar con los medios necesarios para gozar de una aceptable calidad de vida que reivindique la propiedad y el bien común pero, ante todo, la primacía de la vida por sobre toda otra consideración. Las transnacionales, una vez que logran absorber las propiedades más pequeñas, convirtiendo a sus antiguos propietarios en vasallos y esclavos, atentan contra la mayoría y sus intereses desde el momento en que condicionan el desarrollo en favor de los intereses de los grupos minoritarios pero dominantes. Por eso, se exige por lo menos un control democrático de la gestión de esas grandes corporaciones de la energía, alimentación y desarrollo industrial y servicios. Con el monopolio desaparece el hombre sobrio y frugal del primer tiempo y así transmutan los valores que a partir de ahora son prostituidos bajo las directrices de una razón capitalista dominante. Con la desaparición del propietario más pequeño, de su empresa y factoría, su artesanía y valores, también desaparece una cultura del trabajo reivindicándose siempre a expensas de la mayoría un capitalismo que defiende un régimen de minoría enriquecida al tiempo que encontramos una mayoría de esclavos, de libertos y hombres miserables. Otro Estado, otro

régimen nació con la concentración de la propiedad mientras esos cambios se expresaban, como la lógica manda, en nuevas organizaciones republicanas. Esas instituciones se vuelven estructuras que empobrecen la cultura, el bien y las necesidades materiales- simbólicas del hombre, se vuelven formas que expresan, en la práctica y en potencia, la tiranía de las relaciones sociales y políticas dominantes reforzadas por el vicio de la minoría, la mezquindad, los intereses de la acumulación privada del capital y la debilidad de los intereses y maneras de resistencia del trabajador ante la caída de sus derechos. Hoy el afán reiterado y secular de los sectores privilegiados de convertir la situación de la mayoría en una anécdota, en una cuestión inevitable que los dioses compensan en otra vida, fracasó por completo. Antes bien, me parece que la razón neoliberal está condenada a desaparecer por la inconsistencia de su base, por la responsabilidad que le cabe en la caída de la calidad de vida del trabajador y la corrupción e ineficacia, bien notable, de las instituciones que supo conseguir. El régimen hoy es más equitativo cuando logra mejorar la calidad de sus instituciones pero, también, cuando alcanza un equilibrio entre su estructura republicana y la distribución equitativa de los bienes materiales, culturales y simbólicos que se producen socialmente. Esforzarse por ampliar, defender y militar en beneficio de la tangibilidad de las libertades públicas es correlativo a romper el cerco de la desigualdad que desde antaño asfixia la realidad del pueblo. Una desigualdad que viene no de décadas sino desde el origen de nuestra vida independiente. Estoy hablando de cierta desigualdad e inequidad que asume una perspectiva que se expresa en la concentración en pocas manos de la riqueza material que se manifiesta en la concentración monopólica de la circulación de la cultura, valores, palabras, imágenes y representaciones de la realidad, del pasado y futuro que asumimos como verdadero: el neoliberal busca aislar las garantías constitucionales, el tema de los derechos humanos por ejemplo, y convertirlos en derechos formales a excepción por supuesto de cuando se trata de la primacía de la propiedad privada por sobre cualquier otra consideración. Aparece la intangibilidad de los sacrosantos contratos comerciales que de la forma más solapada posible solo busca la apropiación minoritaria de los bienes y riqueza en general que es socialmente producida. Frente a este hecho concreto, de que la riqueza de las naciones es socialmente producida, ya no se trata de saber cuál de las teorías y doctrina dominante es la más hábil o ingeniosa, sino que se trata de denunciarlas porque consideran al sujeto como mera mercancía al servicio de ellos. En otros términos, estos paradigmas e ideología dominante hipoteca y usufructúa de las necesidades, tantos materiales como espirituales, de las mayorías monopolizando la lógica de las relaciones sociales de producción, la patria potestad, riqueza, el trabajo o esfuerzo que son frutos de un régimen altamente irracional en manos de los tecnócratas.

El monopolio que ejercen sobre la propiedad de la tierra y el capital, sobre los medios de producción y la mercancía, ya hace mucho que entró a la historia del hombre en la categoría de las más graves injusticia social. Una vez consolidado el Estado capitalista como modo de producción, éste se vale del régimen en sus múltiples modalidades, para acrecentar la ignorancia de los trabajadores, del sector popular en general, que es el corolario obligado de la concentración en todos los ámbitos, tanto económico, político, social y cultural al que, de una u otra forma, nos induce el capitalismo. El problema es que la ignorancia nos desmoviliza al hacernos casi imposible la búsqueda de nuestro horizonte, nos llena de prejuicios y de groserías, de supercherías y supersticiones que favorecen a los conquistadores de utopías. Se perjudica la calidad democrática de nuestras instituciones que implica la denigración definitiva de nuestra forma de gobierno y todos los actores protagónicos en la formación de la agenda. La ignorancia nos imposibilita comprender que la enseñanza dirigida por el credo y la fe dominante, cualquiera que éste sea, es imposición y bajo ningún aspecto constituye enseñanza, cultura y valor, una ética que defienda al hombre como ser genérico. La ignorancia nos impide, de todas las formas posibles, la comprensión de la verdad que no consiste, al modo dominante, en la imposición de una creencia o de una idea determinada por racional que nos parezca, sino en la libre y sincera investigación de una verdad que reivindique la vida del hombre y a través de ésta sus necesidades. La ignorancia nos impide comprender que la gestión popular, como máxima expresión del ejercicio de la pluralidad y la calidad institucional del régimen, no tiene dogmas determinados de por sí porque la historia es un continuo devenir donde solo pueden aspirar a tener cierta coherencia, tanto práctica como teórica, el saber que defiende la vida del hombre, sus necesidades que van desde la vestimenta, alimentación, un techo, educación, salud (...) hasta creer o no en un ente superior, en una espiritualidad acorde a sus formas de vida. El problema es que también la ignorancia nos impide ver como la clase patronal, ante la falta de razón de su postura política, están condicionados, limitados e incluso incapacitados, para la especulación filosófica y más aún para la praxis política. Sus discípulos e intelectuales se dedican por entero y en exclusividad a los afanes de la politiquería verbal, a la superficialidad y la estrechez de un egoísmo y arte de dominio que ya no da para más porque, antes que responder al interés de la mayoría, solo le importan la cosmovisión de la élite. Las instituciones solo importan porque son instrumentos para hacerse con la posición del poder. Visto esto, el maniqueísmo de estos grupos los lleva a romper los contratos e incluso a manipular las instituciones para garantizar dividendos y negocios; dejan de recurrir a su retórica republicana y democrática, para usar otra oratoria, la de los mercaderes, de los traficantes de ilusiones o la de la brutal violencia que destituye líderes y cercena nuestro desarrollo. En el caso del 2001 en Argentina fue confiscado el ahorro de los

sectores medios, sus salarios y hasta sus propiedades, todas medidas ilegales e inconstitucionales, que no respetan el derecho a propiedad. En realidad lo hace porque estas políticas de emergencia defienden la propiedad de los dueños de Argentina, del mundo. Es una cuestión de prioridades. Así es como, en momentos de crisis, de la caída de la tasa media de ganancia del capital, los sujetos, grupos y actores dominantes retroceden inclusive en la legalidad por ellos instituida privilegiando la defensa corporativa de intereses altamente perjudiciales para el desarrollo equilibrado. Siempre preocupados por la calidad de las instituciones se desentienden de la tradición liberal, esa venida del iluminismo y de la revolución francesa, a la hora de poner en cuestión las prácticas e intereses que generan el envilecimiento de esas instituciones. Por ejemplo, la concentración monopólica de los medios de información les resulta compatible con la libertad de expresión y llegan a la osadía de proclamarse paladines de la libertad, del periodismo independiente y los intereses de la Patria pero al mismo tiempo toleran la corrupción y el envilecimiento de las instituciones armadas y policiales como un mal menor ante el avance de la delincuencia, el narcotráfico o la inseguridad.⁶

Es importante resaltar, desde el punto de vista de la calidad y garantía de las instituciones y políticas públicas, que la idea ética, como la jurídica, comercial, económica, cultural, religiosa o artística, siempre reflejan en toda época el estado de beligerancia social entre los segmentos, sectores y clases que constituyen al Estado y al régimen que le corresponda. Por lo mismo, que la *fuerza de trabajo* es una mercancía única, que crea valor agregado en su proceso de producción, esa misma mercancía que crea valor y riqueza, en manos de los sectores históricamente dominantes, implica la degradación no solo del trabajo sino también de la estructura democrática con la que el hombre busca convivir de la mejor forma posible. Por eso, en el proceso de cambio que contemple una institucionalidad de mayor y mejor calidad, hay que librar una batalla sin cuartel contra los que pretenden seguir viviendo y reivindicando un régimen que se forma a expensas del usufructo del trabajo ajeno. De esa aptitud, potente, libertaria, soberana, equilibrada y democrática en su mayor expresión, nacerán mejores formas de convivencia, los valores y

⁶ En el caso concreto de la inseguridad, el problema es que si bien desde hace mucho las fuerzas armadas y policiales nacen para custodiar los bienes y la propiedad de las personas y sus derechos, éstas fueron instituidas desde una profunda ideología política de clase que las convierte en fuerzas represivas y de choque contra los sectores pobres. Fue la dictadura de seguridad nacional la que llevó esta cuestión a límites intolerables. Luego el narcotráfico vino a agudizar los problemas en este ámbito facilitando envenenar a la policía, el ejército y las fuerzas armadas en general, que conviven de forma cotidiana con quienes están en condiciones de corromperlas. Una de las tareas más comprometidas para los sectores de la cultura popular, es la de convertir esa inercia de violencia y criminalidad, que logró capturar una parte no menor de las fuerzas policiales y armadas, sabiendo, como lo sabe, que sin tocar los núcleos estructurales de la impunidad la que queda comprometida es la democracia y gestión de los trabajadores.

cultura popular donde los trabajadores, a partir de la gestión democrática y plural, organiza el régimen y el Estado más perfectible.

Enemigos y adversarios políticos.

Bajo el riesgo de caer bajo las falacias altamente mitológicas del saber dominante, riesgo siempre latente entre los sectores populares que resisten el embate de la reacción, de los defensores del interés de la minoría que hace referencia a una lógica estructurada a partir de la idea política de los amigos y enemigos, que además en determinada etapa de la historia se convierte en el sustento ideológico para la persecución de los luchadores sociales, para la violación de sus derechos humanos, hasta los elementales, no nos es posible hablar del *adversario* en términos de considerarlo como *enemigo*. Incluso, el mejor manual de estrategia- acción política, el marxismo como fundamento de la primacía del derecho a la vida del trabajador y como ética en favor de la mayoría, no nos permite mencionar a nuestro adversario como enemigo. Eso supone caer en la lógica de los actores dominantes, los más reaccionarios, y por eso su vialidad es contraria a la cultura popular. Supongamos que los sujetos de la vida democrática, que buscan incidir de la manera altruista en la definición de los problemas que se perciben como socialmente importantes, sobre la agenda que constituye en este proceso al régimen, se desenvuelven políticamente en esa lucha buscando cumplir y desplegar sus acciones con todas la de la ley, con los postulados de las buenas costumbres y los códigos de convivencia universalmente aceptados, dentro de la disputa democrática por la primacía de los intereses de unos u otros. Supongamos que es auténtica esa postura de los sectores dominantes en cuanto al llamado al diálogo entre patrones y trabajadores. Sin embargo, en este punto es necesario que seamos capaces de distinguir entre los adversarios y el enemigo aunque, en la praxis política, tampoco es aconsejable tratarlos como enemigos dado los riesgos que implica en términos de democracia y tolerancia. Consideremos todo esto pero al final cuando se trata concretamente de la llamada acción política, de la forma de desenvolverse de los actores hegemónicos y relevantes en cuanto a la definición de la agenda pública, vemos que éstos, por más democráticos que se muestren de cara a los ciudadanos, en definitiva, actúan en términos claramente conservadores. Por eso, en realidad, los adversarios políticos del régimen nacional y popular no difieren en lo fundamental en su accionar del enemigo de ese régimen aunque el análisis del comportamiento de ambos es central. Los grupos de interés dominantes actúan de manera anti democrática y conservadora porque la propia definición del sistema político que los anima es excluyente en la mayor parte de los sentidos. Establecen una genealogía de la sociedad civil que queda controlada por las necesidades de los mercados de consumo o del trabajo, por el mercado capitalista en general que reclama

la no intervención del sector público en la economía y la desregulación de las actividades económicas- comerciales: se remite a la peor historia política del liberalismo y su despotismo, sea o no ilustrado, se remite al hombre pensado como mercancía, como fuente del valor y acumulación privada de capitales soslayando el valor del hombre como ser racional, con necesidades éticas y espirituales pero en primer lugar con urgencias materiales. El neoliberalismo se mueve en las fronteras de la reacción porque fundamenta al hombre en base al uso y beneficio del automatismo y la libertad del mercado observando solo el valor e interés acorde con la acumulación privada de capital. En ese contexto, reaccionan los regímenes populares que, negando las directrices centrales de los neoliberales, de los adversarios y enemigos de la cultura, buscan construir una gesta emancipadora que centralice sus necesidades en los valores de los trabajadores y en el bien común.

El enemigo del desarrollo con inclusión, el enemigo de la soberanía, que entre otros hitos incluso puede terminar con la dependencia respecto a los organismos de créditos globales en general, los enemigos de los juicios contra los genocidas o contra las políticas sociales de mayor dignidad (...) no está disperso. Es cierto que el enemigo del pueblo y la democracia inclusiva, se encuentran en decadencia pero la estructura del poder real, que ejercieron sin contrapesos durante más de doscientos años, sigue en pie, accionando y reaccionando contra esa política que los obligue a dar un paso al costado en beneficio del interés común. En otras palabras, los enemigos del gobierno popular, desde todas sus trincheras, continúa resistiendo al régimen porque no pueden admitir que en este período entramos todos los trabajadores, esta vez sin exclusiones. La oposición, que se expresa política y económicamente a través de una infinidad de recursos, tuvo su oportunidad de gobernar y lo hizo a expensas de los intereses de las mayorías. Después tuvo muchos años para repensar su lugar y tampoco le fue bien. Con la caída en desgracia del neoliberalismo a ultranza también cayeron en desgracia sus líderes y tomas de posiciones fuertemente ideológicas. De todas formas, aún hoy muchos de esos actores como los principales estudios de abogados, el episcopado de la iglesia, las universidades privadas, las centrales empresariales y los medios de comunicación e desinformación de capital privado, siguen siendo actores excluyentes del pensamiento conservador y de las recetas mercantilistas precisamente ante la caída de los adversarios políticos del régimen que en su desesperación no logran construir una estrategia democrática y racional para enfrentarse a los trabajadores. Los que priman son los enemigos, esos actores conservadores que están dispuestos a todo en defensa de antiguos intereses. Demostración palpable de ello es que mientras los enemigos del gobierno popular se movilizan de todas las maneras posible dado el contexto político de la lucha entre patrones y trabajadores, los partidos que representan las formas de vida de estos espacios de poder quedan relegados a segundo plano.

La banalidad que los anima en cuanto a las referencias a la *cosa pública*, al bienestar común, de los valores de la cultura popular, es a esta altura el único patrimonio que tienen buena parte de los referentes de esos grupos de poder. Por ejemplo, los sectores políticos dominantes que representan al poder real, a los enemigos del régimen popular, nos quieren mostrar la acción y la praxis política, que se constituye a partir de espacios diversos donde encontramos una infinidad de actores y de sujetos que representan determinados espacios de poder e interés, en términos de un discurso simplista que es funcional a los intereses de las corporaciones, es decir, centrado en la imagen de líderes que no tendrían relación alguna con la práctica política colectiva concentrándose en el aspecto subjetivo y personalidad de los dirigentes políticos en cuestión. Sin embargo, para desgracia de la lógica de los grupos y sectores dominantes, los trabajadores no son simples consumidores pasivos, que no piensan y no razonan, por eso no entran en la calificación de éstos. Por eso, están aislados en cuanto a la realidad que pretenden mostrar e imponer. La realidad es lo contrario en el sentido que el entramado colectivo, los sujetos políticos que actúan en el régimen político para así intentar mejorar sus posicionamientos dentro de éste, que dan lugar a fenómenos de representación política, nos demuestran que existe un gran vínculo entre el liderazgo del dirigente y las organizaciones sociales, que son las representantes de los trabajadores, que permite asociar el lugar de la toma de decisiones del gobierno nacional con los de la agrupación social que hace valer su interés. Ese vínculo entre estos actores, el líder y organizaciones populares, es un atributo imprescindible a la hora de pensar la acción política en términos de gestión de los trabajadores.

Esta elección y facultad de pensar y de juzgar con un criterio político rectificado las acciones del enemigo, de las corporaciones como estructura de poder, se basa en el criterio de la experiencia que funda cada experiencia, cada acto, y la realidad de la que los sectores concentrados de la economía rehúyen porque les es adversa. Necesitan falsear la realidad, envilecerla y degradarla en todos los ámbitos, para que no tomemos conciencia como pueblo que la profundización del modelo es posible pero, en primer lugar, es necesaria. Y quien lucha por el cambio le impone de una u otra manera el sello de su ser a las estructuras y organizaciones políticas. Precisamente, en los años de cambio, de inclusión, garantías legales y constitucionales, de la auténtica libertad de los trabajadores, cambia la realidad del país y también el nivel del protagonismo colectivo. Ahí reside el vínculo entre el liderazgo y la organización popular. A partir de ese momento, los partidos, los sindicatos y movimientos sociales, las asociaciones profesionales y empresariales, ocupan el lugar que les corresponde en la escena política. La pregunta planteada de cara a ese contexto es entonces si los adversarios políticos, lo que conocemos como oposición, creen que están en condiciones de seguir haciendo política partidaria auspiciados por los actores enemigos de los trabajadores, es decir,

si pueden hacer política a la sombra de los intereses de unas pocas empresas privadas que son las que concentran el gran capital nacional y transnacional. En ese caso, deberían creer que los trabajadores y los lectores de los medios de comunicación, no sienten, no razonan. Pero, hemos visto que no es así. El enemigo del modelo popular, en su ceguera y fanatismo por defender sus privilegios de clase, no es capaz de percibir, en su real dimensión, que hay importantes grupos que se sienten parte del proyecto. La razón es simple: esos sectores, en general de la clase media urbana, consideran que sus intereses son comprendidos por el gobierno popular. Es que muchos de esos grupos de la peor forma, es decir a partir de las crisis, se dan cuenta que a ellos, tarde o temprano, también les afecta la situación interna del país, la forma en que es administrado y la manera de ejercicio de la política.

En las sombras de las estructuras que definen el ejercicio del poder, los enemigos del movimiento popular siguen estando, visibles o agazapados, de acuerdo a las circunstancias. Siguen ahí con sus medios de comunicación, rencores, privilegios, con sus empresas y su tremendo capital, sus medios de producción, su lógica, con su poder de lobby y sus tecnócratas, dispuestos a reforzar las directrices de la tecnocracia, de la banalidad política y de la complacencia respecto a la corrupción endémica del régimen que conllevan las estructuras neoliberales. El que estén y que seguirán estando nos explica en su real dimensión el hecho de estar atentos, sin triunfalismos de ninguna especie, nos explica la posibilidad que los trabajadores insistan en el arte de poder pero, en primer término, en la resistencia porque es precisamente ésta, la resistencia, la que define las posibilidades concretas de ir más allá, en favor del bien común. Que estén y que seguirán estando implica que nadie baje la guardia frente a la reacción de esos grupos concentrados, que nadie de por victoriosa la batalla antes de que ésta se desarrolle porque el error táctico puede deparar sorpresas graves que cercenen nuestro futuro por largo tiempo. En el análisis sobre la realidad del Estado capitalista y del correspondiente régimen que le asiste en sus dogmas, convicciones, intereses y necesidades, lo primero que vemos es la crisis de las formas en las que se manifiesta, se expone, rebela y exterioriza la acumulación privada del capital en su forma neoliberal. En esta condición urge detectar las causas de las crisis. Las causas son la caída del fundamento primero del neoliberalismo que afecta al sistema comercial globalizado en su conjunto y a la economía real porque desde hace tiempo, de la peor manera, hasta los países más desarrollados se abocan a la tarea de terminar con las conquistas de los trabajadores conseguidos durante el régimen de bienestar. Es una crisis del sistema, es decir, que se produce frente a la caída de la tasa media de ganancias del capital y que se expresa también en la ética, en la acción política de los sujetos. Se manifiesta en la ética y la moralidad que buscan solventar ideológicamente las posturas cada vez más reaccionarias del tecnócrata y sus necesidades artificiales. Entonces,

la moral como la ética, recordemos que los dominantes antes que carecer de ésta son amorales, se encuentra ligada a las maneras en que se expresan las relaciones sociales. Alguna vez un clásico postuló que: *la condición humana son las relaciones sociales*. Por ahí va el centro del problema, es decir, *la crisis es del hombre del capitalismo, de las relaciones capitalistas*. Son las relaciones de producción erigidas por el Estado capitalista las que producen al hombre que se convierte en depredador de sí mismo y de la naturaleza, que así produce un ecosistema violento, más allá de cualquier equilibrio razonable entre el desarrollo de la Humanidad y la naturaleza que pueda perdurar en el tiempo para el disfrute de las siguientes generaciones. Se piensa en términos de corto plazo porque si hiciéramos lo contrario, es decir, si viéramos un poco más allá, en un plazo más extendido, necesariamente se deduce que el Estado capitalista no es viable económicamente ni es sustentable en términos de crecimiento por la depredación que produce en la naturaleza y en las formas de vida. Por eso, además, las maneras capitalistas están condenadas a desaparecer. Los sectores dominantes lo saben. Por eso, en su desesperación recurren a la opción neoliberal. El problema es que el neoliberalismo es una patología tanto a nivel individual, del sujeto, como a nivel colectivo, cuando nos referimos a la lógica sobre las que se fundan las relaciones sociales de producción y distribución. Por un lado, el neoliberalismo es la manifestación política de una fuerte patología psíquica, una exacerbación de lo macabro y del odio por la vida, por la primacía de éste en la construcción de un régimen equilibrado, es por eso que el oligarca necesita, de una u otra forma, derribar la máscara de lo civilizado y de lo que se pretende lógico- racional. Aparece la capa sádico-perversa del carácter social, siempre producto elaborado del capitalismo que es la base psicológica del tecnócrata cuya misión es ahogar la manifestación del humanismo que el trabajador construye en el proceso de libertad porque aquel es contrario a los intereses de la acumulación privada del capital. Nos encontramos con la lógica de los amigos y enemigos porque, en este proceso de control, se hace ya necesario crear un enemigo que origine reacciones de odio y justifique liberar las conductas más crueles que yacen en las tinieblas del alma del ser colectivo para que así no se imponga el derecho a la vida y el respeto por nuestros semejantes y sus múltiples necesidades. De un lado están los amigos, los que reivindican los valores de las minorías, la seguridad jurídica en favor del gran capital y, en general, los defensores de la sociedad occidental, creyente y civilizada. Del otro lado, todos nosotros, los enemigos, los que somos parte de la cultura popular y no estamos dispuestos a ceder nuestro derecho elemental en favor de intereses que nada tienen que ver con el bien del pueblo. En este contexto signado por la lógica de los *amigos- enemigos*, los medios de comunicación son empleados como forma principal del discurso de las corporaciones en la defensa de su interés. Esos discursos a su vez rivalizan con sus métodos contra el pensamiento lógico

buscando redireccionar y darle otro sentido a la opinión pública. El discurso político dominante- que se expresa a través de los medios de comunicación- es una forma más de expresión de estos sujetos pero que en sus presunciones de verdad válida para todos, absoluta, buscan imponer su realidad sobre los hombres, es decir, intentan imponer sus necesidades, militando en favor de la banalidad, del consumo desenfrenado, fuertemente auspiciado por los relatos artificiales, que también omiten las crónicas del pasado, que son parte de la historia más rica, para mostrarnos una serie de banalidades que reivindicán conductas individualistas, que orienta el flujo de la emoción y sincroniza una forma de pensar basada en una matriz bien conservadora. El problema es que en las democracias formales y abstractas desarrolladas, típico producto de los grupos neoliberales, la opinión pública importa mucho. Interesa porque es una de las formas cotidianas a través de las que los dominantes refuerzan su visión del mundo y de la realidad: los medios de difusión son una fuente a partir de la cual el trabajador, también los excluidos, condicionan su forma de interpretar la realidad que queda presa de ciertos límites que nos impone la racionalidad y los intereses de las élites. La opinión pública pasa a ser una imposición de información respecto a un tema concreto donde muchas veces el tratamiento y la importancia de ese tema también es una carga, un abuso, obligación y tributo que se debate públicamente, se convierte en una cuestión socialmente importante.

Además, es un secreto a voces que la patronal y los grupos de interés a partir de los que se organiza social y políticamente, solo busca aplastar a los líderes populares en particular y las gestas del trabajador en general. Así ha sido durante todo el transcurso de la historia del hombre. Historia, crónicas y hechos que en manos del pueblo buscan la mejor forma de habitación y de satisfacer las necesidades del hombre, mientras que en manos de los grupos de poder más concentrados se vuelve una cruel metáfora al servicio de la minoría. Con esto no solo digo que las crónicas que forman la historia de los hombres son un continuo devenir en la búsqueda de satisfacer las urgencias del hombre (a partir de la cual se plantea la lucha de intereses que se expresa en un régimen que defiende intereses de clases auspiciados, a su vez, por determinado tipo de Estado) sino que además estoy diciendo que la historia, los hechos y crónicas que merecen ser parte de ésta, son definidos a partir de las necesidades de control de los dominantes. En otras palabras, la historia la escriben y relatan los que triunfan. Siendo de esa manera luego condenan al olvido los ideales de los derrotados, que es la mayoría, que es condenada a la superficialidad de la forma de vida dominantes. Sin embargo, no hay fin de la historia ni mucho menos y así siempre existe la posibilidad de reaccionar ante formas cada vez más burdas de los que falsifican la lucha y esperanza, los ideales por los que nos movilizamos y que nos asisten. La capacidad de hundir, falsificar y deformar del dominante, es limitada porque nunca puede

ser absoluta. Esto es así porque en algunas oportunidades históricas somos los trabajadores, fundamento del pueblo y del Estado y su expresión, los que despertamos, tomamos conciencia y nos encontramos con nuevos horizontes para reconstruir la historia de los pueblos. La historia de los cambios, de la *(r)evolución permanente*, de las transformaciones que suceden y pasan a ser parte de la realidad, como cualquier historia, debe relatar los hechos y el desarrollo vinculado a estos. Sin embargo, con este relato no basta porque también hay que interpretarlo, de porqué los hechos pasaron de esa manera y no de otra porque, a expensas de la racionalidad de los sectores dominantes siempre dispuestos a ponerle fecha de caducidad a la historia como lucha de clases, las crónicas lo son porque no pueden considerarse como aventuras ocurridas al azar, ni engarzarse en el hilo de una moral preconcebida porque, al final, se someten al criterio de la ley que los gobiernan. El rasgo siempre vilipendiado, falsificado y silenciado por los grandes grupos de poder, de una *(r)evolución permanente*, es la intervención directa del trabajador o a través de sus representantes o ambas, en los hechos y acontecimientos históricos. En tiempos de normalidad, cuando el régimen dominante goza de su mejor salud, cuando su razón es la lógica que reivindica la mayoría, todavía las víctimas de ese estado de cosas, el propio régimen, sea democrático y formal, neoliberal o monárquico, está por encima de todo. En ese contexto, la historia y sus crónicas están bajo la exclusiva responsabilidad del historiador, que la mayor parte de las veces es funcional al mito y razón de la cultura nacional. Esa historia es responsabilidad de especialistas en el oficio, de tecnócratas, de los primeros ministros, presidentes, burócratas, monarcas absolutos y dictadores auspiciados por el reformismo político. Pero, es otra la historia cuando nos movilizamos por nuestros intereses; es otra la historia cuando el régimen establecido se hace insoportable y caen los representantes políticos de su tradición reformista que solo defiende intereses creados desde el principio del tiempo. En esos momentos especiales, de participación y de movilización de los trabajadores, la situación es especial porque se busca crear un punto de partida para el nuevo régimen. Ante todo, la historia de la *(r)evolución permanente* es por encima de todo la historia de la irrupción del trabajador en el gobierno y gestión de sus asuntos. El régimen no cambia nunca sus instituciones a medida que lo necesitan los trabajadores sino en la medida en que así es requerido por los intereses de los dueños del capital, en la medida en que reaccionan frente a la caída de la tasa media de ganancias. Por eso, es una prioridad accionar con las instituciones que representan a los trabajadores que de ese modo reivindican los valores populares.

Si los trabajadores no se movilizan en torno a sus necesidades nadie más lo hace y las leyes que constituyen una lógica continúan en pie. Por eso estamos sometidos y pueden pasar muchos años, lustros inclusive, durante los que la obra crítica de la oposición no es más que una válvula de seguridad

para dar salida al descontento del trabajador frente a las circunstancias que imperan que también es condición que garantiza la estabilidad del régimen. Tenemos que entender la significación actual y el rol de la oposición que es reformista y realista en determinados países. La salida al laberinto es militar activamente por una nueva condición del hombre, es llevar una nueva verdad a la mayor parte de los trabajadores que signifique la reivindicación del arte de gobernar que tiene como objetivo el bien común definido a partir de las necesidades de la mayoría. De ahí que sea necesario predicar con los hechos, con los valores de la cultura popular y, en primer lugar, demostrar que una nueva relación entre el hombre nuevo y su realidad nueva es posible y urge. Esa relación se constituye exclusivamente a través del *poder popular*. Esta estrategia se sistematiza principalmente en Latinoamérica a partir de dos experiencias: una es la *Teología de la Liberación* en Centro América y la otra es la experiencia del MIR en Chile. Ni Tupamaros ni el Movimiento 26 de Julio en Cuba, desarrollan la consigna de *crear poder popular*, no por lo menos de forma manifiesta: esto no quiere decir que no esté presente en las luchas revolucionarias, ya sean anteriores o diferentes a la Teología de la Liberación y al MIR chileno. La estrategia del poder popular está en directa relación con la máxima marxista de que la emancipación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos, de allí su importancia. Las experiencias de la Comuna de París de 1871, de los Soviet en Rusia entre los años 1905 y 1917 y los Consejos de Fabrica en Turín en los años 20 del siglo anterior, son genuinas expresiones del poder popular, al igual que podemos encontrar este sentido en la obra de Recabarren y de su movimiento de mancomunales y cooperativas, también en las acciones del MIR y en la generación de los Cordones Industriales y de las JAP en los '70. Pero el asunto central no es si el poder popular proviene de tal o cual tradición. La cuestión es entender si acaso está o no mediado por la conciencia socialista. Incorporar el marxismo, significa tomar conciencia de la necesidad de un periodo de transición antes que nazca la sociedad comunista. Significa también una concepción compleja de la contienda política en el sentido de que ésta es tanto extra-institucional como institucional, de rupturas efectivas, de reivindicaciones inmediatas, de utilización e instrumentalización de las instituciones burguesas así como el desarrollo de experiencias autónomas y autogestionarias. Esto es tanto o más necesario cuando el combate, la lucha revolucionaria por la transformación de las relaciones de producción son locales, son nacionales, son regionales y globales. Por último, el poder es popular porque el sujeto que lo encarna es precisamente el pueblo. Es primordialmente en nuestros países, me refiero a los estructuralmente dependientes, donde el pueblo intenta organizar y a su vez protagonizar la *(r)evolución permanente*, a partir de los movimientos de liberación nacional, del radicalismo político, donde se condensan elementos marxistas, socialistas, comunitarios (campesinos e indígenas), de la teología

de la liberación y nacional- populares. Ahora bien, el pueblo no es, por así decirlo, objetivamente revolucionario. Entonces, debe constituirse como un sujeto revolucionario: esto sucede cuando se produce la ruptura político e institucional, la resistencia definitiva, la ofensiva de los trabajadores y la mantención de la *(r)evolución* a través de esas disputas que intentan acabar con el Estado capitalista. Es decir, el poder popular se construye y toma sentido en la propia acción y praxis política de los trabajadores.

Las ideologías.

En la práctica vemos que los neoliberales, por sus formas de actuar, por la concepción de sus políticas públicas, por la lógica de sus mitos, de sus fábulas o razones, piensan que lo único que es compatible con el destino de Latinoamérica es la miseria, la explotación feudal, la exclusión, la pobreza y la marginación, el analfabetismo, los salarios que no alcanzan, el desempleo, la política de represión de la cultura popular (porque esta se expresa como movilización, como participación y como una continua, constante y sostenida resistencia contra el régimen político y su cultura y razones dominantes), la discriminación contra la mujer, del negro, del indio, la opresión definitiva por parte de los sectores dominantes, el saqueo de los recursos nacionales por las grandes corporaciones que responden a las directivas de los centros globales del poder, la ruina de pequeños y medianos empresarios por la competencia desleal de esas corporaciones y la asfixia ética de artistas e intelectuales. En el ámbito económico, a lo que es tan afecto el neoliberal, éste por su forma de actuar y paradigmas en el sentido del falso automatismo de su mercado, cree que lo único viable con nuestros pueblos, los del sur, es el subdesarrollo, son los pueblos sin caminos, sin hospital, viviendas ni escuelas, sin ningún tipo de industrias ni con esperanza. Así, nos someten a intereses foráneos, a la renuncia a la soberanía nacional que se expresa en tener la capacidad final de decidir sobre nuestros asuntos sin injerencia ajena. Por eso, es urgente que el discurso del gobierno popular, en la medida que profundiza en el cambio, reivindique de manera constante y majadera las políticas relacionadas con el pleno empleo como medida exclusiva de defensa de la primacía de la vida que se convierte en el principio rector de los otros derechos humanos. De otra manera, podemos caer en el reformismo en la medida que eventualmente la caída de los objetivos y metas relacionadas con la gestión democrática de los trabajadores se traduzca en una apropiación, cada vez más concentrada, de los recursos que ingresan a nuestros países por parte de las transnacionales y sus intereses corporativos. La radicalización del proceso de cambio, en la medida en que el gobierno popular logre consolidar sus intereses, implica (al contrario del discurso dominante que insiste en la antipolítica, en el fin de la historia y lucha de clases) más ideología, más participación y movilización.

Implica hacernos más responsables de nuestros actos, implica un deber, una obligación y un derecho cívico para votar responsablemente por dirigentes y líderes que representen nuestro interés como trabajador. Lo contrario implica ser políticamente menos exigentes y eso es aprovechado definitivamente por los sectores reaccionarios. Si exijo poco, si pregunto menos y ni siquiera soy capaz de interpelar, me parece estar en una postura irresponsable porque inhibe la información, la participación y la gestión de los trabajadores. Pero, en muchos países no hay una relación directa entre el hecho de votar y que alguien llegue a gobernar. En la mayor parte de los casos, al presidente lo ponen las corporaciones, ciertos sectores sindicalistas altamente corruptos y poco representativos pero a su vez con importantes recursos de poder, los empresarios organizados en asociaciones y, en general, los actores políticos menos democráticos, los más concentrados, centralizados y autoritarios. En esos casos, existe una deuda de los regímenes si realmente se precian de democráticos. Me parece que la lucha por la representación y participación política empieza por la movilización de los trabajadores, cuando recuperamos el poder de gestión que significa entender que clase de líderes votamos para que nos gobiernen.

No hay que perder de vista el rol que cumplen los medios masivos de información en la construcción del sentido común y la consolidación de una opinión pública inclinada a la sospecha permanente sobre la política, de los dirigentes y gobernantes, porque desde ahí se busca imponer la antipolítica que denosta la acción de los gobiernos populares como matriz de cambios. Así, el régimen neoliberal sigue su lucha contra el trabajador, a través de antiguas y nuevas estrategias que le ayudan a persistir ideológicamente en algunos importantes núcleos sociales que entremezclando el individualismo, el relativismo moral y el automatismo de los mercados de la ideología de los dominantes, reivindica valores que tendrían que estar hace tiempo superados. El problema es que la postura de la antipolítica, con la fascinación televisiva del espectáculo que no tenemos que descuidar, sobre todo, interpela a los que quedaron más al margen de la inclusión social y que tienden a identificarse con los personajes que emanan de la banalidad televisiva. De esta manera, importantes sectores de la derecha, políticamente impresentables por el lugar que les correspondió en la crisis del neoliberalismo en Latinoamérica y que son responsables de los problemas y daños sociales que el régimen popular intenta resolver, hoy no pierden vigencia. Incluso con algunos candidatos han sabido descender a los sectores excluidos y con gestos políticos, por lo demás bien hipócritas, de cercanía, logran seducir a quienes se sienten despojados de todo, incluso, del reconocimiento social y político al que tienen derecho como hombres. El olvido, la exclusión, la pobreza y la marginación de la que son responsables los liberales, pero también las limitantes estructurales de nuestros regímenes populares para solucionar en el corto plazo esos dramas,

a veces la propia ineficacia de esas políticas sociales de reparación social, pero también la bastardización de la esfera pública y la potencia de la sociedad del show mediático y la ideología de la antipolítica, cumple su rol para regenerar, en el interior de la vida de nuestros países, un fenómeno que tendría que estar superado pero que persiste por los factores descritos. Siendo los gobiernos populares los más plurales y democráticos, siendo que son los que más hacen por mejorar la situación de los más dañados, que finalmente siempre son los mismos trabajadores, estén estos ocupados o desocupados, dignificados o excluidos, reconocidos o marginados, solo nos queda como alternativa a la ideología de la antipolítica el continuar en el camino de la inclusión social, en la radicalización de las políticas relacionadas con la reparación que impidan que el populismo mediático continúe avanzando a expensas de los derechos de la mayoría. Ese populismo mediático hay que combatirlo con nuestras políticas, con nuestras fuerzas, porque representa la restauración de los sectores más conservadores que siempre estuvieron contra el movimiento popular. Ese populismo televisivo, de la antipolítica y del fin de las ideologías es el rostro de la derecha, es parte de una alquimia de una ofensiva mediática y televisiva impresionante que plantea sus shows cada vez más pedantes y vacíos, la banalidad, el corto placismo o la desmemoria en un ámbito tan central como el de los derechos humanos, todas posturas políticas íntimamente relacionadas con la ideología y las razones del individualismo, de una antipolítica donde está involucrado desde los sectores medios, medios bajos, hasta grupos de excluidos y marginados que tendrían que reivindicar los gobiernos populares porque son éstos los que mejoran su vida cotidiana, y sin embargo actualmente se encuentran en una extraña confluencia con los sujetos políticos dominantes, que expresan esa potencia bastante real de la antipolítica, que favorece el interés de la derecha. Ese populismo mediático es central en la estrategia que busca convertir al populismo de los dominantes en opción de poder a pesar de todo lo que nos sucedió y a pesar de que la historia reciente nos muestra que la derecha política, en caso de ser opción, es la menos racional. Este es el nuevo rostro ideológico de los conservadores que nos muestran que el peligro autoritario en esta época continúa vigente y que buscan reducir las diversas formas de participación de los trabajadores en función de reproducir los múltiples dispositivos de control que perpetúen la desigualdad y la injusticia.

La radicalización de los procesos de cambios en todos los ámbitos, en la medida en que reivindica el humanismo, implica entender que el modelo de civilización a que nos condena persistentemente el capitalismo, como Estado capitalista que se manifiesta a partir de un régimen que poca relación tiene con el bienestar común, da claras muestras de inviabilidad. Por ejemplo, tenemos un desequilibrio en términos ambientales por la lógica del desarrollo del Estado capitalista y su definición, que extingue especies de animales, que

afecta ecosistemas y acaba con la armonía del hombre con la naturaleza. Ni hablar de las recurrentes crisis económicas que tienen que ver con la caída de la tasa media de la ganancia que daña las estructuras del Estado capitalista. Es decir, son crisis que perjudican la vida de todos nosotros porque emergen de la estructura misma de nuestros Estados capitalistas. Por ejemplo, la crisis se manifiesta en sequías, que muchas veces amenazan con crisis energéticas a las grandes ciudades en que habitamos, los problemas del transporte moderno como también la misma inseguridad. La crisis de la civilización capitalista es ineludible y por eso las dificultades antes que menguar se agravan porque no hay respuestas viables y definitivas dentro del contexto del Estado capitalista. Dentro de él sólo podemos aplicar los paliativos típicos del reformismo que, si bien le dan un poco más de oxígeno a la clase dominante en sus formas de control social, no logran frenar el destino final que es el colapso del Estado capitalista y sus formas de vida. Entonces, si no es difícil ver que el problema es estructural, que la ciudad capitalista es inviable, urge más ideología, más valores, convicciones y cambios en las estructuras que son comunes a todos. Por eso, la necesidad de estos tiempos tiene que ver con reivindicar nuestras políticas de cambios que conduzcan al humanismo. Del otro lado tenemos a un bloque de derecha, que también forma parte del poder, que insiste en la banalidad, en el individualismo y en el show mediático que a partir de éste entiende que gira su estrategia para hacerse con el gobierno a través de las elecciones dado el fracaso de las opciones que tienen que ver con los golpes de Estado. Hoy es necesario, e incluso urgente, defender y comprometernos con una solución radical que solo puede venir de parte de una gestión democrática de los trabajadores, una solución que sólo puede ser social y donde lo central es romper con el círculo vicioso que significa la satisfacción de las necesidades con medidas que profundizan en la crisis. Es necesario construir una lógica y razón que reivindique otra manera de vivir, otra forma de entender el mundo, las relaciones entre el hombre con la naturaleza. Hay que plantear el desarrollo en términos de tecnología conveniente para nuestro desarrollo: mientras el Estado capitalista insista en el consumo demencial no hay solución posible. Solo la gestión de los trabajadores puede fundar un régimen que sea instrumento real y capaz de decidir el mejor destino de las mayorías, solo un régimen que se liberte de la lógica que impone el capital en su forma actual podrá sobrevivir. Estamos en combate, en favor de la vida y contra la pobreza, contra la exclusión y la marginación por lo que urge más ideología, debate y memoria histórica.

En momento definitorio como el actual, donde una vez más el Estado capitalista esta vez en su versión neoliberal está en crisis global, la situación de peligro para la humanidad es también más grave que nunca. Es decir, así como puede imponerse regímenes populares también puede imponerse la versión más violenta de los regímenes capitalistas en la defensa del estatus.

El neoliberalismo como primer mecanismo de defensa del Estado capitalista, es nuevamente activado desde los centros globales del poder para reivindicar los valores de la reacción. En verdad siempre están acechándonos, desde todos los espacios, desde adentro y afuera. Los centros globales de poder al respecto cuentan con recursos más que extraordinarios para hacernos perder el rumbo, para que traicionemos los valores del marxismo expresados en las políticas inclusivas, las que defienden los gobiernos populares, que bajo el interés del pueblo buscan el desarrollo del mercado interno, del crecimiento de la demanda y de la oferta vía inversiones, consumo y ahorro interno. Pero, por más importante que puedan ser los recursos de los centros globales de poder, que defienden los intereses de las corporaciones que controlan, hay que considerar que el trabajador como colectivo social- político también tiene fuerza para luchar, resistir y seguir adelante. De hecho, cuando una tragedia produce una situación de penuria extrema como ciertos fenómenos naturales muy violentos, como los terremotos, tsunamis o tornados, indefectiblemente éstos reaccionan. En todo caso, otra vez, ante una situación extrema de esas características, la reacción posible queda condicionada a la existencia de cada cual y éstas, la existencia que conlleva determinada experiencia de vida queda a su vez condicionada por la clase social a la que se pertenece y los grupos de poder en que militamos de una u otra forma. El comportamiento de los trabajadores en circunstancias extremas y de catástrofe es similar a las experiencias límites que colocan a prueba nuestra resistencia como hombres. Por ejemplo, la experiencia de los pueblos sometidos por el nazismo durante la Segunda Guerra, nos muestra que aquellos que lograron sobrevivir son los que tenían una gran reserva espiritual, ya sean los evangélicos, los creyentes de todo tipo y revolucionarios quienes con la mayor dignidad posible en esas circunstancias, tuvieron que soportar sus padecimientos con una tremenda dignidad humana. En cambio, los otros, los incrédulos o los que afianzan su existencia en bases materiales, se derrumbaron al desamparo del dinero y de intereses espurios. Después vendrá el tiempo de justificar y racionalizar las formas de resistencia, la manera de sobrevivir ante las catástrofes en que nos sumerge el Estado capitalista. Porque, no nos equivoquemos, muchas de esas catástrofes y fenómenos naturales, por lo menos en cuanto a su intensidad y regularidad, son responsabilidad del desarrollo en términos capitalistas que no respeta el medio ambiente, violenta el ecosistema y no respeta el tiempo de la naturaleza convirtiéndose en un régimen depredador e inviable en el largo plazo por las consecuencias de su lógica de crecimiento y acumulación privada del capital, por la lógica que nos obliga a colocar el derecho a la propiedad privada de los factores de producción por encima del derecho a una vida digna. Entonces, en el proceso de cambios a favor de la gestión del trabajador es necesario fundamentar la ideología en la primacía absoluta de la dignidad de la vida del pueblo por sobre cualquier otra consideración para no

caer en graves errores, en tomas de posición que nos lleve a la frustración del cambio comprometido ante las mayorías nacionales: el fracaso, sea grande o pequeño, insignificante o tremendo, la derrota y desesperación es posible e incluso immanente al proceso de transformación en términos popular porque no somos infalibles, porque la historia de la Humanidad es un devenir que contradice lo estático, porque además son propios de la actividad humana y, con más razón, de los procesos que buscan la construcción de otro Estado a partir de un régimen humanista. Todo proceso de cambio en estos términos, que se insinúa, se sabe y consolida como reformista- radical, que es inclusivo y democrático, es precedido por errores y derrotas. El asunto es determinar en qué área se cometen, cómo procesarlos y actuar en esas circunstancias.

Un proceso de radicales cambios, cuando va precedido por la gestión democrática del trabajador de la cosa pública, por definición comete errores, así simplemente lo dicta la razón, la experiencia histórica y el buen pensar. Ahora bien, donde el error causa estragos es en la ideología porque desde ahí se distorsiona la práctica y se extravía el rumbo, los procesos se devuelven a lo viejo, a lo que en otro momento se intentó combatir. Ejemplo de manual es la experiencia de la revolución de octubre que fundó la Unión Soviética, que sentó las bases de un capitalismo de Estado buscando de este modo resolver las dificultades económicas. El retroceso, que al final derivó en la extinción del país como tal, del régimen y de las conquistas del pueblo en ese período, se debe a que los errores se cometieron en los fundamentos de la ideología que colocó por sobre la vida del trabajador el derecho a la propiedad estatal de los factores de producción. De ahí la importancia de insistir en la primacía de la vida como estructura de los cambios en favor de la gestión popular que no significa otra cosa que el trabajador se haga responsable de su destino. Sin embargo, también existen errores que no lesionan la esencia ideológica del marxismo, por eso pueden corregirse, es decir, no tuercen el rumbo de forma que mantienen la posibilidad del proceso. Eso es importante porque el pueblo no participa ni se moviliza en general con un plan preconcebido de antemano sobre como será el régimen del nuevo Estado, ese que niega los fundamentos centrales del capitalismo, sino que en primer lugar lo hace a partir de un sentimiento claro de la imposibilidad de seguir soportando el antiguo orden. En otras palabras, primero vendrá el *desencanto* ante la realidad, después el *asombro* frente a las consecuencias de la crisis para finalmente derivar, en la medida en que la lucha se imponga, en el *grito* y en el *verbo*. Un verbo que conjuga las mejores formas, recursos y acciones en favor de los cambios para desde ahí conducir a los trabajadores por nuevos horizontes y metas. Sólo el sector dirigente tiene un programa político, proyecto que necesita someterse a la prueba de los acontecimientos y aprobación de los trabajadores quienes, a su vez, lo ponen a prueba a partir de la lucha y de la participación en favor de sus necesidades. El proceso del cambio consiste en que el trabajador, en la

medida que pasa del *asombro* y del *grito* a la *disputa*, a una gramática del cambio, percibe los objetivos que se desprenden de la crisis política y social en el método de las aproximaciones sucesivas. Las diversas etapas por las que pasa todo proceso de cambio estructural y definitivo, en el sentido que se consolidan a partir de las posturas del sujeto popular que redirecciona a favor del radicalismo, señala la presión creciente del trabajador a los cambios en la lógica del Estado capitalista, hasta que ese mismo impulso adquirido por la lucha del movimiento tropieza con obstáculos objetivos: empieza la reacción. Por un lado, la decepción de ciertos actores hasta de sujetos que representan la cultura popular, la difusión de la indiferencia como primer paso para la desmovilizar, y finalmente la propia consolidación de posiciones fuertemente conservadoras y reaccionarias en la medida en que esas reacciones logren consolidarse. Por eso, no todo es igual. No es igual el gobierno encabezado por los neoliberales que el gobierno auspiciado por la gestión democrática de los trabajadores. Para eso, hay que conocer las raíces del proyecto de Nación que uno abraza para advertir que con los matices propios de la historia y de esta época, los proyectos en pugna- neoliberalismo o proyecto popular- son los mismos que cuando inauguramos nuestra Patria, allá hace más de 200 años. El ejercicio de la memoria nos sirve para sembrar otro futuro, uno más auspicioso para todos o también puede convertirse de manera irremediable en melancolía estéril. A pesar de todo siempre estamos expuestos a los errores, sin embargo, creo que esta vez el trabajador como genuino representante de la cultura popular está en el camino correcto cuando se compromete en la tarea de construir un país democrático y justo, uno que basa su régimen en la inclusión, en la soberbia del descamisado, en la soberanía y solidaridad. Lo hacemos y estamos en el camino correcto no porque somos los dueños de la verdad, no porque presuntamente el marxismo sea el final de la historia y lo definitivo sino apenas porque hemos sabido leer y entender las crónicas y los hechos que forman nuestra historia nacional para desde ahí aplicar sus leyes en esta realidad. La historia, al igual que la realidad de nuestros pueblos, una vez más viene en auxilio de la razón y necesidades de los trabajadores porque esa historia, y la consiguiente realidad que fundamenta, nos muestra que en poco más de doscientos años, desde el período de la independencia respecto al imperio español hasta hoy, las cosas que pudimos conseguir como pueblo, el derecho conquistado y los sueños cumplidos, son producto de la confianza y la movilización en torno a un proyecto nacional, soberano e inclusivo. En cambio, cuando lo que prima es la reacción política en sus diversas facetas, el librecambio, las Dictaduras de Seguridad Nacional y su neoliberalismo, solo por nombrar los regímenes más conocidos, el retroceso en la soberanía, en la inclusión y en el valor de la democracia, fueron inmensos. Conquistaremos mejores horizontes cuando creemos en nuestras raíces, en el saber popular, en nuestra específica realidad, cuando reconstruimos esa conciencia nacional,

humanista, popular y democrática. Una conciencia que también nos dice que hay que dejar atrás el subdesarrollo estructural, que hay que agregar valor a nuestra producción nacional y que hay que dejar de confiar en la tutela de los organismos globales de crédito. Estamos ante un cambio estructural porque ilumina este presente con las raíces de nuestra historia nacional.

Para terminar tengo que decir que lo único que nos otorga identidad es abrir las páginas de nuestros procesos de cambios a los que son los auténticos protagonistas de este cambio, es decir, hay que ser capaces de reivindicar y defender la gestión de la cosa pública por parte de las organizaciones sociales y del trabajador. Para ello hay que despertar conciencias, compromisos y valores que vayan más allá de la cultura dominante. Sin una clara conciencia de los objetivos y del alcance de la lucha que lleva adelante el trabajador en el proceso de soberanía y emancipación, sin una organización dirigente que esté a la altura del contexto, la energía del trabajador, su organización, su arte posible, sus sueños, esperanzas y la satisfacción de sus necesidades se disipa como el vapor no contenido en la caldera. Pero sea como sea, lo que impulsa el movimiento del trabajador no es la caldera ni el pistón, es el vapor.

Teoría y praxis política, el empirismo en la teoría social.

Con la caída de los socialismos reales y la posterior consolidación del capitalismo en la peor de sus formas, es decir, el neoliberalismo, se impone la idea del final de las ideologías y de la historia como lucha de clases. Detrás de esto se esconde la idea de la perpetuidad del Estado capitalista, como si hubiese triunfado hasta el fin de los tiempos y solo quedara la posibilidad de adaptarnos o adaptarnos porque la lucha, el rechazo y la resistencia contra el capitalismo triunfante no solo sería anacrónico sino que, en primer lugar, una postura claramente irracional, condenada a los libros de una historia que ya no vuelve. A partir de ahí los dominantes reaccionan violentamente contra las ideologías que buscan cuestionar el control de estos mismos actores y grupos que responden a los centros globales del poder. Se rechaza la cultura popular, cualquier tipo de cambio en las condiciones concretas del trabajador porque esos cambios buscan poner límites a la acumulación privada del capital. En los años '90 la novedad es que con el triunfo del neoliberalismo este rechazo endémico y brutal a la teoría se impone en algunos grupos que en otra época fueron “progresistas”, incluso revolucionarios. Aparece otro fenómeno que tiene que ver con la idea que el rechazo a la teoría, al pensamiento, a los dogmas que favorecen el cambio y la militancia contra el mundo definido a partir de las transnacionales, es una nueva postura que se presenta en ciertos actores que en su momento buscaron transformaciones profundas bajo la idea de mejorar la vida de las mayorías. Es la estrategia de importantes sectores políticos de “izquierda” que caen en el reformismo político que les impone,

de acuerdo a sus propios modos de ver, el realismo político tan celebrado por la clase patronal. Este reformismo se desarrolla y se expande en base a una postura claramente anarcoide, cuya esencia es la renuncia a la organización, a la dirección y a la acción política que busca la construcción de una gramática de poder que conjuga los mejores verbos, cada acción y valor en beneficio del bienestar y la satisfacción de las necesidades de las mayorías. Es un culto relacionado con la lógica, con el espontaneísmo y con la razón de la cultura dominante, con el fin de la historia y la degradación de las ideologías que así busca la negación total de posturas políticas que buscan transformar una realidad altamente insatisfactoria para los intereses de los trabajadores. Entre los latinoamericanos, este rechazo a la teoría de la política, a la cultura y a los valores de los trabajadores logra consolidarse con la derrota del pueblo en nuestros países lo que condujo a la desmovilización, al reformismo como fin. Las importantes derrotas del campo popular, fracaso que se consolida con la fuerza de las bayonetas, las tanquetas y el terror impuesto por las dictaduras de seguridad nacional, llevó a muchos luchadores sociales, a revolucionarios que en otras épocas se habían mostrado muy activos en cuanto a los métodos de batalla y de presión en favor de intereses más nobles, a renegar del sueño, de nuestra utopía en un mundo más humano, de la teoría, de la práctica y del pensamiento racional, aquel que favorece y reivindica las necesidades de los trabajadores, y de la voluntad de dirección y conducción de la gestión pública del régimen. A partir de ahí, el capitalismo, ahora en su expresión neoliberal que es siempre sabio en su dominación de la mayoría y en el control de las estructuras del poder, profundizó la grieta y el desencanto consolidando la teoría de la anti teoría, del final de la historia y de las ideologías, a sabiendas que un proceso de cambio, real y estructural, que milita o intenta hacerlo en beneficio de las urgencias de los que viven de su trabajo, no sobrevive. Ni siquiera puede insinuarse sin un proyecto mínimo, sin una teoría que lo sostenga porque, más temprano que tarde, la experiencia política nos muestra que un movimiento espontáneo, en el sentido que carece de dirección y teoría que solvente sus acciones políticas, es fácilmente neutralizado por el poder dominante. Ese fue el caso en gran parte de la historia de la lucha de clases en el mundo: muchas veces el propio reformismo, que se insinuaba como parte de una gran esperanza de los trabajadores, terminó bajo la égida de los sujetos dominantes que frustraron todas las reivindicaciones iniciales de esos movimientos. Es que esos sectores y sus representantes, las corporaciones de todos los tipos, la cultura financiera y especulativa, que cada vez tiene menos relación con la real producción de bienes, saben que la teoría que fundamenta la acción política de los trabajadores en favor de cambios estructurales, que reivindican un régimen nacional, popular y soberano, es el pilar central que anuncia la derrota histórica de sus formas de vida. Actúan en consecuencia e intentan deformar sus preceptos, persiguen a sus elaboradores. No es casual

que el hombre más odiado y perseguido por los dominantes sea precisamente Marx quien, más allá de la postura personal que cada uno pueda tener al respecto en relación a sus posiciones teórica- prácticas, es el pensador más importante que produjo la historia. Desde esa perspectiva, hay que entender que bajo el control de los sectores dominantes, la información que recibimos a diario por parte de los medios de comunicación en general, adquiere en su flujo rasgos que parecen autónomos, que se muestran objetivos, naturales y racionales cuando en realidad simplemente estamos ante una concepción de la vida, del trabajo, del desarrollo y de los valores que es altamente irracional y falso, que defiende los intereses de la minoría a expensas del bien común. Esta información además parece tener sus propias fuentes y receptores, sus ritmos, pausas, expansiones e hinchazones. Así, los diversos mensajes fluyen familiares, fragmentados y abultados mientras levantan sus imágenes y crean iconos, algunos saturados, otros opacados y oscurecidos, que buscan reforzar la lógica que subyace tras el trabajo definido como mercancía al servicio de los dueños del capital.

Sobre la profunda banalidad que adquiere la ideología, el debate de las ideas y la política en manos de los medios de comunicación e información que dominan el escenario mediático, está aquel concepto rutilante que intenta apelar a la *gente*, con la que los comunicadores creen zanjar toda discusión y debate que apele a las ideas que coloquen en entredicho las verdades de esos grupos. A ellos, a los representantes de la clase patronal, los tecnócratas y sus intereses, quienes son los herederos de la despolitización y degradación de las ideologías auspiciada decididamente a partir de los noventa con la caída de los llamados socialismos reales, con la aparición del conservadurismo político de la mano de Reagan y Thatcher, a los cultores de un posmodernismo banal, ese que les permitía regocijarse con el fin de las ideologías anunciado por todos lados, los sigue seduciendo el enlace que establecen entre la gestión pública y la lógica que emana de los dogmas y el mundo empresarial, como si ambas formas de gestión, gobierno y administración política fueran compatibles. Como si el bien público, el de las mayorías, fuera compatible con la especulación y ganancia privada bajo la égida neoliberal. Pero, esos sectores de poder concentrados, sin ningún tipo de incomodidad, y como si desde siempre se hubieran instalado en esa argumentación, nos dicen que lo primero es la administración, esa gestión privada llevada al sector público que deriva en la tecnocracia y para la cual la buena administración de los asuntos socialmente relevantes para la mayoría está desprovisto de cualquier forma de contaminación ideológica o referencia que establezca relaciones entre un discurso y las formas del poder económico. Del mismo modo que los grupos del espectro de la derecha, de la manera más hipócrita posible, suelen bregar por la lógica del olvido y una falsa reconciliación y paz interna a la hora de revisar el pasado reciente en relación al tema de la violación de

los derechos humanos, sabiendo que de esa manera pueden ocultar a los ojos de los trabajadores y sus organizaciones las responsabilidades que le compete en lo peor de ese pasado de conservadurismo, de reacción, muerte y de terror auspiciado desde el sector gubernamental que ellos supieron controlar; de esa misma manera digo, los antiguos promotores de la despolitización buscan silenciar sus dependencias con el poder de las corporaciones económicas-mediáticas, financieras y especulativas que siguen ejerciendo su capacidad de cooptación sobre actores y sujetos políticos que incluso en algunos casos se reivindicaban como progresistas mientras vuelcan sus intervenciones públicas en los medios de comunicación representantes del conservadurismo. Para los nuevos militantes de los lenguajes y de la gestión empresarial de los asuntos públicos y la tecnocracia en general como núcleo de la administración de los asuntos sociales, lo importante es el envoltorio, el giro estético que convierte a los magos del marketing y de las encuestas en factor de creación de poder de imagen para desprestigiar cualquier referencia a la teoría convirtiéndola así en un fuerte anacronismo que ya es insostenible. Pronunciar una palabra que remita al campo de los valores, de la cultura y de las ideas políticas de los sectores populares supone, para esta visión, una caída en lo más arcaico del hombre, una especie de manifestación de una melancolía insoportable. Por eso, a modo de conclusión, se vuelve necesario recuperar el valor de la teoría que fundamenta la praxis política transformadora. Se vuelve necesario militar en favor de las urgencias de la mayoría, que ya no pueden esperar pero que igual continúan haciéndolo, rescatando la ética que constituye nuestra teoría del rincón del desprecio al que fue condenado por intereses que ninguna relación tienen con la cultura popular. Este proceso es enriquecedor en todos los sentidos porque nos desafía a entender desde un nuevo punto de vista nuestra historia, una crónica de hechos que construyen nuestra nacionalidad y realidad, a partir de la teoría, las enseñanzas y experiencia que heredamos de los procesos de cambios anteriores, que además nos interpela a interpretar, a la luz de ese conocimiento, el momento en que nos encontramos actualmente, aportando no solo nuestra lucha y experiencia sino además nuestras ideas. Por eso, la teoría no puede ser mera contemplación, análisis abstracto de realidad y necesidades también abstractas que terminan derivando en el inmovilismo y en la utopía que no tiene ningún valor práctico para la lucha cotidiana por mejores condiciones de vida. La teoría, cuando racionaliza la acción en el combate por las urgencias de las mayorías es, parafraseando a Gramsci, la más poderosa de las acciones prácticas.

Tal como en su momento nos lo planteó Marx: *se trata de cambiar al mundo*, es decir, de usar la teoría como palanca para la transformación de la realidad, para la movilización y el protagonismo de los sectores populares. Pero no olvidemos que sin teoría no puede haber práctica revolucionaria. Tan perjudicial es la teoría contemplativa como lo es la práctica sin rumbo. La

degradación de la teoría es indispensable para que el neoliberalismo logre consolidar sus puntos de vista mientras que, por el contrario, en el proceso de construcción de nuevas formas de subjetivación y de dispositivos culturales y éticos, acordes con “lo popular”, que apuntalan la transformación estructural de la vida social a favor del trabajador, es indispensable reivindicar tanto la teoría como la praxis política. ¿Cómo podría entonces no ser importante una teoría de la sociedad que fundamente nuestras acciones en el ámbito de la lucha por la primacía de los intereses de los trabajadores, sus formas de vida y su cultura? Lo vemos a continuación.

Las reflexiones teóricas y analíticas sobre el conjunto de los actores y de los sujetos sociales, políticos, comerciales, económicos y culturales y las organizaciones e instituciones a partir de las cuales se organizan, a través de las que forman parte de ciertos grupos de interés, que así buscan incidir en la formación de la agenda pública, no pueden ser válidas a partir de simples hallazgos del saber empírico porque éste absolutiza los hechos. Las ideas sobre los actores políticos y sus grupos de interés, que actúan para incidir en la lógica del régimen, entendido éste como estructura política mayor que busca darle sentido a la vida de los hombres, a su trabajo y necesidades, que además es un todo en movimiento (en realidad ningún actor político como grupo de interés es independiente ni actúa por fuera del régimen político) trascienden los hechos dispersos de los que nos da cuenta el empirismo. Lo que el empirismo metodológico se niega a ver es que la construcción de la totalidad, la que trasciende los hechos dispersos porque les da coherencia a los mismos, es decir, que los ubica en un contexto histórico, es la condición primera para que cualquier hecho social o concepto del mismo se organice y deje de ser parte de datos dispares y de hechos anecdóticos. Partiendo de la experiencia del trabajador, de su cotidianidad, no de la que está preformada por mecanismos de control establecidos por la patronal, la teoría tiene que ser crítica. Por esta razón, en la medida que la teoría es crítica desde el momento en que se plantea como arte de resistencia frente a los valores e hipótesis de los sectores hegemónicos, las hipótesis derivadas de ella no pueden ser parte de la maquinaria político- social, de las estructuras de un régimen capitalista. La categoría que podríamos denominar como *régimen político fundamentado en cierto sistema de producción regido por la división capitalista del trabajo*, es una categoría analítica superior, de un nivel teórico más alto y general, que el concepto de *régimen político capitalista*. Es una categoría, la primera, más fundamental en todos los aspectos porque nos dice más sobre las formas de vida de los hombres porque, en primer lugar, los define como trabajadores, o sea, como parte de una relación social de producción, como mercancías que crean valor y así, de manera definitiva, nos conduce al corazón del Estado capitalista como régimen de producción, es decir, a la fetichización de la mercancía y todas las consecuencias que están implícitas en este hecho. Por

eso, la razón dominante no puede aceptar categorías de este tipo porque se trata en este caso, en el caso de la racionalidad capitalista, que ésta se vea, de cara al trabajador, lo más coherente posible para que no se revele ante la conciencia del pueblo esa falsa relación de igualdad entre los trabajadores y los patrones. Impera la tendencia a conceder la primacía del análisis al saber empírico que insiste en los sujetos y sus anécdotas. Además, a la primacía del saber empírico contribuye también su inmediata aplicabilidad práctica, su afinidad con la administración característica de la tecnocracia. No obstante, la reacción de los grupos populares, de la cultura que busca reconstruir el ámbito de la inclusión, reacciona decididamente contra la arbitrariedad o la vaciedad de las afirmaciones sobre el régimen que implica el empirismo y todas sus teorías que son impuestas desde las estructuras del poder central. Es una reacción legítima por parte de los actores populares que buscan militar a favor de un arte de la resistencia y de poder. Entonces, cuando la resistencia queda planteada en términos populares, queda claro que la poca supuesta superioridad de los procedimientos empíricos no solo no es obvia sino falsa, no resiste la realidad de la que el empirismo se cree representante. De hecho, el método empírico, cuya fuerza de atracción analítica es de suponer procede de su pretensión de objetividad, imparcialidad y honestidad del saber, es una metodología que privilegia lo subjetivo, la actitud individual del hombre, su comportamiento que conduce a una abstracción analítica compuesta por datos estadísticos y variables de estudio tan poco trascendentes en relación al análisis de las manifestaciones del poder, como el sexo, la edad, los ingresos del sujeto, su nivel de capacitación y otros criterios similares.

En general, la objetividad de la investigación en términos empíricos es una objetividad de métodos empleados en la investigación y en el análisis, no del tema que se investiga. Mediante tratamientos y variables estadísticas, y a partir de ciertos sondeos de opinión, a los que son tan afectos los estudios y análisis de mercado, que se hacen sobre un mayor o menor número de sujetos políticos, el empirismo infiere enunciados que, conforme a leyes del cálculo de probabilidades, a las que también son tan afectos los estudios de mercado, son generalizables e independientes de las diversas variaciones individuales. El vicio metodológico de esa forma de proceder es que el valor promedio y enunciados y teorías elaboradas con datos así obtenidos, por más objetiva que sea su validez, la mayor parte de las veces no pasan de ser enunciados sobre los sujetos, sin tener en consideración el contexto social en que desarrollan su vida, sin considerar cómo éstos ven, entienden y perciben la realidad y a sí mismo. En otras palabras, las estructuras del poder, lo que podríamos llamar la objetividad social y la totalidad de las relaciones sociales de producción, las formas de distribución de la riqueza, la manera en que esta se produce y reproduce, las instituciones políticas, los actores sociales que la sostienen y las fuerzas de los trabajadores que en determinadas circunstancias luchan

contra esas manifestaciones estructurales del poder y la hegemonía, en cuyo seno los hombres actúan y se desenvuelven, en cuyo seno se organizan y adhieren a determinados grupos de interés en la búsqueda de cumplir con sus deseos y expectativas de la manera racional, son variables que el empirismo, en tanto metodología de análisis de la realidad, ignora y sólo tiene en cuenta como algo accidental. Tampoco estoy diciendo que las opiniones del sujeto sean del todo irrelevantes en cualquier análisis del régimen político porque, de una u otra forma, estas opiniones reflejan también la objetividad social pero ese reflejo siempre es incompleto y deformado. En comparación con las conclusiones derivadas del análisis de la estructura social, el peso de las opiniones, actitudes y reacciones individuales y subjetivas es secundario. Por el contrario, la metodología basada en el empirismo dice que la opinión tiene virtualmente idéntico valor en el análisis y las diferencias que son planteadas, diferencias elementales como las que se refieren al peso de la opinión en función del poder social, las capta a través de ciertos perfeccionamientos adicionales, por ejemplo, mediante la selección de grupos clave. Lo central en el análisis, en la construcción de una teoría del régimen que nos ayude a una mejor comprensión de éste y en consecuencia de la vida y lucha de los hombres, de su ética del trabajo y resistencia, el análisis de las estructuras que condicionan al trabajador en el proceso de liberación y emancipación de la humanidad, no son considerados por la metodología de análisis empirista. Ellos no aceptan la tangibilidad y el análisis de la estructura (tanto política, económica, comercial, cultural y social) a través de las que se centra la *fetichización de las mercancías*, porque este proceso esconde una relación de falsa igualdad entre los trabajadores y la patronal, que el saber dominante no puede revelar sin graves consecuencias para el control que ejercen sobre las mayorías nacionales de modo que, de ahora en más, el empirismo convierte los procesos sociales en secundarios como manera para falsear el método de la teoría que intenta explicar la realidad social del hombre. En consecuencia, el método empirista es otra herramienta de los dominantes que tienen como finalidad el consolidar las formas de vida e intereses propios que les permita ejercer un tipo de gobernabilidad, pluralista y democrática en lo formal, que les permita reconstruir continuamente una ingeniería social de integración y de cohesión social, de identificación política y cultural que busca legitimar el control que ellos ejercen sobre los trabajadores. La formación del consenso es inherente a cualquier régimen, el problema es que plantean un diálogo velado y alienante porque está limitado a los límites de los intereses que son claramente minoritarios, elitistas. El problema del empirismo, que desde sus posturas analíticas busca preservar el estatus del Estado capitalista, es que no puede transferir sin más, al régimen político y las luchas al interior de éste por el poder y el sentido de las cosas, de la vida y del trabajo del hombre, sin ninguna restricción, el modelo de investigación y del saber que es propio y es

válido para las ciencias naturales, pero que no lo es para las ciencias sociales. Es que los vicios de la metodología analítica empirista, además de ser falible y relativa al igual que todo saber del hombre, radican en el régimen político, en las formas en que se desarrolla la vida de los sujetos porque el substrato de la comprensión de la actividad de los hombres como ser que es parte de un colectivo mayor, es decir, el comportamiento humano coherente y dotado de sentido, queda sustituido por la simple reacción, consciente o inconsciente, del hombre sin considerar los aspectos colectivos que son centrales para comprender la lucha, la resistencia pero también la delación y la complicidad del trabajador con la clase dominante. Por ejemplo, si queremos analizar la gobernabilidad del régimen de pretensiones democráticas, de los regímenes funcionales a las estructuras de poder y control social ejercido por la minoría, si buscamos analizar la estructura que se convierte en condición del consenso y de diálogo planteado en términos neoliberales, si buscamos analizar las variables que de sentido al Estado capitalista y sus manifestaciones, entonces se nos revela que el empirismo como método de análisis es insuficiente.

El método de investigación que no sea capaz de reconocer el hecho de la importancia y centralidad de las estructuras de poder, que se basan en la *fetichización de la mercancía* en el sentido de que ésta le da sentido al Estado y al correspondiente régimen político capitalista en sus diversas versiones, el neoliberalismo es una de ellas, y se conforma con el pluralismo metodológico del empirismo, al que después justifica con conceptos tan insuficientes como los de la *inducción* o *deducción*, en su afán por decir lo que es, se convierte en parte de una ideología en sentido estricto que milita a beneficio de una razón dominante. Se convierte en una apariencia necesaria para ejercer el control sobre las mayorías de la manera más racional y lógica que es posible en las concretas circunstancias políticas de lucha de los trabajadores. En este punto radica la rígida oposición y complementariedad del empirismo y de su método analítico formal con la ciega constatación de los hechos que hace desaparecer la relación entre lo que es más universal (las estructuras de poder a nivel del régimen político) y lo que es particular, o sea, la relación subjetiva que anima a los trabajadores como parte de la sociedad. La cuestión es que esta relación entre lo universal y lo particular, que el empirismo nos niega y nos oculta, es el método de análisis por excelencia ya que es el único objeto digno de la teoría de la sociedad en términos más democráticos y lógicos. La ciencia, en tanto que sistema de conocimiento de cierta coherencia, en tanto saber sistematizado y en tanto factor de poder, dominio y control social sobre la mayoría pero también en tanto estructura de la resistencia y de arte de posibilidad concreta de los trabajadores para conquistar su emancipación, quisiera terminar de una vez por todas con las tensiones entre los factores universales y las variables particulares del análisis. Pero esas tensiones y contradicciones de interés y la cosmovisión del mundo, del saber del hombre,

es lo que confiere unidad y una lógica particular al régimen. Las bases de la vida en sociedad de los hombres está dada por las contradicciones que son inherentes de las relaciones sociales de producción. El carácter contradictorio es la razón por la que el objeto de análisis de las ciencias sociales, de la teoría y de la praxis política, de la sociología, la sociedad, el régimen, los diversos fenómenos que lo componen y dan sentido y el saber del hombre en general, no poseen el tipo de homogeneidad con la que pudo contar la ciencia natural clásica. En el conocimiento y saber de los hombres en general, es decir, ni en las ciencias sociales ni las naturales, bajo ninguna circunstancia, es posible plantear enunciados de validez universal a partir de enunciados particulares sobre hechos, naturales o sociales, porque la ciencia no tiene nada que ver con la búsqueda, siempre infructuosa y altanera, de una verdad absoluta sino que, en primer lugar, las ciencias del hombre, tienen que ver con la cuestión del poder y es solo en esa medida, en la forma en que tal teoría reivindica la lógica e interés dominante, serán válidas para la cultura y el saber en cierto espacio y contexto histórico. Por lo mismo, la generalidad de las leyes de la ciencia social no puede entenderse en absoluto como la de un universo conceptual en el que sus partes se integran armónicamente, sino que se refiere siempre a la relación de lo universal y lo particular en su concreción histórica. En la medida en que las ciencias del hombre, tanto las sociales como las naturales, se refieren al poder, en tanto son parte de una ideología política, no puede existir en ellas, en las teorías que componen ese saber, la imparcialidad, el compromiso desinteresado con la verdad última de los hombres, la objetividad que ellas dicen reivindicar y la racionalidad que el empirismo dice representar. La autonomía de la ciencia es solo una falacia a que nos tienen acostumbrados los sectores dominantes en su lucha contra los designios de la cultura popular y de las doctrinas que plantean una igualdad construida en base al esfuerzo de todos nosotros. Si nos remitimos otra vez a la realidad y hechos cotidianos, de los que los empiristas se creen tan afectos, vemos que la contradicción entre lo universal, el régimen capitalista basado en la primacía de la propiedad privada, y lo que es particular, es decir, las necesidades de los hombres, sus sueños, expectativas y modo de actuar, es la que impide concretar la homogeneidad y la concreción de la felicidad de los hombres a nivel colectivo. La vida, sin más, es un continuo devenir histórico que se expresa en la lucha y en la anarquía del automatismo de los mercados, en la falta de libertad de los hombres, el desempleo, la exclusión, la llegada de los regímenes populares y en la forma que se desarrolla el conocimiento del hombre y un sin fin de otras variables.

La naturaleza antagonica del régimen en cualquiera de sus versiones (de Bienestar o neoliberalismo) es prioridad en el análisis y construcción de una teoría crítica de la sociedad en el sentido de que el régimen político es la expresión primera y última de las contradicciones y antagonismos del Estado

capitalista. Esto es lo que el análisis empirista y la simple generalización de las variables de análisis escamotea en favor del estatus que impera. Es esta homogeneidad, en tanto contradice los factores antagónicos de la realidad de los hombres, la que requiere una explicación, porque es ella la que somete la acción, la praxis y también la teoría y los valores de los hombres, sus sueños, luchas, conocimiento y ética, a la ley de los grandes números y estadísticas. El seguir sosteniendo el consenso, que busca negar el carácter contradictorio del saber humano, nos lleva, por las consecuencias de esa manera de actuar, a pensar en el hombre como simples especímenes cuando sus formas de actuar están mediados por la razón que oculta la lucha de clases. Organizada sobre verdades que se pretenden por encima del devenir histórico, organizadas por teorías que se pretenden absolutas, más viriles y gallardas, organizadas sobre el sentimiento religioso, la razón dominante es bastante eficaz como fuerza de cohesión para imponer el absolutismo de sus maneras de conocimiento. Por eso, urge una teoría de la sociedad que reconsidere las tomas de posición de los grupos y sectores de poder dominante. Una teoría de la sociedad que mientras dure la noche neoliberal por lo menos nos revele cómo las normas particulares del empirismo y de sus subjetividades (que se nos muestra como parte de una pretendida generalidad mayor y que priva de sus cualidades la realidad del hombre) bajo ningún aspecto se reconcilia con las leyes que rigen la vida. Necesitamos una teoría que nos muestre como los sujetos están sometidos ciegamente a lo particular del Estado capitalista y su régimen. Una teoría que nos muestre el falso diálogo y consenso social que pregonan los sectores dominantes, que solo buscan reivindicar sus intereses de clase, y que nos muestra, además, que la uniformidad del comportamiento social es uno de los primeros reflejos de la presión social que el régimen político ejerce sobre los trabajadores. Si la investigación y la teoría social empírica, en su concepción del ámbito de lo general y su relación conciliadora con lo que es particular, puede pasar tan soberanamente por encima de los trabajadores y sus intereses, es únicamente porque hasta ahora ésta no ha sido más que ideología política al servicio de intereses autoritarios. Bajo la directriz de un régimen popular, que es más democrático que el neoliberalismo, lo particular y las estadísticas son una técnica de administración, pero de la administración de las cosas, de bienes de consumo y bajo ningún aspecto de los hombres.

Lo particular y lo universal en el método analítico.

Frente a las necesidades de una metodología de análisis de la realidad del hombre en términos más democráticos, racionales y válidos, se impone el método analítico que relaciona lo universal con lo particular, es decir, las estructuras y actores protagónicos de toda índole, que son parte y constituyen el régimen, con las opiniones y valores, las expectativas y otras variables que

caracterizan al sujeto en cuanto trabajador. Por un lado, nos encontramos con *lo general* y con *lo universal*, o sea, con las estructuras políticas que controlan y definen las formas en que se despliega el poder, que así son fundamentales para entender las formas de vida y las acciones políticas de conformismo o de resistencia que se producen en la lucha por la primacía de unos intereses sobre otros, porque la ley primera que rige la realidad de los hombres en sus diversos roles sociales pero en primer lugar en su función de trabajadores, de mercancía que crea valor donde antes no había, es la *ley del intercambio*. Esa es la base primera de lo que es general, del contexto histórico que intenta constituirse en la base del acontecer del pasado pero, en primer lugar, del acontecer de hoy y mañana mientras la patronal en su delirio intenta acallar las voces de la disconformidad, del ayuno del pueblo, con sueños de nuevas conquistas que conduzcan al camino trazado por el poder global. El problema de *lo general*, en la medida en que se rige por la ley del intercambio, es que en términos capitalistas, el acto del intercambio implica la reducción de los bienes que son susceptibles de intercambio, a su equivalente, a algo abstracto que solo considera los aspectos materiales de la acumulación privada de los capitales. Así, *lo general* y *lo universal* nos muestran que el valor de cambio, que frente al valor de uso es algo controlado por el ya conocido automatismo del mercado en términos capitalistas (tras el cual están las corporaciones que controlan los centros del poder global) simplemente domina las necesidades humanas y las suplanta de manera que la acumulación privada de capitales queda ligada al pillaje, a la fuerza de su presupuesto, interés y necesidades. En ese preciso momento, cuando los hombres se convierten en parte de un mercado de consumo que los absorbe, que les crea necesidades para seguir en el círculo vicioso del consumo por el consumo, estos hombres se convierten en eternos insatisfechos donde, de ahora en más y considerando cada una de las consecuencias de ese proceso, la apariencia pasa a dominar la realidad. En la medida en que la realidad de los trabajadores se convierte en apariencia no solo refuerza los valores y designios de los dominantes sino que también, y acá está lo fundamental, esta apariencia, en determinado contexto histórico, también puede implicar la resistencia de los trabajadores frente a la toma de conciencia que significa vivir en apariencia. En otras palabras, la apariencia de la realidad nos muestra que el régimen, aún el Estado capitalista, siempre considerado como racional, altanero, objetivo e imparcial ante la disputa y el enfrentamiento que se produce entre los trabajadores y la clase patronal, es tan transitorio y perentorio hoy como lo fue ayer. Pero, al mismo tiempo, esa apariencia refuerza la cultura e intereses de los neoliberales porque es lo más real, es la fórmula con la que el mundo queda hechizado en relación al paso adelante que en su momento buscó manifestar el capitalista como sucesor del oscurantismo del medioevo.

Nada hay más poderoso bajo los términos racionales que la constante mediación conceptual de la ciencia dominante, que nos presenta, de manera falsa y velada, a los trabajadores como hombres en sí, como seres genéricos, impidiendo al mismo tiempo que ellos tomen conciencia de las condiciones en las que viven y desarrollan su trabajo y maneras de conciencia. De esto se infiere que desde Platón hasta Hegel, en tanto reivindican los valores de la lógica que domina actualmente, el saber de los hombres es una manifestación rastrera, apenas digna del conocimiento más alto y universal que el hombre busca construir en el proceso de satisfacción de sus necesidades. Apenas la metodología analítica del saber de los hombres, que busca entender el rol de éstos para plantear un arte de la resistencia que nos conduzca a un mejor amanecer, que tendría que ser la meta de cualquier saber que se precie y valore como democrático, empieza a cerrarse al conocimiento de la realidad resignándose a registrar y ordenar datos estadísticos, subjetivos y claramente secundarios que denostan lo más general y universal. Ahí está el momento preciso en que el saber dominante empieza a confundir las reglas que obtiene de su análisis, con la ley que rige los hechos mismos y su acontecer. Ahí es cuando ese saber se convierte, aún sin saberlo pero tampoco de manera inocente, en justificación de la razón capitalista. De todas formas, en honor a las metas democráticas de la gestión del pueblo, en honor al racionalismo metodológico, hay que considerar que lo particular también debe tenerse en cuenta en el análisis a partir de cierto tipo de mediación porque éste, de una u otra forma, aporta datos interesantes que ayudan a mejorar la comprensión de la realidad que es lo que buscamos. Esos datos subjetivos deberían más bien compararse con datos que sean más objetivos, como por ejemplo el lugar de los encuestados en el proceso de producción, su posesión o no de medios de producción, su poder o impotencia sociales, su conciencia, interrogaciones y angustias frente a un régimen que les oculta sus intereses y que milita contra los reglamentos del bienestar común y la justicia manifiesta del humanismo. Por el contrario, el saber en términos de la razón capitalista se manifiesta a partir de necios claramente incapaces de comprender en su real dimensión al hombre, incapaces de reivindicar una mejor civilización e incapaces de mirar un poco más allá de los intereses particulares y siempre minoritarios que los anima. No simplemente habría que preguntar, al modo como lo hacen las ideologías dominantes de toda índole, cómo se producen los contenidos de la conciencia, sino también si su existencia no modifica la realidad del hombre. En este punto personalmente creo que sólo el dogmatismo delirante podría desatender la naturaleza y la conciencia del hombre que en él se manifiesta, por más que estén producidas socialmente. La existencia de los contenidos que forman la conciencia son también momentos de la totalidad social, ya sea como elementos de afirmación de la realidad, es decir, como afirmación de los valores de la élite o como potencial de la otra realidad, como resistencia a

esos mismos valores de la patronal. No sólo la teoría, también la ausencia de ésta se transforma en poder material- racional cuando prende en las mayorías.

Hay que decir que la investigación y análisis del régimen político, de los actores y acciones políticas que lo forman, no puede eludir la cuestión de que los hechos estudiados, los subjetivos y los particulares no menos que los estructurales y universales, están mediados por la lucha de intereses, por las formas que cada actor se moviliza en la búsqueda de la satisfacción propia. De ahí que los hechos sociales, en la medida en que se desarrollan proponen un continuo devenir que los transforman y les da otro sentido y significado, en la medida en que son parte del proceso, no pueden ser considerados como algo último sino, por el contrario, como algo que está condicionado por la dinámica de la historia del hombre. Lo que sí, es necesario estar atentos contra los factores subjetivos y generales porque cualquiera de éstos, cuando se independizan del análisis y de la teoría de las formas en que se desarrolla la vida de los trabajadores al interior del régimen político, en ese momento preciso, la investigación y el análisis social forma parte de una ideología francamente irracional que absolutiza las estructuras del régimen político o la opinión pública según el caso. Se impone, en el caso del análisis social que conduce a una mejor comprensión de la vida y necesidades de los hombres, el consenso que implica que la opinión pública no puede rechazarse con la arrogancia del saber platónico sino que en primer lugar hay que deducir la falsedad de la primacía de una o de otra instancia a partir de una verdad más racional, de la realidad que demuestre la irracionalidad del Estado capitalista y sus formas de expresión y manifestación. Siempre es necesario insistir en la relación central entre los factores universales y particulares porque, en caso contrario, el análisis y el conocimiento respecto al régimen y las formas en que transcurre la vida, es un saber incompleto y funcional a los intereses y la lógica de la ciencia parcializada en favor de la que militan los sectores hegemónicos: con el desarrollo del Estado capitalista y su administración que deriva en la tecnocracia como expresión y manifestación máxima de ésta, el saber del hombre se parcializa hasta derivar en múltiples especialidades que se manifiestan hoy. Por ejemplo, el avance de las tendencias empíricas en el método analítico de las ciencias del hombre no se debe al culto de la fuerza de los hechos. Esas tendencias son consecuencia de la evolución interna de la ciencia en tanto se convierte en factor de poder que requiere militar a favor de la fetichización de las relaciones sociales de producción que reglamentan la realidad con mano de hierro y así persiguen los beneficios derivados de sus designios y objetivos. En el periodo anterior a la sistematización del saber del hombre por parte del Estado capitalista, en el período feudal por decirlo de alguna manera, el pensamiento social y la reflexión filosófica de la totalidad eran una y la misma cosa. Ahí, por ejemplo, se entiende el dogma teológico y filosófico de autores como Tomás de Aquino. En esa particular circunstancia,

el pensamiento filosófico disponía del material fáctico accesible a la teoría. Luego, con el derrumbe de los sistemas filosóficos- teológicos, se desmoronó también la unidad del saber teórico y el contenido de la experiencia del sujeto. Es decir, los conceptos teóricos se desprendieron del sistema, de la realidad del hombre, cuya pretensión de verdad no logró mantenerse en pie ante la crítica venida del Iluminismo. De ella, de la crítica del conocimiento de los hombres como una totalidad universal, surgieron, en el ámbito de la ciencia y saber del hombre, distintas áreas especializadas del conocimiento, unas escindidas de las otras. De esta manera, la idea metafísica del espíritu en Hegel, que en su sistema se refería a la totalidad dinámica del ser como expresión del último bastión del idealismo ante el surgir del materialismo histórico y dialéctico en Marx, se convirtió en la esfera del espíritu, en una esfera desagregada y parcial de la cultura. Y así con toda teoría, toda filosofía y pensamiento de los hombres. Después vino la lucha contra el materialismo planteado por Marx, entonces, los conceptos del pensar del hombre, del saber idealista escindido de lo general, como el concepto de *espíritu* fueron sacados de su contexto, de sus circunstancias teóricas y de su relación genuina con lo material, con las necesidades del hombre. En este proceso, primero quedaron aislados, después fueron convertidos en verdad absoluta en su lucha contra el materialismo revolucionario y al final se convirtieron en fetiches, es decir, en herramientas de control y dominio social, político, cultural y económico al servicio del oscurantismo planteado por el capitalismo y su falso iluminismo, a través del cual el el Estado capitalista coloca por sobre el derecho a la vida del trabajador, la propiedad privada de los medios de producción.

El conjunto de las creencias, valores y sentimientos comunes de los sujetos miembros de un Estado capitalista, en la forma en que centraliza su ideología a partir de la primacía de la propiedad privada de los medios de producción como factor determinante de la vida del hombre, a su vez, forma un sistema determinado de conciencia media con vida propia que reivindica los valores de la patronal contra los que intentan resistirse a los designios del Estado capitalista y su régimen. Este sistema lo llamo *conciencia colectiva media*. Sin duda, su substrato no es un órgano único porque por definición, esa conciencia se extiende de forma difusa a todos los miembros y actores que fluctúan y accionan a través el régimen. Sin embargo, esta conciencia media tampoco carece de características específicas y que la determinan como realidad distinta. A partir de esta definición de conciencia colectiva vemos que ésta es independiente de las circunstancias particulares en las que se hallan inmersos los hombres como trabajadores. Es decir, éstos pasan y la conciencia, aunque sea con pequeñas modificaciones que no afectan al todo por lo menos en el corto plazo, perdura en el tiempo. Siempre en términos de corto plazo, esta conciencia no cambia de generación en generación, sino que reivindica sus conceptos para seguir ejerciendo su control en las generaciones

sucesivas. Contra ese accionar hay que luchar para cambiar la realidad. Por lo tanto, esta conciencia que es colectiva, que busca la defensa del capitalismo y de sus formas de vida e intereses particulares, e incluso la conciencia que se entretiene contra el régimen y que busca recrear un arte de poder gestionado por los trabajadores para el disfrute de los mismos, no tiene ninguna relación con lo que podríamos denominar como conciencias particulares, es decir, la suma de las conciencias individuales del sujeto sin ninguna conexión entre sí. En fin, ese es el modo en que el neoliberal y su séquito de falsos profetas pretenden presentarnos la cuestión de la conciencia mientras que, muy por el contrario, la conciencia colectiva es el tipo psíquico del régimen dominante y, al igual que el tipo individual, tiene sus características, sus condiciones de existencia y su desarrollo específico y condicionado por los intereses de la acumulación privada del capital. La razón de los sectores y grupos de interés neoliberal actúa de manera simple, bastante particular y conocida en relación a la problemática de la conciencia colectiva que defiende sus privilegios y ventajas adquiridas a partir del Estado capitalista como régimen dominante de producción y distribución. En primera instancia, el requisito más modesto de la investigación social empírica bajo los términos de los dominantes sería confrontar los enunciados de la conciencia y del inconsciente del hombre y de los grupos humanos con los datos y hechos de presunción objetivos que logren probar su existencia: de entre estos datos, la investigación empírica de los dominantes busca como base de análisis, de investigación y de estudio, la relación de los diversos conceptos y variables involucradas en el análisis en cuestión con los conceptos particulares, es decir, con las opiniones, con los sentimientos y los comportamientos subjetivos sin tener en consideración los aspectos generales que nos impiden recurrir a las estructuras del régimen. Esto sugiere que ante la problemática del método de análisis que funda a las ciencias de la Humanidad como saber universal, estamos ante una expresión demasiado comprometida políticamente con las estructuras del poder que nos plantea que se trata de una lucha de ideas, de discusión puramente científica precisamente porque lo que está en juego son fuerzas sociales reales. Por eso, hay que cuidarse de considerar al hombre y sus necesidades, que constituyen nuestro objeto de estudio, como simple número cuyo pensamiento y acción obedece a leyes ciegas, que se dicen objetivas, racionales y absolutas. Al fin, tendríamos que saber que éstos, a pesar que el saber dominante los vea como simple mercancía, siguen siendo hombres, seres dotados de espontaneidad y con aquella facultad de decidir libremente, pese a encontrarse inmersos en una realidad que ven impenetrable, y que esta espontaneidad y conciencia constituyen los límites de la ley de los grandes números. Hay que tener claro que el éxito perdurable de una teoría del conocimiento a lo largo del tiempo se debe y radica en que las políticas y objetivos que dicta, a los ojos de las mayorías, son percibidas en estrecha relación con la realidad de esa mayoría.

Es la razón por la que, si bien podemos hacer diversas predicciones que se funden en el análisis y nos conduzcan a hechos que es probable que ocurran o se manifiesten, cuyos mecanismos están ya determinados, al mismo tiempo no podemos profetizar sobre acontecimientos políticos como si fueran leyes de la física: si bien la *teoría política* es fundamental para no cometer un suicidio colectivo, para reivindicar determinados valores que perduren en el tiempo y que al mismo tiempo evolucionen de la mano de las necesidades del hombre, siempre se impone la praxis política, ella indudablemente expresada en el arte posibilidades de la gestión del trabajador. En estas circunstancias, no es lícito que hablemos y actuemos como si fuéramos el destino. Lo peor que podría sucederle al arte de poder de los trabajadores, en la medida en que expresa la cultura popular, en la medida en que busca un equilibrio y una síntesis entre lo que es particular y lo general que nos conduzca a un mejor análisis de la realidad para desde ahí buscar su transformación, digo, lo peor que podría sucederle, es plantear una ética y una moralidad, una razón y una lógica basada en las creencias antes que en un análisis concreto de la realidad de la mayoría. No descalifico las creencias, de hecho éstas son centrales en la constitución de una razón alternativa, pero los hechos le dan más sustancia y racionalidad a una lógica asentada en las necesidades urgentes del trabajador. De esta manera, la razón alternativa, que batalla contra el capitalismo, tiene más opciones frente a los dueños de la tierra y demás fuentes de riquezas y recursos naturales.

La ciencia del hombre, como saber que reivindica las necesidades de éste en un ámbito de gestión democrática del trabajador de la cosa pública, no puede dejar que le arrebatan el análisis para entender la realidad. En lugar de construirse artificialmente con ciertas formas ideológicas y políticas, la mayoría tiene que hacerse con una imagen que se reconcilie con la realidad social impuesta desde el poder, para luego encontrar consuelo en la realidad tal cual es. Hay que entender que las necesidades del hombre son concretas y urgen en la defensa de una mejor calidad de vida para la mayoría, por eso no pueden ser parte de una ciencia del espíritu porque las ciencias del espíritu, en caso de que estemos dispuestos a aceptar aquel concepto, se preocupa de cuestiones menos trascendentes en términos de urgencia. En cambio, el saber del hombre como cuestión esencialmente humana, donde el derecho a la vida se reivindica de la mejor forma, se refiere a la confrontación entre el hombre y la naturaleza, la relación simbiótica entre éstos, que implica también la necesaria relación entre el desarrollo del hombre en términos de un ambiente sustentable que, además, implican otras maneras de socialización para desde allí reivindicar la íntima simbiosis entre lo particular del hombre y lo general.

Teoría crítica de la investigación social empírica.

Con la teoría materialista, histórica y dialéctica de Marx y Engels, se derrumba el idealismo como opción del saber y del análisis metodológico en general. El perjudicado al respecto fue Hegel, su máximo exponente, al punto que podemos considerarlo como el *idealista absoluto* en el sentido que busca reivindicar esta idea de las que además se valen una serie de corrientes del pensamiento que hablan del espíritu e idea absoluta. A la caída del idealismo le siguieron, más o menos de una manera encubierta, otros puntos de vista que tratan de establecer una relación de la teoría con los hechos de modo que las ciencias del hombre se transforman de forma radical. Fue el *empirismo* la forma exclusiva en que los grupos de interés dominantes reaccionan frente a la contundencia y el llamado a la praxis y la acción política del materialismo histórico. El punto es que ahora el mismo *espíritu* como concepto, si es que busca sobrevivir a la evolución del saber del hombre, tiene que acomodarse a los tiempos venideros. En otras palabras, la posible preponderancia del *ente*, del *espíritu* y del *ser*, solo puede ser una postura racional si se impregna de los hechos. Si una vez los hechos fueron considerados ciegos y extraños al espíritu, hoy ese espíritu que se creyó soberano, preponderante y absoluto, sólo puede acreditarle a sí mismo haciendo hablar a los hechos. El problema es que el espíritu, por su misma categorización, es demasiado abstracto por lo que no es fácil vincularlo a los hechos en que insisten los teóricos empiristas. Es decir, si el espíritu para poder sobrevivir como concepto se ve remitido al hecho, no puede cerrarse al método de la investigación empírica ni mucho menos considerar estos métodos de análisis cuantitativos como fin último del conocimiento. Esto nos sugiere que los métodos son eso, es decir, medios y caminos, no fines en sí mismo. Esto sugiere que el conocimiento fructífero, que reivindica lo mejor del hombre, que por eso mismo rebasa el ámbito de las investigaciones cuantitativas tiene que ser de alta calidad, cualitativo, de lo contrario la teoría social queda reducida a una estúpida presentación de cifras que no hace más que condenar a la esterilidad tantos análisis y estudios publicados que solo intentan comprender mejor nuestra realidad. Desde esta perspectiva que busca una sintaxis entre los términos teóricos, expresados en toda su dimensión en el propio idealismo metodológico, y el materialismo, es decir, los hechos concretos que tampoco lo son tanto si no apelamos a la teoría, es entonces necesario dejar de lado ese mesianismo del que se valen unos y otros. Declararse neutral es una falsa postura, es cobarde y timorata, porque se claudica sin el menor esfuerzo frente al desafío que significa la construcción de una teoría crítica- empírica de la ciencia social en particular y del saber universal en general, que ayude a la mejor comprensión de las formas de vidas asentadas en determinadas estructuras políticas más o menos

específicas. De acuerdo al sentido estricto del término, por *investigación social empírica* hay que entender todos los esfuerzos que se dirigen a buscar un saber de lo social que, a diferencia de la especulación, consideran como fundamento la experiencia de los hechos que son dados. Pero, en la práctica científica concreta, que encontramos al servicio de la racionalidad del Estado capitalista y la opción de regímenes que expresa, antes que al servicio de una síntesis que racionalice el método de análisis, esa misma práctica científica forma un concepto bastante más restringido en relación a la investigación social empírica porque obedece a la exigencia de exactitud y objetividad tal como la entiende las ciencias naturales. Es en ese momento cuando aparecen otros criterios de análisis, tan extraños para unos y para otros, como los de la *verificabilidad* o de *falsabilidad* que remiten a la independencia respecto de los momentos subjetivos de la investigación que desempeñan un rol esencial.

Los más grandes teóricos de la ciencia política jamás despreciaron la investigación, el análisis y los hechos empíricos más bien, por el contrario, se valieron de estos para reivindicar y dar un sustento racional a sus puntos de vista, a sus teorías y metodología de análisis y sus conclusiones. Ya en la antigüedad, Aristóteles realizó un estudio sobre las ciudades-estado griegas. Por su parte es conocido que Marx, que no sentía más que desprecio por el positivismo sociológico expresado en ese entonces por Comte, dedicó mucho tiempo al análisis empírico que le dió una visión acertada de las condiciones de vida del trabajador en el Estado capitalista. De hecho, tanto en *El Capital* como en *La situación de las clases trabajadoras en Inglaterra* de Engels, vemos una infinidad de material empírico, que no obstante está siempre al servicio de la construcción teórica, en tanto busca fundamentar los puntos de vistas que se expresan. Inclusive Weber, que insistía en la neutralidad de los valores y que, pese a sus esfuerzos por comprender las tendencias generales del régimen, rechazaba esas construcciones, emprendió investigaciones y planteó teorías empíricas en su análisis de la sociedad. En los años '30, ya en la época de la crisis del liberalismo económico y político que nos conduce a una gran depresión que implica, como toda crisis capitalista, la caída y hasta el derrumbe de las formas y la calidad de vida del trabajador, en el campo de la teoría, la investigación social empírica experimenta un impulso central a partir de nuevos estudios de mercados y los sondeos de opinión en boga, que buscan satisfacer la planificación comercial racional de los que se perfilaban como grandes empresarios. Con el predominio posterior de Estados Unidos en todos los ámbitos, durante el transcurso de la Segunda Guerra Mundial, este desarrollo se acelera notablemente porque las múltiples organizaciones, gubernamentales, oficiales o no, solicitan la ayuda de esos métodos para dar mayor sustento lógico a las nuevas decisiones que el sector público asume como desafío ante lo que significa la aparición del régimen de bienestar que interviene en algunos parámetros, centrales y otros secundarios, que hacen al

nuevo rol asumido por la economía. Otros fenómenos, no menos importantes y que tienen que ver con las nuevas formas de comunicación e información de la sociedad moderna, la mal llamada comunicación de masas, que implica la aparición del cine, la prensa, la radio o la televisión, pasan a formar parte de su área de análisis. Además, atraen la atención del estudio empírico, la dinámica de grupo, esto es, los procesos internos de un grupo social. En otras palabras, en cada manifestación lo que se busca es (siempre de acuerdo con la exigencia de rigurosa exactitud) medir las actitudes y el comportamiento del sujeto a partir de la experimentación directa, de la comparación y de la verificación empírica que serían las bases de la comprensión del análisis del régimen. Pero, otra vez nos encontramos con una definición burdamente individualista del hombre porque este hecho, que además significa colocar lo particular sobre lo general, invalida desde el origen cualquier conclusión que ayude a la comprensión y eventual cambio de las formas sociales de vida del hombre. A pesar de ello, hoy el método de investigación social empírica, que necesariamente renuncia a sus paradigmas extremos en relación al empirismo y la reivindicación de los hechos en un contexto histórico de primacía de lo particular sobre lo general, se usan prácticamente en todos los sectores de la vida social, cultural, económica, comercial y política, así como en la teoría de análisis de la cuestión agraria, urbana y empresarial, en el análisis de las estructuras políticas del régimen que impera y hasta en el análisis de la religión, de la planificación nacional, en el ámbito del trabajo social y la criminología (...). Los diversos métodos de este empirismo remozado se usan tanto en la investigación de las distintas clases sociales, grupos de intereses, instituciones políticas y sistemas de valores como en el estudio de aquellas tensiones relativas al hecho de tener que vivir en regímenes que reivindican los intereses de sectores claramente minoritarios.

En defensa del análisis que insiste en los aspectos generales que tienen que ver con las condiciones estructurales en que los trabajadores desarrollan su vida, hay que decir que existen una serie de consideraciones teórico-sociales de primer orden que llevan a preservar la distinción entre *esencia* y *fenómeno* que para el empirismo es un inmenso tabú desde el momento en que este análisis, el de la estructura, busca revelar las falacias dominantes. Por eso es una tarea militante, en la búsqueda de las verdades que favorezcan la cosmovisión del pueblo, clarificar las diferencias entre ambos conceptos teniendo presente que el *fenómeno*, siempre circunstancial y subjetivo, es de una dimensión analítica bastante inferior a la *esencia* pero que no por eso deja de aportar complejidad al análisis de la realidad. La idea de la primacía del *fenómeno* sobre la *esencia*, de *lo particular* sobre *lo general* y del *empirismo metodológico* sobre el *materialismo*, que además es histórico y dialéctico, que es tremendamente revolucionario en términos del análisis de la realidad social, lo que busca, al igual que Locke, el padre del empirismo,

es imponer la idea de tabla rasa, vacía de análisis, sin valores ni preconceptos como si fuera posible. Sería un grave error metodológico que el investigador niegue que tales opiniones están mediadas por las estructuras del régimen, por las formas que se despliega el poder de los actores que en fin hacen a la agenda de gobierno, pero normalmente queda satisfecho con aproximarse a esa mediación a través de *estudios motivacionales*: le basta con determinar el modo como los sujetos de experimentación forman su opinión. Así, el centro de la investigación es la subjetividad de los individuos estudiados. Por el contrario, la concepción que subyace al intento de lograr una interpenetración y sintaxis entre la teoría y la investigación empírica no se conforma con los sujetos y con sus múltiples particularidades, pero tampoco se conforma con los enunciados generales sobre el régimen. Entonces, me parece que en este punto es necesario afirmar que lo más racional en términos analíticos es el intento de relacionar las investigaciones empíricas, de tipo cuantitativas, con el análisis de las instituciones políticas y estructuras que forman la lógica y sentido del régimen con las que las opiniones y los comportamientos de los sujetos tienen algo que ver. En el ámbito del análisis de los grupos de interés relevantes en la definición de los problemas sociales que hacen a la gestión pública, no es viable conformarnos solamente con el análisis de sus intereses, tampoco con la particular ideología que los define, sino que, en la medida de lo posible, es necesario el análisis del grupo de interés mismo. Por una parte, analizamos las publicaciones con las que la organización influye sobre sus miembros, pero sobre todo analizamos su estructura. Este intento de sintaxis, que busca la conciliación entre dos tipos de análisis, que en fin postula una mejor comprensión de las manifestaciones sociales de los hombres, solo tiene un sentido amplio cuando propone la confrontación de opiniones subjetivas con esos momentos objetivos que nos conducen a resultados más esenciales que el método de tabla rasa de los dominantes, para los cuales la opinión es fundamental y eso lo trasladan al mercado donde, por ejemplo, el consumidor es el rey y es quien siempre tiene la razón. El empirismo que nos insiste en la primacía de lo particular y subjetivo, conseguido a partir de la investigación que reitera y se empecina en sondeos de opinión y en estudios de mercado que nunca son suficientes para una coherente comprensión de la realidad en la que está inmerso el trabajador, digo, el empirismo que es, según su propio criterio, una filosofía que atribuye a la experiencia la primacía en el orden del conocimiento, lo hace porque no puede ir más allá del análisis a riesgo de revelarnos las contradicciones estructurales del régimen político capitalista que defiende. El empirismo se empecina en los análisis subjetivos porque son estudios parciales exentos y faltos de reflexión en la medida en que no puede ir más allá de *lo anecdótico*. Pero, en la medida en que el empirismo se asocia, en una sintaxis superadora con el hecho general y la manifestación de los grupos de intereses y las estructuras del régimen, él mismo se potencia

aportando, de ahora en adelante, al conocimiento de las variables que hacen a la vida del hombre, una experiencia menos restringida, estrecha y cosificada.

En el orden teórico- práctico se plantea el consenso entre las vertientes analíticas- metodológicas que en su versión más acabada podría denominar como *teoría crítica de la investigación social empírica*. Teoría en cuanto es una metodología de análisis de la realidad de los hombres a partir de ciertos conceptos y paradigmas fundamentales que tienen que ser verificados por la experiencia del trabajador. Crítica en el sentido que la teoría debe sobrepasar los presupuestos neoliberales que históricamente fracasaron en su intento de solucionar los grandes dramas del capitalismo y que por lo tanto se presenta como fundamento del arte de resistencia y de poder que busque, de la manera más consecuente posible, el bien común. Finalmente, una teoría *empírica* porque la racionalidad de ésta se vincula directamente con la posibilidad de eventualmente resolver las necesidades que se le plantean a los trabajadores durante su vida.

El proceso de socialización como antagonismo de clases.

Theodor Adorno en su libro *Epistemología y ciencias sociales* nos dice lo que sigue:

Allí donde los hombres creen estar más cerca los unos de los otros, como en la televisión, que se les lleva hasta sus hogares, en realidad esa cercanía está mediada por la distancia social, por la concentración del poder. Nada simboliza mejor que la televisión el hecho de que, en gran medida, ya tendiendo a su contenido concreto, a los hombres se les dicta desde arriba su vida, la misma que ellos creen poseer y tener que ganarse y a la que toman por lo más próximo y lo más real. La existencia humana individual es, más allá de todo lo imaginable, mera reprivatización. Lo más real, aquello a lo que se agarran los hombres, es al mismo tiempo lo más irreal. «La vida no vive.» Tampoco una sociedad transparente desde el punto de vista racional, una sociedad verdaderamente libre, podría zafarse en absoluto a la administración y a la división del trabajo. Pero las administraciones de todos los países de la tierra tienden compulsivamente a autonomizarse respecto de los administrados y a reducirlos a meros objetos de procedimientos regulados abstractamente.

Toda una declaración de principios porque estas tendencias remiten, de acuerdo a teóricos como Max Weber, a la racionalidad económica que se basa en la aplicación de determinados medios para lograr ciertos fines. Pero, como en realidad el fin le es indiferente, la defensa y reivindicación de un régimen político mucho más racional y lógico en términos ideológicos, y

mientras siga siendo así, nos lleva a que esa razón se vuelva irracional para los sujetos. Es que la figura protagónica, de pretensiones racionales, de esta irracionalidad es en muchos sentidos el técnico, el experto, el tecnócrata, que se encuentra lejos de las urgencias de los trabajadores porque, en realidad, su lógica, sus medios y maneras de actuar se basan en la especialización de los procesos de la técnica, en la cuestión de los costos y beneficios pero no en términos de mejorar las condiciones de vida del trabajador sino para reforzar y elevar por todos los medios la tasa media de ganancia del capital. Lo que nos esconden es que la especialización de los procesos técnicos son también parte de un proceso ideológico que refuerza la lógica dominante. Ya estamos más allá de la mera especialización o de la imparcialidad u objetividad que pretenden los grupos de poder porque, en fin, bajo esta concepción de las relaciones sociales, tanto de una forma espontánea como planificada, los trabajadores están en los hechos totalmente impedidos de reconocerse a sí como trabajadores. La oferta de mercancías, que los inunda, que los impele y desafía, simplemente contribuye a un proceso que desnaturaliza al trabajador y las relaciones sociales implícitas en este proceso, a través de mecanismos tan directos y fatales como la represión en tiempos de urgencia o tan sutiles como las herramientas ligadas a la industria cultural. Es que bajo la directriz del capitalista las manifestaciones de los trabajadores, incluida la cultura y el saber, se desarrolla bajo la ley del mercado, es decir, bajo el imperativo de adaptarse como consumidores. Y en el ámbito de los mercados de consumo, bajo los términos del neoliberalismo, existen sujetos con mayor capacidad de consumo y existen también los que consumen y los excluidos. Es decir, el mercado de consumo es ampliamente desigual. El régimen político definido en estos términos, bajo las directrices y parábolas del mercado de consumo del Estado capitalista, reforzado por una infinidad de mitos, cada una de sus instituciones, tal como las vivimos de manera cotidiana, son incompatibles con la democracia desde el momento en que las mayorías son excluidas de los beneficios de la técnica, de la acumulación de capital, del crecimiento y del desarrollo nacional. El ideal del sistema democrático de los neoliberales, de la democracia formal, descalifica todos los medios que conduce al pueblo a la emancipación, y lo que es más, refuerza los valores de la servidumbre. Por eso, el régimen en general, junto con la organización que busca reforzar el estatus imperante, en la medida en que sistematiza los intereses materiales de la reproducción privada del capital, apoyados en algo íntimo que no tiene relación alguna con el espíritu de la democracia, no puede convivir con la inclusión democrática del trabajador. Menos bajo los términos del sistema comercial globalizado. Ese espíritu que es antidemocrático, reaccionario y conservador, se fundamenta en el hecho que los constantes conflictos entre patrones y trabajadores, entre jefes políticos y subordinados, enmascaran antagonismos de clases que son prioritarios. En otras palabras, la necesidad

del fetichismo de las mercancías, que deriva en el fetichismo de la relación entre los dueños del capital y la fuerza de trabajo que a su vez deriva en el fetichismo de todas las relaciones sociales y de las instituciones amparadas en éstas, el Estado y el régimen, nos muestran que los conflictos particulares no pueden plantearse de forma abstracta porque esos antagonismos producen conflictos aquí y ahora conforme a un proceso y a determinada legalidad que es expresión también del desarrollo de la lucha de clases. Los conflictos entre patrones y trabajadores respecto a la puja por el salario, solo por poner un ejemplo central en términos de producción y de distribución de la riqueza, depende también de la relación de fuerza entre los sectores involucrados en esa puja y no solo de factores subjetivos o coyunturales. Esto nos remite a las relaciones de poder que al mismo tiempo nos remiten a los recursos que cada uno de los actores y sujetos involucrados puede disponer en esa contienda en particular. Si no se tiene plena conciencia que las relaciones sociales remiten a determinadas formas de poder, que a su vez, definen una y no otra lógica respecto a las formas de actuar del régimen, resulta bastante incongruente el análisis de cualquier situación.

No podemos seguir haciendo abstracción de la naturaleza cualitativa de los hombres, que desempeñan el rol de productor y de consumidor. No es posible tampoco abstraerse del modo de producción, de la forma en que éste administra y define la distribución de los beneficios, lo que además implica que no podamos abstraernos de las necesidades de los trabajadores porque, bajo la lógica del capitalismo, lo primero es el beneficio que se orienta a la mejor forma de elevar la tasa de ganancia del capital. La misma Humanidad determinada como clientela, el sujeto de las necesidades está más allá de cualquier representación ingenua conformada socialmente, y no sólo por el nivel técnico alcanzado por los factores de producción sino también por las relaciones económicas. La importancia central de comprender esta asunto, o sea, la Humanidad definida a partir de relaciones de clientela que solo buscan el beneficio general de la acumulación privada de los capitales, es que nos muestra con toda su crueldad la manera del dominio de las estructuras y de los actores protagónicos del régimen, los actores que están en condiciones de preconfigurar la agenda pública a través de la movilización de los recursos propios, sobre los mismos trabajadores que serían algo así como miembros forzosos del régimen político. La creencia democrática de los trabajadores, a expensas de la cual han medrado siempre las instituciones políticas, en el más largo plazo no perderá con ello, antes por el contrario, cobrará un valor más altruista como cuando el metal precioso en el proceso de su refinación se los desliga de la escoria que los acompaña. Esto siempre que el trabajador no pierda el sentido y valor de la construcción de un arte posible. No podemos desconocer que la creencia en la democracia, en un porvenir más humano y racional es como la ética, la política y el arte de resistencia de las mayorías,

que es una manifestación de nuestras necesidades. Cuando defendemos esas urgencias, llevamos a su máxima expresión la proyección hacia el infinito de nuestro arte de resistencia. Desde el momento en que la misma creencia en la democracia, como proyección máxima de defensa del bienestar común, se hace realidad tiene que considerarse como un valor de positiva eficiencia. La teoría más acabada sobre las relaciones sociales, de una u otra manera, es la que nos conduce a las relaciones entre *capital* y la *fuerza de trabajo* y desde ahí a las relaciones de clases, de explotación del hombre por el hombre pero también a la necesaria reacción y resistencia de los trabajadores a partir de otra gramática de construcción de poder y gestión pública de las mayorías. Es que en fin la reducción de los sujetos en tanto trabajadores y desde ahí en tanto actores que son parte de un intercambio de mercancías decididamente desigual, se oculta la dominación del hombre sobre los hombres. Éstos no coexisten simplemente los unos al lado de los otros, más bien se mantienen en vida los unos en virtud de los otros. En el seno del régimen político, que se basa en el principio del intercambio de mercancías, las instituciones, irracionales a los ojos de la tecnificación y avance del capitalismo, redundan en beneficio de la persistente irracionalidad de un régimen que si bien es racional en sus medios no lo es en sus fines porque simplemente actúa, de la mejor manera que le sea posible, en base a los intereses de la acumulación privada del capital. Así, una antigua institución como la familia, derivada de lazos naturales y cuya estructura interna no se rige por la ley del intercambio de equivalentes, que a los ojos del capitalismo es una institución irracional, tal vez deba su persistencia en el tiempo al hecho que ayuda y aporta con sus méritos a la defensa de las relaciones sociales de producción en el ámbito del control de la minoría sobre los trabajadores. Es decir, sobrevive porque se convierte- a efecto de la dominación política- en una institución útil para los intereses del capital. Sin la institución de la familia los pequeños productores del campo apenas hubieran podido subsistir en el proceso de consolidación del Estado capitalista que, a pesar que en su desarrollo los margina, por otro lado también les permite subsistir bajo las directrices de las necesidades de la reproducción del capital.

El proceso de socialización de los hombres no puede ir más allá de los conflictos y antagonismos de clase porque la característica constitutiva de la socialización de los sujetos, para que cumplan determinados roles al interior de las estructuras de poder dominantes, es ese antagonismo que desgarrar al régimen. En otras palabras, es la misma relación social antagonica de cambio la que introduce y reproduce en el tiempo ese antagonismo que amenaza al régimen político con su caída definitiva, que implica la catástrofe total para la clase de los patrones. El problema para esos sectores es que por más que siembren la realidad de mitos cada vez más grotescos en el sentido de su falta de consistencia teórica y práctica, la realidad última de los hombres es que la

sociedad sigue siendo una contradicción de clases que además se refleja en el régimen lo que, más temprano que tarde, hace necesario el cambio a favor de un régimen racional y humano. Por eso, a pesar de la contradicción entre el neoliberal y las manifestaciones democráticas, éste no puede mostrarse como enemigo de la creencia en la democracia porque, a partir de ahí, revela sus múltiples contradicciones. Esta contradicción de clases, que se manifiesta en la teoría pero también en la práctica, tiene por lo tanto efectos decisivos en la existencia cotidiana de los trabajadores y ese es el problema de la razón del capitalismo. En el caso de que no se manifestara esa contradicción de clase en la vida del trabajador, entonces el concepto de clase sería un fetiche. Eso está lejos de la realidad porque mientras los hábitos de consumo se hacen similares, la diferencia entre el poder de los que controlan el régimen y la impotencia relativa de las mayorías nacionales para transformar la realidad es mayor que en otras épocas históricas. Hoy el hombre tiene que hacerse lugar para garantizarse el propio sustento cotidiano sin considerar su determinación humana y su valor, si es que aún tienen alguna idea al respecto. Este estado de cosas urgente, que tiene que ver con la supervivencia del hombre, con sus necesidades inmediatas y sus expectativas, se manifiesta ideológicamente en lo que podemos denominar proceso de adaptación de los hombres, término que además es característico del darwinismo social, que es transferido desde la biología a las ciencias sociales por la razón del capitalista que fundamenta una teoría fuertemente reaccionaria, fascista, que asocia esa capacidad o no de adaptación a ciertas cualidades de la etnia. Solo nos queda la posibilidad última de entender en toda su plenitud la comunidad de los hombres y sus expresiones institucionales que se manifiestan globalmente en la formación de un régimen de determinadas características que a su vez es expresión de las directrices centrales de un Estado capitalista. Sin esto, toda sugerencia de transformación sólo sirve a los intereses últimos de ese bloque, que es de los dominantes. De ahí la importancia de una teoría crítica de las relaciones sociales que nos revele la fetichización de las relaciones sociales a partir del análisis de la falsa igualdad que existe entre patrones y trabajadores.

En esas circunstancias, ¿qué estrategia deberíamos plantear ante el enemigo de clase de modo de alterar definitivamente el régimen e inclusive el Estado capitalista de producción? Por más que se debata en el Parlamento, ésta es una institución heredada de la dictadura. Por más que se insista en leyes y edictos, etc., si no hay fuerza puesta en las calles, si no se organizan los sindicatos y las confederaciones en un plan de combate conjunto con las organizaciones de estudiantes, poblacionales y el movimiento de las mujeres, nada es posible. En este sentido no se puede obviar ni olvidar que la demanda de No + AFP, el profundo rechazo de la población al sistema de pensiones heredado de la dictadura, el rechazo a la salud y a la educación de mercado tomó fuerza e impactó en el debate tras las masivas movilizaciones que los

trabajadores y estudiantes chilenos llevamos adelante en las calles y avenidas del país; con las jornadas de protestas, y las marchas que se impulsaron desde las bases del movimiento popular. Esta es la fuerza que hace temblar al empresario que negocia y que lucra a costa del esfuerzo ajeno. Desarrollar la movilización popular es la única garantía para conquistar nuestras demandas, los derechos que como trabajadores nos corresponden. De hecho, en época de crisis de la "democracia" en la medida de lo posible se clarifican las posturas de los actores políticos, tanto los que responden a los intereses de la patronal como aquellos subalternos, los sectores populares digo, que intentan cambiar el régimen a favor de una genuina y real democratización donde la salud y la educación de mercado se transforman en un mal recuerdo; también el salario miserable, etc. Por eso es importante para la patronal mantener la paz social, la gobernabilidad: a través de ésta pueden ocultarse las contradicciones del régimen. El duopolio es uno solo porque al final los partidos que lo integran precisamente son lo mismo en el sentido que ninguno de ellos se plantea el cambio de régimen, en el sentido que todos están cómodos con el sistema económico neoliberal impuesto en Chile por la fuerza de las bayonetas, por el golpe y todo lo que éste implicó, etc. La diferencia entre todos ellos está en la capacidad para mantener la gobernabilidad, la paz social, de modo que la herencia de la dictadura no sea cuestionada por la calle. Ese es el gran mérito de la Concertación, de la Nueva Mayoría, de RN, de la UDI: que luego de una administración tan mediocre como la dictadura de Pinochet, en el sentido de la ingobernabilidad del país, en realidad en todos los sentidos, su liderazgo fue capaz de neutralizar las demandas del pueblo y así lograr la ansiada paz social.

Cientos de miles estamos disconformes; marchamos, nos organizamos también. No queda mucho más que decir: es el momento de desarrollar un plan de lucha en la perspectiva de un gran paro nacional, que muestre la fuerza y la convicción del pueblo trabajador por derribar los principales pilares del neoliberalismo. ¿Qué hará la CUT y en general la burocracia sindical de nuestro país al respecto? Nada, éstas son organizaciones que están cómodas con la economía del libre mercado, son parte del duopolio, su arista sindical. Para avanzar sobre el neoliberalismo y derribar la herencia de la dictadura, ya no bastan las palabras y las campañas mediáticas: hay que pasar a la acción y organizarnos contra el negocio en la educación y salud, etc. Para los revolucionarios el esfuerzo principal está ahí en organizarnos, en pasar a la acción concreta, en levantar un frente común, sin ninguna alianza con los partidos de la patronal. Para lograr este objetivo hay que levantar comisiones en los sindicatos y en los lugares de estudio, organizarnos como trabajadores desde la base, para preparar la lucha.

Capítulo 4: Diversas facetas del poder.

Relaciones de poder, el sujeto, el saber y las formas políticas.

Desde el principio de los pueblos la tarea de la filosofía consistió en una batalla, muchas veces declarada, entre el idealismo y el materialismo, una lucha también muchas veces no declarada entre la razón y las sinrazones de ciertos sectores de poder. Lo que se impone entonces desde siempre es un saber basado en relaciones de poder específicas a cada momento histórico. Desde Kant, el rol de la filosofía es prevenir a la razón de ir más allá de los límites de lo que es dado en la experiencia, pero desde esta época, -es decir con el desarrollo y consolidación del Estado capitalista en una realidad que conlleva su correspondiente organización institucional a través del régimen- el rol de la filosofía ahora como hecho político, como saber que es parte de un conocimiento dominante o no, neoliberal o alternativo, su rol también es mantenerse atenta contra los abusos del poder de la racionalidad del Estado capitalista. Es decir, con la imposición política de los regímenes neoliberales se vuelve una necesidad imperiosa denunciar y actuar contra la relación entre racionalización y excesos de poder político que es evidente. No es necesario remitirnos al genocidio o campos de concentración para reconocer la relación entre la razón y los excesos del poder político que es sistémica bajo la égida neoliberal. El problema es qué hacemos con un hecho tan evidente. Toda sujeción y sometimiento del hombre por otro son fenómenos derivados, son consecuencia de otros procesos sociales, económicos y políticos: fuerzas de producción, lucha de clases y la estructura ideológica basada en el fetichismo de las mercancías, de la propia mercancía *fuerza de trabajo*, que determinan formas de subjetividad. Así, es cierto que los mecanismos de sometimiento y control social sobre la mayoría no pueden ser analizados por fuera de su relación con los mecanismos de dominación política y explotación porque ellos también conforman relaciones complejas y circulares con otras formas. La razón por la que la lucha de clases prevalece en nuestra sociedad, siendo así fundamental para entender las relaciones entre los hombres, se debe a las características de nuestra vida en comunidad, de las estructuras políticas que se basan en un Estado capitalista y sus regímenes políticos correspondientes. El Estado capitalista milita en beneficio de intereses minoritarios, de élites, lo que nos lleva a percibirlo como poder político que ignora al sujeto porque ignora sus necesidades, un Estado que mira sólo los intereses de la totalidad controlada y definida por la lógica de la acumulación privada de capitales que apenas sí responde a las necesidad de un pequeño grupo de sujetos que forman los actores dominantes. Es importante subrayar que también el poder

del Estado (y esta es una razón de la fortaleza de su lógica) es una forma de control que se expresa a través del régimen y que es a su vez un poder tan individualizante como totalizante. Nunca en la historia de la lucha de clases hubo una combinación tan engañosa en la estructura política- en el Estado capitalista y su régimen- de las técnicas de la totalización cuando se trata del control sobre el pueblo. Esto debido al hecho que el Estado vía fetichización de las mercancías, de la primacía del *valor de cambio* antes que el *valor de uso*, logró integrar en una nueva forma política, una vieja técnica de poder que tiene su origen en las instituciones ligadas a una razón que se pretende universal, a partir de verdades que son “racionales”, “absolutas” y “finales” a pesar de que hace mucho que se nos reveló la falsedad de esas supuestas verdades. Urge la tarea del saber como análisis crítico de la realidad, del mundo creado a imagen y semejanza del Dios del capital. Comprometernos en una realidad bien distinta al Estado capitalista para poder librarnos de este doble vínculo político que es la simultánea *individualización- totalización* de las modernas estructuras de poder de dominio sobre las mayorías, es la meta a conquistar. El problema no es liberar al hombre del Estado capitalista y de las instituciones y actores que forman el régimen sino liberarnos de los dos, o sea, del Estado, de su régimen y del tipo de individualización que se liga a éste. Debemos promover nuevas formas de subjetividad que van más allá del egoísmo e individualismo característico de las formas capitalistas a través del rechazo de esa misma individualidad que nos fue impuesta para que no nos comprometamos políticamente con los problemas de la colectividad, para que militemos en favor de intereses meramente subjetivos e individualistas que causan graves daños porque son una barrera para trabajar en favor del bien común. Hay que promover una subjetividad que involucre la gestación del ser genérico como máxima aspiración donde dejamos atrás el falaz libre mercado que insiste en relaciones egoístas y en el sujeto como mercancía.

El concepto de *gobierno* hay que considerarlo en su significado social, político, ideológico y cultural amplio donde implica no sólo formas de poder legalmente constituidas, que implican grados de sujeción política- económica en favor del interés de la colectividad, sino también modalidades de acción orientadas para actuar sobre las posibilidades de acción de los otros. Se trata del gobierno en el sentido de gestión. Así, gobernar es estructurar el posible campo de acción del otro. El efecto de relacionamiento del poder no está solo en el ámbito de la violencia o de la lucha por la primacía, tampoco solo en el campo de la unión voluntaria o no (todas las cuales son instrumentos del poder) sino en el área de los modos de la acción de los actores sociales y políticos, de toda índole, que forman el gobierno. Formas de actuar que no son solo jurídicas ni de violencia sino racionalmente sustentados por el régimen. Cuando se define el ejercicio del poder como un modo de acción sobre las acciones de otros actores de relevancia para la conformación de la

agenda, cuando se caracteriza esas acciones como el gobierno de instituciones formadas por actores de cierta índole y no de otras instituciones y sujetos, entonces se incluyen algunos elementos muy importantes y antagónicos: el someterse y la posibilidad de la libertad o no que se relacionan directamente con el problema de la gestión del poder por parte de la mayoría como forma primera de construcción del poder popular: cuando se define el ejercicio del poder como modo de acción sobre las acciones de otros actores de relevancia para la formación de la agenda pública ahí, en este momento preciso, se revela la importancia que el trabajador en tanto mayoría deba luchar para hacerse con el control del régimen, su gramática de poder, resoluciones y políticas que estén dispuestos a implementar en favor de otra definición del bien común. Lo que sería propio de una relación de poder en estos términos es que esta es una manera de acción sobre otras acciones. La relación de poder está profundamente enraizada en el contexto social, las relaciones que instituyen los trabajadores. En todo caso, habitar en una sociedad es vivir de tal modo que la acción sobre las acciones de otros sea posible, y de hecho así sucede tanto en el ámbito individual como colectivo, porque las acciones y las reacciones de los grupos de interés influyen en las acciones de los otros en un mayor o menor grado de acuerdo al caso específico que tratamos. Un régimen sin relaciones de poder sólo es una abstracción. Los neoliberales a pesar que de forma continuada nos insisten en la administración antes que en el gobierno de las cosas están todo el tiempo defendiendo sus intereses. Por lo cual cada vez es más necesario el análisis de las relaciones de poder en un régimen, el análisis del contexto, su conformación histórica, su fuente de fortaleza o fragilidad y las condiciones necesarias para transformar o abolir algunas. El análisis de la relación de poder exige establecer elementos que lo caracterizan. El primero es el análisis sobre el sistema de diferenciación que nos permite actuar sobre las reacciones de los otros sujetos y actores políticos y sociales y que son además diferenciaciones determinadas por la ley o por la tradición de estatus o privilegio que están asociadas a las formas de control y dominio de la mayoría sobre la minoría. Están las diferencias económicas en la apropiación y distribución de la riqueza y de los bienes y mercancías que también se relacionan con diferencias en los procesos de producción de éstas, el rol que nos compete en el proceso; están las diferencias culturales y así de manera sucesiva. En segundo lugar, están los medios que ayudan a solventar políticamente las relaciones de poder de acuerdo a como es ejercido este poder de dominio porque no es lo mismo los medios que se usan en el caso de la dictadura, de la amenaza de la fuerza, la represión para el caso, que los medios que se usan en un régimen neoliberal donde, por más que hablemos de una democracia abstracta, esos medios tienen relación más con efectos de la palabra, la razón, la persuasión, con desigualdades económicas y acceso a oportunidades. No olvidemos la forma de institucionalización que se refleja

en la lógica de los actores que son parte del régimen donde se combinan predisposiciones tradicionales, estructuras, normas, también estructuras que tienen que ver con la costumbre como la familia y una serie de instituciones más complejas como el sector público que de hecho toma la forma de un aparato cerrado en sí mismo, con sus estructuras jerárquicas cuidadosamente definidas, estructuradas y una autonomía relativa en su funcionamiento que forma parte de un régimen cuya función es poner todo bajo su control a partir de una vigilancia general del sujeto político más todavía de quien se define como antisistémico, de modo de poder regular a su conveniencia la lógica de las relaciones de poder. Por último, está el grado de la razón dominante, de las verdades y mitos dispuestos a sostener y apoyar en el mantenimiento del control social. Puesto en juego las relaciones de poder como acciones en un campo de posibilidades puede ser más o menos elaborada en relación a la efectividad de los instrumentos y la certeza de los resultados en cuanto a los recursos ideológicos empleados en el ejercicio y control del poder o incluso en proporción al posible costo relacionado con la reacción de los dominados y que se constituye por la también probable y admisible resistencia.

En el análisis del poder y los puntos que necesariamente implica si no queremos extraviarnos en desvaríos, el mundo de la irracionalidad y la utopía del sujeto de poder dominante, hay que considerar que el ejercicio del poder no es un hecho desnudo, algo así como un simple derecho institucional o una estructura que se mantiene o se destruye ya que el asunto del poder es mucho más complejo: el análisis de su estructura, bases de sustento e implicancias (que permite que unos actores sociales y políticos tengan el legítimo derecho a gobernar en favor de intereses propios, incluso contra los intereses de otros grupos) vemos que este es organizado, elaborado, transformado y se asume con procesos ajustados a una situación e interés concreto. El análisis de las relaciones de poder dentro de un Estado y su régimen nos muestra que estas están enraizadas en el sistema de las redes sociales del cual no es posible escapar. Desde fines del siglo XVIII la arquitectura comienza a estar ligada a problemas relacionados con la población, es decir, a los problemas de salud, del espacio, urbanismo y del poder incluso. A partir de la fastuosa ciudad que emerge con el Estado capitalista, a partir del barrio alto y de las poblaciones callampa, de la favela brasilera o villa miseria argentina, el arte de construir empezó a responder a las necesidades de la burguesía dominante sobre todo a la imperiosa necesidad de manifestar su poder, su divinidad y fuerza frente a otros grupos subalternos. A través de una nueva arquitectura, de planificar las grandes ciudades, a través de la construcción de palacios e iglesias, de obras arquitectónicas fastuosas, la burguesía ahora imprescindible empezó a manifestar su poderío, soberanía, sus dioses, su cultura y su racionalidad. A partir del capitalismo y del ascenso del burgués al poder, la arquitectura de la ciudad se desarrolla alrededor de esas exigencias de poder, control y dominio

para asegurar la primacía de los intereses propios, de clase. En esa época de ascenso del burgués empiezan a surgir nuevos problemas porque de ahora en más, en relación al poder que detentan como clase dominante, se trataría de servirse no solo del Estado capitalista y su régimen, de la cultura, del trabajo ajeno, de la mercancía y explotación, sino que también de la organización del espacio urbano para fines económico-políticos. Es en esa circunstancia donde surge una arquitectura específica que reivindica la primacía de los burgueses. Si en el primer momento la ciudad es espacio más o menos indiferenciado después, es decir a partir de fines del siglo XVIII, el espacio se especifica y se hace funcional de acuerdo a las necesidades de control social. Un ejemplo es la construcción de ciudades obreras. Ahí los burgueses asientan y fijan a la familia obrera a partir de las necesidades de la producción capitalista donde a esas familias se les va a asignar no solo un tipo de moral sino también cierto espacio de vida, en determinado barrio y en un tipo específico de casa. Una casa con una habitación que es el lugar de cocina y comedor, otra habitación para los padres, que es el lugar de procreación, y la habitación de los hijos. En el mejor caso, habrá una habitación para las niñas y otra para los niños. El espacio y la forma de arquitectura están directamente ligadas a la cuestión del poder donde tenemos específicas formas de construcción y concepción del habitat, de los espacios, de la arquitectura institucional, de la sala de clase en la escuela y en la organización hospitalaria. Un caso paradigmático sobre el poder de la arquitectura en la construcción de un régimen de control de las minorías- los burgueses- sobre la mayoría- los trabajadores- lo tenemos en *El panóptico* de Bentham. Al igual que sus contemporáneos a este autor se le presenta el problema de acumulación de hombres pero no solo en la ciudad sino además en los hospitales, en las clínicas o en las cárceles. Pero mientras los economistas de la época planteaban el problema en términos de riqueza, a partir de una relación estrecha entre la población y la riqueza generada por el capitalismo donde precisamente es la *fuerza de trabajo* de los obreros la fuente primaria de la actividad comercial y consumo, Bentham sugiere este problema de la acumulación en términos de poder, es decir, a partir de una organización del trabajador como población sujeta a relaciones de control y dominación por parte de los burgueses. No es tema menor porque incluso los mecanismos de poder, que intervenían en una monarquía tan desarrollada como la de Francia, tenía importantes agujeros en cuanto a la consolidación de las formas de manifestación del poder. Incluso la revolución francesa es ejemplo de ello. Es que la monarquía francesa y el poder que detentó tenía una débil capacidad de resolución de los problemas sociales porque además no contaba con la capacidad real de practicar un análisis individualizante y exhaustivo del entramado social. Lo que se vuelve urgente para los burgueses en ascenso es plantear otras relaciones de poder y formas de legitimación de éste a partir de un contexto de esa metamorfosis económica y comercial que

caracteriza al Estado capitalista. Se vuelve indispensable, forzosa e inevitable la circulación de los efectos de poder a través de canales más finos y sutiles, de una legitimidad que no fuera cuestionada a grandes rasgos, que no coloca en entredicho las estructuras del Estado y su régimen, hasta lograr que los individuos, su cuerpo, gestos, cada habilidad cotidiana y su cultura quedasen bajo control hegemónico de la clase en ascenso. Ahí viene al rescate la razón capitalista que, en el caso de Latinoamérica y a partir de los procesos de independencia de nuestros países, milita en beneficio de una legitimidad del régimen político que es claramente restringida al interés de los dominantes de la época. De ahora en más se trata que el poder, incluso teniendo que dirigir a una multiplicidad de hombres, sea tan eficaz como si se ejerciese sobre uno solo.

El principio del panóptico es claro: tenemos en la periferia un edificio circular y en el centro una torre. La torre aparece atravesada por amplias ventanas que se abren sobre la cara interior del círculo. El edificio periférico está dividido en celdas, donde cada una ocupa todo el espesor del edificio. Además, estas celdas tienen dos ventanas: una abierta hacia el interior que se corresponde con las ventanas de la torre; y otra al exterior que deja pasar la luz de un lado al otro de la celda. Entonces solo basta situar un vigilante en la torre central y encerrar en cada celda a un loco, un enfermo, condenado, a un obrero o alumno para que el edificio cumpla con su función de vigilar porque mediante el efecto de contra-luz se pueden captar desde la torre las siluetas prisioneras en las celdas de la periferia proyectadas y recortadas en esa luz. Ahora se plantea la plena luz y mirada de un vigilante que capta mejor lo que sucede en su edificio. En ese contexto, la revolución francesa toma para sí la idea del *Panóptico*. De hecho, yo diría que Bentham es el complemento de Rousseau en el sentido que ambos hablan de una sociedad transparente, que sea visible y legible a la vez en todas sus partes, que no existan zonas oscuras ordenadas por los privilegios del poder real o por prerrogativas de tal cuerpo. Se trata en ambos autores que cada cual, desde el lugar que le toca ocupa en el colectivo social, pueda ver el conjunto del régimen. Lo que diferencia al ginebrino de Bentham es que Rousseau piensa en términos de transparencia en los asuntos públicos, en esa visibilidad que mejora la democracia de su ciudad mientras que Bentham plantea la cuestión de la visibilidad pensando en una totalmente organizada alrededor de una mirada dominante que ejerce el control de la minoría sobre las mayorías. Hace funcionar el *Panóptico* a partir de la visibilidad universal, que actuaría en provecho de un poder riguroso y meticuloso con el que soñaría cualquier monarquía, dictadura u otra forma autoritaria del ejercicio del poder. Es sorprendente las técnicas de poder que funcionan en el interior del Panóptico. La mirada es fundamental pero también la palabra: existen famosos tubos de acero -extraordinaria invención- que unen el inspector central con las celdas en que se encuentran,

nos dice Bentham, no un prisionero sino pequeños grupos de prisioneros. En último término, se busca asignarle valor y poder a la disuasión.

“Es preciso -nos dice el autor - estar incesantemente bajo la mirada de un inspector; perder la facultad de hacer el mal y casi el pensamiento de quererlo”.

Nos encontramos de lleno con la preocupación de la nueva razón del Estado capitalista que insiste en la persuasión, en formas sutiles de ejercicio del poder. Se trata de impedir el obrar de acuerdo a intereses que contradigan la lógica del burgués. Hay que dejar de obrar *mal* lo que implica quitarles incluso al trabajador las ganas de desearlo. En resumen, se trata de construir una moralidad del trabajo en beneficio de las nuevas formas de producción y de distribución de bienes y riquezas generados por la acumulación privada de capital porque el no poder y esencialmente el no querer *hacer el mal* también se relaciona directamente con el asunto de los costos y el precio del ejercicio del poder. El poder no se ejerce sin gastos: éstos se relacionan esencialmente con lo político. Es decir, existe un auténtico costo político para la patronal si este poder de control se ejerce de manera muy autoritaria porque se corre el riesgo de suscitar no solo insurrecciones sino también la construcción de una gramática de poder de los trabajadores- que son siempre los sometidos- que batalla contra el orden de quien ejerce el dominio. Además, si se interviene de forma discontinua u ocasional sobre los grupos populares, los dominantes se arriesgan a dejar que se produzcan, en esos intervalos, algunos fenómenos de resistencia que a veces tienen un costo político elevado para su interés. Así funciona el poder monárquico- autoritario de ayer y de hoy que termina por ser muy costoso en términos políticos y con muy pocos resultados en el largo plazo. Por el contrario, en el Panóptico se busca evitar estos costos, por eso no hay necesidad de armas, de violencia física ni coacciones materiales por lo menos no a la vista de todos. Basta una mirada, vigilante y presente en todos lados, una mirada atenta, que controle y que cada uno sintiéndola pesar sobre sí termine por interiorizarla hasta vigilarse uno mismo. Es cuando uno ya ejerce vigilancia sobre y contra sí mismo y sus intereses. Es la forma de actuar de la razón capitalista que nos impone una cultura, saber y maneras de distribución del poder, todas formas que se circunscriben en una ética que a su modo impone la disciplina acorde con el régimen político, su jerarquía, cuadros, inspecciones, ejercicios, condicionamientos y domesticación.

La idea del *sujeto* se produce a partir de la constitución histórica de un sujeto del conocimiento a través de un saber tomado como cierto conjunto de estrategias que son parte de las prácticas sociales que los hombres establecen unos con otros. Entre las prácticas sociales que hacen al sujeto- y en las que el análisis histórico nos permite localizar la emergencia de otras formas de

subjetividad del hombre- están las prácticas judiciales que me parecen más importantes. Estas prácticas judiciales -la manera en que entre los hombres se arbitran los daños y responsabilidades, el modo en que la historia del Estado capitalista concibe y define las múltiples maneras en que podía ser juzgado el hombre en función del delito cometido, la forma y manera en que se impone a los individuos la reparación de sus acciones y el castigo de otras, todas esas reglas o, si se quiere, todas esas prácticas regulares modificadas sin cesar a lo largo de la historia de la humanidad- en realidad son maneras empleadas por el Estado capitalista, expresadas y defendidas por el régimen político que le corresponde en cierto momento histórico, para definir tipos de subjetividad, formas de organización del saber del hombre que así difunde relaciones entre el hombre y la verdad que merecen ser analizadas en tanto el conocimiento del hombre se rige por relaciones de poder que defienden una visión de la realidad, de la verdad y no otra. En este sentido, Nietzsche nos plantea un discurso en el que hace cierto análisis histórico de la formación del sujeto, es decir, el análisis histórico del nacimiento de un saber donde el filósofo es el que más fácilmente se engaña sobre la naturaleza del saber al pensarlo en una forma de adecuación a estructuras o verdad, de amor, unidad o pacificación antes que pensarlo como lucha, como poder o voluntad de unos hombres por dominar a otros. En realidad si quisiésemos saber qué es el conocimiento, en tanto y en cuanto ya lo hemos definido como basado en relaciones de poder, de defensa de cierto estado social de los hombres en desmedro de otro, de la defensa de un interés particular a expensas de otro que también es particular (pero más general en el caso del trabajador en cuanto mayoría) tenemos que aproximarnos a él desde la típica existencia de ascetismo del que hace gala el filósofo. Para el entendimiento del fenómeno del poder, para aprehenderlo desde su raíz más racional y en su fabricación, tenemos que aproximarnos a éste no como ascetas o filósofos, como hombres contemplativos que no están en condiciones de contribuir a la libertad del trabajador, sino como hombre en y para la acción, como político, porque se trata de entender cuáles son las relaciones de lucha y de poder instituidas para desde ahí construir un arte de poder de mayoría. Solo es en esa relación de lucha y poder donde el político, entendido como hombre de acción o más precisamente el marxista como un militante por la emancipación del trabajador, se nos muestra en su dimensión real al igual que las formas de control que a través del saber se ejerce sobre el hombre. Esto implica que solo ahí estamos en condiciones de difundir una alternativa racional a ese dominio. Solo analizando esa relación de poder en toda su dimensión, en la manera como las cosas se oponen entre sí, en la forma como batallan los hombres, luchan, procuran dominarse unos a otros y en fin en la manera cómo buscan ejercer relaciones de poder sobre los otros, se comprende en qué consiste el saber del hombre. En la *Genealogía de la Moral* Nietzsche nos dice:

“*Abstengámonos, señores filósofos, de los tentáculos de nociones contradictorias tales como razón pura, espíritu absoluto, conocimiento en sí.*”

Además, en *La Voluntad de Poder* Nietzsche nos afirma que no existe el conocimiento en sí. Cuando nos dice esto está designando algo totalmente diferente de lo que otros pensadores afirmaran en su momento. Por ejemplo, si Kant plantea el conocimiento en sí, por el contrario, Nietzsche plantea que en realidad no existe naturaleza, tampoco esencia o condiciones universales para el saber, sino que éste es resultado histórico de condiciones que no son del orden del saber. El conocimiento del que habla Nietzsche es un efecto o acontecimiento colocado bajo el signo del conocer que no es una facultad y tampoco estructura universal. Aún cuando usa una variedad de elementos que parecen universales, este conocimiento será apenas del orden del efecto, del resultado, acontecimiento y de las consecuencias de la lucha por el poder y el control. En este ámbito de un saber que ejerce la función de control y de poder y que así poca relación tiene que ver con la verdad, de hecho ésta es una construcción propia del poder, el saber esquematiza e intenta ignorar las diferencias en el sentido que busca asimilar la razón, valores y verdades de los que controlan las estructuras de poder contra el interés de los sometidos. En otras palabras, el saber no tiene fundamento alguno con la búsqueda de la verdad porque lo anima la voluntad de poder. Incluso puede afirmarse que dadas las características del saber, éste es siempre un gran desconocimiento y que en esas circunstancias también apunta a algún hecho de forma maliciosa, agresiva e insidiosa. Se relaciona con ciertas situaciones que busca controlar.

Por otro lado, en cierta concepción del marxismo que me parece tiene que ser revisada en relación al poder, se expone como fundamento de análisis la idea que las relaciones de fuerza, las condiciones económicas y en general las relaciones sociales, les son dadas previamente a los individuos, aunque al mismo tiempo se imponen a un sujeto del saber que permanece más o menos idéntico, salvo en relación con las ideologías que son tomadas como errores en la medida en que refuerzan el control de los dominantes sobre el interés y la conciencia del trabajador. Llegamos a un concepto central en el marxismo que es la *ideología*. En el análisis marxista ortodoxo (que lo es en la medida que no acompaña la real evolución y complejidad del dominio que ejerce una minoría sobre el trabajador) la ideología se presenta como elemento negativo a través del cual se traduce el hecho que la relación del sujeto con la verdad o más simple, la relación de conocimiento, es perturbada, oscurecida y velada por las condiciones de existencia, por relaciones sociales o formas políticas impuestas desde el exterior al sujeto del saber. La ideología se constituye en el estigma de las relaciones que establecen los hombres en su existencia

colectiva que aplicada al sujeto del saber, por propio derecho, debería estar abierto a la verdad. Pero, las condiciones políticas, económicas y sociales de existencia de los trabajadores bajo las condiciones y directrices del Estado capitalista no pueden ser vistas solo como obstáculo o velo absoluto para el sujeto del conocimiento sino aquello a través del que se forman los sujetos del conocimiento y así las relaciones de verdad y su razón: sólo puede haber ciertos tipos de sujetos del conocimiento, órdenes de verdad o dominios del saber, a partir de condiciones políticas y económicas, que son la base sobre la que se forma el sujeto, los dominios del saber y las relaciones con la verdad pero cuyo modelo no se impone desde fuera al sujeto, desde el exterior del saber sino que las mismas son constitutivas de éste, son parte de la estructura del poder y del saber. Entonces, para entender en toda su dimensión las características del saber, del sujeto y la verdad que está dispuesto o no a sostener en cierto momento histórico, hay que remitirse a las formas jurídicas del régimen, es decir, plantear cuáles son las formas de las prácticas penales que caracterizan a ese régimen político, cuáles son las relaciones de poder que subyacen a esas prácticas penales y cuáles las formas del saber, los tipos de conocimiento y del sujeto que emerge a partir de este régimen de control-disciplinario en términos de Foucault- como el que nos tocó habitar. Bajo los parámetros de Foucault vemos que el primer principio del sistema teórico de la ley penal es que el crimen o la infracción, no tiene relación alguna con la falta moral, natural o religiosa sino que es una infracción a la *ley* moral, natural o religiosa. El crimen e incluso la infracción penal es así una ruptura contra una *ley civil* que además es explícitamente establecida en el seno de régimen a través del cual se legisla de acuerdo a lo que considera de utilidad para poder consolidar sus estructuras. En otros términos, para que exista la infracción es preciso que exista también un poder político, una ley escrita, formulada y reglamentada de modo que antes de la existencia de la ley no hay infracción. En este régimen penal también la ley representa lo que es útil para el régimen, para la organización de la sociedad a través de la formación de ciertas instituciones y no de otras, de manera que define como reprimible lo que considera nocivo. Por último, un segundo principio que se deduce del primero es que debe existir una definición lo más simple y clara posible del crimen porque este no está emparentado con el pecado y la falta al modo de las religiones y su ética, sino que es un hecho que altera el orden social, un hecho que daña a la sociedad. El crimen es ahora un daño social, una perturbación e incomodidad para el conjunto de la colectividad. A partir de esas ideas aparece una nueva definición del criminal que vendría a ser el que daña y perturba el régimen político.

El criminal es ahora el *enemigo social*. Esta idea aparece expresada con mucha claridad en teóricos como Rousseau, quien afirma que el criminal es ese individuo que rompió el pacto social. El crimen y la ruptura del pacto

social son acá nociones idénticas, por lo que puede deducirse que el criminal es el *enemigo interno*. La idea del criminal como enemigo interno, como el individuo y sujeto que rompe el pacto que teóricamente habría establecido con el régimen político es una definición nueva y capital en la historia de la teoría del crimen y la penalidad que luego se extiende a toda la estructura del sistema de control a través de la ley y el derecho. Entonces, cuando de una vez los revolucionarios de aquella época, en el origen del Estado capitalista, establecen la primacía de la propiedad privada como derecho central al mismo tiempo están declarando (a través de este derecho) al enemigo de ésta como enemigo del Estado, del régimen, como el *enemigo interno*. Le siguen las diversas formas- que son cada vez más violentas- con las que el Estado y su régimen reaccionan frente a ese enemigo interno que deriva en regímenes políticos de seguridad nacional que pueden adquirir la forma de dictadura o democracia formal. Entramos así en la ideología de los amigos y enemigos que es fundacional de los regímenes basados en la primacía del derecho a la propiedad como rector de la vida. Si el crimen es un daño social y ahora el criminal es un enemigo de la sociedad, la ley penal ya no es una venganza sino que debe permitir la reparación de la perturbación causada al régimen de modo que el control que se ejerce sobre los trabajadores no se desbante a límites intolerables para la dominación. La ley penal debe concebirse de tal forma que el daño causado por el individuo al régimen sea pagado de forma legal para que nadie pueda dudar de la legitimidad de esa ley, código, del castigo y desde ahí el propio régimen. Si esto no fuese posible, es preciso que ese individuo no pueda repetir el daño causado. La ley penal repara el mal e impide que se cometan males semejantes contra el régimen.

El régimen disciplinario como expresión de poder.

En el artículo anterior vimos como el Estado capitalista pasa desde el *castigo* al delincuente a considerar al detractor del régimen político, a los mal llamados *inadaptados*, como criminales y *enemigo interno* sosteniendo así la ideología de los *amigos- enemigos* que finalmente deriva en una ideología reaccionaria porque violenta los derechos humanos de la mayoría a partir de la primacía de la propiedad privada como núcleo desde el cual se organiza la vida colectiva de los hombres. En cuanto al tema del castigo al *criminal* se sugiere y propone por esa época un abanico de penalidades que reflejan las necesidades de dominación- mucho más sutiles respecto de otros regímenes de control- de la minoría sobre el interés de la mayoría. En la contrucción de la dominación que solventa los intereses y necesidades del Estado capitalista se plantean medidas como la deportación, el trabajo forzado del delincuente, la vergüenza, la ley del talión o el escándalo público, proyectos presentados no sólo por teóricos como Beccaria sino también por otros legisladores como

Brissot que participa en elaborar el primer *Código Penal Revolucionario* en la Francia post monarquía. Ya se había avanzado bastante en la organización de la penalidad centrada en la infracción penal y en la ley que representa la utilidad pública para el régimen. Si observamos lo que pasó, cómo funcionó la penalidad poco después, hacia 1820, en la época de la Restauración en Francia y de la Santa Alianza, vemos que el sistema de penalidades que fue adoptado por el Estado capitalista en formación y vías de consolidación, fue enteramente distinto de todas las ideas y proyectos que se habían planteado anteriormente. No se trató que la práctica haya desmentido a la teoría sino que se desvió rápidamente de los principios teóricos enunciados por Beccaria y Bentham por una cuestión de utilidad y forma de control del trabajador.⁷

Estos proyectos muy precisos de penalidad fueron sustituidos por una pena muy curiosa que en realidad no se había tenido en cuenta en términos de proyecto o discusión filosófica. Me refiero a la prisión, a la privación de la libertad del delincuente. En palabras más simples, la prisión no pertenece al proyecto teórico de la reforma de la penalidad del siglo XVIII sino que surge a comienzos del XIX como una institución de hecho, sin justificación teórica. La penalidad típica del siglo XIX se propone cada vez menos definir de modo abstracto y general qué es nocivo para el régimen, alejar al sujeto dañino o impedir que éste reincida en sus actos, de modo que ahora de forma insistente, la penalidad busca defender el régimen a través de maneras mucho más sutiles como el control y la reforma ética- psicológica de las actitudes y el comportamiento del sujeto. Se da un quiebre respecto a las ideas que fundan la penalidad prevista en el siglo XVIII, porque el principio de la penalidad para Beccaria era que no habría castigo sin una ley que fuera explícita y sin un acto explícito que violara esa ley. En cambio desde ahora se habla a un nivel virtual, de posible peligrosidad del sujeto. Es decir, toda la penalidad del siglo XIX pasa a ser un control, no tanto sobre si lo que hacen los sujetos está de acuerdo o no con la ley sino más bien al nivel de lo que pueden llegar a hacer y son capaces de hacer, de lo que están dispuestos a hacer o a punto de hacer. La noción de *penalidad* se basó en el escandaloso concepto, que perdura hasta la actualidad, de *peligrosidad*. Esta noción quiere decir que el sujeto es considerado por la sociedad al nivel de sus virtualidades y no de sus actos. No al nivel de las infracciones efectivas a una norma también efectiva sino de la virtualidad del comportamiento que ellos pueden representar. Otro punto, que la teoría penal cuestionará aún más profundamente que Beccaria, es que para asegurar el control del sujeto (que no es reacción penal a lo que hacen sino control de su acto en el momento en que se esboza) la institución

⁷ La deportación desapareció rápidamente del código penal. También lo hizo el trabajo forzado que quedó como pena simbólica de reparación del daño. En cuanto a los mecanismos de escándalo éstos nunca se pusieron en práctica. Finalmente, la ley del talión desapareció en la convicción de una sociedad nueva que creía haberse desarrollado lo suficiente para terminar con esas prácticas.

penal no puede estar enteramente en manos de un poder autónomo como es el poder judicial. El control del sujeto, esa suerte de control penal punitivo a nivel de su virtualidad, no puede ser efectuado por la justicia sino por una serie de poderes laterales, que están al margen de la justicia pero que sirven de complemento, como la policía y toda una red de organizaciones basadas en la vigilancia y la corrección. La policía es usada para la vigilancia al tiempo que las instituciones psicológicas, psiquiátricas, criminológica, médicas y pedagógicas son usadas para la corrección de modo que el sujeto se adapte a los parámetros de la normalidad definida por los dominantes. En torno de la institución judicial se desarrollan una serie de instituciones que le permiten asumir integralmente la función de control del sujeto al nivel de su posible peligrosidad. En la medida que la razón del Estado capitalista se desarrolla y consolida también lo hace una maquinaria de instituciones que encuadran al sujeto a lo largo de toda su vida para que el sistema de control social no se desbunde o sea puesto en duda por los insatisfechos. En esas circunstancias políticas se entiende la aparición de las instituciones pedagógicas como la escuela, las instituciones psicológicas o psiquiátricas como el hospital o el asilo que reivindican las necesidades del Estado capitalista. Se construye una red de control sobre la virtualidad del sujeto, sobre su peligrosidad que no es solo judicial porque desempeña funciones relacionadas con la corrección y con la adaptación del sujeto. Ahí se entiende precisamente la necesidad de la escuela y su historia oficial, la cultura nacional, los valores y la ética de un régimen que al fin solo busca preservarse del cuestionamiento de la mayoría. Entramos en una época donde se producen nuevas manifestaciones de poder, un régimen que, para hablar bajo términos de Foucault, denominaremos *sociedad disciplinaria* por oposición a las sociedades que son estrictamente penales y que corresponden a un estado anterior del hombre y la dominación.

Desde ahora estamos en la época del control social en su mayor y sutil forma. Mientras en la *sociedad penal* tenemos la *indagación* ahora, con la exigencia de control social a través de virtualidades, de lo que somos capaces de hacer o no los hombres, se aplica el *examen*, concepto que consolida un régimen basado en la vigilancia del sujeto al nivel de su peligrosidad. Este concepto de *indagación*- típico de la Edad Media y sus formas de poder más arcaicas- da paso al concepto de *vigilancia* sobre el cual se afianza, asegura y fortalece la razón capitalista, su Estado y los regímenes que lo hacen real. No se trata de reconstituir un acontecimiento al modo de la *indagación*, un hecho que nos lleve a la verdad, sino que se busca vigilar al sujeto sin interrupción, en todos los ámbitos y de forma permanente. El régimen político ahora milita a favor de la vigilancia permanente sobre los sujetos por alguien que ejerce sobre ellos un poder. Por ejemplo, el maestro de escuela, el encargado de una fábrica, el médico, el psiquiatra o director de la prisión, etc. Así, el que ejerce ese poder en nombre de las necesidades del régimen y en última instancia del

Estado capitalista, no sólo tiene la función de vigilar a nivel de la posibilidad del sujeto sino también la de constituir un saber que fundamenta este poder que se ejerce sobre los que vigila. Es la función que cumplen las teorías, los conceptos y paradigmas que constituyen la razón dominante. Es éste un saber que no tiene relación con los métodos de indagación, es decir, por determinar si algo ocurrió o no, sino que se trata de verificar si un sujeto se conduce o no como debe, si cumple con las reglas, las convenciones dominantes o si es capaz de progresar bajo los parámetros del capitalismo (...) Este nuevo saber dominante- que establece y cimienta la razón capitalista y sus verdades- se organiza alrededor de la norma, de la ley y códigos que establecen qué es normal y qué no lo es, qué es incorrecto y correcto, qué se debe y que no se debe hacer, que es patológico y que no lo es bajo la *normalidad* definida por la ideología que prima a expensas de los intereses de la mayoría. A diferencia del conocimiento que se basa en la indagación del hecho, que expresa un sistema penal que se organizó en la Edad Media y que consistió en obtener los instrumentos de actualización de hechos a través del testimonio, ahora tenemos un saber diferente basado en la vigilancia y el examen, organizado alrededor de la ley por el control de los sujetos durante toda su vida. Aquí es donde nos topamos con la base primaria del poder, con la forma de un saber que es poder porque intenta fundamentar racionalmente lo que es válido para los hombres, sus opciones y posibilidades tanto al nivel de los sujetos como a nivel social. Este saber ahora no fundamenta las ciencias de la observación sino lo que hoy conocemos como las ciencias humanas, es decir, la siquiatria, la sicología, sociología o la misma ciencia política pero también las ciencias duras, como las matemáticas o la geometría, en el sentido que se basa- en realidad pretenden hacerlo- en una verdad que también se cree absoluta. Es el saber en esos términos el que forma parte ineludible de la razón dominante. A partir de ahí se nos plantea el problema de cómo llegamos a este punto, es decir, al reemplazo del sistema penal que se basa en la indagación del hecho para establecer una verdad, al *sistema disciplinario* que aplica un ejercicio del poder bien conservador. Llegamos a través de la evolución del control social sobre la mayoría, sobre el control de su interés y necesidades porque ahora el régimen responde a desafíos planteados para la consolidación del Estado capitalista. Es decir, el régimen de dominio tiene que responder a otra urgencia demográfica, política- social que es central al Estado capitalista para consolidar su poder en el tiempo. Si por un lado tiene que dar respuestas a la urbanización, a la migración masiva que provienen del campo y otra serie de factores característicos del proceso de masificación del capitalismo como régimen de producción, por otro lado debe responder a un cambio económico, a otra forma de acumulación de las riquezas que son producidas socialmente. Cuando arranca el proceso de acumulación de las riquezas, el capital originario típico del Estado capitalista, se acumula como mercadería

almacenada, se acumula en la forma de stocks y también maquinarias para la producción (al respecto Marx nos habla del *capital constante* y del *capital variable*) lo que hace necesario la vigilancia y la seguridad de esta riqueza acumulada en la forma de mercaderías y maquinarias para la producción de bienes y servicios. Esa necesidad de seguridad de los factores de producción y la ganancia que deriva del proceso de producción capitalista basado en la plusvalía extraída al trabajador, se transforma en un problema insoslayable porque tiene que responder a esta novedosa y nueva situación política. Así, por un lado, está la acumulación de riquezas en todas sus formas y por el otro la constante miseria de la manera capitalista de hacer cada cosa. De esta manera debemos entender la necesidad de la seguridad y vigilancia sobre el sujeto. De hecho, por esa época las revueltas populares que en sus inicios fueron campesinas- me estoy refiriendo a los siglos XVI y XVII- ahora son revueltas urbanas populares que derivan a su vez en proletarias.

El nacimiento, el arraigo y el fortalecimiento del Estado capitalista, la transformación de las formas de vida del hombre que implica la aceleración de su proceso de generación de riquezas, se traduce además en otros modos de invertir materialmente la riqueza de la clase que asciende a la cúspide. Ahora bien, esas fortunas que están compuestas por el *capital variable* y el *constante*, de stocks, de maquinarias para la producción, la materia prima y los objetos importados, los edificios de oficina e incluso las herramientas de trabajo más simples, están directamente expuesta a la *depredación*. Por otro lado, los sectores socialmente más vulnerables de la población, el trabajador proletarizado, los pobres, excluidos y personas sin trabajo, tienen un contacto más directo, un contacto físico, con la riqueza. Es así como a fines del siglo XVIII el robo de barcos era moneda corriente como también lo era el pillaje de los almacenes. El problema del poder era ser capaz de instaurar ciertos mecanismos de control que permitieran la protección de esta forma material de la fortuna al menor costo posible. En consecuencia, puede decirse que la nueva distribución espacial, política- social de la riqueza industrial y agrícola hizo necesario un registro y control social que nos lleva inexorablemente a un régimen disciplinario acorde al Estado capitalista. Entonces, la pregunta de porqué es necesario crear un nuevo partido, que sea anticapitalista, de todos los que vivimos de un salario, etc., es casi absurda. La formación de este partido tiene como objetivo central extender la fuerza de los que vemos la urgencia de enfrentar esta sociedad de explotación y de miserias para el trabajador, de opresión hacia la mujer, que está contra la diversidad sexual, contra los pueblos originarios, donde las normativas legales heredadas de la dictadura continúan intactas. La batalla se da en todos los frentes a través de la militancia, el compromiso político y la conciencia social, a través de la formación de brigadas juveniles, de mujeres, de empleados que recorran las calles para llevar nuestras propuestas a cada plaza, a cada mercado, a cada

punto que día a día es de tránsito obligado para miles de trabajadores, a cada sindicato, fábrica, liceo, universidad, etc.

El asunto es que los asalariados aún no somos capaces de organizarnos para dar aquella batalla central, por la que imponemos el régimen popular. Es decir, el auténtico enemigo de clase- a la patronal me refiero- todavía no se muestra en su máxima violencia porque somos inofensivos. Lo seguiremos siendo en la medida que no estemos en condiciones reales de interrumpir el proceso de acumulación privada del capital. La situación es distinta cuando tomamos conciencia de lo que pasa, cuando reivindicando la emancipación de los hombres le damos forma al poder popular. En este preciso momento es cuando la casta política, militar y empresarial que nos somete se alza contra nosotros con su máxima crueldad. Hay que denunciar su política de ficticia y fraudulenta “conciliación” para en su lugar sugerir, idear y proyectar la lucha de clases, una batalla frontal contra el estéril reformismo que no hace más que prolongar la miseria. Hay que pasar a la ofensiva, comprometernos para que la (*r*)evolución sea permanente; no solo en el sentido de que perdure en el tiempo sino también desde el punto de vista de que es un combate que se libra a cada momento, todo el tiempo. Una diferencia entre la revolución burguesa y la del trabajador es que el capitalismo crea en el seno del antiguo sistema otra organización económica que modifica de a poco cada aspecto de la sociedad feudal, arcaica y monárquica. Es decir, los burgueses tenían una misión: barrer con las ataduras del feudalismo. Al cumplir logran intensificar el desarrollo de su modo de hacer las cosas. Distinta es la situación en que estamos los trabajadores porque cuanto más atrasado es el país que, en virtud de los zigzags de la historia, arranca con la libertad, más nos cuesta transitar desde relaciones capitalistas a socialistas: al objetivo destructivo se añaden otras metas, las que son de inaudita dificultad: me refiero a las tareas de la organización pues el éxito dependerá de que el movimiento popular pueda prescindir de la razón capitalista. Por eso, la política de *conciliación* y de los *acuerdos* con la patronal, nos desvían de nuestra función que no es otra que oponer al capital la economía que se basa en el valor de uso de la mercancía. Ahí podremos pensar en términos de respeto por los derechos humanos, a partir de una posición estratégica que va más allá de la razón capitalista. La transición no nos conduce a una real democratización. Entonces, hay que insistir en la organización del movimiento social. A pesar de que las marchas son centrales para crear conciencia sobre la urgencia de la transformación, hoy muchos chilenos, después de transitar los caminos de un movimientismo en parte estéril, asumimos que la unidad y que la organización son elementos irremplazables en cualquier proceso revolucionario. Digo que en parte el movimientismo es estéril porque no basta con manifestarnos. Deberíamos actuar respaldados por una estrategia que plantee un cambio social exitoso, que sea protagonizado por un partido de los trabajadores y conducido por las

bases, por supuesto, que sea ampliamente democrático de manera que no corramos el riesgo de que en éste se asienten formas de pensar y estructuras estalinistas. En ese contexto de emancipación y de libertad de los hombres en cuanto simple mercancía al servicio de la acumulación privada del capital, la teoría del *materialismo histórico* saca a la luz verdades importantísimas. Por ejemplo, que al final la Humanidad no es una especie animal: es una realidad histórica, que por lo mismo es transitoria, tendiente al cambio, a la movilidad antes que al quietismo y el conservadurismo.

La sociedad humana es una anti-physis: ésta no sufre pasivamente la presencia de la naturaleza, la toma por su cuenta. Esta recuperación no es una operación interior, individualista y subjetiva como pretende el intelectual al servicio del poder, sino que se efectúa objetivamente en la praxis. De este modo, no podría ser considerado el hombre, simplemente, como organismo sexuado; la cuestión es que entre los datos biológicos, tienen importancia real los que en la acción adquieren valor concreto; la conciencia que el hombre adquiere de sí mismo no está definida por su sola sexualidad, este sería un reduccionismo atroz de la condición del hombre: más bien refleja y expresa una situación dependiente de la estructura económica de la sociedad, sistema, organización y disposición que traduce el grado de evolución técnica que en ese momento alcanzó la humanidad en relación al modo de producción de las mercancías y de las riquezas. A la clase burguesa le correspondió asentar el control para de esa forma afianzar su modo de vida, sus costumbres, su moral e intereses. A los trabajadores nos corresponderá dismantelar su régimen y su Estado capitalista.

Esta forma de gobierno neoliberal, hasta hoy dominante en el planeta, está teniendo la crisis más grande desde sus inicios en 1776 en los Estados Unidos de América en el sentido que la mal llamada *democracia occidental*, que en todo caso nos concedía ciertos derechos con su Estado de bienestar y sus políticas asistencialistas, es reemplazada por el neoliberalismo, por su doctrina de seguridad nacional. El número de sociedades que han sufrido una drástica disminución en los derechos políticos y de sus libertades civiles, de las conquistas de los trabajadores, se ha duplicado. Pero aun más importante que la tendencia anteriormente mencionada, es el hecho que los Estados Unidos, el creador y defensor principal de esta forma de gobierno hace solo unas décadas, dejó de impulsar y proteger la democracia liberal *occidental* para comprometerse de lleno con el neoliberalismo, el régimen que con la contrarrevolución de los años '80, con el liderazgo de Reagan y la dama de hierro, acaba por imponerse a nivel global. De esta forma se están socavando las bases fundamentales del modelo creado por la revolución estadounidense de 1776 y luego fortalecida por todos los presidentes que gobernaron el país en gran parte de su historia. El grito de guerra de los liberales, primero de los colonos de los Estados Unidos, más tarde de la Francia de los jacobinos, lo

forman tres palabras mágicas: libertad, igualdad y fraternidad, conceptos que hoy no tienen ningún sentido bajo los parámetros de los neoliberales. Al final, luego de dos siglos y tanto de democracia liberal, de capitalismo en su mejor y peor versión, los únicos que verdaderamente tienen libertad es la patronal. Todos los demás, sus empleados, debemos pagar por cada derecho: por la salud, por la educación y hasta por jubilarnos. Sin contar además que somos los que financiamos el Estado, el régimen político e incluso su sistema disciplinario.

Reclusión y secuestro, las instituciones y el control social.

Un rasgo característico del régimen basado en el *sistema disciplinario* en contraposición con el *sistema penal* es la forma en que el poder dominante se ejerce sobre los dominados en la que el sujeto, tanto como individuo y colectivo social, es controlado a partir de vigilancia individual, que también es continua, que también implica múltiples formas de castigo, de recompensa y de corrección, es decir, como metodología de formación y transformación del sujeto en función de ciertas normas que reivindican la razón del régimen. Estos aspectos de la dominación social sobre los trabajadores- la vigilancia, el control y la corrección- son una gran dimensión que es característica de las relaciones de poder que existen bajo la primacía del Estado capitalista. Como vimos, en este Estado la vigilancia sobre los sujetos no se ejerce al nivel de lo que se hacen sino de lo que se es en tanto sujeto y en primer lugar de lo que podría hacer. El poder de la vigilancia radica en que busca individualizar al autor del acto en cuestión- reprochable o no para los intereses del dominio- dejando en segundo plano por su intrascendencia, la naturaleza jurídica y penal del acto en sí mismo como en el sistema penal característico de la Edad Media. Por consiguiente, el *sistema disciplinario* se opone al *sistema penal*, legalista por excelencia, que se había formado en los años precedentes. Es Nietzsche quien planteó que en el régimen de Grecia la comunidad participa de los acontecimientos que hacían a su unidad, es decir, participaba de los sacrificios religiosos, del teatro o discurso político. Es precisamente por eso que reivindica a Dionisio como máxima de la cultura griega. En cambio, en la actualidad y a diferencia de esa participación de los griegos en sus asuntos públicos, ya no existirá una arquitectura del espectáculo como aquella, sino una arquitectura típica del régimen disciplinario, una de vigilancia que hace posible que una única mirada pueda recorrer el mayor número de rostros, de cuerpos y actitudes de modo de controlar al sujeto en particular y la situación social en general. Pero no se trata de un problema arquitectónico o de espacio porque esta diferencia es central en la historia del dominio. En los primeros tiempos del Estado capitalista, con su acumulación y riqueza originaria, con sus múltiples problemas, su desarrollo y su pobreza, la institución que giraba

alrededor del procurador no tenía, al igual que hoy, como única función la de perseguir al sujeto que cometía infracción contra el régimen porque su tarea primera era vigilar, siempre expectante y presente, al sujeto antes que la falta se cometiera. El procurador es así expresión genuina del sistema disciplinario que impone la necesidad de la acumulación privada del capital. El procurador acá ya no es sólo un agente que representa la ley y que actúa solo cuando ésta es violada porque es ante todo una mirada, es un ojo siempre expectante y abierto sobre la población que defiende las directrices básicas del capitalismo como régimen de producción. A su vez, el ojo del procurador debe transmitir la información derivada de la observación, al ojo del Procurador General, quien a su vez las transmite al gran ojo de la vigilancia que en esa época era el Ministro de la Policía. Por último, el Ministro de la Policía transmite esta información al ojo que está en la cúspide del poder terrenal- el emperador- que perfectamente podemos simbolizarlo por un ojo que todo lo ve y lo sabe a partir de toda esa red de vigilancia y control. El emperador es la síntesis, es el ojo universal que abarca al régimen político en toda su extensión. Este ojo es universal y todo lo sabe a partir de esa red de vigilancia construida por los dominantes. Es el ojo que se vale de una serie de miradas siempre dispuestas en forma piramidal a partir del ojo imperial que vigila a todos los sujetos que son parte del régimen para que la situación no se desbande y no se salga de control. Para los legistas del Imperio que fundan el Derecho Penal francés- todo un derecho normativo que desgraciadamente tiene mucha influencia en la formación de los regímenes de la cultura de Occidente- esta pirámide de miradas que termina en un gran ojo imperial, sin más, constituía una forma de justicia de la que tenía que valerle el Estado capitalista si de verdad quería sobrevivir para imponerse después. Este modo y manifestación del poder es el que finalmente se impone debido a que logra consolidar los intereses de la acumulación del capital y es en este contexto que se entiende que en nuestra época las instituciones sociales como la escuela, la fábrica, el propio hospital psiquiátrico y en primer lugar la prisión, no tienen por finalidad excluir sino por el contrario fijar a los sujetos a partir de roles que les corresponderían como parte de una comunidad. Es decir, la fábrica no excluye al sujeto sino que en primer lugar lo ata a un aparato de producción que tiene su lógica, sus códigos y su disciplina. La escuela tampoco excluye al sujeto, aún cuando es verdad que ambas instituciones lo encierra, porque lo fija a un aparato de transmisión del saber y cultura. Lo mismo ocurre con el hospital psiquiátrico porque vincula al sujeto a un aparato de corrección y de normalización de la conducta. Sabemos que la normalidad es definida a través de las necesidades de la clase en el poder. Lo mismo ocurre con el reformatorio y con la prisión.

No quiero que esto se mal interprete entonces es válida la aclaración: si bien los efectos de estas instituciones bajo el Estado capitalista y en especial bajo la lógica neoliberal es la marginación y la exclusión de los sujetos en

tanto trabajadores, su fin primero es fijarlos al aparato de normalización que reivindica los intereses de los dominantes y en ese y solo en este sentido esas instituciones del poder incluyen. La fábrica, la escuela, la prisión u hospitales tienen por objetivo ligar al sujeto al proceso de producción, a la formación o corrección de los trabajadores según el caso, porque somos nosotros los que generamos la riqueza. Se trata de garantizar la producción y acumulación de capital que solo es posible cuando los trabajadores quedan sujetos en función de cierta norma que hace a la reivindicación de la legalidad del régimen. En consecuencia, la vigilancia y la reclusión, típicas del régimen disciplinario, antes que excluir al sujeto del cuerpo social lo que busca es incluirlos en el sentido de ligar a los empleados en cuanto sujetos a los diversos aparatos de producción a partir de la formación y corrección del productor. Se trata de inclusión por exclusión de manera que el trabajador no cuestione al régimen cuando es marginado del mercado laboral, del mercado de consumo, y antes que nada sea él mismo quien asuma la responsabilidad de la exclusión. Se trata de desligar de toda responsabilidad política al régimen y así la inclusión por exclusión construye una lógica que responsabiliza al sujeto individual de su situación. Se sigue que en la medida que se incluye al trabajador en el régimen a partir de la exclusión del mismo, hay que diferenciar la *reclusión* del *secuestro* de los trabajadores porque mientras la reclusión del siglo XVIII está dirigida en su núcleo a excluir al marginal o reforzar esa exclusión, el secuestro del siglo XIX, que sigue hasta hoy, busca una normalización que se fundamenta a partir de una red de secuestro de la conciencia y también del cuerpo, del tiempo de trabajo del sujeto, de sus sueños y expectativas. Este secuestro busca responsabilizarlo de la situación en que se encuentra para así excusar al régimen en tanto estructura de dominio. Para eso sirve esta red de secuestro que se funda en instituciones que hacen al sistema disciplinario del Estado. Entonces, podemos caracterizar la función de las instituciones como organismos que contemplan el control, dominio y responsabilidad sobre casi la totalidad del tiempo del sujeto. Son instituciones que se encargan de toda la dimensión temporal de la vida de éstos.⁸

En los regímenes anteriores al capitalismo, en la sociedad primitiva en la medida que el capital no se desarrolla en toda su real extensión, el control del sujeto se hace a partir de una inserción local, o sea, por el hecho que en realidad pertenecen a cierto lugar. Por ejemplo, el poder feudal del señor de la tierra sobre sus súbditos se ejerce sobre los hombres en la medida que pertenecen a la tierra: la inscripción geográfica es un medio de ejercicio del poder. La inscripción del sujeto implica una localización. Por el contrario, en

⁸ Si pensamos en las escuelas como instituciones pedagógicas en realidad tenemos que hacerlo respecto de otras instituciones como la médica, la penal e incluso la industrial (como las fábricas y el lugar de trabajo en general) porque también ellas son pedagógicas desde la perspectiva que buscan integrar a los trabajadores a partir de la exclusión de los mismos tal y como acabamos de ver.

los regímenes políticos actuales en el fondo, le es relativamente indiferente la pertenencia espacial del sujeto en el sentido que no le interesa realmente ese control desde el punto de vista de asignarles la pertenencia a la tierra al modo feudal, sino simplemente en tanto se le plantea la necesidad de que el hombre coloque su tiempo a disposición del régimen. Es preciso que los factores del sujeto, el cuerpo, el espacio y preferentemente el tiempo, sea ajustado a la necesidad del aparato de producción capitalista, que éste pueda usar incluso el tiempo de existencia del trabajador que para el capital es mera mercancía. Es la función del control ejercido sobre el trabajador porque el capitalismo en tanto régimen de producción requiere que el tiempo del empleado sea llevado al mercado y ofrecido a eventuales compradores, a los dueños del capital, donde los trabajadores (en tanto dueños de su fuerza de trabajo, de una fuerza que genera riqueza y que es así necesidad intrínseca para el capitalistas) se entregarán sumisos por un salario. La cuestión es que al ser una necesidad intrínseca que los sujetos venda su fuerza de trabajo por un salario, el sector capitalista tiene que controlar la situación para que la relación de intercambio parezca justa a los ojos de la mayoría. De ahí se explica que se multipliquen las instituciones en que el tiempo del trabajador es controlado por el régimen neoliberal. A lo largo del siglo XIX se dictan en este sentido una serie de medidas con vistas a suprimir las fiestas y disminuir el tiempo de descanso de los trabajadores. En el ámbito del saber, la reacción viene de la mano de Nietzsche quien es despreciado por la incomprensión de sus contemporáneos. En esa época se crea una técnica sutil para controlar la economía del pueblo. Es decir, para que la economía tenga la necesaria flexibilidad es preciso que en momento de crisis, de la caída de su tasa media de ganancia, se pueda ajustar en base a la pérdida de poder adquisitivo de los trabajadores y de la pérdida del empleo para que el dueño del capital pueda purgar sus basuras. Pero, por otra parte, es necesario que eventualmente los trabajadores puedan recomenzar el trabajo al cabo de este necesario período de crisis. Se trata que no usen su economía como les parezca por ejemplo para financiar una huelga o celebrar fiestas porque la economía individual del trabajador también debe servir al interés del capital. De ahí la creación en la década de 1820 y sobre todo, a partir de los 40 y 50 de las cooperativas y cajas de ahorro o asistencia que permite drenar las economías del trabajador para controlar la forma en que es usada.

A través de esas instituciones aparentemente encaminadas para brindar protección y seguridad se establece un mecanismo por el que todo el tiempo de la existencia humana es puesto a disposición de un mercado de trabajo y de las exigencias del empleo en la forma que la define el capital. La primera función de esas instituciones de secuestro es la explotación de la totalidad del tiempo de los trabajadores. Es así como el neoliberalismo no compra solo el tiempo de trabajo de los obreros sino también su ocio. El *ocio* se convierte

también en factor de producción. Finalmente, la función de las instituciones del secuestro no consiste solo en controlar el tiempo del sujeto sino también su cuerpo. La existencia del sujeto está controlada por estas instituciones donde precisamente se trata no sólo de una apropiación o explotación de la máxima cantidad de tiempo del sujeto sino de controlar, formar y valorizar según el sistema, el cuerpo del individuo. El cuerpo no es atormentado sino que tiene que ser formado y corregido de manera que adquiera aptitudes que hacen a la defensa del régimen, de forma que reciba ciertas cualidades bajo esta lógica. La función del secuestro como forma de consolidar los intereses del Estado capitalista es explotar el tiempo de los trabajadores de modo que el tiempo del hombre, el vital, se transforma en tiempo de trabajo, en tiempo que crea valor en favor de la acumulación privada del capital.

La función de las instituciones del secuestro consiste en la creación de un nuevo poder que se manifiesta a través del régimen sobre las necesidades del trabajador. El problema para nosotros, en el sentido que necesariamente somos protagonistas del cambio estructural, es que esta manera del poder, ejercido por las instituciones del secuestro, es un poder polimorfo en el sentido que se manifiesta en una infinidad de ámbitos donde hay relaciones sociales. Por ejemplo, en algunos casos tenemos un poder económico como cuando en una fábrica al trabajador se le ofrece un salario a cambio de cierto tiempo de trabajo en el aparato de producción. Pero, además este poder se expresa en el carácter pago de las instituciones hospitalarias, inclusive de la educación. Pero nos quedamos a mitad de camino si no consideramos que detrás de esta forma económica de poder existen maneras políticas, culturales e ideológicas del poder que refuerzan el dominio sobre los trabajadores de forma que el régimen pueda persistir en sus razones. Quizás parezca obvio pero se trata al fin de entender la forma que el poder económico, ideológico, cultural y político, se expresa en las instituciones del secuestro. En todas esas instituciones hay sujetos que se arrojan el derecho de dar órdenes, establecer reglas, de tomar medidas, expulsar a algunos sujetos e inclusive de aceptar a otros. Este poder es también judicial. En estas instituciones no sólo se dan órdenes, se toman decisiones o garantizan funciones como la producción o el aprendizaje, además se puede castigar y recompensar al sujeto, o hacerlo comparecer ante instancias de enjuiciamiento. El poder que en ese aspecto funciona en el interior de estas instituciones es al mismo tiempo un poder judicial porque condena, porque enjuicia, reprueba aptitudes y premia otras. Resulta increíble comprobar lo que ocurre en las prisiones, a donde se envía a los sujetos juzgados por un tribunal competente pero que, a pesar de todo ese proceso de juicio- condena, caen en la observación de un tribunal que se constituye por los guardias de prisión y por el director que a cada momento castiga según su comportamiento. Tampoco es novedad la forma denigrante de las condiciones de los condenados que en muchos casos convierten a las

prisiones en fábricas de delincuentes donde desde hace tiempo quedó atrás esa función siempre teórica de rehabilitación del delincuente. Esto exacerba todavía más el tema de las formas de la prisión, de la vigilancia y el control sobre la vida y el sentido de los condenados. La escuela y el sistema escolar en general, aunque menos brutal que la prisión, se basa en un poder judicial porque durante todo el tiempo se castiga y se premia al sujeto, se reprueban aptitudes y recompensan otras. En las escuelas también se evalúa de manera constante al alumno, se lo clasifica y se hacen diferencias continuamente: se dice quién es el mejor y quién es el peor. El sistema disciplinario de los regímenes políticos actuales, sobre el cual se basa la defensa del interés del Estado capitalista, se constituye así a partir de un poder judicial que clasifica, que diferencia, condena o premia. En realidad, en este punto tendríamos que preguntarnos porqué es necesario castigar o compensar en el proceso de aprendizaje de las normas mínimas que hagan tolerable la convivencia entre los hombres. Se impone el sistema judicial en esas instituciones porque un Estado capitalista y un régimen político injusto y basado en la competencia y egoísmo, solo puede reivindicar esa y no otras formas de actuar porque no es un Estado solidario. La competencia, las prebendas y los premios son lo que lo define en tanto tal. Y aunque el sistema basado en el poder judicial parece evidente, si reflexionamos sobre el asunto vemos que la evidencia se disuelve en un mar de utopías. Si volvemos por un momento a Nietzsche vemos que perfectamente puede concebirse un sistema de transmisión del saber que no se coloque en el seno de un aparato sistemático de poder judicial, político o económico pero para que eso ocurra es necesario una reforma estructural del Estado capitalista y sus formas de vida.

Hay una forma de actuar que es central sobre el poder que anima y que atraviesa las relaciones entre los hombres de la que hablo desde siempre. Se trata del saber como expresión del poder. Uno que fundamenta maneras de actuar, pensar y definir la realidad, lo que es normal y lo que es patológico, lo justo, equilibrado e injusto. En ese contexto, el saber es un conocimiento y un poder ideológico, cultural y epistemológico, es el poder y la capacidad de extraer un saber de y sobre estos sujetos ya sometidos a la observación y controlados por las diversas manifestaciones de esos poderes que son los que definen la agenda de gobierno de una manera que terminan controlando la vida del trabajador. Por ejemplo, en una institución como la fábrica, el saber que el obrero desarrolla por su trabajo, los adelantos técnicos, las pequeñas invenciones y descubrimientos, las adaptaciones que eventualmente el obrero haga en el curso de su trabajo para maximizar la productividad, es registrada y por consiguiente extraída de su práctica laboral por el poder que sobre él se ejerce. Por eso, el Estado capitalista solo puede actuar de esta manera, en la forma de vigilancia sobre los trabajadores. Poco a poco, el trabajo del obrero es asumido por cierto saber de la productividad, por un saber técnico de la

producción que permitirá un refuerzo del control. Así es como el sistema disciplinario y su forma jurídica, su control y vigilancia sobre el sujeto forma un conocimiento extraído del trabajador a partir de su comportamiento y de su trabajo. El poder se forma por la observación y clasificación del sujeto, por el registro, el análisis y la comparación de su comportamiento. En ese contexto se entiende no solo la trascendencia del poder de vigilancia sino también la urgencia de paradigmas que forman un saber de la observación, que es clínico, que se expresa en el campo de la epistemología y la teoría con la aparición de las ciencias de la siquiatria, la sicología, la sico-sociología o la ciencia política, entre otras. El Estado capitalista y su régimen actúan de tal manera que el trabajador sobre el que se ejerce el poder es muchas veces el lugar desde el que se extrae el conocimiento que el mismo forma, que será retranscrito y acumulado según nuevas normas de trabajo y de productividad. También es objeto de un saber que nos permite otras formas de control sobre su vida. Por ejemplo, a partir de Freud se desarrolla un saber siquiátrico que produjo la primera ruptura en este sentido. De ahí la trascendencia del autor en términos teórico- prácticos. El *saber psiquiátrico* se formó a partir de un campo de observación practicado exclusivamente por médicos- Freud lo era- que detentaban el poder en un campo institucional cerrado, en el asilo o en el hospital psiquiátrico. La pedagogía también deriva de estas condiciones de control y vigilancia sobre el sujeto. La pedagogía y todo el sistema escolar actual se constituyó a partir de las más diversas adaptaciones del niño a las tareas escolares, a un sistema que en el camino fue readaptándose en favor de las estructuras defendidas por el Estado a través del régimen. Adaptaciones que, observadas y extraídas del comportamiento del sujeto, se transforman en leyes y normas de funcionamiento de las instituciones y en formas de poder. En esta función concreta, las instituciones de secuestro de los sujetos logran el control de la situación a partir del juego que en nuestros regímenes se establece entre el saber y el poder, que son dos fenómenos relacionados, en una relación simbiótica, de alianza y de necesidad del otro donde ninguno goza de autonomía porque son parte constitutiva de un mismo fenómeno. A través de esta característica del saber en tanto que es poder de control sobre los trabajadores que a su vez se manifiesta en las instituciones del secuestro de las que hablo, se interfiere y ejerce un profundo cambio de la fuerza del tiempo del trabajo y su integración en la producción capitalista. Se trata de que el tiempo de vida de los sujetos se convierta en tiempo de trabajo, en producción en favor de la acumulación del capital, se trata que el mismo sujeto en cuanto trabajador se transforme a su vez en mercancía, en fuerza de trabajo y que la fuerza de trabajo pase a ser fuerza productiva.

El proceso de generalización de la mercancía que logra dominar todas las formas en que se expresa el sistema productivo, es la característica que hace al propio Estado capitalista y su política. La función de las instituciones

del secuestro es precisamente hacer posible la *dominación de la mercancía* donde esa serie de instituciones, esquemáticas y globales, se nos muestran como lo que son a saber, un mecanismo de transformación para hacer del tiempo y del cuerpo del sujeto, de su vida, de su esperanza y frustración, una fuerza productiva al servicio de los dominantes. Es precisamente el secuestro del sujeto lo que le asegura al régimen sus objetivos. En estas circunstancias es posible entender la aparición de una institución tan contradictoria y fuera de lugar como la prisión, que su sola presencia fue contra toda la tradición penal que en su momento, en el origen del Estado capitalista, fue pensada y formulada por diversos teóricos. La prisión aparece y se impone como una institución central bajo el capitalismo porque le es funcional a su forma de dominación. La prisión al final se impuso porque sigue siendo la mejor forma concentrada de ejercer el poder, porque implica una manera ejemplar, fuertemente simbólica y represiva. De hecho, la prisión es isomorfa a todas las instituciones del secuestro que construyen un tremendo Panóptico social cuya función es transformar la vida del hombre en fuerza productiva. La prisión es fuertemente represiva y en esa circunstancia política es una imagen característica del régimen en el sentido que es imagen que se convierte en amenaza frente a los desadaptados. En el sentido que necesita disciplinar a los trabajadores es que se convierte en una institución ejemplar y única. Para que haya plusvalía que sea extraída a los trabajadores por parte de los grupos dominantes es preciso que haya poder, es preciso que al nivel de la existencia del hombre se establezca esa red de poder político, social y económico que secuestra al trabajador de modo que esté en condiciones de fijarlo a cierto sistema de producción, a una lógica del Estado y su régimen. Bajo la razón del Estado capitalista la ligazón del hombre con el trabajo es *sintética*, es una ligazón estructural, política. Es además una ligazón operada por el poder ya que no puede haber extracción de la plusvalía a los trabajadores por parte de capitales privados si detrás de esa cuestión central para el capitalismo no hay un poder concreto; en ese sentido actúan las *instituciones del secuestro*. Este poder, que es la condición primera de la extracción de la plusvalía de los trabajadores por parte del capital privado, se construye a partir del Estado y se manifiesta políticamente a través del régimen. Por su parte, el régimen en su vida diaria expresa su dominio, la defensa de unos intereses en perjuicio de otros, a través del saber como fuente de poder sobre los dominados. Este saber además se manifiesta y se construye a partir del funcionamiento de una serie de otros saberes como el del sujeto, el de la normalización o correctivo que (por la evolución de la forma de control) inexorablemente se multiplica en las instituciones del poder haciendo que surjan las llamadas ciencias del hombre- las sociales- como objeto de análisis de la realidad. Por su parte, la necesidad de que este poder se exprese de manera sutil ante el trabajador- lo que en términos marxistas definimos como *fetichización de la mercancía*- se

relaciona con la necesidad de extracción de plusvalía: este proceso implica cuestionamiento y ataque al poder, a las estructuras del Estado capitalista en tanto sus fundamentos están en esa falsa relación de igualdad entre el *capital* y la *fuerza de trabajo*. Por último, este cuestionamiento implica poner en duda el funcionamiento del saber y su lógica. El problema es que el poder y el saber están enraizados de manera sólida, es decir, no se superponen a las relaciones de producción porque simplemente son parte constitutiva de éstas. De hecho, la indagación, la vigilancia, el control del sujeto, el dominio y la generalización de la mercancía, son formas del saber en tanto poder que funciona al nivel de la apropiación de los bienes en un régimen como el feudalismo y al nivel de la producción, de la constitución y apropiación de plusvalía en el Estado capitalista.

¿Cómo se manifiesta en la historia del hombre, en su sentido histórico que definiré más adelante, el régimen disciplinario que se funda en el castigo y vigilancia del cuerpo? Tendría que empezar por afirmar que la historia en un sentido es la obra representada sobre un teatro donde indefinidamente está representada la lucha entre dominantes y dominados. Que hombres dominen sobre otros en un proceso de supremacía de ciertas formas de vida, intereses y valores, es lo que explica el surgir de una fuerte diferenciación de la ética o la lógica con la que se piensa y experimenta la vida; que una clase domine a otra explica el surgir de la idea de libertad y emancipación del hombre. Que unos hombres- bajo cualquier justificación- sean capaces de apropiarse del trabajo ajeno, de esos bienes y servicios que el hombre en general necesita para tener una vida digna, que les impongan una duración que no tienen, necesidades artificiales, o que las asimilen por la fuerza, nos explica el surgir de la lógica dominante que tiene que racionalizar y legalizar esa apropiación. El dominio obliga a defender una razón, una normalidad y una lógica que es sustentada a través del sistema disciplinario que implica y que compromete la vigilancia constante de los sujetos. Por esto, cada momento de la historia se convierte en un ritual que conlleva obligaciones y ciertos derechos, que forma cuidadosos procedimientos a través de las instituciones del secuestro. La razón e historia que corresponde en tanto factor de dominación, establece marcas, graba recuerdos en las cosas e inclusive en el cuerpo del sujeto. La historia es un universo de reglas que no está destinado a dulcificar la vida del hombre porque impone intereses minoritarios sobre la mayoría: la historia bajo estos términos, bajo la primacía de un sistema disciplinario que solo favorece intereses minúsculos a expensas del bienestar común, satisface la violencia de los opresores pero también la del oprimido. Es un error creer, siguiendo el esquema de la historia oficial- tradicional dominante, que la guerra general agotándose en su contradicción, drama, fatalidad y sacrificio, terminará renunciando a la violencia y aceptará suprimirse a sí misma en la ley de la paz y convivencia. Es que bajo un régimen de dominación sobre la

mayoría la regla es el placer calculado del encarnizamiento brutal, es aquella sangre prometida en el altar del Dios capital, es esa promesa de sangre y de escarmiento, de dominio sobre los cuerpos del sujeto, sobre sus verdades y sus necesidades, la que nos permite relanzar sin cesar el juego del control. Es esta dominación la que introduce en el teatro de la vida la violencia repetida por las instituciones del secuestro. El deseo de paz, la dulzura del amor y del compromiso, la solidaridad y el humanismo no tienen cabida. La aceptación tácita de la ley, lejos de ser la gran conversión ética, o el útil cálculo de los intereses dominantes que dan a luz a las normas y reglas establecidas, no son más que resultado de la perversión y la maldad que conlleva la vigilancia y el control constante sobre los trabajadores. En esas circunstancias, la vigilancia, la falta, la conciencia, el deber, el saber y todos los enunciados y conceptos que estructuran el régimen disciplinario tienen su centro de gravedad en el derecho de obligación que es alimentado por la sangre de los sometidos. A diferencia de la concepción del progreso de los pueblos bajo los términos del Estado capitalista, la humanidad no progresa lenta y progresivamente, de combate en combate, hasta una reciprocidad e igualdad ideal- universal en la que las reglas sustituyen la guerra de todos contra todos, porque termina produciendo e instalando estas violencias en un sistema de reglas y va así de dominación en dominación. Es justamente la regla que se vuelve habitual, la que define cierta normalidad en favor de los dominantes, la que permite que se haga violenta la violencia y que el control pueda racionalizarse en favor de los que dominan. En sí misma las reglas están vacías, son violentas y no están finalizadas porque son hechas para servir ciertas metas, propósitos y fines que también varían, que evolucionan y transmutan porque están hechas para ser empleadas a voluntad de intereses que al fin cambian, se desarrollan y evolucionan. Ese es el gran juego de la historia, del devenir de la historia que es el que ampara las reglas, es el que las defiende, las usa a antojo de la acumulación privada del capital para pervertir los valores de los dominados, para usarlas contra los trabajadores. Las emergencias del sector popular, que no tiene más solución que la lucha por tratar de imponer sus emergencias, no son necesidades dignas de resolución por parte del régimen, no las considera porque las ve como falsos derechos, disfrazados, como desvíos sistemáticos y sistémicos. Entonces, el problema de que temas políticos y necesidades son dignos de solución se nos muestra en toda su dimensión porque si interpretar los asuntos vistos como centrales para la gobernabilidad y convivencia, como socialmente importantes, fuese solo cuestión de interpretación donde esta significación oculta un origen por decirlo de alguna manera, entonces la metafísica y solo ella podría interpretar el devenir y la historia del hombre. Pero la realidad nos muestra que las definiciones e interpretación de estos temas es una visión política concreta que sustenta racionalmente un proyecto político. En otras palabras, interpretar es ampararse, por una sutil violencia o

feroz represión, en un sistema de reglas que impone una dirección política, una voluntad de poder, de hacer cada cosa, donde el devenir y la historia pasan a ser interpretaciones en favor de los dominantes. Y la genealogía debe ser su historia: historia de la moral, del ideal, de los conceptos metafísicos, historia de la libertad o de la vida ascética, etc.

Hay que denunciar y criticar con todas nuestras fuerzas esa forma de historia que supone el punto de vista suprahistórico, del idealismo que no cesa y que desvía del rumbo porque es una concepción de la historia que, negando la lucha de clases y planteando el fin de la propia historia, nos habla de una totalidad bien cerrada sobre sí, de una diversidad al fin reducida que nos permitiría reconocernos en todas partes y dar a todos los desplazamientos pasados la forma de conciliación. Una historia oficial, de manual que procura un punto de apoyo fuera de la realidad y que sin embargo pretende juzgar todo según una objetividad e imparcialidad que es inconsistente. Esta forma de historia supone una verdad eterna, la del Estado capitalista: figura, cree e imagina una estructura y un régimen que no muere y una conciencia siempre idéntica a sí misma. Si el sentido histórico por el que milita la cultura popular se deja vencer por este punto de vista, entonces la metafísica puede retomararlo por su cuenta y, fijándolo bajo la especie de la conciencia objetiva, imponer sus verdades. En cambio, el sentido histórico escapará a la metafísica para convertirse en instrumento privilegiado del análisis de las crónicas y sucesos que componen la historia, esto siempre que no se pose sobre ningún absoluto que nos desvíe de la lucha que necesariamente se plantea en el devenir de la humanidad. Además pensamos que el cuerpo no tiene más leyes que las de su fisiología y que de esa manera escapa a la historia. De nuevo estamos en un error porque el cuerpo está aprisionado en una serie de regímenes que lo atraviesan. El cuerpo de los sujetos está roto por los ritmos del trabajo, por el reposo y las fiestas. El cuerpo está intoxicado por ciertos alimentos o valores, hábitos alimentarios y leyes morales que solo reivindicar a los dominantes de forma que no proporcione resistencias al poder. Hay toda una tradición de la historia que tiene forma de una teológica racionalista en el caso dominante y que intenta disolver el suceso singular en una continuidad siempre ideal al movimiento teleológico o al encadenamiento natural. En cambio, el sentido histórico de la cultura popular hace resurgir el suceso en lo que puede tener de único, de cortante porque la verdad es que las fuerzas presentes en la historia no obedecen a un destino sino a la mecánica de la lucha de clases. La historia dominante, el sentido histórico, tiene que ver con sucesos que se apoyan en la voluntad de poder que es el auténtico origen de la historia del hombre en tanto devenir, en tanto lucha y sometimiento de los cuerpos y las conciencias del sujeto. La búsqueda del origen de la historia en el caso de los neoliberales significa que el genealogista necesita de la historia para conjurar la quimera del origen en favor propio y así le es preciso reivindicar y plantear

algunos sucesos contra otros de la forma en que es necesario diagnosticar las enfermedades del cuerpo, los estados de debilidad y energía, sus trastornos y sus resistencias para juzgar la medida de su dominio. Me parece que en el hecho que la historia y su devenir sea una continua lucha de clases, con sus accidentes, hechos y crónicas centrales, es donde encontramos la necesidad de un régimen disciplinario, del control y de vigilancia de las conciencias y del cuerpo del sujeto de modo que el sistema de valores, la ética y la historia oficial, de oficio, no se coloque en duda, en contra de los intereses de los grupos de interés que dominan desde siempre a pesar del bien de la mayoría. En esas circunstancias ya más específicas, la búsqueda de la procedencia y el origen de la historia, de la vigilancia, del control y de las instituciones del secuestro, no funda una verdad válida en todo tiempo y en todo lugar, del tipo de verdades absolutas, sino que muy por el contrario, en la medida que la historia se funda en la lucha de clases, remueve los valores de la patronal, lo que los hombres percibían como inmóvil, fragmenta lo que se pensó unido y nos muestra la heterogeneidad de la lógica y razones dominantes donde ella se imaginaba conforme. Así, cuando devolvemos la dignidad que la historia nunca debió perder, cuando el sujeto recupera sus valores que van más allá del régimen disciplinario y todo lo que pueda significar autoritarismo, no hay verdad, historia ni convicción que resista al arte de poder de los trabajadores. Es que la historia del hombre, de su sentido y convicción, una vez que es despojada de las banalidades e irracionalidades de la razón y la lógica de los dominantes y consecuentemente la entendemos como lucha, se entienden los motivos de la disciplina, del control sobre los sujetos.

La historia del hombre se enraíza también en el cuerpo. La historia se inscribe en su sistema nervioso y en el aparato digestivo. Cuando los grupos de interés dominantes cambian los efectos por la causa, cuando nos plantean que la realidad está en el más allá o nos hablan del valor de lo que es eterno, es el cuerpo el que sufre las consecuencias de semejante forma de actuar. Es el cuerpo quien soporta, en su vida y muerte, en su fuerza y en su debilidad, la sanción de toda verdad o error. Entonces me surge una última interrogante respecto al tema: ¿Por qué los hombres han inventado la vida contemplativa? ¿Por qué pensaron este género de existencia como valor supremo que incluso va más allá de las necesidades del hombre? ¿Por qué admiten como verdad absoluta la imaginación? En realidad porque no pueden admitir que el cuerpo y todo lo que se relaciona con él, es decir, la alimentación, el clima, el estado de ánimo, el ambiente (...) es el lugar donde se expresa la historia. La historia se manifiesta sobre el cuerpo del hombre pero como no pueden admitir este hecho sin revelar su dominación e inconsistencias entonces se inventan un alma, un mundo más allá de la lucha por mejorar las condiciones de vida.

El cuerpo como manifestación de la historia.

El cuerpo es la superficie de inscripción de los sucesos históricos al tiempo que el lenguaje los marca mientras las ideas los disuelven. Entonces, el cuerpo es un lugar de disociación del yo al que busca prestar la quimera de una unidad substancial que no se encuentra por ninguna parte. La historia, como el análisis del sentido del hombre y su procedencia, se encuentra por tanto en la articulación entre el cuerpo, sus manifestaciones y la historia. De ahí se sigue que tenemos que entender al cuerpo impregnado de historia y a la historia de la dominación como destructor del cuerpo en tanto y en cuanto involucra toda una serie de instituciones del secuestro de esos cuerpos, del tiempo del sujeto, para convertirnos en trabajadores al servicio de intereses y formas de vida ajenas a la satisfacción de las necesidades de la mayoría.⁹

⁹ Una cuestión central en la idea de la historia bajo los términos de los dominantes es el sacrificio del sujeto del conocimiento. En verdad, la conciencia histórica al pensarse como objetiva, imparcial y neutra es despojada no solo de la pasión sino que sacrifica la idea de una verdad transformadora, en favor de la reivindicación de la vida. Precisamente es esa su función porque se trata de defender los intereses dominantes. Pero cuando esta historia es interrogada por la cultura popular, y de una forma más general se interroga a toda conciencia científica de los hombres, ahí se descubren las múltiples transformaciones que implica el saber del hombre como voluntad de poder, de saber. En este momento el saber se revela como poder y queda atrás esa falsa idea de objetividad o imparcialidad del conocimiento. El saber se muestra como lo que es, como pasión, como voluntad, instinto, encarnamiento, maldad inclusive, en un proceso que no deja de ser violento cuando se descubre la violencia del partido tomado en cada momento: partido tomado contra la felicidad, contra las ilusiones vigorosas con las que se protege el hombre, partido tomado por todo lo que hay en la investigación de peligroso y de inquietante en el descubrimiento para los paradigmas que dominan. Pero, tomando el análisis histórico del saber dominante vemos que en su dimensión amplia éste no nos acerca a una verdad absoluta y universal porque no está capacitado para entregarle al hombre un exacto y sereno dominio de sus formas de vida. Por el contrario, esta idea del saber no cesa de multiplicar los riesgos en el sentido que defiende formas de vida, una idea de progreso, de tecnología y del desarrollo que solo busca perpetuar un Estado capitalista también perpetuamente en crisis.

La idea del saber y la historia, de la ciencia bajo esos paradigmas, termina con la protección y la unidad ilusoria del Estado porque impide el desarrollo del sujeto que no puede alcanzar el estatus de ser genérico. En vez de libertar nuestra conciencia, nuestro valor y cuerpo de las instituciones del secuestro, del hombre entendido como simple mercancía, termina por disociarlo y destruirlo en un saber que se vuelve irracional. En lugar que el saber se distancie de a poco de sus raíces utópicas, de las necesidades de dominio que lo hacen desarrollarse de la forma en que lo hace, se convierte en pura especulación sumisa a las reglas de la razón capitalista más conservadora. En lugar de ligarse a la constitución y afirmación del sujeto libre, termina siendo un encarnamiento porque la violencia de su forma, de su tesis y verdad, se acelera y acrecienta. Es así como en nuestra época la religión a su modo todavía nos exigen el sacrificio del cuerpo humano de la misma manera en que el saber secuestra nuestras vidas en favor del capital. De esta forma, el saber, la historia y las ciencias, la teología y sus religiones ya no son una pasión

La historia nos designa más bien la emergencia, el punto del surgir de la lucha de clases porque es el principio de todo. Al igual que uno se inclina a buscar la procedencia y el origen en una continuidad sin interrupción sería un error dar cuenta de la emergencia por el término final. Para que quede un poco más claro, es como si el ojo que todo lo ve hubiese aparecido, desde el principio, para la mera contemplación cuando su función es la vigilancia y el control. Es como si el castigo hubiese tenido siempre por destino el ejemplo y el escarmiento. Estos fines aparentemente últimos, no son nada más que el actual episodio de una serie de servilismos en que se expresa la dominación sobre las conciencias y los cuerpos de la mayoría. El ojo sirvió, primero para la caza y la guerra mientras que el castigo fue sometido a la necesidad de la venganza, de la exclusión, de la posibilidad de libertarse en relación a la víctima, de aterrorizar y someter a otros. Situando el presente en el origen, la metafísica y el idealismo dominante nos obliga a creer en el trabajo oscuro del destino que busca manifestarse desde el primer momento. Pero la historia en el sentido de los dominantes reestablece el sistema de sumisión. No tanto el poder de anticipar un sentido cuanto el juego azaroso de control. Siempre la historia se desenvuelve en un estado de fuerzas entre los dominantes y los dominados. Por eso, el análisis histórico tiene que mostrarnos la forma que se desenvuelve el juego, la manera como luchan esas fuerzas y el combate que realizan contra circunstancias adversas, o aún más, la tentativa que hacen para superar la debilidad de cada cual o la degeneración que podría implicar esta lucha. Por ejemplo, la emergencia y las necesidades del hombre en tanto especie y su solidez están aseguradas por un constante combate contra las condiciones que en esencia le son desfavorables. El hombre tiene necesidad de la especie en tanto que es especie, como de algo que, gracias a su dureza, uniformidad, a la simplicidad de su forma puede imponerse y hacerse durable en la lucha perpetua con los vecinos o los oprimidos en revuelta. La fuerza también reacciona contra su decaimiento sacando nuevas fuerzas de la misma flaqueza que no cesa de crecer, y volviéndose hacia ella para machacarla aún más, imponiéndole límites, suplicios y laceraciones, disfrazándola de un alto valor moral, busca retomar su vigor. Es el movimiento por el que nacerá el ideal ascético del ser contemplativo, filósofos que nos niegan la lucha por mejores formas de habitación. Ese es precisamente el origen del instinto de una vida que degenera pero que batalla por la existencia, el origen de la historia con final previsto de los neoliberales, de la necesidad de vigilar, por el control y sus instituciones que secuestran el tiempo del sujeto para hacerlo

que nos incita a la reivindicación de la vida. El saber y su historia se convierten en una pasión que no se horroriza de ningún sacrificio del trabajador, que no tiene en el fondo más que una sola preocupación: mejorar la productividad y la legalidad de la acumulación privada del capital. No se trata de juzgar nuestro pasado en nombre de una verdad que únicamente poseería nuestro presente. Se trata de arriesgar la destrucción del sujeto del saber- el hombre- en la voluntad de poder de los dominantes.

mercancía al servicio del capital. La historia como manifestación a través del cuerpo de los sujetos se expresa cuando entra en la escena de esta obra las fuerzas contradictorias de los sucesos del hombre que hacen a esta historia. La historia se manifiesta en el hombre a través de esa irrupción. El concepto de historia, en tanto remite a los sucesos del hombre y se manifiesta a través de su cuerpo, se relaciona no exactamente con la energía de los fuertes ni con la reacción de los débiles sino con esa escena en la que se distribuyen los unos frente a otros, los unos por encima de otros. La historia es el espacio que los reparte y se abre entre ellos, el vacío a través del cual intercambian sus amenazas y sus palabras. Mientras que la historia designa la cualidad y las formas del instinto, los valores y la ética que se impuso en la lucha, su grado de fortaleza o de debilidad en el sentido que manifiesta las verdades y síntesis de la lucha entre intereses, por otro lado, la historia nos muestra las marcas que esa lucha deja en un cuerpo del sujeto, nos muestra la emergencia del enfrentamiento que no hay que entender como campo cerrado en el que se desarrolla esa misma lucha sino como un plan determinado en el que los adversarios no están en igualdad de condiciones. El enfrentamiento, que se apoya en la lucha y desde ahí en el devenir de los hombres, es más bien la reacción contra ese tremendo mal entendido que domina la historia a saber, la pretensión legal y racional de unos hombres por dominar a otros que, en la generalidad de los casos, son las mayorías que así quedan expuestos a formas de vida de élites conservadoras. La historia de los grupos dominantes- que incluso pretendió en cierto momento terminar con la historia para reforzar las formas de dominio del capitalista- nos habla de una Patria de mezcolanzas y de bastardías, de una época donde el hombre sería feliz. Pero, en el momento de la alta civilización, de acuerdo a los paradigmas neoliberales, estamos en realidad como bárbaros y delante de nosotros solo hay ciudades, hay países y regiones en ruinas. Hay trabajadores cesantes, hay marginados y excluidos, monumentos enigmáticos que no nos conducen a ninguna época feliz sino que nos llenan de hastío por la realidad que nos imponen o intentan hacerlo. Ni siquiera nos permiten pararnos delante de muros abiertos ni mucho menos preguntarnos qué dioses pudieron habitar estos templos vacíos de contenido, de historia. La decadencia del neoliberal y su Estado capitalista nos ofrece un espectáculo dantesco. Sin embargo, si la historia es una obra de teatro, de dominados y dominantes, de roles que cada uno necesariamente cumple en esta lucha, lo propio de la escena en la que nos encontramos, es la decadencia del Estado capitalista que cada vez tiene más problema para reforzar, cargar y sostener su historia y paradigmas. De allí, la importancia inherente de la lucha, de la militancia en favor de la cultura popular, de una historia sin los monumentos y heroes de las élites sino una historia que sea nuestra obra, que nos pertenezca.

A este hombre enmarañado y anónimo que es el neoliberal, que al final ni siquiera sabe quién es, ni qué nombre debe llevar, la historia al servicio de los dominantes- que desde hace mucho tiempo perdió su sentido histórico- le ofrece identidad de recambio, aparentemente mejor individualizada que la suya. Le ofrece valores y una ética de la inmoralidad, de la amoralidad mejor dicho. Cuando de luchar por la emancipación se trata lo primero es que el hombre recupere su sentido histórico de manera que no lo puedan engañar los sustitutos que desde el poder le ofrecen. De hecho y siempre de acuerdo a la evolución del hombre, a éste se le ha ofrecido la revolución, el código legal romano, la tragedia griega, el idealismo, el materialismo e inclusive la armadura del caballero, la espada de libertadores o tiranos pero cada uno de éstos son en fin oropel que ni siquiera puede reivindicar las necesidades de las mayorías porque nos reenvían a la irrealidad. Se les da vía libre a algunos para venerar religiones y para celebrar en este más allá. Al contrario, el buen historiador, el genealogista, sabrá como luchar contra toda esta mascarada que nos impide la libertad, el fin del secuestro a partir de la organización del gran carnaval del tiempo, en el que las máscaras dejarán de dominar bajo la gobernabilidad de los sectores populares. Ya no será posible, en ese estado de situación, empezar con la bufonería de la historia que nos impusieron. La historia es la gran obra que desde tiempos inmemorables repite el hombre en su devenir. Es una tragedia que muestra como unos hombres pueden dominar a otros. De hecho, el juego de la historia nos impone la necesaria conclusión, a la vista de una definición de la historia como lucha y devenir, que ya no podemos sostener un sentido histórico por sobre el hombre y su vida. Ya no es posible esa historia que supone siempre el punto de vista suprahistórico. Esa historia que tendría por función recoger, en una totalidad cerrada sobre sí misma, la diversidad reducida del tiempo. Una historia que nos permitiría reconocernos en todas partes y dar a todos los desplazamientos pasados la forma de reconciliación. Una historia que lanza sobre todo lo que está detrás de ella una mirada del fin del mundo. Ahora es necesaria esa otra historia que se manifiesta en nuestros cuerpos, en nuestras necesidades. Esa historia que nos muestra la manera que el cuerpo queda fuertemente aprisionado en una serie de regímenes que lo atraviesan, que lo encuentran vigilado, explotado y humillado por los ritmos del trabajo, por el reposo y las fiestas. Esa historia que nos muestra como el cuerpo está intoxicado por alimentos y necesidades artificiales, por valores, hábitos alimentarios y leyes que no nos proporcionan ninguna resistencia contra los dominantes.

Capítulo 5: El poder, el control y las expresiones de dominio.

Las relaciones de poder detrás del fetichismo de la mercancía.

La verdad es que desde hace bastante tiempo me asombra la increíble capacidad del Estado capitalista para anclarse en el alma y espiritualidad del hombre, para permanecer ahí, incólume, para perpetuarse de muchas formas a pesar de ser un sistema que nos conduce a la miseria espiritual y material del trabajador, que nos conduce incluso a la extinción de la vida por la forma que define su manera de desarrollo. Es importante analizar de donde viene esta increíble capacidad de sobrevivencia del capitalismo (que en política se traduce en la generación de varios regímenes políticos) es decir, es prioritario analizar la relación entre la forma económica capitalista, la espiritualidad que genera y la garantía de la poco probable pero muy defendida perpetuidad del sistema que originaría. La característica primera y distintiva de la economía mercantil, del Estado capitalista, en primer lugar es que los que administran y organizan la producción son organizadores y productores independientes de la mercancía. Ellos son pequeños propietarios, grandes empresarios también. Se deriva de lo anterior que la empresa particular privada es autónoma, es decir, que su propietario es totalmente independiente y sólo cuida su interés, decide el tipo y la cantidad de bienes que producirá y así define una razón dominante. La producción es administrada directamente por los productores de mercancías separados, no por el trabajador que es finalmente quien genera la producción, es decir, los bienes y servicios que existen. Por otro lado, todo productor de mercancía elabora mercancías, esto es, productos que no están destinados a su uso personal sino al mercado. Es la división social del trabajo la que une a los productores de mercancías en una *economía nacional* que en este sentido es un organismo productivo cuyas partes se hallan íntimamente relacionadas y condicionadas entre sí. ¿Cómo surge esta interconexión? La respuesta está en el intercambio de las mercancías, por el mercado, donde la mercancía de cada productor individual aparece en forma despersonalizada, como ejemplar separado del tipo de mercancía, independientemente de quien la produce, dónde, en qué condición específica. La mercancía- el producto del productor individual de mercancía- circula y es evaluada en el mercado. Sin embargo, por la estructura atomista del Estado capitalista y su sociedad mercantil, debido a la ausencia de regulación social directa de la actividad laboral de los miembros de la sociedad, la conexión entre firmas individuales autónomas y privadas se realiza y se mantiene a través del intercambio de mercancías, de cosas que no son más que producto del trabajo. Es Marx, a propósito del fetichismo de la mercancía y de sus expresiones a nivel de la

organización política y social, del Estado capitalista y de su correspondiente régimen político, quien nos dice a través de *El Capital*:

“Lo misterioso de la forma mercantil consiste sencillamente, pues, en que la misma refleja ante los hombres el carácter social de su propio trabajo como caracteres objetivos inherentes a los productos del trabajo, como propiedades sociales naturales de dichas cosas, y, por ende, en que también refleja la relación social que media entre los productores y el trabajo global, como una relación social entre los objetos, existente al margen de los productores. Es por medio de este quid pro quo [tomar una cosa por otra] como los productos del trabajo se convierten en mercancías, en cosas sensorialmente suprasensibles o sociales. (...) la forma de mercancía y la relación de valor entre los productos del trabajo en que dicha forma se representa, no tienen absolutamente nada que ver con la naturaleza física de los mismos ni con las relaciones, propias de cosas, que se derivan de tal naturaleza. Lo que aquí adopta, para los hombres, la forma fantasmagórica de una relación entre cosas, es sólo la relación social determinada existente entre aquéllos. De ahí que para hallar una analogía pertinente debemos buscar amparo en las neblinosas comarcas del mundo religioso. En éste los productos de la mente humana parecen figuras autónomas, dotadas de vida propia, en relación unas con otras y con los hombres. Otro tanto ocurre en el mundo de las mercancías con los productos de la mano humana. A esto llamo el fetichismo, que se adhiere a los productos del trabajo no bien se los produce como mercancías, y que es inseparable de la producción mercantil. Ese carácter fetichista del mundo de las mercancías se origina, como el análisis precedente lo ha demostrado, en la peculiar índole social del trabajo que produce mercancías. Si los objetos para el uso se convierten en mercancías, ello se debe únicamente a que son productos de trabajos privados ejercidos independientemente los unos de los otros. El complejo de estos trabajos privados es lo que constituye el trabajo social global. Como los productores no entran en contacto social hasta que intercambian los productos de su trabajo, los atributos específicamente sociales de esos trabajos privados no se manifiestan sino en el marco de dicho intercambio. O en otras palabras: de hecho, los trabajos privados no alcanzan realidad como partes del trabajo social en su conjunto, sino por medio de las relaciones que el intercambio establece entre los productos del trabajo y, a través de los mismos, entre los productores.”

De los dichos de Marx se entiende que el *fetichismo de la mercancía* se expresa en ese convertir las relaciones sociales, que son relaciones entre los hombres, en relaciones entre cosas, que además impregna las actividades

sociales y políticas a través de las cuales los trabajadores se interrelacionan a nivel colectivo. El trabajador bajo el Estado capitalista se relaciona con otros, entre sí, solo en cuanto mercancía y así se comporta como tal siendo estas relaciones definidas por la compra-venta, el intercambio. Todo se compra y se vende. Es simple, a la vez complejo políticamente superar la estructura del Estado capitalista porque este se basa en la primacía de la propiedad privada de los medios de producción. Es compleja la alteración: esta circunstancia involucra que mientras ésta sea la forma, el aspecto y el diseño político, cultural, económico e ideológico hegemónico, en tanto no se sustituya por la primacía de la vida como eje rector de los derechos humanos, el proceso del fetichismo será determinante, y el hombre será un esclavo de las cosas y de su intercambio que solo puede favorecer, de hecho lo hace, la acumulación privada de los capitales. Se deduce, entre tantas otras conclusiones, que el capitalismo se fundamenta en el individualismo. Por eso, la defensa de la teoría de dos mundos, de dos realidades contrapuestas, de ahí la deformación de los más nobles ideales, de la ética basada en el respeto, en el amor y en la vida. De ahí también la moral sostenida ideológicamente por los medios de comunicación al servicio de los factores de poder conservadores y de ahí que sea alimentada por el arte entendido como lucro, como un bien de consumo. Los medios de comunicación, de desinformación y los grupos de poder que nos dominan, representantes de una cultura e ideología de élite, capitalista, minoritaria y de exclusión, a través de la hegemonía de la cultura y razones del Estado capitalista (defendida cotidianamente por los regímenes) busca así perpetuarse contra los intereses y las necesidades del trabajador. Y como es una cultura de minorías necesita que el trabajador sea egoísta, necesita del pueblo alienado porque es esa característica el terreno indispensable para ese Estado. Es entonces cuando el régimen que le asiste puede sentarse a la puerta de su casa a esperar, todas las tardes, el paso del cadáver del intento del cambio que nació en la mañana y muere todos los días. Es a través de las relaciones instituidas por el fetichismo de la mercancía la manera en que la realidad de los trabajadores es deformada por una costumbre fundada en una falsa relación de igualdad entre el capital-trabajo, que transforma esta misma en una costumbre irrefrenable a favor de los dominantes. La percepción solo de lo aparente, de reivindicar la superficialidad o la militancia a favor del individualismo más descarnado, son todos procesos culturales y políticos, de la lógica dominante, que construye el mundo porque precisamente nos aíslan de las causas profundas, nos privan de la raíz de los problemas del hombre. Es el rol que cumple la fetichización de la mercancía que muestra todo deforme, como lo que no es. El fetichismo es el territorio más audaz y fuerte desde donde la dominación del capitalista manipula al pueblo, obligándolo a acciones que simulan el acto político en favor de los cambios pero que son actuaciones reformistas, pueriles, de un show mediático donde absolutamente

todo está pensado, definido y previsto. Se pierde entonces cualquier garantía de ir al fondo de la cuestión y la posibilidad cierta de crear un arte de poder alternativo al dominio de la minoría. No habrá esa comprensión que genera conciencia en el trabajador. Ahora narcotizado el hombre es rebaño en mano ajena. Debería ser suficiente observar los asuntos que ocupan la atención, y la manera que son tratados, para sentir que estamos en un gran escenario de una comedia que no tiene nada de divertido ni de humano.

Debemos sustituir los regímenes afectos al capitalista- que defienden y militan a favor del proceso de fetichismo de la mecancia- por regímenes que dejando tras de sí el egoísmo de los otros, sea así capaz de movilizarse por un régimen menos brutal, menos superfluo, más fraterno y militante de la vida. En este sentido nos urgen trabajadores con un alto grado de conciencia, de pertenencia a un colectivo social- político que trasciende a todos y gobierna en favor del bienestar común. Es en este empeño, es en esta lucha donde se nos va la existencia, bien vale la pena. Las naciones que ensayaron el cambio y descuidaron esta formación, es decir, la conciencia del trabajador que los lleva a gestionar la agenda de gobierno, que también descuidaron la gallardía de los ideales basados en la fraternidad y en una espiritualidad del amor y respeto por el otro, yacen en los museos de la historia política ilustrando los errores graves que se pueden cometer en el proceso de lucha y combate. Si persiste el egoísmo, los mitos y el individualismo basado en el fetichismo, en la falsa igualdad entre la fuerza de trabajo- capital, se imponen las salidas reformistas para resolver los problemas; el arte de poder de los trabajadores debe estimular lo social expresado en el bien común. Solo en ese momento, en ese estímulo, estaremos en verdad fertilizando el terreno para terminar de una buena vez con el comportamiento capitalista, con la transacción de la vida del hombre, de sus necesidades y de su trabajo al mejor postor, al que en el mercado ofrezca mayores ventajas. Importa sobremanera, es preocupante que la oferta sea alocada, que no sea más que ficción fuertemente irracional, importa bastante que a los ojos de muchos parezca racional porque esa oferta del mercado lo que hace es alterar el alma profunda del pueblo. Importa que el Estado capitalista hable en favor del consumo por el consumo, del más irracional, porque cuando se impone la satisfacción de lo material en la forma individualista se promueve una ética que no consigue complacencia nunca; al contrario, es una necesidad colmada que promueve cientos y miles de expectativas insatisfechas. En todo caso, la satisfacción de lo material es tarea de todos, una tarea social. El trabajo voluntario es el centro de la instalación de esa nueva ética porque es la práctica misma de la conciencia social, el pilar del humanismo.

El Estado capitalista y el régimen político que le corresponda en cierta época de la historia, es decir, todos y cada uno de los sistemas sociales que incluso le precedieron como antecedente para convertirse en la forma de vida

y de producción dominante, que mejor acumula riqueza y bienes en beneficio del capital privado, es definido por la supremacía del derecho de propiedad sobre los medios de producción como eje rector de las relaciones sociales. Hasta hoy todo sistema social, desde el antiguo pasando por el esclavismo y el feudalismo se basaron en la supremacía del derecho a la propiedad como núcleo de convivencia. Este hecho es central porque la forma de propiedad que se impone en un régimen, que está directamente ligada a la supremacía de ésta sobre la vida, además define un saber y una cultura específica que la justifica, que la reproduce y perpetúa. Desde esta perspectiva estoy diciendo que la cultura y las formas de propiedad que se imponen- su supremacía o sometimiento al pleno derecho a la vida- es parte constitutiva del conjunto, del régimen que sostiene el Estado capitalista o que batalla contra él. Por eso, en el proceso de cambios en favor de los intereses de los sectores populares, hay que empezar por ser ejemplo de compromiso con una cultura popular que reivindique la primacía de la vida, del arte posible del trabajador, del respeto por nuestros valores, por nuestra historia e incluso nuestro idioma, que desde hace un tiempo está amenazado constantemente por toda clase de injertos que provienen de la jerga tecnológica y del *show bussiness* de los Estados Unidos. El pensamiento único neoliberal, ese saber incorregible que se define como el fin de la historia más allá de cualquier contexto, amenaza la cultura popular porque degrada el pensamiento e importancia del creador y artista latinoamericano, al tiempo que cuenta con ayuda de los gobiernos más reaccionarios de la región que aparentan preocupación por la cultura y por el saber, cuando solo tratan de apoderarse de sus expresiones y de los creadores más genuinos de la resistencia para desactivar el significado de su obra como elemento de libertad y de cambio profundo, de la supremacía del derecho a propiedad por sobre la vida: la forma que la propiedad adquiere es un asunto central para la *(r)evolución permanente* en el sentido del cambio humanista porque sólo éste hace posible la cultura popular que por definición es una opción a los designios dominantes. Un trabajador inmerso en los valores del marxismo no se conforma con podar las ramas más visibles del problema sino que busca la razón última, va por la raíz, intenta soluciones auténticas. Es un radical de la acción política y del arte del cambio. Es exactamente lo contrario a un reformista de la política porque éste acepta el estado de cosas existente, después solo lo describe inclusive de manera minuciosa pero como si fuese la inamovible realidad, de cuyos preceptos no es posible arrancar, y proyecta sobre él los cambios que considera posibles siempre de acuerdo a los preceptos que definen esa realidad con la que se encuentra política e ideológicamente comprometido. El reformista es un cientificista, no es un científico, porque se atiene a lo visible, a lo más tenue, a lo empíricamente demostrable sin ir más allá del positivismo. El humanista tiene claro que detrás de lo visible y de lo aparente, existe posibilidad oculta. No lucha por

los pobres, contra la exclusión y marginalidad porque así lo dice una teoría o un libro u obra cumbre, sino que batalla contra las injusticias, ocurran donde ocurran, porque considera que es una necesidad ética y también cultural. Las teorías y paradigmas nos explican las razones de las injusticias y las posibles soluciones, y pueden equivocarse o mejorarse, pueden apoyarse o darse por superadas, pero el humanista no se equivoca a la hora de tomar partido por el derecho a la vida. El enemigo principal de la primacía del derecho a la vida como eje rector y organizador, planificador y orgánico del régimen popular es el Estado capitalista y sus manifestaciones. Esta verdad tan simple muchas veces se olvida por una cuestión de ignorancia o de intereses, de mezquindad o falta de capacidad política- estratégica. El Estado capitalista conforma una espiritualidad y materialidad basada en la mercancía, en el intercambio de éstas, es decir, conforma una visión de la realidad y una concreción de esa visión del mundo. El Estado capitalista es la Bolsa de New York, de Tokio o del Reino Unido, pero también es la búsqueda del sueño americano. Son los grupos de interés dominantes pero también son los que buscan subir en la escala económica, los que buscan negociar con el poder para de este modo obtener las migajas que les permita y asegure un mejor pasar. El Estado capitalista tiene muchas facetas, muchos puntos de vista, opiniones, políticas y formas de ejercer el dominio, todas ellas muy peligrosas. Lo encontramos afuera, ahí no más, en la ética tratando de aprovecharse de los insulsos e inocentes, lo encontramos adentro, en la moral. Habita en la conciencia del hombre creado bajo la égida del libremercado, vale decir, en todos nosotros. De sus peligros nace la afirmación estratégica que no se puede coquetear con este Estado, con las formas del capitalismo. Si por alguna razón particular del contexto político- histórico en que se desarrollan los cambios a partir del régimen popular es necesaria una convivencia con éste, entonces la campaña que se dirige a la conciencia del trabajador, al saber popular, debe elevarse a su máxima potencia y expresión, y la convivencia tiene que explicarse como necesidad táctica, lamentable, peligrosa, banal, reformista, pero nunca como un mérito, como un logro de la democracia o la tolerancia, o meta estratégica del régimen popular. Tenemos que conocernos y conocer las formas de la lucha, esto es vital, debemos saber dónde está nuestra fuerza y dónde nuestra debilidad. Conozcámonos. No es tan difícil como se cree porque venimos de las entrañas del Estado que es capitalista, somos sus hijos, lo llevamos en lo profundo del alma y actuamos bajo la lógica de éste. Por tanto, convivimos con su razón, con sus preceptos y sus teorías nos habita. Pero también y al mismo tiempo somos la cimiento que crea otro mundo posible, uno que será más justo y equitativo en la medida en que sea gestionado por las mayorías. Ese dilema nos marca, esta lucha la libramos todos cada día, de adentro de nosotros surge el miedo a avanzar, la tentación del extravío, de la delación, el conformismo o el extremismo. La batalla por la *(r)evolución permanente* se

escenifica principalmente en nuestras almas, en la cultura, en las vivencias de cada uno. Por eso no hay términos medios en la defensa de los intereses del trabajador. La *(r)evolución permanente* lo es porque es un salto adelante, es un cambio de tal grado y magnitud que muchas veces nos aterra. Contra ese cambio atenta ese terror pero también conspiran los valores, las costumbres, esa siquis profunda donde está anclada la antigua y reaccionaria visión de la realidad y del mundo del Estado capitalista y sus falsas maneras. En la hora definitiva, cuando el cambio toca a la puerta de nuestras conciencias, cuando el trabajador se encuentra con la posibilidad del vuelo alto, aparecen ahí las voces que vienen desde la caverna de los siglos y milenios de oprobio, y nos susurran el retroceso, nos impelen a volver a lo ya conocido, a la tranquilidad de lo que fuera conquistado por otros hombres en otras épocas, a las cadenas, ahora un poco más relucientes. Sin embargo, para desdicha de los reformistas y su consorte de bufones, el hombre en cuanto que es trabajador es un animal más curioso que sensato, más audaz que mesurado, más altruista que egoísta, más humano que animal, todo lo cual lo conduce a luchar por otra condición y calidad de vida. Esas son las cualidades que les permiten conquistar mares de miseria o subir montañas con el único aliciente de ver el horizonte lejano, en su esplendor y perspectiva. Son esas características las que permitieron a Simón Bolívar y San Martín cruzar los Andes, al Che intentar tomar el cielo por asalto o a Allende morir en La Moneda con la misma dignidad que vivió. Esa cualidad del hombre es la que nos permite ir sobre los valores y consejos que brotan de las cadenas mentales, y ensayar el salto audaz que funda otra realidad y justifica la lucha de la mejor forma. El enigma de la lucha es cómo sustituir la espiritualidad, el saber capitalista, por la cultura popular, por la ética del cambio. Sabemos que la ideología de los trabajadores, expresada en la gestión pública de gobierno, es la columna vertebral del nuevo régimen pero ¿sabemos acaso cómo hacerla hegemónica en todos los ámbitos? ¿Cuál es el mecanismo que la conduce de la catacumba de la conciencia de los trabajadores más conscientes al predominio social? La ideología dominante en su momento logró hacerse hegemónica, surgir de las catacumbas de la conciencia y hacerse con el predominio social, político y cultural sobre la humanidad al ser capaz de simular la explotación del hombre a través de la ilusión de libertad, fraternidad e igualdad, creando así la fetichización de la mercancía *fuerza de trabajo*, creando la fantasía de posibilidad, aunque fuese remota, de incorporar a todos los trabajadores a privilegios y garantías que anteriormente, durante la época feudal, exclusivamente pertenecían a la élite monárquica. Lo que hizo la burguesía en ascenso fue socializar los valores éticos y la moral que la soportan, les dio un carácter social y natural de modo que todos los trabajadores la adoptaron mientras todas las clases la hicieron suya. ¿Cuáles son esos mecanismos hegemonzadores de la cultura popular? ¿Cuáles la harán hegemónica y transformarán en la cultura de las mayorías?

La teoría de los clásicos nos dice que la existencia es la que determina la conciencia. Pero esta relación no se establece de una manera mecánica, ni siquiera de manera espontánea. Es necesaria la existencia de núcleos que desde el trabajo en favor de la sociedad irradien ejemplo y la impregnen de valores solidarios. La ideología y la cultura del trabajador dirige, gestiona y se vuelve fundamental, hegemónica. La construcción de esta hegemonía no está en la supremacía numérica del trabajador, pensar así nos lleva a graves errores conceptuales que pueden afectar, de hecho lo hacen, el arte de poder del pueblo. La respuesta está en construir focos con la relación esencial de la existencia del trabajador, esto es, del trabajo para y a favor de los intereses de la sociedad y, a partir de estas zonas, irradiar la conciencia del cambio. Uno de estos núcleos es el trabajo colectivo voluntario. De ahí la importancia de estas medidas como forma de movilización de las mayorías. Con el trabajo voluntario nos empleamos para la sociedad toda y damos el primer paso para el régimen popular y su primacía porque creamos las bases materiales, y al mismo tiempo la entrelazamos con la conciencia del deber social. Esta es una manera de construir la hegemonía del saber popular, del trabajador en tanto mayoría, porque socializamos los valores del cambio en nuestro beneficio. En esas circunstancias, es posible que el hombre se reencuentre con el fruto de su trabajo, en que el producto de nuestro esfuerzo no es extraño porque ahora tiene sentido, porque ahora nos pertenece en cuanto miembro de un régimen político que ya no puede ser apropiado por el capitalista y su reinado mercantil. Ahora a cada uno le pertenece el trabajo de los demás miembros del régimen, su fruto: al hacerse social pertenece también a cada individuo en tanto miembro del régimen. Sólo de esa forma se supera la fragmentación a que nos somete el Estado capitalista. Comienza la ruta de sanación de los hombres y su régimen y se toma el cielo por asalto. Los contingentes de los trabajadores voluntarios prefiguran con su sudor y esfuerzo el régimen y la cultura del porvenir, laboran sin la compulsión de la propia sobrevivencia, trabajan, y haciéndolo se realizan, se construye una cultura que nos habla de los nuevos hombres, del ser genérico y la *(r)evolución permanente*.

Una de las materias más apasionantes y controvertidas en el análisis de la política como fenómeno social es el hecho asombroso que una minoría ínfima consiga dominar y controlar la vida, las necesidades y expectativas de una mayoría, que logre además colocarla a su servicio y transformarla en el principal soporte de su control. El análisis político, la acción política, en gran medida, gira alrededor de una interrogante central a saber, cómo la clase dominante- y sus representantes en la sociedad- consigue hacerse con la dominación sobre la amplia mayoría. Es inaudito este asunto si observamos la historia del hombre bajo el control que ejerce la minoría sobre la mayoría. Tenemos millones de pauperizados y unos cuantos privilegiados. Existen millones de personas hambrientas, sólo algunos satisfechos. Son ese pequeño

número de satisfechos los que consumen ni más ni menos que el 80% de lo que el planeta produce mientras el resto debe conformarse con las migajas venidas desde la cúspide. Desde los primeros tiempos del hombre fue así, cientos de millones de esclavos y miles de dueños, millones de campesinos y unos cuantos señores feudales, un papa y un monarca. Unos cuantos patrones y millones de trabajadores, asalariados. Lo tremendamente asombroso del asunto es que esta situación se mantenga por tanto tiempo, por milenios. Lo asombroso es que con los votos de los que nada poseen, de los excluidos y de los pobres eligen gobernantes que representan a los que desde el comienzo del tiempo todo lo poseen. El colmo del asombro, los que nada poseen van a la guerra a defender las riquezas de la élite, de los que los despojan de su vida y prioridades. Es así como los que no poseen nada se matan entre ellos por cuestiones ajenas a ellos y entonces los socialmente más vulnerables son los principales enemigos del humilde. Es la forma primera en que actúa la razón dominante de modo que los poseedores se unen bajo el estándar del conservadurismo. El asunto es que los patrones y trabajadores (y las distintas maneras que a través de la historia se expresa y manifiesta la lucha de clases) se relacionan porque todos tienen en el fondo la misma necesidad, todos tienen esa compulsión de poseer mercancías, no importa el costo tampoco el cómo y ello es potenciado en toda su expresión por la lógica capitalista. El Estado y sus variantes, bajo la necesidad imperiosa de acumular capitales a favor de una clase social, se mueve por la exigencia de adquirir mercancías, aún a costa de la vida del trabajador, y muy por encima de las necesidades básicas. Entonces, el pensamiento de los clásicos se concreta: *El mundo de las mercancías, de las cosas, gobierna al mundo*; lleva al hombre al límite de la locura, de la esquizofrenia, la deslealtad y reacción más temible. El Estado capitalista valoriza al hombre de acuerdo a la cantidad de mercancías que atesore, o mejor, a la capacidad que tenga para adquirir mercancías. Mientras más, mejor; mientras más rápido, mejor y no puede haber ningún obstáculo que se interponga porque la mercancía pierde vigencia, pierde su capacidad de conferir prestigio al poseedor, y debe sustituirse para renovar la necesidad de reconocimiento social y valoración. Se produce una circulación demencial de mercancías que permite al capitalismo acumular y acumular sin cesar, sin límites. No puede detenerse la circulación de mercancías porque es el núcleo sobre el que se mueve el Estado capitalista, si lo hiciera deviene su muerte por inanición. Por lo mismo, las razones del capitalismo, la dominación y el control que actualmente ejercen las minorías sobre los sectores populares, la cultura que lo sustenta está signada por la circulación macabra de mercancías donde absolutamente todo se piensa, se siente y se organiza sobre ese núcleo de necesidades artificiales, que nos lleva a la satisfacción de esas necesidades a como dé lugar, sin consideraciones. A partir de esa intolerante y subliminal situación se construye una imperceptible red de dominación y control social

sobre la mayoría que funciona de manera espontánea, que hace de la acción política el reino de las mercancías, de su compra y venta. La circulación de mercancías a través de su intercambio, compra y venta determina la acción de los actores y sujetos sociales y políticos que inciden en la formación de la agenda pública. Entonces, la acción política que determinará el arte de poder del trabajador (en el sentido de construir poder popular) se basa en acciones tendientes a cómo terminar con esa situación, con el reinado de la mercancía. El cambio estructural del régimen político, es decir, las acciones que buscan terminar con el Estado capitalista y sus formas de dominación es en esencia la fractura del mundo de la mercancía, de la cultura que la origina y sustenta. Para eso en primer lugar hay que fortalecer la ideología que guíe el quiebre con las necesidades artificiales del hombre y las patológicas que caracterizan ese consumo, cultura y desarrollo. Además, es necesario sustituir el sistema electoral que es característico del régimen neoliberal en el sentido de que éste no está en condiciones de llevarnos a la plena democracia al favorecer la constitución de una democracia abstracta cuando se trata de la defensa de los intereses de los trabajadores.¹⁰

Por otro lado, se precisa concientizar políticamente al trabajador. Esto se traduce en denunciar esta falsa relación de igualdad establecida entre la *fuerza de trabajo* y el *Capital* que funda el proceso del *fetichismo de las mercancías*. Además, hay que agrupar en un partido, en un frente o alianza política de avanzada a los actores políticos más conscientes y determinados porque en fin son ellos los gestores del proceso de *(r)evolución permanente* desde el momento en que prefiguran el mundo de las nuevas necesidades, de las nuevas relaciones entre los hombres, donde el humano regresa al centro de la vida, y las cosas ahora por fin ocupan un lugar subordinado labrando la autoridad moral para dirigir las acciones liberadoras que fundan también una razón de la responsabilidad que habla de otra forma de desarrollo, también de tecnología conveniente, de inclusión a través de la generación de empleo y de una mejor distribución de los beneficios de la producción y crecimiento económico. La movilización popular es una medida relacionada con el apego y compromiso del trabajador con los posibles cambios que mejoren su forma de vida porque es una acción que educa e influye en el paisaje político, en la realidad: una gran movilización popular es un mensaje tremendo del grado de conciencia, participación, disposición y compromiso político. Hay que aclarar que no cualquier aglomeración es una movilización revolucionaria porque tiene que existir detrás de ésta un proyecto real en el horizonte. El partido, la alianza, una liga o frente político donde se agrupan políticamente

¹⁰ Hago esta aclaración porque cuando se trata de los derechos y garantías de los sectores de poder dominantes la democracia deja de ser abstracta porque los factores de poder movilizan todos sus recursos para seguir disfrutando de sus privilegios de clases a expensas del interés del trabajador.

los humanistas en su lucha por la primacía de los intereses del trabajador es simultáneamente un concepto y una realidad y es en esta doble condición que debemos analizarlo. El concepto es correcto porque para la (*r*)*evolución permanente* es imprescindible una organización política de vanguardia que agrupe a los grupos políticos conscientes y determinados, a los que tengan un alto nivel de entrega política por la causa del cambio y por la consiguiente construcción del humanismo en su máxima expresión, por la militancia que favorece la primacía del derecho a la vida de la mayoría. En esa organización de vanguardia la convivencia debe prefigurar las relaciones humanistas y de respeto por la vida del otro que se concretizan en acciones que buscan resolver las urgencias y necesidades de la mayoría, que se concretizan en defender el interés del trabajador y en relaciones más tiernas y amorosas, en el respeto y en la fraternidad que niegan la ética y la política de los grupos de poder conservadores. Esa vanguardia del trabajador, de los grupos de la cultura popular que a su vez se movilizan por la gestión efectiva de la agenda pública, debe ser ejemplo para el resto. La organización de vanguardia es la única capaz de dar sentido estratégico a la lucha por la construcción del humanismo, definirlo, precisar su base, agrupar al movimiento social, darle un sentido político a sus derechos y luchas parciales, ser, en su condición de expresión de la (*r*)*evolución permanente*, el núcleo de cualquier agrupación revolucionaria. Algunos podrán asociar la vanguardia, la conducción política y la dirigencia social de la (*r*)*evolución permanente* con una secta y decirnos que lo recién afirmado es una herejía, pero esta acusación se la podrían hacer también a Jesús, pero es bueno que inmediatamente después recordemos que su secta, de doce apóstoles, se transformó en un movimiento de millones que para bien o para mal alteraron la fisonomía del mundo. O se la podrían hacer a Bolívar, recordemos que su *Junta Patriótica* se transformó en el *Ejército Libertador* y llegó al confín de Latinoamérica. Los sectores que califican a la vanguardia política como *secta*, los que inventan cualquier cosa para impedir su formación y expansión en millones de voluntades, despojan a las luchas sociales de su componente político y así las hacen inocuas. Ellos no creen en la superación del Estado capitalista como tampoco en la organización de los trabajadores, en la gestión y construcción del poder popular. No creen porque es la actitud típica del reformismo político que no aspira a nada que vaya más allá del neoliberalismo y su dogma. ¿Acaso el autonomismo logró acabar con las injusticias que caracterizan aún hoy al neoliberalismo, con la exclusión y marginación que produce? ¿Acaso el anarquismo que precisamente batalla contra la vanguardia y organización del trabajador tiene actualmente alguna incidencia en la vida política de los países modernos? A través de la crítica a la *vanguardia política* se critica de hecho la organización del trabajador, se critica cualquier reacción política que se traduce en apoyo a medidas típicas de la antipolítica, el conformismo y la desmovilización, actitudes típicas del

neoliberalismo. No entienden que lo importante de la vanguardia del sujeto político que representa la cultura de los trabajadores (y que así tienen todo el derecho de conducir los cambios) son las ideas. Si éstas son justas, si ellas interpretan el momento histórico, entonces tienen la capacidad de dirigir una *(r)evolución permanente* de proporción, tienen la capacidad de transformarse en millones, de construir bloques y polos necesarios para la primacía del bien común. Es necesaria la participación y movilización donde el partido o frente político en el cual se agrupan esos sectores que buscan el cambio es central. La calidad de una *(r)evolución permanente*, su robustez, su consolidación en el tiempo y su defensa- que precisamente es lo que la vuelve permanente en el tiempo- tendrá relación directa con la calidad de la movilización porque en fin una *(r)evolución* que no se moviliza queda indefensa frente a los ataques de los factores de poder que responden a los centros globales del poder.

De todo esto surge otra pregunta muy importante referida a quién es el que moviliza a los trabajadores. La respuesta es clara. Solo es el partido, el frente, la liga o alianza en la que se agrupa el trabajador, es la vanguardia en el sentido que vimos en este artículo, que no tiene ninguna relación con la tecnocracia neoliberal, es solo ella la que condice, la que moviliza. Sólo ella tiene una visión clara sobre el conjunto, sobre la perspectiva estratégica que consolide el poder de la mayoría. Son esos grupos de poder representante del pueblo, de sus intereses y sus líderes los que planifican las diversas tácticas, las que la alinean con la marcha general, y pueden dar a las movilizaciones sentido de sociedad, sumar parcialidades en la gran marcha que conduce a un amanecer más humano. Precisamente por eso es el partido, es la vanguardia, el objetivo central de odio del reformista. Saben que una *(r)evolución* sin partido, sin vanguardia, sin ideología y sin apoyo de la mayoría esclarecida en su interés, es signo que no entendemos los mecanismos de la dominación, el rol del Estado ni del régimen político o no entendemos la función principal del líder en la consolidación del proceso, lo que solo favorece a la élite ya que nos conduce a una *(r)evolución* que no es, desarmada, inocua y oblicua. Desde siempre la fortaleza de la *(r)evolución permanente* depende de las bases de la ideología, de su movilización, de su participación, de cierta capacidad de oír, de la organización y vigor de su vanguardia política en la que el partido, el frente, la alianza o el movimiento organizado en cualquiera de sus formas tiene mucho que ver.

Los movimientos sociales, el partido y el poder.

En los tiempos de transformaciones en la vida de las personas, de una importante superación de un régimen político históricamente transitorio hacia uno también transitorio pero más racional bajo los términos de la lógica del humanismo, de la primacía de la vida del trabajador como la máxima rectora

de los derechos humanos, es permanente la discusión sobre el partido, sobre la organización de los sectores populares, sobre los temas que tienen relación directa con el debate acerca de las estructuras del Estado capitalista y de sus expresiones a partir de la forma de regímenes políticos o sobre la necesidad o no de un líder pero, en fin, se trata sobre una discusión y debate vital para la vida de todos porque tiene que ver con el Estado capitalista y con su dominio como régimen de producción, de distribución y circulación de la mercancía. Así, definido bajo estos términos, el debate plantea interrogantes importantes a saber, ¿es en realidad necesario superar al Estado capitalista, es imperiosa la *(r)evolución permanente* en los modos de hacer política, en la construcción de un arte de poder de las mayorías, es vital militar en favor del bien común, de un régimen humanista que se nos muestra como utopía a alcanzar pero utopía al fin y al cabo? Como estos temas son centrales cuando se trata de acción política en favor de unos o de otros intereses, como son fundamentales en la búsqueda del gran diálogo y del consenso entre los sujetos y los actores políticos que representan la cultura popular, vemos que éste no es un asunto menor sino que, por el contrario, tiene relación directa con los propósitos de la militancia y con la potencia a favor de la *(r)evolución permanente*. Para valorizar sus manifestaciones, su mejor expresión política, para entender la importancia de la organización política de los trabajadores en tanto sujetos protagonistas de la historia, debemos partir del análisis de los mecanismos de dominación de los grupos de poder históricamente dominantes entre los que se destacan la lógica que hace a las estructuras de su razón. En este sentido, los grupos de intereses dominantes, el Estado capitalista y su forma, que es la culminación de todos los sistemas de explotación del hombre que conoció la humanidad a través de la historia, perfeccionó la dominación de tal manera que ésta, como nunca antes, descansa sobre el espíritu de los que dominados. Por eso es fundamental la razón del poder dominante. Es decir, el Estado capitalista, a través de sus razones, de su lógica y de su cultura, a través de una racionalidad donde se condensan todos esos elementos básicos de poder, se convierte en el sistema de manipulación más increíble sobre el espíritu del hombre, que coloca al dominado como soporte de la dominación que como vimos se materializa a partir del proceso de fetichización de las mercancías. Este es el centro de la dominación y es también el centro de los movimientos de emancipación del hombre. Es que la batalla principal por la libertad del hombre en tanto trabajador ocurre en el alma del dominado, en su espíritu y conciencia. Es ahí que se decide la suerte de la *(r)evolución permanente*. Es inmenso el poder de la dominación de los centros globales del poder sobre el alma colectiva, al punto que un quiebre con esa lógica y su razón es casi un milagro. Pero, a ese nivel los milagros no existen y se impone la lucha, la denuncia y la militancia porque se trata de romper con una cultura que tiene milenios, con el saber de la fragmentación social, del egoísmo, de lo material

sobre lo espiritual, el conocimiento que convirtió a los asalariados en mera mercancía, en verdugo de sus redentores, en crucificador de sus hermanos, en mesías y profetas. La cultura, la ética del Estado capitalista instalada en los trabajadores, en los actores políticos que son parte constitutiva en el proceso, funciona como una formidable y sutil defensa del sistema de modo que éste sobrevive más allá de lo aconsejable en términos racionales. Así, la división entre los hombres es constante. En todos los grupos humanos esta división está siempre presente, por motivos que no la justifican y por causas que en realidad son banales. Emerge esta cultura fundada en teorías como la de los dos mundos, una división de relaciones económicas de la competencia, de la guerra de todos contra todos, de la propiedad privada de la economía y la propiedad social, una división artificial entre las necesidades y expectativas individuales y colectivas que solo favorece la división entre lo económico y lo político como si lo primero fuera solo cuestión técnica, de simple eficacia y eficiencia. El problema es aceptar esta división como natural, cuando es el pilar de la cultura, de la economía y los valores de la dominación. En estas circunstancias no es ningún misterio que lo individual y lo egoísta prevalezca sobre lo social y sobre los intereses colectivos.

Es importante también el accionar de los medios de comunicación en el asunto porque la manera de pensar, el razonamiento y verdad que a veces defiende el hombre está condicionada por la manipulación mediática. Son ellos los que instalan métodos de apreciar y definir la realidad que así buscan justificar y sostener los absurdos del Estado capitalista. La manera de razonar es simple a saber: es no relacionamos, no tener historia en el sentido que los sectores populares no tienen ningún protagonismo al respecto. Antes bien se impone una historia de héroes para el bronce. Entonces, cualquier persona, incluso un impresentable como un fascista (que no tiene ningún valor que sea democrático) por obra y gracia de las razones del capitalismo puede llegar a convertirse en estadista. Es que existen miles de formas de manipular, todas maneras que no solo se perfeccionan durante siglos sino que también hacen temer a las formas políticas liberadoras, al propio arte de poder democrático del trabajador. Al final le tenemos más miedo al comunismo que a la bomba atómica, más miedo al poder popular, a la movilización y participación del trabajador que al desastre ecológico a que conducen las formas de desarrollo del Estado capitalista que arrasa con todo lo que se le cruza en el camino. La pregunta que surge es cómo romper la dominación de la razón capitalista si su forma es cada vez más sutil y subliminal. La respuesta tendrá como base la existencia de un partido, en tanto organización política de los intereses del trabajador, que se expresa a partir de la unidad de organizaciones de todo tipo que representan los intereses de la cultura popular. Vimos anteriormente que la *(r)evolución permanente* en tanto cambio estructural respecto del Estado capitalista y su dominación a través de los regímenes políticos que le

asisten es una guerra cultural contra el control capitalista que en lo más profundo del régimen se asienta en la fetichización de la mercancía. En la batalla cultural es el partido- como lo definí hace apenas un momento- el destacamento más importante, porque es el santuario espiritual- material de la fuerza que milita a favor del cambio. La dominación de los grupos de poder que representan el interés del Estado capitalista, es inmensa, pero no es perfecta, tiene grietas importantes por donde se filtra el descontento, y en ellas acecha la conciencia revolucionaria. En ellas, en estas debilidades del régimen, algunos hombres, al principio aislados políticamente, adquieren conciencia del control social y político ejercido sobre las mayorías, también adquieren conciencia sobre sus mecanismos, de la necesidad de librarse de la esclavitud de esta democracia, altamente abstracta, que se nos impone desde la cúspide de un poder conservador. Lo bueno para los grupos dominantes es que si esos hombres se mantienen aislados no son un peligro para el Estado capitalista, a lo sumo son voces dignas que cuestionan al régimen pero no son capaces de construir una alternativa a la primacía de la propiedad privada como eje rector del orden y así tampoco son capaces de dar una respuesta satisfactoria a las necesidades de la mayoría. Pero, por las circunstancias de su toma de conciencia esos hombres, a pesar de estar aislados en un primer momento, entienden luego que deben unirse, formar algo que va más allá de lo individual, un organismo vivo que rescate lo social de un régimen político y batalle contra el hombre escindido, que nos plantea un territorio donde se muestra la fraternidad perdida, un refugio para el respeto por el otro. Aquel organismo vivo, que surge del proceso de la *duda* del hombre, del *asombro*, de los *sustantivos* y *verbos* que terminan formando una *gramática del poder* popular, entiende que no puede quedarse ensimismado, viviendo en una isla de fraternidad, porque tiene la obligación de convertirse en un ejemplo de la sociedad que se propone llevar adelante, ser el motor principal para dirigir la lucha contra el Estado capitalista.

Ese organismo es prefiguración de la sociedad que está por venir, es un organismo político de profunda base social que presenta batalla contra las razones del Estado capitalista y sus dogmas. Es en ese dogma donde es más poderosa su control sobre las mayorías. La organización y unidad política del trabajador, ya se exprese a través de un movimiento social organizado en un partido, en una alianza o en un frente transversal, batalla contra el Estado capitalista donde también es muy poderoso, o sea, en la cultura, planteando nuevas maneras y formas íntimas de relacionarnos como hombres, como un colectivo de trabajadores con expectativas similares a nivel social. Batalla contra la cultura dominante y se convierte en núcleo de un ejército espiritual-cultural que se enfrenta al régimen que asiste al Estado capitalista. El partido es el destacamento más importante en la disputa contra el saber dominante porque expresa la organización del trabajador que así se convierte en gestor

de la agenda de gobierno y en ese proceso, en la medida que llega a definir la cuestión socialmente más importante y su forma de resolución, crea poder popular. El partido en tanto máxima expresión de organización política de los trabajadores adquiere capacidad estratégica en la construcción del arte de poder del trabajador constituyendo un indispensable y único instrumento en esta batalla. El partido es creación heroica de los trabajadores porque se trata de una muestra concreta de la utopía, del cambio que buscamos y por el que luchamos. Es una creación heroica porque se trata de modificar un régimen edificado sobre el interés del Estado capitalista, sobre las individualidades, el egoísmo y supremacía del derecho a propiedad sobre la vida de las personas que, en definitiva, se manifiesta en la primacía del interés de la minoría sobre el bienestar de la mayoría. Sin esa profecía de la sociedad que nos transporta al futuro, que nos vuelve mejores hombres, no es posible presentar batalla contra el Estado capitalista, no es posible construir, construirnos como ser genérico capaz de llevar adelante la *(r)evolución permanente* que conduce al humanismo. En la construcción del partido que aglutina a la cultura popular, de los trabajadores, se nos presentan una serie de desafíos políticos que son importantes si buscamos la coherencia de nuestra acción. Por ejemplo, en el camino aparecen muchos enemigos siendo el principal el reformismo como fin y sus expresiones a través del autonomismo o de la socialdemocracia que militan en favor de otras costumbres. El peligro también nos acecha en la cultura que nos habita, que trabaja en favor de teorías disolventes, superfluas. También es importante considerar el asunto de los movimientos sociales que tienen su auge definitivo con la caída de la Unión Soviética y el bloque de los socialismos reales. Los teóricos al servicio del neoliberal en esa época diagnosticaron el fin de la historia, de las ideologías y el triunfo definitivo del capitalismo mientras la clase media y sus intelectuales, la mayor parte de ellos, huían diciéndonos que de ahora en adelante no era necesario ni mucho menos posible tomar el poder para hacer *(r)evolución* y que así eran las luchas parciales, por una alcaldía o por reivindicaciones puntuales de ciertas minorías, las que ocupaban desde ahora el afán de luchas por el cambio. Los movimientos sociales ya no tenían que ser políticos, al contrario, si querían sobrevivir tendrían que reconciliarse con el Estado capitalista. De ahora en adelante tendrían que convertirse en plataforma de políticas de ayuda, de asistencia, de clientelismo sin ir al fondo de los asuntos del hombre. Son entonces *antipolíticos* aunque este término es bastante absurdo. Sin embargo, esa posición sostenida sobre la falsa antipolítica (en el sentido que todos los movimientos sociales defienden ciertos intereses y que en esas circunstancias la antipolítica es una falsedad) los llevó a militar en favor del reformismo que es una más de las expresiones del Estado capitalista.

Por el contrario, la satisfacción de las necesidades del trabajador nos urge llevar a la organización y los movimientos sociales- políticos que dicen

o pretenden representar los intereses y la cultura popular, a otro momento, a uno fundamental basado en el derecho a la vida de las mayorías. La ideología del reformismo de los sectores medios es bastante peculiar porque éste es un grupo social oscilante, inestable y políticamente poco consecuente. Sabemos que la clase dominante no se suicida pero una subalterna- para el caso los sectores medios- siendo responsables del poder, necesariamente se suicidan porque no pueden concretarlo y su pasión por el cambio pronto se agota. Al carecer realmente de proyecto político propio, tiene dos opciones básicas: el humanismo que le aterra, o regresar al capitalismo y sus formas de control. Su oportunismo los conduce a inmolarsse en un furor tan retórico como inútil. Siendo así, el principal peligro para la (*r*)evolución permanente es la siempre atractiva ideología del reformismo político, que si bien tiene su fascinación y su encanto es también inoperante e inútil, un débil estruendo que no anuncia nada. Nunca es construcción. Esta ideología vacilante del reformismo tiene como rasgo importante su renuncia a dirigir, traslada la responsabilidad a entes difusos, a esos movimientos sociales que no están en condiciones de entender el protagonismo que les corresponde si en verdad están dispuestos a convertirse en expresión de la cultura popular, un saber que aviva el fuego del cambio. Por el contrario, la ideología que se basa en el reformismo de la política, en el asistencialismo y beneficencia, dialoga y consensúa, da todo lo que puede, milita en favor de los dominantes sin pedir nada a cambio. Y eso es inaceptable cuando somos testigos de los dramas sociales producidos por el Estado capitalista en su proceso de afianzamiento y arraigo.

Quién en la teoría y en la práctica mejor desarrolló la idea del partido como vanguardia, como ente independiente, autónomo y anticapitalista, etc., llamado a consolidar la (*r*)evolución permanente, fue Lenin conjuntamente con Trotsky, su compañero de cientos de batallas. Por lo mismo, el centro del ataque a Lenin por parte de los dominantes tiene que ver con la disputa por construir un partido revolucionario. En ese sentido, quieren relacionar la idea del partido de Lenin y de Trotsky con el autoritarismo, con el burocratismo y con la correspondiente violación masiva de los derechos humanos. Mediante la relación que Lenin establece entre la *espontaneidad de las masas* y la *consciencia revolucionaria* se pretende denunciar que el núcleo teórico del líder bolchevique, el que fundamenta su derecho a ejercer el poder, niega lo que el proletariado de carne y hueso pudiese pensar o desear: la *consciencia revolucionaria* es la verdadera voluntad del proletariado, y como ésta viene de afuera, impuesta por los intelectuales revolucionarios, estaría por sobre la espontaneidad y los deseos del pueblo. Con esto, lo que busca el intelectual al servicio del poder es reconstruir la teoría de la *sustitución totalitaria de la clase por el partido*, del partido por su dirección y de su dirección por el jefe personal. Sería esta la manera en que más temprano que tarde se impondría el sistema estalinista con lo que la democracia popular, de los trabajadores, es

una utopía. Pero, si la lucha constante de Lenin- hoy de los revolucionarios- es combatir la ideología en la que el trabajador se limita a hacer sindicalismo para eventualmente conquistar derechos particulares en desconexión con los intereses generales de clase, el partido y su vanguardia, los intelectuales y sus cuadros deben hacer política. Por desgracia, no existe una relación mecánica o directa entre la clase trabajadora y su representación política, en el sentido que el socialismo no surge espontáneamente de la lucha de clases. Ese es el fundamento de la necesidad íntinseca de una organización de los elementos vanguardistas, que sean capaces de mantener la autonomía política respecto a la clase de conjunto, dedicándose profesionalmente a la *(r)evolución*. Esta es la primera gran ruptura con la visión evolutiva y siempre lineal de partido, de identidad entre *partido y clase*. La estrategia del reformismo solo conduce a la “democracia” en la medida de lo posible. Los “progresistas” y el colmo de lo caradura y del cinismo, en nombre del marxismo, de los máximos valores del hombre, buscan transformar al partido revolucionario en uno de reformas económico-sociales y pseudo democráticas. Un partido político que no prepara la ruptura revolucionaria, el cambio radical, mediante el enfrentamiento con el aparato estatal- militar de la patronal, sino de “evolución” de conquistas parciales en el marco del régimen capitalista. Conquistas parciales que se ven amenazadas por el retorno posible de la derecha al poder. Por desgracia, este reformismo, el burocratismo sindical, etc., nos conduce a ello, al retorno de la derecha más rancia al poder, porque este tipo de políticas legitiman a la derecha como opción de poder, incluso como conglomerado democrático. La teoría de Marx deja en claro la verdadera tarea de un partido revolucionario:

... “no inventar planes de reestructuración de la sociedad ni ocuparse de la prédica a los capitalistas y sus acólitos de la necesidad de mejorar la situación de los obreros, ni tampoco urdir conjuraciones, sino organizar la lucha de clase del proletariado y dirigir esta lucha, que tiene por objetivo final la conquista del Poder político por el proletariado y la organización de la sociedad socialista”.

Limitar y separar la lucha sindical y particular de los trabajadores (que de igual manera es totalmente necesaria para su batalla contra los capitalistas, pero insuficiente para los objetivos socialistas de la emancipación social) de la disputa política contra el reinado del capital, por una república popular, por la dictadura del proletariado, significaba transformar a una organización de base cualquiera en un partido reformista. La tarea de cualquier militante es convertirse en un *revolucionario profesional*, en un vocero y en un tribuno del pueblo que mediante la denuncia de cada acto de la opresión neoliberal y la lucha política contra su Estado, permita a los asalariados conquistar, ganar la hegemonía sobre las clases oprimidas en la batalla por la libertad. Por ello,

la huelga, los paros y las movilizaciones en general son escuelas de guerra y las denuncias políticas son una declaración de guerra al gobierno, al patrón, etc. La organización de un partido centralizado, de vanguardia y combate, de trabajadores que actúan como tribunos populares de la causa del oprimido, que entonces se preparan para la conquista del poder por la insurrección, es el objetivo central de los revolucionarios.

La superación del reformismo y del derecho a propiedad en Marx.

Marx abandona muy rápidamente el análisis del derecho en tanto nota que le resulta estéril y artificioso para comprender en toda su cabalidad la sociedad y su devenir histórico para desde ahí desentrañar la esencia de su proceso histórico. Es que Marx no cree que la sociedad pueda explicarse en su génesis y devenir a través de la idea de justicia y del derecho en general. Aunque recién hay que esperar *La ideología alemana*, escrita con su amigo Engels, para tener el estatuto teórico inicial del materialismo histórico y su crítica al rol de fuerte encubrimiento y falsa conciencia de toda ideología y particularmente de la ideología jurídico-política que es funcional al interés y punto de vista, estrategia y política característica del reformismo como fin. Marx batalla sin ningún tipo de consideración contra el reformismo como fin a partir de una acción política compleja y en cierta forma inacabada respecto de sus contemporáneos, que se expresa en una posición crítica respecto del Estado capitalista y de su régimen absolutista prusiano donde hay una clara ausencia de democracia y de justicia. Esto lo expresa en sus primeras obras, obras muy juveniles como la *Crítica a la filosofía del Estado de Hegel*, *Introducción a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel* y los *Anales franco-alemanes*, donde hay que incluir *La cuestión judía*, cuya importancia radica en que contiene una aguda y actual crítica a los llamados derechos de los trabajadores en cuanto ciudadanos o los derechos humanos entendidos a partir de la razón dominante, como forma de libertad jurídica, indeterminado, formal e idealista que es típica de los neoliberales en tanto no pone en duda los fundamentos del régimen ni del Estado capitalista. Derechos humanos vagos e imprecisos en la medida que no basta con la libertad política bajo la forma universal del ciudadano, sino que se trata de obtener la emancipación social del trabajador de toda forma de control, dominación y explotación lo que se traduce, ni más ni menos, que en la tarea de batallar contra el Estado capitalista y su estructura lógica. De allí que sea sustancialmente crítico con respecto al discurso sobre los derechos humanos bajo la abstracción de esos regímenes que sustentan al Estado capitalista. Señala reiteradamente, que:

[...] *el significado moderno del elemento de Estado (es) ser la realización de la ciudadanía del bourgeois... la libertad (del bourgeois es la libertad de hombre en cuanto mónada aislada y replegada en sí misma.*

[...] *“la aplicación práctica del derecho del hombre a la libertad, es el derecho del hombre a la propiedad privada.*

[...] *el derecho del hombre a la libertad deja de ser un derecho tan pronto como entra en colisión con la vida política.*

[...] *los derechos humanos no liberan al hombre de la religión, sino que le otorgan la libertad religiosa, no lo liberan de la propiedad, sino que le confieren la libertad de propiedad.*

A partir de estas primeras ideas Marx desemboca en su famosa *teoría de la alienación*, que luego será planteada en todas sus consecuencias en sus *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, en donde el *ser* se define por el *tener*, por las posesiones materiales y no por el ser mismo, de manera que la propiedad privada de los medios de producción aparece como el demiurgo de la alienación, de la sujeción, del vasallaje y sumisión de los trabajadores, la dominación y la explotación del hombre por el hombre. En este contexto se revela la inoperancia de la política en términos meramente formales. Sin embargo, el problema crucial para entender la cuestión de las clases sociales y la opresión política que le caracteriza (problema que tiene relación directa con la división social del trabajo) sólo aparece con fuerza en *El capital*. En Marx la teoría y la acción política están ligadas y fuertemente vinculadas no sólo a una evolución teórica, es decir, desde la teoría misma, sino que se articulan a las luchas cotidianas, las concretas y reales de los trabajadores en tanto conflagración por sus intereses de clase. A pesar que la *división social del trabajo* como eje central de la opresión y del conflicto, recién se plantea en *El Capital*, podemos rastrear sus fundamentos en obras relacionadas con el análisis de la fallida revolución de 1848 en Alemania y con la experiencia del bonapartismo, de la famosa *Comuna de París*, también en la directa participación de Marx y Engels en la organización de los trabajadores como clase a partir de la *Asociación Internacional de los Trabajadores* y en la llamada *Liga de los Comunistas*. Desde el *Manifiesto del Partido Comunista* en adelante Marx plantea la política, y en primer lugar la lucha política por la libertad de los trabajadores, como articulación directa de la lucha de clases y así mantiene esta posición hasta el final. Por lo mismo, en su pensamiento y en su acción política no tiene cabida bajo ningún aspecto el reformismo que defiende el estatus. De lo que se trata es pensar pero también, a través de este pensamiento, transformar el mundo. Marx no puede afirmar la liberación del trabajador y del yugo de la explotación y de la dominación a que lo somete el Estado capitalista y sus regímenes, como una simple extensión de lo estatal, que coloniza la esfera de lo privado, o como una posible profundización de la

democracia bajo los términos de los dominantes. De acuerdo a esta postura la política en Marx no puede ser pensada, explicada ni menos desarrollada en la práctica sino sobre las bases determinantes de las contradicciones de clases, de la lucha por los intereses de las clases y sectores que las expresan, pero tampoco como una simple confrontación material de intereses en pugna. La política es ante todo acción, verbo en beneficio de la gestión pública del pueblo lo que implica cierto grado de organización y de conciencia política importante, o sea, que ideológicamente esa conciencia y organización le da sentido y una perspectiva histórica a la lucha para superar las contradicciones y avanzar en el fortalecimiento del proyecto político de la clase trabajadora. De ahí que en el desarrollo teórico- práctico del marxismo, en cuanto teoría-praxis política que combate por la imposición del humanismo, nada se puede dejar a la espontaneidad de los trabajadores. Se requiere gestión democrática y conciente de los asalariados a partir de la creación del *poder popular*. La lucha de clases y la acción política del trabajador, el verbo y el arte posible que conjuga las mejores formas de gestión, se articulan a la dinámica de *las relaciones sociales de producción*, que es un concepto clave en el posterior elaboración de la categoría que reivindica el materialismo histórico. En una obra como *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, su importancia, radica precisamente en que constituye un auténtico y real paradigma de desarrollo del régimen dominante que controlan a la mayoría. En ese caso en particular, el llamado *bonapartismo*, que es tipificado por Marx por su militarismo, por su autoritarismo y por su caudillismo, con base social de apoyo en la pequeña burguesía campesina, se convierte en defensor de intereses, formas de vida y acciones en favor de la gran burguesía que así busca expandir el capitalismo en esa hora temprana. La lucha de clases y su reflejo político es descrito y analizado minuciosamente por Marx mientras evidencia la relación que se presenta entre la dialéctica-histórica, lo lógico e histórico. Es esta relación la que diferencia en sus fundamentos al marxismo del análisis histórico a partir de términos de la cultura dominante.¹¹

Es necesario con Engels aclarar el sentido de lo que Marx descubrió como leyes de la sociedad que, a su vez, descifran el enigma de lo político y sus manifestaciones. En relación a este tema Engels nos plantea a través del Prólogo a la tercera edición alemana de 1885, de *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*:

“Fue precisamente Marx el primero que descubrió la gran ley que rige la marcha de la historia, la ley según la cual todas las luchas históricas,

¹¹ Mientras en el *historicismo* lo definitivo es la idea, la pasión y los personajes, en el análisis marxista- el 18 Brumario es testigo concreto de esto- lo que importa para una correcta caracterización del tiempo histórico en cuestión, son los hechos políticos y sus determinaciones objetivas. Por lo mismo, Marx, al analizar el caso del régimen bajo la conducción de Luis Bonaparte, toma distancia del análisis tradicional.

ya se desarrollen en el terreno político, en el religioso, en el filosófico o en otro terreno ideológico cualquiera, no son, en realidad, más que la expresión más o menos clara de la lucha entre clases sociales y que la existencia y por tanto también los choques de estas clases, están condicionados, a su vez, por el grado de desarrollo de su situación económica, por el carácter y el modo de su producción y de su cambio condicionado por ésta (...)"

En este párrafo se vislumbra con bastante claridad que el trasfondo de la acción política y de la política en el sentido de la *(r)evolución permanente* es la forma como en cada régimen político se desenvuelve la lucha de clases, presupuesto y principio que fue planteado por Marx- Engels en el *Manifiesto del Partido Comunista*, cuando proclamaron que:

“La historia de todas las sociedades hasta nuestros días es la historia de la lucha de clases. Hombres libres y esclavos, patricios y plebeyos, señores y siervos, maestros y oficiales, en una palabra: opresores y oprimidos se enfrentaron siempre, mantuvieron una lucha constante, velada unas veces y otras franca y abierta; lucha que terminó siempre con la transformación revolucionaria de toda la sociedad o el hundimiento de las clases en pugna”.

Desde esta nueva perspectiva, Marx no entiende la política, lo que hoy entenderíamos como arte de poder de los dominantes o arte de lo posible y de resistencia del trabajador, como intriga de palacio o conspiración a través de sectas clandestinas. Antes bien, Marx entiende la política como lucha abierta del trabajador por su interés, trabajador en tanto clase social- histórica en tanto llamada a protagonizar el cambio en favor del fin de la explotación. En ese contexto, los trabajadores necesariamente se organizan políticamente y se entrelazan al orden social existente. De allí que, en el *Manifiesto del Partido Comunista*, con su tono de proclama y de agitación política, en cuanto que precisamente es un manifiesto, él termine con una exhortación a derrocar a la burguesía y llevar a cabo la revolución comunista, como la tarea política de la clase trabajadora, como su misión histórica. Lo que quieren decir Marx y Engels, ya en 1848, fecha de la publicación del Manifiesto, es que el pueblo si quiere estar a la altura de la historia tiene que despojarse del ilusionismo constitucional que caracteriza al reformismo de esa época y nuestra realidad, y de todo cretinismo constitucional, que solamente es capaz de ver en la figura abstracta- universal del ciudadano y sus derechos políticos la panacea- el paraíso de los derechos humanos en la tierra-, como si con eso se pueda suprimir la asimetría de las relaciones sociales del Estado capitalista. Lo que en ningún momento tenemos que olvidar (si queremos dar un paso más allá

del reformismo, hacia el reformismo radical) es que la manera jurídica del sujeto de derecho como libre e igual, es una definitiva expresión de la forma del *valor de cambio*, del fetichismo mercantil y, por ende, de la legitimación que está articulada a la legalidad, y viceversa, o sea, que en el *positivismo legalista* de la modernidad capitalista el derecho actúa como una apariencia burguesa de la política y la política como formato ilusorio de la razón, pero ambos son discursos ideológicos con respecto a las contradicciones de clase al interior del Estado capitalista. Por lo mismo, bajo el régimen de Bienestar, el neoliberalismo o cualquier otro régimen a través del cual se manifieste el capitalismo, en éste siempre persisten antinomias ideológicas y culturales de la política, tales como la legitimidad e ilegitimidad, el derecho y la violencia, los representantes y representados, la democracia (...) Marx deja tras de sí el reformismo como fin y madura la idea de una *(r)evolución permanente*.

A modo de resumen, lo que hace Marx es apartarse de cualquier punto de vista o estrategia política que caiga en el idealismo o realismo ingenuo en el que tanto nos insisten los sectores neoliberales en su proceso de dominio y arraigo. Para el padre del socialismo científico la acción política no es una lucha de ideas por desarrollar determinadas formas de gobierno, porque lo central del régimen como manifiesto de los intereses del Estado capitalista sea una democracia abstracta, en la medida de lo posible o dictadura militar es ser una forma de control político del *capital* sobre la *fuerza de trabajo*, en donde la “democracia”, por más representativa que sea, por más moderna, parlamentaria o constitucional, al final todas son formas regulares, naturales y normales de dominación de los sectores burgueses sobre los trabajadores. De ahí que Marx piense la política en términos de superación de lo político en el sentido del reformismo como final, ese reformismo que se entiende, se piensa y despliega como falsa universalidad de los ciudadanos, como ese tipo de representación que caracteriza a la democracia sin sustancia real alguna y que se funda en la racionalidad dominante de lo político, o sea desde la orilla de lo jurídico, con lo que el trabajador queda fuertemente limitado en cuanto a su protagonismo histórico, es domesticado a partir de los paradigmas y las parábolas dominantes. Precisamente a partir de la experiencia revolucionaria de la *Comuna de París*, Marx nos va a insistir en la superación de la política en su sentido burgués, en esa política definida solo como representación y delegación de funciones y del poder, como forma de superación de la manera jurídica burguesa y su forma de régimen político. Al respecto, Marx, al elaborar con fecha del 18 de marzo de 1872, las *Resoluciones del mitin convocado para conmemorar el aniversario de la Comuna de París*, de 1871, señala:

“El mitin convocado para conmemorar el aniversario del 18 de marzo de 1871, ha adoptado las siguientes resoluciones:

I. Considera que el glorioso movimiento iniciado el 18 de marzo es la aurora de la gran revolución social llamada a liberar para siempre a la humanidad de la sociedad de clases.

II. Declara que las necesidades y los crímenes de las clases burguesas, coligadas en toda Europa por su odio hacia los trabajadores, han condenado la vieja sociedad a la muerte, sean las que sean las formas de gobierno, monárquicos o republicanos.

III. Proclama que la cruzada de todos los gobiernos contra la Internacional y el terrorismo, tanto de los asesinos de Versalles como de sus vencedores prusianos, prueban la inanidad de sus éxitos y afirman que tras la heroica vanguardia destruida por las fuerzas mancomunadas de Thiers y de Guillermo se encuentran el amenazante ejército del proletariado universal”.

En esos puntos están los aspectos de como Marx entiende la política y la práctica revolucionaria que transforma el mundo a favor del trabajador. Es decir, a partir de este texto se entiende mejor la naturaleza de la práctica revolucionaria de acuerdo al padre del socialismo científico. Marx ve en la experiencia de la Comuna de París *la aurora de la gran revolución social* y no simplemente la revolución política al modo reformista, porque de cierta manera ésta ocurrió con las revoluciones que impusieron el dominio de los burgueses. Es así como en la revolución francesa se proclaman o se declaran los derechos del hombre, la libertad, la igualdad y fraternidad, todos valores que enuncian la liberación política de la Humanidad pero como una simple libertad jurídica y de igualdad ante la ley- que en todo caso no es menor si consideramos la situación de la mayoría en la época feudal y en la monarquía en general- pero no tiene intención alguna en una real emancipación política del trabajador. Los objetivos y fundamentos de la revolución francesa quedan limitados por una emancipación política incapaz de plantear la liberación social, es decir la redención de toda forma de dominación y de explotación. Pero, es precisamente hacia ahí donde apunta el sentido de revolución social en tanto que se plantea como superación de toda mediación política- jurídica entre los hombres, por cuanto ya no se requiere de ello, en la medida en que el Estado capitalista con su lucha de clases es así superado. Del texto anterior también se deduce la idea y la denuncia de que cualquiera sea la forma de gobierno, esta es una manera más del control político que una clase social ejerce sobre otra, aún en el régimen más democrático y republicano, pues aún en un *gobierno de leyes* y no de hombres, y todavía en un *Estado de derecho* la burguesía domina y explota al trabajador en propio beneficio. Por último, está la noción que el proletariado es un *ejército universal* y no simplemente una *montonera electoral*, es una clase social que lucha por su manumisión y no un simple frente político que busca mejorar las condiciones de vida de la

mayoría auspiciada a partir de la lógica dominante. Entonces, para Marx la *(r)evolución permanente* es la lucha misma, es el batallar y el confrontar, es cambio y es transformación política y revolucionaria de los trabajadores que entraña violencia por la resistencia *criminal* de la burguesía. Si seguimos el análisis lógico del autor vemos que lo político es una esfera del poder lo que significa que éste es control y dominación porque habitamos un Estado que se rige por una sociedad basada en diferencias de clases. Sin embargo, en ese contexto, siempre en la medida que se impone la movilización y la lucha por la defensa y reivindicación del interés de la mayoría, se genera la extinción del derecho y del Estado capitalista y, en consecuencia, de la forma en que se manifiesta lo político y las relaciones sociales que sostiene de manera que, de ahora en más, esas mismas relaciones sociales fluirán transparentemente sin necesidad de falsas mediaciones que tienen que ver con el dinero, el derecho, con el saber, la cultura dominante, etc. Llegados a este punto parece central confrontar estos paradigmas- fundamentales para el marxismo como praxis de transformación del mundo- con la historia y realidad del hombre. ¿Es esto una hipótesis científica, es una conjetura refutada por la experiencia histórica que demostraría la inoperancia del marxismo en tanto pretende ser una praxis de la *(r)evolución*? Me parece que la definición de lo político en Marx (en el sentido que es poder y dominación y que por lo tanto para superar ese estado de la cuestión es necesario ir más allá del reformismo en tanto que lo político reivindica las contradicciones de clases y la lucha en ese sentido) es correcta y eso queda demostrado por la experiencia del socialismo real que queda preso de ese reformismo. Del fracaso de los llamados socialismos reales, en tanto son presos de este reformismo conservador sustentado en la primacía del derecho a la propiedad y por tanto de una errada definición de lo político en términos marxistas, dan testimonio la restauración del capitalismo en la ex Unión Soviética y, a su vez, la diferente pero también restauración del capitalismo en China, todos hechos que nos terminan por demostrar que en lugar de languidecer el Estado y ser absorbido por la sociedad civil, ocurrió todo lo contrario. Fue el régimen del socialismo real, con su planificación centralizada y su burocracia, la que absorbió cada una de las organizaciones sociales fortaleciendo de esa forma el autoritarismo del Partido- Estado. *De todo el poder para los soviets* se pasó a la dictadura del Partido- Estado y de ésta a la del Comité Central de manera que la tragedia de lo político se cierra con dictadura y el culto a la personalidad. Todavía más: habría que decir que el *socialismo real* en tanto reivindica, arraiga y consolida la acumulación privada del capital, plusvalía de la que al final se adueña una élite burocrática y estalinista en el poder, que controla la sociedad y su modo de producción, de circulación y de distribución de las mercancías, también es un régimen capitalista. De ahí su fracaso histórico.

En ningún momento Marx reduce lo político a una cuestión de puro determinismo económico como sí lo hizo el socialismo real impuesto por la fuerza de las bayonetas. Tampoco Marx acepta el entendimiento del mismo en términos puramente voluntaristas, así sea de clase: no hay posibilidad de reducir lo político a un economicismo estrecho porque, en el entendimiento que la lucha es por la transformación de la realidad del trabajador, no basta con una disputa económica, esa que se libra a diario por la supervivencia de los trabajadores, por mejorías menores de la situación cotidiana, porque ese combate al final, si bien es importante, es solamente de resistencia, es por las reformas laborales en las condiciones de trabajo y salariales que no colocan en duda la lógica del Estado capitalista y su régimen. En este orden de ideas, para Marx la lucha económica es reformista, no es en sí misma parte íntegra de la *(r)evolución*, porque, de una u otra manera, hay que rebasar, superar este estado del combate, para que ella adquiera la connotación política. Acá estamos en un punto central para entender el carácter bien revolucionario del marxismo porque, en la medida en que la obra de Marx madura, no es sólo la lucha contra la propiedad privada como origen de la desigualdad entre los hombres, lo que tiene como horizonte el movimiento comunista y en lo cual se relaciona con Rousseau, sino que el Marx de *El capital* piensa la génesis de lo político y de la lucha de clases desde una matriz más materialista y así capta la política y la división de las clases y sus luchas *allí donde nace*, es decir, en el seno de la división del trabajo y en los inevitables mecanismos políticos, jerárquicos, autoritarios y disciplinarios de poder que ello genera y rige para los trabajadores: no es suficiente una política de socialización de los medios de producción y la anulación de la propiedad privada, instaurando de ese modo una economía centralizada, para creer que la brutal explotación del capital sobre los trabajadores y la propia división de clases que ésta genera podrían eventualmente desaparecer. En realidad, el fracaso del socialismo real así lo atestigua porque la burocracia del Partido- Estado sustituyó a la burguesía, en tanto la apropiación del excedente de trabajo no se genera por vías jurídicas, sino también por vías de hecho. Por lo mismo, una correcta visión sobre lo político en Marx nos muestra la importancia de la distinción entre la propiedad jurídica formal, abstracta y la propiedad económica real. La conquista del poder político por parte de los trabajadores es una tarea urgente y bien necesaria, es incluso revolucionaria cuando se plantea bajo los términos de gestión y creación de cultura y poder popular, pero incluso este hecho no garantiza por sí mismo el éxito de una *(r)evolución permanente*, porque es necesario profundizar en ella, o sea, en este cambio de estructuras que busca alterar en favor de la mayoría las relaciones sociales de producción que a su vez busca disminuir y bajo ningún aspecto ampliar la división social del trabajo, que es la fuente de reproducción de la diferenciación de clases. Aunque Marx no elaboró de manera sistemática una teoría sobre la transición

de la sociedad de clases a una sin éstas (desde el capitalismo al socialismo y de éste al comunismo) porque siempre fue enemigo acérrimo de cualquier especulación utópica sobre el futuro, sin embargo, en algunas obras como la *Crítica del programa de Gotha*, que fuera escrita en 1875 y donde Marx arremete contra el reformismo lasalleano y el fetichismo constitucional, nos deja una serie de valores muy importantes en cuanto al problema de la teoría de una transición desde el socialismo al comunismo que se define como un probable tránsito a una sociedad más justa, como si el marxismo en realidad fuera una especie de iusnaturalismo cuyo objetivo sería la idea metafísica de justicia o el Estado democrático. De hecho, lo que hace Marx es arremeter con toda la energía que lo caracterizó contra estos prejuicios. Al hablar del problema de la distribución de las riquezas en la sociedad futura, nos advierte en la *Crítica del programa de Gotha* que:

“De lo que aquí se trata no es de una sociedad comunista que se ha desarrollado sobre su propia base, sino de una que acaba de salir precisamente de la sociedad capitalista y que, por tanto, presenta todavía en todos sus aspectos, en el económico, en el moral y en el intelectual, el sello de la vieja sociedad de cuya entraña procede... Pero, en lo que se refiere a la distribución de éstos entre los distintos productores, rige el mismo principio que en el intercambio de mercancías equivalentes: se cambia una cantidad de trabajo, bajo una forma, por otra cantidad igual de trabajo, bajo otra forma distinta.

Por eso, el derecho igual, sigue siendo aquí, en principio, el derecho burgués, aunque ahora el principio y la práctica ya no se tiran de los pelos, mientras que en el régimen de intercambio de mercancías, el intercambio de equivalentes no se da más que como término medio y no en los casos individuales. A pesar de este progreso, este derecho igual sigue llevando implícita una limitación burguesa. El derecho de los productores es proporcional al trabajo que han rendido; la igualdad, aquí, consiste en que se mide por el mismo rasero: por el trabajo. Pero unos individuos son superiores física o intelectualmente a otros y rinden, pues, en el mismo tiempo, más trabajo, o pueden trabajar más tiempo; y el trabajo, para servir de medida, tiene que determinarse en cuanto duración o intensidad; de otro modo, deja de ser una medida. Este derecho igual es un derecho desigual para trabajo desigual...

En el fondo es, por tanto, como todo derecho, el derecho de la desigualdad. El derecho sólo puede consistir, por naturaleza en la aplicación de una medida igual; pero los individuos desiguales (y no serían distintos individuos si no fuesen desiguales) sólo pueden medirse por la misma medida siempre y cuando que se les enfoque desde un punto de vista igual, siempre y cuando que se les mire en un aspecto determinado; por

ejemplo, en el caso concreto, sólo en cuanto obreros y no se vea en ellos ninguna otra cosa, es decir, se prescindiera de todo lo demás... Pero estos defectos son inevitables en la primera fase de la sociedad comunista, tal y como brota de la sociedad capitalista después de un largo y doloroso alumbramiento. El derecho no puede ser nunca superior a la estructura económica ni al desarrollo cultural de la sociedad por ella condicionado ”.

De lo anterior llegamos al punto de que el aspecto problemático por el cual es necesario interrogarnos y que así se reveló históricamente, es cómo suprimir las clases sociales, si se hace urgente el desarrollo de las fuerzas productivas, cómo evitar las profundas desviaciones del productivismo y los estímulos al trabajo calificado en la lucha por la construcción de un Estado y un régimen que vaya más allá del capitalista, sin caer en el tecnocracia y en una nueva diferenciación de clases que se establece por la apropiación por vías de hecho, aunque no legales, del excedente económico por parte de los burócratas del Partido- Estado, como pasó en el socialismo real. Para decirlo en otros términos: el problema de superar lo político y lo jurídico en tanto son mediaciones abstractas y formales entre los agentes de la producción y entre las clases sociales y los sectores que responden a esos intereses, pero que en el discurso político-jurídico formal se invisibilizan, al tomar la forma del ciudadano y del sujeto de derecho, siempre supuestamente libre e igual, y que implica la necesidad por parte de los trabajadores de construir un nuevo Estado y un régimen político que va más allá del automatismo del mercado. El objetivo es la construcción de un Estado y un régimen político que no esté mediado por el dinero ni por lo jurídico bajo los términos dominantes. Es decir, en la sociedad ideal, la progresiva, en el comunismo o, mejor aún, en el modo de producción comunista, lo que se organiza es la comunidad, la que en este estado supera la constitución recreadora del lazo del dinero y el lazo jurídico como factores necesarios del vínculo social típico del capitalista. Es en ese preciso sentido que Marx critica el derecho de dominante, su cultura y su lógica que fundamenta una praxis de distribución que el mismo regula. El Estado capitalista, que elevó la prestación a principio distributivo, entonces queda preso en la contradicción del derecho igual que se transforma ahora en derecho de desigualdad por lo que hay que ir más allá del reformismo y las formas jurídicas abstractas e inexactas de los dominantes para resolver esas contradicciones. Eso conduce a la *(r)evolución permanente*, ni más ni menos. Una repartición justa es, pues, sólo posible cuando se pone en práctica el principio, largamente anunciado por el propio Marx, de *a cada uno según sus necesidades*. Para entender la concepción marxista de la justicia hay que analizar la diferenciación sistemática y la relevancia del concepto *prestación* y *necesidad*, entendidos de ahora en más como principios de distribución de las riquezas. Su sentido y su alcance son los que iluminan sobre el problema,

que fuera planteado por Marx, de la realización en la sociedad humana, no sólo de manera formal, sino también material, de la exigencia de igualdad de condiciones para todos o, en otros términos, el problema de una igualdad pensada en sentido humanista en cuanto contenido epocal de la cuestión de la justicia material. Para entender de lo que hablo aclaro que en este punto que no se trata del universo de las necesidades, no se trata solo de obligaciones al modo del derecho de los dominantes, sino de deseos, carencias y del impulso natural- social a satisfacerlas. Por otro lado, esas necesidades y carencias, deseos e impulsos no son tan fácilmente susceptibles de medida ni siquiera de definición (no es lo mismo las necesidades y deseos básicos a partir de la razón dominante que bajo los paradigmas del humanismo) pero el problema queda resuelto en la medida que la gestión de los trabajadores bajo las tesis del marxismo reivindica los bienes, los servicios, las necesidades, los deseos y las carencias de la mayoría como lo que son a saber, como *valores de uso* y no como *valores de cambio* para desde ahí, desde esa lógica revolucionaria, superar la división social del trabajo como fundamento de la reproducción de las clases sociales bajo el Estado capitalista. En este momento estamos bajo la convivencia de un Estado y un régimen que no requiere de mediaciones como el derecho y la política en el proceso de apropiación del producto del trabajo porque ningún grupo en particular se beneficia parasitariamente del trabajo de los otros.

La definición marxista del derecho.

En los artículos anteriores vimos como Marx intenta ir más allá de lo político y del derecho en el sentido burgués. Como, a través de la crítica y la denuncia batalla a muerte, con toda su fuerza, contra el reformismo político, abstracto, impreciso, formal e indefinido, que defiende el interés del Estado capitalista, que también pretende seguir siéndolo. La teoría marxiana del derecho y la justicia no es tanto una teoría crítica del derecho y de la justicia, cuanto más bien es una crítica del derecho y la teoría de la propia justicia. En todo caso, está claro que Marx no procede de manera que presuponga una forma universal y eterna de la justicia, para la cual bastaría fuese ideado otro contenido normativo respecto de ella. El asunto es que esta forma universal y eterna de justicia y del derecho, que es característica de la razón dominante, está en clara contradicción con las necesidades de transformación del mundo para mejorar la calidad de vida del trabajador (que precisamente es lo que se propone Marx) porque ese sentido contradice de la peor forma, afecta y entra en contradicción con ciertas categorías marxistas centrales en el proceso de creación y defensa de la teoría y praxis revolucionaria. Esa idea de justicia y sus abstracciones se contradice con la idea de las *relaciones de producción*, con la idea de *formación económico-social* o de *abstracción determinada*

que compone aquella óptica general desde la que es necesaria considerar el problema del concepto del derecho y de justicia en Marx. En Marx no puede existir ni un concepto omnicompreensivo de derecho (que sea auténtico, real y válido) para las diversas formaciones económico-sociales, menos una justicia abstracta porque ésta es expresión concreta de la forma en que se manifiesta, se expresa y desenvuelve la lucha de clases al interior del régimen. Es decir, no es lo mismo los fundamentos del derecho y la idea de justicia bajo un régimen feudal, con sus bufones, su rey y monarquía hereditaria, que bajo un Estado capitalista también con su ley, sus bufones y códigos, donde todo es más simulado a través del dominio ejercido desde la racionalidad dominante y construido desde las instituciones de secuestro del hombre. Marx no acepta la idea del derecho como abstracción porque, en primer lugar, a través del materialismo histórico y dialéctico del que es autor primero junto a Engels, supera teórica y epistemológicamente el idealismo, a Hegel y a los suyos, a Platón, a Aristóteles y a toda la tradición filosófica anterior y posterior al padre del socialismo científico. En ese sentido, Marx batalla contra la idea del hombre que queda escindido de su condición natural y material en la producción mercantil reivindicando la materialidad de las condiciones de vida de los trabajadores en tanto que en este mismo proceso mercantil son considerados solo bajo el rol de mercancía que crea valor a favor de la acumulación privada de capitales. Esa postura ante las necesidades concretas de los hombres, y la consiguiente crítica al idealismo y sus puntos de vista, lo conduce desde la teoría de la alineación a la del fetichismo de la producción mercantil donde se nos revela en todas sus consecuencias el concepto falso del derecho y justicia que sostienen los grupos de interés dominantes como expresión de la clase que también domina: esta justicia busca tergiversar la relación que se produce en el Estado capitalista entre la *fuerza de trabajo*, en tanto que es una *mercancía* que crea *valor*, y la *acumulación privada del capital*. La teoría de la *fetichización de las mercancías* termina de una buena vez con el derecho e idea de justicia del Estado capitalista en tanto nos revela esta fraudulenta relación de igualdad, en tanto la mercancía *fuerza de trabajo* como *valor de cambio* toma total autonomía y cosificación frente al sujeto productivo, pues la subsunción total del trabajo abstracto al capital se da en la medida en que se profundiza el automatismo y libertad del mercado. En el afán de cambiar la realidad del pueblo, realidad signada por la explotación del hombre por el hombre que a su vez se basa en la acumulación privada del capital y sus intereses, es bien necesario superar el mercado y la lógica de las relaciones de producción que fundan la estructura institucional y lógica del Estado capitalista. Es necesario- siempre en ese afán de cambio- superar la relación salarial básica que se establece entre el intercambio de la fuerza de trabajo y la acumulación privada del capital. Así, la transformación pasa por la más profunda (*r*)*evolución* de todas las condiciones sociales, las políticas,

las culturales y económicas. Pasa por alterar, modificar, perturbar y remover las relaciones de producción auspiciadas por el Estado capitalista, por sus estructuras, incluidas el derecho, la justicia y lo político, y no por un simple abolición de diversas relaciones de propiedad; la cuestión es cómo consolidar la transición del Estado capitalista a la (*r*)*evolución* que permanece sin caer en los trágicos retrocesos que caracterizaron a los socialismos reales.

Una primera acción en ese contexto es reivindicar el derecho a la vida como origen del cambio a partir de la participación, de la movilización y de la gestión popular de la agenda pública que de ese modo ataca con la acción de los trabajadores el burocratismo, el ropaje y las máscaras con las que se cubre el Estado capitalista; entre éstas se incluyen por supuesto las formas jurídicas y políticas de la propia representación formal que caracteriza a los regímenes defensores del Estado capitalista. En ese sentido, el marxismo nos plantea la gestión democrática de la agenda de gobierno, de la definición y la eventual resolución de los temas relativos a las necesidades más concretas de los trabajadores para, a partir de ahí, militar a favor del derecho a la vida como máxima rectora de un régimen más justo, equilibrado y en conjunción con los intereses de los trabajadores. Una gestión democrática que así, y de manera definitiva, puede sortear los vicios relativos a la imposición del socialismo real que primó en épocas anteriores y que tanto daño hicieron al proceso de emancipación del trabajador. Una cuestión que me parece clave en relación al derecho y la justicia en la teoría de Marx es el tema del Estado y de su probable extinción en el sentido que una errada interpretación de ésta es la que nos condujo, entre otra serie de múltiples factores, a la implantación y posterior caída de los socialismos reales y sus falsas dotes de libertad, de justicia, de solidaridad e igualdad. La discusión sobre el inexacto fracaso del marxismo a partir de los '90 donde precisamente como consecuencia de la caída del socialismo real empieza el reinado neoliberal que posteriormente es vilipendiado por sus múltiples dramas, también tiene relación directa con la errada interpretación de la hipótesis de la extinción del derecho y del Estado en el comunismo, donde no existirá la explotación de los trabajadores, ni la diferenciación y lucha de clases porque toda forma de opresión desaparece bajo la gestión popular. El problema es que la historia del hombre a partir del siglo XX nos muestra que este hecho de extinción del Estado y consolidación del comunismo al modo en que Marx lo entiende no tiene ningún grado de verificación empírica, sino que, muy por el contrario, se impuso la fracasada construcción del socialismo real donde el Estado continuó siendo de carácter capitalista (en el sentido de acumulación privada de capitales y en el sentido de que aún el régimen de los soviéticos se basó en la primacía del derecho a propiedad, lógica que responde al capitalismo) por lo que la liberación del hombre se volvió una utopía reaccionaria. En este contexto, la normatividad positiva de la ley, en aplicación muy coactiva, se redobló y se fortaleció con

lo que la emancipación de los trabajadores fue un concepto más de una razón fuertemente conservadora que accionó contra el derecho de las mayorías. La burocracia se amparó en la ley, en la legalidad del régimen soviético que solo buscó ocultar las irracionalidades del régimen y así poder seguir disfrutando de privilegios inaceptables cuando se trata de construir un régimen inclusivo. El problema de fondo del socialismo real es que se basó en la falsa hipótesis de que el socialismo tenía que entenderse como tránsito al comunismo, es decir, a la sociedad sin clases sociales, a través de un tránsito desde la simple administración de las personas, que es típica del Estado capitalista en tanto define a los hombres y lo piensa como mera mercancía, a la administración de las cosas; de este modo en el proceso fortalece una economía planificada que implicó la desfiguración del sector público en clara dirección al régimen totalitario. Para Marx como para Engels, lo político y lo estatal están ligados a los conflictos entre clases sociales, a su visión de las cosas e intereses y por eso son expresión de las formas de dominación típicas del Estado capitalista que, en la medida y forma que logra racionalizar sus posturas ideológicas, a su vez logra que estas formas de dominación (por ejemplo, las instituciones que secuestran el tiempo y la vida de los hombres para insistir en su rol de simples mercancías) sean absorbidas por la sociedad civil de manera que el trabajador no coloque en duda la relación básica de falsa igualdad que hay en el intercambio entre la *fuerza de trabajo* y *capital*. Sin embargo, siempre está la posibilidad del cambio en la medida que los trabajadores puedan disputar organizadamente con el objetivo, al menos como utopía, de construcción de la sociedad donde desaparece la explotación, la desigualdad, la injusticia y el derecho bajo los términos de los dominantes, para dar paso a una comunidad libre, humanista. Ahora bien, que esto pueda ser real, científico o no, que sea una utopía conlleva una discusión sin fin aunque tenemos que considerar que la utopía es un ideal concreto en el sentido que señala el camino, que define los lineamientos básicos de la *(r)evolución permanente*.

A pesar que la validez o no de la construcción de un Estado y régimen que va más allá del capitalismo es central para una sustancial mejoría de las condiciones laborales de los trabajadores que se relaciona directamente con su condición de vida, a pesar que podamos colocar en duda la validez o la utilidad de la utopía- que en mi caso personal me parece totalmente concreta, real y racional en la medida en que se convierte en una herramienta en favor del cambio social que busca el bien común- el punto es, al menos, retrotraer a Marx a sus condiciones de análisis, a sus posturas ideológicas, estratégicas y políticas y no presentarlo haciendo una defensa en abstracto de la justicia, del derecho y de la “democracia” que nunca profesó: siempre militó en favor de la democracia en términos populares, sistema en el cual el protagonismo del trabajador como núcleo del desarrollo de una mejor sociedad es fundamental. Si bien para Marx, era cada vez más claro el carácter complejo y tortuoso de

la transición del Estado capitalista al socialismo y de éste al comunismo, no se trató nunca de un evolucionismo simple; por paradójico que parezca, la superación de lo político pasa por intensificar la batalla y lucha política, por recuperar el rol de la política como acción transformadora, como politización de los problemas colectivos de los trabajadores, en tanto que esa disputa lo es entre los múltiples intereses de clases sociales. Es así como casi tres decenios después de haber escrito la *Miseria de la filosofía*, Marx ahora tiene cada vez más claro el carácter de clase del Estado capitalista y la urgencia de la (*r*)*evolución permanente* para romper de manera definitiva con el control, la dominación política, social y económica del trabajador que se basa en la explotación de la mercancía *fuerza de trabajo* en favor de la acumulación privada del capital.

La teoría de la alienación de Marx, el lenguaje y el poder.

Empiezo este artículo preguntando si es correcta en el tiempo actual la *teoría de la alienación* de Carlos Marx. Esta teoría del padre del *socialismo científico* (llamado de esta forma porque con su racionalidad combatiría al *socialismo utópico* de esa época, una especie de reformismo que no condujo a nada y que solo fue una anécdota en la historia del saber del hombre) nos señala que la alienación del hombre es resultado sistémico de la naturaleza del Estado capitalista mediante el que el pueblo pierde invariablemente el control de su destino, de sus sueños porque quedan sometidos al dominio de la burguesía a partir de que esta clase social es la que controla los medios de producción que, siempre bajo los parámetros de la maximización de la tasa de ganancia del capital, se desarrollan para extraer el máximo valor posible de plusvalía dentro del estado de competencia de los sectores industriales. Respondiendo a la pregunta inicial me parece que la *teoría de la alienación* de Marx, en los países donde todavía perdura el neoliberalismo, es una teoría no solo válida sino vigente y actual. La *enajenación* de los trabajadores en los términos que la teoría de Marx lo plantea es exactamente lo que lograron hoy los mercados capitalistas basados en el automatismo de éste, en aquella libertad irrestricta del mercado que les da licencia para matar y hambrear a contingentes cada vez mayores de hombres por el mundo. Un reflejo de como el automatismo del mercado redefine el sistema comercial globalizado es la manera que se encuentra organizado. Estos mercados y su lógica exportan el valor de la *mano de obra* al licitador mundial más bajo. Este proceso de exportación a su vez es quien aplasta el poder de negociación y protagonismo de los trabajadores en otras zonas del sistema comercial global y nos conduce a un proceso de fuerte precarización del empleo de quienes todavía tienen el privilegio de conservarlo. En ese contexto, permanentemente se amplía sin ningún control un sector social de trabajadores ahora muy empobrecidos que

con su trabajo no pueden satisfacer necesidades básicas mínimas. A pesar de todo eso, el debate político sobre una mejoría del nivel de vida del pueblo, que se traduce en acceso a salud, educación, vivienda o trabajo de cierta calidad, sigue ausente de los foros internacionales que representan el modo de vida y los intereses de los centros globales del poder. Simplemente es deplorable que la *teoría de la alienación* de Marx tenga sus méritos en el sentido que nos describe la realidad de los trabajadores actuales. El Estado capitalista hoy, una vez que estuvo en condiciones de fijar las reglas de la convivencia social, las formas del desarrollo y del progreso, la lógica y las razones que hacen a su núcleo, aplastó los sueños de los trabajadores. Así, las demandas por una sustancial mejoría de las condiciones laborales, que está asociada con una mejoría directa de la calidad de vida del mismo, se hace urgente.

Esta cuestión se basa además en un tema profundamente cultural que como todo saber implica el poder de dominio y de resistencia de acuerdo al caso al que nos referimos. De hecho, el lenguaje crea la realidad, el mundo, diseña la manera de comprender nuestra condición de hombre y la trama de las relaciones sociales. Tratar de huir de las palabras, de ideas y conceptos, de esta red, de los valores y las crónicas, de la historia y sus mitos, la fábula, de las representaciones e imágenes, del sustantivo y del verbo que componen la experiencia humana es un gesto imposible. Es un esfuerzo desmesurado que no conduce a ningún lugar, en realidad, conduce a la reivindicación de la cultura de los grupos dominantes que entiende y comprende solo a través de la *dominación-generalización de la mercancía*. La ceguera, que no deja de ser una constante de nuestros regímenes políticos neoliberales convertidos en escenarios telemáticos, de un caminar a tientas por un territorio que requiere de los sonidos y cánticos articulados de la gramática del poder para encontrar un sentido y no acabar naufragando en un desierto de ideas y significaciones incomprensibles para aquellos que desean, con fervor, que otros hablen, que otros le pongan el nombre a las cosas y que definan nuestras vidas a expensas incluso de sus propias vidas e intereses. Dejarse nombrar por los sustantivos, adjetivos, las proposiciones y preposiciones, por el verbo y la conjugación de la gramática del poder dominante es una manera de perder el uso libre del lenguaje, es desaprovechar la posibilidad cierta de construir un arte de poder de los trabajadores. Recuperar la memoria que se guarda en el arte de poder popular es el inicio de una (*r*)*evolución*, de la liberación de viejas y nuevas ataduras que combate para así hacerse permanente. Abrir las palabras para rescatar los sueños que se guardan en su interior constituye un increíble acto de reconstrucción y resistencia de la vida individual y colectiva, el punto de inflexión para entrar en la historia de la cultura y saber de los trabajadores. Algo de esto pasa cuando nombramos, con las palabras, con los sustantivos, las características y conceptos olvidados, vaciados o invisibilizados, lo nuevo

de una época que reinstala el sentido de otro régimen político, uno nuevo, que nunca dejó de habitar el lenguaje de una memoria de resistencia de los sectores populares.

Ya el viejo Kant, el filósofo de la paz perpetua, de la razón libre y de los imperativos categóricos, soñó la autonomía del hombre como un caminar sin andador que lo atara o señalara la ruta y como una apropiación crítica del lenguaje de la razón. Para él, como para otros contemporáneos de ese tiempo cargado de esperanzas de la mano de la propia revolución en ciernes, estaba amaneciendo otra historia, una nueva que habilitaría un decir renovado del mundo signado por la tolerancia, por la igualdad, la fraternidad y la libertad aunque después, bajo ningún punto de vista el liberalismo estuviera a la altura de las circunstancias. Lo que no vio Kant es que incluso en el interior de palabras tan venerables se esconden instrumentos del poder, del control del régimen y la violencia ejercida sobre los dominados que en este caso (de ahí la invialidad histórica del propio Estado capitalista) son las mayorías. La historia que vendría después en ese contexto no dejaría, como en el pasado, de recordarnos la fragilidad de las palabras a la hora de ser apropiadas por la ideología de la dominación que no fue capaz de defender los valores en que pretendió basar su régimen y su Estado. Entonces es cuando se revela la importancia del litigio por el sentido común que es una constante ahí donde la desigualdad e injusticia social persisten a pesar de todos en los asuntos del hombre. La verdad es que un análisis por lo demás no muy profundo de la historia del Estado capitalista nos muestra como ésta no resultó para nada amable con la mayor parte de las ilusiones del hombre, menos aún, con los que desde siempre soñamos con un Estado y un régimen político alternativo que sostenga un sistema justo, ilustrado, igualitario y democrático, pero que al final persiste detrás de esta historia del capital y de sus formas de dominio donde se revela la importancia del lenguaje y la gramática del poder a la hora de imprimirle a la realidad tal o cual perspectiva, tal o cual interpretación o, de modo más brutal, para determinar el ejercicio del poder y la producción intensiva del sentido común que estuviera capacitado para garantizar la acumulación del capital a través de la reproducción de hegemonía política-económica auspiciada por la élite en el poder. No hay, no hubo, dominación sobre la mayoría sin esa producción de ideología, de un lenguaje y gramática que articulara de una manera, que siempre se quiere absoluta, de pensar la verdad del hombre y la realidad social, económica- política. Tampoco hubo un cambio revolucionario que haya dejado intocado el lenguaje del régimen que supo cuestionar y superar. La caída del régimen antiguo se acompaña con la potencia de la invención gramatical- lingüística, con la emergencia de otras palabras y conceptos que nos hablan del mundo desde otra perspectiva, desde una visión que reivindica mejores condiciones de vida en el continuo devenir de la historia. Antiguos nombres son recuperados, son revitalizados,

son lanzados nuevamente al tragicómico escenario de las crónicas de la vida y la historia. Es por eso que la problemática alrededor del modo de decir y de significar el mundo consituye un eje de disputa que involucra el pasado, el presente y el futuro de la vida en comunidad. Por eso, también, carece de neutralidad la acción de ponerle nombre y características a las cosas, a las personas, a la civilización y su cultura. Quien nombra ejerce, de una o de otra manera, el poder. Hay, en la aventura del lenguaje, arbitrariedad y libertad, la intencionalidad y el azar, la violencia y la paz que al fin y al cabo constituye la gramática de poder del trabajador que resiste y de la élite que solo busca conservar el estatus quo.

Lo que intento decir es que la época hegemonizada por el ejercicio del poder por los neoliberales en defensa del capitalismo no es sólo producto de una transformación estructural de la vida económica del hombre sino que involucró, en no menor medida, una profunda mutación de los imaginarios culturales y saber del trabajador promoviendo nuevas formas de subjetividad que corresponden al abandono de las antiguas referencias y solidaridades del régimen de bienestar (como las funciones del sector público en relación a su intervención en el mercado, la centralidad del consumo y el ahorro popular como fuente de dinamismo de la economía, etc., que se ocupa y sostiene las políticas de industrialización, de inversiones en obra pública y redistribución de la renta y la riqueza) para reivindicar de ahora en más el neoliberalismo militante que viene a resolver la crisis de la caída de la tasa media de la ganancia del capital de la peor manera, a expensa del interés del trabajador y de las conquistas logradas hasta ese entonces, luego de décadas de lucha y de padecimientos. En ese porceso se implementó la más colosal planificación e inversión de valores tanto económicos como sociales, jurídicos, culturales y políticos del hombre echándose mano incluso de la violencia terrorista de las Dictaduras de Seguridad Nacional que nos siguen gobernando, de los golpes militares, de mercado o simplemente de la solución mágica propuesta por el neoliberalismo a través del automatismo de los mercados y de su religiosidad decadente. En ese contexto, basta con analizar algunas ideas neoliberales, de las que se nos ha imbuido en estas últimas décadas, hasta casi hacernos creer que no hay alternativa posible al mismo, para entender a cabalidad la falta de racionalidad del Estado capitalista y su neoliberalismo presente. La primera de éstas establece la existencia de una línea recta, sin desvíos posibles, desde la privatización de los sectores económicos estratégicos de un país hasta los avances consiguientes, y sin límite, del modelo de desarrollo. Se nos repite insistentemente, incluso de manera majadera, este axioma hasta considerarlo como ley natural, absoluta e inmutable. Y en medio de estos dos extremos de la recta de la evolución social y económica que supone este camino hay, por supuesto, algunas otras estaciones que nos llevan obligadamente de una a la siguiente. Así, el principio neoliberal completo podríamos resumirlo en una

secuencia parecida a la siguiente: la privatización de los sectores económicos estratégicos y de la vida de un país, provocará automáticamente la atracción de la inversión extranjera, con la consiguiente generación de los necesarios empleos, el consumo y el bienestar popular, creando todo ello un círculo virtuoso de aumento de las riquezas, que a su vez se traduce en una mejoría sustancial de las condiciones de vida de los trabajadores y de la lucha contra la pobreza y la disminución paulatina de ésta, provocando así un desarrollo ilimitado del país en cuestión. El asunto es que una vez más la realidad es la que se encarga de desmentir este postulado. Así, el complementario principio del neoliberalismo, según el cual mediante esa regla la generación de riqueza en la cúspide de la pirámide social debería alcanzar, digamos para producir el también irracional y falaz efecto del chorreo, es una mentira absoluta y más que evidente. De hecho, la riqueza no fluye hacia la totalidad de la sociedad, sino que se acumula más y más en sus estratos ya enriquecidos, a costa de los demás, traduciéndose en un ensanchamiento de la brecha de la desigualdad que hoy ya ni las propias escuelas del neoliberalismo se atreven a negar. De hecho, Chile con un régimen neoliberal bastante extremo, defendido por esa “democracia” en la medida de lo posible, siempre que sea tolerable para los patrones, es por ello el país más desigual del mundo.¹²

Otro principio central de este régimen dominante, que se ubicaría en el ámbito político, proclama por lejos a la democracia como el mejor sistema de convivencia en sociedad. Sin embargo, día tras día, nuestra realidad y vida cotidiana, nos muestra que ésta es meramente un discurso, donde no existen los derechos reales; es que todo se compra y se vende en los mercados y al mejor postor: quien no tiene recursos económicos para sanarse, para educarse

¹² ¿Porqué continuar con la legislación financiera aprobada en dictadura? ¿No deberíamos controlar el comercio exterior que se concentra en un puñado de empresas extranjeras? El asunto es que ahí nos remitimos a la nacionalización de la banca y del crédito; esto supone un enfrentamiento y disputa feroz con el poder económico-político que requiere constituir un sujeto social para sostener la lucha. Necesitamos asumir un nuevo rumbo modificando la ecuación de los beneficiarios y los perjudicados en el orden imperante.

En la era de la transnacionalización esto es un imposible porque a largo plazo generamos un proceso continuo de extranjerización y dependencia de la economía local al sistema comercial globalizado. La realidad es que el dólar tiene precio y su valor o el de la fuerza de trabajo, de los alimentos y servicios en el modo capitalista se dirimen en un mercado monopolizado por actores altamente concentrados en su poder y centralizados en sus intereses. Los pueblos pueden convalidar la situación o enfrentarla, lo que supone romper la lógica del capital para organizar un orden diferente al neoliberalismo, incluso anticapitalista. De eso se trata porque el capitalismo no es opción. Debemos enfrentar al poder todo el tiempo. Ahí es cuando se manifiesta en toda su gallardía la (*r*)evolución permanente que lo es no solo porque perdura en el tiempo, que se consolida digamos, sino también porque es una batalla que se libra todos los días y en cada espacio en que se manifiesta el dominio de una patronal que la mayor parte de las veces actúa desde las sombras.

o para jubilarse, etc., simplemente no se sana, no se educa ni menos se jubila. De esta forma y a pesar de ser negado en todos los ámbitos, podemos afirmar como una realidad que va imponiéndose que el neoliberalismo, como modelo de ordenamiento político, es claramente autoritario. El autoritarismo del que hago mención no sólo se percibe claramente en los golpes de Estado clásicos sino además en ciertos gobiernos que siendo en apariencia democráticos al final no lo son en absoluto. Me refiero a países como Argentina, como Chile o Colombia, donde las medidas de mayor control social o de los recortes en derechos políticos y laborales son una constante para, por ejemplo, facilitar la entrada y explotación de recursos naturales por parte de las transnacionales y precarizar así la vida de la población a través del despido masivo, de la quita de subsidios, de recorte de las pensiones, etc. Por supuesto, el ejemplo de manual al respecto es Chile donde la “democracia” en la medida de lo posible es la gran farsa a través de la cual el neoliberalismo nos impone sus puntos de vista, sus razones y convicciones. La “democracia” en la medida de lo posible es una “democracia” pactada por la élite en favor de sus propios intereses. Una “democracia” que será negociada para mantener la herencia de la dictadura, sus pilares, los que precisamente constituyen el neoliberalismo actual defendido por el duopolio y sus sicarios. De hecho, el neoliberalismo es tan antidemocrático que se fundamenta, se justifica y se defiende a partir de los valores y argumentos de la *Doctrina de Seguridad Nacional*: ejemplo al respecto es que ser opositor en esos países es peligroso, bastante grave. En realidad, el régimen tiene el derecho a definirte y tratarte como un terrorista y todo lo que ello implica. Hasta la vida puedes perder en una manifestación popular: los caídos en las marchas, en “democracia”, los torturados, aquellos abusados por las fuerzas de seguridad, la impunidad de las mismas, el apoyo irrestricto que reciben de los gobiernos neoliberales, etc., son una constante.

Capítulo 6: La cultura y el poder.

El miedo como expresión de dominio, la dialéctica y el poder.

Los oligarcas como genuinos representantes de los factores de poder dominantes usan y abusan del *miedo* como instrumento político de dominio y de control sobre el trabajador. Si analizamos la historia del hombre desde las épocas más remotas y antiguas, desde los primeros tiempos de la humanidad, la religión jugó un papel importante en la instalación del miedo con fines de someter. En la época de la independencia de nuestros países, por ejemplo, la iglesia difundía el miedo a los designios de los patriotas al mismo tiempo que pronosticaban múltiples castigos terrenales- celestiales a quien los ayudara sin considerar, bajo ninguna circunstancia, que fueron ellos mismos a través de su cruz, homilías, misas, mosquetes, torturas y espadas los que se habían convertido en el terror de los grupos aborígenes desde Colón para adelante. Si continuamos con ese análisis de la historia, de sus procesos y crónicas que a los ojos dominantes merecen considerarse como históricos, vemos cómo esos grupos de intereses abusan del miedo con una maestría espeluznante. De hecho, la forma más cruel, brutal, extrema y fanática de control del Estado capitalista, como el nazismo, centraron ese miedo en ciertos grupos sociales que así quedaron desprovistos de cualquier derecho o garantía constitucional. En base a esta lógica de los *amigos- enemigos*, de ningún derecho para el *enemigo* de la cultura dominante, en la Alemania de la época se aceptó la violación de los derechos de los judíos. Esa crueldad, en lugar de producir indignación, causó el alivio de ver la amenaza neutralizada por la lógica del nazismo. Respecto a Latinoamérica, durante la independencia era tal el grado de la crueldad imperial, que ser patriota justificaba la mayor atrocidad como la quema del acusado, su descuartizamiento, muchas veces incluso el patriota podía ser arrastrado por caballos o colgada su cabeza. Es la forma extrema y común de reacción de los grupos conservadores cuando perciben una real posibilidad de pérdida del control social- político sobre las mayorías, cuando ven en peligro la hegemonía de su cultura y saber. Por esto, la *(r)evolución permanente* siempre está sometida a una ofensiva productora de miedo, que siembra terror, anarquía. La ofensiva es nacional y global porque el imperio, los centros del poder que controlan el sistema comercial global no dan pasos en falso ni en el ámbito de lo político ni en lo cultural ni en ningún entorno. De ahí el análisis, el estudio profundo de la realidad a partir de la dialéctica marxista. Al respecto es frecuente citar el pensamiento de Gramsci quien nos dice: *lo nuevo que no termina de nacer, lo viejo que no termina de morir*, para caracterizar el período de la transición de la *(r)evolución*. Sin embargo,

nosotros debemos aceptar que su interpretación es teóricamente incompleta, respecto al período de transición, porque me da la impresión que establece la idea de un parto normal, uno que esquiva la contradicción dialéctica que es la típica actitud reformista del teórico italiano. Sería más apropiado decir:

Lo nuevo que pugna por surgir, y lo viejo que lucha ferozmente por no morir, se establece así un conflicto donde lo viejo puede restaurarse.

Esta corrección de mi autoría nos dice que las posibilidades del triunfo de la *(r)evolución permanente* son bastante remotas porque es una tarea casi imposible, de titanes. Pero, también remite a la idea de que sólo un animal como el hombre, que crea vida, el amor y sufrimiento, es capaz de emprender una obra de tal magnitud y salir exitoso en el intento por mejorar la vida de todos. Entonces, el hombre puede definirse como animal que se construye sobre lo imposible. En otras palabras, el hombre es un animal que asombra por su capacidad de liberarse de lo posible. Es así, de todos los asombros de la acción humana, desde la superación de las cadenas y yugo de la biología, el vencer el instinto más gregarios a favor de la convivencia en comunidades, el doblegar la gravedad o salir del confinamiento del planeta, conquistar las profundidades marinas, de todos los prodigios de los que es capaz, la más pasmosa hazaña es la *(r)evolución* que sin dudas es el escalón más alto que podemos alcanzar. El cambio social, la *(r)evolución permanente* determina al hombre en su plenitud. Así, éste también puede definirse como animal capaz de hacer *(r)evolución* que a su vez puede precisarse como un cambio pleno de contradicciones, pugnas y combates donde lo viejo cuenta con las grandes ventajas, por lo menos en la primera etapa de transformación. Consideremos si no que los sectores dominantes socializaron sus conductas, sus intereses, sus valores y además tienen a su favor la costumbre asentada en la rutina, la tradición. Simultáneamente se apropiaron de la ciencia y de su lógica, de la cultura, del arte, de la educación y los colocó a su servicio. No es exagerado entonces decir que el triunfo de la *(r)evolución permanente* es un milagro. Y este milagro es realizado por un Dios que se compone no solo por fé sino por teoría, por dialéctica, organización política, líderes y la conducción que lleva a los trabajadores a quebrar la dominación.

Uno de los instrumentos teóricos principales del milagro, es decir, del triunfo de la *(r)evolución permanente* a pesar de los recursos desplegados por los dominantes (donde hay que incluir el miedo) se debe al análisis profundo y denuncia constante que desnuda la forma de las múltiples contradicciones de la lógica de los neoliberales a través de la dialéctica. En toda *(r)evolución* si quiere ser permanente la clave de la hegemonía del arte de poder de los trabajadores está en la toma de conciencia. Recordemos que la lucha por la hegemonía ideológica es una tremenda batalla, y es el análisis a través de la

dialéctica la base para triunfar en esa confrontación, para no engañarse, para no caer en falsificaciones que solo nos debilita. Dentro de este análisis tiene un lugar la dialéctica por lo que es necesario insistir en ella y analizarla para entender mejor la realidad. Solo así podemos transformarla enriqueciendo el conocimiento universal del hombre. A lo largo de la historia, de la necesidad del saber humano para entender la realidad siempre hay dos ideas básicas y elementales sobre las leyes del desarrollo del universo, de la vida del hombre en cuanto ser que piensa, en tanto histórico. Por un lado, está la metafísica del saber y por otro lado tenemos la concepción histórica y dialéctica. Ambas son parte de dos ideas de la realidad y del mundo que se contradicen en su base y sus principios sin ninguna posible conciliación o de diálogo a menos que una esté dispuesta a ceder en sus presupuestos en beneficio de la otra; lo último es poco probable. De hecho, en el transcurso de la historia del saber nunca se ha dado ese proceso, al menos nunca de manera voluntaria sino más bien a través de la compulsión lo que vicia cualquier tipo de acuerdo. Por su parte, la idea metafísica del mundo, que arranca desde la primera época del hombre, desde la Grecia clásica en adelante, con Aristóteles y Platón (entre tantos otros) al fin de cuentas y mucho más allá de la importancia e incluso de la profundidad de sus ideas, etc., para el desarrollo del conocimiento del hombre, ve el hecho de la humanidad como aislado, unilateral. Considera las cosas del universo, sus formas, maneras, sus múltiples crónicas, fundamentos y especies, como aisladas unas de otras y eternamente inmutables. Entonces, solo reconoce los cambios considerándolos como desplazamiento. Además, para la concepción metafísica del mundo, la causa de este cambio, de este aumento, disminución o desplazamiento no está dentro de la cosa misma sino fuera de ella, en el impulso de fuerzas externas. En oposición a aquella idea metafísica del mundo, que está cercana a la visión e intereses dominantes, la teoría histórica, dialéctica y materialista del mundo- que definitivamente está más cercana a la visión e intereses de los grupos populares- sostiene que para comprender el desarrollo de cualquier cosa, de nuestra historia para el caso, tenemos que analizar el objeto de estudio desde su núcleo, desde dentro y en sus relaciones con otras cosas, con las circunstancias del hombre. Tendremos que considerar que el desarrollo de la historia o de cualquier otra cosa no es estático sino es un movimiento interno y necesario, que en este movimiento cada cosa está en interacción con las otras cosas que la rodean. Así, a partir de la idea materialista- dialéctica, la causa central del desarrollo de las cosas, hechos y crónicas que forman la historia, no son externas sino internas. Es decir, residen en su carácter contradictorio interno. Se sigue que toda cosa entraña ese carácter contradictorio y de ahí su movimiento y desarrollo. De hecho, la *(r)evolución permanente* en que se compromete el humanista es una selva de contradicciones, avances y retrocesos a lo largo del tiempo pero lo que importa es que solo la dialéctica como saber nos da las herramientas

para comprender la historia, la experiencia y el saber humanista universal, porque conduce a la indispensable resolución de las contradicciones de la realidad a partir del diagnóstico y las correspondientes acciones de lucha que se remiten a ese análisis.

En el contexto de lucha por la supremacía del interés del trabajador sobre cualquier otra consideración, que se estructura a partir de reivindicar la vida del hombre por sobre la propiedad o cualquier otro derecho particular, es vital aproximarnos al análisis y comprensión de las contradicciones que caracterizan este momento político- histórico. De ahí que haya que alimentar nuestra conciencia, espíritu y saber con la dialéctica marxista que pasa a ser la raíz de todo cuanto acontece hoy porque es quien reivindica y racionaliza la *(r)evolución permanente*. Es ese cambio de los términos estructurales de la lógica neoliberal la que reivindica en toda su gallardía no solo la materialidad indispensable del hombre sino también y al mismo tiempo su espiritualidad que también es indispensable. Es quien nos recuerda el sentido amoroso y lo tierno de lo que es ser humano, y que está plasmado en la sabiduría de la cultura indígena, en el cristianismo más consecuente que simplemente ama al prójimo, en la ocupación y preocupación por los otros, en el sentido amoroso de una *(r)evolución permanente*, de un pueblo. Esto hay que alimentarlo ya que el amor es fuerza indestructible. El verdadero amor, ese que se funda en el respeto por la vida de nuestros semejantes, el profundo sentimiento de solidaridad que nace del pueblo, eso difícilmente se destruye. La necesidad de la *(r)evolución permanente*, su política y metas nos interpela a continuar fortaleciendo la vida de los trabajadores con la más sincera alegría, con los cantos, las oraciones y vitalidad del amor, de esa profunda espiritualidad que rescata lo mejor de nosotros, lo mejor del alma del hombre, de lo mejor de lo que hoy somos y de lo mejor que seremos, por los niños, por las niñas, por los que tenemos que darles una Patria alegre, feliz, una Patria bonita. Aunque parezca extraño un mal al que se enfrenta la *(r)evolución permanente* es el aburrimiento, la pérdida de pasión del hombre y la rutina. Este *aburrimiento*, pérdida de pasión y la rutina son como una nube pastosa que brotan de la costumbre, de lo siempre previsible. El problema para los sectores populares es que en ese momento de adormecimiento y primacía de la rutina, de la falta de pasión por el cambio y la defensa de éstos inclusive, se nos abre la puerta para el zarpazo y la reacción de los grupos conservadores. Es que cuando la política se hace rutina, los partidos de la oposición política y los factores de poder a que sirven, cuestionan el movimiento del proyecto popular, sus directrices y sus formas de acción política; cuestionan desde la resolución de las urgencias del trabajador hasta medidas administrativas, desde las políticas de ahorro o racionalización de la energía hasta políticas públicas que mejoran el poder adquisitivo del trabajador mientras muchos dirigentes de diversa estirpe política o social pero que son economicistas todos ellos, desempolvan

antiguas demandas de temporada al tiempo que esos conflictos sectoriales, importantes pero sectoriales al fin, pueden causar graves daños a la marcha del gobierno popular teniendo en consideración que mientras eso pasa los medios de comunicación escriben las mentiras de siempre, que mucha gente cree.

El problema es que cuando la rutina y la pérdida de la pasión por los cambios son parte de la realidad del país, las movilizaciones son misérrimas, las peleas en el Congreso son iguales a las de antaño y al final el perjudicado es el interés del pueblo. Cuando se hace costumbre y la política no emociona, es hora de encender la alarma porque significa que el país entra en este sopor que preludian los torbellinos venidos desde los grupos de poder e intereses dominantes. En ese contexto, urge buscar la emoción que moviliza, romper el marasmo, blindar el alma y reivindicar la conciencia del mejor hombre. Los trabajadores que intentan fundar nuevos mundos, otras realidades, la verdad más abrasadora y candente, esos trabajadores y las organizaciones a través de las cuales hacen la *(r)evolución* de los humildes, de los que históricamente fueron los grandes perdedores a pesar de ser la mayoría nacional, se fraguan tras objetivos políticos altruistas que requieren de la pasión, del arte de lo posible que cree y construye las mejores pinceladas de un paisaje que respeta las facultades del hombre, su necesidad y atributos. Ellos así solo pueden estar movilizados por la emoción que implica la lucha por un mundo mejor. En contraste, lo material sólo puede coagular una suma de egoísmos que no construyen nada porque en primer lugar fragmenta y favorece a los sectores dominantes de siempre, a las oligarquías que nunca están dispuestos a ceder en nada. No nos equivoquemos respecto a eso. Es imposible la movilización en el sentido de la *(r)evolución permanente* que solo tenga un componente y beneficios materiales por lo que se impone la necesidad de los componentes solidarios, de toma de conciencia, de sentirse parte de un proyecto en favor de las mayorías. Entonces, ¿qué es lo que moviliza a los trabajadores como colectivo social- político protagonista de la historia? Es necesario el análisis de la historia para encontrar el móvil, cuáles son los detonantes de las movilizaciones en que se comprometen los trabajadores en el intento de la *(r)evolución permanente*. Si analizamos la historia reciente encontraremos que la movilización de ese carácter son motorizadas por estímulos morales, recordemos las múltiples hazañas de los trabajadores en la búsqueda de su emancipación, allí donde no se habla de nada material porque el sentimiento se hace lágrima y el coraje derrota a los lacayos al servicio de los intereses contrarios al bienestar común. Está claro que el proyecto popular, sabedor de la fuerza de las ideas del amor, expresa un torrente de sentimientos de amor, de cariño y de respeto que moviliza al trabajador como conjunto.

Es la pasión del trabajador la que también constituye la fuerza que une al pueblo con la sangre de los nobles ideales, con los mejores sentimientos,

los que acompañaron a los libertadores de antaño, a Bolívar y a San Martín, hasta los confines del continente. Esta fuerza debe ser preservada, apuntalada con cambios materiales que la potencien, desechar además las acciones que la debiliten. A esa fuerza la vigorizan las relaciones fraternas en economía, en el aspecto social- político, la debilita el egoísmo, el individualismo, la teoría de los dos mundos. En cambio, vigoriza la postura de la *(r)evolución permanente*, el cambio en los términos de consolidar un proyecto popular, el ejemplo de la historia del hombre como conocimiento que funda el saber porque la comprensión teórica de la realidad siempre es imperfecta mientras que la historia, como lo dijo un clásico, *sorprende desenredando su madeja por la punta equivocada*. La teoría finalmente sólo se prueba y se enriquece de forma definitiva en roce con la realidad cotidiana. Por eso la historia, que es la aleación de lo pensado y de lo sucedido bajo ciertas circunstancias, es la mejor cátedra para consolidar la *(r)evolución permanente*. Es ahí, leyendo y analizando la vida y escuchando la experiencia que podremos encontrar el rumbo hacia el cambio, la ruta que conduce a esa pasión que es totalmente contraria al aburrimiento, a la rutina, la falta de pasión y la reacción política. Los clásicos no previeron que el cambio, más allá de lo sucedido, de su desenlace, se diera en un país como Rusia y antes bien reservaban ese evento para los países que estructuralmente eran más avanzados en el sentido de contar con el desarrollo de grandes fuerzas productivas, mayor proletariado y lucha. Sin embargo, sería allá, en Rusia, el llamado eslabón más débil de la cadena, donde ocurre el hecho revolucionario de los bolcheviques. Muchas son las enseñanzas de ese primer gran paso de la humanidad en el intento de superar los sistemas de explotación para instaurar un régimen que se presenta como alternativa al Estado capitalista. En primer lugar- e insisto, más allá de su desenlace- la *(r)evolución bolchevique* descubre que el hombre funciona como un todo, como una globalidad, es decir, que basta que en una zona se desarrollen las fuerzas productivas para que las condiciones objetivas que este desarrollo produce sea global, se expanda por el mundo: las condiciones objetivas que se derivan del desarrollo de los países de Europa se reflejaron en el mundo todo. Así, los dirigentes de la *(r)evolución bolchevique* se nutrieron en su lucha de la teoría de un alemán, de Marx y Federico Engels, elaborada a partir de la realidad de aquella Inglaterra que les tocó vivir. Pero, me parece que la más grande enseñanza de la revolución bolchevique, de sus desviaciones a partir de la quita del poder a los soviets para centralizarlo en Stalin y en la élite del Partido, fue su caída, la gran derrota que sufriera de forma definitiva: este hecho muestra que en la medida en que reivindicaron el derecho a propiedad por sobre la vida del trabajador, en la medida en que reivindicaron la centralización del poder en vez de la gestión del trabajador, ésta no pudo convertirse en alternativa. Con el proceso de independencia de Latinoamérica ocurre algo parecido porque la realidad de la revolución de

Francia produce teoría y práctica contra el sistema monárquico imperante, y ese torrente ideológico llega a América y dirige la independencia respecto de la metrópolis española más allá de las posteriores desviaciones de ésta que nos convierten en países dependientes estructuralmente. Pero, esto no quita el hecho que nuestros libertadores y el pueblo no se nutrieran de la realidad y la teoría del otro lado del océano. La revolución cubana también es ejemplo al respecto: allá, en un país sin el menor desarrollo de las fuerzas productivas, un país campesino, retrasado bajo los términos capitalistas, ocurre un cambio inspirado en el desarrollo de las ideas de Martí. Sucede así un fenómeno extraordinario que tiene que ver que las ideas revolucionarias nacidas en Europa se fusionan con la realidad de Latinoamérica dando origen al propio reformismo- radical que se expresa y se manifiesta de múltiples maneras, por ejemplo, a través del socialismo chileno anterior al golpe de Estado entre otras tantas prácticas e ideologías que se convierten en la base de grandes movimientos populares que transforman la realidad en los países en que se suceden. Esta necesidad del cambio en favor del trabajador, que se refleja a través del reformismo radical, crece con la experiencia política que significó para el continente la revolución cubana que también nos corrobora que la humanidad funciona como un todo reafirmando la visión martiana de que *Patria es Humanidad* y la visión de los libertadores del sur de América que lucharon por esa Patria Grande que nunca fue conquistada. El militante del humanismo debe tener visión de humanidad, sólo así podrá plantearse un cambio real. Simultáneamente, debe tener visión del tiempo, del espacio, del contexto, tiene que interpretar, a la luz de la historia, su realidad, buscar el rumbo. Este es el mayor desafío del trabajador en tanto es sujeto colectivo del cambio. Tenemos que encontrar la punta por donde la historia comienza a desenredarse de forma definitiva.

El militante por la (*r*)*evolución permanente* necesita que la tesis tenga relación directa con la realidad y necesidades de los trabajadores. El militante necesita de una filosofía de la praxis. El marxismo viene en su auxilio porque representa una innovación radical en la filosofía. Su novedad estriba en ser una nueva práctica de la filosofía, pero lo es justamente por ser una filosofía de la praxis. El marxismo, en cuanto hace de la *praxis* su categoría central rechaza interpretaciones equivocadas. Por ejemplo, en tanto el marxismo es una filosofía de la praxis, rompe con las posturas ontologizantes según las cuales el problema filosófico fundamental es el de las relaciones entre el espíritu y la materia. También rechaza la interpretación epistemológica según la que el marxismo se reduce a una práctica teórica. Finalmente, rechaza la interpretación antropológico-humanista según la cual el marxismo como proyecto de emancipación simplemente se enraíza en un concepto abstracto de hombre cuando el marxismo defiende al hombre concreto reivindicando la necesidad de satisfacer sus demandas en tanto ser biológico. A diferencia de

esa interpretación del saber y conocimiento de los dominantes, la filosofía de la praxis que caracteriza al marxismo se considera en unidad indisoluble con el proyecto de libertad, o sea, unifica la crítica de lo existente y el saber de la realidad a transformar. El gozne en que se articulan estos tres momentos es la praxis como una actividad real orientada a un fin que precisamente busca la emancipación del hombre en tanto es un trabajador. Se trata de transformar el mundo con base en una crítica de lo ya existente. El problema filosófico fundamental es la transformación del mundo humano, el social; o sea el de la autoproducción o cumplimiento del hombre, en un contexto histórico-social dado, en y por la praxis. La filosofía de la praxis en Marx es la que hace de la praxis su categoría central de ahí se deriva que su objeto no es el ser en sí sino el ser constituido por la actividad humana concreta, el *ser genérico*. Su objeto es la praxis misma como objeto. Entonces, hay una novedad radical al nivel de su objeto, su problemática, del campo de su visión, porque se opera un desplazamiento de la realidad como cierto objeto de contemplación a una realidad que se convierte en actividad humana que necesariamente y por lo mismo es actividad sensible, concreta y más real que los desvaríos a los que nos acostumbra el idealismo y su forma de expresión en la historia.

Múltiple, torcida y variada es la ruta del creer. Estas, las creencias, las formas como se aprehende la realidad, son influenciadas por la cultura de la época, y esta cultura se entrelaza con formas políticas y económicas. Así, un régimen tendrá una relación económica directa, una cultura, unas maneras y formas de adquirir esas creencias que le son propias y que lo definen, que racionalizan sus puntos de vistas, sus tomas de posición que responden a unos y no otros intereses. Las creencias en determinada época corresponden y son parte determinante de un sistema específico, de un Estado que en este caso es capitalista porque lo apuntalan, lo reproducen en sus diversas formas manifestándose a través de las estructuras políticas del régimen. De aquí que la comprensión de la fisiología de las creencias es fundamental para el hecho revolucionario, que en definitiva es una radical y estructural sustitución de esas creencias. Las interrogantes que tienen que ver por ejemplo en qué cree o no un pueblo, cómo se llega a aceptar y admitir determinadas verdades y no en otras o como la lógica política determina y racionaliza ciertas posturas, son todas preguntas fundamentales. Por lo mismo, el tema este no es sencillo porque sus raíces llegan hasta las profundidades más inéditas del alma y del espíritu del hombre, se internan en aéreas que van desde el psicoanálisis a la bioquímica. Si bien el comportamiento del hombre es un tremendo misterio que es escurridizo al entendimiento y al saber superfluo, su comprensión es indispensable para el ejercicio político, para conducir con desinterés y con valentía, con ímpetu y con consecuencia los cambios que requerimos para satisfacer las necesidades de los trabajadores. A consecuencia de lo anterior tenemos que preguntarnos cómo el hombre conoce y qué le es dado conocer.

Esta es una interrogante que ha interesado a grandes teóricos y pensadores del mundo, a través de toda la historia de la humanidad, mientras la filosofía como saber válido nos afirma precisamente su desarrollo en esta pregunta, en la relación de los hombres con la realidad que también es una preocupación que nos acompaña como seres humanos desde nuestro origen, o quizá deba decir que la Humanidad nace cuando logra plantearse esa pregunta, cuando pensó sobre el saber y sus derivaciones. Es que a partir de entonces, cuando el hombre se propone esta pregunta, empezó a desarrollar otros métodos para conocer. El hombre en todo tiempo usó un método para conocer. De hecho, podríamos hacer una historia de la evolución de éstos, de sus diferencias de acuerdo a la clase social, a los sistemas sociales que imperan, sus regímenes políticos y las relaciones que reivindican. Respecto al Estado capitalista y los múltiples regímenes políticos que lo caracterizaron a través de la historia, sólo es posible deducir que su cultura, sus valores y razones tienen como objetivo instalar en el pueblo una manera exclusiva de ver este mundo, de percibir y definir la realidad, una forma de construir sus creencias, sus mitos y relatos, crónicas e historia. Es en este empeño trascendente donde juegan una función principal los medios de comunicación dominantes, que además de ser masivos en el sentido que llegan a toda la población, son monopólicos y medios de deformación de la realidad. A pesar de todas estas características y elementos podríamos nominarlos como medios masivos de formación, o sea, de certificación de las creencias que estructuran la lógica dominante. Lo primero que intentan los patrones es que el trabajador no pueda ir más allá del entorno inmediato, que no sea capaz de superar la apariencia de la cultura neoliberal hegemónica, que no generalize, que no relacione los hechos, que se conforme con lo que ve a su alrededor, que piense que la pequeña aldea, la pequeña realidad, la casa y los afectos más cercanos, los inmediatos, son la realidad, el mundo. Así, en su ignorancia, el trabajador es controlado.

Lo que me interesa en esta artículo es indagar en los métodos clásicos del conocer, que vienen de lo profundo de la historia, para desde ahí plantear los fundamentos del humanismo que milita a favor de la inclusión y en favor de un saber más democrático y racional, históricamente más consecuente con las necesidades del hombre. Son dos los principales métodos de los que se sirve el hombre para conocer y analizar su realidad y desde ahí, actuar en consecuencia para alterar lo que no satisface. Por un lado, tenemos el método deductivo y por otro el método inductivo. El primero- el método deductivo- es el que aplica los principios generales ya descubiertos para casos que son particulares. Por ejemplo, sabemos que con los representantes de los sectores dominantes, los conservadores y los reaccionarios, no se puede dialogar, no se puede hacer tratos, porque no son de fiar toda vez que siempre rompen los pactos, siempre atentan contra los intereses de las mayorías y así contra la democracia. De ese principio general se deduce que un acuerdo con ellos no

es posible ni estratégicamente viable porque será roto por ellos según su conveniencia y según sea necesaria la defensa de las estructuras del Estado capitalista. Una aplicación concreta del método deductivo es algo así: a) Los sectores que representan los intereses dominantes para nada son de fiar. b) Los candidatos y dirigentes que plantean una mesa de diálogo y consenso son representantes de esos grupos políticos de los que no podemos fiarnos. c) Se deduce que los candidatos o dirigentes de esos grupos de poder y de interés no son de fiar y que por lo tanto esa mesa de diálogo no es posible para los intereses de los trabajadores. Al mismo tiempo, el método inductivo plantea una lógica que parte de casos particulares y se eleva a determinados principios generales. Un caso de aplicación de este método sería cuando en Chile, en cierto momento de la historia, los representantes de la derecha afirmaron que ellos eran demócratas pero dieron un golpe contra Allende que hechó por tierra la democracia chilena y la vía chilena al socialismo. Al final, al usurpar el poder violentamente implantan una dictadura cívico-militar, la más sangrienta que haya conocido el país. A partir de estos casos particulares el método inductivo simplemente nos dice que podemos inducir un principio general respecto a la derecha, a saber, que esconde intenciones golpistas cuando se trata de defender sus privilegios a pesar de sus confesiones de demócratas y que por lo tanto nada tienen de democráticos: los medios de comunicación, la televisión para el caso, son medios de *formación de creencias* y así actúan en defensa de verdades que favorecen y perpetúan la dominación sobre las mayorías.

El Estado capitalista y sus regímenes son una superstición pero muy real. Es real porque los mecanismos de control también operan de manera decisiva sobre el fondo del alma del dominado, manipulan la mente desde la infancia más temprana, influyen en los pilares de la conducta humana: la sexualidad, los miedos, los apetitos y los instintos, etc. Por lo mismo, el cambio de la existencia del hombre en conciencia es un problema prioritario cuando hablamos de la *(r)evolución permanente*. A pesar de ser una cuestión principal aún falta análisis para entender medianamente este fenómeno. Las preguntas sin respuestas abundan. Por ejemplo, ¿por qué los trabajadores alemanes apoyaron a Hitler o por qué los grupos humildes apoyaron durante casi toda la historia latinoamericana la formación de estructuras políticas, económicas y culturales que contradicen los intereses del pueblo? ¿Por qué cuando salen al destierro dirigentes del talle de los libertadores, conductores como Bolívar o San Martín, militantes a favor de la Patria Grande, de esa que es menos mezquina, no pasó nada, nadie reaccionó? Esto dice que es la historia quien muestra que la relación *existencia-conciencia* no es directa, ni lineal: la condición revolucionaria, de un compromiso ideológico, político y cultural por la *(r)evolución permanente*, de una clase o sector mayoritario de ella, no se desprende de forma espontánea de su existencia. Se impone la

lucha para ello. Nos enseña la historia que la *(r)evolución permanente* es un acto político consciente, dirigido por el sector más consciente al respecto. Una primera aproximación al problema nos dice que la ideología dominante migra y se expande a las clases dominadas y, allí en su interior, aplasta la que debería ser la ideología que emane de su existencia. Esta es la esencia de la dominación y control. Se trata de colonizar a toda la sociedad, a todos y cada uno de los trabajadores con los valores, la ética y la espiritualidad dominante. Otra aproximación es que la *(r)evolución permanente* debe impregnarse de los nuevos valores y ética a amplios sectores, y dirigirlos hacia la conquista de la hegemonía en el ámbito de toda la sociedad.

Por cierto, el desarrollo del pensamiento humano, de las relaciones de producción, de las fuerzas productivas o la evolución del saber del hombre y la filosofía, culminan hoy en el marxismo, cuyo método es el más elevado que ha alcanzado la humanidad hasta el momento, siempre despojándolo de esa postura de ortodoxa que defiende la supremacía de la propiedad por sobre la vida del trabajador. En ese contexto, el humanismo del método marxista es quien dota a la lucha del hombre de un instrumento para analizar la realidad, para adquirir el conocimiento, el saber y las creencias que nos permitan hacer la *(r)evolución* y consolidarla en favor de los trabajadores, es decir, para hacer de la *(r)evolución* algo permanente. Lo central de este asunto es que el método de Marx reconoce a las clases sociales y a la lucha su protagonismo respecto de la evolución de la historia, como motor cierto de esta historia. El marxismo reconoce a las clases sociales en sus diversas funciones lo que es un aspecto muy importante en esta época donde tantos argumentos pretenden ocultarnos la verdad de la condición del trabajador. El marxismo, en tanto y en cuanto es un saber de análisis y transformación de la realidad, de la vida del hombre, es un método que analiza la lucha de clases para de esa manera situarse en el centro de la historia del hombre, para de esa manera rescatar la evolución, el movimiento. El marxismo es historicista porque nos anuncia la posibilidad de superar las formas actuales de convivencia de los trabajadores. En el marxismo, el análisis de la realidad, la manera como se haga, tiene que ver con esta lucha de clases, está influenciado por la ubicación en una clase. El método de Marx no es un eunuco ni se pretende objetivo e imparcial (características que en realidad no existen) porque toma posición y defiende esa posición, batalla, es un instrumento para la práctica de la *(r)evolución permanente*. No pretende solo entender el mundo sino que una vez que lo hace lo transforma. Siendo así, se comprende que este método marxista sea objeto de fuerte oposición por parte de los factores de poder dominantes. Ellos lo deforman y lo desprecian, lo ocultan y lo transfiguran. Saben que un pueblo, su vanguardia, la gestión democrática de la mayoría, es invencible cuando analiza la realidad con este método, cuando a partir de él construye su visión del mundo, su ideología.

El poder, el partido revolucionario, vanguardista y anticapitalista.

Pensar el régimen popular con su idea igualitaria, democrática y veraz, menos formal y concreta, no es sólo dilucidar el fuerte impacto del cambio y de transformaciones económicas y políticas que se desarrollan en el contexto del régimen humanista y al interior del Estado capitalista, sino también lograr comprender de qué modo esas alteraciones estructurales de la economía y de la política impactan de forma decisiva sobre la forma de vida, el imaginario cultural y la producción de la subjetividad que incide en el rumbo del tiempo histórico dominado por el régimen neoliberal y su valorización financiera del capital, que inclusive logró desplazar la matriz productiva que caracterizó al régimen de bienestar que dominó la recuperación del período posterior a la Segunda Guerra Mundial en Estados Unidos y Europa y que tuvo un impacto menor en la experiencia de esos regímenes en el caso latinoamericano de los años '40- '50. Lo que intento destacar es que resulta imposible analizar el giro neoliberal exclusivamente haciendo hincapié en su dimensión estructural y económica minimizando la importancia de las mutaciones relativas con el saber y sus símbolos, con sus razones y verdades. Son estas mutaciones en el ámbito cultural, de lo simbólico, de lo político e ideológico las que permiten la expansión de un régimen sustentado en la exclusión de la mayoría al mismo tiempo que las minorías, las incluidas, consumían en propio provecho y de una forma por lo menos desenfrenada. Entonces, el neoliberalismo se sustentó en otra escala de valores, en otra ética que al final se contradice con la moral de los otros regímenes, que si bien se circunscribieron en el ámbito del Estado capitalista fueron más democráticos. No podía ser de otra manera porque una vez que los sectores dominantes no pudieron seguir negando la profundidad de la crisis que protagonizó el régimen de bienestar, que en el ámbito estructural se manifestó en la caída de la tasa media de las ganancias, se optó por liberar todas las formas egoístas, reaccionarias y salvajes de un razonamiento financiero y especulativo para resguardar el Estado capitalista. Esta forma lógica característica de los centros globales del poder y sus socios locales expresó la *voluntad de poder* de los grupos económicos y financieros que se consolidan bajo los paradigmas neoliberales asumiendo el control de la razón del régimen político tanto en el nivel nacional como global. En ese contexto fue que buscaron invertir las maneras culturales y simbólicas sobre las que debería fundarse el modelo de acumulación bajo las directrices de los neoliberales y sus tecnócratas. Si analizamos las experiencias y la historia del hombre en sociedad veremos que lo que más tarda en cambiar, más allá de las mutaciones económicas y comerciales, son los valores, son esa ética que funda ciertas prácticas, son los prejuicios de los hombres, su imaginario, las tradiciones arraigadas, etc., que son parte del tejido de la vida social. Por esto

el tema de los valores y la cultura es central. Teniendo en consideración que los cambios en el ámbito de una (*r*)evolución y sus implicancias estructurales involucra al régimen en su conjunto, sin embargo y solo con fines analíticos, es posible desmenuzar el asunto y decir que es más fácil que se quiebren las estructuras económicas, comerciales o formas de dominación política que esa subterránea continuidad de los lenguajes de la cotidianidad, de las verdades y de esa lógica que es dominante porque es precisamente ella la que sustenta esa visión determinada de la realidad de los trabajadores. Por eso, el tema de lo cultural, de la ideología es super importante para entender los vínculos entre el cambio estructural y los nuevos paradigmas y tesis de subjetivación para desde ahí tener una visión más real del contexto, del desafío histórico del pueblo en tanto que al ser mayoría tenemos el derecho irrenunciable de ser los protagonistas de la historia. La significación del cambio cultural y sus símbolos impulsados por el giro neoliberal del Estado capitalista es de suma importancia para entender las dificultades que todavía subsisten (inclusive en experiencias políticas que terminan con las consecuencias más nefastas, las más dramáticas y visibles de la herencia del neoliberal) y que se relacionan con la posibilidad o no de crear las condiciones que sustenten otro imaginario político- social que acompañe los desafíos que los trabajadores planteamos para mejorar nuestra condición de vida. Ahí aparecen conceptos como los de *batalla cultural*, de *lucha contrahegemónica*, de un *nuevo relato* relacionado con otros símbolos, otras maneras de hacer las cosas, con otra expresión de la política, de la acción con vistas a mejorar las condiciones y la calidad de vida de las mayorías. Si la teoría no da cuenta de los desafíos que implican la construcción de un imaginario político acorde con la realidad que se busca explicitar, si no es capaz de colocarse a la altura de las circunstancias, que en definitiva trata de reafirmar los valores de la cultura popular y su sentido, entonces poco puede hacer a favor del trabajador.

No es casual que siempre se termine imponiendo- de una u otra forma y en el contexto perenne de lucha de clases- esa tremenda disputa relacionada con los sentidos, con los valores y la ética, incluso con los significados de la historia, es decir, con la construcción y con la legitimación de cierto relato que se convierte en dominante porque garantiza ese rumbo que a su vez tiene relación directa con el sustento ideológico del régimen que favorece ciertos intereses en desmedro de los intereses de otros. La novedad del siglo XXI es que el proyecto popular que paulatinamente surge en Latinoamérica entiende con la mejor claridad analítica, política- estratégica, la realidad porque tiene una mejor perspectiva de las causas y las consecuencias de la continuas crisis del Estado capitalista y de su régimen neoliberal. Las crisis del capitalismo y de su orden, de su progreso y consolidación no sólo ponen en evidencia el descalabro que genera en su fase financiera y especulativa, fase típica del régimen neoliberal que condiciona nuestras formas de vida, sino que además

erosiona las formas de la política más visible, o sea, de la representación y de convivencia política, de los factores que la respaldan y dan sentido a esta convivencia incluso en el nivel de las formalidades (el Chile de la transición democrática, que fue falsa en el sentido de las condicionantes impuestas por la dictadura cívica- militar, es paradigmático al respecto) dinamitaron las tramas y los modernos espacios donde se desarrolla *lo público* en favor de *lo privado*, de lo individual sobre lo colectivo y del egoísmo e individualismo sobre la solidaridad de clase. El hecho de que predominen los trabajadores a partir de la alquimia del individualismo y de un consumismo desenfrenado, que predomine el automatismo del mercado como política y tesis rectora del régimen y la privatización de la mayoría de las esferas de la vida colectiva, que se sustentan en teorías como la de los dos mundos que hacen a la razón dominante, genera condiciones para la profunda y decisiva mutación en las prácticas de los trabajadores hasta producir modos que desarticulan todas esas vivencias, esa historia y esos valores basados en la solidaridad de clase, de un régimen democrático e inclusivo que sea capaz de consolidar lenguajes y relatos, una crónica y una historia de la política e identidades culturales vinculadas a un universo de representación y de acción más acorde con los intereses del saber popular.

La aparición en escena del trabajador que en primer lugar es un simple ciudadano formal en sus derechos y consumidor en su esencia más profunda, personaje que además es muy de la época de los neoliberales, que también es autorreferencial, egoísta y moldeado por las gramáticas audiovisuales, por las mutaciones auspiciadas desde los medios de comunicación dominantes y que además están siempre al servicio de los centros globales del poder, multiplica los perjuicios contra el mundo del trabajo y en beneficio de la fragmentación política y social militando así contra de la solidaridad de clase porque, en fin, ese trabajador individual y egoísta se convierte en garantía de la razón del mercado, se convierte con sus acciones y omisiones, con su individualismo, valores y cultura controlada por los neoliberales, en epicentro de otra forma de ciudadanía que al expandir las prácticas privatizadoras de la existencia destituyó, por anacrónicas e inservibles, las experiencias políticas entramadas en el espacio público y deudoras de construcciones simbólicas desplegadas en otro tiempo, allí donde el sujeto manifestaba en sus prácticas los diversos modos de afirmar su identidad, su deseo de igualdad y de justicia social. La idea misma de un colectivo social igualitario, justo e inclusivo como eje de la vida en comunidad cae en el descrédito y el desuso allí donde precisamente pasa a dominar lo íntimo y lo privado, lo encriptado, el espacio diferenciado, familiar pero socialmente consolidado sobre las bases de la desarticulación y la fragmentación del régimen neoliberal, que asentó su dominio no sólo en el imperio del automatismo de los mercados sino que también radicalizó un tremendo cambio cultural en favor de la lógica de los dominantes que colocó

en entredicho los valores de la justicia y de la democracia conocida hasta ese entonces. Este otro trabajador, que antes que nada es un consumidor, expresa el automatismo del mercado a través de los intereses y valores emanados de la mercancía y su esplendor; de sus símbolos, pero en primer término de sus ilusiones que se asocian con ese giro alocado, tétrico y desenfrenado relativo con consolidar de forma plena y libre la aventura del individualismo soñada como nueva manera de construir una vida privada, apolítica y original, más allá de cualquier interés social y así enfrascada en sus gustos contruidos como si fueran la quintaesencia de la autonomía de los seres humanos. En esa circunstancia nace la necesidad de masificar las costumbres auspiciadas por los neoliberales, sus ideas, sus prácticas y sus expresiones culturales que acompañan el proceso de globalización del capital que arrasa con todo a su paso. Sin ningún tipo de escrúpulo el régimen neoliberal terminó con las conquistas y con los derechos del trabajador, con esas leyes que se habían construido a través de la historia del pueblo; terminó con los avances de los trabajadores (haciendo retroceder los intereses de la mayoría) que le permitió quebrar por fin la íntima relación que anteriormente había existido entre los asalariados y el espacio público al tiempo que inicia un proceso de desguace del sector público y del rol del régimen hasta convertirlo en simple ruina que además reformuló las variables culturales, sociales, políticas y económicas para favorecer la concentración de la riqueza en favor de la acumulación privada del capital. Inéditos fueron los nuevos cambios, en el sentido de su regresión para la convivencia democrática, que así lograron avanzar en el proceso de despolitización de la vida, que fue acompañado por el despliegue de los tecnócratas que terminaron haciendo de las suyas sin ningún control.

Junto con el desguace del sector público, el neoliberalismo desbastó el ámbito de lo público, de su sentido, de su dignidad incluso, y deslegitimó los lenguajes de la acción política llevándolos exclusivamente a la zona espuria de la corrupción, de la cuestión judicial y de su formalidad. De lo concreto nos fuimos a lo formal porque lo que en realidad se vació de contenido fue lo que habilita la creación, defensa y lucha por una ciudadanía más democrática y participativa reduciendo a los trabajadores a una simple masa anónima de ciudadanos formales y consumidores, de votantes que llevan al cuarto oscuro su deuda, su ignominia y terror a salir de la ficción de las políticas públicas neoliberales que en muchos casos logra comprar la conciencia del pueblo a partir de espejitos de colores que solo lograron destruir la trama productiva, económica, política y cultural de nuestros países. El régimen democrático devino en una cáscara vacía capturada por el lenguaje empresarial que desde siempre insiste en la eficiencia y eficacia política y administrativa que están lejos de sostener en la práctica, tal como nos lo enseñan los gobiernos alta y fuertemente reaccionarios. Por eso es tremendo el desafío de rediseñar las condiciones políticas, económicas y comerciales sin descuidar el ámbito de

la cultura popular porque es ese saber la base desde el que se construye un arte que ayuda a terminar con el rumbo, con la verdad, tesis y razones fijadas por la ideología neoliberal que en su momento logró horadar los núcleos de la justicia, la igualdad y fraternidad que subsisten a pesar de todo, sobreviven y triunfan, solo en la medida que se impone la lucha del trabajador contra el régimen neoliberales, porque además son valores relativos al núcleo que entrelaza las múltiples experiencias democráticas y pluralistas, de gestión y participación popular que por eso son deslegitimadas pacientemente por los que desplegaron entre nosotros los valores de la cultura individualista. El desafío de este tiempo, de la búsqueda de mejores formas de convivencia es, precisamente, dejar atrás esa impronta económica, política y cultural que se consolidó con los intereses neoliberales. En la medida que los trabajadores luchemos a favor de nuestros intereses se impone el arquetipo de la igualdad, la justicia y fraternidad. Se imponen esas ideas que habilitan la construcción de un auténtico régimen democrático en que el conjunto de los trabajadores somos interpelados por un espacio público capaz de incluir y no de expulsar, de movilizar el espíritu creativo, el arte de las posibilidades de las mayorías en propio provecho.

Por desgracia, a partir del golpe contra Allende, de la dictadura y de los posteriores gobiernos comandados y administrados por el duopolio, Chile ha experimentado profundas transformaciones, ninguna de las cuales altera el carácter capitalista y semicolonial de su formación social. Pero, a su vez hay que considerar que el capitalismo chileno actual ha mudado a un punto de lograr una estabilidad política que no tiene parangón en nuestra historia: el gigantesco crecimiento de la producción, de un PIB per cápita importante, también el enorme desarrollo del capital financiero tanto en el exterior como interiormente, expandiendo el consumo a nivel superlativo; la transformación capitalista del agro; las obras públicas como los puertos, las carreteras, etc; respecto a la educación pública se destaca la masificación del acceso a la enseñanza universitaria, por señalar sólo algunos aspectos y otros logros de la modernidad neoliberal. Lo digo porque estas son conquistas respecto de las cuales se hace necesario tener una planteamiento y un proyecto político que interprete y que proponga. Estas respuestas son fundamentales porque en estos aspectos se cimienta la propaganda de la patronal, la que descansa en las expectativas que tienen los sectores populares de que dentro del régimen neoliberal su vida mejorará. Parte importante de los trabajadores, de los más vulnerables, de las capas bajas de la clase media, tiene hoy a su primer hijo en la universidad, compraron su primera casa, su auto, todas cuestiones cuyo efecto político es enorme. A estos sectores parece más difícil hablarles de los proletariados, de socialismo, de *(r)evolución permanente*; les parece algo del pasado: el capitalismo corregido es el futuro y el socialismo representa sólo frustraciones. De porqué el neoliberalismo no es opción de futuro a pesar de

estos logros en el ámbito de la economía, del consumo, de la enseñanza, etc., se debe a que el régimen neoliberal actual se apoya únicamente en el sistema comercial global, al que vende y malbarata nuestro cobre, ahora también el litio, la celulosa y harina de pescado, el salmón y un buen vino. Es decir, aún somos un país estructuralmente dependiente, periférico. De hecho, nuestra matriz productiva, en términos económicos está en terapia intensiva, agotada. Su posibilidad de reproducción dependerá de la capacidad del régimen para asestar nuevas e importantes derrotas a los trabajadores. Pero, los recursos del neoliberalismo se acaban, de ahí la crisis de representatividad de la falaz democracia pactada, en la medida de lo posible, también del duopolio que le lleva el amén. Esto hará desaparecer la base material en la que se asientan las expectativas, las ilusiones de los sectores desposeídos. Llegado el momento, la pérdida del acceso al crédito y a los más sofisticados bienes de consumo, la proletarianización de los profesionales, en una palabra, el fin de la capacidad del régimen de hacer subsistir esas expectativas, abre las puertas de la crisis. Esta quiebra económica del régimen será el punto inicial de una oleada de resistencia y de lucha popular como no se conoce en Chile desde los años 60. Entonces, nos urge la construcción de un partido de vanguardia, autónomo, anticapitalista y revolucionario, que esté en la calle, en los sindicatos, en los lugares de trabajo y de estudio, en las escuelas, en los liceos y universidades. Responder a este problema, a la construcción de este partido de clase, de base y revolucionario, significa polemizar con los dogmas neoliberales, derrotarlos, valiéndose para ello del método científico, del marxismo original y originario que nunca estuvo siquiera cerca de la especulación voluntarista y oportunista del mal llamado progresismo. A ese método, a nuestro partido, le corresponde demostrar que la *(r)evolución permanente*, que el gobierno del trabajador apoyado en las mayorías explotadas, la dictadura del proletariado, es la única solución para los problemas del crecimiento y desarrollo nacional. Sin un proyecto político del partido, del régimen político, sin plantear los métodos que nos conducen a la transición, a la sociedad sin clases, no es posible avanzar.

Se nos presenta el problema de la organización de los revolucionarios. La derrota inferida a la *(r)evolución* por el pinochetismo en Chile en el año 1973, que se aprovecha de las limitantes y contradicciones estalinistas que la Unidad Popular profesaba en su seno, más la derrota global que significó la caída de los mal llamados socialismos reales a partir de 1989, borraría de la conciencia colectiva la problemática de la organización del partido. Pareciera que si de ahora en adelante se habla de dirección, del partido, de un sector vanguardista, del liderazgo proletario, nos referimos a la dictadura stalinista, a Henver Hoxa o a Mao Tse Tun, todos capitalistas, emblemas y símbolos de la contrarrevolución, del burocratismo, del autoritarismo y de la autocracia. En la lucha por la primacía de los intereses de los trabajadores, la huelga, la

movilización o el paro más modesto requieren de una dirección enraizada en el movimiento que dice representar, también de una mano firme que lidere y conduzca inalterable el combate contra el enemigo de clase. Las crecientes movilizaciones en Chile demuestran esta afirmación: una gran organización de trabajadores, con la perspectiva de la (r)evolución socialista y permanente, con la capacidad de disputar el poder, constituye la médula de las tareas de los que buscamos los cambios radicales, de quienes aborrecemos la herencia de la dictadura. Esta organización, construida como debe ser, para tomar el poder digo, para hacerse con la gestión del régimen, debe expresar fielmente al movimiento, de hecho está obligada a participar de todas las acciones que emprendan los sectores populares. En ese sentido, no necesitamos un aparato para la intervención electoral, tampoco una secta estalinista, necesitamos la construcción de un gran partido del trabajador, moldeado por la estrategia de la (r)evolución socialista, definitiva y permanente. Lo interesante es que hoy las herramientas político-teóricas y la realidad confluyen. El régimen de la transición pinochetista, de la justicia y de la “democracia” en la medida de lo posible, el duopolio, sus credos e iglesias, su institucionalidad y tribunales se cae a pedazos. Los sectores populares cuestionamos tanto la salud como la educación de mercado, marchamos al respecto, etc., cuestión que no se daba en los ‘90. Damos la espalda a todo lo que nos oprimió durante décadas.

Bases doctrinarias de la cultura dominante.

Un elemento fundacional de la antigua filosofía griega, me refiero a Aristóteles o Platón entre otros tantos autores de la época, es que todo saber y conocimiento humano, por su sentido, implica la *praxis*. Aristóteles nos planteó que todas las verdades conocidas por el hombre necesariamente nos llevaban a la *praxis* tanto en lo que se refiere a la experiencia cotidiana, como lo que se refiere al arte y a la ciencia. En ese contexto, la *praxis* se manifiesta en el sentido que el hombre en su lucha por existir necesita del esfuerzo del saber, le es precisa una determinada verdad que a su vez implica la búsqueda de ésta, porque al hombre esta verdad no le es revelada de forma inmediata. Me refiero a la verdad sobre conceptos tan centrales para la vida como es *lo bueno*, *lo conveniente* o la *justicia* que conducen nuestros actos en el proceso de vivencia del hombre. Tanto el médico como el jefe militar, el comerciante y artesano, el capitán de tropas y el estadista como hombre de Estado aspiran a poseer el conocimiento más adecuado para desenvolver lo mejor posible la función que les corresponde y así mejorar la vida de la comunidad. Todos necesitan de una verdad que guíe sus especialidades a fin de poder actuar de la mejor manera, la racional, de acuerdo con las exigencias que les impone el rol que cumplen. Es así que autores como Aristóteles- y en general todo la filosofía griega de la época- sostiene el carácter práctico del saber a pesar de

que después establece una diferencia importante entre el conocimiento que será una de las bases sobre las que hoy se sostiene la cultura, la ideología y la razón del Estado capitalista. Aristóteles y toda la filosofía de la época ordena el conocimiento del hombre como praxis según una escala de valores que se extiende desde el saber funcional de las cosas que son necesarias para la vida cotidiana (la alimentación, el vestido o la salud entre otros elementos) hasta el conocimiento filosófico que no tiene ningún fin fuera de sí, sino que se lo cultiva por sí mismo y que proporciona la mayor felicidad al hombre. Dentro de esta escala de valores y de definición de la idea del conocimiento hay una separación fundamental entre lo *necesario* y *útil* por una parte y lo *bello* por otra. Esta escala de valores lo que hace es dividir la vida entre una que es material y otra espiritual, una dedicada al comercio y el trabajo físico y otra al ocio y la filosofía. Se sigue de lo anterior que toda la vida del hombre está marcada por esas diferencias que hacen a las antinomias de la misma. Por un lado, está la vida material y la contemplativa pero también la guerra y la paz donde, en fin, todas las actividades del hombre se divide en necesarias, útiles y bellas. Al no dudar de esta división y al consolidarse así la teoría pura por sobre la praxis transformadora, la falsa superioridad de esa vida que se basa en la contemplación a expensas de la vida material y las necesidades básicas de los hombres en tanto trabajadores, conjuntamente con los otros ámbitos de lo bello, como actividad independiente encima de las demás actividades, se quiebra la pretensión originaria de la filosofía a la que me refería en el inicio de este artículo, se quiebra definitivamente la organización de la praxis según la verdad conocida. De ahora en adelante, la división entre *lo funcional* y *lo necesario*, *lo bello* y *lo placentero* pero muy en especial la división entre la vida material y la contemplativa por colocar un par de ejemplos, conduce a un proceso político, económico, cultural e ideológico que deja libre el campo del saber para ese materialismo fundado en la praxis de los dominantes que busca satisfacer la felicidad del alma en el exclusivo ámbito del saber y de la cultura de la especulación.

El argumento principal que sostiene esta idea de supremacía de la vida contemplativa sobre la material es que en la medida en que es la filosofía como conocimiento la que principalmente se preocupa por la felicidad y el bien supremo del hombre, ese bien y esa felicidad no pueden buscarse en las formas materiales de vida existente porque es necesario que el hombre sea capaz de trascender su facticidad. Y esa trascendencia es asunto metafísico, de la teoría del conocimiento, del saber, de la ética, la filosofía y también la psicología. Al igual que el mundo exterior, en especial a partir de Platón, el alma humana se divide en una esfera superior y otra inferior. Por una parte tenemos la sensibilidad relativa con la vida material, inferior a todas luces, y por otra parte tenemos la razón que es la que sustenta la historia del alma que conduce a la postura típica del idealismo que extravía por los siglos de los

siglos ese rumbo que reivindica la mejoría sustancial de las condiciones de vida del hombre. La valoración negativa de la sensibilidad y materialidad que implica la vida del hombre tiene que ver con la idea que el mundo material, al ser pensado como un terreno anárquico, de inestabilidad y falta de libertad, es inferior a la vida contemplativa por la que se consagran los filósofos. De hecho, en todas las clasificaciones ontológicas del idealismo, está presente la inferioridad de la realidad social en que la praxis no incluye el conocimiento de la verdad acerca de la existencia humana. El mundo de lo verdadero, de lo bueno y bello entonces es un mundo ideal porque es ese quien se encuentra más allá de las relaciones de vida existente, más allá de la forma de vida en la cual la mayoría de los hombres trabajan como esclavos o pasan su vida dedicados al comercio- que siempre es vil- y sólo una pequeña elite, tiene la posibilidad real de ocuparse y preocuparse de los asuntos que van más allá de la mera obtención y conservación de lo que es necesario para la vida, de los asuntos de la vida material digna de esclavos y seres inferiores en demasía. Acá entramos en los fundamentos de esa idea porque cuando la reproducción de la vida material se realiza bajo el imperio exclusivo de la *mercancía*, creando continuamente la miseria que es característica del Estado capitalista, conceptos como lo *bueno*, lo *bello* y lo *verdadero* trascienden a esta vida de anarquía, de lucha, inferioridad y contradicciones. Toda esa vida material, de por sí superflua, no tiene posibilidad frente a la vida que realmente interesa al hombre y los problemas que le aquejan, o sea, la verdad y el bien supremo, los bienes y la alegría suprema que quedan separadas por un gran abismo de sentido. Por consiguiente, esa vida y bienes son un lujo. La reivindicación posterior por parte de la razón dominante- que a través de los siglos confluye en la lógica del Estado capitalista- de autores como Aristóteles se debe a que éste racionaliza esa situación de superioridad de la vida contemplativa sobre la material. De hecho, la mayor parte de los autores griegos de la época son reivindicados en la medida que sostienen esa postura mientras otros autores como Tucídides son relegados a los confines de la historia. En Aristóteles, la ciencia primera cuyo objeto es el bien y el placer supremo, solo puede ser obra del ocio de algunos pocos para quienes las necesidades vitales están aseguradas. Otra vez aparece la idea que la vida contemplativa, con su teoría idealista- cuyo máximo exponente es Platón con su parábola de la caverna- que además es patrimonio de una élite porque está vedada a la mayor parte de los hombres a través de las barreras sociales que se sostienen a partir de ciertas estructuras políticas, económicas, sociales y culturales férreamente establecidas que caracterizan y dan sentido a un régimen determinado. Desde ahí arranca la idea de la cultura como elemento central de la praxis e idea del mundo dominante. En palabras simples, la filosofía griega, como máxima exponente de la teoría antigua, cuando habla de la superioridad de las verdades situadas por encima de lo necesario y de lo que es parte de la vida

material se refiere también a lo socialmente superior, es decir, las clases superiores que son las depositarias de esa verdad. En la medida en que es así esta teoría contribuye a consolidar el poder de la clase que precisamente domina, contribuye a consolidar el poder social- político de esa clase cuya función consiste en hacerse cargo de la verdad y bien supremo. Al respecto, en *Cultura y Sociedad* Marcuse dice:

“Detrás de la separación ontológica y gnoseológica entre el mundo de los sentidos y el mundo de las ideas, entre sensibilidad y razón, entre lo necesario y lo bello se oculta no sólo el rechazo, sino también, en alguna medida, la defensa de una reprobable forma histórica de la existencia. El mundo material (es decir, las diversas formas que adoptan los distintos miembros “inferiores” de aquella relación) es, en sí mismo, mera materia, mera posibilidad, que está vinculada más al no-ser que al ser y que se vuelve realidad sólo en la medida en que participa del mundo superior. En todas sus formas, el mundo material es precisamente materia, elemento de algo diferente que le otorga valor. Toda la verdad, todo el bien y toda la belleza puede venirle sólo “desde arriba”: por obra y gracia de la idea. Y toda actividad del orden material de la vida es, por su propia esencia, falsa, mala, fea”

La miseria de la esclavitud del hombre, la degradación de su trabajo y las cosas como simple mercancía que cumple la función de generar riquezas para los grupos favorecidos por el régimen político dominante, la tristeza, la depresión, la banalidad, inferioridad y sordidez en las que se reproduce estas relaciones materiales de existencia de los hombres, están más allá del interés de la filosofía idealista porque no son la realidad genuina de la vida superior que es su objetivo. Debido a su inevitable materialidad, la praxis que funda esa vida inferior no aspira a buscar la verdad absoluta, el bien supremo, la idea de lo bello o bueno, por lo que este asunto queda en manos del quehacer teórico. Esta banalización de las necesidades materiales del hombre, que se funda en la separación entre los valores ideales y materiales, nos conduce a la despreocupación idealista por lo que se relacione con los procesos materiales de vida y que es una postura tan típica y característica de la razón capitalista, por lo menos en cuanto a las formas en que plantea teóricamente su control sobre la mayoría. De hecho, lo principal de la cultura dominante, su base por decirlo de alguna manera, se da por el hecho que crea una forma eterna y metafísica de las relaciones entre lo necesario y lo bello, entre la materia y la vida que viene desde la época de la Grecia antigua. Pero con la venida del Estado capitalista y la época de los burgueses, la teoría de las relaciones entre lo necesario y lo bello, entre el trabajo y placer, experimentó modificaciones muy importantes por la propia necesidad de control que implica esa situación

histórica. En primer lugar, con la llegada del capitalismo- por lo menos en lo teórico- desaparece la idea según la cual la ocupación profesional con los valores, la verdad absoluta y con el bien supremo de la filosofía en general, es exclusivo patrimonio de una clase social. Aunque en los hechos es así, en lo teórico esa concepción es reemplazada por la tesis de la universalidad de la cultura. Si bien la teoría de la Grecia antigua y de ese particular estado de la historia de la humanidad nos dicen tal vez con las mejores intenciones que a la mayoría de los hombres solo les queda pasar la mayor parte de su vida preocupándose de cuestiones terrenales, de la economía doméstica y de las necesidades urgentes, mientras que sólo una pequeña parte podría dedicarse al placer y la verdad contemplativa, con la llegada del Estado capitalista esa situación se modifica porque la buena conciencia de las que nos hablaron los filósofos griegos ya no existe. Es la libre competencia la que debe imponerse de ahora en más mientras el automatismo del mercado, que de este modo irá desarrollándose, opone al hombre como comprador- vendedor de mercancías. Así, la inferioridad de la vida material sobre la contemplación filosófica, de la materia sobre la esencia, será velada en exclusivo beneficio de consolidar otras formas de control. Ahora, el carácter puramente abstracto al que en su momento son reducidos los hombres en sus relaciones sociales, se extiende también al manejo de los bienes ideales. Bajo las necesidades de las nuevas formas de control del Estado capitalista ya no es verdad que algunos hombres hayan nacido para el trabajo y otros para el ocio, que unos hayan nacido para lo que es necesario y material y otros para lo bello y lo espiritual.

La cuestión es que en el Estado capitalista la relación del sujeto con el mercado es inmediata por el solo hecho que las características y necesidades de los sujetos sólo tienen importancia como mercancías que crean valor. Sin embargo, su relación también es inmediata con la belleza, con Dios, con lo que se considera bueno y con la verdad, sea esta absoluta o parcial, objetiva o ligada a intereses de los grupos de poder. En tanto seres abstractos, todos los hombres deben tener igual participación en los valores auspiciados por el burgués. De ahí las ideas de la igualdad, libertad y fraternidad. Pero así como en la práctica de la vida material se separa el producto del trabajador (que es el productor) y se lo independiza bajo la forma nueva y general del bien, así también en relación a la praxis cultural se consolida su contenido como valor universal, que compete a todos. Entonces, a partir del proceso de *fetichismo de la mercancía*, que sustenta esa falsa relación de igualdad entre la *fuerza de trabajo* y el *capital*, ahora la encontramos en la base de la cultura y del saber dominante de manera que la bondad de una acción moral o la verdad de cualquier juicio filosófico, la belleza de una obra de arte deben, por su propia esencia, afectar, obligar y agradar a todos, es decir, sin distinción de sexo y nacimiento pero en primer lugar sin distinción de la posición que a cada cual corresponde en el proceso de producción. Bajo esa falsa relación de igualdad

y universalidad el trabajador se somete a los valores culturales dominantes. Tienen que incorporarlos a su vida, y dejar que ellos penetren e iluminen su existencia de forma que la dominación de las minorías sobre ellos mismos no sea puesta en entredicho.

Cultura, poder y felicidad.

Hay una idea de *cultura* que para la emancipación social y política del trabajador (tema que nos ocupa desde el surgir mismo del Estado capitalista y sus múltiples expresiones de poder) se convierte en instrumento central en ese sentido que supone y expresa la vinculación del espíritu y del alma del hombre con el proceso histórico definido a partir de la lucha de clases como motor de este proceso. Esta idea, que analizaré en todas sus implicancias más adelante, se refiere a la totalidad de la vida social, a cierta globalidad en el sentido que considera todos los aspectos en que el hombre se desenvuelve, en la medida que considera tanto el ámbito de la reproducción ideal del hombre, es decir, de su cultura en sentido restringido, como un mundo espiritual que reivindica el alma y la felicidad abstracta, pero también como el ámbito de la reproducción material de la vida del hombre que tiene en consideración el devenir histórico y las diversas fuerzas sociales que participan y dan sentido a la civilización que pudimos conseguir en ese proceso. Entonces, esa idea de la cultura es parte de una unidad histórica diferenciable y aprehensible ya que reivindica esta simbiosis del hombre que nos conduce al *ser genérico*. Pero, en contraposición con esa idea de cultura como totalidad que reivindica los valores del ser genérico, existe otra idea muy bien difundida según la que el mundo espiritual, el alma, sus ámbitos y sus espíritus, son abstraídos de una totalidad social elevándose la cultura a la categoría de un falso patrimonio colectivo y falaz universalidad que solo termina por reforzar la racionalidad dominante. Ese concepto de cultura falso, de una universalidad que no lo es, termina reivindicando expresiones como los de *cultura nacional* o de *cultura latina* (solo por poner ejemplos contrarios a la universalidad de la cultura) que al fin contraponen el mundo espiritual y sus almas al mundo material, en la medida que confronta la cultura en tanto reino de la ética y de los valores propiamente dichos y de los fines últimos, al mundo de la utilidad social y fines mediatos, que tienen que ver con las urgencias de los trabajadores para reivindicar no solo la dignidad de sus funciones sociales sino también la supervivencia del hombre en tanto especie. Esta idea de la cultura, que es característica de los grupos de intereses dominantes, distingue entre *cultura* y *civilización* (en tanto esta última tiene que ver con el devenir de la historia, como producto de la lucha de clases que se da en el proceso histórico) donde la civilización queda sociológica y valorativamente alejada del proceso social y racional. Esta idea surge en el terreno de una determinada forma histórica

de cultura que- en tanto reivindica los preceptos de los grupos dominantes- es una cultura de élite. A partir de esta cultura que domina sobre las mayorías a través de múltiples procesos y formas históricas e ideológicas que responden a esta necesidad de dominio tales como las instituciones del secuestro de los hombres en tanto trabajadores, es posible comprender en toda su amplitud la idea de cultura que responde a la época que se consolida el Estado capitalista y que a lo largo de su desarrollo conduce a la separación del mundo anímico-espiritual, en tanto reino independiente de los valores, de la civilización y su historia, colocando a ese mundo del espíritu por sobre el mundo material que así es denigrado a favor de las necesidades de control y dominio del capital. Su característica primera es la afirmación de un mundo valioso, más allá de la simple materialidad, un mundo que es además obligatorio para todos y que es afirmado incondicionalmente porque es eternamente superior. Este mundo espiritual que reafirma la cultura dominante es diferente del mundo real en la que se produce la lucha cotidiana por la existencia y la sobrevivencia de los trabajadores, pero que todo individuo desde su interioridad y espiritualidad, sin modificar esa situación fáctica de explotación del hombre, puede realizar por sí mismo. Sólo en esta cultura la actividad y objetos culturales obtienen la dignidad que los eleva por encima de lo cotidiano.

Aunque apenas hace unos siglos, con la llegada del Estado capitalista más bien, la distinción entre *civilización*- entendida como devenir histórico- y la *cultura dominante* se convirtió en herramienta terminológica del saber y de las ciencias del espíritu. La situación que nos manifiesta esta distinción es característica de la praxis vital y de la concepción del mundo de la cultura de los dominantes que se construyó a partir de la consolidación del capitalismo. *Civilización, historia* y *cultura* entonces son parte de una distinción que va más allá de una traducción de la antigua relación entre lo útil y gratuito, entre lo necesario y lo bello en los términos de autores como Platón, Aristóteles y en general de filósofos representantes de esa época. Es que al internalizar lo gratuito, el arte y bello, la bondad o la felicidad del hombre y transformarlos, mediante la cualidad de obligatoriedad general y belleza sublime, en valores culturales de los dominantes, de los burgueses, se crea en el campo cultural y de la falsa historia un reino de unidad y de libertad aparente en el que son apaciguadas y dominadas todas las relaciones antagónicas de la existencia del hombre que se relacionan con la conversión del trabajador en mercancía. La cultura en términos dominantes afirma y oculta las condiciones sociales de vida, de explotación, nos oculta la falsa relación de igualdad establecida entre el capital y la fuerza de trabajo y así actúa la ideología dominante. Para la época antigua, anterior al Estado capitalista, el mundo de lo bello, de la felicidad y la ética, que necesariamente se sitúa más allá de lo necesario y del materialismo vulgar de acuerdo a esas ideas, es un mundo de felicidad, de gallardía y placer en su máxima expresión. La teoría antigua en realidad en

ningún momento y bajo ninguna circunstancia histórica llegó a dudar que los hombres se interesan en este mundo. En última instancia, en este mundo la satisfacción terrenal de sus necesidades se relacionaba con la felicidad. Fue el temor a luchar por la felicidad la que finalmente impulsó a la filosofía y el saber del hombre en general a separar lo *bello* de lo *necesario* de forma de mantener la exigencia de la felicidad en una esfera separada para dormir más o menos tranquilo. La *felicidad* de este modo, gran cobarde y timorata, queda reservada a un ámbito exclusivo, para que por lo menos pueda existir. La felicidad entonces es el placer supremo que el hombre solo puede encontrar en el idealismo, en el mundo espiritual y en el saber filosófico relativo a lo verdadero, bueno y bello. Esa felicidad planteada por el saber dominante se caracteriza entonces por una oposición tremenda respecto a la cultura popular que nos habla del devenir de la historia. Sus características son totalmente opuestas a la facticidad material. Mientras el mundo espiritual se presenta como permanente, la realidad del hombre, es decir, el mundo material se presenta como cambio y mientras el mundo espiritual es puro el material es impuro. Uno es lo libre en el mundo de los cielos y en el paraíso y el otro es el reino de la necesidad donde esa libertad no es posible. El sujeto abstracto del que habla el Estado capitalista en su proceso de consolidación, que con el comienzo de su época se presenta además como el sujeto de la praxis, se transforma, en virtud de la nueva organización social, en portador de una exigencia de felicidad que va más allá del saber antiguo. El sujeto abstracto, el hombre entendido como mera fuerza de trabajo convertido en mercancía, ya no es el representante de generalidades superiores al modo de los filósofos de la antigua Grecia, sino que en tanto sujeto individual y particular debe él mismo hacerse responsable del cuidado de su existencia, de la satisfacción de sus necesidades para luego situarse ante sus objetivos, sin mediación social, eclesiástica y política del régimen feudal. En la medida que la producción bajo el Estado capitalista se desarrolla de manera no antes conocida en el sentido que genera riquezas y adelantos tecnológicos y mecánicos en su máxima potencia, al sujeto se le desafía a plantearse mayores aspiraciones individuales en una realidad de creciente producción que llena con mayor cantidad de objetos de satisfacción posible bajo la forma de mercancía. En este sentido se define ahora la emancipación burguesa del sujeto en tanto significa la posibilidad de lograr una felicidad que deriva en producción y en consumo desenfrenado como se desarrolla bajo el paradigma neoliberal, es decir, consumo desenfrenado para algunos, miseria, pobreza y exclusión para otros. El problema para la cultura dominante radica exactamente ahí, en ese proceso de consumo para unos y exclusión para otros, porque ahí desaparece la validez universal de la felicidad al convertirse la igualdad abstracta del sujeto, que es típica de la formalidad del Estado capitalista, en fundamento

de la desigualdad del hombre. Sólo una pequeña parte de los asalariados tiene la posibilidad de adquirir todo lo necesario para *comprar* su felicidad.

Es simple: la igualdad del hombre desaparece cuando se trata de las condiciones para obtener los medios que conducen a ella. Para el trabajador en general, que tiene que recurrir a la burguesía en su lucha y disputa contra el feudalismo, la igualdad abstracta sólo tiene algún sentido como igualdad que se hace concreta. Por el contrario, a la burguesía que por fin se hizo con el poder y fundó un nuevo Estado, que fue capaz de liberar todas las fuerzas de la revolución, le bastó la igualdad abstracta para gozar de la libertad y la felicidad individual real al poder disponer, a diferencia del trabajador, de las condiciones materiales capaces de proporcionar esa satisfacción y felicidad. El atenerse a la igualdad abstracta creó una de las condiciones del dominio burgués que, sin embargo, también conduce al proceso inverso, es decir, a poner en peligro esa dominación en la medida que se pasa de lo abstracto a lo concreto. Es de lo que hablo cuando pienso en profundizar la democracia, cuando en la lucha cotidiana por nuestras necesidades y su satisfacción, lo que hacemos es plantear el objetivo de ir desde la formalidad de los derechos a su concreción. Lo interesante es que más allá de la lucha por el sentido de la felicidad, del saber y de las cosas en general, el proceso de reafirmación del Estado capitalista fue posible porque los burgueses eliminaron el carácter general de la exigencia de felicidad a partir de la necesidad de poder extender la igualdad a todos, sin denunciarse a sí misma y sin decir abiertamente a los dominados que no habría modificación alguna con respecto a la mejora de las condiciones de vida de la mayoría de los hombres. A medida que la creciente riqueza social transformó en posibilidad concreta la realización efectiva de la exigencia general, esto se hizo cada vez más difícil, mostrándonos el fuerte contraste entre la riqueza y la miseria. De esta manera, la exigencia de una felicidad abstracta y general se transforma en postulado, y su objeto, en una idea. El destino del hombre a quien le está negada la satisfacción general en el mundo material queda hipostasiado como ideal en el mundo espiritual que puede tomar la forma de paraíso al modo de la mayoría de las religiones, del más allá. A la fe en la eternidad de un orden restrictivo impuesto por Dios de acuerdo al poder feudal ellos opusieron su fe en el progreso capitalista, en un futuro mejor, en la productividad y el desarrollo bajo los términos del Estado capitalista que a su vez reproduce su lógica de la cultura. A las demandas de los sectores populares disconformes con el Estado y con el régimen bajo los paradigmas capitalistas, los dominantes opusieron su cultura construida a partir de la *fetichización de la mercancía* que se despliega a través de las instituciones del secuestro del tiempo y vida de los trabajadores. La respuesta de la burguesía fue la cultura dominante que afirma los valores que también son dominantes. Esta es, en sus rasgos fundamentales, idealista porque a las continuas penurias de los trabajadores, del individuo aislado, responde con

una humanidad y con una felicidad falsamente universal, abstracta, imprecisa e inexacta. Al mismo tiempo, a la miseria corporal del hombre responde con la belleza del espíritu, a la servidumbre que deriva de éste entendido como mercancía responde con la libertad interna, al egoísmo brutal, con el reino de la virtud del deber y la ética. Luego, al estabilizarse de esta manera el control y dominio burgués, ellos se colocan, con creciente intensidad, al servicio de la represión de los sectores y grupos insatisfechos y de la justificación de su poco probable superioridad. Encubren así la atrofia corporal y psíquica del sujeto bajo la idea de una cultura dominante y un régimen que milita en favor de una democracia sumamente indefinida y formalista. El idealismo burgués desgraciadamente no es sólo una ideología que funda una cultura, una razón y lógica dominante. Ese idealismo además manifiesta una situación válida en el sentido de contener no sólo la justificación de las maneras actuales de vida del trabajador, sino también el dolor que provoca su presencia en la realidad de los sujetos. Este idealismo no sólo tranquiliza y desmoviliza, conforma y reprime sino que también nos recuerda la validez de la lucha, lo que podría ser en otro contexto histórico. El gran arte de la cultura de los dominantes es haber creado no solo el dolor, la miseria y la tristeza como fuerzas eternas y contradictorias del mundo material que solo se resuelven en el mundo del más allá, sino que además sería capaz de reivindicar en la conciencia del hombre la resignación irreflexiva y el conformismo ante lo cotidiano, ante la irracionalidad de una realidad de opresión. Este arte, al elevar el dolor, la miseria, la exclusión, la penuria y la tristeza, la soledad y la depresión, a la categoría de fuerzas metafísicas, al oponer a los sujetos y enfrentarlos con los Dioses, sin mediación social, en una pura inmediatez espiritual, contiene, una verdad superior relacionada con un mundo que sólo se cambia haciéndolo desaparecer. Así la cultura del hombre, si en verdad quiere ser popular, tiene que hacerse responsable de la pretensión de felicidad de los sujetos. Pero los antagonismos sociales y políticos, que se encuentran en la base de la cultura dominante, sólo permiten que esta pretensión ingrese en la cultura de forma internalizada bajo los términos de la lógica del Estado capitalista. Por eso la necesidad de superar esa cultura y su pretensión de felicidad, sus definiciones sobre lo bello o lo hermoso.

Bajo la tiranía de un Estado y un régimen que se reproduce a través de la competencia económica, a través del mero intercambio entre mercancías, donde los trabajadores tienen todas las de perder en favor de los intereses de la acumulación privada del capital, la exigencia de que el todo social alcance una existencia feliz es ya de por sí una tremenda rebelión contra esa cultura dominante. Lo que digo es que bajo los términos racionales del humanismo, reducir al hombre al goce de la felicidad terrenal no significa restringirlo al trabajo material, a la ganancia y plusvalía, y someterlo a la autoridad de las fuerzas económicas que mantienen la vida del todo. La nueva aspiración de

felicidad es tremenda porque tiene una resonancia y un influjo muy peligroso bajo la lógica de un régimen político que proporciona a la mayoría penurias, pobreza, exclusión, trabajo alienado y explotación. La auténtica satisfacción del sujeto en la búsqueda de la felicidad o de cualquier otra necesidad, no se logra en una dinámica idealista que posterga su realización o la convierte en el afán por lo no alcanzable. Sólo oponiéndonos a la cultura dominante es posible buscar esa satisfacción porque ésta se presenta como exigencia de una auténtica modificación de las relaciones materiales de existencia, de otra organización del trabajo y el placer.

Mientras el idealismo entrega la tierra y todos los recursos y medios productivos, al hombre y su fuerza de trabajo, su felicidad y ética, al Estado capitalista al mismo tiempo, por ese solo hecho, vuelve irrealizable su idea de felicidad y satisfacción. Simplemente se conforma con el cielo y el alma. De ahí que es el materialismo el que se preocupa por la felicidad y lucha por su realización en el devenir de la historia. Esta conexión se ve claramente en la filosofía de la ilustración y sus pretensiones de igualdad, de fraternidad y de libertad. El idealismo puede prometernos una felicidad eterna y acunarnos en hermosas quimeras, en espíritus y paraísos celestiales, conduciéndonos a ellas pero a costa de nuestra vida real, del placer y urgencias. La filosofía y el saber fundado en el mundo material, diferente y más sabio que el idealismo, sólo puede admitir una felicidad temporal, de lucha permanente. A partir de ahí ya podemos definir a los intelectuales y filósofos al servicio del idealismo como hombres muy severos y tristes, duros y alienados al mismo tiempo que nosotros, riéndonos de sus irracionalidades, seremos tiernos, alegres y más o menos amables. La cultura dominante y sus seguidores abstraen el alma de su cuerpo mientras nosotros- los marxistas- abstraemos el cuerpo del alma. La cultura dominante es inaccesible al dolor y al placer, a lo relacionado con el hombre y sus experiencias, mientras que nosotros estamos orgullosos de sentir tanto el uno como el otro para actuar en consecuencia. Dirigidos a lo sublime del alma, la cultura dominante se eleva sobre los acontecimientos y los hechos cotidianos- históricos al tiempo que se creen auténticos hombres cuando en realidad, al negar las necesidades y urgencias del sujeto, la lucha por determinados intereses y por una cosmovisión de la vida, la felicidad o el placer, dejan de serlo porque están abstrayendo al hombre precisamente de sus necesidades, inclusive de las espirituales. Nosotros en la medida en que admitimos el dominio, pobreza y servidumbre respecto al capital y su lógica, estamos en condiciones reales para luchar por el hombre y su felicidad aquí en la tierra reivindicando de esa manera su cotidaneidad. Solo en la lucha está la felicidad de la vida. Es que desde este punto de vista no podemos reconocer en lo inmediato ninguna otra vida más que la de este mundo. La cultura dominante sin embargo recogió, con su idea de la humanidad pura y abstracta, formal y superflua, la exigencia histórica de la satisfacción general

del sujeto. El problema para la cultura dominante y su idealismo está en que si consideramos la naturaleza tal como la conocemos, según las leyes que en ella se encuentran, vemos que no existe nada superior a la humanidad en el hombre. En este concepto se resume todo lo dirigido a la noble educación del hombre para la razón y para la libertad, para la movilización y la lucha, para los sentidos e instintos más delicados y para la realización y dominio de la tierra y sus recursos con el fin de satisfacer las necesidades de todos en un ámbito de respeto por el ambiente y biodiversidad. Desde esta perspectiva, todas las leyes del hombre y formas de gobierno solo pueden tener como fin que cada uno pueda ejercitar sus propias fuerzas de modo de conducirse con un goce más hermoso y libre de la vida. La realización suprema del sujeto en tanto reivindica al ser genérico queda vinculada a una comunidad de sujetos libres en el sentido humanista y trabajadores razonables que a partir de la gestión popular de la agenda pública buscan el bien común. En ese régimen popular todos tienen posibilidades de desarrollo. Incluso el propio concepto de *sujeto*, que a través de la lucha histórica contra los regímenes opresores se mantuvo vivo, abarca por encima de las contradicciones sociales, a todos. Nadie libera al sujeto de la carga de su existencia porque toda la riqueza y pobreza, la justicia e injusticia, el neoliberalismo y el humanismo, el bien y el mal, lo bello y lo feo, la infelicidad y la felicidad proceden de él mismo, de sus acciones y reacciones y así repercuten sobre todos. Simplemente estoy diciendo que los sujetos se encuentran en relación inmediata consigo mismo sin ninguna mediación terrenal o celestial. Por esto está también en relación inmediata con los demás hombres.

La cultura popular, en contraposición a la dominante significa más que una realidad un poco mejor, un mundo más noble. Significa una existencia a la que se llega a través de la transformación del orden material de la vida en beneficio de los intereses de las mayorías. El saber dominante solo reacciona transformando la bondad, la felicidad y necesidades del sujeto, su dignidad y valor, en un estado interno del hombre en el sentido que la mayor parte de las ideas del hombre (como la libertad, la bondad, la belleza y la felicidad) se convierten en cualidades del alma que nada tiene que ver con las necesidades del hombre. En este sentido, no está capacitada para comprender *lo humano*, el conocimiento de la grandeza de los tiempos o la valoración de la lucha y de lo sublime que podemos encontrar en la Humanidad. Lo central de esta idea de la cultura dominante es que es funcional a los intereses de las élites de forma que una situación de este tipo solo puede derivar en un actuar que no está dirigido contra el Estado capitalista y la lógica que expresa a través de sus regímenes políticos. Muy por el contrario, la cultura popular se dirige al hombre en su materialidad más significativa de manera que busca resolver los problemas que lo aquejan por doquier. La cultura popular dignifica lo ya dado y no intenta sustituirlo por algún concepto característico del idealismo

siempre abstracto. La cultura dominante eleva al sujeto en su dignidad; sin embargo, no lo libera de su sometimiento de forma que esa dignidad es falsa porque no se concretiza en hechos que mejoren la calidad de vida del pueblo. Habla de la dignidad y de la libertad del hombre pero no se preocupa por la efectiva situación de éste en tanto *mercancía* bajo el Estado capitalista. El alma, que es la que en verdad sirve de base a esta concepción dominante de la cultura, es algo más que la totalidad de fuerzas y de mecanismos psíquicos (que son objeto de la psicología empírica) porque alude, reivindica, defiende y se basa en el ser no corporal del hombre para seguir negando cualquier reivindicación de la dignidad y necesidad del sujeto. El alma vendría a ser un reino intermedio, no dominado, entre la inmovible autoconciencia del pensar puro y la certeza físico-matemática del ser material. Precisamente lo que después constituye el alma del hombre, es decir, los sentimientos, los instintos, los deseos y los anhelos del sujeto, quedan, desde el inicio, fuera de la razón; esto no significa que sean incorporados en la razón dominante como forma de reforzar el control sobre las mayorías. La distancia que separa la filosofía de la razón con respecto al alma y el espíritu hace referencia a una situación central para que el Estado capitalista pueda continuar ejerciendo su control. En el proceso social de la producción capitalista, que deriva en la cosificación y mercantilización de las relaciones sociales, el alma no tiene participación de manera que el *trabajo* es reducido al *trabajo abstracto* que posibilita el intercambio de productos de ese trabajo como *mercancía*. De esta manera, el reino del alma, de una vida interior en contraposición con la materialidad de los sujetos, es el correlato de las riquezas de la vida exterior recientemente descubierta. El interés por la situación individual del alma formaba parte del programa de vivir integralmente. Vista desde la plenitud de la cultura dominante, es decir, desde los siglos XVIII- XIX, esa pretensión anímica se presenta como promesa que otra vez el capitalismo no cumple. La idea del desarrollo natural queda e incluso es reivindicado pero significa, sobre todo, el crecimiento interno. Es que, siempre desde el punto de vista del idealismo que extravía nuestros sentidos, en el mundo externo el alma no se desarrolla libremente y apela a la fantasía, a la brujería y al mito. Lo que así nos esconden es que la organización del mundo, a través del proceso de producción capitalista, transforma el desarrollo del sujeto en una mercancía que se desenvuelve en una realidad de competencia económica y lo hace depender del mercado en cuanto a la satisfacción de sus necesidades. Con el alma, la cultura dominante incluso protesta contra la cosificación del sujeto para sin embargo caer en ella. El alma es protegida de los designios fatales de las persistentes imperfecciones del hombre de manera que se convierte en el único ámbito de vida que no se incorpora al proceso social del trabajo. El alma ayuda a los hombres a conformarse, los ayuda a aquietarse porque este concepto proporciona un sentimiento falaz de la existencia, una vida interna

ideal que es separada de lo real y de las posibilidades más secretas e íntimas de su vida, destino e historia. Si profundizamos incluso un poco más en el concepto del *alma* vemos que desde su origen, y en el lenguaje de todas las culturas, esta es un signo en el que se resume todo lo que no es el mundo. Y con esta cualidad negativa se convierte el alma en la única garantía, aún no mancillada, de los ideales de la cultura dominante.

El alma sublimiza la resignación, el conformismo y aquieta nuestra voluntad de poder lo que solo redundaría en la consolidación de los valores de la cultura dominante. En un régimen que se determina por la ley del valor económico, el intercambio de mercancías y primacía del derecho a propiedad como valor primero en la organización de la vida, el ideal que sitúa al ser genérico en toda su dignidad, es negado en beneficio del sujeto abstracto que está por encima de las diferencias sociales, políticas y naturales que además nos afirma que entre los hombres debe privar la verdad, el bien y la justicia, pero en el ámbito formal. De hecho, la salvación sólo proviene del alma y del espíritu puro. Lo demás es simplemente inhumano, está desacreditado en sus formas porque sólo el alma carece de valor de cambio. El valor del alma, que no depende del cuerpo no puede ser convertida en mercancía. Existe un alma sublime y bella, trascendente y digna en un cuerpo feo, intrascendente y poco digno. Existe un alma sana en un cuerpo enfermo y una noble en un cuerpo mezquino. A partir de estas ideas la libertad del alma se usa para disculpar la miseria, martirio, la esclavitud y servidumbre del cuerpo. Entonces, el alma está al servicio de la entrega ideológica de la existencia del hombre a la necesidad de la economía del Estado capitalista. De hecho, quien ve a través del alma, ve, más allá de las relaciones económicas, al hombre en toda su plenitud de acuerdo a los preceptos dominantes porque cuando es el alma quien habla se trasciende la posición y valoración contingente del sujeto en el proceso social. El *amor* rompe las barreras entre los ricos y pobres, entre los superiores e inferiores, entre dominantes y dominados de forma que la lucha es negada a partir de este falso amor por el hombre y su felicidad. El alma se desarrolla, a pesar de las miserias sociales, en el interior del sujeto que se convierte en algo ajeno a su dignidad. Pero, bien entendida, la libertad del alma no se refiere a la participación del hombre en un más allá eterno, en donde al final todo estará bien. Presupone en todo caso una verdad superior que afirma que en la tierra es posible una organización de la existencia social en la que la economía no es la que decide acerca de la vida del sujeto y así es reivindicada la vida. No sólo de pan vive el hombre. Esta verdad no queda eliminada por la falsa interpretación que el alimento espiritual es un sustituto suficiente de la carencia del pan tan necesario para la vida material.

La libertad interna en el proceso de alienación.

Así como el alma escapa a la ley del valor del Estado capitalista, lo mismo sucede con la cosificación de las relaciones sociales de acuerdo a la dinámica del proceso de *fetichización de la mercancía*. De hecho, casi es posible definirla afirmando que todas las relaciones sociales, así cosificadas, eventualmente podrían superarse en lo humano. En este aspecto es que el alma viene al rescate de los valores de la cultura dominante. El alma es quien funda una amplia comunidad interna de los hombres que además se extiende a través de los siglos. En primer lugar, el idealismo contrapone el *alma* al *cuero del sujeto* en el sentido que cuando se la considera como ámbito fundamental de vida, se afirma que el hombre- en el proceso de búsqueda de su felicidad- debe renunciar al sentido en tanto que esos sentidos son parte de un ámbito irrelevante con respecto al mundo espiritual. Desde esa postura ideológica que arranca con la filosofía de la antigua Grecia, sus héroes y sus tragedias, se milita a favor de someter los sentidos naturales del hombre al dominio del alma. Indiscutiblemente, la cultura dominante es quien adopta esta posición porque le ayuda a reforzar su control sobre las mayorías. Esta renuncia a los sentidos significa que renunciamos al placer, a la militancia en beneficio del principio de la realidad que conspira constantemente contra el placer y así en contra de un régimen sin *represión excedente*. Esta posición, que nos hace renunciar a los valores más dignos del hombre, presupone la ausencia de conciencia de nuestra desdicha; además admite la posibilidad real de satisfacción bajo la lógica del consumismo del Estado capitalista. Este y los regímenes que solventan cada una de sus irracionalidades, se basa en el renunciamiento en la forma que busca disciplinar al trabajador insatisfecho. Una tarea prioritaria de la cultura acorde a los dominantes es internalizar el placer mediante su abstracción que deviene en una espiritualización de los sentidos y de las necesidades precisas del hombre. Al incorporar los sentidos al acontecer anímico del sujeto, al mundo de la espiritualidad para oponerlo a la materialidad de sus múltiples necesidades, lo sublimizan y controlan esos sentidos. De la conjunción de los sentidos y del alma nace la idea dominante del amor más superfluo que no tiene relación alguna con el amor al prójimo que lleva la solidaridad a su máxima expresión. La espiritualización de los sentidos funde lo material con lo celestial, la muerte de los hombres con su eternidad, el resentimiento con el conformismo y la lucha y el combate con la desmovilización. En la idea del amor bajo los términos de los dominantes se refugia el anhelo de permanencia de la felicidad terrenal, la bendición de Dios, de lo absoluto, la superación del fin inevitable de la vida en tanto que el hombre es un ser absolutamente transitorio. El amante del arte de poder que fundamenta la cultura dominante recurren a ese falso amor para superar

la transitoriedad cotidiana, la injusticia de la realidad, la pobreza y exclusión del pueblo, la servidumbre del sujeto convertido en mercancía y la muerte. El problema es que esta solución, como todas las resoluciones planteadas por la lógica dominante, es una abstracción que busca resolver sobre los métodos de defensa de los intereses de la patronal. Además, la liberación del sujeto se realiza a partir de un régimen que está lejos de militar y edificarse en favor de la solidaridad porque sus estructuras responden a un Estado capitalista basado en la oposición de intereses de clases. El sujeto es considerado como mónada independiente y autosuficiente, un individualista. Su relación con el mundo- tanto lo humano como lo extrahumano- es una relación formal donde el sujeto es en sí el mundo (en tanto yo cognoscente) pero también es una relación abstracta muy mediatizada, determinada por leyes de la producción capitalista de las mercancías. En ambos casos no se supera el aislamiento del sujeto porque su superación significaría el establecimiento de una solidaridad real, lo que supone sobrepasar al régimen fundado en el individualismo por una forma racional de convivencia social.

Aparece el alma- cada vez más despiadada- para evitar los cambios en favor de los hombres, la auténtica solidaridad y conciencia que nos conduce al ser genérico. El alma por lo mismo se asusta frente a la verdad de la teoría que señala la necesidad de modificar de una forma miserable la existencia a través de la praxis revolucionaria. El alma se convierte en un término y factor central de gran utilidad en la técnica del control de los trabajadores donde en todas las épocas se vuelve una prioridad movilizar las fuerzas e instituciones disponibles contra una modificación real de la existencia de la mayoría bajo los designios del Estado capitalista. Con ayuda del alma los dominantes de manera progresiva e ininterrumpida enterraron sus ideales, los conceptos de la libertad, igualdad y fraternidad pero también la idea de felicidad y hasta del saber y de la razón. Decir que lo importante es el alma, es de utilidad cuando lo único que interesa es el poder, control y dominio. El ideal cultural recogió el anhelo de una vida mejor que en sus inicios parecía ser el objetivo de los burgueses pero los conceptos de *humanidad, bondad, verdad, alegría* o *solidaridad* del hombre, a partir de la cultura dominante pertenece a otro mundo, un mundo superior, que es más puro y que definitivamente no tiene relación con la realidad cotidiana del trabajador, con sus expectativas. Estos conceptos que buscan eventualmente una mejoría de las condiciones de vida de las mayorías son internalizadas como deberes del alma individual (el alma tiene que realizar lo que continuamente se viola en la existencia externa) o son presentadas como objetos del arte (su realidad es reducida a un ámbito que esencialmente no es el de la vida real). Entonces, el Estado capitalista liberó al sujeto, pero sólo en tanto persona que debe mantenerse disciplinada. De ahí que al final no fueron liberadas sino secuestradas por las necesidades de la estructura de producción capitalista. De hecho, la libertad del sujeto

dependió desde el inicio de la prohibición de reivindicar el *principio del placer* en tanto milita contra el *principio de la realidad* y primero contra la *represión excedente* del Estado que es capitalista. Este Estado, basado en una sociedad dividida en clases sociales, conoce una sola forma para transformar al hombre en instrumento de placer. Lo hace a través de la servidumbre, de la represión y la explotación del capital sobre la *fuerza de trabajo*. En el nuevo régimen sustentado en principios e interés del Estado capitalista, como las clases dominadas no prestan un servicio inmediato y personal, sino que son usadas mediatamente como elementos de producción de plusvalía para el mercado, se consideró inhumano usar sus cuerpos como fuente de placer por lo que el ejercicio natural de la libertad quedó definido en el uso de las capacidades y el cuerpo de los trabajadores como simple mercancía donde el objetivo es la obtención de mayor ganancia para el capital. En esas nuevas condiciones, la *cosificación* en la fábrica se convirtió en deber moral de los trabajadores al tiempo que la cosificación del cuerpo como instrumento de placer se volvió reprochable, se convirtió en *prostitución*. También la miseria se vuelve una condición de ganancia y poder para los dominantes de forma que la libertad otra vez es falsa. La cultura dominante es la forma histórica a través de la que se conservan, por encima de la reproducción material de la existencia, las necesidades de los hombres de manera que la realidad es una imagen deformada de los valores. Pero, la cultura dominante es una imagen válida de felicidad en tanto en ella existe una parte de felicidad terrenal en las obras del arte burgués. El sujeto goza la felicidad, el bien, el esplendor y la paz, la alegría triunfante. Goza también del dolor y la pena, la crueldad y el crimen. Experimenta incluso hasta una liberación donde encuentra algunas respuestas y cierta comprensión para sus exigencias e instintos. El problema es que en esa cultura el mundo real solo favorece las razones de la élite y sus instituciones. En esa forma de vida que corresponde a la cultura dominante, la felicidad, la solidaridad o la libertad sólo es posible en la apariencia, no vaya a ser que la conciencia nos muestre lo tremendo que es el agujero en que estamos inmersos. El hecho que en el saber dominante exista un alma como fuente de un mundo que por definición es más elevado, que haya un bien superior al de la existencia material y a las necesidades de supervivencia del hombre, nos oculta algunas importantes verdades; en primer lugar nos oculta la posibilidad de crear una existencia y una vida material mejor en la que esa felicidad, sin ser negada, se convierte en un medio de ordenación, solidaridad y felicidad bajo los términos del humanismo.¹³

¹³ Los hombres no tienen por qué matar a sus dioses a la manera en que lo plantea Nietzsche en el famoso, aclamado y poco entendido Zarathustra. Muy por el contrario, hay que reivindicarlos para colocarlos en su lugar, en la defensa del *amor por el prójimo*, como fundamento de un credo y una religión universal, esa que por sobre todas las cosas reivindica la vida de las personas a través de la ocupación y preocupación por el otro, por nuestros semejantes, a partir del amor al prójimo. En ese momento el arte de resistencia y

Fue necesaria una cultura dominante basada en una educación secular, en valores y una ética cobarde y timorata, fue necesaria una historia basada en la formalidad que niega la cultura y el saber popular, la que les permite a las élites moderar y ocultar su verdad, esa que a pesar que nos habla de la libertad, de la dignidad inalienable de las personas, de la autonomía de la razón, de la Humanidad, del amor indiscriminado al hombre, de la justicia, al mismo tiempo trabaja a favor de la humillación general del hombre, de una profunda irracionalidad de las políticas de los regímenes sustentados en el Estado capitalista y del triunfo del automatismo de los mercados sobre un sistema de convivencia más humano. En el terreno de una vida empobrecida por la cultura dominante crece un conjunto de irracionalidades bajo la forma de la trascendencia del alma y de un mundo del más allá. Este es el verdadero milagro de la cultura dominante, es decir, que los hombres pueden sentirse felices, aún cuando no lo sean en absoluto. No interesa que el hombre viva con cierto placer y libertad porque lo que importa es que lo haga tan bien como sea posible, es decir, que viva bajo los valores anímicos y espirituales del saber dominante: la felicidad del placer no racionalizado bajo los dogmas lógicos del capitalismo queda eliminada del ideal de felicidad porque se trata que ésta no viole las leyes existentes. Por último, la personalidad del sujeto se convierte en la realización de la cultura dominante, en el bien supremo que respeta los fundamentos del régimen existente lo que significa respetar las relaciones de poder ya establecidas. Ahora, la disconformidad y las protestas eventuales tienen que ser prudentes, medidas y racionales. La cuestión es que ahora el sujeto es fuente, ya no de conquista de la felicidad y la verdad, sino del renunciar a esa felicidad y verdad. Personalidad es, sobre todo, el hombre que renuncia para que el Estado y su cultura deje que el sujeto exista solo en la medida en que no perturbe el proceso del trabajo y deje librado a las leyes de este proceso, las fuerzas económicas, la integración social del hombre.

de poder, al mostrar la belleza como algo actual y respetuoso de la vida de la comunidad, no podrá tranquilizar el anhelo de libertad y felicidad del trabajador. Esta es una forma más de creación de poder popular, ese que construye la (r)evolución permanente.

Capítulo 7: La historia, lo jurídico- político como desafío al poder.

El final de la historia como factor de dominio, la historia lineal.

Por doquier, desde la imposición triunfal del neoliberalismo, venimos escuchando de que forma ha llegado por fin a término la historia del hombre y de su civilización. Teóricos como Fukuyama directamente nos plantean el final de la historia y el triunfo del gran capital en manos e intereses privados. Sin embargo, este tema viene de bastante más atrás. De hecho, a su manera, las grandes doctrinas en favor propio han intentado terminar con la historia. Por ejemplo, el cristianismo tiene su propia conceptualización de la historia universal que tiene necesariamente un fin celestial, más allá del hombre y de su vida terrena. Esta historia universal del cristianismo (y en general de todas las religiones, tanto las pequeñas como las mayores) arranca con la creación del hombre por parte de Dios y terminan con el juicio final en la tierra para después otra vez empezar con el ascenso del hombre al cielo y la respectiva consecución de la vida eterna en el Paraíso. Es una especie de comunidad angelical en donde el Dios todopoderoso encarna los ideales de sus siervos. Pero, como reacción a esta postura y reivindicando la nueva razón que surge en la tardía Edad Media, se establece el método científico, donde se dan los primeros intentos importantes por escribir una historia universal secular, más allá de los dogmas de la religión. A partir del dominio del hombre sobre la naturaleza y sus recursos ahora surge la tentativa por encontrar nuevas leyes, más acordes con las formas en que se percibe el desarrollo del hombre y de su sociedad. Por ejemplo, Bacon, Descartes y Galileo, son los promotores de esta nueva herejía que violenta los modos de vida de la época secular. A ellos los secundan Concordet y Le Bovier de Fontenelle. Condorcet formula una historia universal que se basa en diez etapas donde a la última aún la razón del hombre- siempre limitada y contradictoria- no tiene acceso. Esta última etapa en tanto fin de la historia se caracteriza por la razón, por la igualdad de oportunidades, por la democracia y por la educación universal del hombre. Sin embargo, tendríamos que esperar hasta la llegada de Maquiavelo para que empezara a cerrar el círculo: fue este teórico quien introdujo la noción de *progreso social o político* y liberó a la política de los prejuicios morales y de las limitaciones y contradicciones que la había sumido la Grecia antigua con su filosofía. Después de Maquiavelo está la tentativa de escribir y defender una historia universal principalmente por parte de los autores alemanes, de los de mayor trascendencia quienes hacen aportes importantes en ese sentido. En primer lugar está Kant, luego Hegel y finalmente Marx y Engels quienes se encargan de bajar el reino de Dios a la tierra para reivindicar esa dignidad

inherente al hombre. En 1784, Kant se pregunta si ese fluir idiota de las cosas humanas no tenía un movimiento regular, coherencia y una direccionalidad determinada. Además, sugería que la historia tenía un fin que llegaría con la realización de la libertad humana y la implementación de una Constitución cívica justa para todos. El mecanismo por el que de acuerdo a Kant se llega a la sociedad ideal no es la razón, como luego nos afirmarían Hegel, sino el antagonismo creado por la sociabilidad del hombre, donde la competencia entre la sociedad civil, la vanidad, el dominio y las ansias de gobernar, son y constituirían la fuente de la *creatividad social*. Para Kant, la historia era una sucesiva destrucción de civilizaciones donde cada destrucción conservaba sin embargo algo del período anterior, y por lo tanto preparaba al hombre en el camino de un nivel de vida superior, que en este caso es representado por el gobierno republicano universal burgués. Para este filósofo, la historia del hombre, en última instancia, era el progreso de la conciencia de la libertad.

Es el sucesor de Kant, el filósofo idealista Hegel, quien perfecciona y desarrolla las ideas de Kant a través de su *método idealista absoluto*. La tentativa teórica de Hegel también tiene relación con establecer normas con un significado que se presentan en el desarrollo de la civilización. De hecho, para Hegel la historia terminó con la Batalla de Jena en el año 1806 y con el establecimiento de los ideales de libertad, igualdad y fraternidad planteados por la revolución francesa y que se materializan en el Estado liberal burgués. Para Hegel, la historia universal es una gradual elevación del hombre y de sus formas de vida a la plena racionalidad y la percepción de cómo esta razón se expresa en el gobierno liberal. La historia no es una simple sucesión o etapa de civilizaciones diferentes con distintos niveles de realización material (no olvidemos que Hegel es un idealista absoluto) sino como sucesión de diferentes formas de la conciencia del hombre. En este punto es influenciado por Kant. En última instancia, el final de la historia de acuerdo a Hegel está en la conciencia de sí mismo. Al igual que Kant, su preocupación teórica principal la encontramos en formar una conciencia humana colectiva, que es dada por el propio desarrollo del pensamiento. Éste es, dentro del esquema el que le da direccionalidad a la historia. Para Hegel, entonces el progreso de la historia no viene dado por el desarrollo de la razón del hombre sino por la interacción compleja de la pasión, es decir, de los conflictos y revoluciones, o, en sus propios términos, de la lucha por el reconocimiento o astucia de la razón. Ese reconocimiento filosófico de la libertad dentro del esquema de Hegel se alcanza a través del Estado liberal, expresión de la burocracia como clase universal. Por su parte, un gran teórico que pone orden en la dialéctica de Hegel y lleva las bases de su pensar por rumbos contrarios- es decir desde el idealismo al materialismo histórico- es otro alemán, Marx. A pesar que para éste la historia también tiene una dirección y un final, su análisis de las condiciones del capitalismo y sus contradicciones lo llevan a la formulación

que el final de la historia no es la sociedad capitalista y su Estado liberal, sino que es la sociedad comunista, cuya etapa intermedia era el socialismo, etapa donde el proletariado (que ahora es el protagonista de la historia y en tanto tal es la auténtica clase universal) debería ejercer la dictadura de sus intereses y necesidades para así implementar las necesarias transformaciones que conducen al hombre y a su civilización a la abolición de las relaciones sociales basadas en la explotación del hombre lo que además implica la abolición del Estado en su carácter y su forma represivo. En este punto Marx se diferencia notablemente en relación a los otros teóricos porque para él el Estado liberal no resuelve la contradicción que precisamente es fundamental en el sistema capitalista, a saber: la explotación de una clase que produce en este proceso la pauperización y la miseria de los que así son sometidos. En sentido contrario a Kant, a Hegel y otros autores del pensamiento burgués, para Marx el Estado liberal no representa la universalización de la libertad, sino la victoria de la libertad para cierta clase, para la burguesía. Esta postura es importante porque es la base desde la que arranca la idea de la historia pensada como lucha de clases, de intereses contradictorios entre la burguesía ahora dominante y el proletariado que a partir de esa realidad tiene diversas opciones como la de terminar con su explotación y alienación derivada de la misma.

Marx lo que hace es desnudar en todas sus implicancias la historia del hombre y los diversos y frustrados intentos de los teóricos anteriores (presos del idealismo en el sentido que no están en condiciones reales de reivindicar y resaltar los valores y las necesidades materiales del hombre por la urgencia de dominio de la razón que les asiste en su ideología) como lo que realmente son: intentos de reivindicar una historia vacía de su contenido, que no tiene relación alguna con la batalla del hombre por procurarse mejores condiciones de vida tanto en lo material como en lo espiritual. El intento de construir una historia universal en base al idealismo, en la primacía de lo espiritual, lo que busca es la negación de la lucha de clases como motor de la historia porque en este caso el Estado capitalista y su régimen liberal no podrían ser el fin de la historia desde el momento que no solucionan las graves contradicciones y contracciones del modelo de producción y acumulación de capital en favor de intereses privados que finalmente van contra el bienestar de las mayorías. De hecho, después de Hegel y Marx, surgieron otros intentos de abordar la formulación de una historia universal en términos abstractos y nada sensatos de manera de zanjar la cuestión en favor de la dominación en términos del Estado capitalista y su liberalismo. Pero, estos pensadores no alcanzaron a tener la relevancia de los anteriores, de Hegel y de Marx para el caso. En esta tarea encontramos a autores como Augusto Comte, a H. Spencer, Toynbee, Spengler y Weber, entre otros tantos de renombre. Más cercano en nuestro tiempo está Francis Fukuyama- para nada considerado hoy entre los grandes

teóricos de la ciencia y de la filosofía política- quien retomando los dogmas kantianos y hegelianos busca elaborar otra reconstrucción de nuestra historia universal.

Lo importante respecto a Fukuyama- teórico al servicio del neoliberal en su acepción más extrema- es que su teoría no surge del aire sino que ésta obedece a una situación histórica concreta en los años noventa y que tiene que ver con la caída del socialismo real en Europa del Este como en la Unión Soviética y el fin de la Guerra Fría. En ese contexto político del gran triunfo provisorio de la versión capitalista del Estado, la pregunta de Fukuyama, la inicial digamos, es que pasó realmente si Marx afirmó que con el comunismo llegaba el fin de la historia en tanto se terminaba la explotación del hombre por el hombre e incluso se extinguía el Estado por lo menos en su acepción represiva con la llegada del proletariado al poder. Según Fukuyama los hechos de esos años demostraron sin más que Marx estaba profundamente equivocado en cuanto a la idea de la historia como una lucha de clases y el comunismo como fin. El argumento central que plantea Fukuyama es que el siglo XX da origen a dos autoritarismos. Uno sería el autoritarismo de la derecha que se manifiesta y expresa a través del fascismo que nos condujo a la Segunda Guerra Mundial, al genocidio judío y otras barbaridades y el otro sería el de izquierda que bajo sus términos vendría a ser el socialismo real o comunismo. Para Fukuyama estos *Estados totalitarios*, a diferencia de las Dictaduras de Seguridad Nacional que se imponen por nuestra Latinoamérica de la mano de los factores de poder nacionales y globales más reaccionarios, lo que buscan es la destrucción de la sociedad civil para controlar la totalidad de la vida del ciudadano. De ahí la característica de *totalitarios*. Por ejemplo, si bien el régimen de Pinochet es una dictadura en sentido clásico- autoritaria y represora- no busca el control de la totalidad de la vida del hombre como sí lo hace el fascismo y el comunismo. Este objetivo totalitario- siempre a partir de los dichos de Fukuyama- fue logrado por estos regímenes durante algún tiempo, una época, un interín histórico, es decir, mientras pudieron ejercer el dominio mediante la fuerte represión de las mayorías a través de los métodos clásicos del autoritarismo. Pero inmediatamente después, una vez pasado aquel marasmo, estas sociedades se sacuden de la represión y se cuestionan la forma en como son gobernadas, generando una crisis de legitimidad que lleva a la caída de esos regímenes y al florecimiento de la democracia liberal en gran parte del mundo. El problema en Fukuyama es que al plantear el Estado capitalista y el régimen liberal como objetivo último del hombre, los países más desarrollados como los Estados Unidos (donde definitivamente el régimen liberal se manifiesta en todas sus “virtudes”) tienen el deber y el derecho de exportar este dogma, la buena nueva del liberalismo a los países menos desarrollados, inclusive a través de la fuerza si fuese necesario. Es así como el autor justifica, en beneficio de la irradiación de la democracia liberal

al resto del mundo, las acciones prepotentes de los Estados Unidos contra los menos desarrollados. Al final en vez de fin de la historia tenemos el inicio de un nuevo autoritarismo tan cercano al fascismo que asusta, no es para menos. Entonces, basta una lectura desprevenida para dar cuenta de la obsesión de autores como Kant, Hegel, Comte, Spencer, Weber o Fukuyama respecto al problema de la construcción de una historia universal: darle una base teórico-filosófica al Estado capitalista y su régimen liberal o neoliberal de manera de implementar sin restricciones una economía basada en el automatismo de los mercados.

A través de la actual lógica de los medios masivos de comunicación y del ámbito académico se suelen ponderar los cambios históricos del mundo contemporáneo, que tienen que ver con la imposición del neoliberalismo a nivel del sistema comercial global, como gran virtud y conquista del hombre democrático, del justo. Aparecen infinidad de publicaciones, de artículos y dogmas que nos hablan de los cambios asociados con el régimen neoliberal a nivel global, persistiendo en estos artículos y publicaciones el predominio de visiones muy optimistas en torno al término *globalización*, que es convertido en una vulgata para el uso de conversos varios, de sacerdotes y creyentes de la ortodoxia neoliberal que todo lo puede, a lo menos desde la visión y punto de vista postmoderno de estos personajes incorregibles. Esta nueva postura frente a la realidad global, postura dominante y por eso muy optimista sobre el devenir del hombre, no se preocupa por el análisis de sus premisas dando por sentada como verdad una serie de espacios comunes que se expresan en su terminología: el sesgo identitario, globalización, gobernabilidad, minorías, exclusión social, nueva economía, comunitarismo, virtualidad, fragmentación y unas cuantas más, que me llevan a concluir que la globalización neoliberal es un hecho si bien indiscutible totalmente reversible. Un hecho político que no tiene relación alguna con un proyecto adoptado conscientemente por el Estado capitalista a nivel global sino antes bien por la urgencia que en su momento derivara en la resolución de la caída de la tasa de ganancia media del capital a través de la cual se impone el *Consenso de Washington* que no tuvo nada de consenso. Resulta curioso que la pretensión que insiste en la virtud del neoliberalismo a nivel global haga suyos algunos supuestos que dice criticar. Por ejemplo, dicen censurar pero creen en el *economicismo*: su razón de control y dominio sobre el trabajador se apoya arbitrariamente en las poco probables verdades de la economía neoliberal sobre la globalización como un hecho de la realidad, sin entrar en el análisis y la crítica del alcance limitado, incluso en términos económicos, de este proceso (desconociendo que las tres cuartas partes del valor agregado producido por la multinacional queda en sus países de origen o que ningún país realmente destina más del 10% de su producción al mercado global, lo que traduce simplemente en el hecho que el 90% que resta se destina al consumo interno de los países, y que

los flujos del comercio global y de las migraciones no alcanzan los niveles de la era del imperialismo clásico, que se desarrolla entre los años 1870- 1914). El neoliberalismo a nivel globalizado logra caracterizarse por la ausencia de un referente histórico, como si todo lo que se presenta hoy fuera novedoso y no tuviera relación alguna con el proceso de formación del Estado capitalista y su dominio a nivel global durante los últimos quinientos años de la historia del hombre, en especial después de la revolución industrial.

Sin embargo, lo que me interesa en este artículo es el culto desafortunado que hacen los neoliberales de la técnica, que es convertida en la panacea para solucionar todos los problemas del hombre, todos los dramas que lo aquejan, sin considerar siquiera las contradicciones inherentes a las relaciones sociales que establece el Estado capitalista bajo su ámbito. Lógica que nos revela un *mecanicismo absoluto* que desconoce las diferencias históricas, las sociales, las políticas y culturales que conducen sin más a la aplicación de las mismas recetas (como sucede con los planes de ajuste auspiciados por los organismos globales de crédito) en cualquier zona del mundo, sin importar para nada las especificidades, la cultura e historia nacional del o los pueblos involucrados. Estamos frente al desprecio por la política como acción, ante la indiferencia, desaire y desdén de las posibilidades de los sujetos sociales y políticos para alterar su realidad a través de la práctica democrática, del debate, del diálogo real y de la participación popular. Es esta postura de la técnica elevada al Olimpo la que sostiene desde el campo del conocimiento que le corresponde puntualmente, la irreversibilidad de las leyes de la globalización neoliberal que le asiste. Esa postura es reaccionaria porque conduce al sector popular al fatalismo, al conformismo y la desmovilización cuando es precisamente la participación y movilización, el compromiso y la gestión popular de nuestros asuntos la única garantía para satisfacer nuestras necesidades y expectativas como mayoría sometida. Sin embargo, al final el análisis de la realidad, de la lógica de la globalización, nos muestra que ésta es resultado de la imposición política de las leyes que responden a intereses imperiales, a las maneras de vida de los centros globales del poder. Nos hablan del fin de la política como acción redentora sin ningún escrúpulo y así se dicen los representantes de la época del consenso, del final de la historia, de la etapa de la postpolítica y se entregan en cuerpo y alma el supuesto de la *soberanía del consumidor* que al final es una de las consideraciones más endeble de la teoría económica de los neoclásicos, pero que al convertirse en base teórica del neoliberalismo, como expresión acabada de la libertad proporcionada por el orden globali, bajo ningún punto de vista es criticada ni cuestionada en sus bases tremendamente irracionales. En el campo de la educación, de la pedagogía y de la enseñanza tampoco hay un cuestionamiento sobre los dogmas que intentan racionalizar la opción neoliberal como tampoco hay un análisis de las implicaciones que conlleva este dominio, encontrándose pocas reflexiones sobre su impacto en

la disciplina histórica, y menos todavía, en el campo de la enseñanza de la historia. Entonces, para derribar los mitos de la globalización neoliberal y sus poco probables méritos en el desarrollo del hombre en primer lugar habría que reivindicar el análisis del impacto del cambio global en la enseñanza de la ciencia social como saber humano, asumiendo en el proceso cuestiones relacionadas con la historia y la importancia que asume la técnica bajo el auspicio del régimen neoliberal y su idea sobre la globalización.

Es innegable el impacto actual que la técnica (expresada en tecnología que produce computadoras, teléfonos y una amplia variedad de dispositivos de comunicación) produce en las múltiples actividades del hombre pero que en el caso de la globalización neoliberal tiende a absolutizar su función y su importancia siendo vista esa técnica como el anuncio de una nueva época en la historia humana donde todos los dramas de la humanidad son resueltos por la fuerza de la técnica y la era de la información en tiempo real. Una etapa de la historia donde finalmente se impone otra economía, una de intangibles y virtualidad, de servicios antes que producción real de bienes materiales que son los que al final generan trabajo, inclusión y bienestar. Me parece que no existe la mínima evidencia empírica que indique que estamos ante una era de la comunicación e información porque aunque el aumento de los servicios y la transferencia de información es real, el régimen político y la economía que sostiene siguen basándose en la producción material. Además, es dudoso, si no es imposible, que la informática y la realidad virtual puedan sustituir de verdad a los elementos materiales de los hombres. Otra cosa es que la técnica ayude en el diseño, en la construcción y en la producción de las estructuras materiales pero bajo ningún concepto puede sustituirla. ¿Alguien puede creer que la estructura material de cualquier ciudad moderna (muchas de las cuales están bajo tierra, como las cañerías, la red de teléfonos el agua, el gas o luz) pueden desaparecer y ser sustituida por una red informática o computadoras? Si la economía inmaterial, tras la cual encontramos la lógica de primacía de la especulación financiera por sobre la producción de bienes de consumo reales y materiales como la vestimenta o los alimentos, es la que domina entonces como explicarnos que actualmente, en el régimen neoliberal, se de un aumento constante y exponencial de residuos y desechos que son propios del desarrollo en términos del Estado capitalista. ¿El asunto de los desechos, del plástico y del reciclaje siempre necesario podrá resolverse con programas informáticos o con internet? Simplemente detrás de esta apreciación sobre las supuestas bondades del crecimiento y desarrollo que domina en el sistema comercial global existe una teoría llevada hasta sus extremos, que además es una postura típica de los neoliberales. Esa teoría tiene que ver con las fábulas del Estado capitalista como el *mito del progreso, de la técnica y el de la comunicación e información*. Estos mitos inciden en el imaginario de los hombres, en las ciencias sociales y también en la educación y enseñanza de

nuestra historia, sobre todo si consideramos que ésta se haya mediada por la *lectura televisiva* que cotidianamente se hace de la realidad, lectura que el profesor de historia y sus alumnos efectúan todos los días y que reproducen a escala familiar- escolar y social los mitos del progreso neoliberal, de esta técnica y la información. El problema es que el manejo de la información en los medios masivos de comunicación como la televisión no nos proporciona una distancia crítica frente a la realidad, no ofrece una adecuada perspectiva histórica a quien observa.

No es de extrañar que el trabajador- así como el profesor y el alumno en general- estén influidos por los mitos del progreso, de la información. En el espacio escolar en particular y en la cultura e historia nacional en general ya penetran con toda su fuerza estos mitos. De hecho, la historia universal que pretendieron constuir autores como Kant, Hegel, Comte (...) se basan en esos preceptos que solo terminan reforzando el prejuicio que el progreso del hombre, de su humanidad, es simple sinónimo de acumulación de bienes materiales, de producción de mercancías y de innovación tecnológica y que, además, es una fuerza incontenible e irreversible que no sería producto de la acción del hombre sino de una ley de la gravedad social, que nos guiaría hacia adelante, a una historia lineal y universalmente burguesa donde la meta es el Estado capitalista y su régimen neoliberal como máxima expresión de dominio de la acumulación privada del capital. Siendo de esta manera ahora no existe ningún obstáculo que impida el avance del progreso. El problema es que estos tres mitos no señalan en ningún momento los costos sociales de las consignas que defienden. Tanto en los medios de comunicación como en la escuela se ensalzan los inventos y nuevos descubrimientos de la técnica mostrando solo su vitud sin ocuparse siquiera de su rostro sombrío. ¿Acaso no están los países donde perdura el neoliberalismo bajo la influencia de un saber, una cultura, una historia y una lógica que reivindica el culto al auto, al teléfono, a la computadora, el televisor y a cuanto implemento técnico es lanzado al mercado? A través del mito de la técnica se racionaliza el sofisma del desarrollo neoliberal que nos dice que los dramas sociales del hombre, con las contradicciones propias del Estado capitalista de producción, son el resultado de carencias e insuficiencias meramente técnicas y por, supuesto, para solucionar estos dramas del hombre basta con dotarlo de sofisticados artefactos e inventos, lo que nos daría una oportunidad para posicionarnos en condición de mayor poder en el sistema comercial globalizado incluso a los países que estructuralmente dependen de las leyes impuestas por los centros globales del poder de decisión. Esos mitos neoliberales, que intentan sostener el dominio de los tecnócratas al nivel del régimen político también llegan al terreno de la historia nacional- universal, de la cultura y de la educación considerando las limitaciones técnicas como primera y principal causa de los problemas en la educación y preparación de los alumnos. Esto no significa

que la técnica no sea importante, lo es, y además no podemos prescindir de ella. La cuestión es no volver absoluta su importancia y considerar que los problemas en educación, en el saber y la cultura del hombre, en las formas en que ésta llega y se expresa socialmente, pueden eventualmente enmendarse como una cuestión técnica.

El método histórico.

Para la razón de los neoliberales, la información (por más superficial o banal que sea) es presentada como sinónimo de *comunicación* y, lo que es peor, como saber del hombre, como su cultura. Así el saber humano pierde sentido al quedar reducido a un proceso de acumulación y procesamiento de información, sin vida, imaginación ni sueños. *Información sin conocimiento* y sin *imaginación* que nos lleva a vivir en un opio del pueblo porque hace creer al trabajador que habita en el mejor mundo posible, en una placentera realidad que anima los valores del consumismo desenfrenado prometiendo un paraíso casi instantáneo que la verdad nunca llega pero entretiene a más no poder. Para la razón neoliberal, las diferencias sociales entre los hombres no son producto de la desigualdad en sus condiciones materiales de vida, que se expresan en el antagonismo de clases sociales, que a su vez es el motor del devenir de la historia, tampoco son producto de las injusticias y explotación de la *fuerza de trabajo* por parte del *capital*, sino producto de un desigual manejo de la información y del acceso a la tecnología de punta. El hombre exitoso, los multimillonarios, son producto de un mejor aprovechamiento de la información, mientras los miserables son consecuencia natural del mal posicionamiento individual en materia informativa. Es decir, la miseria, la pobreza y la marginación es directa responsabilidad del miserable, del pobre y del marginado. En esta lógica, el logos cartesiano es sustituido por el de *Me informo luego existo* y ya no existe el pensar con la gravedad que esto significa. Para estar informado y comunicado debo acceder a más canales de la televisión por cable, tener teléfono portátil o conexión a internet. A eso se reduce todo. Sin embargo, a partir de esa lógica se confunde deliberadamente la comunicación en sentido estricto con el estar conectado a algún sistema electrónico, confusión desastrosa, porque la televisión nunca comunica lo que es real del mundo ni menos reúne a los pueblos. La televisión nos sacia de representaciones que nos colocan en una función de espectadores y nunca de protagonistas. En esta lógica el receptor no participa en las cosas, en la emoción de los hechos y crónicas relatadas porque no se da bajo ningún punto de vista un conocimiento profundo de la raíz de los problemas. Esta confusión entre lo que es la comunicación y la información es la que causa estragos en el medio escolar, no sólo porque el acceso a la información se deriva de las características que tienen relación con la estructuración política-

social sino porque además genera frustraciones e impunidad, por el vacío que proporcionan los anuncios paradisiacos, de plena felicidad, del consumo desenfrenado contrastado con la realidad inmediata y cotidiana de pobreza y de carencia general que caracteriza a la mayoría de los trabajadores.

Las ciencias sociales y la historia deberían desempeñar por lo menos una función tendiente a desmistificar los mitos de la razón neoliberal para que sean develadas todas sus irracionalidades y fábulas, señalando el carácter social- colectivo de la técnica del hombre, del trabajo que siempre ha sido socialmente generado y el interés contradictorio que se encuentra en juego en la innovación tecnológica que así responde a cierto esquema y definición del desarrollo, los resultados nefastos y a veces dramáticos de su aplicación en el mundo del trabajo, su impacto en la destrucción del medio ambiente que ya no podemos seguir violentando sin poner en riesgo el bienestar del pueblo, y sobre todo, que la ciencia y que la técnica por el solo hecho de ser productos sociales deberían subordinarse a las necesidades de todos los hombres y no de unas cuantas trasnacionales, individuos o países que vía patentes ejercen el control de mercados tan importantes como el de los medicamentos o de los alimentos quedando nuestra soberanía alimentaria en poder de minorías cada vez más poderosas. Por eso, la enseñanza de la historia y las ciencias sociales tiene que contribuir a humanizar la visión de la ciencia- técnica, incluyendo el uso de las computadoras, de internet y la televisión, en momentos en que predomina una percepción tecnocrática y muy arrogante del desarrollo del régimen. Por el predominio de esta visión que defiende la cosmovisión del tecnócrata, no puede extrañarnos que entre ciertos teóricos de los medios de comunicación y aún algunos de la pedagogía se piense en la posibilidad de prescindir de los profesores, por considerarlos como simples suministradores de información que pueden ser sustituidos sin problemas por un programa informático o por la televisión interactiva. Pero, al respecto tendríamos que preguntarnos si acaso el uso de esos programas informáticos o la televisión interactiva puede realmente resolver los problemas generales de la educación y de la enseñanza de las ciencias sociales y la historia. Uno de los mitos al respecto es el que afirma que nuestro atraso se debe esencialmente a nuestras carencias educativas, pero después nos dice que si las superamos - y ahora se nos anuncia que eso será posible de manera acelerada con la computadora y con internet- estamos en mejores condiciones de posicionarnos estratégica y económicamente en el sistema comercial globalizado del que saldremos así, gradual y metódicamente, del secular atraso que nos caracteriza al tiempo que nada nos dicen de aquellas estructuras fácticas que nos condenan al subdesarrollo. Desde esa postura para ser más competitivo tendremos que estar mejor educados y mejor informados, comunicados e interconectados lo que se transforma en el gran imperativo de la educación para los dominantes, pensando que con instrumentos técnicos se solucionan los dramas del sistema

educativo en su conjunto y las deficiencias históricas acumuladas todo este tiempo, donde eventualmente podríamos terminar con el analfabetismo y el subdesarrollo para entrar en la era digital y su nuevo mundo sin tener que enmendar las estructuras educativas en la base.

En este contexto si nosotros en tanto humanistas que reivindicamos la *(r)evolución permanente* tendemos a negar todos y cada uno de los preceptos de los neoliberales con el objetivo expreso de construir otras formas de vida, de entender la educación, el saber humano y las formas en que se aplica la técnica (que necesariamente plantean el desafío de *tecnología conveniente* a nuestra historia y especificidad cultural como a las condiciones políticas y las económicas) hay que interrogarnos sobre como considerar de ahora en más los medios masivos de comunicación en el específico tema de la enseñanza de la historia. En el caso de las ciencias sociales e historia, me parece que los medios, y en especial la televisión, tienen un efecto inmediato, aunque no sea explícito, que se refleja en que vuelcan a los seres humanos al presente de manera dramática, en la medida que su tiempo es inmediato, circunstancial y efímero. El manejo y presentación de la información depende además de las necesidades de marketing y promoción de productos, lo que condiciona la circulación de mensajes e incluso los mismos productos que se ofrecen en el mercado. Nada está más alejado de la memoria colectiva y de la historia que la televisión, internet y la computadora, si entendemos la memoria colectiva del hombre como algo más que mera y formal acumulación de información. La cultura del consumo desenfrenado que desde su ámbito nos exige comprar a cualquier precio, incluso al precio de hipotecar nuestras vidas, condena lo que vende al desuso inmediato, a su vencimiento: los productos tecnológicos y en verdad todos los bienes producidos bajo la razón dominante envejecen enseguida, todo el tiempo, para nuevamente ser reemplazados por otras cosas de vida tan fugaz como las que vinieron a reemplazar. El mall, como el gran templo donde se celebran los ritos desenfrenados y la locura que caracteriza al consumo típico neoliberal, es un buen símbolo del mensaje dominante en la época actual. Esta concentración de tiendas, de productos, de supercherías y banalidades varias que controlan la vida de los trabajadores existen como si estuvieran fuera del tiempo y espacio del hombre, sin raíz ni edad. Ahí no hay memoria porque ésta atenta contra los dogmas dominantes. La televisión es el medio por excelencia donde el mensaje y mitos de la cultura dominante se irradia de la manera más eficaz contra el bien común de las mayorías. La televisión simplemente lo que hace es acribillar nuestros sentidos con ciertas representaciones e imágenes que nacen para ser olvidadas en el acto. Cada imagen- que ni siquiera es una representación racional de la vida del hombre- sepulta la representación anterior y sólo sobrevive hasta la siguiente. Los acontecimientos humanos, los hechos y crónicas que son las que construyen y reconstruyen todo el tiempo el devenir de la historia y de la cultura, son

convertidos en objetos de consumo, mueren, como las cosas, en el instante que son usados. El hecho, la crónica, las noticias están disociadas de las demás noticias, están disgregadas de su pasado e inclusive del pasado de las demás. No se sabe si cuanto más nos informamos, más conocemos o más ignoramos. Los medios masivos de comunicación y centros de educación en ese contexto particular es poco lo que pueden contribuir a la integración de la realidad y la memoria colectiva porque esa realidad y memoria colectiva es para los intereses de los factores dominantes el recuerdo de hechos pasados que en tanto tal son un peligro real al que continuamente se exponen y deben neutralizar. Por eso la insistencia en los períodos de transición democrática a *no volver al pasado*. La cultura del consumo, que además es una cultura del desvínculo, de la desmemoria y la superficialidad, nos adiestra para creer que las cosas ocurren porque sí. Incapaz de reconocer sus orígenes, el tiempo presente proyecta el futuro como su repetición y así la organización desigual del mundo, que humilla la condición humana, pertenece a la eternidad al tiempo que la injusticia es una fatalidad que estamos obligados a aceptar.

La información transmitida por los medios masivos de comunicación, y en especial a través de la televisión y medios digitales, está desprovista de cualquier sentido histórico porque los hechos y las noticias son presentadas de manera instantánea sin hacer ninguna referencia al contexto político, a las causas, antecedentes o consecuencias de esos mismos hechos y crónicas que merecen atención (también los hechos que merecen atención son definidos de acuerdo al interés dominante quien así gestiona la agenda de gobierno a favor de esos mismos intereses) porque al final la ocupación esencial es registrar el instante, el acontecimiento en toda su banalidad para que no pongamos en duda la sutileza de sus métodos. Ahí es cuando se nota un desinterés absoluto por procesos que pasan inadvertidos y resultan imperceptibles en el instante actual, y que tan sólo dejan sentir sus efectos con un plazo más largo. Esto es lo que contribuye a multiplicar los efectos de la amnesia y de la desmemoria estructural del trabajador bajo el yugo neoliberal propiciado por la lógica del pensamiento que está al día y la competencia que impone la identificación de lo importante y lo nuevo- en tanto primicia informativa- para condenar al periodista a ser simple cronista y jornalero de lo cotidiano que solo está en condiciones de ofrecer una representación de la realidad en que predominan absolutamente la instantaneidad y la discontinuidad de la historia en favor del estatus dominante. La máxima expresión de esta falta de perspectiva histórica está en la información que nos presenta el noticiero de la televisión: en lo central se basa en el desfile de imágenes inconexas, desarticuladas, sin vínculos temporales ni territoriales que hacen que estas representaciones y esas crónicas sean algo parecido a hechos absurdos porque quedan reducidos a una retahíla de acontecimientos y hechos que surgirían sin ningún tipo de explicación, solo porque sí, porque la divinidad o el azar lo instituyeron. La

información del hecho al modo que es procesada por estos medios convierte la crónica social en simple hecho natural, producto de fuerzas desconocidas e indeterminadas que nada tienen que ver con las formas del desarrollo del hombre, de su vida y su convivencia, que producen una representación de la verdad que quedará así preñada de una filosofía y de una praxis de la historia en tanto que sucesión absurda de desastres respecto a los cuales no es posible hacer nada por lo que otra vez la razón neoliberal impone el conformismo.

Con miras a la *(r)evolución permanente* que precisamente lo es en tanto y en cuanto es cuestión de todos los días, urge interrogarnos sobre si es posible en las actuales condiciones conciliar esta característica de corto plazo de los medios de comunicación, siempre anclados en una temporabilidad más o menos inmediata, en el presente y en lo instantáneo, sin consideraciones de plazos temporales más largos, que le rinde culto a lo coyuntural y aplastan la memoria colectiva y la enseñanza de la historia (de una historia que ahora se pretende universal y final a partir de la imposición del Estado capitalista y su régimen neoliberal) cuya meta sea contribuir a pensar históricamente, esto es ubicar en el tiempo y en el espacio los acontecimientos en concordancia con contextos específicos, interpretarlos a la luz de diversidad de puntos de vista e intereses en juego, sopesar sus antecedentes, sus causas y consecuencias, entenderlos con relación a los intereses de los grupos que protagonizan los hechos, vincularlos temporalmente con el presente y con el futuro y rescatar la historicidad y finitud de toda acción humana. En cuanto a esto me parece que los medios de comunicación (ya sea la televisión o los medios digitales, a internet me refiero) en la enseñanza de la historia del pueblo contribuyen al desarrollo de ciertas habilidades, a procesar información, etc. Pero, más allá de este punto no creo que enriquezcan la enseñanza de nuestra historia, de las ciencias sociales y así de la cultura popular, si es que por supuesto pensamos que enseñar historia es algo complejo y muy importante y no lo reducimos al recuento de sucesos y a la acumulación de información al modo de la historia universal que construyen los dominantes a expensas de la historia popular. Es inquietante ver como muchos programas informáticos diseñados para la enseñanza de las ciencias de los hombres e historia, simplemente reviven el método conductista del *estimulo-respuesta*, del *premio y castigo*. Además, una enseñanza de la historia desarrollada de manera exclusiva a través de los medios de comunicación reproduce los defectos de la historia tradicional, de la universalidad de un saber que se pretende absoluto, válido en todo tiempo y lugar y de hecho más racional que el interés de la mayoría que son los que al fin construimos la historia con nuestro protagonismo. La historia universal de los dominantes hace caso omiso del protagonismo del pueblo y reivindica apenas hechos y crónicas que tengan que ver con sus necesidades de control de clase, teniendo en cuenta que desde que se imponen como élite abusan de los medios audiovisuales planteándonos el culto de sus propios héroes, que

no es otro que el exitoso, que el triunfador, las estrellas del deporte, que se corresponde muy bien con la ideología egoísta del neoliberalismo. Estos son el modelo de hombre y de mujer que se venera lo que no es difícil constatar: reproducen los añejos moldes de una historia universal heroica pero ahora aplicados al presente.

Por otro lado, desde el ángulo de una enseñanza democrática y plural donde el trabajador es protagonista, los medios de comunicación masivos en sí mismo no tienen mucho que ofrecer a la ciudadanía porque la información que ahí se presenta es lo más antidemocrática y autoritaria que existe, no sólo por el poder económico- político y cultural de sus propietarios sino también por el culto que hacen de lo instantáneo e inmediato que borra y neutraliza el carácter reflexivo y profundo, que necesita tiempo para tomar decisiones, como fruto de un saber democrático. La democracia virtual solo es ficción reaccionaria, cuya intención no es otra que negar la participación plena de los trabajadores en la gestión de sus asuntos, para delegársela a través de los medios de comunicación y por los medios a los políticos representantes de los factores de poder dominantes, a través de sondeos y de encuestas, que no son instrumentos democráticos. El uso de los programas informáticos o de televisión deben ir acompañados de explicaciones que permitan entender la información a partir del contexto temporal- espacial, lo que ahora supone un trabajo de los profesores encaminados a situar la información visual en su respecto ámbito histórico. De no ser así, se incurre en el uso acrítico de los medios, reproduciendo formas convencionales de la enseñanza, aunque ahora se haga con medios más sofisticados. En relación a este tema en particular es bueno que recordemos que cuando muchos estudiantes emplean internet solo se limitan a reproducir la información de la misma manera que lo hacen cuando fotocopian libros sin que medie un juicio analítico de por medio ante la información recibida, que solamente refuerza el culto que se profesa a los dispositivos técnicos como portadores de verdad. Es poco lo que podemos avanzar en materia de educación si los implementos técnicos son usados de manera fetichista porque inclusive con los medios más avanzados se puede reproducir las formas más conservadoras, autoritarias y antidemocráticas de enseñar, lo que en el caso de la historia es bastante notable porque reivindica una historia dominante que además se pretende racional- universal. Por otro lado, recibir mucha información no quiere decir estar bien informado porque abundancia de información no significa necesariamente la calidad de ésta. Consumimos basura en abundancia porque esta información nos vuelve más ignorantes y menos educados al alinearnos detrás del dogma y la verdad de los dominantes. Como primera conclusión al respecto hay que decir que la lógica imperante en el manejo de los medios masivos de comunicación en los regímenes neoliberales reafirma la característica del discurso heroico formal, tradicional de la historia oficial, de la historia occidental universal sujeta a la

inmediatez típica de las formas neoliberales, a través del tiempo instantáneo del hecho y de las crónicas del hombre sin ligarlo ni a procesos ni estructuras insertas en un contexto histórico, porque simplemente reafirma métodos de transmisión conductista- de premios y castigos- siendo la acción del hombre no el resultado de intereses de clases diversos en lucha sino acciones sujetas al capricho y a la voluntad de personajes y héroes individuales (hay violencia bajo la razón del régimen neoliberal porque existen los *violentos*, y hay *ricos* y *pobres* porque existen *triunfadores* y *perdedores*), que nos conduce a una elaboración profundamente antidemocrática de la historia e información en la medida que predominan los intereses económicos de poderosos monopolios globales que niegan la memoria histórica de los pueblos. Necesariamente la historia, la comunicación, la información, la cultura y enseñanza, la memoria colectiva de nuestros pueblos inclusive, se liga a la memoria del poder de los vencedores. En esto no hay problema alguno porque cada uno defiende lo suyo pero la cuestión está en que los vencedores son la minoría, una élite, y así la memoria colectiva se vuelve amnésica y mutilada por una falsa historia que es reivindicada por la clase dominante.

Para terminar con esta situación particular es necesario defender una historia nacional que sea popular porque se basa en la cultura del trabajador, ya que su método de análisis se basa en un espíritu crítico que nos permite analizar los múltiples intereses que allí, en el desarrollo de los procesos históricos, se movilizan para racionalizar sus puntos de vista, es decir que facilite su uso como una fuente más, que como toda fuente debe ser analizada y contextualizada de manera adecuada en la defensa del interés del pueblo. Para que este proceso sea fecundo y no se convierta en simple aceptación acrítica de las formas de los medios masivos de comunicación, es necesario familiarizarse con su lenguaje para facilitar una mejor comprensión de las diferencias entre los dos lenguajes- el de los medios y el de las ciencia social- para establecer a partir de allí nexos adecuados en la enseñanza de la historia que defiende el protagonismo del trabajador. Si aceptamos que el análisis de la historia tiene que ver con los problemas e interrogantes que se le formulan al pasado, tanto el remoto como el próximo, inmediatamente se establece que las preguntas se hacen a través del presente y que existe una reconstrucción retrospectiva que vincula el presente con el pasado en concordancia con las inquietudes, las preocupaciones e intereses que un grupo social tiene para comprender la realidad, nuestro tiempo, entonces es posible admitir que esta cuestión puede trasladarse al ámbito de la enseñanza de la historia ¿Cuál es el sentido de la enseñanza de la historia bajo los regímenes hegemónicos hoy por el interés de la acumulación del capital? ¿Qué problemas sociales, económicos, políticos y culturales de estos regímenes son relevantes en la enseñanza de la historia y reivindicación de la cultura popular? ¿Qué deriva de esa problemática para proponer nuevas formas de enseñar la historia en un

sentido democrático y un poco más lógico? Lo que la historia en primer lugar tendría que hacer es proporcionar mecanismos de análisis que nos permitan mirar de frente la realidad contemporánea, no como evasión del mundo sino para reconocernos en él, como protagonista, como partícipe en el drama de nuestra época para ahí plantear el cambio de las estructuras que contradicen nuestros intereses de mayoría y las formas de vida democráticas. Entonces, la enseñanza de la historia debería tener un nuevo sentido de utilidad y eficacia, para contribuir a afrontar los problemas que permitan en un primer momento de lucha dar la gran pelea por la *(r)evolución* y lograda ésta pelear por la *(r)evolución* que sea *permanente*. Precisamente el humanista sabe que en esta batalla diaria por mejorar la calidad de vida de todos en base a la primacía del derecho a la vida del trabajador, la importancia de la historia es central como forma de un conocimiento que funda la cultura popular de manera que su enseñanza es una prioridad en la perspectiva de construir un régimen que esté más allá del dogma neoliberal. La función de la historia nacional y su enseñanza en las escuelas posibilita que en lugar de renunciar al proyecto de libertad del trabajador militemos por refrendarlo, dándole en el proceso una utilidad y sentido nuevo a la enseñanza de la historia, de forma que involucre los intereses del trabajador reivindicando los desafíos que confronta.

En relación al método de análisis del hecho histórico, de las crónicas, de los héroes y personajes involucrados en ella, necesitamos un método de análisis del pasado construido sobre la base del examen racional de los asuntos concretos del hombre entendido como trabajador y como mercancía al servicio del interés de la acumulación privada de los beneficios del capital en manos de una minoría gobernante y autoritaria. Es el análisis particular de los hechos, crónicas, héroes y personajes que son parte de la historia popular ligado a la elaboración de una explicación global de esos hechos, lo que nos permiten entender mejor el contexto en que se producen, la base del método que nos ayuda a devolver un sentido legítimo a la historia, que no es el de contentarse con el estudio del pasado, sino el de revelar la evolución del Estado presente. El método necesariamente se convierte en herramienta para interpretar los problemas colectivos, entender la realidad y cambiarla. Urge una renovación en el estudio de la historia que reivindique las necesidades y puntos de vista de los trabajadores de tal manera que esta disciplina, ahora actualizada y purgada del culto de progresistas y reformistas varios, del mito tecnológico, eurocéntrico y racista, nos ayude a comprender el presente para proponer un nuevo proyecto de régimen político que plantee incluso superar al Estado capitalista actual. A partir de ese desafío primero es imprescindible renovar la historia oficial, escolar y de manual que proponen los dominantes para construir una historia popular que contribuya a comprender el Estado capitalista que enfrentamos, que nos ayude a reconstruir la esperanza y a diseñar alternativas políticas que nieguen los fundamentos neoliberales. En

ese sentido, hay que considerarse una diversidad de elementos que tienen relación directa con una crítica profunda a los dogmas del progreso y uso de la técnica bajo el auspicio neoliberal. La técnica así es producto de la acción del hombre y no un fetiche que nos domina. La ciencia y la técnica asociada a ella debe pensarse en términos de *tecnología conveniente* que es la que permite reconstruir una ciencia- técnica adecuada a las necesidades de los trabajadores, de todas las víctimas de los neoliberales que la mayor parte de las veces padecen de hambre y analfabetismo. Además, hay que evaluar en base a otros elementos político- ideológico, la historia y la memoria de los vencidos, sus luchas, esperanzas y acciones, incorporando al saber histórico a líderes, personajes y héroes, acontecimientos y crónicas que en su momento fueron censurados por la patronal porque representaron una alternativa al modelo cultural, político, social y económico de Occidente que terminó por primar.

Debemos incorporar este otro saber censurado que representó cientos de proyectos culturales y miles de formas de organizar nuestros países (ahora independientes formalmente de España) que compartían otras perspectivas de relacionarse con la técnica y con el medio ambiente, diferentes al mercado, al dinero y la propiedad privada que hoy controla el imaginario del hombre. La cultura de los pueblos aborígenes americanos es fundamental porque ayuda a replantear los vínculos del hombre con su entorno, de forma que podemos ir más allá de esa visión depredadora de la técnica y del progreso auspiciado por el Estado capitalista que solo ve en la naturaleza una fuente de recursos productivos que no tiene relación alguna con la integración del hombre como ser cultural que es parte de la naturaleza, para aprovecharla a favor de la humanidad y no de los intereses privados del capital nacional que responde al interés del capital global. Pero también esa cultura aborígen nos ayuda a replantear una integración del hombre con la naturaleza que va más allá del ecologismo que es típico de los reformistas de la política. Es importante así considerar la amplia diversidad cultural como patrimonio de los trabajadores que hoy está en peligro de extinción en virtud del carácter destructor de la globalización del capital, que simplemente nivela por lo bajo modas, gustos y hábitos, arrasando con culturas y civilizaciones en muchos casos milenarias, como acontece otra vez con los indígenas en nuestra región latinoamericana. La lucha es frontal contra el capital, el consumismo, la propiedad privada y el mercado en términos de la cultura dominante que bajo ningún aspecto son formas naturales ni mucho menos eternas de organización política- social. Hay que insistir en las consecuencias negativas sobre la personalidad humana y sobre el régimen político cuando solo actuamos para generar necesidades artificiales, rendir culto a la posesión de mercancías y fetichizar las cosas y el dinero. Por último, tenemos que romper con el autoritarismo que caracteriza las formas verticales de enseñanza generando mecanismos de participación

del alumno para que sea sujeto activo en tanto gestor válido del saber social-histórico que permita desarrollar proyectos acordes con la realidad del país.

Expresiones del Estado autoritario.

Una reconstrucción histórica del proceso de *racionalización política* del Estado capitalista y los regímenes que lo han sustentado desde su origen nos permite precisar algunos momentos que difieren en cuanto al grado de legitimación de la lógica de ese Estado. Primero tenemos un momento donde la integración al régimen se identifica con el marco de lo institucional, o sea, que los procesos funcionales que garantizan la reproducción del régimen a nivel nacional y global están mediatizados por las organizaciones del mismo o, en términos simples, por una serie de valores, tradiciones, simbología y mitos políticos y socio- culturales que lo legitiman en tanto régimen político de dominación, control y expresión tangible del Estado capitalista. En este primer momento no existe gran diferenciación entre los valores del régimen y la realidad del trabajador porque los componentes estructurales del régimen a saber, la sociedad con sus leyes y normas, la cultura y la personalidad, están ligados entre sí. Después viene un segundo momento, como resultado del primero, de fuerte racionalización del Estado capitalista donde se produce la separación entre los componentes estructurales del régimen político que afecta la integración social y política del trabajador por las consecuencias que son propias a la hegemonía de este Estado capitalista. Esto aumenta la posibilidad de lucha, de disenso y de descoordinación de la acción del hombre y potencia la necesidad de asumir medios de organización que eviten las discrepancias y puedan garantizar la funcionalidad del régimen para que finalmente el Estado capitalista, sus formas de producción, de distribución y de acumulación de bienes, no sea puesta en duda por los sectores sometidos. Este proceso implica un tercer momento en el que se consolidará (como no podía ser de otra manera) un régimen bien diferenciado donde las estructuras de éste y la realidad de los trabajadores dejan de coincidir pero además se impone un momento donde el primero determina al segundo, es decir, donde la integración y la racionalidad de las instituciones que forman el régimen prima sobre la integración social, y la realidad del trabajador es sometida a los imperativos de la organización tecnocrática del poder, desechando los medios de legitimidad democráticos para garantizar un mejor equilibrio de la reproducción económica, social y política dominante y, en consecuencia, reemplazando la búsqueda de acuerdos y consensos normativos y mínimos por mecanismos impersonales de articulación sistémica que reivindica los intereses de la acumulación privada del capital contra el bien de la mayoría.

Este proceso de consolidación del Estado capitalista y su régimen pero también de lucha y de combates contra éste a partir de un *arte de lo posible*

de los trabajadores contrahegemónico (que solo diferencié en tres momentos con fines analíticos) tiene como consecuencia el surgimiento de una serie de patologías y de dramas sociales- políticos a los que nos tiene acostumbrado la lógica de los factores de poder dominantes. En especial está la patología que se refiere al ámbito del derecho, la jurisprudencia, las leyes y sus normas en tanto que *lo jurídico* es manifestación concreta del dominio y control que las minorías ejercen sobre el bienestar de las mayorías en el ámbito de las instituciones y procedimientos que hacen precisamente al régimen donde se desecha tanto el lenguaje y la gramática del poder de gestión popular como la búsqueda de consensos como medios de coordinación e integración social y política. La integración social- política está sujeta a procesos sistémicos y procedimentales que tienen que ver con la simple legitimidad de la lógica, intereses y razones del Estado capitalista y su régimen político de forma que la realidad del trabajador, sus necesidades y sus urgencias son sometidas y reducidas a la dinámica de los imperativos tecno-funcionales de la razón de los dominantes. En este proceso funcional a la razón de la clase patronal, las interconexiones sistémicas se concretan a través de procedimientos legales y jurídicos con los que el derecho deviene en instrumento de consolidación del régimen y del Estado en todos los aspectos, tanto en lo económico, en lo político- administrativo e incluso en lo socio- cultural . De cualquier manera, como queda más o menos claro, el conjunto de las crisis por las que le toca atravesar al Estado de derecho en el capitalismo conduce al déficit de la legitimación de su lógica, a parámetros y valores en el que todas las demás insuficiencias que dejan de ser funcionales a su lógica hacen del problema de la legitimidad del Estado capitalista la permanente fuente de conflicto y de desafío. En este proceso el derecho es el encargado de colonizar la realidad, la vida, la conciencia popular racionalizando sus componentes y sus mitos de manera que puedan volver a intergrarse en un todo monolítico. *Lo jurídico* entonces desarrolla su tarea de racionalización de los dogmas e intereses del Estado capitalista a través de la regulación de las instituciones del régimen en términos meramente organizativos, formales y abstractos pero también lo hace a nivel individual. Entonces, *lo jurídico* es el medio racionalizador de la penetración y de la disolución o no de los diferentes ámbitos políticos, socio-culturales que buscan construir una realidad justa a través de la acción propia del trabajador. *Lo jurídico* actúa como autolegitimación procedimental del régimen, dándole piso inclusive, a través de su andamiaje administrativo, a otras manifestaciones legitimatorias como la ciencia, el saber tecnocrático y la tecnología que se convierten en nuevos factores de poder.

En este momento en particular se entiende cómo *lo jurídico* deviene no sólo en mecanismo primero de legitimación del régimen imperante sino también en instrumento de colonización de la conciencia de las mayorías en beneficio de intereses siempre minoritarios. En este marco, el único tipo de

legitimación aceptable por las necesidades de control del régimen neoliberal sobre los trabajadores es la autolegitimación de los procedimientos formales que finalmente genera un espectro de patologías y dramas sociales que sólo logran poner en evidencia la necesidad de una reconstrucción normativa de la legitimidad a partir, no de flujos jurídicos que solo reivindicán la formalidad y la abstracción de la democracia, sino de sujetos colectivos y procesos que conforman la realidad cotidiana. Entonces, los procedimientos sistémicos y estructurales del régimen requieren ser legitimados a partir de un sistema universal de valores que permita justificar los procedimientos jurídicos. En este contexto, el Estado democrático de derecho es el máximo nivel del desarrollo político, institucional y legal del capitalismo cuya meta intenta garantizar la libertad no de los trabajadores sino de los mercados para seguir haciendo de las suyas. Lo peor es que en caso de los países estructuralmente dependientes de los centros globales del poder central- los latinoamericanos- la globalización en términos neoliberales simplemente introduce nuevos, más sutiles y eficientes medios de control y dominación que los que habían sido usados anteriormente. Ahí entra en acción, en su expresión más acabada, el Estado de derecho abstracto por lo menos cuando se trata de las garantías constitucionales del trabajador. Un claro ejemplo de esto son los regímenes que en su momento representaron las necesidades de la acumulación privada del capital porque ellos (el régimen liberal del siglo XIX, el de Bienestar o el actual neoliberalismo) fueron asimilados por la dinámica globalizadora de manera total, y lejos de ser un instrumento de emancipación del trabajador, terminaron por convertirse en medio de control que vuelve cualquier tipo de convivencia democrática algo completamente reglado y formal, clausurando la posibilidad de libertad real. Por medio de este nuevo *Estado de derecho* se concede a los trabajadores alguna participación en los recursos que producen los monopolios pero éstos continúan desarrollando su lógica sin ningún tipo de restricción. En vez de generar real integración social- política a través del pleno empleo de la fuerza de trabajo ellos favorecen la división, la exclusión y marginación de la mayoría. A partir de las nuevas funciones de *lo jurídico* en relación a las urgencias de dominio, control y legitimidad del régimen, la democracia cae al nivel de un artilugio formal, sin ninguna relevancia sobre lo importante (las necesidades de los trabajadores, el bien común) que está desde hace mucho en poder de la patronal. La democracia neoliberal es una mascarada, compacta e integral, que cobija la razón de las transnacionales. En esta nueva situación se multiplican los problemas y las disputas y se presenta un resurgir de la exclusión que solo puede sostenerse en el engaño que se manifiesta en mitos y fábulas cada vez más irracionales con los que intentan que permanezcamos quietos, conformes y somnolientos. La única alternativa es la lucha y la denuncia contra este estado de cosas, contra la lógica del Estado de derecho formal de manera que estemos en condiciones

de plantear la necesidad de un régimen político- constitucional democrático, humanista e inclusivo porque lo que intenta es resolver los problemas de integración que han desbordado al capitalismo y sus regímenes. Es necesario reafirmar la urgencia de la gestión popular del régimen que se convierta en un ámbito que sirva de bisagra y permita la interconexión entre los múltiples actores e integrantes de la cultura popular en el proceso de legitimación del derecho a la vida como eje prioritario de todo orden político- constitucional. De esa manera el trabajador puede hacer una oposición real a los dictados formales de la funcionalidad y razón dominante.

Un caso paradigmático en relación al dominio político, económico, social- cultural que se ejerce sobre los trabajadores a través de *lo jurídico* es la Constitución de 1980 en Chile, la que se convierte en la peor herencia de la dictadura: ésta ni siquiera se planteó una democracia formal- abstracta ni mucho menos participativa porque su función fue otra, la de consolidar los parámetros y dogmas autoritarios de la dictadura de Pinochet. En ese sentido, no logra consolidar condiciones mínimas de reconciliación nacional, ni de respeto a los derechos humanos como podía ser el respeto a la vida e incluso a manifestarse pacíficamente por determinados derechos. Lo que buscó la Constitución fue una serie de estrategias que pusieron en funcionamiento ciertas estructuras y normas legales para desvirtuar el proceso de libertad de los trabajadores y cualquier tipo de oposición a los dictámenes económicos y funcionales, que fueron utilizadas por los sectores neoliberales, para dirigir en propio provecho la redacción de la nueva Constitución que ni siquiera buscó establecer una democracia formal, que por lo menos en teoría trajera bienestar y libertad: el Tribunal Constitucional, los desaparecidos senadores designados, el sistema de votación binominal para los cargos de elección popular, el artículo octavo (derogado antes de la asunción de Aylwin como reacción al contundente triunfo electoral de las fuerzas antidictatoriales) son todos surtelugios que buscaron consolidar el autoritarismo del neoliberalismo en su versión chilena. El resultado fue una “democracia” nada representativa ni participativa, que cargó con todos los vicios de ambos sistemas, que no permitió el reconocimiento en un régimen político democrático acorde con una identidad propia y democrática, con la defensa de la cultura popular.

Un buen método de análisis para revelar el autoritarismo inherente al Estado capitalista y por ende a los regímenes que le dan sustento racional es la crítica a la nunca correcta diferenciación que se hace entre *lo político* y *lo económico* bajo la ideología del Estado capitalista. El Estado capitalista pero también el régimen político tiene que ser desmitificado porque este proceso se traduce en la necesidad de revelar su auténtica naturaleza, es decir, como un elemento más dentro del esquema de dominación y control capitalista que nos muestra cómo éste se convierte en un disfraz a favor de la explotación y manipulación ideológica. En términos generales es el Estado capitalista quien

cumple funciones de control de una minoría sobre el pueblo. Por un lado, a través del régimen, ofrece la apariencia de justicia material consagrada por el concepto de *Estado de derecho* y, por otro, evita en ese proceso el surgir de cualquier posibilidad libertaria entre los sujetos dominados. Por lo mismo, el Estado y el régimen que predominó tanto ayer como hoy (con la asunción de la burguesía al poder) no son más que diversas formas de autoritarismo. El análisis de ese fenómeno de control sobre la conciencia del trabajador, que se manifiesta políticamente de forma reiterada y estructural, que además suma y aumenta su fuerza, constituye el gran reto del trabajador por la capacidad de comprensión que implica de la propia realidad cotidiana y las luchas de los sectores populares. Para una comprensión global de todos estos fenómenos y el marco en el que encuentran origen y desarrollo, es necesario entender en toda su magnitud la relación entre *lo político* y *lo económico* como parte de un mismo proceso de control del capital sobre la fuerza de trabajo. A partir de ahí urge aclarar cuáles son los supuestos y los principios sobre los que se edifica el gran Estado capitalista y el régimen autoritario, a la vez que se trata de exponer cuáles son los métodos y las formas como este proyecto logra el apoyo y la legitimidad para imponerse sobre todas las otras propuestas que interactúan en el campo de la lucha de clases. Simplemente la razón de la acumulación privada del capital y la dominación que le corresponde en tanto proceso privativo encuentra una serie de formas, mecanismos e instrumentos encubiertos que imposibilitan cualquier intento de liberación del trabajador, por lo menos en el corto plazo. El Estado capitalista como fenómeno de por sí autoritario, que no surge de la nada sino que tiene su origen en una situación histórica concreta, es la primera verdad a la cual adherir.

El Estado en su base capitalista- autoritario surge de la anarquía, del desorden, de la crisis periódica porque el Estado capitalista necesita resolver el asunto de la anarquía en tanto solo el orden en los términos capitalistas posibilita la acumulación privada de éste y en general el desenvolvimiento de las formas de la vida burguesa. La situación del inherente autoritarismo del Estado se presenta como primera vía para superar los problemas existentes en cuanto a la organización de este régimen de acumulación, de producción y distribución de bienes. Sin embargo, la principal estrategia de legitimación de esta forma de Estado capitalista no se encuentra en el uso y abuso de la fuerza coercitiva expresa y manifiesta sino que su principal pilar de soporte es el consentimiento sobre el trabajador. Este consentimiento se muestra en el apoyo que de forma explícita se manifiesta hacia el Estado capitalista y sus regímenes y como vimos más arriba se basa en el proceso de *fetichización de la mercancía*. A través de este proceso de fetichización de las mercancías el autoritarismo del Estado y del régimen político logra lo imposible: unificar a la sociedad alrededor de la idea de construir un futuro en donde se logren superar las causas que generan la crisis, el caos y el desorden. Buscando este

objetivo el régimen autoritario responsabiliza de las crisis a los períodos de amplia autonomía que le preceden y por eso propone limitar la autonomía como medida para superar cualquier crisis. Justificado en esta premisa, se procede a recortar derechos y libertades, porque frente al libertinaje que precede debe hacerse frente con autoridad, donde la única solución posible es la implementación de la disciplina y el orden como un valor supremo. La fase final del autoritarismo se da cuando el régimen político al amparo de las necesidades del Estado capitalista, nacional y autoritario, opta por determinar y dirigir la forma de construcción de los individuos, argumentando que éstos- los ciudadanos- todavía son inmaduros y necesitan la guía del régimen para su formación personal, social, cultural y política. Se le dice al trabajador qué es lo que pueden conocer o hacer para garantizar el correcto desarrollo del ciudadano y del sistema político, etc. El Estado capitalista en sus diversas versiones de régimen como lo son la Dictadura de Seguridad Nacional, el régimen liberal clásico planteado por Adam Smith y Locke que perdura hasta los '30, el de bienestar posterior a la Segunda Guerra Mundial, el neoliberal o la democracia radical e igualitaria de Rousseau, tienen en su interior un germen profundamente antidemocrático y autoritario, que es representado en un componente irracional dentro del contrato original, que en realidad no logra ser superado, esto es: la *generalización de la mercancía* y el proceso de ocultamiento de la falsa relación de igualdad establecida entre la *fuerza de trabajo* y el *capital*.

Desde el punto de vista de la relación entre *lo económico* y *lo político* el vínculo entre la dominación, el control y el autoritarismo que implica el Estado capitalista se expresa en el hecho que en un *Estado de derecho* no existen en realidad derechos a ser resguardados satisfactoriamente a través de los medios constitucionales, ni aún los formales, porque en realidad todos los Estados y regímenes políticos actuales son un Leviatán- para hablar bajo los términos de Hobbes- un instrumento usable por cualquier clase social para conculcar los derechos de los otros grupos o clases sociales. Por su parte, la insistencia en la formalidad, en la abstracción y objetividad de la norma- que nada tiene que ver con intereses sociales y políticos creados- nos conduce a una democracia como simple marco organizativo para la toma de decisiones sin el recurso a valores universalmente aceptados. En ese contexto, la ciencia pura y abstracta de la política como mera organización y administración de los recursos de poder y de la economía también como simple administración de recursos escasos, aunque pudieran ser tal vez un instrumento útil para el análisis científico, no aporta base alguna que sea válida para la praxis y para la acción política emancipadora del trabajador. Aún más, como toda ciencia pura que se reivindica como objetiva, racional, auténtica y absoluta, es al final virginal en su inocencia porque al ignorar precisamente los problemas referidos al poder le abre las puertas a la tecnocracia neoliberal, es decir, a la

aceptación de las decisiones políticas independientemente de su origen y de su contenido en la medida en que cuenten con un suficiente apoyo del poder. La ciencia pura referido a *lo político* y *lo económico* contribuye así a poner fin a cualquier sistema de tesis y valores que sea universalmente aceptable en términos democráticos.

El Estado capitalista moderno no surge de un contrato social al modo de Hobbes, de Locke o Rousseau sino que surge de un acuerdo, explícito o no, entre grupos de intereses, donde el derecho, *lo político* y *lo económico* ya no pueden identificarse con la moral perdiendo su capacidad ética mínima, y donde la razón es reemplazada por la técnica de dominación y control social. Se establece entonces una noción totalitaria y formal del régimen político como correlato ideológico del proceso de generalización o de dominio de la mercancía en el ámbito del Estado capitalista. Lo importante de este proceso es que el Estado capitalista logra imponer su lógica autoritaria apoyado por los ambiguos supuestos y dogmas del liberalismo que además logra cambiar por completo el significado original de *lo político*. De ahora en adelante, *lo político* se entiende como lucha por el poder y el dominio, no por la ley ni la jurisprudencia en general. Por lo mismo es imposible disolver las relaciones de poder en relaciones jurídicas porque precisamente esa reducción es la base de la formalidad de la poco probable democracia neoliberal. Las relaciones sociales están regidas por componentes y necesidades de poder que ninguna relación tienen con la búsqueda de la verdad o de la ley suprema y es ahí donde queda corroborado el fracaso del proyecto del positivismo jurídico y de *lo económico* como independiente de *lo político*. Solo a partir de estos nuevos parámetros, de comprender la íntima relación entre el aspecto político de la dominación social con lo económico, podremos entender las formas en que el Estado capitalista hace uso y abuso de los factores de poder reales para neutralizar el potencial revolucionario de los actores políticos representantes de la cultura popular. Lo primero es que hoy bajo el control y la hegemonía neoliberal existe una metamorfosis en la forma de *lo político*, es decir, en la manera que se ha redefinido la forma en que se desarrolla la acción política. La primera preocupación es entender cómo se da este cambio y cuáles son las consecuencias que acarrea para el pueblo y las organizaciones que los representan. *Lo político* actualmente no se interpreta como lo hacían los clásicos de la antigua Grecia, teóricos varios y liberales del siglo de las luces, esto es, como una actividad inherente al ciudadano, que tenía el derecho y la obligación de participar en la toma de decisiones que afectan el destino de la colectividad. En cambio, hoy resulta completamente imposible esa idea de la política encaminaba al bienestar común o del nuevo ciudadano responsable y comprometido con la colectividad por la propia lógica de la razón del Estado capitalista que reivindica al individuo como sujeto libre- autónomo frente a la comunidad y ocupado y preocupado por él mismo sin ningún interés por

esta misma comunidad. Bajo el dogma neoliberal *lo político* entonces es una forma más restringida porque no es parte integral de la organización de la sociedad, sino que desde ahora la política- y de ahí *lo político* propiamente tal- es dominio de un grupo minoritario que controla los ejes del poder. Este cambio ahora se manifiesta precisamente en la nueva tecnocracia neoliberal. Acorde con la dinámica de la profesionalización que es inherente al régimen neoliberal, *lo político* experimenta una transformación radical relacionada con la ascensión de un nuevo sujeto que ejerce la política y desplaza la figura del político a un segundo plano, entendido éste como el personaje particular que postula su nombre para una elección o un cargo público, sólo es un elemento visible de la forma neoliberal de hacer política que es controlada por factores de poder reales que actúan desde las sombras porque al ser el núcleo sobre el que se fundamenta la estructura del Estado capitalista y sus regímenes, son autoritarios y antidemocráticos en demasía.

Esta dinámica de acción se respalda y complementa con la emergencia de nuevos tipos de sujetos sociales que intervienen en el campo de *lo político* y permiten que se produzca esta otra forma de desarrollo. Entre los sujetos sociales- políticos se destaca, de manera primordial, la función que asumen los medios masivos de comunicación controlados por los factores de poder históricamente dominantes y la definición de la realidad que hacen a través de la prensa, la radio, la televisión y los diversos medios de comunicación e información digitales como internet. Con el protagonismo que ahora tienen los medios de comunicación el debate es definido en otros términos al tiempo que los mecanismos de influencia que despliegan se hacen más importantes al aumentar su cobertura en el sentido que adquieren la capacidad de llegar a todos los sujetos y espacios sociales. Pero la masividad de los medios de comunicación, la democratización en cuanto al acceso a los medios digitales como internet, que facilita la participación ciudadana, también se encarga de poner todo el acervo de la cultura popular al alcance de las mayorías. Es la lucha la que hace la gran diferencia. Lo que los trabajadores en cuanto clase deben asumir es que en virtud de una serie de inconsistencias de principios en su interior, el Estado capitalista, y por ende todos los regímenes políticos por los que se manifiesta, poseen el germen del autoritarismo que hace que necesariamente hasta la más moderna democracia liberal termine por caer en estado de supresión de la libertad de los hombres. El Estado capitalista y su régimen neoliberal, debido a su relación con la primacía de la propiedad privada como eje rector de la organización social y política, genera una serie de dinámicas que evitan el surgir de cualquier proyecto de liberación de los trabajadores, con lo que se contradice la opinión tradicional que considera al régimen liberal como pleno desarrollo de la libertad individual y social. Es esa finalmente la principal prueba de autoritarismo del Estado capitalista.

Lo económico y la reforma en la continuidad o ruptura de lo político.

En las últimas décadas del siglo XX en Latinoamérica en general y en Chile en particular, que es el caso que me ocupa, se registraron una serie de procesos históricos de mediana y de larga duración que por su importancia, desenlace y los actores políticos que se vieron involucrados condicionarán, para mal de los sectores populares, la democratización real del país a través de nuevas formas de acción en el ámbito económico que tendrán una directa relación con las formas que se manifiesta *lo político*- siempre a través de las estructuras del régimen- y que me parece pueden dividirse en dos períodos tal como nos señala Luis Vitale en su obra de interpretación marxista de la historia de nuestro país. Primero tendríamos un proceso de *discontinuidad-continuidad* y otro proceso de *ruptura-continuidad*. En relación al proceso de *discontinuidad-continuidad* éste queda inaugurado en 1964 con el triunfo y posterior gobierno de Eduardo Frei Montalva, que así es el legítimo iniciador de una nueva y fructífera etapa de democratización política, social y cultural en Chile, que precisamente tuvo su continuidad histórica en el gobierno de Allende, aunque en un estado de beligerancia y radicalización más agudo de lucha social.¹⁴

¹⁴ El *Plan desarrollista* de Frei Montalva consistió en promover la producción del cobre mediante una asociación del régimen político- fundamentalmente desde el ámbito del sector público- con empresas extranjeras. También buscó aumentar la producción agropecuaria a través de su insuficiente reforma agraria y estimular el desarrollo de ciertas ramas industriales a través de la fusión de empresas chilenas con el capital trasnacional. Estos objetivos inmediatos del gobierno se entienden desde el momento en que la DC a partir de 1955 hace suya la idea desarrollista de la Cepal. El plan de Frei se basó, en realidad como todo modelo desarrollista, en las nuevas funciones asumidas por el régimen desde la crisis de 1930, referidos *al control del Estado sobre los instrumentos y los mecanismos del sistema económico*, es decir, el régimen que regula y que planifica los parámetros centrales de la economía, asociado con los grandes propietarios través de empresas mixtas, que busca *delimitar campos de trabajo y reglas del juego entre el sector público y el sector privado*.

En 1969, en su mensaje al Congreso nacional Frei Montalva manifestó:

Más del 70% de los recursos de inversión nacional está, de hecho, en manos del Estado, que tiene el control directo sobre el 50% del crédito. Ejerce un control completo sobre las operaciones de comercio exterior. Sectores básicos de la economía, como ferrocarriles, la electricidad, las líneas aéreas y el petróleo están en manos del Estado.

Entonces, con el objetivo de obtener los recursos necesarios para que el gobierno y después el régimen pueda estar a la altura de las circunstancias de los proyectos sociales comprometidos ante el electorado, el gobierno de la DC presentó en el Congreso un proyecto llamado de *Impuesto al Patrimonio*, que fue bloqueado por diputados y por los senadores representantes de la derecha más rancia. El plan de Frei Montalva finalmente no contemplaba introducir reformas constitucionales de fondo y menos la elaboración de

El segundo proceso, el de ruptura que más tarde es de *discontinuidad-continuidad*, empezó el 11 de septiembre, con el golpe militar de 1973 que se prolongará con cierta discontinuidad e importantes matices diferenciadores en los gobiernos de la Concertación en los '90: desde 1964 con la asunción de Frei Montalva se abre otra etapa histórica que culmina un trágico 11 de septiembre generando otro proceso de discontinuidad respecto del gobierno derechista de Alessandri. Obviamente, el gobierno de Frei Montalva como el de Allende tuvieron especificidades que derivaron del nuevo contexto global, latinoamericano, y concretamente de proyectos políticos que en la teoría y en la praxis fueron diferentes: por un lado la DC con su desarrollismo, por otro los trabajadores representados en la alianza de la *Unidad Popular*: no se puede explicar la aplicación inmediata del programa de la Unidad Popular si no consideramos las medidas- insuficientes pero muy centrales al respecto- de Frei Montalva en relación a lo que fue la llamada *chilenización del cobre*, la *reforma agraria* y la *participación popular*, que así se convierte en un proceso de continuidad histórica, aunque hubo diferencias ostensibles entre ambos, expresadas en la política de las nacionalizaciones de Allende, en la profundidad de la reforma agraria y, sobre todo, en la creación del área social y la forma de participación del sector popular a través del control obrero y la administración de empresas por los trabajadores, acelerando así la creación de *Comandos Comunales*, *Cordones Industriales*, los *Centros de Reforma Agraria* y *Juntas de Abastecimiento y Precios*. Un análisis riguroso de esta etapa nos señala que las medidas de Allende constituyeron una continuidad histórica, en un plano de una mayor radicalización, del proceso abierto en 1964 por la DC. Incluso, este período es la de un proceso de (*r*)*evolución democrática* que no alcanzó la fase de *permanente, socialista o humanista* (como la quieran llamar) porque la Unidad Popular en su germen era de carácter estalinista. Entonces, si bien ganó electoralmente el gobierno no pudo hacerse con el poder real, el que implica la gestión de éste por parte de los trabajadores. De ahí la consigna de los últimos tiempos de los sectores más radicales que dentro y fuera del gobierno defendían la postura de *crear poder popular*. Otro asunto que está claro es que la Unidad Popular cumplió prácticamente con todas las tareas democráticas de los grupos liberales, que precisamente fueron incumplidas por los dominantes de los siglos XIX y XX que tienen que ver por ejemplo con la igualdad, la fraternidad y la libertad de los hombres más allá de la formalidad del régimen. Incluso adoptó medidas que la rebasaron como la expropiación de empresas privadas estratégicas para crear el área social de la economía. A modo de síntesis habría que decir que a pesar de lo anterior es evidente que la Unidad Popular no alcanzó su fase *permanente* porque no contó con el poder real, de hecho confió en las

una nueva Constitución y los proyectos que pudieran ir en ese sentido fueron rechazados por los sectores representantes de la derecha en el Congreso.

instituciones del régimen antes que en el poder del pueblo expresado en las JAP, en los Cordones Industriales, en la tropa antes que en la oficialidad de las fuerzas armadas, etc. La Unidad Popular no alcanzó a cambiar el carácter capitalista del Estado, tampoco pudo consolidar otra institucionalidad que se expresa siempre en el cambio del régimen político porque la permanencia en el tiempo del gobierno significaba la formalización en el ámbito legal e institucional de los embriones del poder del pueblo. La Unidad Popular cumple una parte de su estrategia de la *(r)evolución* por etapas, primero la democrática (que supera las formalidades de los grupos y factores de poder históricamente dominantes) pero el cumplimiento de esta primera fase no es garantía para hacer de ésta un cambio permanente; para eso se necesita tomar realmente el poder y este *tomar realmente el poder* se traduce en la gestión democrática de la agenda del gobierno por parte del trabajador. Significa crear poder popular.

En ese contexto hay que distinguir entre la gestión democrática de los trabajadores que involucra la *(r)evolución permanente* y el *intervencionismo del sector público* en la economía como una cuestión de mero reformismo, que busca legitimar el Estado capitalista dictando políticas económicas con inversión directa de capital estatal. En Chile, como en el mundo desde por lo menos 1930 hasta 1980, al calor de las teorías reformistas que son típicas del régimen de bienestar, se generaliza no sólo la intervención del sector público en la economía, que proviene desde fines del siglo XIX con Balmaceda, sino también la inversión directa de capital del sector público que complementa las inversiones de la burguesía pero siempre en función de los intereses del Estado capitalista y de los grupos dominantes. Este proceso, mal que le pese a los conservadores, se acentuó en el gobierno de Frei Montalva y adquiere una nueva característica ahora de tipo *(r)evolucionaria* bajo la presidencia de Allende que intentaba traspasar las funciones meramente formales que el Estado capitalista y el régimen de esa época asignaron al sector público. A fines de la década de 1970 se produce un auténtico retroceso, una ruptura de la intervención del sector público en la economía tanto la del tipo reformista del régimen de bienestar como la del tipo revolucionaria, cuando la dictadura militar empieza a cambiar algunas funciones del régimen político según las normas que iban a decantar a mediados de los '80 en el neoliberalismo. En este sentido, el contragolpe que pone fin al reformismo radical de la Unidad Popular pero también el reformismo del régimen de bienestar que viene de la época de Balmaceda hasta Frei Montalva por lo menos, con su militarismo y condicionamiento abre otro tiempo de *ruptura- discontinuidad* y *continuidad*, que califico de larga duración porque va desde los 17 años de la dictadura, que compromete no solo a las fuerzas armadas como institución sino también a los diversos gobiernos de la Concertación, quienes aunque en realidad no son políticamente iguales a la dictadura de Pinochet, en el sentido que por lo

menos fueron elegidos, su gestión se caracterizó por la administración de la herencia dictatorial, de los acuerdos con el sector militar y de las condiciones impuestas por Pinochet para ceder el poder, entre ellas la continuidad de la política del automatismo de los mercados.

Lo importante al respecto es que el tratamiento de la categoría *Estado* y su manifestación en el régimen nos permite redimensionar el concepto de *lo político* como punto de condensación en la lucha de clases, es decir, no restringiéndolo a los partidos sino ampliándolo a toda manifestación social, política y cultural que se expresa en su lucha contra los grupos de interés dominantes. Entender la categoría *Estado nacional- capitalista* además nos permite ver en toda su dimensión su carácter fetichizante no solamente por su característica de *capitalista* sino además por su carácter de *nacional*. En otras palabras, la categoría *Estado nacional* en su aplicación práctica y mecánica por parte de los gobiernos chilenos y latinoamericanos en general continuó con la tradición discriminatoria contra los pueblos aborígenes soslayando de esta manera el carácter de nacionalidad originaria de los pueblos mapuches, aymaras y otros tantos pueblos-naciones con sus especificidades culturales. Entonces, habría que entender de la mejor forma posible la ley, las normas y la jurisprudencia de este *Estado capitalista nacional* en el sentido que en su organización política- legal no solo se juega la normatividad jurídica, ética, valórica y moral- que ya no pueden ser mera expresión superestructural de este Estado capitalista nacional- porque entrecruza toda nuestra historia, las crónicas de nuestra vida cotidiana, las costumbres, sueños y expectativas de cada cual. De lo anterior se sigue que ya no es posible hacer un análisis real de *lo político* y de *lo económico* como separados, como aspectos distintos, independientes y objetivos del Estado y del régimen político sino que se vuelve necesario aplicar el concepto a la totalidad de la formación social. Es la incorporación de los nuevos aportes analíticos sobre la función de la vida cotidiana y la cultura expresadas en los diversos sujetos políticos que son parte del régimen, la que nos facilita la comprensión de *lo político*, de *lo económico* y de las insoslayables relaciones que los vinculan a la razón de los dominantes. En este contexto hay que hablar de la vida cotidiana y de la cultura porque muchos aspectos del modo de vida del hombre son parte de la cultura y, a su vez, variadas expresiones culturales forman parte de la crónica cotidiana del hombre porque la cultura no sólo es lo artístico, la literatura o la pintura, sino también son las manifestaciones relevantes del vivir. La música popular, la comida amasada por décadas por las amas de casa, por la mujer de la tierra y los deportes son expresiones culturales de un pueblo, al igual que la forma de entretenerse en los bares y otras maneras de hacer uso del tiempo libre. El imaginario social y la forma en que se expresa el trabajador en determinadas épocas históricas, sus sueños y expectativas también son expresiones culturales, fenómeno que se dio por ejemplo en el Chile de Frei

Montalva y de Allende, se dio con los Beatles, los líderes del mayo francés del 68, la revolución cubana, el régimen popular latinoamericano e incluso por las expectativas despertadas por la *Teología de la liberación*, doctrina auténticamente latinoamericana. La vida cotidiana y sus crónicas también refleja los aspectos íntimos del pueblo que lucha por su libertad y bienestar. Y aunque los trabajadores estén condicionados por las leyes impuestas por el Estado capitalista a través del régimen, los asalariados también tienen la posibilidad real de ser los protagonistas de la historia y de la cultura porque en la medida que puedan movilizarse por objetivos revolucionarios, del más excelso humanismo, desbordan su lucha en una organización y movimiento alternativo y contracultural, como se dió incluso en los años de dictadura, a pesar de los intentos que hizo ésta por regimenterarlos. La cotidianidad refleja la alienación de la *fuerza de trabajo* ante las necesidades de la acumulación privada del capital pero también expresa formas de libertad, de protesta y de rebelión que estallan todo el tiempo pero para que sean lo suficientemente fructíferas deben acompañarse de una cabal comprensión de la relación entre *lo político y lo económico* en el sentido de ser dos ámbitos que se muestran independientes por el mismo proceso de *fetichización de la mercancía* que está en el núcleo del dominio del Estado capitalista nacional y los diversos regímenes que lo expresan.

Los primeros que advierten el escenario de crisis son los dominantes porque son quienes cuentan con la mayor parte de los recursos para ello. No fue la excepción cuando el neoliberalismo empezó a mostrar los dramas más nefastos de su ideología del automatismo del mercado sobre las condiciones laborales del trabajador en particular y sociales en general que afectan a la población de nuestros países. La reestructuración conservadora del Estado capitalista luego de las luchas e intentos de liberación en la década de los '70 fue exitosa en muchos ámbitos y guardaron una relación funcional donde la propia liberalización y apertura económica que se impone por la derrota de los sectores populares le da impunidad a la *acumulación privada de capital*. En estas condiciones se gesta el neoliberalismo que en una primera época tiene una clase trabajadora incapaz de hacerle frente ante el debilitamiento y la desmovilización del trabajo respecto del capital, que se fragua a través de políticas de fragmentación social y de hegemonía ideológica de los grupos de interés representantes de la derecha. Esta debilidad de los trabajadores le da a los grupos neoliberales márgenes muy importantes y además suficientes para lograr estabilidad e incluso legitimidad del régimen político que auspician a través de la administración de las contradicciones que le son propios en el marco de una democracia representativa que en sus bases es abstracta en demasía porque supone una gobernabilidad excluyente y elitista. Entonces el régimen neoliberal y la abstracción de su democracia se funda asignando a los partidos políticos con representación parlamentaria la función de filtrar

las demandas sociales para impedir que se impongan al régimen como asunto y política pública contraria al interés del Estado capitalista y también como instrumento de control político- social para evitar la conflictividad y la lucha calificada como amenaza a la democracia, al diálogo y al consenso bajo los términos dominantes. Incluso la llamada *nueva izquierda* funciona como un filtro en favor de los intereses dominantes.

La política ya no es acción, en el sentido del verbo que transforma la realidad de los trabajadores, sino que su definición la convierte en instancia ajena a las decisiones económicas, es decir, donde el ámbito económico es presentado como una fuerza metafísica superior donde la voluntad política no puede inmiscuirse. Pero, ya para la mitad de la década de los '90 se reconoce que el neoliberalismo pierde su capacidad de control sobre los trabajadores porque empieza a desarrollarse una serie de eventos relacionados con una crisis de representación de los partidos políticos de la derecha que así pierden credibilidad a nivel de sus sociedades. Después, esta crisis de representación afectará también a los partidos de izquierda que adoptan posturas reformistas enmarcadas en el marco de esas reglas del juego dominantes abandonando cualquier posible batalla en términos de radicalización política y estratégica. Esta crisis de representación cuya manifestación más clara la encontramos en el descrédito general hacia los partidos políticos que incluso se expresa en un abstencionismo electoral superior en promedio al 50% en muchos países de Latinoamérica, reduce la capacidad del neoliberalismo para incidir sobre las conductas y acciones sociales de los trabajadores, pero también induce otras formas de acción política cuyo primer llamado de atención lo encontramos en el levantamiento zapatista. En ese preciso momento empieza la reacción dominante. Luego de la crisis financiera en el sudeste asiático en 1997 y su impacto en otras zonas de la aldea globalizada en términos neoliberales, que aumentan el desprestigio del mismo, obliga a los sectores dominantes, a los partidos y las organizaciones que los representan tanto a nivel nacional como global a desafiliarse en lo formal de los parámetros y dogmas del *Consenso de Washington*. El reformismo como fin (que puede ser tanto de derecha como de la mal llamada izquierda) entonces busca compensar con otra serie de instituciones las ineficiencias del sistema de partidos para mantener la gobernabilidad y el control ejercido sobre la mayoría.

La estrategia dominante ahora se presentará a través de un reformismo final que critica la modernización económica llevada adelante por el régimen neoliberal en el sentido que generó desarrollo pero no logró disminuir de una manera significativa la pobreza, la marginalidad y la inequidad social. Para cumplir con esta supuesta meta la derecha financia a un número significativo de académicos latinoamericanos en el campo de las políticas públicas y la gestión social, con arraigo en la proliferación de las nuevas organizaciones no gubernamentales muchas de las que son cómplices de la lógica neoliberal.

Tras la retórica, la preocupación por la pobreza y la marginalidad se debe a que provoca disturbios políticos- sociales que ponen en riesgo la continuidad y la profundización de las políticas auspiciadas desde los centros globales del poder. A partir de esta estrategia política solo encontramos diferencias en las políticas económicas que tienen que ver con la forma de aplicarlas a nivel social, por ejemplo, mayor gradualismo o cierta regulación del sector público para evitar descontroles. Pero, finalmente el discurso contra el minimalismo del sector público en cuanto a sus funciones es falso porque el Estado es el instrumento central de intervención al servicio del capital a través de las estructuras del régimen político. De hecho, en un contexto de crisis social-política aumenta la intervención del sector público en el sentido de las funciones que les corresponde en el control de la situación, es decir, para dar absoluta seguridad jurídica a la inversión privada y neutralizar a los actores que resisten las reformas económicas pendientes, además de crear otra razón respecto al desarrollo. Racionalizan el dominio de la lógica neoliberal a partir de una capacidad política- estratégica que consiste en presentar frente a los trabajadores descriptivamente problemas muy reales (como la ineficiencia de algunas empresas públicas, la corrupción de funcionarios e instituciones o el clientelismo) reivindicando ciertas políticas y medidas de transparencia y del *Estado de derecho*, cautivando a no pocos sectores anteriormente críticos que identifican esos objetivos con sus demandas democráticas. Es la postura del reformismo que entonces logra fundamentar la democracia formal (cuando se trata de los derechos de los trabajadores) porque bajo ninguna circunstancia son capaces de entender esos problemas reales como estructurales, inherentes y consustanciales al patrimonialismo del Estado capitalista y los regímenes a través de los cuales se manifiesta. Por el contrario, atribuyen esos problemas a conductas desviadas relacionadas con la cuestión administrativa y de falta e insuficiencia de recursos.

La función del Estado capitalista ahora a través del régimen neoliberal plantea una complejidad de ámbitos y diferenciación de formas de relación entre los grupos de interés dominantes y los sectores populares dominados porque las medidas relativas a la eficacia y transparencia del sector público, que fundamentaría un *Estado de derecho* democrático, es decir, explotadas como avances democráticos, son señuelos de la legitimación del régimen. En realidad, el perfeccionamiento del llamado *Estado de derecho* a partir de los términos neoliberales se encuentra al servicio de la acumulación privada del capital porque a partir de esta idea de *Estado* nuevo se impulsan leyes de *flexibilización del trabajo* que norman la *desregulación del mercado laboral* que conduce por el camino de la *precariedad de los contratos*, la indefinición de la duración de la jornada laboral, la prohibición de negociación colectiva por rama de producción, etc. Por su parte, se imponen reformas fiscales muy regresivas a través del incremento del IVA- impuesto al consumo que todos

pagamos por igual- y las exenciones impositivas a la clase patronal, a los más pudientes, que pasan a ser el nuevo eje de la modernización, de la eficiencia administrativa. La entrega de nuestra soberanía a través de la privatización de los recursos naturales y energéticos ya no se hace por decreto de la dictadura porque la necesidad de control es racionalizada por la democracia formal imponiéndose el método de la reforma constitucional. También se impone el método de las reformas legales para el suministro privado de servicios que por definición siguen siendo públicos (no se animan en verdad a definirlos en otros términos) pero la administración es ahora privada. En el ámbito global se legaliza la biopiratería transnacional como propiedad intelectual y se la encubre como proyectos ambientalistas de las que no pocas organizaciones no gubernamentales son cómplices. Además, en la medida en que el Poder Judicial permanece prácticamente intacto desde los tiempos de la dictadura adquiere otro protagonismo, siempre en beneficio de los factores del poder dominante, que tiene una direccionalidad inequívoca para dar seguridad a la acumulación privada del capital. De hecho, la criminalización de la protesta social bajo cualquier modalidad es la forma que adopta la defensa del Estado de derecho. El Poder Judicial contribuye a eliminar los obstáculos a cualquier proyecto transnacional negando el derecho jurídico de los afectados.

Sin embargo, en este proceso se producen una serie de contradicciones en la medida en que este *Estado de derecho* y la democracia representativa, formal cuando se trata de las garantías de los trabajadores, si bien les permite a los grupos dominantes algunos márgenes de manejo político a corto plazo, al mismo tiempo tensa los conflictos y la lucha de clases por la radicalización de la ofensiva que el Estado capitalista a través del régimen propicia. Por lo mismo, en la medida que el neoliberalismo no está capacitado para resolver los problemas socialmente importantes, el régimen cada vez recurre más y más a la represión policial- militar que atenta incluso contra la democracia abstracta que propician. La derecha siempre tuvo una clara conciencia de los escenarios de crisis y actúa para resolverlos. Por ejemplo, para retener el control político simplemente mueve otras piezas del rompecabezas con el pragmatismo que la caracteriza, con éxitos según su capacidad y según la eficacia política de los sujetos políticos populares y de los movimientos y organizaciones que los representan. Parte de esas movidas estratégicas tienen como meta hacerse con el discurso crítico de los sectores populares y de sus formas de organización apelándose a la izquierda reformista que en tanto defiende el estatus que impera se convierte en un actor político que ya no es de izquierda porque está del lado de los intereses de los factores de poder históricamente dominantes. El reformismo como final característico de estos grupos nos revela la incapacidad para superar las debilidades analíticas y los prejuicios para pensar el partido y la organización, el poder y el arte de lo posible como instrumento político que tiene como tarea primera promover la

organización política independiente y su coordinación con la dirección de acción común en un ámbito donde lo político (la organización del Estado capitalista y del régimen que le asiste en su interés) se relaciona directamente con el ámbito del control social. Un cambio social, político, económico y cultural de la índole y características del humanismo, es decir, de la lucha por el cambio a partir de la instauración de un régimen popular e inclusivo (que por definición es una real alternativa a las condicionantes, razones y lógica del Estado capitalista y de sus regímenes, cualesquiera que estos sean) es una batalla también contra el olvido al que intentan someternos los grupos y los sectores dominantes en propio provecho. Es una resistencia a seguir siendo naufragos programados para repetir la misma acción de millones de iguales, es una resistencia a vivir sin conocernos, sin pasado, sin historia y por supuesto sin futuro. El Estado de los capitalistas siempre conduce al olvido al tiempo que el sujeto muere porque desaparecen las relaciones con su entorno físico, material y espiritual cuando es ahí donde se sostiene la vida de los hombres, en la arquitectura, en la calle que lo vio crecer, en la plaza donde jugó, en la playa donde disfrutó del verano, en el vecino y en sus amigos. El Estado capitalista incluso nos desarraiga de nuestros recuerdos, de la historia, del valor de lo simbólico, del valor de la experiencia pasada, de la niñez y de la adolescencia, de otro tiempo donde por una cuestión de válida nostalgia siempre creemos que ese tiempo, ese pasado que no vuelve, es mejor. Bajo el yugo del Estado capitalista los trabajadores sufren la desmemoria porque el olvido es circunstancial con el control que se ejerce. Los recuerdos de los hombres se desvanecen y se desdibujan gradualmente, pero sin pausas en el camino, hasta convertir nuestro entorno, la calle, la plaza, la playa, el barrio, la ciudad e incluso el país en un territorio que ahora nos es extraño: vivimos en el torbellino del consumo, de las necesidades artificiales, suspendidos en la rapidez de la perturbación que no permite asirse a nada físico ni menos a nada espiritual; entonces la demencia se vuelve impostergable, es muy difícil esquivarla. De ahí a convertirnos en sociedad de deprimidos, de personalidad apagada, conformista y despiadada, hay solo un paso. El Estado capitalista con su afán de lucro nos convierte en hombres que negamos incluso nuestra cualidad y esencia en tanto hombre, nuestra necesidad y dignidad y solo nos permite vernos, entendernos, pensarnos y relacionarnos como mercancías. Es la cosificación de la vida de los hombres llevada a su límite por los intereses de la acumulación privada del capital que milita a favor de la supremacía del derecho a propiedad que, a su vez, sostiene políticamente el automatismo del mercado como si esto realmente fuera posible.¹⁵

¹⁵ No nos engañemos, el automatismo de los mercados es una falacia desde que los grupos históricamente dominantes lo controlan por todos los medios a su alcance para hacer primar sus intereses. Siempre intervienen pero en provecho propio, a expensas y a pesar del bien y necesidades de la mayoría.

La desmemoria y el olvido nos convierten en una especie que solo existe en cuanto puede comprar o puede vender, nos convierte en parte de un régimen que va por todo y por todos, por nuestras vidas también. Es así que en relación a otros hombres, en relación a nuestros semejantes y en la medida en que somos mercancía, consumidor y competidor, los otros son enemigos, extraños que buscan ganarse nuestro lugar, el trabajo que nos corresponde y que merecemos, y así sólo existimos en el mercado donde la vida se transa por unas monedas. Nos vendemos, hipotecamos nuestra alma, la vida de las personas, para poder comprar, compramos para que otros se puedan vender a nuestro capricho y designio. Sólo en el mercado realmente existimos y afuera está la nada absoluta, están los zombis que deambulan por doquier ante la presencia y la hegemonía de un régimen que en principio es tremendamente inhumano, carente de esa gallardía que sostiene una ética del amor, de la pasión y del respeto. Así en este infierno del consumo vamos continuamente, sin pausas, desgastando nuestra vida y, al final, la nada, la intrascendencia, la marcha de las máquinas hacia el vacío más sublime que solo puede favorecer el estado de cosas del capitalismo. No es de extrañar esto porque uno de los principales objetivos del capitalismo en su marcha voraz por la hegemonía absoluta, esa que pretende terminar con la historia del hombre como si le fuera posible, es borrar los sentimientos de los hombres, el compromiso por la solidaridad, el respeto y la dignidad de manera que disuelve al trabajador en una masa que integraría, impide las tareas colectivas, las voluntarias, por el placer de mejorar la calidad de vida y la situación de otros, de forma que el sujeto ahora solo puede identificarse porque consume más o menos lo mismo donde, a su vez, ese consumo también es definido por los grupos de poder dominantes y sus transnacionales. El Estado capitalista no puede permitirse el sentimiento, la solidaridad, el respeto y la memoria histórica. Por eso no le simpatiza la historia cuando el pasado es fuente inagotable de sentimientos y de recuerdos de los hombres porque sin esta historia, sin nuestro pasado, sustituimos la épica que funda la trivialidad y banalidades del consumo, del jugador o la modelo del momento, que pronto será sustituido por otro igual de intrascendente. De la historia lo único que le queda al Estado capitalista es lo que le da lucro, lo material mientras el sentimiento es borrado por siempre por el peligro que implica. Nos queda la justicia de los monumentos donde de ahora en adelante Allende o Miguel Enríquez permanecen apenas como estatuas, como una avenida o plaza donde nada emociona porque en realidad nada transmiten. O' Higgins es una simple alameda al tiempo que lo mismo pasa con Manuel Rodríguez, su eterno rival en vida, que lo cruza a cierta altura. Maipú es un sector de Santiago o una marca comercial, no una batalla heroica donde nos jugamos la libertad. Bajo la razón del Estado capitalista todo es banalizado hasta el extremo: nuestra vida, nuestros heroes, la historia, el pasado, el presente y el futuro, las necesidades del trabajador, la memoria,

el respeto y la solidaridad. En ese contexto hay que entender la formalidad, la banalidad de la arquitectura del poder sostenida por esos regímenes políticos que son funcionales a la acumulación privada del capital. En ese contexto se entiende la formalidad y abstracción de la democracia y sus procesos, de su institucionalidad. La desmemoria y el olvido que plantea el Estado capitalista todo lo condiciona, arrincona al pensamiento y difunde la trivialidad, el ardid publicitario, nos convierte en territorio de embotamiento. No es casual, es parte de la lucha de clases por métodos de control mucho más sutiles. Es la continuación de las grandes batallas por otros medios, por el método de la razón. Es necesario entender que los grupos dominantes hoy hacen política- y así buscan condicionar nuestro destino- con el mismo espíritu que motiva los bombardeos a los países donde se insinúa cierto atisbo de soberanía. Hoy son las mismas transnacionales las que promueven la memoria y la desmemoria, el recuerdo de ciertas circunstancias y el olvido de otras; esto me lleva a la conclusión que hoy el teatro de operaciones del combate entre las clases es más complejo, donde todo, absolutamente todo a nivel global por lo menos, es impulsado por el llamado complejo industrial-militar de Estados Unidos.

Poco importa las necesidades del hombre, el resultado numérico de las elecciones o lecciones de la historia reciente o de las crónicas de otros siglos, poco importa el sacrificio e inmolación del hombre y su vida, de tremendos intelectuales, de poetas y dirigentes que todo lo dieron por su colectividad, por la libertad y por la emancipación material y espiritual, porque lo que en verdad importa, el objetivo de los dominantes es la creación de un régimen abstracto pero además egoísta, inmediatista, incapaz de razonar y de ver más allá de la apariencia. En resumen, capaz de ser su propio verdugo. Estimulan las bajas pasiones, el derroche, la ebriedad del consumismo y las tremendas banalidades, la mezquindad de los trabajadores y de los patronos, al grito de la jauría que cava su sepultura. Con esa actitud bien criminal piensan agrupar infamias para seguir sosteniendo sus privilegios porque no importa la vida más allá de sus intereses. Para el Estado capitalista la cuestión está bastante clara, sabe de antemano que la memoria y que la historia son un teatro de operación militar- política, cultural e ideológica y actúa en consecuencia. Su objetivo es evitar que la memoria histórica interpele al poder dominante, la hegemonía construida hace siglos. Nos habla de banalidades para sostener la desmemoria, los valores y la cultura popular al tiempo que intenta construir una sociedad capaz de autoflagelarse, de labrar su muerte en vida. El cambio en favor del trabajador entonces tiene que combatir la brujería de una historia oficial que responde al cretinismo que quieren imponernos. Debe considerar la memoria como operación de resistencia ante la historia dominante en la que el objetivo es el alma y virtud del trabajador. En cambio, la memoria de los dominantes, que milita paradójicamente en favor de la desmemoria, es una gran ficción de la cultura.

La formalidad del poder: el desafío de lo general y lo particular.

En Latinoamérica a partir de los procesos de independencia se logró instaurar regímenes políticos que bajo la égida de una legitimidad restringida de las formas de poder y la manera propia en que estas se manifiestan en el ámbito político- institucional, produjo ciertas condiciones de producción que bajo ninguna circunstancia favorece un escenario de expansión del Estado capitalista desarrollado ni menos un modelo de acumulación que necesitara del consumo popular. En general, los regímenes de la región son instaurados con sindicatos débiles que en muchos casos ni siquiera tenían posibilidades de negociar con los dueños del capital mecanismos de redistribución de los ingresos. Ensayamos una especie de *Estado de Bienestar* pero no tuvimos la calidad de vida o el ejercicio de la democracia política que fuera comparable con los países desarrollados. Al contrario, en nuestros países se impusieron democracias representativas que insistieron en la ampliación de la exclusión, de la pobreza y de la marginación. Esto sumado al sistemático debilitamiento del origen estructural de las organizaciones representativas de los grupos y de los sectores populares que disputan con el capital la forma de distribución del ingreso. El exponente extremo de este modelo es el régimen neoliberal. Lo grave es que a partir de estas condiciones estructurales ya no es posible pensar en el desarrollo de la democracia, justicia y libertad sin estar en contra del Estado capitalista y su lógica. Por eso en el proceso de cambio a favor del pueblo se impone el reformismo radical una vez que las políticas auspiciadas por los gobiernos populares son tomadas en serio por los asalariados como grupo y clase subalterna. Esto quiere decir que hoy no podemos discutir los problemas de desarrollo, de crecimiento, de la igualdad, de la distribución de la riqueza o inclusión, de la forma en que lo hacían los sectores populares antes de la imposición histórica del neoliberalismo, en esa época donde los sectores populares empezaban a recomponerse luego de la experiencia que en lo político significaron las dictaduras. Ahora la situación es totalmente nueva porque por lo menos en los países que aún perdura el neoliberalismo existe una marcada y una agudización terrible de la miseria, de la exclusión y de la marginación en momentos de intensificación de la explotación del trabajador y la ofensiva de los intereses transnacionales. Si bien es cierto que en algunos países de Latinoamérica los trabajadores se movilizan en beneficio propio, la derecha todavía tiene una tremenda capacidad para definir los temas del debate, de la agenda y del horizonte ideológico. Bajo la égida neoliberal, las críticas- que son diversas e importantes, profundas y que surgen todo tiempo- a las concepciones instrumentalistas de la democracia que lo único que hacen es reivindicar el método democrático formal, que se basa en una importante abstracción en relación con las garantías constitucionales del trabajador, son

manipuladas ideológicamente por el régimen hasta convertirlas en especie de justificación para aceptar las reglas del juego de la democracia gobernable bajo los términos del patrón. La administración de lo políticamente existente se basa en un sistema de partidos y de representación que actúa como filtro para impedir por todos los medios que las demandas sociales contrarias a la acumulación privada del capital se conviertan en políticas públicas. Estamos en presencia de un Estado capitalista que a través del régimen político actúa intensamente a favor de los intereses del capital. Estamos en presencia de una idea del poder y de la democracia que solo intenta asistirla, que solo nos conduce al electoralismo y a un parlamentarismo conservador que milita en favor del alejamiento de los partidos de los movimientos y organizaciones sociales. Pero las críticas que surgieron a estos comportamientos y acciones de los partidos son también manipuladas, son convertidas en una concepción e idea neoliberal de los derechos y garantías de los trabajadores que beneficia el control, que amplía los espacios de poder en favor de la patronal. Además de la influencia de una falsa *tercera vía* que no nos conduce a ningún lugar, se observan las manifestaciones de una izquierda que renuncia a la igualdad porque su objetivo no es de naturaleza anticapitalista, antisistémico y por ello revolucionario: se conforma con la equidad neoliberal que en la práctica no existe. La concepción neoliberal de la equidad lo que hace es justificar de manera racional las desigualdades que favorecen la acumulación privada del capital. Además, plantea que hay que resolver las otras diferencias entre los individuos pero considerándolos como si fueran libres e iguales. El problema es que esa libertad e igualdad de los neoliberales no tiene sustento material y real. Pensar al trabajador latinoamericano como libre e igual es una burla.

Desde el momento en que esa igualdad no existe lo primero que debe hacer un gobierno que se pretenda popular es resolver las necesidades más urgentes del trabajador, atacar el hambre, atacar la pobreza y la marginalidad, es decir, de forma inmediata tiene que mitigar las peores situaciones sociales de miseria y las variadas formas culturales de opresión y exclusión a través de subsidios y de políticas asistencialistas que lleguen lo más rápido posible a los sujetos social y económicamente vulnerables. También es cierto que las limitaciones económicas que enfrenta el gobierno popular en una primera etapa son reales y que por ello el solo hecho que el trabajador desayune, que pueda almorzar y cenar en un mismo día durante unos cuantos meses, es un acto verdaderamente (*r*)evolucionario. El problema es cuando creemos que estas políticas asistenciales que son transitorias, es decir, para satisfacer una necesidad de urgencia (el hambre lo es) es posible sostenerlas y mantenerlas en el tiempo sin atacar los privilegios que derivan de la acumulación privada del capital, sin los cambios estructurales que plantea el reformismo radical. Las debilidades económicas con que se enfrentan los gobiernos populares, que además definen un contexto político determinado, imponen a los sectores

populares un proceso de reformas que derivan en la radicalización de éstas y al fin en la *(r)evolución permanente*. Este proceso tiene sus exigencias: la gestión popular es central porque a partir de la movilización del trabajador y de las organizaciones que los representan, a partir del protagonismo de éstos, se define qué tipo de reformas se hacen porque hay varias. Por un lado, están las que conducen a cambios profundos, las de tipo estructurales, y por otro lado están las reformas que son menos importantes y transitorias. Lo primero es avanzar, tener la fuerza política para defender lo realizado, para lograr los objetivos de la democracia participativa. Donde domina el neoliberalismo los sectores de la centro izquierda (en caso que estemos dispuestos a definirlos de esa manera, que además son presos del reformismo cómplice del régimen dominante) cuando les toca gobernar lo hacen sin una real fuerza social-política organizada y activa que sea representativa de los trabajadores porque llegado ese momento central en que el pueblo empieza a movilizarse en favor de las reformas llevadas a su máxima expresión, es decir, cuánto más fuerza social y política hay que se moviliza y que permitiría iniciar un proceso de transformaciones consistentes, la centro izquierda que gobierna- en verdad solo administra- trata de disminuir la influencia política de sus bases sociales para no asustar a los privilegiados.

Es indudable que la situación estructural crítica por la que atraviesa la humanidad, donde la crisis del sistema comercial global no es más que otro de los ámbitos donde se manifiesta esta misma situación, es causada por el Estado capitalista y los regímenes políticos a través de los cuales se expresa. También está fuera de toda duda razonable que la suerte del hombre como especie humana será determinada además por su capacidad de superar el actual Estado capitalista de las cosas cuanto antes porque de no hacerlo el camino al abismo será una realidad difícil de soslayar. Basta con ver de que forma el Estado capitalista depreda los recursos del hombre, el clima. Podría incluso hablar de una marcha inexorable hacia el abismo en la medida en que el hombre bajo el capitalismo continúe actuando de la forma en que lo hace y probablemente estaría más cerca de la verdad. La idea de un juicio final está implícita en las doctrinas religiosas más extendidas por el mundo sin que nadie por eso las califique de pesimistas o de fanáticas. Pero cuando se trata de crear conciencia política sobre la necesidad de respetar nuestro ecosistema la cosa cambia. Hay muchos intereses en juego de por medio. En realidad, solo los intereses de los centros globales del poder. Al contrario, considero un deber ético y político elemental de las personas de buena voluntad, más o menos serias y conscientes, que además son más que un par de millones en esta aldea global, luchar para posponer y, tal vez impedir, ese dramático acontecimiento en el mundo actual. Las personas de buena voluntad, los que luchan sin cesar por un mundo mejor que es posible, son imprescindibles en esta hora de definiciones porque sencillamente la energía de esos luchadores,

siempre impetuosa y en vilo, agujiunea a los que se cansan, a los abatidos. La audacia de los luchadores de toda una vida, aquellos que no claudican, los que siguen en la militancia, es intrépida y locuaz: su entrega hace sonrojar a los timoratos, a los miedosos, a los reformistas que nunca ven más allá de sus dogmas. El espíritu atrevido, el corazón ardiente y la firme voluntad que se expresa en los humanistas es el motor de la gran rebelión. El marxismo y sus soldados son el motor de nuestra (*r*)*evolución*, de ese asombro, de la duda y de la tremenda indignación que posteriormente se convierte en el verbo que conjuga la gramática de la (*r*)*evolución permanente*. Es importante que desde siempre seamos los que motoricemos la rebelión porque el mundo es batalla constante, de los intereses de clase. La historia de las sociedades ha sido, y lo sigue siendo hoy, la historia del desencuentro entre la necesidad de construir un interés general y la demanda de quienes componen esa misma sociedad. Es una lucha entre el interés general y la persistencia en la defensa de sus particularidades. La violencia en el interior de los regímenes políticos, que deriva del combate y disputa entre intereses de clase, se relaciona con esa continua tensión entre los reclamos individuales o particulares del sujeto (que también puede ser sujeto colectivo como una organización) en el sentido que son intereses que responden a ciertas demandas compartidas universalmente, y el llamado interés general que en muchas ocasiones puede asumir la forma de interés nacional, de causa común o de los derechos universales de los hombres a partir de la primacía de la propiedad o del derecho a la vida. Pero, la causa común que aquí interesa es ese interés general que asume la forma de *progreso*, que es un concepto que sirve para expandir de manera global una idea del mundo, de la realidad, de las relaciones sociales y la vida que se convierte en garantía inapelable para los pueblos que buscan el desarrollo bajo el capitalismo. Me interesa el concepto de *progreso* bajo el capitalismo, la forma en que sus dogmas son impuestos a nuestros países, porque además esas formas revelan maneras de control y de dominio de los pueblos centrales sobre los periféricos. El precio que nuestros países deben pagar para intentar entrar en ese selecto club de los desarrollados bajo el dogma del progreso capitalista dejó, solo en los últimos siglos, una inaudita acumulación de violencia, de injusticias y sufrimientos.

El concepto de *progreso* bajo el capitalismo remite directamente a la idea de civilización, de desarrollo y de cultura. Bajo esa matriz pragmática, economicista e imperial de esa gramática habilitadora de un proyecto global de civilización, adquirió varias maneras pero terminó por imponerse a partir de una lógica universalista cuyas razones expulsaron fuera de la historia de la civilización a los que resistían esos dogmas. La cuestión es que cuando ciertos pueblos son expulsados de la civilización, el Estado capitalista asume la tarea universal de integrarlos a su manera, a través de invasiones y de genocidios, a través de sus biblias y espadas. La tensión entre lo general y lo

particular está también- y con una tremenda insistencia- en la construcción del prejuicio social, racial, sexual o religioso que, a lo largo del siglo pasado, fue causante de formas genocidas de violencia política dirigida contra una enorme cantidad de sectores sociales que no querían aceptar la permanencia de las minorías en la dirigencia de sus asuntos al tiempo que esa dirigencia (minoritaria en términos de intereses de clases pero muchas veces mayoría en términos raciales o religiosos) veían a los disidentes poniendo en entredicho el destino del país. En ese contexto se entiende tanto la matanza del pueblo armenio perpetrado por jóvenes turcos durante la Primera Guerra Mundial en nombre de otra Turquía hasta el “Holocuento” judío consumado por los nazis en nombre de la superioridad de la raza aria y de la construcción del Reich, pasando por otros actos de criminalidad masiva en los distintos continentes, sin olvidar, en el caso de Latinoamérica, el genocidio indígena que acabó por consolidar la *unidad nacional* bajo la premisa de aniquilar parte sustancial de los pueblos originarios. El esfuerzo decisivo del trabajador que está por el cambio, por construir un régimen inclusivo como forma real de democracia, es buscar un equilibrio entre el interés general y el particular. Ese desafío es central porque atraviesa lo político, lo cultural, lo social, lo económico, lo científico y tecnológico en un marco que sabe de las múltiples dificultades que existen en el interior de nuestros regímenes políticos para alcanzar una vida socialmente justa para el conjunto. En política muchas veces reducir el interés del sujeto particular a los intereses de lo que se considera general, lo que sería el interés común, conduce en muchos casos (como los hechos lo demuestran en distintas circunstancias de la historia) acallar ciertas voces, incluso vidas y experiencias, valores y parte importante de la cultura popular en nombre de una voluntad general que parece definir, desde su propia lógica e intereses, la totalidad de la vida en el interior de un régimen. Me refiero no solo al Estado capitalista y las formas que asume bajo las políticas de sus diversos regímenes sino también a los llamados socialismos reales donde, me parece, la sujeción de los intereses de los sujetos a un interés general nunca definido en términos democráticos al igual que en el Estado capitalista, derivó en un modelo de desarrollo y crecimiento que incluso negó de manera sistemática el interés general en favor de intereses particulares concretos a saber, el interés de una clase política que controló el Partido- Estado y desde ahí a millones de trabajadores. Conocemos las consecuencias que al respecto produjo la imposición del socialismo real como las del neoliberalismo sobre nuestros países cuando se impone el interés de algunos actores colectivos sin considerar el interés general. Es necesario buscar un equilibrio mínimo que en favor de la gobernabilidad democrática. No cabe duda que al interior de un régimen que se precie de democrático no es posible reducir el derecho individual en nombre del derecho general que, incluso, puede desplegarse segando aquella *particularidad* que entra en tensión con la *universalidad*. Se

impone intentar sostener el equilibrio entre ambas dimensiones de la vida. Ese es un gran desafío, una tarea constante y un esfuerzo imprescindible en el momento de medir las consecuencias de las decisiones y de las acciones de un régimen. También hay algunas excepciones puntuales, cuando en ciertas ocasiones dignas de ser consideradas por la praxis del trabajador, la defensa de algunos derechos particulares acaban garantizando la fluidez del derecho compartido que abarca a los trabajadores como clase social.

En el ámbito del desarrollo de un país la cuestión es de qué manera es posible compatibilizar los intereses particulares (que inclusive cuando toca la delicada cuestión ecológica se vuelve un problema más amplio y general ya que sus consecuencias se derraman más allá de la región y de la coyuntura) con los del régimen en su conjunto. Tendríamos que preguntarnos de qué manera podemos equilibrar la necesidad del siempre bienvenido desarrollo de los pueblos en un sentido inclusivo y popular (que también trae aparejado dramas de distinto tipo que se resumen en cómo defender la sustentabilidad del medio ambiente en contra de la depredación de recursos) que aspira a volver más igualitario el régimen, con las problemáticas de contaminación que se derivan de ciertas áreas de la producción como la minería u otros recursos energéticos. Encontrar los vasos comunicantes a fin de mejorar la situación de la mayoría a través de la resolución de estas disyuntivas, es un desafío imprescindible que compete a los distintos actores que conforman la agenda de gobierno e inciden en la vida de todos a partir de sus acciones y omisiones. El modo de resolver la compatibilidad del desarrollo de nuestros países con la aplicación de la innovación tecnológica, siempre necesaria y central, con la problemática del medio ambiente y los derechos particulares de cada actor arranca de la adopción de *tecnología conveniente*. Éste es el desafío. Además, está la cuestión de la unidad en la lucha para poder sostener un equilibrio entre el interés particular y el general. Cuando un pueblo empieza su *(r)evolución permanente* viene también la contrarrevolución- que sin duda buscará permanecer en el tiempo- como nos lo enseña la historia reciente. Cuando se viene la *(r)evolución popular*, también viene la contra que ahí sigue viva atacando, conspirando, bien subordinada al imperialismo, abusando de la intriga, de la mentira, de la difamación, de la injuria, tratando de minar la integridad de los trabajadores, tratando de minar su unidad. La respuesta de ellos (de los intentos de la reacción política) es más unidad, más fortaleza y conciencia.

Una gran enfermedad de la humanidad es el Estado capitalista. No es difícil aceptar que éste es una enfermedad y que el neoliberalismo, en tanto su versión más extrema, exacerba los dramas que esta organización social produce sobre la vida del pueblo. El Estado capitalista es una enfermedad, de hecho, funciona como tal: priva a los trabajadores de la necesaria salud, de la vivienda, educación, del trabajo, distorsiona las relaciones sociales y despoja

a los pueblos del alimento material y espiritual. El trabajador bajo el yugo del estado de cosas capitalista termina convirtiéndose, por mandato del capital, en máquina de consumo, en sujeto que hasta es capaz de matar y de venderse por conseguir la última proposición del mercado. Esa sí es una enfermedad porque el mundo es reducido al consumo sin freno al tiempo que las ideas de la mayoría las dictan los medios de inducción al consumo con los recursos que poseen al respecto. Esa enfermedad si bien se manifiesta exclusivamente a partir del consumo, el mismo adquiere variadas formas de expresión social. Es decir, esta enfermedad que padecemos se manifiesta de varias formas y entender esas formas es central. El análisis de sus maneras es vital porque en la comprensión del fenómeno deriva la posibilidad de liberarnos del yugo de la enfermedad a que nos somete el Estado. El *rentismo* es la enfermedad del trabajador que se caracteriza por la disociación entre la riqueza y el trabajo que la produce bajo el yugo del capitalismo. Así, una primera manifestación de esta enfermedad es que el trabajador como actor colectivo es extrañado de su realidad, de su objetivo sometimiento como mercancía que crea valor en favor de la acumulación privada del capital. La riqueza aparece como un acto mágico y de la misma manera es como desaparece. Los ciclos de bonanza y carencia son imputados a supersticiones, a la hechicería o mala suerte. Peor aún, muchas veces son imputados a la desidia de los pueblos para justificar el subdesarrollo. La suerte, la hechicería y la desidia sustituyen el esfuerzo, la movilización y participación del trabajador en la riqueza de nuestras naciones porque ésta- la riqueza- no es construida socialmente sino que simplemente llega como una cuestión de suerte, media espontánea. Desde esta perspectiva, la pugna no es apropiarse del trabajo ajeno, como es en un país gobernado simplemente por un Estado capitalista, sino que es por acercarse y apropiarse del manantial que produce la renta nacional. Con la enfermedad del rentismo la acción política del gobernante e incluso del trabajador queda reducida a la habilidad del asistencialismo, la beneficencia, del reparto, de cómo, cuándo y en que circunstancia se abre o cierra el grifo de la renta. Y si consideramos que los trabajadores bajo el régimen neoliberal viven en un círculo vicioso, del consumo que manifiesta una cuestión más profunda como el hecho que vivimos en la inmediatez, acostumbrados a los espejitos de colores y siempre manipulados, entonces la ecuación de esta enfermedad empieza a cerrar. Por el influjo consumista de los neoliberales, los trabajadores se comportan y votan, se movilizan y participan de acuerdo a lo que fluye desde el grifo de la renta. Por eso, es necesario entender que hay detrás de este chorro porque al final los gobernantes al servicio de los neoliberales, en la medida en que sus metas son los del control político, cabalgan en la mera posibilidad, que en realidad no controlan, de abrir o cerrar el flujo en beneficio de los intereses del capital. La enfermedad consiste en que finalmente nos convertimos en trabajadores de un país hipnotizado por el consumo mientras nos conduce

por la vorágine del individualismo y del egoísmo. De ahí que una gran meta de la *(r)evolución permanente* es terminar con esta enfermedad, romper ese círculo vicioso, superar la cultura rentista de la riqueza espontánea, de la inmediatez y de un egoísmo que denigra los objetivos sociales. No es tarea fácil porque se requieren dos factores. Uno, es tener fe en la organización y gestión de los trabajadores, o sea, reconocer que somos los protagonistas de la historia y que nuestros intereses son más racionales que cualquier otro interés por el hecho de ser la amplia mayoría. Defendemos el bien común y tenemos el derecho de actuar en consecuencia. Y segundo: se requiere mucha valentía de los gobernantes para apartarse de la comodidad de la política del grifo, de la superstición y hechicería para convocarnos al sacrificio que funda lo hermoso. De este primer paso se origina la búsqueda de nuestra teoría y práctica, en las condiciones inéditas de una *(r)evolución permanente* que convive con esas enfermedades, con el enemigo de clase, con su lógica, con su tradición pero para libertarse del yugo de éstas.

La enfermedad del *rentismo* va contra los mejores valores del hombre. Si queremos ver el asunto desde un punto de vista espiritual, necesariamente aparece la idea de un Dios justo, equilibrado en sus métodos y compasivo en su forma. Un Dios que destinó los recursos de la tierra (cuanto ella contiene) para el uso de toda la Humanidad. Es la forma en que desde las alturas se reivindica la justicia de Dios, el trabajo colectivo, socialmente producido del que por lo mismo todos tenemos derecho a gozar. La ética, la espiritualidad y la vida, la experiencia del hombre, nos dice que los bienes creados tienen que llegar a todos en forma equitativa bajo la égida de la equidad social. Sean las que sean las formas de legitimar la propiedad, adaptadas a las instituciones del trabajador según las circunstancias variables de su historia, jamás hay que perder de vista la idea del destino universal de nuestros bienes. El hombre, al usarlos, no puede ver en estos bienes y servicios simples cosas exteriores a su naturaleza, que de manera legítima posee como suyas, sino también como comunes. Por lo demás, habiendo como hay tantos oprimidos y necesitados hoy por el hambre en el mundo globalizado por la lógica de los neoliberales, el humanista tiene que urgir a particulares y autoridades, a que comuniquen, participen y militen en favor del fin de la enfermedad del Estado capitalista. El tiempo apremia porque el Estado capitalista y los suyos se muestran muy agresivos contra las urgencias de los trabajadores, contra el medioambiente. El Estado capitalista depreda cada recurso del planeta a favor de una riqueza artificial. En ese contexto, la enfermedad del *rentismo* se manifiesta en una crisis ecológica, alimentaria, energética, en una crisis económica, comercial, en inestabilidad política e institucional e incluso en una crisis de valores y de la cultura. Además, si hace unos años se podía decir que la *(r)evolución permanente* era asunto de cada país, hoy y con la globalización del capital en marcha, que nos ha llevado a este estado de situación, a una realidad caótica

por lo demás, la necesidad de la *(r)evolución* es global y más permanente que nunca. La actualidad impone la necesidad de la *(r)evolución permanente* porque ella se relaciona estrechamente con la salvación de la humanidad y por tanto ya no puede ser un hecho político aislado sino que es, como nunca, asunto de los hombres que desborda las fronteras de lo local- regional para extenderse a toda la globalidad. Nunca como ahora había estado tan claro el daño que el Estado capitalista y sus enfermedades produce sobre el hombre, sobre la vida en el planeta que es el único que tenemos, el único apto para la existencia. El objetivo fundamental de la *(r)evolución permanente* sobrepasa los límites de lo local porque sólo se justifica si su idea primera, la meta por decirlo de alguna manera, es salvarnos en tanto especie humana, salvar la vida y en el proceso reivindicarla en su máxima dignidad. No es suficiente denunciar el peligro que nos acecha todos los días desde todos lados bajo el yugo del Estado capitalista porque se impone el poder mostrar, tanto desde el ámbito de la teoría como de la praxis política, soluciones. Hay que mostrar al mundo otra manera de relacionarse con la naturaleza y con los recursos que el planeta nos ofrece en el proceso de la vida. Es urgente el uso de tecnología que sea conveniente a los intereses de las mayorías. Para eso hay que fundar otra manera de consumo, de producir, de ver el mundo, los objetivos de la vida humana, las urgencias de cada cual, de las formas en que se exprese el poder de la mayoría. En palabras más directas, es necesario el humanismo que supone, entonces, una nueva relación entre los hombres y de estos con la naturaleza. Este es el objetivo primero de la *(r)evolución permanente* y esa es la medida de sus pasos e ideas. Hay que militar en favor de la organización del trabajador que en todo caso supone una delegación mínima de funciones y jerarquización.

La realidad produce de manera espontánea y forzosa la organización y reclama la delegación política, la jerarquización en favor de los cambios. Es así como la organización política de los trabajadores detrás de los objetivos de la *(r)evolución permanente global* es tan natural y tan necesaria como la organización de los organismos vivos, de la vida. El marxismo, que intenta y busca salvar a los hombres de las maneras de la acumulación privada del capital, supone un alto grado de organización, planificación, jerarquización y disciplina. El reto de su construcción es organizar sin generar privilegios. El objetivo es organizar la manera real de ordenar la participación de todos para trabajar contra la lógica dominante, que es individualista por esencia, que nos enferma como Humanidad porque nunca creyó en el desarrollo armónico del hombre. Por el contrario, la ideología y la cultura popular sienten en su vida diaria que la suerte del colectivo depende de la suerte de cada uno, y que el individuo aislado es un ser inconcluso.

Epílogo.

Karl Popper fue un teórico de origen austriaco que junto a Friedman y Hayek, entre otros, se convirtió en uno de los más importantes referentes del liberalismo del siglo XX que fundó un espacio que reúne hasta la actualidad al pensamiento de la derecha que se pretende liberal. En cuanto a Popper, debemos considerar en especial su libro *La sociedad abierta y sus enemigos* que resulta un alegato contra todo tipo de totalitarismo en el momento de finalizada la Segunda Guerra Mundial que, de por sí, es una etapa particular para los sectores democráticos. Para Popper el enemigo son las teorías (y sus expresiones prácticas en la vida política del ciudadano) que supongan una amenaza contra la libertad individual del sujeto. Entre estos enemigos de la democracia, entendida como las libertades formales del hombre, se incluyen tanto el socialismo real, que se expande a partir del avance de la Unión Soviética sobre la Europa oriental, y el propio nazismo. Sin embargo, Popper no se detiene en ese punto: incluye entre los enemigos de la libertad hasta las intervenciones del sector público en la economía, por más moderadas que éstas sean. A partir de ahí, de la definición de los enemigos del liberalismo, Popper nos habla de las sociedades cerradas, compuestas por una comunidad irracional, vetusta, arcaica y totalitaria; por otro lado se refiere a la sociedad abierta, esa que reivindica las gestas individualistas, que son por el contrario a las sociedades cerradas, más reflexivas y críticas porque desafían al poder de turno y hallan su máxima concreción política en la república democrática de los países centrales. En su lucha contra el marxismo, que sería una de las manifestaciones de sociedad cerrada, es decir, irracional y donde prevalece la coacción por sobre el consenso, Popper se enfrenta a éste a partir de lo que él denomina como *historicismo en las ciencias sociales*, esto es, contra la idea que la historia está regida por leyes y normas que trascienden en algún sentido la voluntad y acciones individuales y, por lo tanto, la responsabilidad que los hombres tenemos por nuestras acciones. De ahí se sigue que Popper, como muchos teóricos al servicio de los grupos de poder más concentrados, termina por plantearnos algunas verdades que serían más o menos absolutas en relación a la idea de democracia y del pensamiento y saber de los hombres en general, cuando se trata de la defensa del sistema democrático bajo los parámetros liberales. El autor en cuestión está fuertemente influenciado por lo que se conoce en las ciencias sociales como *falibilismo*, postura política-ideológica que considera que el saber es limitado, que entonces podemos errar en nuestras consideraciones, que no es posible tener certeza absoluta de la verdad, algo que Popper apoya en principios lógicos de los razonamientos. Hasta ahí todo bien, sin embargo, ante esta postura fuertemente democrática que establece la imposibilidad de una verdad que sea cierta para todo tiempo

y todo lugar, es decir, de una verdad que es absoluta y que por tanto implica la posibilidad de imponerla a los demás sectores sociales, el autor termina contradiciéndose en sus propios términos ideológicos por defender las bases del liberalismo que milita en favor de la verdad absoluta. Las contradicciones en el ámbito del neoliberalismo como heredero del primero, es que la libertad política planteada por los grupos liberales es contraproducente y contraria a la libertad económica pregonada también por los liberales. Por eso insisten en la formalidad de los derechos del ciudadano y se olvidan de los valores democráticos cuando se trata de llevarlos a la práctica en beneficio de las mayorías nacionales: cuando la libertad política busca profundizar en el cambio a favor de un mayor bienestar para la mayoría, esta se contradice con la libertad económica porque el bienestar de los trabajadores, en un contexto de democracia, inclusión, de crecimiento y desarrollo equilibrado de nuestros países, implica la intervención del sector público en la economía en ámbitos tan prioritarios como la educación o la salud, en la producción y distribución de los bienes producidos. Eso el neoliberalismo y su libertad, falsa, formal y abstracta, no lo puede tolerar.

Una pregunta que tendríamos que remitir a Locke, que es el padre del liberalismo, sería por qué los actores y sujetos que forman el sector público, el Estado según él, necesariamente tienen que ser neutrales en el ámbito de las relaciones sociales de producción. ¿No sería tal vez mejor que el sector público se comprometiera con un ideal, es decir, que deje de ser indiferente ante las necesidades de la mayoría? ¿No sería mejor que la libertad, pregonada y defendida por los liberales de la manera más abstracta posible, supusiera de ahora en más igualdad de condiciones, de acceso a los servicios públicos tan elementales como la salud, la educación o la capacitación? ¿No sería mejor que la libertad se presentara como un valor noble, humano, que dejara de ser una de las manifestaciones de la adaptación de la teoría, de la práctica y de la vida del hombre, a la ética y los intereses de los actores dominantes? ¿No sería mejor que, desde ahora en adelante, la libertad deje de ser un proceso de adaptación del trabajo bajo los términos capitalistas, en favor de parásitos que lo degradan, que lo envilecen, lo debilitan y lo denigran? Siguiendo la postura del falibilismo de los liberales ellos dirían que no, porque no existiría los valores absolutos, los ideales que merezcan ser perseguidos por toda la sociedad. Entonces, los individuos tenemos distintos fines y consideramos que la felicidad se puede alcanzar de diversos modos por lo que no puede existir la auténtica y plena libertad, esa que sería común a todos los hombres. A partir de ahí, frente a la evidencia de que nadie puede sostener que cierta creencia es más auténtica que otra, el sector público tiene que mantenerse al margen de los objetivos de los sujetos siendo tolerantes con los puntos de vista ajenos. Y tanto este como los ciudadanos que lo conformamos debemos ser tolerantes con el punto de vista que nos es ajeno. Sin embargo, a pesar de

todo lo establecido por la teoría de los liberales, en la práctica, dada que la libertad política se contradice con la económica, las cosas son muy distintas a los postulados del liberalismo. Inclusive el hecho de separar la libertad en términos políticos y económicos de por sí es una contradicción insalvable. En este contexto, los liberales al momento de referirse a los actores políticos, sociales y culturales que conforman el campo popular nos plantean que estos grupos no son ni siquiera candidatos a la verdad: su relato estaría vedado desde el inicio. Por otro lado, en los críticos que se apoyan en los principios liberales no aparece la mínima posibilidad del falibilismo porque reivindican la lógica política de los amigos y enemigos que tanto daño causa al régimen democrático. Para ellos hay dos tipos de actores. Estarían los más racionales, propensos al consenso y diálogo en el que se incluyen ellos, y por otro lado están los grupos irracionales, los otros, los sectores populares propensos al conflicto y a la lucha de intereses de clases. Es decir, por un lado pretenden hablarnos de tolerancia, de respeto, de neutralidad, de diálogo y de consenso, pero al mismo tiempo, a pesar de su teoría y a expensas de sus valores, se creen los paladines de la verdad absoluta. El problema es que ser dueños de la verdad, creerse portadores de ésta, los vuelve fuertemente reaccionarios. Ahí se plantean no dejar que los irracionales sigan viviendo en la ignorancia y entonces buscan imponer sus puntos de vista por cualquier medio. Este es el razonamiento célebre de quien cree conocer la verdad absoluta, quien tiene la obligación de propagarla y, de ser posible, de imponerla a toda costa para que el resto de los hombres dejen de vivir en la ignorancia

En esas circunstancias, el régimen por ellos defendidos, es intolerante, es que la verdad de los factores de poder dominantes no puede considerarse en pie de igualdad frente a las formas de acción de los subordinados porque las verdades de los trabajadores son irracionales. De este modo, ¿cuál podría ser el tipo de diálogo planteado por los sectores que reivindican el consenso y el diálogo con los asalariados? Solo puede ser un consenso que, en fin, defienda los intereses y la verdad de la patronal a expensas de los intereses y de las verdades del pueblo. ¿Cómo puede haber diálogo entre quienes se consideran dueños de la verdad y los otros que legítimamente sostienen otra verdad que de acuerdo a los grupos de intereses dominantes son irracionales, banales? ¿No les haría falta, como nos dice la teoría liberal, un mínimo de aceptación de que somos falibles para revisar nuestra posición? Esto no quiere decir, claro, defender tibiamente las propias creencias pero sí suponer que pueden estar equivocadas o que, en todo caso, en tanto creencias, son tan válidas como las de los demás. En todo caso, el tema de la verdad, de la autenticidad, del valor y racionalidad de una teoría política, o de cualquier índole, no es un tema tan difícil de plantear. Si bien, en concreto, ninguna teoría o verdad es absoluta, a riesgo de que postulemos un pensamiento reaccionario, típico de los fundamentalistas de toda calaña, hay verdades y

hay teorías que son más racionales y válidas que las otras. El valor de estas teorías se define a partir de la posibilidad que esa verdad o esa teoría plantee, de la manera más racional posible, la solución a los problemas de la mayoría. En otras palabras, una teoría, que fundamenta determinada política pública, es más racional y válida que otra en la medida que reivindica las cuestiones socialmente importantes que afectan a la mayoría para desde ahí buscar la solución a los problemas de todos: una política que de por sí es excluyente, que reivindica los intereses y la cosmovisión de las élites que históricamente han dominado la agenda pública de nuestros gobiernos, que se fundamenta en las teorías del neoliberalismo y del racionalismo de Popper y los suyos, es menos válida que las políticas de inclusión social que se fundamentan en teorías típicas de los regímenes populares. La mayor o menor objetividad de una teoría solo se mide en la medida en que reivindica o no los intereses del pueblo trabajador: mientras más excluyente es menos objetiva y, muy por el contrario, mientras más inclusiva es más objetiva porque reivindica el valor y las necesidades del hombre que necesariamente es la prioridad de cualquier pensamiento o idea política que busque el bien común. Ahora se entiende mejor el carácter irracional del neoliberal quien, reivindicando necesidades de la minoría, de las transnacionales, etc., sembraron nuestros pueblos de miseria, de pobreza, de exclusión y marginación. Por el contrario, hablar de regímenes populares significa referirse a un tremendo proyecto emancipador, a uno sumamente objetivo que se relaciona con lo mejor de la historia porque implica la transformación de todos los aspectos de la realidad que parecen erguirse como obstáculos insalvables para el desarrollo y para el crecimiento pleno de nuestros países. Dentro de ese cúmulo de transformaciones en todos los ámbitos, cabe destacar la reconstrucción del mundo del trabajo y de su cultura de la inclusión y de la igualdad de oportunidades para todos. A partir del régimen popular, países como Bolivia bajo la conducción de Evo Morales logra no sólo el crecimiento que le fuera negado por décadas por los dogmas de la patronal sino que además esta evolución se produjo de la mejor manera, a través de la inclusión de los trabajadores al mundo del trabajo y desde ahí al mundo del consumo. Por el contrario, durante el transcurso de la década de 1990- que se procedió a una apertura comercial sin restricciones bajo las tesis políticas e ideológicas de los neoliberales- ellos mismos, voluntariamente y a partir de entonces, en la práctica cotidiana abdicaron de cualquier posibilidad de que el sector público interviniera en la economía. Así es como ante la imposibilidad de competir en igualdad de condiciones con la producción de los países centrales se elabora en nuestra tierra la inmediata disminución de la actividad de la industria nacional concluyendo en el cierre de numerosas fábricas que a su vez generó un progresivo aumento del desempleo, de la marginación y de la exclusión. Lo central del relato es que la firme tendencia del sector público, ahora más disminuido en su rol de productor, de contralor

e interventor en la economía, a inclinarse siempre a favor de los intereses del empresariado transnacional ante cualquier conflicto con los trabajadores, que son los que generamos las riquezas, incentivó a los patrones a avanzar, vía flexibilización laboral o rentabilidad constante del capital- y sin ningún tipo de restricciones- sobre los derechos del asalariado obligándolo a adoptar una actitud de resistencia frente a la caída de sus formas de vida y de consumo. A la luz de lo acontecido en la época de oscuridad y reacción política frente a los intereses de las mayorías solo podremos concluir que es tremenda la irracionalidad de las medidas de la élite gobernante al tiempo que también es preciso notar que el trabajador, en tanto representativo y constitutivo de la cultura popular, reivindica verdades más humanas, racionales y auténticas ya que militan en favor del disfrute de la mayoría de lo producido socialmente. La razón de los regímenes populares tiene que ver con la mayor inclusión del trabajador, se refleja en el impacto político, económico, social y cultural de los cambios producidos en lo cotidiano y en la pauta de que, a través de la inclusión y la búsqueda del bien común, nos encontramos en la ruta correcta. La lección más importante que nos queda de las crónicas de Latinoamérica es la seguridad de que el modelado de la realidad del pueblo está siempre en nuestras manos, en nuestras convicciones, en nuestro proyecto popular, en la construcción de un arte de resistencia donde la política, la acción y la praxis se orienta a fines racionales. En ese momento preciso estamos en presencia de la mejor herramienta para transformar la realidad cotidiana de todos.

En todo animal social, incluyendo por supuesto al hombre, la unidad y la cooperación de la colectividad se funda en el instinto más primitivo pero a su vez más racional y humano del que pueda dar fe la civilización, a saber, ese instinto prioritario relacionado con la supervivencia, con la defensa de la vida. Este instinto es mucho más complejo que en las hormigas o abejas, que en apariencia nunca muestran inclinaciones suicidas, acciones que funden hechos antisociales y así permanecen fieles al hormiguero o colmena, pero esas hormigas y abejas no están en condiciones para evolucionar desde ese primitivo instinto de supervivencia a un Estado y régimen político avanzado- en la medida que se impone la lucha por el bienestar de la mayoría- que finalmente deriva en la defensa del derecho a la vida como instinto primero de cualquier organización humana que se expresa en el combate por la mejoría sustancial de la calidad de vida de todos. No podemos admirar este rígido cumplir del deber público de la hormiga porque hay que reconocer que tiene sus inconvenientes desde el momento que no evolucionan, que no son capaces- ni las hormigas ni las abejas- de crear obras de arte, de realizar y hacer descubrimientos científicos, tampoco fundan religiones que enseñen el amor al prójimo ni formas de vida más placenteras. En cambio, el hombre no tiene ningún inconveniente en que la vida tenga un elemento de turbulencia, de caos y de lucha (de clases) si con eso nos libramos de un estancamiento

evolutivo semejante. El hombre que es anterior al *homo sapiens*, fue especie escasa en cuanto a población porque su supervivencia fue precaria. Mientras el hombre fue especie escasa, el contacto con otros grupos solía ser ocasional y, la mayoría de las veces, de poca importancia porque cada uno tenía su propio territorio y los conflictos se producían en las fronteras. En ese tiempo remoto el matrimonio y las relaciones sociales en general estuvieron bien limitadas al grupo, que en un principio son pequeños, pero cuando el grupo aumentaba en número hasta el punto de resultar insuficiente el territorio de que disponía para su vida, lo más fácil era entrar en conflicto con algún vecino, y en un conflicto de este género era bastante probable que cualquier ventaja biológica que un grupo hubiese adquirido sobre los otros le daba la victoria, perpetuando así la variación favorable. En ese ya remoto contexto la familia era, y sigue siendo hoy, el más fuerte lazo social que establecen el hombre en el proceso de defensa y reivindicación de la vida. De hecho, la institución *familia* sigue siendo necesaria entre los hombres por la larga duración de la infancia y porque la madre de la criatura tropieza con serias dificultades en la tarea de adquirir los alimentos. Esta circunstancia fue la que, tanto entre los hombres como entre la mayor parte de las especies de aves, ha hecho del padre un miembro esencial en el grupo familiar, lo que probablemente impuso una división del trabajo, dedicándose el hombre a la caza mientras la mujer permanecía en el hogar. Desde el punto de vista biológico, probablemente la transición desde el núcleo familiar pequeño a la tribu tuvo relación directa con el hecho que la caza resulta más eficaz si se hacía en forma cooperativa. Entonces, desde siempre la organización social del hombre, desde el núcleo familiar, la pequeña tribu hasta la organización mayor como el pueblo, la ciudad y Estados nacionales con sus respectivos regímenes modernos, está vinculada a la necesidad de vivir, de defensa del derecho a la vida de todos.

La cohesión social de los primeros hombres que empezó a partir de la lealtad hacia un grupo determinado, fue reforzada por el miedo al enemigo, a lo enteramente desconocido y ella en su germen se expresó y reforzó en la lealtad al jefe. Por otro lado, las primeras guerras, que en un principio son auténticos combates de exterminio (donde se jugaba la supervivencia de la familia o de la tribu) progresivamente se convirtieron en guerras de conquista donde los vencidos, en lugar de ser exterminados por los vencedores de esas contiendas, ahora son sometidos a la esclavitud, es decir, obligados a trabajar para el conquistador. Ahí está el germen, el antecedente básico y primitivo de la lucha de clases porque cuando surge la esclavitud dentro de la comunidad aparecen dos tipos de personas: los miembros originarios que eran libres, así como los depositarios del espíritu y del conocimiento tribal, y los sometidos que obedecían, movidos no por una lealtad instintiva, sino por el miedo a la extinción o cualquier otra represalia. Babilonia dominó grandes extensiones

de tierras no porque los sometidos tuvieran el menor sentido de cohesión o de pertenencia social con la ciudad dominante, sino tan sólo por el terror que inspiraron sus proezas guerreras. Los combates de ese tiempo primero como la guerra moderna con todo el poder destructivo que conlleva sin embargo tienen una particularidad que las vincula y ese es el *terror*. Ahora, conforme el hombre evoluciona a estados de organización más complejas es el *miedo* quien reemplaza de manera definitiva la *solidaridad tribal* como factor de cohesión social. Este cambio no se limitó a las grandes comunidades porque también se manifestó en la ciudad- Estado griega (que consideramos como supuesto ejemplo de democracia y de tolerancia) donde el ciudadano libre es apenas la pequeña minoría mientras los esclavos eran oprimidos sin ninguna misericordia aunque vivían en mejores condiciones que el esclavo de Roma. Entonces, si bien hasta hoy se elogia la democracia, la evolución política y la supuesta y poco admirable cohesión social de la ciudad- Estado griega, esa cohesión social- política nunca se propuso abarcar a toda la población, excepto en lo que se refería a la lealtad externa, esa inspirada por el terror al conquistador.

En la etapa posterior de desarrollo del hombre empezó a manifestarse otra lealtad un poco más sutil y por lo menos más eficiente en términos de dominio. Esta nueva lealtad se basó en la identidad de credo, en la religión. En lo referido a la cultura occidental- católica, de la que tan orgulloso cada uno parece estar, antes de la división del poder político en tres ámbitos o de la secularización del régimen, el credo estuvo asociado directamente con el ejercicio del gobierno, donde el grupo de correligionarios eran idénticos al grupo que se había creado sobre la antigua base biológica de supervivencia. Pero, en la medida que el hombre evoluciona y las necesidades de dominio de la minoría sobre la mayoría se volvían más urgente, la identidad del credo y la religión (ahora como institución) se convierte en una fuerza de control social más potente. Por primera vez en la historia del hombre fue el Islam quien nos demostró el poderío militar de la identidad del credo con las conquistas de Mahoma que así logra unificar las antiguas tribus de la zona de Arabia. En ese sentido, Mahoma no es solo el único profeta del islamismo sino también un gran líder, un guerrero, político y conquistador. Fue después la fuerza impulsora de las Cruzadas y las guerras de religión la que le dieron su lugar definitivo al catolicismo como parte de la religión, credo, cultura y razón del Estado capitalista moderno. En el siglo XVI las lealtades teológicas sobrepujan con frecuencia a las de la nacionalidad y los católicos ingleses se identificaban a menudo con España mientras los hugonotes franceses lo hacen con la Inglaterra de la época. Al final, la lealtad moderna al Estado y al régimen por parte de la mayoría todavía usa y abusa del antiguo mecanismo psicológico creado en los días de la familia y la tribu por ser satisfactorio y eficiente desde el punto de vista subjetivo. La naturaleza humana congénita,

al contrario de lo que nos enseñan las escuelas y religiones, la propaganda y la organización económica, el saber y la cultura dominante, no ha cambiado en lo central desde los primeros tiempos sino que la dominación ahora es más sutil y racional. Pareciera que la mayoría de los hombres instintivamente divide la humanidad en amigos y en enemigos cuando detrás de ello solo está la ideología de la primacía del derecho a propiedad sobre las necesidades y urgencias que reivindican la vida de los trabajadores. Es decir, a partir de las necesidades de control de los factores de poder que dominan por doquier, esta división del hombre entre los amigos y enemigos (sustento ideológico de la dictadura de seguridad nacional, del neoliberalismo) cambia y se expresa constantemente incluso en el diario vivir, en pequeñas aptitudes y acciones que muchas veces estamos obligados a ejecutar por vivir bajo el dogma del Estado capitalista: cuando pasamos los límites de la familia en particular o de la colectividad en general, siempre es el enemigo exterior el que aporta la fuerza cohesiva del grupo. En época de seguridad podemos permitirnos el lujo de odiar al vecino o al competidor, pero en tiempos de peligro tenemos que cambiar de aptitud en beneficio del orden del régimen que nos gobierna.

En relación al dominio y lealtad posterior, es curioso que la conquista militar producía frecuentemente en los conquistados una real lealtad hacia el dominador. Fue el caso de la mayoría de las conquistas hechas por el antiguo imperio romano. En el siglo V, cuando Roma no lograba la obediencia por la fuerza militar, la Galia permaneció leal al imperio porque los romanos, al igual que las grandes civilizaciones de la antigüedad, también los Estados y regímenes políticos modernos, deben su existencia no solo al poder militar o al derecho al uso y monopolio legal de la fuerza sino también al hecho de ser capaces de crear cierto sentido de cohesión, a pesar de la resistencia que hasta puede tomar forma de violencia. Fue lo que pasó en el origen de los Estados nacionales- capitalistas a partir de la Edad Media donde países como Inglaterra, Francia y España lograron la unidad política como resultado de la victoria militar de un gobernante de una de las regiones que habría de convertirse posteriormente en una sola Nación. Es el mismo proceso- pero con las especificidades propias de la cultura y del contexto particular- el que se produce en la formación de nuestros países y Estados. Además, el dominio de los Estados, de los regímenes, o más atrás en el tiempo, de la familia o de la tribu sobre la vida de los miembros de una comunidad varía y evoluciona a lo largo de la historia, no solamente por la extensión de la zona gobernada, sino también por el grado de intervención en la vida del individuo. Lo que hoy es parte de la cultura occidental empieza con imperios y civilizaciones bien definidas, de los cuales Egipto, Grecia o Roma son los más notables en Europa mientras los imperios azteca, maya e inca son en esencia del mismo tipo. En los imperios precolombinos como en los de Europa o del África la casta superior tuvo un grado considerable de iniciativa personal desde el

momento que se convierten en los gobernantes al tiempo que la mayor parte de la población vive en estado de esclavitud. El sacerdote también interviene considerablemente en la vida diaria y a excepción de lo concerniente a la religión, el rey tenía poder absoluto y podía obligar a todos sus súbditos a combatir en sus guerras. No es para nada distinto de lo que pasa actualmente bajo la lógica y óptica del Estado capitalista porque si bien hoy el trabajador vive considerablemente mejor del esclavo de la antigüedad no por ello deja de serlo. Solo cambia la forma en que se ejerce el dominio, la manera en que se construye esa falsa lealtad de los trabajadores en tanto mayoría con los grupos de elite que accionan en favor de sus intereses y así niegan cualquier posibilidad de democracia que considere la inclusión de los trabajadores en tanto tales. Al respecto es el propio Marx quien nos dice:

La verdadera riqueza de la sociedad, la posibilidad de una ampliación ininterrumpida de su proceso de reproducción, no depende, entonces, de la duración del sobretrabajo, sino de su productividad y de las condiciones... en que se lleva a cabo (...) La única libertad posible consiste en que el hombre social, los productores asociados, regulen en forma racional sus intercambios con la naturaleza, que la controlen juntos, en lugar de ser dominados por su poderío ciego, y que realicen estos intercambios con la mínima inversión de fuerza, y en las condiciones más dignas, las más acordes con su naturaleza humana.

En este libro lo que intenté hacer es denunciar las múltiples formas de expresión del poder del Estado capitalista y el régimen político que le asiste sobre el trabajador y las formas que me parecen más racionales para luchar contra esa falsa lealtad que el Estado capitalista reivindica sobre la mayoría, porque precisamente la libertad de las relaciones *hombre- naturaleza* están más allá del realidad de la mera necesidad, porque es una forma de estar en el mundo que define el tipo de crecimiento, de desarrollo, de país, del Estado y del régimen que estemos dispuestos a sostener en favor propio, su sentido en relación con generaciones futuras y con el legado que hacemos luego de su disfrute generacional.

Referencias bibliográficas:

Repetto Saieg, Alfredo Armando: “Más allá de la crisis y la utopía neoliberal” 1ª edición, Buenos Aires, Argentina: el autor, 2010.

Soto, Hernán: “Allende y la doctrina Monroe”. Publicado en “Punto Final”, edición N° 729, 18 de marzo, 2011.

Mesyngier, Luis: “La transición permanente” Editorial Libros del riel, Buenos Aires, Argentina, 2007.

Aristóteles: “La política” Centro Editor de Cultura, 1ª edición, Buenos Aires, Argentina, 2005.

Kung, Hans: “¿Existe Dios?” Ediciones Cristiandad, Madrid, España, tercera edición, julio de 1979.

Ferrer, Aldo: “Desarrollo nacional y Mercosur” En Miradas al Sur de la edición del 19 de Septiembre del 2010.

Ferrer, Aldo: “Desarrollo, vaivenes y desigualdad” en Diario Miradas al Sur de la edición del 18 de diciembre del 2010.

Ferrer, Aldo: “La cohesión social” en Diario Miradas al Sur de la edición del 10 de octubre del 2010.

Ferrer, Aldo: “De la peor de todas a una de las mejores” en Diario Miradas al Sur de la edición del 17 de octubre del 2010.

Ferrer, Aldo: “Los liderazgos” en Diario Miradas al Sur de la edición del 24 de octubre del 2010.

Ferrer, Aldo: “Las retenciones: ¿Qué son y para qué sirven?” en Revista Argentina Económica de la edición del 1º de Agosto del 2010.

Ferrer, Aldo: “Atraer inversiones o política de inversiones” en Revista Argentina Económica de la edición del domingo 30 de enero del 2011.

Ferrer, Aldo: “Las consecuencias de la soberanía” en Revista Argentina Económica de la edición del 3 de Octubre del 2010.

Giles; Jorge: “La lucha por el territorio” en Diario Miradas al Sur de la edición del 19 de diciembre del 2010.

Giles, Jorge: "El domicilio del poder político: De la rural a la Rosada" en Miradas al Sur de la edición del 1º de Agosto del 2010.

Dearriba, Hernán: “Garantizando el crecimiento tenemos que buscar el desarrollo” en Diario Miradas al Sur de la edición del 18 de diciembre del 2010.

Juan Carlos Gómez Leyton: “Nueva Constitución con el sello autoritario” en www.archivochile.com.

Curia, Luis: “Apostillas sobre el acuerdo social” en Diario Miradas al Sur de la edición del 18 de diciembre del 2010.

Manyika, J- Lund, S: “De las cenizas” en Diario Miradas al Sur de la edición del 24 de octubre del 2010.

Verduga, Damián: “Debemos ser inteligentes y sumar a otros sectores” en Diario Miradas al Sur de la edición del 24 de octubre del 2010.

Justo, Liborio: “Los Estados socialistas de América Latina”, 1ª edición, Buenos Aires, Argentina. Grupo Editor Universitario, 2007.

Arregui Hernández, J.J: “La formación de la conciencia nacional” Editorial Plus Ultra, 3ª edición, Buenos Aires, Argentina, 1973.

Molteni, Andrés: “Medios y miedos hegemónicos” en Diario Tiempo Argentino de la edición del 30 de septiembre del 2010.

Calcagno, Eric- Calcagno, Alfredo: “El consenso como tótem y tabú” en Miradas al Sur de la edición del domingo 3 de octubre del 2010.

Braiza, Laura: “Por ellos y con ellos” en Miradas al Sur de la edición del domingo 3 de octubre del 2010.

Curia Luis: “Crecimiento y vulnerabilidad: evidencias propias y ajenas” en Revista Argentina Económica de la edición del 3 de Octubre del 2010.

Galand, Pablo: "Un crecimiento a contramano de los agoreros" en Miradas al Sur de la edición del 1º de Agosto del 2010.

Heyn, Iván: "Retener dólares es agrandar el país" en Miradas al Sur de la edición del 1º de Agosto del 2010.

Abal Medina, Juan Manuel: "Nacional y popular" en revista veinte y tres de la edición del 22 de julio del 2010.

Frenklel, Roberto: "Nuevos fundamentos de las políticas macroeconómicas en los países en desarrollo" en Revista Argentina Económica de la edición del 1º de Agosto del 2010:

Eric Calcagno, Alfredo: “Club de París, FMI y soberanía” en Diario Miradas al Sur de la edición del 10 de octubre del 2010.

Alvarez Agis, Emmanuel: “Porqué el fondo vuelve a la carga” en Diario Miradas al Sur de la edición del 10 de octubre del 2010.

Arbizu, Hernán: “¿Quiénes son los que trabajan en el FMI? en Diario Miradas al Sur de la edición del 10 de octubre del 2010.

Arcomano, Raúl: “Inseguridad, delito y violencia: la suma de todos los miedos” en Diario Miradas al Sur de la edición del 10 de octubre del 2010.

Barrera, Laureano: “La derecha quiere una policía autónoma y sin control” en Diario Miradas al Sur de la edición del 10 de octubre del 2010.

Rosli, Jimena: “La comisaría platense que utiliza las viejas prácticas de la dictadura” en Diario Miradas al Sur de la edición del 10 de octubre del 2010.

Tailhade, Rodolfo: “La justicia y su canasta” en Diario Miradas al Sur de la edición del 10 de octubre del 2010.

Ragendorfer, Ricardo: “Cómo funciona la estructura legal y secreta para beneficiar a represores” en Diario Miradas al Sur de la edición del 10 de octubre del 2010.

Yael Letoile y Martínez De Irujo, Sebastián: “Soluciones agroecológicas” en Diario Miradas al Sur de la edición del 24 de octubre del 2010.

Roberti, Raquel: “Cuando la soberanía se sienta a la mesa” en Diario Miradas al Sur de la edición del 12 de diciembre del 2010.

Calcagno, Eric: “El liberalismo político y liberalismo económico” Publicado en Diario Miradas la Sur de la edición del 24 de abril de 2011.

R.R: “Por la región” en Diario Miradas al Sur de la edición del 12 de diciembre del 2010.

Ljubetic Vargas, Iván: “La Batalla de Santiago” en Revista Punto Final de la edición del 15 de abril del 2004.

Kliksberg, Bernardo: “Algunos mitos sobre la pobreza” Publicado en Diario Miradas al Sur de la edición del 24 de abril del 2011.

Entrevista a Gustavo Tito: “El futuro es verde y ya llegó” en Diario Miradas al Sur de la edición del 24 de octubre del 2010.

Kirchner, Alicia: “A seguir construyendo un país para todos” Publicado en Tiempo Argentino de la edición del 2 de mayo del 2011.

Palma, Augusto Dante: “Los liberales infalibles”. Publicado en revista Veintitrés de la edición del 2 de mayo del 2011.

Pietryszyn, Adrián: “Entre el progresismo y el socialismo” Publicado el 11 de Noviembre de 2010 en <http://tiempo.elargentino.com>.

Frei Betto: “Por una economía al servicio de la vida” en <http://www.archivochile.com/entrada.html>

Mujica, Dolores: “Clase contra clase: Los cordones industriales, cronología comentada” Segunda edición, Marzo del 2008. En la página web: <http://www.archivochile.com/entrada.html>

“El gobierno de Patricio Aylwin Azócar” En la página web: <http://www.archivochile.com/entrada.html>

Reñique, José Luis: “Chile y los retos de una memoria obstinada” Septiembre 11 de 1998 en <http://www.archivochile.com/entrada.html>

Agacino, Rafael: “La izquierda desconfiada y la coyuntura política actual. Urgencias y problemas de la convergencia”, Mayo del 2005 en la página: <http://www.archivochile.com/entrada.html>

Anguita, Eduardo: “Salvataje financiero a Strauss-Kahn” Publicado en Miradas al Sur en su edición digital del 19 de mayo del 2011.

Goobar, Walter: “La caída de Strauss-Kahn y la perversión en el fondo” Publicado en Miradas al Sur de la edición del 22 de mayo del 2011.

Romero, Ricardo: “Integración productiva en el Mercosur” Publicado en Miradas al Sur de la edición del 22 de mayo del 2011.

Eliades, Acosta Matos: “La ley Cornelia y el imperio” Publicado en Debate Socialista de la edición del 3 y 5 de septiembre del 2010, Año 2, número 112.

“Cinco rosas rojas”. Publicado por la Editorial de la revista Debate Socialista de la edición del 10 y 12 de septiembre del 2010, año 2, número 113.

“Las elecciones todo lo tiñen todo lo tallan” Publicado en el diario Vea de la edición del 3 de septiembre del 2010.

Foster, Ricardo: “La policía, el miedo y la democracia” Publicado por revista Veintitrés en la edición del 19 de abril del 2011.

Giles, Jorge: “El adversario está disperso, el enemigo no”. Publicado en diario Miradas al Sur de la edición del sábado 30 de abril de 2011.

Anguita, Eduardo: “Los desacuerdos de la oposición” Publicado en diario Miradas al Sur, Edición digital del 28 de abril de 2011.

Reyes, Neftalí: “¿Cómo se arrastra una sociedad al fascismo?” Publicado en la revista Debate Socialista de la edición del 27 y 29 de agosto del 2010, número 111.

Trotsky, León: “Prólogo de la historia de la revolución rusa” Publicado en la revista Debate Socialista de la edición del 27 y 29 de agosto del 2010, número 111.

Laclau, Ernesto: “Democracia y comunicación” Publicado en Tiempo Argentino de la edición del 24 de agosto del 2011.

Castillo, Sandra: “Cómo se libra la batalla cultural” Publicado en Tiempo Argentino de la edición del 23 de agosto del 2011.

Tristán, Rosa: “Historias cortas que dirigen el rebaño” Publicado en la revista Debate Socialista de la edición del 27 y 29 de agosto del 2010, número 111.

Giles, Jorge: “Si el olvido es unitario, la memoria es federal” Publicado por Miradas al Sur de la edición del 22 de mayo del 2011.

Anguita, Eduardo: “Hijo de las Madres, de las Abuelas y de Néstor” Publicado en diario Miradas al Sur de la edición del 22 de mayo del 2011.

Tristán, Rosa: “Historias cortas que dirigen el rebaño” Publicado en la revista Debate Socialista de la edición del 27 y 29 de agosto del 2010, número 111.

“El último humano” Publicado por la Editorial de la revista Debate Socialista de la edición del 27 y 29 de agosto del 2010, número 111.

Neftalí Reyes: “Los errores graves de una revolución” Publicado en Debate Socialista de la edición del 3 y 5 de septiembre del 2010, Año 2 número 112.

“Maldita teoría” Publicado por la Editorial de la revista Debate Socialista de la edición del 1- 3 de octubre del 2011.

Foster, Ricardo: “Es la ideología, estúpido”. Publicado en revista Veintitres de la edición del 1 de junio del 2011.

Adorno, Theodor: “Epistemología y ciencias sociales” Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A), Madrid, España, 2001

Taborda, Saúl: “Reflexiones sobre el ideal político de América” Grupo Editor Universitario, 1º edición, Buenos Aires, Argentina, 2007.

Kohan, Néstor: “Introducción al pensamiento socialista. El socialismo como ética revolucionaria y teoría de la rebelión”.

Foster, Ricardo: “¿El retorno de la antipolítica?” Publicado en la revista Veintitres de la edición del 31 de julio del 2011.

Rudnik, Isaac: “El corazón corrompido de un modelo decadente” Publicado en la revista Contraeditorial de la edición del 30 de julio del 2011.

Méndez Shiff, Pablo: “La clase media tiene que hacerse más responsable” Publicado en El Argentino de la edición del 30 de julio del 2011.

“¿Colapso del metro o de la civilización?” Publicado por la Editorial de la revista Debate Socialista de la edición del 29 y 31 de octubre del 2010.

Vitali, Franco: “Para que “nunca menos”, hay que ir siempre por más”. Publicado en Miradas al Sur de la edición del 10 de julio del 2011.

Invernizzi, Hernán: “Por las dudas, me opongo” Publicado en Miradas al Sur de la edición del 10 de julio del 2011.

Kirchner, Alicia: “Los jóvenes se incorporan a la política” Publicado en Tiempo Argentino de la edición del 17 de julio del 2011.

Muracciole, Jorge: “Acerca de continuidades y cambios” Publicado en Tiempo Argentino de la edición del 17 de julio del 2011.

Horowicz, Alejandro: “La dura marcha de la crisis global” Publicado en Tiempo Argentino de la edición del 18 de julio del 2011.

Rostova, Celena: “Entrevista a Chávez en Rusia” Publicado en Debate Socialista de la edición del 22 y 24 de octubre del 2010.

Anguita, Eduardo: “Vientos del sur” Publicado en Miradas al Sur de la edición del 4 de agosto del 2011.

Itzcovich, Norberto: “Un análisis equivocado sobre el desempleo. Publicado en Tiempo Argentino de la edición del 7 de septiembre del 2011.

Martínez, Enrique: “Erradicar la pobreza, una tarea sin brillo” Publicado en Tiempo Argentino de la edición del 6 de septiembre del 2011.

Michel Foucault: “El sujeto y el poder”. Traducción de Santiago Carassale y Angélica Vitale . Donado por Logos.

“El ojo del poder” Entrevista con Michel Foucault en Bentham, Jeremías: “El Panóptico”. Editorial La Piqueta, Barcelona, 1980.

Michel Foucault: “Nietzsche, la genealogía, la historia ”

Michel Foucault: “La verdad y las formas jurídicas” (Primera, cuarta y quinta conferencia) Ed. Gedisa, Barcelona, 1991.

Herbert Marcuse: “Cultura y sociedad” Acerca del carácter afirmativo de la cultura.

Luis Vitale: “Interpretación marxista de la historia de Chile” Tomo VII

Gilberto Tobón Sanín: “Actualidad y vigencia del análisis marxista: Marx y la superación de lo político y de lo jurídico”

Karl Marx, Carta al padre, noviembre 10 de 1837, citada en “Karl Marx, textos 1837-1847”, Colección Viejo Topo (inéditos en español), Bogotá, Eris, 1978.

Karl Marx, Los anales franco-alemanes, Cartas a Arnoldo Ruge, La cuestión judía, Barcelona, Ediciones Martínez Roca, 1970.

Karl Marx, “Resoluciones del mitin convocado para conmemorar el aniversario de la Comuna de París”, en Marx y Engels, Obras escogidas, tomo I, Moscú, Editorial Progreso, 1960 .

Karl Marx: “Crítica del programa de Gotha”, Moscú, Editorial Progreso, 1960.

Marx, Karl: “El Capital”, Tomo I, II y III; Siglo XXI Editores en coedición con Siglo XXI de España editores, S.A, vigésima segunda edición en español, 1998.

Pedro Galindo: “Marx no conoció el petróleo”

Bertrand Russell: “Autoridad e individuo” Publicado por el Fondo de Cultura Económica, Méjico, 1973.

Óscar Mejía Quintana : “Teoría crítica, Estado autoritario y sociedad global. La heterodoxia marxista y el reto de la globalización”

Beatriz Stolowicz : “Algunos elementos para discutir los problemas de la izquierda latinoamericana” Ponencia presentada en el Transnational Institute Fellows Meeting (TNI), Amsterdam, 20-22 de Mayo 2004.

Cabieses Donoso, Manuel: “A la muerte de Gonzalo Rojas” en Punto Final edición del 29/4/ 2011.

“Desconfiad de Kerensky”. Publicado por la Editorial de Debate Socialista en la edición 1/5/2011.

Francis Fukuyama. El fin de la historia y el último hombre. Bogotá: Editorial Planeta, 1992.

Orlando Villanueva Martínez : “La democracia liberal: el nuevo autoritarismo ”

“¿Quién es el enemigo del socialismo” Publicado por la Editorial de Debate Socialista en la edición del 13- 15/5/2011.

“Trabajo colectivo voluntario: constructor de socialismo” Publicado por la Editorial de Debate Socialista en la edición del 20- 22/5/2011.

Neftalí Reyes: “Rebelión del recuerdo” en Debate Socialista de la edición del 3-5/6/2011.

Neftalí Reyes: “El hechizo electoral” en Debate Socialista de la edición del 17-19/6/2011.

¿Qué moviliza? Publicado por la Editorial de Debate Socialista de la edición del 9-11/9/2011.

“Las puntas de la madeja” en el diario Ultimas Noticias de la edición del 6/9/2011.

Adolfo Sánchez Vasquez: “La filosofía de la praxis como nueva práctica de la filosofía” en Debate Socialista de la edición del 9-11/9/2011.

“Lo nuevo que no termina de nacer” Publicado en el diario Ultimas Noticias de la edición del 13/9/2012.

Neftalí Reyes: “El miedo como instrumento político” en Debate Socialista de la edición del 16-18/9/2012.

“Alimentemos la espiritualidad, porque es la raíz de todo” Fragmentos del discurso de Hugo Chávez en el Palacio de Miraflores con motivo del acto por su salud, Caracas 10/9/2011.

“La clave” Publicado por la Editorial de Debate Socialista de la edición del 2/10/2012.

“El fetichismo” en Ultimas Noticias de la edición del 27/9/2011.

Reyes, Neftalí: “La realidad” en Debate Socialista de la edición del 2/10/2012.

“Viva el PSUV”. Publicado por la Editorial de Debate Socialista de la edición del 14-16/10/2011.

“Mercado de dominación” Publicado en diario Ultimas Noticias de la edición del 11/10/2011.

Neftalí Reyes: “Oír sin ser oído” Publicado en Debate Socialista de la edición del 14-16/10/2011.

¿Es innecesario el partido? Publicado en Debate Socialista de la edición del 21-23/10/2011.

Neftalí, ¿Es innecesario el partido? Publicado en Debate Socialista de la edición del 21-23/10/2011.

Neftalí Reyes: “La acción política de los movimientos sociales” Publicado en Debate Socialista de la edición del 21-23/10/2011.

“Los caminos del creer” Publicado en Debate Socialista de la edición del 28-30/10/2011.

Neftalí Reyes: “Ley de trabajo y conciencia revolucionaria” Publicado en Debate Socialista de la edición del 25-27/11/2011.

Ricardo Foster: “Giro cultural y nuevas formas de ciudadanía” en revista Veintitrés de la edición del 29- 1- 2011.

Ricardo Foster: “Lo general y lo particular: de Famatina a los camioneros” en revista Veintitrés de la edición del 3-2-2012.

“La geopolítica Cuba- Venezuela” En Debate Socialista de la edición del 13-15/1/2012.

Hugo Chávez: “No es capitalismo de estado, es socialismo” En Debate Socialista de la edición del 13-15/1/2112.

Neftalí Reyes: “El Grifo” en Debate Socialista de la edición del 20-22/01/2012.

“De expropiaciones y otros robos” Publicado por el Sindicato Político Socialista en Debate Socialista de la edición del 20-22/01/2012.

Toby Valderrama: “Delegar” en Debate Socialista de la edición del 20-22/01/2012.

Renán Vega Cantor : “Crisis civilizatoria, historia nacional y enseñanza de la historia ”

Beatriz Stolowicz: “Lo social y lo político: desafíos urgentes de las luchas populares en América Latina”

Ricardo Foster: “El lenguaje, el poder y su disputa” En revista Veintitrés de la edición del 25 de abril del 2012.

Ricardo Foster: “YPF: más allá del neoliberalismo” Publicado en Revista Veintitrés 18 de abril del 2012.



Reconocimiento-No comercial-Compartir Igual 3.0 Unported

Creative Commons Corporation no es un despacho de abogados y no proporciona servicios jurídicos. La distribución de esta licencia no crea una relación abogado- cliente. Creative Commons proporciona esta información “Tal cual”. Creative Commons no ofrece garantías sobre la información suministrada, ni asume responsabilidad por los daños y perjuicios que resulten de su uso.

Licencia

La obra(tal como se define a continuación) según los términos de esta licencia pública de Creative Commons (“CCPL” o “Licencia”). La obra está protegida por derechos de autor y/u otras leyes aplicables. Cualquier uso de la obra diferente al autorizado bajo esta licencia o derecho de autor está prohibido.

Mediante el ejercicio de los derechos a la obra que aquí, usted acepta y acuerda estar obligado por los términos de esta licencia. En la medida en la presente licencia se puede considerarse un contrato, el licenciante le concede los derechos contenidos en consideración de su aceptación de los términos y condiciones.

1. Definiciones

- a) **"Adaptación"** significa una obra basada sobre la Obra o sobre la Obra y otras obras preexistentes, tales como una traducción, la adaptación, la obra derivada, el arreglo de la música o demás transformaciones de una obra literaria o artística, o fonograma o de rendimiento y incluye adaptaciones cinematográficas o cualquier otra forma en la cual la Obra puede ser reformulada,

transformada, o adaptada incluyendo cualquier forma reconocible derivada del original, excepto que una obra que constituye una Colección no será considerada una Obra Derivada a los efectos de esta Licencia. Para evitar dudas, cuando la Obra es una obra musical o fonograma, la sincronización de la Obra en una relación temporal con una imagen en movimiento ("sincronización") será considerada una Obra Derivada a los efectos de esta Licencia.

- b) "**Colección**" significa una colección de obras literarias o artísticas, tales como enciclopedias y antologías, o ejecuciones, fonogramas o emisiones, u otras obras o prestaciones distintas de las obras que figuran en la Sección 1 (g) siguiente, que por razones de la selección o disposición de las materias, constituyan creaciones de carácter intelectual, en los que se incluye la obra en su totalidad y forma inalterada, junto con una o más de otras contribuciones que constituyen obras, cada una separadas e independientes en sí mismas, que en conjunto se integran en un todo colectivo. Una obra que constituye una Colección no será considerada una Obra Derivada (como se define más arriba) para los fines de esta Licencia.
- c) "**Distribuir**" significa poner a disposición del público. original y copias de la obra o adaptación, en su caso, mediante venta u otra transferencia de propiedad
- d) "**Elementos de la Licencia**" significa los siguientes atributos de alto nivel de licencia seleccionados por el Licenciante e indicados en el título de esta Licencia: Atribución, No Comercial, Compartir en igualdad.
- e) "**Licenciante**" significa el individuo, las personas, entidad o entidades que ofrecen (s) de la Obra bajo los términos de esta Licencia.
- f) "**Autor original**" significa, en el caso de una obra literaria o artística, el individuo, las personas, entidad o entidades que crearon la Obra o si ninguna persona o entidad puede ser identificado, el editor, y además (i) en el caso de una actuación de los actores, cantantes, músicos, bailarines y otras personas que representen un papel, canten, reciten, declamen, interpreten o ejecuten en cualquier forma obras literarias o artísticas o

expresiones del folclore, (ii) en el caso de un fonograma, la productor es la persona física o jurídica que fija por primera vez los sonidos de una ejecución o de otros sonidos, y (iii) en el caso de las emisiones, la organización que transmite la emisión.

- g) **"Obra"** significa la obra literaria y / o artística ofrecida bajo los términos de esta licencia incluyendo, sin limitación, cualquier producción en el campo literario, científico y artístico, cualquiera que sea el modo o forma de expresión, incluido el formato digital, como un libro , panfletos y otros escritos, el trabajo de una conferencia, discurso, sermón u otra de la misma naturaleza; una obra dramática o dramático-musicales; una obra coreográfica o de entretenimiento en pantomimas, una composición musical con o sin letra; una obra cinematográfica a la que se asimilan las obras expresadas por procedimiento análogo a la cinematografía; una obra de dibujo, pintura, arquitectura, escultura, grabado o litografía; una obra fotográfica a las cuales se asimilan las obras expresadas por procedimiento análogo a la fotografía; una obra de arte aplicado; una ilustración , mapa, plano, croquis o trabajo tridimensional relativa a la geografía, la topografía, la arquitectura o las ciencias; una actuación, una emisión, un fonograma, una recopilación de datos en la medida en que esté protegido por derecho de autor como un trabajo, o un trabajo realizado por una variedad o un artista de circo en la medida en que no se considera de otra manera una obra literaria o artística.
- h) **"Usted"** significa que es un individuo o entidad ejerciendo los derechos bajo esta Licencia quien previamente no ha violado los términos de esta Licencia con respecto a la Obra, o que ha recibido permiso expreso del Licenciante para ejercer derechos bajo esta Licencia pese a una violación anterior.
- i) **"Ejecutar públicamente"** significa hecer recitaciones públicas del Trabajo y de comunicar al público las recitaciones públicas, por cualquier medio o procedimiento, incluso por medios alámbricos o inalámbricos o al público espectáculos digitales; poner a disposición de las obras públicas, de tal manera que los miembros del público puedan acceder a estas obras desde el lugar y en el lugar que ellos elijan, para realizar la obra al público por cualquier medio o procedimiento y la comunicación al público de las actuaciones de la Obra, incluso pública digital

rendimiento, para transmitir y retransmitir la obra por cualquier medio, incluso los signos, sonidos o imágenes.

- j) **"Reproducir"** significa hacer copias de la obra por cualquier medio, incluyendo, sin limitación, grabaciones sonoras o visuales y el derecho de fijación y reproducción de las fijaciones de la Obra, incluyendo el almacenamiento de una interpretación o ejecución protegida o de un fonograma en forma digital o cualquier otro medio electrónico.
2. ***Feria de los Derechos de Negociación.*** Nada en esta licencia tiene por objeto reducir, limitar o restringir los usos libres de derechos de autor o los derechos derivados de las limitaciones o excepciones que se prevén en relación con la protección de derechos de autor bajo la ley de derechos de autor u otras leyes aplicables.
3. ***Concesión de licencia.*** Sujeto a los términos y condiciones de esta Licencia, el Licenciante otorga a Usted una licencia mundial, libre de regalías, no exclusiva, perpetua (por la duración de los derechos de autor) para ejercer estos derechos sobre la Obra como se establece a continuación:
- a) Reproducir la Obra, incorporar la Obra a una o más colecciones, y para reproducir la Obra incorporada en las Colecciones;
 - b) para crear y reproducir adaptaciones a condición que cualquier adaptación, incluyendo cualquier traducción en cualquier medio, toma medidas razonables para etiquetar claramente, demarcar, o identificar de otra manera que los cambios se realizaron en la obra original. Por ejemplo, una traducción debe marcarse como "La obra original fue traducida del Inglés al Español", o una modificación podría indicar "La obra original ha sido modificado.";
 - c) para distribuir y ejecutar públicamente la obra, incluyendo las incorporadas en las colecciones y,
 - d) para distribuir y ejecutar públicamente Adaptaciones.

Los derechos mencionados anteriormente pueden ser ejercidos en todos los medios y formatos ahora conocidos o desarrollados en un futuro.

Los derechos antes mencionados incluyen el derecho a efectuar las modificaciones que sean técnicamente necesarias para ejercer los derechos en otros medios y formatos. Sujeto a la Sección 8 (f), todos los derechos no concedidos expresamente por el licenciador quedan reservados, incluyendo, pero no limitado a los derechos descritos en la sección 4 (e).

4. Restricciones. La licencia otorgada en la anterior Sección 3 está expresamente sujeta a, y limitada por las siguientes restricciones:

- a) Usted puede distribuir o ejecutar públicamente la Obra sólo bajo los términos de esta Licencia. Usted debe incluir una copia de, o el identificador uniforme de recursos (URI) para esta Licencia con cada copia de la Obra que Usted distribuya o ejecute públicamente. Usted no puede ofrecer o imponer ninguna condición sobre la Obra que restrinja los términos de esta licencia o la capacidad del destinatario de la Obra para ejercer los derechos otorgados al receptor bajo los términos de la Licencia. Usted no puede sublicenciar la Obra. Usted debe mantener intactos todos los avisos que se refieran a esta Licencia ya la limitación de garantías con cada copia de la Obra que Usted distribuya o ejecute públicamente. Cuando Usted distribuya o ejecute públicamente la Obra, Usted no puede imponer ninguna medida tecnológica vigente en la Obra que pueda restringir la capacidad de un destinatario de la Obra de para ejercer los derechos otorgados al receptor bajo los términos de la Licencia. Esta Sección 4 (a) se aplica a la Obra cuando es incorporada en una colección, pero esto no exige que la Colección, aparte de la obra misma quede sujeta a los términos de esta Licencia. Si Usted crea una Colección, previo aviso de cualquier Licenciante Usted debe, en la medida de lo posible, retirar de la Colección cualquier crédito requerido en la cláusula 4 (d), según lo solicitado. Si Usted crea una Obra Derivada, bajo requerimiento de cualquier Licenciante Usted debe, en la medida de lo posible, quitar de la adaptación cualquier crédito requerido en la cláusula 4 (d), según lo solicitado.
- b) Usted puede distribuir o ejecutar públicamente la obra derivada solamente bajo: (i) los términos de esta Licencia, (ii) una versión posterior de esta Licencia con los Elementos de la Licencia que esta Licencia, (iii) una licencia de Creative Commons jurisdicción (ya sea este o una versión de la licencia posterior) que contiene los elementos de Licencia que esta

Licencia (por ejemplo, de la Attribution-Noncommercial-Share Alike 3.0 EE.UU.) ("Licencia Aplicable"). Usted debe incluir una copia de, o la URI, por licencia pertinente con cada copia de cada adaptación que usted distribuye o realiza públicamente. Usted no puede ofrecer o imponer ninguna condición sobre la adaptación que restrinja los términos de la licencia pertinente o la capacidad del destinatario de la adaptación al ejercer los derechos otorgados al receptor bajo los términos de la Licencia Aplicable. Usted debe mantener intactos todos los avisos que se refieran a la Licencia Aplicable ya los descargos de responsabilidades con cada copia de la Obra tal como se incluye en la adaptación que usted distribuye o realiza públicamente. Cuando Usted distribuya o ejecute públicamente la Adaptación, Usted no puede imponer ninguna medida tecnológica vigente en la adaptación que restrinjan la capacidad de un destinatario de la adaptación de para ejercer los derechos otorgados al receptor bajo los términos de la Licencia Aplicable. Esta Sección 4 (b) se aplica a la adaptación cuando es incorporada en una colección, pero esto no exige que la Colección, aparte de la propia adaptación debe estar sujeta a los términos de la Licencia Aplicable.

- c) Usted no puede ejercer ninguno de los derechos otorgados a Usted en la Sección 3 precedente de modo que estén principalmente destinados o directamente a conseguir un provecho comercial o una compensación monetaria privada. El intercambio de la Obra por otras obras con derechos de autor a través de la tecnología digital de intercambio de archivos o de lo contrario no serán considerados para ser destinados o directamente a conseguir un provecho comercial o una compensación monetaria privada, siempre y cuando no haya pago de ninguna compensación monetaria en conexión con el intercambio de obras protegidas.
- d) Si usted distribuye o ejecuta públicamente la Obra o las adaptaciones o colecciones, para que, a menos que una solicitud ha sido hecha de conformidad con la Sección 4 (a), mantenga intactos todos los avisos de derechos de autor para la Obra y proporcionar, razonable para el medio o medios Usted esté utilizando: (i) el nombre del autor original (o seudónimo, si procede) si fue suministrado, y / o si el Autor Original y / o el Licenciante designa otra parte o partes (por ejemplo, un

instituto patrocinador, entidad editora, una revista) para la atribución ("Partes del Reconocimiento") en la nota de derechos de autor del Licenciante, términos de servicios o por otros medios razonables, el nombre de dicha parte o partes, (ii) el título de la Obra si está provisto; (iii) en la medida en que sea posible, el URI, si los hubiere, que el Licenciante especifica para ser asociado con la Obra, salvo que tal URI no se refiera al aviso de derechos de autor o información de licencia de la obra, y (iv) de conformidad con la Sección 3 (b), en el caso de una obra derivada, un aviso que identifique el uso de la Obra en la adaptación (por ejemplo, "Traducción Francesa de la Obra del Autor Original," o "Guión basado en la Obra original del Autor Original"). El crédito requerido por esta Sección 4 (d) puede ser implementado de cualquier forma razonable, siempre que, sin embargo, que en el caso de una adaptación o colección, en como mínimo dicho crédito aparecerá, si un crédito para todos los autores que contribuyeron a la Adaptación o Colección aparece, entonces, como parte de estos créditos y de una manera por lo menos, tan destacada como los créditos de los demás autores contribuyentes. Para evitar dudas, Usted sólo podrá utilizar el crédito requerido por esta Sección con el propósito de reconocimiento en la forma prevista anteriormente y, por ejercer sus derechos bajo esta Licencia, Usted no podrá implícita ni tácitamente aseverar ni dar a entender ninguna conexión, patrocinio o aprobación por parte del autor original Licenciante y / o Partes del Reconocimiento, según corresponda, de usted o de su uso de la obra, sin el permiso independiente, expreso, previo y por escrito de, al Autor Original Licenciante y / o Partes del Reconocimiento.

- e) Para evitar dudas:
 - i. **Irrenunciable Esquemas licencia obligatoria.** En las jurisdicciones en las que el derecho a cobrar regalías a través de cualquier sistema de licencias legales u obligatorio no podrá ser cancelado, el Licenciante se reserva el derecho exclusivo a cobrar las regalías para cualquier ejercicio de su parte de los derechos garantizados por esta Licencia;
 - ii. **Esquemas de licencia obligatoria renunciante.** En las jurisdicciones en las que puede ejercerse el derecho a cobrar regalías a través de cualquier sistema de licencias legales u

obligatorias renunciado, el Licenciante se reserva el derecho exclusivo a cobrar las regalías para cualquier ejercicio de su parte de los derechos concedidos bajo esta licencia, si el ejercicio de tales derechos es con una finalidad o uso que de otra manera no comercial, que según lo permitido bajo la Sección 4 (c), y por otra parte renuncia al derecho a cobrar regalías a través de cualquier esquema de licenciamiento obligatorio o legal y,

- iii. **Planes voluntarios de la licencia.** El Licenciante se reserva el derecho a cobrar regalías, sea individualmente o, en el caso de que el Licenciante sea miembro de una sociedad de gestión colectiva que administre los regímenes voluntarios de concesión de licencias, a través de esa sociedad, de cualquier ejercicio de su parte de los derechos concedidos bajo esta licencia es con una finalidad o uso que de otra manera no comercial, que según lo permitido bajo la Sección 4 (c).

- f) Salvo que se acuerde lo contrario por escrito por el Concedente o como puede ser de otra manera permitida por la ley aplicable, en caso de que se reproduzca, distribuya o ejecute públicamente la Obra, ya sea por sí mismo o como parte de las adaptaciones o colecciones, no debe distorsionar, mutilar, modificar o tomar otra acción despectiva en relación con el trabajo que cause perjuicio al honor del autor original o reputación. Licenciante acuerda que en esas jurisdicciones (por ejemplo, Japón), en el que cualquier ejercicio del derecho concedido en la Sección 3 (b) de esta licencia (el derecho a hacer adaptaciones) se considerará como una deformación, mutilación, modificación o cualquier atentado contra el honor del autor original y la reputación, el Licenciante renuncia o afirmar que no, según el caso, esta Sección, en la máxima medida permitida por la legislación nacional aplicable, para que pueda ejercer razonablemente su derecho en virtud de la Sección 3 (b) de este Licencia (derecho a hacer adaptaciones) pero por lo demás no.

5. Declaraciones, Garantías y Limitación de Responsabilidad.

A menos que se acuerde mutuamente por escrito entre las partes y en la medida máxima permitida por la ley aplicable, el Licenciante ofrece la obra tal cual y no hace ninguna presentación o garantía de ningún tipo

respecto de la obra, ya sea expresa, implícita, legal o de otro tipo, incluyendo, sin limitación, las garantías de título, comercialización, aptitud para un propósito particular, no infracción, o la ausencia de latentes u otros defectos, exactitud, o la presencia de ausencia de errores, sean o no sean descubiertos. Algunas jurisdicciones no permiten la exclusión de garantías implícitas, por lo que esta exclusión no se aplique en su caso.

6. Limitación de Responsabilidad.

Excepto en la medida requerida por la ley aplicable en ningún caso el Licenciente será responsable ante usted por cualquier otra teoría legal por cualquier daño especial, incidental, consecuente, punitivo o ejemplar, proveniente de esta licencia o del uso de la obra, aún cuando el Licenciente haya sido advertido de la posibilidad de tales daños.

7. Terminación.

- a) Esta Licencia y los derechos aquí concedidos finalizarán automáticamente en caso que Usted viole los términos de esta Licencia. Las personas o entidades que hayan recibido adaptaciones o colecciones de usted bajo esta Licencia, sin embargo, no verán sus licencias finalizadas, siempre que estos individuos o entidades sigan cumpliendo íntegramente las condiciones de estas licencias. Las secciones 1, 2, 5, 6, 7, y 8 subsistirán a cualquier terminación de esta Licencia.
- b) Sujeto a los términos y condiciones anteriores, la licencia otorgada aquí es perpetua (por la duración del derecho de autor aplicable a la Obra). No obstante lo anterior, el Licenciente se reserva el derecho de difundir la Obra bajo condiciones de licencia diferentes oa dejar de distribuir la Obra en cualquier momento, siempre que, sin embargo, que ninguna de tales elecciones sirva para retirar esta Licencia (o cualquier otra licencia que haya sido, o se requiere para ser concedida bajo los términos de esta Licencia), y esta licencia continuará en pleno vigor y efecto a menos que termine como se indicó anteriormente.

8. Misceláneo.

- a) Cada vez que Usted distribuya o ejecute públicamente la Obra o una Colección, el Licenciente ofrece a los destinatarios una

licencia para la Obra en los mismos términos y condiciones que la licencia concedida a Usted bajo esta Licencia.

- b) Cada vez que Usted distribuya o ejecute públicamente una Obra Derivada, el Licenciante ofrece a los destinatarios una licencia para la Obra original en los mismos términos y condiciones que la licencia concedida a Usted bajo esta Licencia.
- c) Si alguna disposición de esta Licencia es inválida o no exigible bajo la ley aplicable, esto no afectará la validez o exigibilidad del resto de condiciones de esta Licencia y, sin acción adicional de las partes de este acuerdo, tal disposición será reformada en la lo estrictamente necesario para hacer tal disposición sea válida y exigible.
- d) Ningún término o disposición de esta Licencia se estimará renunciada y ninguna violación consentida a menos que esa renuncia o consentimiento sea por escrito y firmado por las partes que serán afectadas por tal renuncia o consentimiento.
- e) Esta Licencia constituye el acuerdo completo entre las partes con respecto a la Obra licenciada aquí. No hay entendimientos, acuerdos o representaciones con respecto a la Obra que no estén especificados aquí. El Licenciante no será obligado por ninguna disposición adicional que pueda aparecer en cualquier comunicación proveniente de Usted. Esta Licencia no puede ser modificada sin el mutuo acuerdo por escrito entre el Licenciante y Usted.
- f) Los derechos concedidos bajo, y hace referencia a la materia, en la presente Licencia se elaboraron utilizando la terminología de la Convención de Berna para la Protección de las Obras Literarias y Artísticas (enmendado el 28 de septiembre de 1979), la Convención de Roma de 1961, el autor de la OMPI Tratado de 1996, la OMPI sobre Interpretación o Ejecución y Fonogramas de 1996 y la Convención Universal sobre Derecho (revisada el 24 de julio de 1971). Estos derechos y prestaciones en vigencia en la jurisdicción relevante en que los términos de licencia se trató de hacerse cumplir de acuerdo con las disposiciones correspondientes de la aplicación de las disposiciones de los tratados en el derecho nacional aplicable. Si el conjunto estándar de los derechos concedidos en virtud del derecho de autor aplicable incluye derechos adicionales no

concedidos bajo esta Licencia, tales derechos adicionales se considerarán incluidos en la Licencia, esta licencia no se pretende restringir la licencia de ningún derecho bajo la ley aplicable.

Aviso Creative Commons

Creative Commons no es parte en esta Licencia y no ofrece ninguna garantía en relación con la Obra. Creative Commons no será responsable frente a Usted o cualquier parte en cualquier teoría legal de ningún daño, incluyendo, sin limitación, cualquier daño general, especial, incidental o consecuente, originado en conexión con esta licencia. No obstante lo anterior dos (2) oraciones anteriores, si Creative Commons se ha identificado expresamente como el Licenciante, tendrá todos los derechos y obligaciones del Licenciante.

Excepto con el propósito limitado de indicar al público que la Obra está licenciada bajo la CCPL Commons, Creative no se autoriza el uso de cualquiera de las partes de la marca registrada "Creative Commons" o cualquier otra marca o logotipo relacionado a Creative Commons, sin el consentimiento previo y por escrito de Creative Commons. Cualquier uso permitido se hará de conformidad con los vigentes en ese momento de Creative Commons directrices uso de la marca, según lo publicado en su sitio web o puesto a disposición a petición de vez en cuando. Para evitar cualquier duda, esta restricción de marca no forma parte de esta Licencia.

Creative Commons puede ser contactado en:
<http://creativecommons.org/>